

# MI DULCE AUDRINA



V.C. ANDREWS



Lectulandia

Audrina Adare es una niña extraña: no tiene recuerdos ni sentido del tiempo. Ama y odia a Damian, su padre, un hombre maravilloso y terrible, amoroso y cruel, generoso y egoísta, quien la obliga a recordar el pasado para recuperar el talento y los dones de la primera Audrina... muerta a los nueve años, que fue tan especial, tan bella y tan perfecta... la mejor de las Audrinas.

¿Por qué debe recuperar los «dones» de su hermana muerta? ¿De qué le servirán a ella si es la segunda y la peor de las Audrinas? Para responder estas preguntas y resolver los misterios que rodean su vida, Audrina Adare deberá buscar su propia identidad y, al hacerlo, se enfrentará con un peligroso y aterrador secreto. Un secreto que conocen todos... menos ella.

V. C. Andrews, la exitosa autora de «Flores en el ático», ha creado un nuevo y fascinante mundo en «Mi dulce Audrina», una inquietante historia de amor y engaño, de inocencia y traición, de maldad, venganza y del sofocante e ilimitado poder del amor.

**Lectulandia**

V. C. Andrews

# **Mi dulce Audrina**

**Audrina - 1**

ePub r1.0

Titivillus 06.09.18

Título original: *My sweet Audrina*

V. C. Andrews, 1982

Traducción: Francisco J. Perea

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

**A Ann Patty, mi redactora.  
A Anita y Humphrey, mis agentes,  
con mi gratitud.**

Una mención de agradecimiento para Richard W. Maurer Jr., quien con laudable intrepidez me proporcionó una lista de delitos relacionados con las actividades del mercado de valores, delitos que en la obra comete Damian Jonathan Adare.

Esta novela es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares e incidentes, o son el producto de la imaginación del autor, o están usados en forma ficticia. Cualquier parecido con hechos reales o locales, o con personas vivas o muertas es mera coincidencia.

# Parte 1

---



## WHITEFERN

**H**abía algo extraño en la casa donde yo crecí. Existían sombras en los rincones, se oían susurros en las escaleras y el tiempo era un fenómeno tan ajeno como la honradez, si bien yo no podría decir cómo lo sabía.

Una guerra se desenvolvía en nuestro hogar, una guerra silenciosa, sin el estruendo de los disparos. Los cuerpos que caían eran sólo deseos fallecidos y las balas no eran más que palabras, mientras a la sangre derramada se la llamaba siempre orgullo.

Aunque yo nunca había asistido a la escuela (y tenía a la sazón siete años cumplidos, edad más que suficiente para ser colegiala), parecía que estaba enterada de todo lo relativo a la Guerra Civil. En el ambiente que me rodeaba, la Guerra Civil seguía librándose sin tregua, y aunque el futuro pudiera dilatarse ante nosotros durante miles de millones de años, aquélla era la guerra que nosotros no olvidaríamos jamás, porque nuestro orgullo se vio vulnerado y nuestras pasiones continuaban asediándonos. Nosotros habíamos perdido la batalla, más que ganada por el adversario... Tal vez por eso seguía doliéndonos.

Mamá y la tía Ellsbeth solían decir que a los hombres les fascinan, más que ninguna otra cosa, las discusiones violentas sobre guerras; sin embargo, si existían otras guerras que tuvieran siquiera alguna importancia, de éstas nunca se hablaba en nuestra casa. Papá era capaz de leer cualquier libro, ver cualquier película, recortar cualquier fotografía de revista que representara esa guerra entre hermanos, no obstante el hecho de que sus antepasados hubieran luchado contra los de mi madre. Él había nacido yanqui del norte, pero era sureño por elección propia. En la mesa, a la hora de cenar, gozaba contándonos el argumento de las largas novelas que leía sobre el general Robert E. Lee, y nos proporcionaba morbosos relatos de todas las batallas sangrientas. Y si la mayor parte de lo que él leía a mí me encantaba, no sucedía lo mismo con mi tía, que prefería la televisión, ni con mi mamá, que optaba por leer sus propios libros, asegurando que papá omitía lo mejor de los escritos, que no era apto para los oídos de los menores.

Eso significaba mis propios oídos y los de mi prima Vera. A pesar de que la

mayor parte de la gente creía que Vera era mi hermana, yo sabía que era la hija ilegítima de mi tía soltera, y que nosotros habíamos tenido que protegerla del desprecio de la sociedad haciéndola aparecer como mi legítima hermana mayor. Yo también tuve una hermana mayor auténtica, pero había muerto antes de que yo naciera. Su nombre fue también Audrina y, aunque hacía mucho tiempo que falleciera, seguía rondando en torno nuestro. Mi papá no había olvidado nunca a aquella Audrina, la primera y la mejor, y seguía abrigando la esperanza de que algún día yo acabara por ser tan especial como ella lo fuera.

A mi prima Vera le gustaba que la gente pensara que era mi hermana. Yo no sabía cuál era su verdadera edad, porque no quería decírmela. Nadie en nuestra casa revelaba jamás su edad. Sólo la mía era tema de conversación constante. Vera se vanagloriaba de poder tener la edad que quisiera: diez, doce, quince y hasta veinte años. En efecto, con unas cuantas posturas, elegantes y distinguidas, lograba cambiar mucho su comportamiento y su expresión. Era capaz de parecer muy madura, o bien muy pueril, según el humor de que estuviera. Gozaba poniéndome en ridículo, porque, yo vivía en una gran incertidumbre respecto al tiempo. Con frecuencia me decía que yo había surgido de pronto, de siete años de edad, al romperse un gigantesco huevo de avestruz. Solía decir también que yo heredé el famoso hábito de ese pajarraco, de enterrar la cabeza bajo la arena, actuando como si nada anduviera mal en el mundo. No sabía nada de mis sueños y de los malos ratos que me hacían pasar.

Supe desde un principio que Vera era mi enemiga, aun cuando pretendía ser mi amiga. A pesar de que yo quería que fuese mi amiga, en el mejor sentido, sabía bien que me aborrecía. Estaba celosa de que yo fuera una Audrina y ella no. ¡Oh, cómo deseaba que Vera me quisiera y admirara, como a veces yo realmente la quería y la admiraba a ella! Por otro lado, yo la admiraba porque ella era normal y no tenía que tratar de ser como alguien que había muerto. A nadie parecía importarle que Vera no fuera nada especial. A nadie... excepto a ella misma, que se complacía en decirme que en realidad yo tampoco era nada especial, que lo único que tenía era ser una persona extraña. A decir verdad, yo también pensaba que había algo extraño en mí. Parecía que era incapaz de recordar nada relacionado con los primeros años de mi niñez. No podía recordar nada del pasado... de lo que hice la semana anterior... ¡o siquiera la víspera! No tenía idea del modo como había aprendido lo que sabía, ni por qué parecía saber cosas que no debía.

Los numerosos relojes esparcidos por aquella casa gigantesca me confundían todavía más. Las campanas de los relojes del abuelo, que había en los vestíbulos, marcaban horas diferentes. Los cucúes de los relojes suizos de madera atravesaban repentinamente las puertecitas adornadas, para volver a ocultarse del mismo modo, pero siempre contradiciéndose unos a otros. El elegante reloj francés de la recámara de mis padres se había parado hacía mucho tiempo a la hora de mediodía... o de medianoche, y existía un reloj chino que caminaba hacia atrás. Para gran desolación

mía, por más que buscaba en todas partes no encontraba en casa un solo calendario, ni siquiera uno viejo. Por añadidura, los periódicos nunca llegaban el día al que correspondían. Las únicas revistas que teníamos eran viejas y estaban almacenadas en clósets o escondidas en el desván. En aquel hogar, nadie arrojaba nada a la basura. Todo se conservaba, se guardaba para nuestros descendientes, para que un buen día pudieran venderlo y reunir una fortuna.

Gran parte de mi inseguridad tenía que ver con la primera Audrina, que murió exactamente nueve años antes que yo naciera. Había perecido misteriosamente en los bosques después que unos muchachos crueles y desalmados la maltrataron de una manera indescriptible, y por causa de ella yo no debía entrar jamás a los bosques, ni siquiera para ir a la escuela... Y los bosques nos rodeaban por todas partes... casi nos sofocaban. Nos tenían abrazados por tres lados, mientras el río Lyle nos estrechaba por el cuarto. Para ir a cualquier lugar teníamos que viajar a través de los bosques.

Por todos lados, en aquella casa había fotografías esparcidas de la primera Audrina, la mejor. Papá tenía sobre su escritorio tres enmarcados retratos de ella: uno a la edad de un año, otro a la de dos y el otro a la de tres. De mí, como bebé, no había un solo retrato... ni uno solo, y eso me dolía. La primera Audrina fue una pequeñita hermosa, y al verla en sus fotos me sentía asediada en forma extraña; el deseo de ser ella me agobiaba en forma tal, que me producía un dolor interno. Yo quería ser ella para sentirme tan amada y tan especial como todos decían que ella había sido. Y sin embargo, al mismo tiempo quería sobre todo ser yo misma, y ganarme por mis propios méritos el amor que sentía que estaba negándoseme.

¡Oh! Las historias que papá podía contarme de las maravillas de su primogénita... Cada una me hacía comprender que yo no era la mejor Audrina, ni la perfecta y especial, sino sólo la segunda, la inferior.

Mis padres conservaban la recámara de la primera Audrina como el santuario dedicado a una princesa muerta. Se encontraba exactamente como había quedado el día que ella salió al encuentro de su fatal destino, que jamás se me explicó con lujo de detalles. Aquel cuarto estaba tan lleno de juguetes, que a mí se me antojaba más un salón de juegos que una recámara. Mamá en persona se encargaba de hacer ahí la limpieza y... que conste que detestaba el trabajo casero. El solo hecho de ver aquel cuarto *de ella* me hacía comprender que nada era demasiado bueno *para ella*. En cambio, mi recámara no tenía ni estantes para juguetes ni aquel inmenso derroche de cosas para jugar. Yo me sentía defraudada, privada de una niñez verdadera. Audrina, la primera y la mejor, me había robado mi tierna juventud, y todo el mundo hablaba tanto de ella que yo no podía recordar nada relacionado conmigo. Yo creía que a causa de ella mi memoria estaba llena de lagunas.

Papá trataba de colmar esas lagunas poniéndome en la silla mecedora de ella y haciendo que me meciera y cantara hasta convertirme en «el cántaro vacío que puede llenarse con cualquier cosa».

Quería que yo me llenara con los recuerdos de ella y que capturara sus poderes

especiales, puesto que ella estaba muerta y ya no los necesitaba.

Como si un fantasma no fuera suficiente, había otro que se presentaba todos los martes a las cuatro. «Hora del té» llamábamos al día de la tía Mercy Marie. Se sentaba ahí... sobre el piano, con su fotografía en blanco y negro dentro de un marco de plata... Su cara regordeta relucía con una sonrisa vacía, mientras sus pálidos ojos azules se fijaban en nosotros como si pudiera vernos, cuando en realidad no podía. Ella también había muerto y sin embargo seguía sin morir... exactamente lo mismo que mi difunta hermana.

Mi tía y mi madre se dedicaban a hablar por la tía Mercy Marie, y a través de ella dejaban escapar todo el veneno que tenían represado y ahorrado para las «horas del té». Como cosa curiosa, mi prima Vera gozaba tanto de esas horas del té de los martes, que encontraba cualquier razón para no ir a la escuela, sin otro motivo que el de estar ahí para oír todo lo malo que mi madre y su media hermana tenían que decirse una a otra. Eran las hermanas Whitefern, y hacía mucho, pero mucho tiempo, eso había representado algo maravilloso. En la actualidad significaba algo triste, pero a mí no me decían exactamente qué era.

Hacía mucho tiempo, la familia Whitefern había sido la más destacada de la sección Tidewater en Virginia, la que dio al país senadores y vicepresidentes. Pero habíamos caído de la gracia, no sólo de los aldeanos, sino de todo el mundo, y ya no se nos tributaba honor alguno... ni siquiera se nos tenía respeto.

Nuestra casa estaba alejada de todo lo que merecía llamarse ciudad.

La aldea de Whitefern estaba a veinticuatro kilómetros sobre un solitario camino vecinal, pero nosotros rara vez acudíamos al poblado. Era como si mucho tiempo antes se hubiera declarado una especie de guerra secreta, y nosotros en nuestro castillo (como a mi papá le gustaba llamar a la casa) fuéramos objeto del odio de los «siervos» de las tierras bajas. Si había algo en aquellos alrededores que pudiera llamarse «tierras altas», era la pequeña colina sobre la que se asentaba Whitefern.

Papá tenía que recorrer en auto una distancia de 48 kilómetros para llegar a su oficina de corredor de bolsa o para volver de ella a la casa. Todos nuestros amigos vivían en la ciudad. Nuestros vecinos más cercanos estaban a 19 kilómetros de distancia, recorridos en auto, o a ocho a vuelo de pájaro. Papá se iba en el único automóvil que teníamos, y nos dejaba sin medio alguno de transporte. Con demasiada frecuencia, mi tía Ellsbeth deploraba el día en que vendió su pequeño coche, para comprar el televisor.

Mi tía, que jamás se había casado, estaba enamorada de su televisor portátil, con pantalla de doce pulgadas. Rara vez me permitía ver algo; en cambio, su hija Vera podía ver toda la televisión que quisiera, al volver de la escuela. Eso era otra cosa que yo no podía entender: por qué a Vera la dejaban ir a la escuela y a mí no. La escuela era peligrosa para mí, pero no para ella.

Naturalmente, yo suponía que a mí me sucedía algo muy malo. Mis padres tenían que esconderme para mantenerme a salvo, si no de extraños, sí de mí misma. Ésta era

la idea más aterradora de todas.

A mis siete años, mientras otros niños se subían a los autobuses amarillos de la escuela, y emprendían el recorrido en medio de risas y alegría, yo me sentaba ante la mesa de la cocina donde mi madre me enseñaba a leer, a escribir, a sumar y a restar. Ella tocaba muy bien el piano, pero no servía para enseñar otra cosa que tocar el piano. Por fortuna... o tal vez no... ahí estaba mi tía Ellsbeth para ayudar. Durante un tiempo, ella había sido maestra recibida, entrenada en dar palmetazos a cualquier chico que se atreviera a decirle algo indebido. Pero cuando dio un palmetazo más de la cuenta, los padres se encargaron de que la despidieran del empleo. Por más que se esforzó durante varios años en conseguir otro trabajo de maestra, la voz había corrido ya de que tenía un humor negro y una mano pesada.

La tía Ellsbeth, lo mismo que su hija Vera, también estaban siempre muy dispuestas a criticar nuestro modo de vivir. Según ella, éramos tan «antediluvianos» como la casa en que vivíamos. Estábamos «fuera de tono respecto al resto del mundo», solía decir.

En mis sueños de un hogar, Whitefern se erguía enhiesto y blanco, sobre el fondo de un firmamento oscuro y tempestuoso, aterrador a la vista. Me resultaba amenazador de noche, pero de día me acogía con los brazos abiertos. Yo tenía la costumbre de sentarme afuera, en el prado, para admirar la grandeza de Whitefern. Era una ostentosa mansión victoriana, con aires extravagantes. La blanca pintura había empezado a desprenderse hacía tiempo, y las oscuras celosías, mal adheridas a las paredes, lucían sueltas y torcidas. Era un edificio de tres pisos, con un desván y un sótano hacia la mitad posterior, donde el espacioso prado descendía hacia el río Lyle. Mientras contemplaba la vieja casa, pensaba que ella y yo teníamos mucho en común. Las dos éramos «antediluvianas» y «fuera de tono».

Nuestras ventanas eran miríficas; muchas de ellas con emplomados bellísimos... Las celosías, a punto de desprenderse, estaban pintadas de un rojo tan oscuro que desde lejos parecían negras, como sangre reseca. Desde fuera, lo más maravilloso de todo eran las balaustradas de los múltiples pórticos, balcones y pasillos a la intemperie, diseñados para dar la impresión de rígidos helechos estilizados.

Exactamente en el centro de la oscura techumbre había una cúpula redonda de techo de cobre que acabó por ser verde debido a las inclemencias del tiempo. Tenía la punta rematada por una bola dorada, cuya capa de oro iba desprendiéndose poco a poco, a medida que le caían las lluvias. Esa cúpula tendría unos cuatro metros de diámetro, y todas y cada una de sus numerosas ventanas era un emplomado con escenas que representaban ángeles de vida y muerte.

Por dentro y por fuera, generosos helechos colgaban de las clásicas cestas de mimbre. Había además otros vegetales, pero los helechos parecían robar toda la humedad del aire, haciendo que pronto murieran las demás plantas.

Sobre mis pequeños pies, tímidos y casi clandestinos, me entregaba a mis solitarios y modestos juegos, dentro del gran vestíbulo cuyo piso captaba los

coloridos diseños proyectados por los emplomados de la gran puerta doble, cuando dejaba pasar la luz. A veces eran colores con agudeza de estoque, que se me hundían en pleno cerebro, dejándomelo taladrado. Pero yo poseía unas rimas que me enseñó Vera para protegerme de los colores:

*Párate en el negro, vive lejos de tu suegro.  
Detente en el verde, ya verás cómo se pierde.  
Pisa bien sobre el azul, con tu vestido de tul.  
Ponte sobre el amarillo, procura atrapar el grillo.  
Pero pisa bien el rojo y que recojan el rastrojo.*

Ahora bien, para no tener que poner los pies sobre ningún color, me deslizaba a lo largo de las paredes, manteniéndome en las sombras, mientras escuchaba el tic tac de los relojes marchando al ritmo de un tiempo equivocado, y los cucúes enloquecidos en medio de la noche. Cuando el viento soplaba con fuerza, las celosías azotaban las paredes, los pisos crujían, el horno del sótano tosía, escupía, gemía... y las campanas de viento de la cúpula producían su incesante tintineo...

Sin embargo, durante el día había cosas tan maravillosamente grandes en nuestra casa, que yo me sentía como Alicia, perdida en un gigantesco alhajero. Lámparas decorativas y preciosos objetos de arte estaban esparcidos por doquier. Lámparas de gasa de muselina se erguían esbeltas, irradiando colores que hacían trazos caprichosos sobre los muros. Prismas de colores colgaban de las pantallas de las lámparas, de los candeleros de pared, de preciosos candelabros, de lámparas de gas... Y todos esos prismas se apoderaban de los colores para refractar los espectros del arco iris, que resplandecían como relámpagos cada vez que la luz del sol se ingeniaba para filtrarse entre las cortinas de encaje.

En cada cuarto teníamos una chimenea. Ocho eran de mármol, muchas de madera elegantemente tallada, y ninguna de ladrillo. El ladrillo no tenía la elegancia suficiente para aquel tipo de casa, que parecía sentir desprecio por todo lo sencillo.

Los cielos rasos eran altos y labrados con complejas grecas, que formaban marco a escenas bíblicas o románticas. En épocas antiguas, la gente se ponía... o al menos así lo juzgaban mis jóvenes ojos... o demasiados vestidos o demasiado pocos que se mantuvieran en su debido sitio. Yo me preguntaba por qué las escenas bíblicas solían hacer mayor derroche de carne desnuda que las que representaban gente decididamente perversa. Era difícil concebir a esa gente casi desnuda, como alguien que tratara de ir sinceramente por el camino que Dios les trazaba.

En cada cuarto de la casa, excepto en el mío, podían verse senos femeninos desnudos, de impresionantes proporciones, haciendo gala de sus líneas con increíble exuberancia. George Washington y Thomas Jefferson, además de otros varios presidentes de mirada inexpresiva contemplaban día tras día a la desnuda dama que, tendida en un diván atravesado, les dejaba caer en la boca abierta una cadena

interminable de uvas. Bebés desnudos revoloteaban sin vergüenza, disparando flechas al azar. En cambio, los hombres ocultaban siempre su masculinidad detrás de una hoja estratégicamente colocada, o de un holán del cortinaje que caía con estudiada gracia. Las mujeres no mostraban la misma destreza para ocultar lo que tenían... pensé muchas veces al contemplarlas. Parecían tímidas, pero actuaban con audacia. La tía Ellsbeth vino un día caminando detrás de mí y me explicó con un tono de amargura que, como la mayoría de los artistas eran hombres, lo más natural era que se deleitaran «explotando» las formas femeninas desnudas.

«No juzgues a las mujeres por lo que ves en pinturas y estatuas. Júzgalas sólo por lo que tú misma sabes de las mujeres que intervienen en tu vida. El día que un hombre... cualquiera, sea capaz de entender a una mujer... cualquiera, ese día será el fin del mundo. Los hombres son criaturas odiosas, contradictorias, que dicen querer diosas para ponerlas sobre pedestales. Pero una vez que las tienen ahí, hacen añicos el halo, les desgarran la vestidura, les cercenan las alas para que no puedan volar y de un golpe certero se deshacen del pedestal, haciendo caer a la mujer ante ellos, para poder darse el gusto de gritarle ¡ramera!, o algo peor, mientras la tratan con la punta del pie».

Al oír hablar a mi tía Ellsbeth, cualquiera pensaría que se casó una docena de veces o más, y que al menos un millar de hombres la habían decepcionado. Que yo sepa, sólo uno lo hizo en toda su vida.

En nuestro mobiliario existían varios estilos, todos elegantes. Parecía que cada silla, cada mesa, cada sofá, cada lámpara, cada edredón o colchoncillo y cada escritorio se había propuesto competir y superar a todo lo demás. Aunque la tía Ellsbeth se quejaba de los muebles, mamá me tomaba de la mano y me llevaba de cuarto en cuarto, explicándome que esa mesa era un «centro neorrenacentista» hecho por Berkey y Gay, en Grand Rapids, Michigan.

«Todas estas piezas son antigüedades, Audrina. Cada una vale lo que pesa, en oro. La cama de mi recámara tiene quinientos años. Hubo un tiempo en que reyes y reinas se acostaron detrás de su dosel».

Pero a nuestras espaldas, mi tía no ocultaba su incredulidad y su desdén.

El resto de las familias usaba electricidad en todas las habitaciones. Nosotros sólo en la cocina y en los baños. En los demás cuartos teníamos lámparas de gas, porque mamá estaba convencida de que hacían lucir mejor su cutis. Según mi tía, esas lámparas eran como un prurito en... salva sea la parte (se supone que yo no podía usar las palabras que la tía tenía siempre a flor de labios). Más aún que las lámparas de gas, a mi mamá le encantaban las velas encendidas y ver los troncos arder en la chimenea, chisporroteando, crepitando y proyectando sombras chinescas en las paredes recubiertas de oscuros entablados. Nuestra cocina contrastaba, como dedo pulgar adolorido, por todos los modernos recursos que hacían la vida llevadera al ama de casa, que detestaba toda clase de trabajo arduo pero se deleitaba preparando las comidas de exigente gastrónomo que papá tenía que ver servidas en la mesa.

El cuarto favorito de todos era el salón estilo romano renacentista. Mamá gozaba recostándose en su sofá de terciopelo color púrpura real, guarnecido de trenzas de hilo de oro, que colgaba donde no estaba sujeto por las borlas. Ahí se tendía ella, cubierta por un sutil salto de cama o un leve vestido veraniego. No parecía darse cuenta de que el relleno del mueble empezaba a asomar en varios sitios y los resortes habían violado ya en distintos puntos la integridad de la elegante tapicería. Voluptuosamente estirada sobre aquel mueble, mamá leía sus novelas, levantando de cuando en cuando la mirada para dejar que se perdiera en el espacio, mientras daba rienda suelta a sus ensueños. Yo adivinaba que se imaginaba en los brazos del apuesto amante retratado en la colorida cubierta del libro, encuadernado a la rústica, y me prometía temerariamente que algún día, yo también iba a tener el valor de leer novelas como ésas, perversas y bellas al mismo tiempo... Si bien es cierto que no podría decir cómo sabía que aquellos libros eran perversos, puesto que jamás había leído uno. Sin embargo, las imágenes casi desnudas de las cubiertas parecían muy perversas.

La inmensa y circular oficina hogareña de papá, situada directamente bajo la cúpula, alojaba millares de libros viejos, muy viejos, y muchas ediciones finas de clásicos, que nadie leía fuera de mí y de la tía Ellsbeth. Papá decía no tener tiempo de leerlos, y sin embargo seguía añadiendo libros a nuestra colección encuadernada en piel, como alentado por la esperanza de que todos sus amigos pensarán que los leía. Mamá escondía sus novelas a la rústica en los clósets de su recámara, y hacía creer que ella también se deleitaba con los relatos de gran calidad intelectual, impresos en fino papel y encuadernados en suave piel.

Algunos de aquellos libros clásicos tenían cosas muy perversas, según mi prima Vera, que siempre me notificaba lo que era o no era malo.

A mí me gustaba contemplar a mamá acostada en su sofá. A sus espaldas había un gran piano de cola para concierto, que su padre le regalara cuando ella ganó una medalla de oro en un concurso musical. Muchas veces me dijo mamá que pudo haber continuado tocando en las mejores salas de concierto, pero que papá no había querido tener por mujer a una artista profesional.

«No te propongas acaparar demasiados talentos, Audrina. Los hombres no aprueban la probabilidad de que ganes más dinero que ellos».

Mientras conversábamos, sus dedos hurgaban hábilmente por debajo. Sin molestarse en mirar, sacaba con destreza el chocolate que quería y se lo ponía en la boca. Mi padre le advertía con frecuencia que comer demasiado chocolate la engordaría, pero esto nunca sucedió.

Mi madre era alta, con cuerpo curvilíneo donde debía serlo, y esbelto en todos los lugares donde una mujer necesita estar delgada. Papá me decía muchas veces que ella era la belleza máxima en toda la costa del Este y que fue la sensación de la temporada en el gran baile de su presentación en sociedad. Muchos hombres apuestos y ricos pidieron la mano de mi madre en matrimonio, pero el que logró hacerla sucumbir



había sido Damian Jonathan Adare, con su impresionante apostura, su piel oscura y su cautivador encanto.

«Sobresalía por encima de todos los demás hombres que he conocido en mi vida, Audrina —me decía mi madre—. Cuando tu padre volvió del mar, todas las chicas se morían por tenerlo en el salón. Yo me sentí muy afortunada al ver que él no tenía ojos más que para mí». Sin embargo, al decir esto, fruncía el ceño como si recordara alguna otra chica para la que papá también hubiera podido «tener ojos».

A Vera le gustaba bromear diciendo que mi padre se había casado con mi madre sólo por lo mucho que admiraba el color de su cabellera. «Cabello de bruja» llamaba Vera al pelo de mi madre y al mío. «Cabello de camaleón» solía llamarlo mi padre. Era un cabello extraño, y a veces yo pensaba que Vera tenía razón. No sabía de qué color se esperaba que fuera nuestro cabello, y de hecho era de todos colores. Lucía un rubio ceroso, con tintes dorados, castaños, con tonalidades de un rojo brillante, de un café avellanado, con destellos cobrizos y a veces incluso con algo de blanco. A papá le encantaba el extraño color prismático de nuestro cabello. Yo pensaba que él había dado órdenes a Dios para que me dotara de la cabellera que tenía. Si Dios no lo hubiera escuchado, papá me habría devuelto. Porque también la primera Audrina tenía cabello de camaleón.

Con su estatura de 1.92 y su peso de cerca de 90 kilos, mi padre era el hombre más alto que yo había conocido, si bien Vera no dejaba de decirme que existían muchos hombres más altos, sobre todo entre los jugadores de baloncesto. El cabello de él era del color negro más oscuro. A veces, a la luz del sol, lanzaba destellos azulinos. Tenía unos hermosos ojos almendrados, de un café tan intenso que parecía negro, y con pestañas tan largas y espesas que parecían falsas, aunque no lo eran... yo lo sabía. Había tratado de arrancárselas, después de ver a mamá pegarse unas falsas. Los ojos de papá eran untuosos como el aceite, temibles y maravillosos, sobre todo cuando centelleaban. Poseía una piel tersa y suave, que muchas veces parecía rubicunda en invierno y de un rico bronceado en verano. Cuando mamá se disgustaba con papá por su egoísta tendencia a gastar más en sí mismo que en ella, lo llamaba currutaco y mequetrefe... yo, por supuesto, no comprendía el significado de esas palabras. Sospechaba que querían decir que mi enorme y poderoso papá tenía más interés en su ropa que en sus principios.

Temía envejecer, y especialmente perder el cabello. Revisaba el cepillo del pelo todos los días, casi contando los cabellos que encontraba en él. Visitaba al dentista cuatro veces al año. Se limpiaba la dentadura tantas veces al día, con hilo de seda, que mamá ya no podía tolerarlo. Su doctor lo examinaba con la misma frecuencia que su dentista. Lo irritaban defectos insignificantes que nadie habría notado más que él, como por ejemplo, las uñas de los pies gruesas y duras, que le costaba trabajo cortar. Pero cuando sonreía, su encanto era irresistible.

Los principios eran otra cosa que yo no entendía. Sin embargo, mamá decía que papá carecía de ellos. Una vez más, yo adivinaba en forma confusa que ella quería

decir que mi papá quería lo que se le antojaba querer y que era preferible que nadie se interpusiera en su camino para impedirle conseguirlo. Sin embargo, a veces, cuando estaba conmigo y se mostraba tierno y amoroso, me dejaba salirme con la mía. Pero sólo a veces... Había otras veces... que eran terribles...

Cuando mi tía vino a vivir con nosotros, y Vera tenía apenas un año, se acordó que ella, a cambio de su alojamiento y sustento, se haría cargo del trabajo de casa, y que mi madre cocinaría. Con una postura irrazonable, mi tía quería estar a cargo de la cocina (que consideraba más fácil), en lugar del cuidado de la casa, pero nadie podía comer nada de lo que ella preparaba. Mamá detestaba el trabajo de la casa, pero en cambio podía echar en una olla o en una sartén lo que quisiera, sin siquiera medirlo, y le resultaba un platillo divino. Papá decía que era una cocinera «creativa» porque tenía mente de artista. En cambio, Ellie (él era el único que la llamaba así) había nacido para ser esclava de algún hombre. ¡La mirada que le echaba mi tía cuando le decía cosas hirientes como ésa!

Mi tía era una mujer temible. Alta, enjuta y malvada, era la descripción que de ella hacía mi padre.

«No es raro que ningún hombre quiera casarse contigo —le decía con frecuencia mi padre, bromeando con ella—: tienes lengua de arpía».

No sólo tenía una lengua cortante, tan dura para Vera como para mí, sino también su regla de oro propia en cuanto a escatimar la vara y mimar al pequeño. Ni a Vera ni a mí nos limitaba la severidad cuando estaba encargada de nosotras. Por fortuna, mis padres rara vez nos dejaban solas con ella. En ciertos aspectos, parecía que mi tía quería menos a su propia hija que a mí. Yo siempre había creído que las mujeres nacieron para ser madres amorosas, pero más tarde, cuando reflexioné al respecto, no pude recordar cómo llegué a semejante conclusión.

A mamá *le gustaba* positivamente que mi tía castigara a Vera, porque en esa forma ella luego la acogía con los brazos abiertos, diciéndole una y otra vez:

—No te preocupes. Yo te amo, aun cuando tu madre sea incapaz de hacerlo.

—Ahí está el lado débil de tu personalidad, Lucietta —replicaba mi tía con aspereza—: puedes darle amor a cualquier cosa.

... Como si su propia hija fuera algo menos que un ser humano.

Mi tía Ellsbeth no mencionaba jamás al hombre que era el padre de Vera.

«¡Era un tramposo y un embustero! *No quiero* ni acordarme de su nombre» —decía con desprecio.

Era tan difícil entender lo que sucedía en nuestra casa... Las traicioneras corrientes subterráneas, como los ríos que desembocan en el océano, no estaban muy lejos de nuestra realidad.

Es cierto que mi tía era alta, de cara larga y delgada, a pesar de que comía tres tantos más que mi madre. A veces, cuando papá decía cosas crueles a la tía, sus labios, ya de por sí delgados, se fruncían hasta convertirse casi en una línea imperceptible. Su respiración se volvía un bufido y los dedos se le crispaban,

empuñando la mano como si quisiera darle unos latigazos... si tan sólo hubiera tenido valor.

Tal vez era la tía Ellsbeth la que impedía que nuestros amigos de la ciudad fueran a la casa con más frecuencia. Tenía que haber alguna razón para que sólo acudieran cuando dábamos alguna fiesta. Entonces —decía mi mamá— nuestros «amigos» brotaban de la tierra, como los insectos que acuden con presteza a darse un banquete con las sobras de un día de campo. Papá adoraba las fiestas, hasta el momento en que terminaban. Luego, por un motivo u otro, agredía a mamá y la castigaba por alguna trivialidad que él llamaba «error social», como fijar la mirada durante mucho tiempo en algún hombre guapo o bailar con él demasiadas veces. ¡Oh, era difícil ser esposa! Yo me daba cuenta. Nadie sabía exactamente qué hacer o hasta qué punto ser amistosa. Se esperaba que mamá tocara el piano para divertir a los invitados, mientras la gente bailaba o cantaba, pero no debía hacerlo tan bien que hiciera llorar a unos y fuera causa de que otros le dijeran que había sido una tonta casándose y renunciando a su carrera musical.

Jamás llegaban a nuestras puertas visitantes inesperados. Tampoco se permitía el acceso a vendedores. Por todas partes había señales de advertencia: «PROHIBIDO EL PASO A VENDEDORES», «CUIDADO CON EL PERRO», y «ALÉJESE, PROPIEDAD PRIVADA. SE PROCEDERÁ CONTRA LOS TRANSGRESORES».

Muchas veces me fui a acostar sintiéndome a disgusto con la vida que llevaba, percibiendo una corriente subterránea que me tiraba de los pies y me hacía tambalearme, mientras yo forcejeaba a duras penas, condenada a hundirme y ahogarme sin remedio. Me parecía oír una voz que me decía como en un murmullo que había ríos que cruzar y lugares adonde ir... pero yo no iría a ningún lado. Había gente que conocer y maneras de divertirse, mas yo no experimentaría nada de eso. Despertaba y oía el tintineo de las campanas de viento que en su murmullo me decían una y otra vez que mi lugar era donde estaba, que ahí estaría para siempre y que nada que hiciera cambiaría las cosas a la larga. Me estremecía y envolvía con los brazos el delgado pecho, mientras escuchaba en los oídos la voz de papá diciéndome una y otra vez:

«Éste es tu lugar, aquí estás a salvo con papá, a salvo en casa».

¿Por qué tuve que tener una hermana mayor muerta y sepultada a los nueve años de edad? ¿Por qué tuve que llevar su nombre? Parecía algo raro, antinatural. Yo detestaba a la primera Audrina, a la mejor, a la buena y perfecta, a la nunca deficiente Audrina. Y sin embargo tenía que reemplazarla si quería conquistar un lugar permanente en el corazón de papá. Yo abominaba el ritual de ir a visitar su sepulcro todos los domingos, después de la ceremonia eclesiástica, y de ponerle flores compradas a un florista, como si las flores de nuestro jardín no fuesen bastante buenas.



Por la mañana yo corrí al encuentro de papá y en el acto él me levantó y me estrechó con la precisión con que los relojes del abuelo marcaban su tic tac en los pasillos, sin cesar jamás. A nuestro alrededor, toda la casa estaba en un silencio que parecía de tumba, como esperando que la muerte llegara y nos arrebatara a todos, como había arrebatado a la primera Audrina, a la mejor. ¡Oh, cuánto detestaba y envidiaba a mi hermana mayor difunta! ¡Qué maldición era para mí el llevar su nombre!

—¿Dónde están todos? —susurré, mirando con temor a mi alrededor.

—Afuera en el jardín —contestó él, estrechándome con más fuerza—. Es sábado, mi amor. Sé que a ti el tiempo no te importa, pero a mí sí. El tiempo nunca tiene importancia para la gente especial, con dotes especiales. Sin embargo, para mí las horas del fin de semana son las mejores. Comprendí que te asustaría encontrarte sola en una casa vacía, por eso me quedé adentro, mientras los demás salían a cosechar los frutos de lo que han sembrado.

—Papá, ¿por qué yo no puedo recordar cada día, como el resto de la gente? Yo no recuerdo el año pasado, o el anterior... ¿Por qué?

—Todos somos víctimas de una herencia doble —me contestó con voz suave, acariciándome el cabello y meciéndome blandamente en la mecedora que la madre de mi tatarabuela había usado para dar de comer a sus doce hijos—. Cada hijo o hija hereda genes de su padre y de su madre, y éstos son los que determinan el color de su cabello, de los ojos, y los rasgos de su personalidad. Los bebés vienen al mundo para estar bajo la influencia de esos genes y del medio ambiente particular que los rodea. Tú estás todavía en espera de llenarte con los dones de tu hermana muerta. Cuando lo hagas, todo lo que hay de bueno y hermoso en este mundo será tuyo, como lo fue de ella. Mientras tú y yo esperamos ese día maravilloso en que deba llenarse tu cántaro vacío, yo me empeño en hacer lo mejor de lo mejor que soy capaz, para darte lo más excelente de todo.

En ese momento entraron en la cocina mi tía y mi madre, con Vera a la zaga. Llevaban una canasta de judías recién pizcadas.

La tía Ellsbeth debió de haber oído gran parte de lo que papá acababa de decirme, porque dijo con sarcasmo:

—Debías haber sido filósofo en lugar de corredor de bolsa, Damian. Tal vez habría habido alguien a quien interesara oír las palabras de tu sabiduría.

Yo me quedé mirándola y tratando de extraer de mi traidora memoria algo que podía haber o no haber soñado. Pudo incluso ser un sueño que perteneció a la primera Audrina, que había sido tan inteligente, tan hermosa y de una perfección tan

sempiterna. Pero antes de poder atrapar siquiera uno de esos recuerdos evasivos, todos se me habían ido... ido...

Suspiré, sintiéndome infeliz dentro de mí misma, en mi relación con los adultos que me gobernaban, con la prima que insistía en ser mi única hermana porque quería robarme mi lugar, cuando éste me había sido ya arrebatado por la primera Audrina, la mejor, que era una Audrina muerta.

Y ahora se esperaba de mí que actuara como ella, hablara como ella y fuera todo lo que ella había sido... y entonces, ¿adónde tenía que ir mi verdadero yo?

Llegó el domingo y, tan pronto como los oficios religiosos terminaron, papá condujo el auto, como lo hacía siempre, al cementerio familiar cercano a la casa, donde estaba esculpido el nombre Whitefern en un arco inmenso que daba acceso al lugar y bajo el cual nuestro vehículo pasó lentamente. Al otro lado del arco, se llegaba a pie hasta el cementerio. Todos nosotros estribamos vestidos con nuestros mejores atuendos y provistos de ramos de flores costosas. Papá me ayudó a salir del auto. Yo me resistía, por el aborrecimiento que me inspiraban aquella tumba que teníamos que visitar y aquella niña muerta que me robaba el amor que todos los demás me debían.

Creo que aquella vez fue la primera que pude recordar con absoluta claridad las palabras que papá debió haber dicho muchas veces:

—Ahí yace mi primera Audrina...

Con expresión de pesar, fijó la mirada en la tumba plana, rematada por la esbelta lápida de mármol blanco donde estaba inscrito mi propio nombre, pero con las fechas de nacimiento y muerte de ella. Yo me preguntaba cuándo acabarían por reponerse mis padres de la conmoción de aquel misterioso fallecimiento. Me parecía que si dieciséis años no habían bastado para restañar la herida de esa conmoción, tampoco bastarían noventa... Yo no soportaba la vista de esa lápida, así que fijé la mirada en el rostro apuesto de papá, que se erguía muy por encima del mío. Ésa era la perspectiva que jamás volvería a tener una vez que creciera: poder apreciar, desde abajo, aquella angulosa barbilla, llena de fuerza; luego su grueso labio inferior saliente, su impresionante nariz y el extremo de sus largas y oscuras pestañas inferiores que se juntaban con las superiores cuando parpadeaba tratando de contener las lágrimas. Era algo así como levantar la mirada hacia Dios.

Papá me daba la impresión de ser tan poderoso... tan dueño de sí mismo... Volvió a sonreírme y explicó:

—Mi primera Audrina está en ese sepulcro, muerta a los nueve años. Esa maravillosa y especial Audrina... Así como tú eres maravillosa y especial... No dudes un momento del hecho de ser tú también tan maravillosa y bien dotada como ella. Cree lo que te dice papá y nunca te equivocarás.

Yo pasé saliva con gran esfuerzo. Visitar esa tumba y oír hablar de esa Audrina me daba siempre un fuerte dolor de garganta. Claro que yo no era ni maravillosa ni especial, pero... ¿cómo decírselo cuando él parecía tan convencido? Con mi ingenio

infantil me imaginé que a sus ojos mi valor dependía de lo especial y lo maravillosa que yo resultara en el futuro.

—¡Oh, papá! —gimió Vera, tropezando al acercársele y aferrarse a su mano—. ¡Yo la amé tanto... tanto! Era tan maravillosa, tan especial... Y tan hermosa. No creo que en un millón de años vuelva a haber otra chica como tu primera Audrina...

En ese instante, una perversa sonrisa se dibujó en sus labios, de suerte que yo pudiera notarla, como para decirme una vez más que nunca lograría ser tan bella como la primera Audrina, la mejor, la más perfecta. Luego, agregó:

—Además... era tan brillante en la escuela... El modo como murió es terrible, realmente espantoso. Yo me sentiría tan avergonzada si eso me sucediera... tan avergonzada, que preferiría morir...

—¡Calla la boca! —rugió papá.

Su voz fue tan sonora y poderosa que hizo que los patos del estanque emprendieran el vuelo. Se apresuró a poner sobre la tumba el adorno floral que llevaba y después me tomó de la mano y me llevó hacia el coche.

Mamá empezó a llorar.

Yo sabía muy bien que Vera tenía razón. Por muy especiales que fueran esas maravillas que se atribuían a la primera Audrina, el hecho era que estaban todas sepultadas con ella en aquella tumba.

## EN LA CÚPULA

**N**o deseada... indigna... no bonita y no suficientemente especial fueron las palabras que me vinieron a la mente al ir subiendo las escaleras y encaminarme hacia el desván. Habría querido que la primera Audrina no hubiera nacido jamás. Tuve que abrirme paso a través del montón de cachivaches empolvados, para poder llegar a la oxidada escalera de caracol, hecha de hierro forjado, que me dejaría pasar por una abertura cuadrada, en otro tiempo provista de un barandal tambaleante, que algún día papá reconstruiría, para entrar al fin en el desván.

En aquel cuarto de forma octagonal había una alfombra turca rectangular, llena de tonalidades carmesí, oro y azul. Cada día que visitaba ese lugar, me gustaba peinar con los dedos aquel tejido, como papá al hendir con los suyos su espesa cabellera oscura, cuando se sentía enfurecido o frustrado. En la cúpula no había mobiliario alguno, sólo una almohada para sentarme. La luz del sol, al atravesar los emplomados, bañaba la alfombra empapándola de bucles parecidos a plumas resplandecientes de pavo real, o como un complejo dibujo de luces de colores. Yo también llevaba en piernas y brazos dibujos como éstos, con aspecto de tatuajes transitorios. Allá, muy en lo alto, como colgados del vértice del techo, oscilaban los largos rectángulos de vidrio pintado: eran las campanillas de viento chinas, suspendidas de cordeles de seda escarlata. Pendían a una altura tal, que el viento jamás lograba agitarlas y, sin embargo, yo podía oírlas tintinear una y otra vez con mucha frecuencia. Si al menos una vez hubiesen querido mecerse y sonar para darme gusto mientras las observaba, habría podido creer que no estaba loca.

Me dejé caer sobre el cojín situado sobre la alfombra y empecé a jugar con las viejas muñecas de papel que conservaba alineadas sobre las paredes. Cada una de ellas llevaba el nombre de alguien a quien yo conocía; pero como mis conocidos no eran muchos, un buen número de las muñecas tenía el mismo nombre. Sin embargo, sólo una se llamaba Audrina. Según creo, podía recordar vagamente que en un tiempo hubo hombres y muchachos entre las muñecas, pero a esa sazón yo no tenía más que chicas y mujeres.

Me hallaba tan absorta en mis pensamientos que no oí ruido alguno, hasta que de

repente una voz me preguntó:

—¿Estás pensando en mí, dulce Audrina?

Me di vuelta con una sacudida violenta de la cabeza. Ahí estaba de pie Vera, bajo las fantasmales luces de colores de la cúpula. Su lacia cabellera tenía un color albaricoque pálido como nunca he visto otro, pero que no era del todo insólito en nuestra familia. Sus ojos eran muy oscuros, como los de su madre, como los de mi padre.

Los colores refractados por las numerosas ventanas proyectaban miríadas de luces de colores en el piso y tatuajes multicolores en la cara de ella. Con toda seguridad, mis ojos brillaban como los suyos, con aspecto de joyas multifacéticas. La cúpula era realmente un sitio mágico.

—¿Estás escuchándome, Audrina? —inquirió con un murmullo de voz que tenía algo de pavoroso—. ¿Por qué sigues ahí sentada sin decir palabra? ¿Has perdido las cuerdas vocales como has perdido la memoria?

Yo detestaba la idea de verla en la cúpula. Aquél era mi cuarto privado, especial, para tratar de reconstruir lo que no podía recordar, mientras movía mis muñecas de un lado a otro pretendiendo que fueran mi familia. En realidad, yo las colocaba a través de los años de mi vida, esforzándome así por reconstruir y extraer aquel secreto que se empeñaba en ocultármelo. Esperaba que algún día, algún día maravilloso, podría rescatar a través de ellas todo lo que no podía recordar, para conseguir ser una persona entera y completa, y tan admirable como aquella hermana muerta hubiera podido ser.

El brazo izquierdo de Vera acababa de salir de un enyesado y ella lo movía con cautela cuando entró a mi santuario.

No obstante mi intermitente disgusto hacia ella, me dolía que se hubiese roto un brazo sólo por haberlo golpeado contra un objeto duro. Según ella, había tenido once huesos rotos. Yo, en cambio, nunca me rompí ninguno. Un roce ligero con una mesa y salía con la muñeca fracturada. Un ligero tropezón y una serie de moretones enormes le manchaban la piel durante semanas. Si se caía de la cama sobre una alfombra acolchonada, todavía alcanzaba a romperse una pierna, un tobillo, el antebrazo... ¡algo!

—¿Te duele todavía el brazo?

—No me mires con lástima —ordenó al entrar cojeando a la cúpula, mientras le crujían los talones.

Su paso era torpe e inseguro. Sus oscuros ojos me penetraban con la mirada.

—Yo tengo huesos frágiles, pequeños, delicados. Si se rompen con facilidad es porque llevo más sangre azul que tú.

Si la sangre azul significaba que debía tener huesos rotos dos veces al año, ya podía quedarse con ella. A veces, cuando era tan mala conmigo, yo pensaba que Dios estaba castigándola. Pero otras veces sentía cierta culpabilidad por ser mis huesos tan resistentes y tardos para romperse, aun cuando tuviera caídas inesperadas.



¡Oh! Volví a preguntarme espontáneamente si la primera Audrina, la mejor y más perfecta, habría sido tan aristocrática como Vera.

—¡Claro que me duele el brazo! —chilló, mientras los ojos le brillaban con destellos rojos, verdes y azules—. ¡Es un infierno de dolor!

Luego, la voz adquirió un tono quejumbroso y siguió diciendo:

—Cuando se te rompe un brazo, te sientes tan impotente... En realidad es peor que una pierna rota, porque hay muchas cosas que no puedes hacer por ti misma. En cuanto a *ti*, visto que no comes gran cosa, no me explico por qué los huesos no se te rompen con más facilidad que los míos... Bueno, claro, tú debes tener huesos de campesina.

No supe qué decirle.

—Hay un chico en mi salón de clase que me mira con un gesto muy amistoso, me lleva los libros, habla conmigo y me hace muchas preguntas. No podrías creer lo guapo que es. Se llama Arden Lowe. ¿No te parece un nombre insólito y romántico para un muchacho? Audrina, yo creo que siente algo especial por mí... Y me ha besado dos veces en la ropería.

—¿Qué es una ropería?

—¡Por Dios que eres estúpida! Agujeros en el campanario con murciélagos revoloteando alrededor, eso es la dulce Audrina de papá —dijo con una risita burlona y retadora.

Pero yo no quería pelear, así que la dejé que siguiera hablándome de su amigo Arden Lowe.

—Tiene ojos color ámbar, los ojos más bonitos que hayas visto. Cuando te le acercas mucho, mucho, puedes notar puntitos verdes dentro de ellos. Tiene un cabello café oscuro con matices rojizos cuando lo hiera la luz del sol. Además, es inteligente. Es un año mayor que yo, pero eso no quiere decir que sea tonto, sino que ha viajado tanto, que tuvo que retrasarse en sus trabajos escolares.

Vera suspiró y adoptó una pose de soñadora.

—¿Qué edad tiene Arden Lowe?

—Yo cumplí veinte ayer, así que Arden será más joven, naturalmente. Él no posee mi talento para tener la edad que quiera. Supongo que tiene once años... Es como un bebé, considerando que yo tengo veinte, pero... ¡qué bebé tan bien parecido!

Me dedicó una sonrisa... Yo sabía bien que ella no podía tener más de... ¿doce años, quizá? Volví a jugar con mis muñecas.

—Audrina, tú tienes más amor a esas muñecas que a mí.

—No, eso no es cierto...

La verdad era que al decir eso no me sentía muy segura de que fuera la verdad.

—Entonces dame las que son *hombres* y *muchachos*.

—Todos los muchachos y los hombres han desaparecido —respondí con una voz graciosa y amanerada, que hizo que Vera abriera los ojos hasta donde le era posible.

—¿Adónde fueron a parar todos los varones, Audrina? —preguntó en el más

extraño e insinuante tono de voz, un tono que me hizo estremecer.

—No lo sé —contesté en el mismo tono, pero un tanto asustada.

Miré rápidamente a mi alrededor; el miedo se reflejaba en mis pupilas. El tintineo de las campanillas de viento resonó sobre mi cabeza. Estaban perfectamente inmóviles... Yo me encogí más y más en mi interior y añadí:

—Pensé que tú te los habías llevado.

—Eres una niña maaaa... la, Audrina... realmente perversa. Un día te darás cuenta de toda tu maldad y cuando la comprendas querrás morir —dejó escapar otra risita enigmática y se alejó.

¿Qué tenía yo para que ella se gozara tanto en hacerme sufrir una y otra vez? O bien, ¿qué tenía ella? Era una situación como la de mi madre y su hermana... ¿Íbamos a repetir la historia a lo largo de la vida?

El rostro pálido y empastado de Vera me miró con un gesto de burla maligna que parecía personificar la maldad misma. Al darse vuelta, los colores jugaron con su cutis y con la cabellera; el color albaricoque suave se volvió rojo y luego azul con estrías moradas.

—¡Entrégame todas tus muñecas, aunque las mejores hayan ido a dar al infierno!

En ese momento estiró la mano para apoderarse de una media docena de las que tenía más cerca.

Con un movimiento rápido como el rayo se las arrebaté. Luego, poniéndome en pie corrí alrededor del cuarto para recoger las demás. Vera se arrastró para arañarme las piernas con sus largas uñas, que siempre usaba muy afiladas. Sin embargo, yo me ingenié para mantenerla a raya, con un pie apoyado en su hombro, hasta que recogí el último puñado de muñecas y vestidos. Teniendo llenas las dos manos, la hice a un lado con el pie, de tal manera que cayó de espalda y yo eché a correr por la escalera de caracol, con la agilidad de un caballo de carreras, segura de que no podría darme alcance. Sin embargo, podía oírla, casi a mis espaldas, diciendo a gritos mi nombre y ordenándome parar:

—¡Si me caigo será culpa tuya... tuya!

Luego añadió unos cuantos insultos que para mí no tenían sentido alguno.

—Tú no me quieres, Audrina —la oí gemir entre los sonoros golpes de las suelas duras de sus zapatos sobre los peldaños metálicos—. Si de veras me quisieras como una hermana, harías lo que yo quiero y me darías todo lo que te pido, para aliviarme el dolor que tengo que sufrir...

Oí que se detenía para recobrar el aliento. Luego siguió gritando:

—¡Audrina, no vas a esconder esas muñecas! ¡No te atrevas! Me pertenecen a mí, tanto como a ti.

Eso no era cierto. Yo fui la que las encontró en un viejo baúl. Había una regla relativa a los descubridores de algo: ellos debían ser sus dueños; y yo creía en las reglas, en los viejos adagios, en máximas. Habían pasado por la prueba del tiempo que sabía mucho más que yo acerca de todas las cosas.

Fue fácil agazaparme fuera del campo visual de Vera, que pesada y torpemente venía bajando por la empinada y angosta escalera. Debajo de una duela suelta del piso alcancé a esconder las muñecas, con todos aquellos atuendos eduardianos que usaran para asistir a muchas funciones sociales importantes. Luego oí un grito de Vera.

¡Dios santo, había vuelto a caerse! Corrí hasta donde estaba hecha un nudo en el suelo. La pierna izquierda le quedó debajo del cuerpo, doblada en forma grotesca. Era la pierna que antes se había roto ya dos veces. Me estremecí al ver un fragmento de hueso astillado que sobresalía a través de la carne desgarrada, que sangraba en abundancia.

—¡La culpa es tuya! —gemía, con un dolor y una agonía tales, que su cara bonita se veía retorcida y fea—. Tú tienes la culpa por no darme lo que yo quería. Siempre es culpa tuya, todo lo malo que me pasa es siempre culpa tuya. Alguien debe darme lo que quiero, al menos alguna vez...

—Te daré ahora mismo las muñecas —cedí en tono débil, dispuesta a entregarle lo que pidiera, porque me apenaba verla herida—. Pero primero voy a llamar a tu mamá y a la mía.

—¡No quiero tus malditas muñecas! —gritó—. ¡Vete de aquí y déjame en paz! Por ti yo habría hecho cualquier cosa. Algún día pagarás por todo lo que me has robado, Audrina. ¡Se supone que la primera y la mejor debo ser yo, no tú!

Me sentí muy mal al dejarla ahí sola, en las condiciones en que estaba, con la pierna rota y adolorida... y sangrante. Luego observé que también su brazo izquierdo estaba en una extraña posición. ¡Dios santo! Había vuelto a romperse... Ahora, Vera tendría un brazo y una pierna rotos. Y aun así, Dios no le había enseñado nada sobre la humildad, como me lo enseñó a mí... y muy bien, por cierto...

¿Cómo sabía yo eso?

Bajé volando las escaleras y me tropecé con papá.

—¿No te he dicho que te alejes de la cúpula? —rugió, aferrándome el brazo e impidiéndome llegar hasta mi madre—. No vuelvas a subir allá hasta que no haya vuelto a poner la barandilla. Podrías caerte y lastimarte.

Yo no quería ser la persona que le dijera a él lo de los huesos rotos de Vera, pero tenía que hacerlo porque él se negaba a soltarme el brazo.

—Papá, ella está allá, sangrando... Le sale mucha sangre. Si no me dejas ir a llamar una ambulancia podría morir...

—Lo dudo —objetó, pero llamó a mamá y le ordenó—: Llama a la ambulancia, Lucky. Vera ha vuelto a romperse los huesos. Mi seguro de gastos médicos va a cancelarme la póliza si esto continúa.

Sin embargo, cuando llegó el momento de la verdad, papá fue el que calmó a Vera, tratando de quitarle todos sus temores, y el que se sentó a su lado en la ambulancia, la tomó de la mano y le enjugó las lágrimas. Así, acostada en una camilla, dentro de una ambulancia que la conocía muy bien, Vera iba camino al

hospital más cercano para que volvieran a enyesarle el brazo y también la pierna.

Yo me mantuve de pie cerca de la puerta del frente, viendo desaparecer la ambulancia alrededor de la curva de esa larga entrada para automóvil que había en la casa. Tanto mi madre como mi tía se negaron a ir otra vez al hospital a sufrir durante aquellas largas horas de espera y de vigilia que requería el poner de nuevo la desgarrada pierna dentro de la enyesadura. La última vez que Vera se rompió la pierna, el doctor dijo que si eso volvía a suceder, era posible que la pierna no se restableciera con la misma longitud de la otra.

—No te aflijas tanto, cariño —me reconfortó mamá—. No es culpa tuya. Muchas veces le hemos dicho a Vera que no suba por esa escalera de caracol. Por eso te decimos a ti que tampoco subas, porque sabemos que tarde o temprano ella va a seguirte para ver qué haces allá arriba. Además, los doctores hacen siempre las predicciones más sombrías, pensando que te sentirás muy agradecida cuando veas que no sucedió lo previsto. La pierna de Vera volverá a quedar del tamaño de la otra... ¡Sólo Dios sabe cómo se ingenia para seguir rompiéndose la misma pierna una y otra vez!

La tía Ellsbeth no pronunció una sola palabra. Parecía que los huesos rotos de su hija no le preocupaban tanto como el andar por toda la casa en busca de una vieja aspiradora, que al final encontró bajo el cubo de la escalera posterior. De ahí se dirigió al comedor familiar, donde seis presidentes se asomaban a contemplar a la dama desnuda que comía uvas.

—¿Puedo ayudarte en algo, tía Ellsbeth? —le pregunté.

—¡No! —repuso con aspereza—. No sabes hacer nada bien, y al final lo único que logras es aumentarme el trabajo. ¿Por qué diablos no le diste a Vera las muñecas de papel cuando te las pidió?

—Porque lo único que quería hacer con ellas era romperlas.

La tía hizo un gesto de desprecio, me miró a mí y luego a mi madre y empezó a arrastrar la aspiradora a través del vestíbulo, hasta perdersenos de vista.

—Mamá —le susurré al oído—, ¿por qué Vera dice siempre mentiras? Le dijo a papá que yo la había empujado hacia abajo de la escalera, pero yo ni siquiera estaba cerca de ella. Yo me encontraba en el desván, escondiendo las muñecas, cuando ella iba bajando. Se había caído ya en la escuela, y aun así dice que yo la empujé. Mamá, ¿por qué diría eso, cuando yo jamás he ido a la escuela? ¿Por qué no puedo ir a la escuela? ¿La primera Audrina asistía a la escuela?

—Sí, claro —contestó mamá, haciendo un esfuerzo, como si una rana hubiera quedado atrapada en su garganta—. Vera es una chica muy infeliz, por eso miente. Su madre casi no le presta atención, y Vera sabe que tú recibes mucha de parte nuestra. Pero es difícil amar a una chica tan malvada y odiosa... aunque nosotros hacemos lo más que podemos. Hay en Vera una vena de crueldad que me preocupa mucho. Temo tanto que haga algo que pueda herirte... que nos hiera a todos —sus bellos ojos color violeta se quedaron fijos en un espacio indefinible—. Es una pena que tu tía no se

mantuviera lejos de nosotros... Por cierto que no la necesitábamos a ella y a Vera para que complicaran nuestras vidas todavía más.

—¿Qué edad tiene Vera, mamá?

—¿Qué edad te ha dicho que tiene?

—A veces dice que tiene diez años, a veces que doce, luego dieciséis... y hasta veinte. Mira, mamá, me lo dice riéndose de mí, porque yo en realidad no sé cuántos tengo.

—¡Claro que sabes! Tienes siete. ¿No te lo hemos dicho una y otra vez?

—Pero no puedo recordar mi séptimo cumpleaños.

¿Me hiciste una fiesta ese día? ¿Se le hacen fiestas de cumpleaños a Vera? No recuerdo una sola.

Vera tiene tres años más que tú —replicó mamá inmediatamente—. No podemos darnos el lujo de más fiestas. La razón no es que no podamos gastar dinero, sino que tú sabes por qué las fiestas de cumpleaños nos traen malos recuerdos. Ni tu padre ni yo podemos tolerar ya la idea de fiestas. Por eso hemos decidido acabar con los cumpleaños y quedarnos en la edad que nos guste más. Yo voy a permanecer en los treinta y dos años —sonrió con cierta picardía y volvió a besarme... Es una edad encantadora: una no es ni muy joven ni muy vieja.

Pero yo estaba harta de evasivas.

—Entonces, ¿Vera no conoció a mi hermana difunta? Ella asegura que sí, pero ¿cómo pudo conocerla teniendo apenas tres años más que yo?

El gesto de abatimiento volvió a retratarse en el rostro de mi madre, y contestó:

—En cierto sentido la conoció. Como sabes, hemos hablado tanto de ella... Tal vez hablamos demasiado de ella.

Así continuamos, como de costumbre. Evasivas, evasivas, y nada de revelaciones. Por lo menos no de las que yo realmente quería oír, de esas en las que podía creer.

—¿Cuándo podré ir a la escuela?

—Algún día. —Eludió casi en un murmullo—. Un día... pronto.

—Pero mamá —insistí siguiéndola a la cocina para ayudarla a picar verduras para la ensalada—, yo no me caigo ni me rompo los huesos como Vera. Yo estaría más a salvo en la escuela que ella.

—No, tú no te caes —corroboró con voz firme—. Supongo que yo debía estar agradecida por eso... Pero tienes otros modos de hacerte daño, ¿no es cierto?

Y... ¿era cierto?

## EL SUEÑO DE PAPÁ

**A**ntes que la oscuridad pudiera arrebatarnos los últimos destellos rosados del crepúsculo, papá había regresado del hospital y depositado a Vera en el salón romano renacentista. Como si hubiera sido tan ligera como una pluma, no obstante la enyesadura de la pierna que le cubría desde la cadera, además de la del brazo izquierdo, papá la colocó con ternura sobre el sofá de terciopelo púrpura que a mi madre le gustaba tanto. Vera se veía muy feliz con su gran caja de chocolates, reducida ya a la mitad durante el trayecto desde el hospital. A mí no me la ofreció, a pesar de que me mantenía a su lado, anhelando saborear siquiera uno. Luego vi que papá le había comprado también un nuevo rompecabezas, en el que trabajaría con el brazo derecho, el sano.

—No te preocupes, cariño, también a ti te compré chocolates y un rompecabezas —me informó papá—. Pero debes dar gracias a Dios de que tú no necesitas caerte y romperte los huesos sólo para llamar la atención.

En el acto, Vera arrojó lejos el rompecabezas e hizo caer de la mesa la caja de chocolates.

—A ver, a ver... —intervino papá serenándola y recogiendo las cajas para dárselas de nuevo—. Tu rompecabezas es muy grande y el de Audrina, muy pequeño. Tú tienes una caja de dulces que pesa un kilo. La de Audrina pesa escasamente medio kilo.

Sintiéndose feliz una vez más, Vera torció los labios en una sonrisa malévola dirigida a mí, y alabó:

—Gracias, papá, ¡qué bueno eres conmigo!

Y estiró los brazos para tratar de besarlo. Yo rabiaba en mi interior, detestando oír que lo llamara papá, cuando en realidad no era padre suyo, sino mío. Me molestó el beso que él le estampó en la mejilla. Me sentí agraviada por aquella enorme caja de chocolates, por el rompecabezas mucho mayor, con colores más bonitos que el que papá me había traído a mí.

Incapaz de seguir viendo aquello, me alejé de ahí para ir a sentarme en el balcón posterior a contemplar la luna que empezaba a brotar de las oscuras aguas. Estaba en

cuarto creciente. Era el tipo de luna que papá llamaba cornuda, y yo pensaba poder distinguir el perfil del hombre en la luna, de aspecto viejo y marchito. El viento que se filtraba entre el follaje de verano producía un silbido solitario que a mí me decía que las hojas no tardarían en morir, el invierno vendría y yo no había gozado para nada el verano. Conservaba recuerdos confusos de veranos más felices, más calientes... y sin embargo, no podía reproducirlos para contemplarlos bien. Me llevé a la boca un chocolate redondo, a pesar de que todavía teníamos que sentarnos a cenar. Aquel mes de agosto era más semejante a octubre. Realmente parecía octubre...

Como si me hubiera oído llamarlo, papá vino asentarse a mi lado. Olfateó el viento según su costumbre; una vieja costumbre que, como me había dicho muchas veces, le quedó de su época de marino militar.

—Papá, ¿por qué esos gansos vuelan hacia el Sur en pleno verano? Creí que sólo lo hacían a fines del otoño.

—Supongo que es porque saben más acerca del clima que nosotros, y están tratando de decirnos algo. —Me pasó la mano con suavidad, para quitarme el cabello de la frente.

Estaba yo a punto de engullir otro chocolate, cuando me advirtió:

—No tomes más de uno de éstos —el tono de su voz era más dulce cuando me hablaba a mí, más amable, como si mi sensibilidad tuviera la fragilidad de un cascarón de huevo, como los huesos de Vera—. Noté que te pusiste celosa cuando besé a Vera y que te disgustó el que le comprara regalos. Alguien tiene que mimarla cuando está sufriendo. Pero sabes que sólo tú eres la luz de mi vida y vida de mi corazón.

—Tú amabas más a la primera Audrina —me atreví a decir, casi ahogándome—, y yo nunca voy a adueñarme de sus dotes, papá, por más que vaya a mecarme en ese sillón. ¿Qué necesidad hay de que yo tenga dotes que eran tuyas? ¿Por qué no puedes aceptarme como soy?

Abrazándome con cariño me explicó una vez más que lo único que deseaba era darme confianza en mí misma.

—Hay cierta magia que cautiva en esa silla, Audrina. Yo a ti *sí* te amo por ser quien eres. Lo único que quiero es darte ese algo más que ella ya no necesita. Si tú puedes aprovechar lo que solía ser suyo, ¿por qué no has de tenerlo? Entonces tu memoria de queso *gruyère* se llenará hasta desbordarse y yo me alegraré por ti.

Yo no creía que hubiera ninguna virtud que adquirir en ese sillón. Todo aquello era una mentira más, que a mí me daba tanto terror cuanto a él parecía darle esperanza. Su voz adoptó un tono de súplica:

—Necesito que alguien crea en mí con todo su corazón, Audrina. Necesito de ti la confianza que ella me daba. Ése es el único don que quiero que tú rescates. Quiero que prenda en ti el don de ella de tener seguridad en mí. Tu madre me ama, lo sé, pero no tiene fe en mí. Ahora que mi primera Audrina se ha ido, yo dependo de ti

para que me des lo que en otro tiempo me hizo sentir limpio y maravilloso. Quiero que me necesites como ella me necesitaba, que confíes en mí como confiaba ella... Porque cuando tú esperas nada menos que lo mejor, eso es lo que recibes.

¡Eso no era cierto! Me zafé de su abrazo y protesté:

—No, papá. Si *ella* esperaba sólo lo mejor y confiaba tanto en ti, ¿por qué se fue al bosque, contra tus disposiciones? ¿Acaso estaba esperando lo mejor, el día que se la encontró muerta bajo aquel árbol dorado de temporal?

—¿Quién te dijo eso? —preguntó exabrupto.

—¡No lo sé! —gemí, perturbada por el sonido de mi propia voz.

Ni siquiera sabía lo que era un árbol dorado de temporal. Él bajó la cara hasta hundirla casi en mi cabellera, mientras su mano me aferraba el hombro con tal fuerza que me producía dolor. Cuando al fin encontró algo que decir, se le oyó a miles de kilómetros de distancia, como ese lugar cálido adonde se dirigían los gansos.

—En cierto sentido tienes razón —confesó—. Tal vez tu madre y yo debimos hacerle advertencias más explícitas. La verdad de las cosas fue que nos daba pena y no dijimos a nuestra primera Audrina todo lo que necesitaba saber. Pero nada de lo sucedido fue culpa suya.

—¿Nada de qué, papá?

—¡A cenar! —entonó mamá desde adentro, como si hubiera estado escuchando y supiera exactamente cuándo debía interrumpir nuestra conversación.

Mi tía estaba ya sentada ante la mesa redonda del comedor familiar, con el ceño fruncido al ver entrar a papá con Vera en brazos. La chica le respondió frunciendo también el entrecejo. Por lo visto, los únicos momentos en los que mi tía parecía querer a su hija era cuando no la tenía delante. Si papá estaba presente, podía ser tan cruel con Vera, que hasta yo parpadeaba azorada. Ni siquiera conmigo mostraba tanta crueldad. Por lo común, a mí me trataba con indiferencia, a menos que yo de alguna manera me ingeniara para irritarla, cosa que sucedía con frecuencia.

Papá abrazó a Vera antes de ir a sentarse a la cabecera de la mesa.

—¿Te sientes mejor, mi cielo?

—Sí, papá —repuso ella con una sonrisa beatífica—. Estoy sintiéndome muy bien.

En el instante en que ella decía eso, papá me lanzaba a mí la más generosa sonrisa. Luego me hizo un guiño de complicidad, que con toda seguridad Vera pudo percibir. Ella bajó la vista y se quedó mirando su plato, rehusándose a tomar el tenedor para empezar a comer.

—No tengo hambre —rehusó cuando mi madre trató de alentarla para que comiera.

—Come ahora mismo —ordenó tía Ellsbeth—, o no probarás bocado hasta el desayuno. Damian, sólo a ti se te ocurre dar dulces a los niños antes de la cena.

—Ellie, tú me produces molestia en un lugar del cuerpo que no mencionaré enfrente de mi hija. Vera no va a morir de desnutrición. Mañana volverá a saciarse de



comida como lo hizo antes de la caída.

Estiró el brazo para dar un cariñoso apretón a los largos y pálidos dedos de Vera.

—A ver, cariño, come. Demuéstrale a tu madre que te cabe más del doble que a ella.

Vera empezó a llorar.

¡Cómo pudo papá ser tan cruel! Después de la cena, al igual que mamá corrí escaleras arriba, me arrojé sobre mi cama y lloré a voz en cuello. Quería una vida sencilla con terreno firme debajo de mis pies. Lo único que pisaba eran arenas movedizas. Yo quería padres que fueran sinceros y honrados, congruentes un día y otro, no tan mudables que yo no pudiera apoyarme en su amor porque no sabía si duraría más de unos cuantos minutos.

Una hora después, el pasillo resonó con el pesado andar de papá. No se molestó en llamar a la puerta, simplemente la abrió con tal fuerza que el pestillo fue a golpear el yeso de la pared, dejándole una nueva marca. En la cerradura había una llave que jamás me atrevía a usar, por temor a que él derribara la puerta si la encontraba cerrada. Entró a grandes pasos a mi cuarto, con un traje nuevo que se había puesto desde antes de cenar, diciéndome que él y mamá saldrían a la calle. Se duchó y se afeitó de nuevo. El ondulado cabello le caía suave, ajustándose perfectamente a la forma del cráneo. Se sentó sobre el borde de mi cama, me tomó la mano dejándome ver aquellas largas y cuadradas uñas suyas, tan pulidas que brillaban con la luz.

Pasaron unos minutos en que no hizo otra cosa que estar ahí sentado, sosteniendo mi mano que se sentía perdida en la inmensidad de las suyas. Las aves nocturnas, en los árboles frente a la ventana de mi recámara, gorjeaban soñolientas. El relojito de mi mesa de noche marcaba las doce, pero no era el tiempo real. Yo sabía bien que él y mamá no saldrían a pasear a medianoche. Pude percibir en la distancia el silbar de un barco que se hacía a la mar.

—Bueno —prorrumpió después de un buen rato—, ¿qué fue lo que hice esta vez, que hirió tu frágil ego?

—No es preciso que seas amable con Vera un momento y duro el siguiente. Además, yo no la empujé por la escalera.

La voz se me oía entrecortada, y por cierto no era el hablar confiado que podía hacer que alguien me concediera crédito.

—Yo sé que tú no la empujaste —convino en tono un tanto impaciente—. No hay necesidad de que me digas que no lo hiciste, Audrina. Nunca confieses un crimen antes que se te acuse de él.

En medio de la ominosa penumbra, sus oscuros ojos color ébano brillaron con un resplandor que me asustó.

—Tu madre y yo vamos a salir a pasar la velada con unos amigos de la ciudad. Hoy no tendrás que mecerte en la silla. Sé una niña buena y duérmete sin soñar.

¿Pensaría acaso que yo podía controlar mis sueños?

—¿Qué edad tengo, papá? La silla mecedora nunca me lo ha dicho.

Se había levantado ya de mi cama e iba camino a la puerta. Al llegar al umbral se detuvo y se dio vuelta para mirarme de frente. Las lámparas de gas proyectaban destellos sobre su espesa cabellera oscura.

—Tienes siete años y pronto cumplirás los ocho.

—¿Qué tan pronto?

—Muy pronto —regresó, hasta donde yo estaba y volvió a sentarse—. ¿Cuántos años quieres tener? —me preguntó.

—Sólo los que se supone que debo tener.

—Tú serías un buen abogado, Audrina. Nunca me das una respuesta directa.

Él tampoco me las daba a mí. Yo estaba aprendiendo sus costumbres.

—Papá, dime otra vez por qué no puedo recordar con claridad lo que hice el año pasado y el anterior...

Suspiró pesadamente, como solía hacerlo cuando yo formulaba demasiadas preguntas.

—Cariño mío, ¿cuántas veces tengo que decírtelo? Tú eres una niña especial, con un talento tan extraordinario que no te das cuenta del paso del tiempo. Tú caminas sola en tu espacio propio.

Eso ya lo sabía yo.

—No me gusta mi espacio propio, papá. Por donde yo camino es muy solitario. Quiero ir a la escuela, como Vera. Quiero viajar en ese autobús amarillo. Quiero tener amigas con las que pueda jugar, y no recuerdo haber tenido jamás una fiesta de cumpleaños.

—¿Puedes recordar los cumpleaños de Vera?

—No.

—Es porque en esta casa no celebramos cumpleaños. Es mucho más sano olvidarse del tiempo y vivir como si no existieran los relojes ni los calendarios. De esa manera nunca envejeces.

Su historia era muy parecida a la de mamá... demasiado parecida. El tiempo sí importaba. También los cumpleaños. Ambas cosas importaban más de lo que él decía.

Me dio las buenas noches y cerró la puerta, dejándome acostada en mi cama, sumida en la reflexión.



Una noche, ciertos gritos me despertaron. Eran los míos. Estaba sentada, aferrada a la sábana y cubriéndome con ella hasta la barbilla. A lo largo del gran pasillo pude oír los pesados pasos de papá que venía corriendo descalzo. Se detuvo al lado de mi cama, se inclinó sobre mí y me tomó en brazos, acariciándome la cabellera y tratando de calmar mis alaridos, diciéndome una y otra vez que todo estaba bien. Nada podía

hacerme daño ahí. No tardé en quedarme dormida, sintiéndome segura en sus brazos.

La luz de la mañana me despertó. Papá estaba en el umbral de la puerta, regalándome una amplia sonrisa, como si nunca me hubiese dejado sola.

—Es domingo en la mañana, mi amor, es tiempo de que te levantes y luzcas bien. Ponte un vestido dominguero y prepárate para salir.

Yo lo miré con ojos soñolientos y desorientados. ¿Era apenas la semana pasada cuando Vera se había roto la pierna? ¿O había pasado mucho, mucho más tiempo? Fue una pregunta que le hice a papá.

—¿Ves, mi amor? ¿Ves lo que te digo? Estamos en diciembre. Dentro de cinco días será Navidad. No me digas que lo has olvidado.

Sí, lo había olvidado. El tiempo tenía una agilidad sorprendente cuando pasaba por mí en su raudo vuelo. ¡Oh, Dios mío! Lo que Vera dijo de mí tenía que ser cierto. Yo era demasiado olvidadiza, tenía la cabeza hueca, tal vez sin cerebro.

—Papá —lo llamé en tono nervioso, antes que cerrara la puerta para que yo me vistiera para ir a la iglesia—. ¿Por qué mamá y tú permiten que toda la gente de la iglesia crea que Vera es hija de ustedes y no de la tía Ellsbeth?

—En este momento no tenemos tiempo para esa clase de discusiones, Audrina. Además, muchas veces te he dicho cómo se fue de aquí tu tía durante casi dos años, y luego volvió con una hija de un año. Por supuesto, ella tenía la esperanza de casarse con el padre de Vera. No podíamos permitir que todos se enteraran de que una Whitefern había dado a luz fuera del matrimonio. ¿Es acaso un crimen hacer pasar a Vera como hija nuestra y ahorrar a tu tía una gran vergüenza? Esto no es la ciudad de Nueva York, Audrina. Vivimos en el «cinturón bíblico», donde los buenos cristianos deben vivir según la ley del Señor.

Vera pertenecía a cierto hombre sin nombre; en cambio, mi padre era generoso y procedía de la manera más decente. Y yo era su hija única, la única viva. A Vera le gustaba pretender que él era padre suyo, pero no era cierto.

—Me siento tan feliz de ser tu única hija... la única viva...

Me miró desconcertado un instante. Sus carnosos labios se adelgazaron. Muchas veces se me había dicho que los ojos son las ventanas del alma; por eso hice caso omiso de los labios y me puse a estudiarle los ojos, esos ojos oscuros y sombreados. Se veía en ellos algo duro y suspicaz.

—Tu madre no te ha dicho otra cosa, ¿verdad?

—No, papá, pero Vera sí.

En un gesto repentino, rió de buena gana y me abrazó con tal fuerza contra su pecho, que después me dolían las costillas.

—¿Qué puede importar lo que diga Vera? ¡Claro que ella quiere que yo sea su padre! Después de todo, soy el único padre que ha podido conocer. Y si todos los demás piensan que Vera es hija de tu madre, déjalos que piensen lo que quieran. En ningún lado existe familia alguna que no guarde esqueletos en los clósets. Los nuestros no son peores que los de nadie más. Por otro lado, ¿no crees que el mundo

sería un lugar muy aburrido si todos supieran cuanto hay que saber sobre los demás? El misterio es la sal y pimienta de la vida. Es lo que hace que la gente quiera seguir viviendo más y más... la esperanza de descubrir el mayor número posible de secretos.

Yo pensé que el mundo resultaría un lugar mucho mejor sin todos esos esqueletos y misterios. Mi mundo sería perfecto si cada una de las personas de mi casa supiera ser honrada de verdad.

## LA SILLA MECEDORA

**E**sa noche, Vera entró a mi recámara, poco después de que yo me había acostado, decidida a tener únicamente pensamientos alegres antes de dormir, con la esperanza de que me sirvieran para lograr sueños felices. Manejando con notable habilidad las muletas a las que ya se había acostumbrado, se ingenió para poner varias cosas en una mochila para libros que llevaba colgada del hombro... sólo que esa mochila era distinta de todas las que yo había visto antes.

—Ahí tienes —me dijo, dejando caer la mochila sobre la cama—. Edúcate. Esas dos mujeres que están en la cocina nunca te enseñarán lo que voy a enseñarte yo.

Me sentí un tanto escéptica, pero feliz de que se interesará en mi educación. Yo sabía que había muchas cosas de las que yo me estaba perdiendo por no asistir a la escuela. Al sacudir el contenido de la bolsa sobre la cama, cayeron docenas de fotografías recortadas de revistas, formando un montón desordenado. Yo no podía dar crédito a lo que veían mis ojos, cuando las tomé y empecé a separarlas sin dejar de contemplar un instante las fotos que mostraban hombres y mujeres desnudos, en lúbricos y extraños abrazos. Aquellas cosas odiosas se me pegaban a los dedos con tal fuerza, que al desprenderlas de una mano me encontraba con ellas adheridas a la otra. En ese momento, con gran consternación mía, pude oír el pesado caminar de papá en el corredor, acercándose a mi recámara.

¡Vera había hecho eso a propósito! Sabía que papá venía a mi cuarto todas las noches más o menos a esa hora.

—Me marcho —comentó Vera, con una sonrisa de satisfacción y malicia.

Empezó a cojear, en dirección a la puerta contigua a la de mi recámara, con el propósito de evadir el encuentro con papá. Pero antes me advirtió:

—No te atrevas a decirle que yo estaba aquí, si sabes lo que te conviene de veras...

Pero con aquellas muletas no pudo avanzar con la prisa necesaria. Papá abrió la puerta de golpe y se quedó viéndonos a las dos.

—¿Qué está sucediendo aquí?

Con las pruebas de la culpa pegadas a los dedos de las manos, yo vacilé para

responder, y en esa forma di a Vera la oportunidad de dejarme caer en el regazo todo el peso del delito.

—Encontré esa mochila en un clóset, y como tenía las iniciales *de ella*, pensé que *esta* Audrina debía ser su dueña.

Con el ceño fruncido en un gesto sombrío y amenazador, papá se acercó a mi cama y me arrancó los recortes de los dedos. Los miró de soslayo y dejó escapar un rugido de rabia. Luego, dándose vuelta con violencia, estiró el brazo hacia Vera y la hizo caer dando vueltas... Por cierto, tenía ya suficientes fracturas. Como alguien que ha perdido el juicio y se siente en agonía, Vera dejó escapar su furia en un grito:

—¡Son de ella! ¿Por qué me golpeas a mí?

Papá la levantó y la sostuvo en alto como quien recoge un títere de la acequia. Manteniéndola en alto sobre mi cama, le ordenó con aspereza:

—¡Recoge eso ahora mismo! Mi primera Audrina sería tan incapaz de mirar esa inmundicia como de embadurnarte de alquitrán y cubrirtte de plumas... ¡Eso será lo que haga yo si no dejas de atormentarme! Ahora vas a tener que comerte esas fotos —añadió, una vez que Vera las tuvo en la mano, nerviosa y pálida. Yo creía que estaba bromeando. Ella también lo creyó.

—¡Voy a gritarle a mi madre! —amenazó Vera—. ¡Me duele mucho! Tengo huesos rotos... Podría morir... Déjame ir de aquí o mañana iré a la policía a decirles que tú me maltrataste...

—¡Cómetelas! —apremió él—. Tú las cubriste de pegamento, así que no deben saber mucho peor que los platillos de tu madre.

—Pa... pá —gimió Vera—, ¡no me hagas comer papel engomado!

Bufando de indignación, salió del cuarto llevándosela consigo. Unos segundos después la oí dar de gritos, mientras él aplicaba el cinturón a la piel desnuda de Vera. Yo no sabía realmente si él usaba el cinturón cuando ella estaba desnuda, pero podía apostar diez contra uno a que Vera me diría que sí. Ella podía dar de gritos si una mosca le picaba un brazo... ¿Cómo podía yo saber si era cierto lo que me decía, a menos que me levantara de la cama y fuera a verlo con mis propios ojos? Nunca lo hice, porque por algún motivo temía que el dicho de Vera fuera cierto.

Pasaron unos minutos. El corazón me palpitaba a gran prisa. Al fin, los gritos de Vera fueron calmándose, pero papá no venía a mi recámara.

En algún lugar de la casa, en el piso bajo, un reloj dejó oír diez campanadas, pero eso significaba bien poca cosa. A mí me dolían todos y cada uno de los huesos del cuerpo, mis músculos se hallaban tensos. Estaba segura de que esa noche tendría que volver a sentarme en la mecedora.

Al fin, cuando yo sentía no poder soportar más aquel suspenso, y sabedora de que nunca lograría quedarme dormida mientras no hiciera lo que él me obligaba a hacer, alcancé a oír que se cerraba una puerta y que unos pasos pesados resonaban en el corredor. El andar de papá era oneroso, uniforme y hacía rechinar los viejos pisos de duela de madera.

Con suavidad entreabrió la puerta de mi recámara y traspasó el umbral. Sin hacer ruido volvió a cerrarla, quedándose afuera. Aquella imagen se me quedó impresa durante la noche, como la de un monstruo enorme que proyectara una larga sombra en la penumbra de mi cuarto, apenas iluminado por la luz de la luna.

—De modo que... —empezó diciéndome con su más seductora voz sureña, cultivada durante años con su refinada formación yanqui— te permitiste contemplar fotografías obscenas que van a mancharte la mente. Me avergüenzas, Audrina... realmente siento vergüenza de ti.

—Yo no, papá —protesté—. Vera me las trajo... pero, por favor, no vuelvas a golpearla. Podrías romperle el otro brazo o la otra pierna, o tal vez el cuello. No debes azotarla cuando está herida.

—Yo no la he azotado —protestó con aspereza—. Me limité a reprenderla, pero ella empezó a dar de gritos diciendo que yo no la amaba. ¡Santo Dios! ¿Cómo puede nadie amar a quien hace tanto daño? Pero... aunque fuera Vera la que llevó esas fotos indecentes para dártelas, tú no tenías por qué mirarlas, ¿no es cierto?

¿Era cierto?

—Yo tenía otro concepto mejor de ti... —siguió diciéndome—. No permitas que Vera destruya lo más excelente que hay en ti.

—¿Por qué los muchachos son peligrosos para mí y no lo son para Vera, papá?

—Hay chicas que han nacido para ser lo que es Vera. Los muchachos pueden olfatearlas a kilómetros de distancia. Por eso no me preocupo por ella. De nada serviría. Por quien me preocupo es por ti, porque a ti es a quien yo amo. También yo fui muchacho y sé cómo pensamos. Me apena decir que la mayoría de los muchachos no son dignos de confianza. Por eso tú tienes que estar lejos de los bosques y cerca de casa, y también lejos de la escuela. Es peligroso para una chica hermosa y sensible como tú. El género de mujer en el que tú te convertirás es el que salvará a la humanidad. Por eso lucho y me esfuerzo para protegerte y mantenerte a salvo de la contaminación.

—Pero... pero... papá...

—No protestes. Sencillamente acepta el hecho de que los padres se preocupan. Los adultos saben mucho más sobre el mundo; sobre todo, su prudencia es mucho mayor en lo que se refiere a su propia carne y sangre. Sabemos que tú eres excesivamente sensible, y queremos evitarte sufrimientos innecesarios. Te amamos. Queremos verte crecer sana y feliz. Eso es todo.

Se acercó a sentarse sobre el borde de mi cama, mientras yo yacía tendida boca arriba, impertérrita y tratando de contener la respiración. Cerré los ojos, apretando los párpados con fuerza. Luego dejé que se entreabrieran apenas, para ver si él creía que me había quedado dormida, tan profundamente dormida que pudiera estar incluso muerta y que quizá en medio de la muerte lograría conquistar la nobleza de la primera Audrina, la mejor, y en esa forma no tendría que volver a sentarme en la mecedora nunca más. Pero él se inclinó, acercándoseme. Yo aferré la sábana y la levanté

haciendo que me cubriera hasta la barbilla. Las manos de acero de papá me tomaron por los hombros. Aquellos dedos fuertes, hundidos en mi tierna piel, forzaron mis ojos a abrirse por completo y a encontrarse con los de él. Nuestras miradas se entrelazaron, y estuvimos luchando en un duelo silencioso de voluntades, hasta que mi mente divagó perdiendo todo su enfoque, y él volvió a convertirse en el vencedor.

A ver... a ver... —alentó en tono suave, acariciándome la cabellera—. No es tan malo, tienes que admitirlo. Lo has hecho antes y puedes volver a hacerlo. Sé que tarde o temprano te apoderarás de ese don, si tienes paciencia y sigues intentándolo. Tú puedes ayudarme, Audrina.

—Pero... pero... —tartamudeé, queriendo interrumpirlo.

De nada me sirvió. Él continuó, inundándome con sus necesidades que tenían que ser también las mías.

Yo tenía miedo, y sin embargo mi amor a él me convertía en una súbdita fácil, dispuesta a la lisonja, al halago, propensa a dejarme conquistar por el sentimiento de que debía ser querida sólo por mis propios «dones» una vez que los poseyera.

—Lo único que tienes que hacer es soñar, Audrina... sólo soñar.

Soñar, soñar... Eso era lo único que no quería hacer. ¿Iba él a seguir insistiendo hasta que yo fuera una vieja? ¿O sería yo capaz de conquistar al fin el don de la primera Audrina y de satisfacer así a papá? ¡Pluguiera a Dios que el don de la primera Audrina, la mejor, me sirviera para tener un final diferente del de ella! ¿Cómo era que eso nunca le preocupaba?

Sueña, Audrina, mi amor, mi cielo. Shakespeare escribió a este propósito: «dormir, por ventura soñar». Soñar y conocer la verdad. Regresa y comunícame tus sueños; Audrina. Haz que todas las esperanzas de tu padre en cuanto al futuro se vuelvan realidad.

Yo lo miraba fijamente, sentado sobre mi cama. Sus ojos oscuros no lucían ya brillantes y aterradores, sino suplicantes y llenos de amor... ¿Cómo podría yo resistirle? Era mi padre. Se supone que los padres saben distinguir entre el bien y el mal. Y yo le debía mucho.

—Sí, papá —susurré—. Una vez más... ¿No crees que una sola vez más sea suficiente?

—Tal vez sí —contestó con una sonrisa que le iluminó el rostro.

Mostrándose feliz, papá me llevó de la mano por el corredor, hasta el último cuarto. Una vez ahí me soltó y sacó una larga llave, para abrir la puerta. Sentí una ráfaga helada que me hizo estremecer. Era el sepulcro de la primera Audrina que me invadía con su hálito.

Miré a mi alrededor como lo hacía siempre. Como si nunca hubiese estado ahí. No podría decir cuántas veces me había encontrado en esa situación. Aquella recámara parecía ser la única cosa que llenaba todos los vacíos de mi memoria, al erguirse ante mí con una enormidad superior a la de cualquier otra experiencia. Sin embargo, cada vez que iba ahí era para mí una conmoción oír las campanillas de



viento de la cúpula tintinear y tintinear con suavidad. Aun en la oscuridad, los colores de los prismas de cristal relampagueaban detrás de mis ojos. Tal vez yo había conseguido apoderarme de un recuerdo: el recuerdo de aquella recámara, demasiado conocida para mí. Quizás empezaba a sacar provecho de la simple realidad de encontrarme ahí.

Si aquél no hubiese sido el cuarto *de ella*, yo habría querido que fuera el mío. Era inmenso, con un gran lecho envuelto en elegante dosel. Había además dos gigantescos armarios oscuros, repletos de los bonitos vestidos que le pertenecieron y que nadie quería que yo usara. Pequeños zapatos aparecían alineados en impecables hileras, desde los de una niña de un año, hasta los de una de nueve. Algunos se veían gastados y viejos. Otros lucían nuevos y relucientes. Los vestidos que colgaban sobre ellos daban la impresión de ser más largos con el correr de los años.

Entrepaños llenos de juguetes recubrían las paredes, exhibiendo todo lo que cualquier niña pequeña podía desear. Había muñecas de todos los países del mundo, vestidas con sus atuendos regionales. Juegos de té y vajillas de juguete, libros para iluminar y grandes volúmenes de cuentos infantiles, pelotas para la playa y para jugar en casa, cuerdas para saltar con bonitos mangos, boliches, cajas con juegos de mesa, acertijos y estuches de pinturas... ¡Oh! Realmente no existía cosa que no hubieran comprado para la primera Audrina, la mejor, la más perfecta... Mucho más de lo que me habían comprado a mí. Sobre aquellos oscuros y meditabundos entrepaños, donde los juguetes permanecían en actitud de eterno lamento, esperando ser amados, se veían además docenas de suaves y blandos animales color pastel, con ojos de botón realzados y brillantes, que parecían seguir todos mis movimientos. Estaban ahí incluso numerosas sonajas con pequeñas marcas de dientes, y zapatitos de bebé, desgastados por el uso pero bien conservados, con los que ella había dado los primeros pasos. Los míos no los guardaron ni procuraron conservarlos... Tampoco guardaban los de Vera.

Bajo las amplias ventanas cubiertas con cortinas de gasa blanca aterciopelada, se veía la casa de muñecas. Ahí estaba también preparada una mesa para niños, con cuatro sillas, lista para una fiesta que nunca se había celebrado. Por todos lados se veían finas alfombras pequeñas que formaban huellas sobre las que debía caminar al ir de un extremo a otro de la recámara, a la que dividían como pequeños cuartos dentro de un recinto mayor, o como laberintos menores dentro de un gran laberinto.

Silenciosos, como ladrones, atravesamos el umbral y entramos a aquel cuarto que nos aguardaba inerte. Mis pantuflas de dormir se quedaron en el pasillo, lo mismo que las de él, para mostrar nuestro respeto al lugar donde reinara la hija perfecta. Hasta el modo como papá me había enseñado a bajar la cabeza y los ojos y a hablar en un respetuoso murmullo al entrar a aquel cuarto, me llenaba de temor. En actitud de expectación, él mantuvo la mirada fija en mí, como si esperara que aquel carácter especial de ella me invadiera el cerebro, que llenara el queso *gruyère* de mi memoria con las dotes de la primera Audrina.

Papá siguió observándome, esperando que sucediera algo; pero cuando vio que yo no hacía más que moverme en círculos, contemplando una cosa y luego otra, se impacientó y me hizo seña de que avanzara hacia la única silla tamaño adulto que había en el cuarto: la mágica mecedora de respaldo de encaje de azucena y el cojín de terciopelo rosa. Caminé en esa dirección a paso lento, muy a mi pesar, conteniendo la respiración mientras me forzaba a sentarme. Una vez acomodada en el asiento, aunque con mucha tensión, él vino a arrodillarse a mi lado. Luego inició el ritual de la lluvia de besos, que me caían sobre la cabellera, la cara y hasta sobre los brazos y las manos... todo para darme a entender que *era yo* a quien amaba más que a nadie. Me murmuró palabras de amor al oído. Su aliento era cálido y húmedo, y antes que yo pudiera protestar se puso en pie de un salto, atravesó corriendo el cuarto y cerró con llave la puerta.

¡Nunca me había dejado aquí sola!

—¡No, papá! —grité; mi voz reflejaba el pánico, y el terror me envolvía por completo—. ¡Regresa! ¡No me obligues a quedarme sola aquí!

—No estás sola —me contestó desde el otro lado de la puerta—. Dios está contigo, y yo también. Yo me quedaré aquí en espera, observando por el ojo de la cerradura, escuchando y orando. Nada que no sea bueno puede resultar de mecerse en esa silla. Créelo, Audrina; nada, excepto lo bueno, te llenará el cerebro y ocupará el lugar de tus recuerdos perdidos.

Cerré los ojos, apretándolos con fuerza mientras seguía oyendo el clamor de las campanillas de viento más y más estruendosas.

—Amor mío, no llores. No hay nada que temer... Aférrate a tu fe en mí y haz lo que te digo, y tu futuro brillará con mayor esplendor que el sol que nos ilumina.

Junto a la silla estaba una de las mesitas de noche, y sobre ésta una lámpara y una Biblia, la Biblia de *ella*. En un gesto repentino, me apoderé del libro encuadernado en piel negra y lo abracé, apretándolo con fuerza contra mi corazón. Me dije, como me había dicho antes, que no tenía nada que temer. Los muertos no podrían dañar a nadie. Pero si no pudieran hacerlo... ¿por qué estaba yo tan aterrada?

Oí la suave voz de papá, desde el otro lado de la puerta cerrada con llave:

—Tú tienes sus dotes, Audrina, las tienes... Aunque tú no lo creas, yo lo creo. Y yo soy el que lo sabe. Estoy seguro de que la razón por la que nuestros esfuerzos anteriores han fracasado es porque yo me quedaba en el cuarto contigo. Es mi presencia la que te priva de la oportunidad de tener éxito. Pero ahora sé que es la soledad, el aislamiento, lo que hace que se inicie el proceso. Tienes que depurarte la mente de toda ansiedad. No sientas temor ni alegría ni confusión. No esperes nada y se te dará todo. No sientas más que el bienestar placentero de estar viva, de hallarte donde te encuentras y de ser quien eres. No pidas nada. Recíbelo todo. Permanece ahí y deja que sé vaya todo lo que te produce miedo o preocupación. Deja que la sensación de placentero bienestar afloje tus miembros y te suelte la mente, y si el sueño quiere invadirte, déjalo entrar. ¿Me oyes? ¿Estás escuchándome? No

confusión, no miedo, porque papá está aquí.

Todas sus palabras me eran conocidas. La misma vieja historia de no tener miedo, cuando éste casi me ahogaba.

—Papá —gemí por última vez—, por favor no me obligues a...

—¡Oh! —exclamó, suspirando con fuerza—. Por qué tengo que obligarte, ¿eh? ¿Porqué no puedes tú simplemente creer? Recárgate en el respaldo de la mecedora, apoya la cabeza en el cabezal, aférrate a los brazos de la silla y empieza a mecerte. Canta, si eso te ayuda a despejar la mente de todos los temores, preocupaciones, deseos y emociones. Canta... Sigue cantando hasta que acabes por ser un cántaro vacío. Los cántaros vacíos tienen espacio para muchas, muchas cosas... pero a los llenos no les queda ya lugar para nada...

¡Oh, sí! Yo había oído ya esa frase. Sabía lo que él estaba haciendo. Trataba de convertirme en la primera Audrina... O quizá yo iba a ser el instrumento mediante el cual él pudiera comunicarse con ella. Yo no quería ser ella. Y si llegaba a serlo, lo aborrecería a él... lo detestaría. Sin embargo, él seguía serenándose, tratando de embelesarme, y si yo no quería quedarme ahí toda la noche, tendría que hacer lo que me decía.

Al principio miré fijamente alrededor del cuarto, memorizando una vez más todos los detalles. Una sensación de menudo cosquilleo comenzó a murmurar, a susurrarme que yo podía ser ella, que yo era ella, la Audrina muerta, que no era sino huesos en la tumba. No, no. Tenía que concebir los pensamientos correctos y dar a papá lo que necesitaba tener. Me dije a mí misma que aquello no era más que una recámara llena de viejos juguetes. Vi una enorme araña que tejía su red de una muñeca a otra. A mamá no le gustaban las faenas de casa, ni siquiera el aseo de aquel cuarto. Aunque parecía un santuario impecable, no tenía más que una limpieza superficial. Por alguna razón, eso me hizo sentir mejor... Mamá rendía lo que papá llamaba «homenaje de dientes para afuera» a cierta limpieza reverente. Y la tía Ellsbeth se negaba a limpiar ese recinto.

Inconscientemente empecé a mecirme.

Fue infiltrándoseme en la mente una tonada vieja, casi olvidada. La música y la letra se repetía una y otra vez. Las palabras estaban arrullándome, mientras la melodía me hacía cosquillas en la espina y frenaba el ritmo de mis palpitaciones. Una sensación de paz estaba logrando el señorío de todo y hacía que yo sintiera pesados los párpados... Luego, alcancé a oír vagamente mi frágil voz, que cantaba:

*Apenas un salón de juego, a salvo en el hogar;  
Apenas un salón de juego, a salvo en el hogar.  
No dejes lágrimas correr, no hay nada que temer,  
No queda sitio alguno donde ir a pasear,  
Porque mi papá me quiere siempre en el hogar,  
Segura en el salón de juego, a salvo en el hogar.*

Era el salón de juego de la primera Audrina, la mejor. De la perfecta Audrina, la que nunca habría dado a sus padres el dolor y las molestias que yo les causaba a diario. Yo no quería cantar su canción, pero no podía parar. Una y otra vez escuché el canto, tratando de mantener los ojos abiertos para que pudieran contemplar aquellos elefantes, osos y tigres de juguete de los entrepaños, todos con mirada dulce y amistosa hasta que yo les quitaba la vista de encima. Al volver a observarlos, tropezaba con un gruñido feroz.

La tapicería de las paredes era de un color morado pálido, casi azulino, entrelazado con brillantes hilos plateados, que formaban telarañas sobre el muro. Había más arañas sobre los juguetes. Una, gigantesca, comenzó a enlazar con su red más muñecas, mientras otra iba a aposentarse en la cuenca del ojo de otra, cuyo cabello era muy parecido al mío. ¡Qué feo!

—¡Mécete, Audrina, mécete! —ordenó papá—. Haz que crujan las duelas del piso, haz que desciendan las brumas grises. Mira cómo se disuelven las paredes, oye tintinear las campanillas, de viento. Todo ello te hará regresar, regresar al lugar donde encontrarás todos tus recuerdos, todos los dones que fueron *de ella*. Ella no los necesita allá donde está. Pero tú sí. Por eso, canta,

*canta,  
canta...*

Poder hipnótico, como el ritomello de un canto, fue lo que él tuvo que usar, pero no sabía las palabras que yo estaba pronunciando. Papá me ama, sí, él me ama. Papá me necesita, sí, me necesita.

*Jesús me ama, yo lo sé  
Porque en la Biblia lo encontré...*

Los brillantes ojos de botón de los blandos animales parecían resplandecer y brillar con más conocimiento del que yo hubiera tenido jamás. Las pequeñas lenguas rosadas o rojas parecían dispuestas a hablar y a confiarme secretos que papá no revelaría jamás. Allá, en lo alto, las campanillas de viento tintineaban y el bienestar placentero iba sintiéndose a medida que yo me mecía... y me mecía, y me serenaba más y más. No estaba sucediéndome nada malo, porque tarde o temprano iba a transformarme en algo mejor, de alguna manera indefinible...

Fui sintiéndome más y más soñolienta. Era una sensación irreal. La luz anaranjada de las lámparas de gas se estremecía y captaba hilos de plata y oro del papel tapiz. Todos los colores del cuarto empezaron a bailar y centellear, como diamantes que de pronto se incendiaran. La música de las campanillas de viento de la cúpula se agitaba también en mi cerebro, bailaba y bailaba, hablándome de los

momentos felices de juego pasados ahí, pero sugiriendo, apenas subrepticamente, un rato terrible trascurrido en ese mismo lugar. ¿Quién estaba haciendo que aquel prisma de cristal lanzara sus destellos sobre mis ojos? ¿Cómo logró el viento penetrar a la casa, cuando las ventanas estaban todas cerradas con pestillos? ¿Había por ventura corrientes de aire en la cúpula y fantasmas en el desván? ¿Qué fue lo que puso en movimiento mi cabellera, qué?

Allá en el fondo, cerca de mi lado sano, yo quería creer que todo eso era un esfuerzo desesperado y que nunca me convertiría en «un cántaro vacío» que pudiera llenarse de todas las cosas maravillosas. En realidad, yo no quería convertirme en la primera Audrina, aun cuando ella hubiese sido más hermosa y mejor dotada. Sin embargo, me mecía y cantaba, sin poder parar. La sensación de bienestar placentero seguía llegando y me hacía feliz. Mi corazón aterrado disminuyó el ritmo de su marcha. El pulso desistió de su carrera acelerada. La música que estaba oyendo era hermosa y podía percibir detrás de mí o enfrente de mí una voz de hombre que cantaba.

Alguien que me necesitaba estaba llamándome. Alguien que en el futuro aguardaba; y en un ensueño, sin lugar a dudas, percibí de una manera confusa que las paredes se abrían, a medida que las moléculas iban separándose lenta, muy lentamente; las vi abrirse y formar poros de tal dimensión, que podía lanzarme a través de ellos sin dificultad. Yo estaba afuera, en medio de la noche, que rápidamente se cambiaba en día.

¡Libre! ¡Estaba libre del cuarto de juego! ¡Libre de mi papá! ¡Libre de Whitefern!

Me vi galopando alegremente. Venía de la escuela, rumbo al hogar, en mi día especial propio. Y era yo. Bailaba feliz, recorriendo un sendero boscoso de tierra. Acababa de salir de la escuela y no me hacía preguntas ni me admiraba de ese hecho, aun sabiendo que nunca había estado en la escuela. Algo muy verdadero me decía que yo me hallaba dentro de la primera y maravillosa Audrina, y que iba a conocerla tan bien como me conocía a mí misma. Yo *era* ella. Ella era yo, y «las dos» usábamos un vestido precioso de crepé chino. Abajo de él yo llevaba mi mejor falda, la que estaba adornada con encaje irlandés, y tenía tréboles bordados cerca del dobladillo.

Era el día de mi cumpleaños. Tenía nueve años de edad. Eso significaba que pronto cumpliría diez, y diez no estaba lejos del once, y una vez que tuviera doce, toda la magia de convertirme en mujer estaría al alcance de la mano.

Me daba vueltas enteras para gozar de mi falda plisada que se levantaba, girando conmigo, al nivel de la cintura. Inclínaba la cabeza y volvía a girar, para admirar mi bella falda.

De pronto se produjo un ruido en la senda que se extendía ante mí. Alguien había dejado escapar una risita burlona. Como por obra de magia negra, el firmamento se ennegreció en un instante. Fulguró un relámpago, y el estruendo del trueno retumbó profundo y ominoso.

No pude moverme. Me mantuve petrificada, como estatua de mármol. El corazón

empezó a latir en mi interior como un tambor en medio de la selva. Un sexto sentido se despertó y me dijo a gritos que algo espantoso estaba a punto de suceder.

Dolor era la nota que daba mi sexto sentido, vergüenza, terror y humillación. ¡Mamá, papá, ayúdenme! No permitan que me hagan daño. ¡No los dejen hacerlo! Yo asistí a la escuela dominical cada semana, nunca falté, ni siquiera cuando tenía resfriado. Me gané mi Biblia de pasta negra, con mi nombre labrado en oro, y también recibí una medalla de oro. ¿Porqué la mecedora no me advirtió esto? ¿Porqué no me dijo cómo escapar? ¡Dios santo! ¿Estás ahí? ¿Estás viendo esto? ¡Haz algo, Señor! ¡Haz algo! ¡Ayúdame!

Saltaron de entre los arbustos. Eran tres. ¡Corre, corre, aprisa! Nunca me atraparán si corro a toda velocidad. Se me soltaron las piernas, echaron a correr, pero no con suficiente rapidez.

¡Grita, grita con fuerza, con más fuerza!

Luché a golpes y arañazos. Con la cabeza asesté un golpe a la dentadura del muchacho que me sujetaba los brazos por la espalda.

Dios no me oyó cuando le pedí ayuda. Nadie me oyó. ¡Grita, grita, grita una vez más...! Hasta que ya no pude gritar. No pude ya más que sentir la vergüenza, la humillación, las manos despiadadas que rompían, desgarraban... violaban.

Mira al otro muchacho que saltó de detrás de los arbustos... y se quedó ahí paralizado, contemplándome con el pelo embarrado a la frente por la lluvia que caía a cántaros. ¡Mira cómo echa a correr!

Mis gritos hicieron entrar a papá al cuarto.

—¡Cariño, mi amor! —gimió, arrodillándose para poder tomarme en sus brazos.

Me acurrucó, apoyándose en su pecho, y me acarició la espalda y la cabeza.

—Todo está bien. Aquí estoy yo. Siempre estaré aquí.

—No debías... ¡No debías...! —gemí ahogándome, temblando todavía por la conmoción.

—¿Qué soñaste esta vez, amor mío?

—Cosas malas... La misma cosa horrible.

—Cuéntale todo a papá. Deja que papá te quite el dolor y la vergüenza. ¿Sabes ahora por qué te advertí que estuvieras lejos de los bosques? Ésa era tu hermana, Audrina, tu hermana muerta. Eso no tiene que sucederte a ti. Tú estás dejando que esa escena entre en tu cabeza, cuando lo único que yo quiero es que viajes más allá de los bosques y te apoderes de todo lo especial que ella solía poseer. ¿Te diste cuenta de lo feliz que podía ser? ¿Viste qué alegre y jubilosa? ¿Entendiste lo maravillosa que solía ser su vida cuando se mantenía lejos de los bosques? Eso es lo que yo quiero para ti, mi dulce Audrina —me susurró, con la cara hundida en mi espesa cabellera—. No siempre tiene que ser así. Un día, cuando te sientes a mecerte y a cantar, pasarán al lado de los bosques, olvidarás a los muchachos y te adueñarás de la belleza de estar viva. Tan pronto como lo hagas, todos los recuerdos que se han borrado de tu memoria, todas las cosas buenas te inundarán y harán de ti una vez más una persona

completa.

Con muy buena intención estaba diciéndome que a esa sazón no era una persona entera... En ese caso, ¿qué era yo? ¿Una loca?

—Mañana en la noche volveremos a hacer esto. No creo que esta vez haya sido tan mala como las anteriores. En este caso, tú supiste salir airosa y volver a mí.

Comprendí que tenía que salvarme de aquel cuarto y de aquella silla. De alguna manera tenía que convencerlo de que había ido más allá de los bosques y que encontré ya los dones que la primera Audrina no necesitaba ya.

Con ternura me arrojó en la cama y, puesto de rodillas, rezó una oración para que yo pudiera tener sueños placenteros. Rogó a los ángeles del cielo que me protegieran durante la noche. Me besó en la mejilla, me dijo que me amaba y, todavía en el momento en que cerró la puerta al salir de mi recámara, yo seguía preguntándome cómo podría convencerlo de que no me obligara a volver a ese cuarto y a sentarme otra vez en esa silla. ¿Cómo podía yo aborrecer lo que había hecho conmigo y al mismo tiempo embelesarme con la idea de ser lo que él quería? ¿Cómo conservaba mi propio ser, cuando él trataba por tantos medios de convertirme en ella?

Durante horas estuve acostada boca arriba, con la mirada fija en el techo, tratando de encontrar mi pasado en todos aquellos elegantes arabescos del estuco del cielo raso. Papá me había dado muchos indicios sobre lo que le proporcionaría la máxima felicidad. Él ansiaba tener montones y más montones de dinero, para sí mismo, para mamá y también para mí. Quería arreglar esa casa y ponerla otra vez como nueva. Tenía que cumplir todas las promesas que le hizo a Lucietta Lana Whitefern, la heredera que todo hombre prominente deseaba hasta que ella se casó con él. ¡Vaya presa codiciada que había sido mi madre! ¡Si sólo se hubiese abstenido de dar luz a dos Audrinas...!

## LA HORA DEL TÉ DEL MARTES

**L**a Navidad llegó y pasó. Yo apenas pude recordar nada relacionado con ella, excepto una muñeca princesa que había aparecido bajo el árbol, provocando los celos de Vera, a pesar de que con frecuencia insistía en que tenía demasiados años para jugar con muñecas.

Me asustaba la forma en que el tiempo transcurría con tanta rapidez, de tal manera que aun antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba sucediendo, la primavera venía ya en camino. Los días iban cayendo dentro de los agujeros de mi memoria. A Vera le encantaba atormentarme diciéndome que cualquiera que no pudiese seguir el hilo del tiempo tenía que estar loco.

Aquel día era martes y la tía Mercy Marie vendría otra vez de visita, si bien a mí me parecía que había sido apenas ayer cuando se la hizo surgir para la hora del té.

Papá estaba tomándose su tiempo con calma, antes de salir aquel martes en la mañana. Se sentó a la mesa de la cocina y empezó a disertar sobre la vida y todas sus complejidades, mientras Vera y mi tía consumían *hot cakes* como si no fueran a tener otra oportunidad de sentarse a comer. Con una actitud sobria, mi madre preparaba panecillos y otras delicadezas para la hora del té.

—Fueron los mejores tiempos y fueron los peores tiempos —sentenció mi papá.

A él le encantaba repetir esa frase una y otra vez, pero el estribillo parecía irritar los nervios de mi madre tanto como los míos. Sin embargo, el simple hecho de pensar siquiera un ápice más allá del mañana se había convertido, por obra de mi padre, en una cosa pavorosamente temible.

Y así continuó sin parar, haciendo aparecer la época en que él fue joven, muchísimo mejor que cualquier época que yo pudiera tener oportunidad de conocer. La vida había sido perfecta cuando papá era muchacho. En aquel entonces, la gente era más amable. Las casas se construían para que duraran para siempre y no para que se derrumbaran, como lo hacían en la época presente. También los perros habían sido mejores cuando él era muchacho; entonces uno podía confiar realmente en ellos, seguro de que volverían trayendo entre los dientes cualquier rama que se les arrojara. Hasta el clima era mejor: no tan caliente en verano ni tan frío en el invierno, a menos



que hubiera una ventisca. No había ventisca posible que pudiera competir con la ferocidad congeladora de las que papá tenía que atravesar para volver de la escuela a su casa.

—¡Treinta y dos kilómetros! —Se gloriaba—. ¡Treinta y dos kilómetros en medio del viento y la nieve, en medio de la aguanieve y la lluvia, a través del granizo y el hielo...! Pero nada me detenía en casa... Aun cuando tuviera pulmonía. Estando en secundaria fui miembro del equipo de fútbol, y me fracturé la pierna; ni siquiera eso me impidió ir caminando a la escuela día tras día. Mi decisión de instruirme bien era irrevocable. Yo quería ser de lo mejor que hubiera.

Mamá dejó caer sobre la mesa un plato con tal fuerza, que lo rompió.

—¡Damian, deja de exagerar! —En su voz había impaciencia y aspereza—. ¿No te das cuenta de las falsedades que estás inculcándole a tu hija?

—¿Y qué otra cosa sino falsedades han estado inculcándole ustedes dos? —preguntó la tía Ellsbeth con amargura—. ¡Será un milagro si Audrina crece como persona normal!

—¡Amén! —coreó enfáticamente Vera.

Luego me dirigió una mirada, una sonrisa sarcástica, y por fin me sacó la lengua. Papá no notó nada de esto porque estaba demasiado ocupado dándole de gritos a la tía.

—¿Normal? ¿Qué es normal? Normal no es más que ordinario, mediocre. La vida pertenece por derecho al individuo raro, excepcional, al que se atreve a ser diferente.

—Damian, por favor, ¿quieres dejar de inculcar tus ideas a una niña demasiado pequeña para entender que tú no eres autoridad en nada, como no sea darle rienda suelta a la lengua a todas horas?

—¡Silencio! —rugió papá—. ¡No permitiré que mi mujer me ponga en ridículo delante de mi hija única! ¡Lucky, pídemme una disculpa en el acto!

¿Por qué estaría la tía Ellsbeth esbozando una sonrisa maliciosa? Yo tenía la secreta convicción de que le encantaba oír reñir a mis padres. Vera hizo un ruido extraño con la garganta y luego, con mucha dificultad, se puso de pie y avanzó cojeando hacia el vestíbulo del frente. No tardaría en tener que abordar el autobús escolar. Yo habría sido capaz de vender mi alma por poder viajar en él, como cualquier otro niño que no fuera tan especial como yo. Pero no. Tenía que quedarme en casa, solitaria, sin compañeras de juego, rodeada de adultos que me llenaban la cabeza con un revoltijo de ideas que después se dedicarían a agitar con un palo de contradicciones. ¡Con razón yo no sabía quién era, ni en qué día de la semana o del mes o en qué año vivía! Para mí no había ni tiempos mejores ni peores. A mi parecer, yo vivía en un teatro en el que los actores eran los miembros de mi familia. Yo misma tenía un papel que desempeñar... lo malo era que no sabía cuál era.

De repente, sin motivo alguno, me encontré escudriñando toda la cocina y recordando un gran gato de color anaranjado, que solía dormir cerca de la vieja estufa de hierro fundido.

—¡Cómo quisiera que Tweedle Dee volviera! —dije casi suspirando—. Me siento más solitaria aún, desde que desapareció.

Papá reaccionó con un movimiento violento. Mamá me miró sorprendida y comentó:

—Bueno, tú sabes que Tweedle Dee huyó de aquí hace mucho tiempo, Audrina —en su voz había un dejo de tensión y de preocupación.

—Sí, claro —me apresuré a responder—, lo sé. Pero quiero que regrese. Papá, no fuiste tú quien lo entregó al refugio de animales, ¿verdad? Tú no lo habrías matado sólo porque te hacía estornudar... ¿verdad?

Me dirigió una mirada de preocupación y luego una sonrisa forzada.

—No, Audrina. Yo hago todo lo que puedo por satisfacer con creces todas tus necesidades, y si ese gato hubiera querido quedarse y matarme a estornudos, yo habría sufrido eso por amor a ti.

—Lo habría sufrido, pero no en silencio —musitó mi tía.

Vi cómo se besaban y abrazaban mis padres antes de encaminarse él a la cochera.

—Que disfrutes tu hora del té —deseó él a mi mamá—. Si bien es cierto que me gustaría que por amor de Dios dejaran muerta a la pobre de Mercy Marie. Lo que necesitamos es alguien que viva en esa cabaña vacía, propiedad nuestra. Si lo lográramos, tendrías una amable vecina que te invitaría a tomar el té muchas veces.

—Damian —replicó mamá con dulzura—, tú te vas y tienes todas las diversiones que quieres, ¿no es cierto? Puesto que nosotras nos quedamos cautivas aquí, déjanos tener también las nuestras.

Él dejó escapar un leve gruñido pero no dijo una palabra más. Minutos después, yo estaba detrás de las ventanas del frente, viéndolo alejarse en el auto. Levantó una mano en señal de despedida antes de perderse de vista. Yo no quería que se fuera. Para mí esa hora del té de los martes era abominable.

La famosa hora del té debía empezar a las cuatro, pero desde que Vera había encontrado el modo de fugarse de la última clase para estar en casa a esa hora, la ceremonia del té se adelantó a las 3 de la tarde.

Con mis mejores ropas me senté a esperar que comenzara el ritual. Yo tenía que asistir como parte de mi educación social, y si Vera se hallaba impedida de asistir a la escuela por una razón legítima, también ella estaba invitada. Muchas veces pensé que se rompía los huesos sólo para poder estar en casa y enterarse de lo que pasaba en nuestra gran sala.

La tensión iba en aumento en mi interior, mientras esperaba a que aparecieran mamá y la tía. Primero llegó mamá, ataviada con su mejor atuendo de tarde: un vestido de suave crepé de lana que flotaba al viento, de color coral y con un ribete de tono violáceo, que hacía juego con el color de sus ojos. Traía puesta una gargantilla de perlas y un par de aretes con diamantes auténticos y perlas que hacían juego con la gargantilla. Muchas veces me había dicho que eran reliquias preciosas, patrimonio de la familia Whitefern, que un día serían mías. Su espléndida cabellera estaba recogida

hacia arriba, pero unos cuantos bucles sueltos colgaban a los lados de la cara para atenuar el tono de severidad y darle un toque de elegancia.

Luego apareció mi tía con su mejor indumentaria, un traje color azul marino oscuro, con una blusa blanca hecha a su medida. Como de costumbre, llevaba su brillante cabello oscuro formando un nudo en forma de ocho sobre la nuca. Unas minúsculas piedrecillas de diamante le adornaban el lóbulo de la oreja, y el dedo meñique lucía un fino anillo de rubí. Su aspecto de maestra de escuela era inconfundible.

—Ellie, ¿quieres hacer pasar a Mercy Marie? —sugirió mi madre en tono dulce.

El martes era el único día que se permitía a mi madre llamar a su hermana con el diminutivo. Sólo papá podía usarlo con ella cuantas veces quisiera.

—¡Oh, querida, llegas tarde! —comentó la tía Ellsbeth, levantándose para alzar la cubierta del piano y sacar el pesado marco de plata que encerraba la fotografía de una mujer gorda de cara muy dulce.

—Mercy Marie, en realidad esperábamos que llegaras a tiempo. Siempre has tenido la fastidiosa costumbre de llegar tarde. Supongo que es para impresionar, pero... querida, déjame decirte: tú impresionas, aun cuando llegues a tiempo...

Mi mamá dejó escapar una risita burlona y mi tía se sentó, cruzando las manos sobre el regazo con estudiada finura.

—Espero que el piano no te resulte demasiado duro, querida... Lo cierto es que tiene la solidez suficiente... ¡Espero!

Mamá volvió a reír maliciosamente, haciéndome sentir incómoda porque sabía que lo peor estaba aún por llegar.

—Sí, Mercy Marie, sabemos por qué siempre llegas con retraso. Huir de esos salvajes apasionados debe ser agotador. Pero convendría que supieras que anda circulando el rumor de que un caudillo caníbal te coció en un perol, para comerte en la cena. Lucietta y yo estamos felices de saber que todo eso no fue más que un rumor perverso.

Con todo cuidado cruzó las piernas y contempló el retrato colocado exactamente donde suelen ponerse las partituras musicales. Parte de la función de mamá era levantarse y encender las velas de los candelabros de cristal, mientras el fuego de la chimenea chisporroteaba y centelleaba y las lámparas de gas parpadeaban, haciendo que los prismas de cristal de los candelabros atraparan los colores para lanzarlos como flechas desatinadas por todo el salón.

—Ellsbeth, cariño, dulzura —indagó mi madre, a nombre de la muerta que tenía que participar, aun cuando su espíritu se rebelara muchas veces—, ¿es ése el único vestido del que eres dueña? Te lo pusiste la semana pasada, y la anterior... Por no hablar de tu cabello... ¡Dios santo! ¿No sabes hacerte otro peinado? Te hace parecer una vieja de sesenta años.

El tono de la voz de mamá adquiría una dulzura enfermiza cada vez que hacía hablar a la tía Mercy Marie.

—A mí me gusta este peinado —replicó la aludida, mientras observaba a mi madre que introducía el carrito cargado de las golosinas que había preparado con toda oportunidad—. Al menos, yo no me esfuerzo por lucir como amante consentida que pasa todo su tiempo procurando complacer a un egoísta maníaco sexual. Por supuesto, estoy muy consciente de que es la única clase de hombre que existe. Ésa es la razón por la que decidí permanecer soltera.

—Estoy segura de que es la única razón —repuso mi madre con su propia voz; luego habló por la mujer del retrato—. Pero, Ellie, recuerdo un tiempo en que tú estuviste enamorada perdida de otro egoísta maníaco sexual. Suficientemente perdida en tu amor para acostarte con él y concebir a su hija. ¡Qué pena que él no te usó más que para satisfacer su lujuria! ¡Qué lástima que nunca se enamoró de ti!

—¡Ah, ése tal...! —comentó mi tía con desprecio—. Ése no fue más que una ilusión pasajera. Su magnetismo animal me atrajo momentáneamente, pero tuve la cordura suficiente para olvidarlo y pasar a ocuparme de cosas mejores. Sé que él encontró a otra inmediatamente. Todos los hombres son iguales: egoístas, crueles, exigentes. Ahora me doy cuenta de que habría sido el peor de todos los esposos.

—¡Qué pena que no pudieras encontrar un hombre maravilloso como el apuesto Damian de Lucky! —dijo la dulce voz del piano, en el momento en que mi madre se sentaba para empezar a paladear un exquisito sándwich.

Me quedé contemplando el retrato de aquella mujer a la que no recordaba haber conocido, aunque mamá aseguraba que la había conocido cuando yo tenía cuatro años. Parecía ser muy rica. Los diamantes le colgaban de las orejas y del cuello y le adornaban todos los dedos de la mano. La piel que ribeteaba el cuello de su traje hacía que el rostro pareciera asentarse directamente sobre los hombros. Muchas veces me imaginé que si se hubiera puesto de pie habría ostentado una piel en torno a las mangas largas y ribeteándole la orla de la falda, como a una reina medieval.

Mercy Marie había viajado por toda el África, con la esperanza de salvar las almas de unos cuantos paganos convirtiéndolos al cristianismo. Pero en aquellos momentos, ella era ya parte de esos mismos paganos que se la habían comido, al menos así lo esperamos, después de darle muerte y cocinarla al fuego.

Según lo que yo había descubierto durante esas horas del té, la tía Mercy Marie en un tiempo tuvo cierta ridícula debilidad por sándwiches de pepino y lechuga hechos con el pan de queso más delgado que existía. Para hacerlos, mi madre tenía que cocer el pan, quitarle la costra y aplanarlo con su rodillo. Luego lo cortaba con moldes para galletas, dándole formas elegantes.

—En realidad, Mercy Marie —intervino mi tía, con su tono áspero—, jamón, queso, pollo o atún no son tan vulgares como tú crees. Nosotras comemos esa clase de alimentos todos los días... ¿No es cierto, Lucietta?

Mamá frunció el ceño. Sentí náusea de pensar en lo que estaba a punto de decir. Seguramente algo cruel y zahiriente.

—Si a Mercy Marie le encantan los exquisitos sándwiches de pepino y lechuga,

Ellie, ¿por qué no la dejas tomar algunos, en vez de atragantártelos todos? ¡Deja de comer como cerdo! Aprende a compartir.

—Lucietta querida —empezó a hablar la voz del piano, personificada esta vez por mi tía—, haz el favor de mostrar a tu hermana mayor el respeto que merece. A la hora de las comidas tú sirves raciones tan minúsculas, que ella tiene que compensar tu tacañería comiéndose los sándwiches que a mí me encantan.

—¡Oh, Mercy! Tú eres tan encantadora, tan graciosa. ¡Claro! Yo debía saber que el apetito de mi hermana nunca queda satisfecho. Una olla sin fondo no podría contener más que el estómago de Ellie. Tal vez ella trata de llenar el gran vacío de su vida con comida. Quizá para ella el alimento reemplaza al amor.

Así, en una cadena interminable continuaba la inmemorial hora del té, mientras las velas perfumadas se consumían y el fuego lanzaba sus rojas centellas, la tía Ellie devoraba todos los sándwiches, incluidos los de paté de hígado de pollo que a mí me gustaban mucho y a Vera también. Me vi obligada a mordisquear uno que detestaba: sabía exactamente como los que la tía Mercy Marie habría saboreado: remojados, grasientos y pastosos.

—Por favor, Lucietta —espetó la tía Ellsbeth con la voz de la amada difunta, mientras me fulminaba con una mirada de reproche por mostrar tanto disgusto por lo que Mercy Marie habría preferido—, es preciso que hagas algo con el apetito de esa niña. No es más que huesos, piel y ojos hundidos y sombríos. Por no hablar de ese ridículo mechón de cabellos. ¿Por qué se ve tan fantasmal? A juzgar por su aspecto, cualquier ráfaga de viento podría llevársela consigo... si es que antes no pierde el juicio. Lucietta, ¿qué estás haciendo con esa niña?

En ese momento oí el rechinar de la puerta lateral y unos segundos después Vera se escurrió dentro del salón. Se ocultó detrás de una gran maceta de helechos, de modo que nuestras dos madres no pudieran verla, y se llevó el índice a los labios cuando yo dirigí la mirada hacia su escondrijo. Tenía consigo una enorme enciclopedia médica, con unas piezas de cartón en la cubierta anterior, que representaban el cuerpo del hombre y el de la mujer... completamente desnudos.

Yo me estremecí. Detrás de mí, Vera contuvo apenas una risita malévola. Me recogí en aquel minúsculo rincón de mi cerebro donde podía sentirme segura y sin temor; pero ese refugio me hacía sentir como enjaulada. Siempre me sentía así cuando el rencoroso fantasma de la tía Mercy Marie se presentaba en nuestra sala. *Ella* estaba muerta, era irreal, pero de un modo u otro seguía haciéndome sentir como sombra sin sustancia. Como un ente no real, al menos en el sentido en que otras niñas eran reales. En un gesto nervioso me llevé la mano vacilante a las cuencas de los «ojos hundidos», a las mejillas macilentas, porque tarde o temprano encontraría el modo de hablar también de ellas.

—Mercy —incredó mi madre, en tono severo—, ¿cómo puedes tener esa absoluta falta de sensibilidad enfrente de mi hija?

Se puso de pie: lucía alta y ágil, sobre todo con aquel vestido vaporoso y suave.

Yo me quedé viéndolo con cierta confusión. No me cabía duda de que había entrado a aquel cuarto con ropa color coral. ¿Cómo había logrado cambiar de tono? ¿Era la luz de las ventanas que la hacía parecer violeta, verde y azul? Empezó a dolerme la cabeza. ¿Estábamos en verano, en primavera, en invierno o en otoño? Quise correr hacia la ventana para observar los árboles. Eran los únicos que no mentían.

Se dijeron otras cosas que procuré no oír. Luego mamá avanzó a grandes pasos hacia el piano y se sentó a tocar todos los himnos que a la tía Mercy Marie le gustaba cantar. En el momento en que mi madre ocupó el banquillo del piano, sucedió algo milagroso: adoptó una actitud de escenario, como si un auditorio de millares de personas estuviera listo para aplaudirle. Sus largos y elegantes dedos se pasearon sobre el teclado en un gesto dramático, para dejarse luego caer, haciendo sonar un vibrante acorde que exigía atención. Tocó *Rock of Ages* y después empezó a cantar en forma tan bella y al mismo tiempo tan triste, que sentí ganas de llorar. Mi tía empezó también a cantar, pero yo no pude unirlos. Algo dentro de mí clamaba y clamaba a voz en cuello. Todo eso era falso. Dios no estaba allá arriba. No acudía cuando se le necesitaba... Nunca lo había hecho... Nunca lo haría.

Mamá vio mis lágrimas y en forma abrupta cambió de ritmo. Esta vez su himno sonaba con cadencia de *rock*, de un *rock* que rebotaba de un lado a otro de la sala.

«No querrías venir al templo en la selva virgen, no querrías venir a la iglesia en el valle...», cantaba meciéndose de un lado a otro y sacudiendo rítmicamente los senos.

Mi tía reanudó su actividad gastronómica, esta vez con el pastel. Desalentada, mi madre dejó el piano y fue a sentarse al sofá.

—Mamá —le pregunté en voz baja—, ¿qué es un valle?

—Lucietta, ¿por qué no le enseñas algo que sirva a tu hija? —preguntó la despiadada voz del piano.

Cuando me di vuelta repentinamente, para tratar de sorprender a la tía hablando, la encontré tomando sorbos de té caliente, de un té que yo sabía muy bien que estaba bien saturado de *whisky*, lo mismo que el de mamá. Tal vez era el licor lo que les daba tanta crueldad. Yo no sabía si en vida de la tía Mercy Marie la habían querido o despreciado. Sabía con seguridad que gozaban haciendo una pantomima del modo como pensaban que había sido asesinada, como si no pudieran acabar de dar crédito a papá, que me explicó a mí, más de una vez, que era muy posible que la tía Mercy Marie estuviera viva y fuera la esposa de algún cacique africano.

«En muchas sociedades primitivas se tiene en muy alta estima a las mujeres gordas —me había dicho—. Lo único que se sabe es que desapareció a las dos semanas de haber llegado para su labor misionera. No creas todo lo que oyes, Audrina».

Ahí radicaba mi problema: qué debía creer y qué no...

Con su sonrisita juguetona, mamá sirvió otro poco de té en la taza de mi tía y en la suya. Luego tomó una botella de cristal con el membrete de Bourbon y llenó ambas

tazas. Después descubrió a Vera y le ofreció:

—Vera, ¿quieres una taza de té caliente?

Claro que Vera la quería, pero frunció el entrecejo cuando se le entregó sin una gota de Bourbon.

—¿Qué estás haciendo ya aquí, tan temprano? —la increpó mi tía.

—Las maestras tenían una reunión y dejaron salir a todos los estudiantes más temprano que de costumbre —se apresuró a contestar Vera.

—Vera, sé verídica en la presencia de la muerta viva —la apostrofó mi madre en medio de una risita retozona y ya casi ebria.

Vera y yo intercambiamos miradas. Ésa fue una de las poquísimas veces en que ella y yo podíamos realmente comunicarnos: cuando ambas nos sentíamos extrañas y desconcertadas.

—¿Qué haces *tú* para divertirte, Ellie? —preguntó mi madre con esa voz estridente y almibarada que usaba para la tía Mercy Marie—. Con toda seguridad también *tú* llegas a aburrirte una que otra vez, viviendo allá en medio de troncos y sin amigos. Tú no tienes un apuesto marido que te de calor y felicidad en tu fría y solitaria cama...

—¡Por favor, Mercy! —contestó mi tía, mirando de frente los ojos de la fotografía—. ¿Cómo podría yo aburrirme viviendo con gente tan fascinadora como mi hermana y ese corredor de bolsa que ella tiene por marido, una pareja a la que le gusta tanto pelear en la recámara, a gritos estentóreos? A decir verdad, me siento bastante más segura en mi lecho solitario, sin un apuesto bruto al lado al que le gusta enarbolar el cinturón a guisa de látigo.

—Ellsbeth, ¿cómo te atreves a decirle a mi mejor amigo un desatino como ése? Damian y yo jugamos, es todo. El juego lo excita a él y a mí también...

Mamá dedicó una sonrisa de compasión y de comprensión a la fotografía, y comentó:

—Por desgracia, Ellsbeth no sabe nada sobre las múltiples maneras de dar gusto a un hombre o de darle lo que le gusta.

Mi tía hizo un gesto de olímpico desprecio y replicó:

—Mercy, estoy segura de que tú jamás toleraste que Horacio emprendiera ninguno de esos morbosos juegos sexuales contigo.

—Si hubiera podido hacerlo, no estaría donde está —redarguyó mamá con su risa burlona.

Los ojos de Vera estaban tan desorbitados como los míos. Tanto ella como yo permanecimos sentadas inmóviles y sin habla. Estoy segura de que las dos mujeres mayores habían olvidado que tenían público.

—Bueno, Mercy Marie, tienes que perdonar a mi hermana el que se haya emborrachado. Como te decía hace un momento, yo vivo en realidad con gente tan fascinadora, que nunca tengo un momento de insipidez. Una hija muere en los bosques, otra viene a ocupar su lugar, y los muy mentecatos le ponen el mismo

nombre...

—¡Ellsbeth! —gritó mi madre exabrupto, dejando su postura relajada y poniéndose tensa en el sofá—. Si detestas tanto a tu hermana y a su marido, ¿por qué no te marchas con tu hija? Con toda seguridad, en algún sitio existe una escuela que necesita una maestra. Tú eres el tipo de lengua viperina capaz de mantener a los chicos en su puesto.

—No —protestó mi tía con toda calma, sin dejar de tomar sorbos de té—. Nunca podría dejar este desbarajuste de museo de desperdicios. Es tan mío como tuyo.

La tía mantenía el dedo meñique con un dobléz tal que yo no pude menos de admirar. Nunca habría podido tener el mío en esa posición durante tanto tiempo.

Era extraño ver cómo la tía podía tener modales tan refinados y ponerse ropa tan ordinaria. Mi madre, en cambio, lucía atuendos exquisitos pero hacía gala de modales vulgares. Mientras la tía se sentaba con las rodillas estéticamente juntas, mi madre tenía las suyas bien abiertas. Mientras la tía se sentaba en una postura tan erguida que podría decirse que se había tragado un palo, mi madre aflojaba todo el cuerpo como un hilacho, adoptando poses sensuales. Todo lo hacían para llevarse la contraria una a otra, y a fe mía que lo lograban.

Durante la hora del té yo nunca intervine para nada, a menos que se me solicitara y se me exigiera, y Vera solía permanecer también en el silencio más absoluto, con la esperanza de conocer nuevos secretos. Se había arrastrado hasta atrás de un sofá y ahí se sentó, con la pierna rota estirada y la otra levantada hasta tocarse la barbilla con la rodilla, mientras hojeaba con calma aquel libro ilustrado de medicina que exhibía la anatomía humana. Inmediatamente debajo de la cubierta estaba su ser humano hecho de numerosas capas de grueso papel. En la primera se hallaba simplemente desnudo. Al dar vuelta a la figura recortada, aparecía el cuerpo con todas sus arterias de color rojo y las venas en azul. Debajo de esa placa de colores había otro hombre que enseñaba todos sus órganos vitales. La última placa mostraba el esqueleto, que no interesaba a Vera en lo más mínimo. Tenía también una mujer desnuda que podía estudiarse por dentro y por fuera, como el hombre, pero ésa nunca le llamó la atención a Vera. Hacía mucho tiempo que había arrancado el «feto» del vientre de la imagen, y en sus libros escolares usaba ese «bebé de etiqueta» como señal de lectura. Paso a paso, Vera empezó a separar en partes al hombre desnudo, desprendiendo sus partes de papel enumeradas, para estudiarlas más de cerca. Cada órgano podía volver a ponerse en su debida posición cuando las etiquetas se pegaran otra vez sobre el número correspondiente a cada una. Aferró en la mano izquierda sus órganos masculinos, mientras desprendía otros órganos, incluido el corazón y el hígado, y les daba vuelta de un lado para otro, antes de decidirse a concentrar la atención en aquella cosa de cartulina que tenía en el puño izquierdo, examinándola con todo lujo de detalles.

Qué extraña es la estructura del hombre, pensé al ver cómo volvía a reconstruirlo de pies a cabeza con toda exactitud. Luego empezó a desbaratarlo de nuevo. Yo me di



vuelta para ver en otra dirección.

Para entonces, mi madre y la tía Ellsbeth estaban más que discretamente ebrias.

—¿Es algo tan maravilloso como tú pensaste que sería?

Con un gesto de ilusión, mamá hizo frente a la mirada ya suavizada de tía Ellsbeth, y contestó:

—Todavía amo a Damian, aunque no me haya cumplido sus promesas. Tal vez, en último análisis, yo no hacía más que engañarme a mí misma, pensando que era suficientemente buena para ser una concertista consumada. Tal vez me casé para no tener que averiguar lo mediocre que en realidad soy.

—Lucietta, yo no puedo creer eso —protestó mi tía con sorprendente compasión—. Tú eres una pianista extraordinaria, y lo sabes tan bien como yo. Lo malo es que has permitido que ese hombre, tu marido, te siembre dudas en la mente. ¿Cuántas veces te ha consolado Damian diciéndote que no habrías triunfado si hubieras seguido por ese camino?

—Muchas, muchas, muchísimas veces —entonó mi madre con un sonsonete necio y temulento que me provocó un deseo de llorar—. No me hables más de eso, Ellie. Me hace sentir lástima de mí misma. El señor Johanson sentiría una decepción indescriptible si lo supiera. Espero que esté muerto y jamás haya sabido que acabé en nada.

—¿Tú lo amabas, Lucietta? —insistió mi tía en un tono amable.

La pregunta me puso en posición de alerta. Vera levantó la mirada, dejando de jugar con su hombrecillo desnudo, cuyo corazón estaba estrujando con una mano.

El señor Ingmar Johanson había sido el maestro de música de mi madre cuando ella era muy joven.

—Cuando yo tenía quince años y estaba llena de ideas románticas —explicó mamá—, creí tenerle amor.

Se interrumpió para suspirar hondamente y enjugarse una lágrima que le rodaba por la mejilla. Se dio vuelta de modo que pude ver su hermoso perfil, y fijó la mirada en las ventanas por las que el sol de invierno podía apenas filtrarse para matizar nuestra alfombra oriental con pinceladas de una luz mortecina.

—Fue el primer hombre que me dio un beso verdadero... Los chicos de la escuela me habían besado, pero él fue el primero en darme un beso de verdad.

¿Acaso no todos los besos son iguales?

—¿Te gustaron sus besos?

—Sí, Ellie, me gustaron bastante. Me llenaron de anhelos. Ingmar me despertó sexualmente y luego me dejó insatisfecha. Muchas noches desperté en la cama, en aquel tiempo, y todavía lo hago ahora, deseando haber dejado que llevara adelante lo que había iniciado, en vez de decirle que no y reservarme para Damian.

—No, Lucietta, tú hiciste lo que convenía hacer. Damian no se habría casado contigo jamás si hubiese siquiera sospechado que no eras virgen. Pretende ser un hombre moderno, con ideas liberales, pero en su corazón es un victoriano. Tú sabes

de sobra que él no habría podido tolerar lo que le sucedió a Audrina, como no pudo tolerarlo ella misma...

¿Qué quería decir con eso? ¿Cómo habría podido la primera Audrina tolerar nada, si la encontraron muerta en el bosque?

De pronto, mamá se dio vuelta y pudo verme medio escondida detrás del helecho. Fijó la mirada en mí, como si tuviera que rectificar algunas ideas en la cabeza antes de hablar:

—Audrina, ¿por qué tratas de esconderte? Sal de ahí y ven a sentarte en una silla, como toda una dama. ¿Por que estás tan callada? Di algo, al menos una vez en la vida. Nadie puede disfrutar la compañía de una persona que no es capaz de dar conversación sobre cosas sin importancia.

—¿Qué fue lo que la primera Audrina no habría podido tolerar mejor que papá? —pregunté, poniéndome de pie y dejándome caer en una silla con un movimiento muy impropio para una dama.

—Audrina, cuidado con esa taza de té.

—Mamá, ¿qué fue exactamente lo que le sucedió a mi hermana difunta? ¿Qué la mató? ¿Una serpiente?

—Eso no es conversación sobre cosas sin importancia —replicó en tono irritado mi mamá—. Créemelo, Audrina, te hemos dicho ya todo lo que necesitas saber sobre el accidente de tu hermana en el bosque. Recuérdalo, aún estaría viva si hubiera aprendido a obedecer las órdenes que le habíamos dado. Espero que tú siempre tengas eso presente la próxima vez que te sientas pertinaz o rebelde, y creas que ser desobediente es un buen modo de vengarte de tus padres que tratan de guiarte lo mejor que pueden.

—¿La primera Audrina era difícil de educar? —insistí con la esperanza de oír decir que era algo menos que perfecta.

—Lo dicho basta —respondió mi madre con más dulzura—. Simplemente recuerda que los bosques son terreno prohibido.

—Pero Vera entra en el bosque...

Vera se había levantado y estaba de pie detrás del sofá, sonriendo a mi madre de un modo inteligente que me dio a entender que sabía la causa de la muerte de mi hermana mayor. ¡Oh, oh, no! De pronto me entró el deseo de que no hubiera alcanzado a oír la advertencia de mi mamá, porque le proporcionaría un arma más que podía usar en mi contra.

A juzgar por el modo como la celebración se deshizo después, se diría que yo no sería jamás un modelo de éxito social. La tía Ellsbeth volvió a guardar la fotografía. Vera se alejó cojeando, rumbo a su recámara, llevando consigo parte de aquel hombre desnudo, y yo me quedé sola en la sala, dándome cuenta de que no podía hacer preguntas claras y esperar una respuesta. Tenía que aprender a ser tortuosa, como todos los demás, o nunca aprendería nada, ni siquiera la hora del día.

Esa misma semana fue el día de San Valentín, y Vera volvió a casa, siempre

cojeando, con una bolsa de papel llena de regalos de sus amigos. Entró a mi recámara con un enorme corazón de satén rojo, que se abría para exhibir una deliciosa colección de chocolates.

—Me la dio el chico que me ama más que ningún otro —me informó en tono arrogante, arrebatándome la caja, sin ofrecerme siquiera un chocolate—. Algún día me llevará lejos de aquí para casarse conmigo. Se lo leo en los ojos, en sus maravillosos ojos ámbar. No tardará en mudarse... bueno... no tiene importancia adonde... El hecho es que me ama. Yo sé que me ama...

—¿Cuántos años dijiste que tenía?

—¿Qué importa eso? —Se sentó sobre mi cama y volvió a tomar un chocolate de la caja, mirándome de una manera extraña—. Puede tener doce, catorce, dieciséis años... cualquier edad. En fin, yo he logrado apoderarme de la magia de la primera Audrina, la mejor y la más perfecta, la más hermosa Audrina. Espejito, espejito, que estás en la pared, ¿quién es la más bella Audrina de todas? Y el espejo responde: Eres tú, Vera, eres tú.

—Te has vuelto loca —la desairé, alejándome de ella—. Tú no puedes apoderarte de un don destinado sólo a chicas que llevan mi nombre. Me lo ha dicho papá.

—¡Oh! Papá te diría cualquier cosa, y tú eres bastante tonta para creérselo. Yo no seré nunca tan idiota. Mi madre tuvo suficiente estupidez para dejar que un tipo que hablaba bonito la hiciera acostarse con él, pero eso no va a sucederme a mí. Cuando haya seducción, seré yo la que seduzca... ¡Y sé cómo hacerlo! Ese libro de medicina está enseñándome todo lo que necesito saber. Los cursos bobos sobre sexo que dan en la escuela no proporcionan suficientes datos.

En poco tiempo se acabaron todos los chocolates, y entonces Vera me regaló el corazón de satén rojo vacío. Por alguna razón, aquel corazón rojo me conmovió. ¡Qué bonito detalle de ese chico, darle a Vera los dulces! Nunca habría imaginado que Vera podía inspirarle amor a nadie, sobre todo después de ver que no era capaz de hacerlo ni siquiera con su propia madre.

## LEONES Y CORDEROS

**U**n día oí a un repartidor decirle a mamá:

—¿No le parece que tenemos un encantador día de primavera?

De no haber sido por eso, yo no habría sabido que era primavera a juzgar por el frío que se sentía. Además, los árboles no habían empezado a retoñar, ni las aves a cantar. Me dio regocijo tener noticia de la estación, aunque no supiera el mes. Por otro lado, me daba vergüenza hacer el intento y preguntar en qué mes estábamos, porque la gente me miraba con lástima. No saber nada del correr del tiempo era algo que no podía llamarse «especial»; yo lo llamaría más bien una locura. Tal vez por eso se avergonzaban de decirme de qué había muerto la primera Audrina. Quizá ella también fue una loca.

Exponiéndome a su burla, corrí detrás del repartidor y le formulé mi necia pregunta.

—¡Claro, muchachita! Es el mes de marzo, que entra como león, pero pronto saldrá como un corderito.

Hacía frío, el viento soplaba con mucha fuerza... ésas eran cosas que yo podía relacionar fácilmente con un león. Al día siguiente desperté y el sol brillaba en el firmamento, en nuestros prados retozaban las ardillas y los conejos, y en el mundo todo andaba bien, según papá... y mamá.

La noche siguiente, la cena terminó con los gritos que papá lanzó a Vera:

—¡Salte de la cocina! He oído decir que te han sorprendido recortando fotografías indecentes en la farmacia. Cualquier chica capaz de andar robando en esa forma, demuestra que debajo de ese humo hay fuego.

—¡Yo no hice nada, papá! —gimió la acusada.

Después, en mi recámara, ella se desquitó gritándome a mí:

—Dios me ha maldecido a mí con huesos frágiles y a ti con un cerebro endeble, pero creo que, entre las dos, yo salí mejor librada —sin embargo, empezó a llorar y añadió—: Papá no me ama como te ama a ti... Te odio, Audrina, de veras te odio.

Me dejó desconcertada. Yo era la hija de papá... Era claro que tenía que amarme más que a nadie. Traté de explicárselo.

—¡Eso me faltaba! ¿Qué entiendes tú de nada? —me contestó a gritos—. Se te consiente, se te miman, se te trata como bebé, como si fueras demasiado buena para el mundo... pero al final seré yo la que prevalezca. ¡Espera un poco y lo verás!

Decidida a hacer algo, fui a ver a papá, que se mostraba terriblemente excitado por algún motivo. Iba y venía de un lado a otro de la sala, consultando su reloj con frecuencia. Sin embargo, a mí no me dejó verlo cuando traté de saber la hora.

—¿Qué quieres, Audrina? —me preguntó con impaciencia.

—Quiero hablarte de Vera, papá.

—No quiero hablar de Vera, Audrina.

Yo volví a la carga:

—Aunque no sea tu hija, no debes ser tan cruel con ella.

—¿Qué ha estado diciéndote? —inquirió en tono suspicaz—. ¿Ha estado tratando de explicarte por qué tienes ese sueño?

Abrí los ojos, azorada. Yo nunca había hablado con Vera de mi peor pesadilla. El único que tenía noticia de mis sueños perturbadores era él. Yo estaba segura de que él no quería que mamá se preocupara por ese motivo. Además, ese sueño era mi maldición y mi vergüenza. Por ningún concepto lo compartiría con Vera. Sacudí la cabeza con fuerza, en un gesto negativo, al mismo tiempo que daba unos pasos atrás.

—¿Por qué tienes miedo de tu propio padre? —me increpó—. ¿Ha estado esa muchacha llenándote la cabeza de historias inmundas?

—No, papá.

—No te atrevas a mentirme a mí, muchachita. Yo sé cuando no dices la verdad. Tus ojos te traicionan.

Su actitud agresiva e insensible hizo que me diera vuelta y echara a correr. Tropecé con cosas como percheros y portaparaguas, y al final me dejé caer en una esquina, donde me detuve sólo para recobrar el aliento. Fue entonces cuando oí a mi tía, que atravesaba el vestíbulo en compañía de mi padre.

—No me importa lo que digas tú, Ellie, yo estoy haciendo lo mejor que puedo para curarla. Y también hago lo mejor que puedo por Vera... ¡y créeme que no es fácil! ¡Santo Dios! ¿Por qué no diste a luz una criatura como mi Audrina?

—Eso es exactamente lo que esta casa necesita —replicó mi tía en tono frío—: otra Audrina.

—¡Escúchame, Ellie, y escúchame bien! ¡Encárgate de mantener a Vera alejada de mi hija! Sigue recordándole a Vera, cada día de su vida, que conserve la boca bien cerrada, si no quiere que la desuelle y le arranque el cuero cabelludo. ¡Si llego a saber qué Vera tuvo algo que ver con...!

—¡No tuvo que ver... claro que no!

Sus voces se desvanecieron. Me quedé en las sombras, sintiéndome enferma y tratando de entender qué querría decir todo aquello. Vera poseía el secreto de por qué yo no podía recordar como cualquier otra persona. Tenía que conseguir que me lo dijera. Pero Vera me detestaba. Nunca me diría nada. De alguna manera tenía que

lograr que dejara de odiarme. Debía conquistar su simpatía. Tal vez entonces me diría el secreto de mi propio yo.

La mañana siguiente, a la hora del desayuno, mamá se mostró muy sonriente y alegre.

—Adivina —me dijo mientras me sentaba a la mesa—. ¡Vamos a tener vecinos! Tu padre acaba de alquilar aquella cabaña pequeña donde vivía el señor Willis...

Ese nombre me pareció conocido... ¿Había yo oído hablar antes del señor Willis?

—Van a mudarse hoy —continuó mi mamá—. Si no estuviéramos esperando a tu tía Mercy Marie, podríamos dar un paseo por el bosque, e ir a ofrecerles la bienvenida. Junio es un mes tan encantador...

Me quedé viéndola boquiabierta.

—Mamá, ¡el repartido me dijo ayer que estábamos en marzo!

—No, cariño, estamos en junio. El último mensajero que vino a casa estuvo aquí hace meses —suspiró—. ¡Cómo me gustaría que la tienda de almacenes nos hiciera entregas todos los días! Entonces si tendría algo que anhelar, además del regreso de Damian a casa.

Toda la alegría que debí haber sentido ante la perspectiva de tener vecinos se arruinó a causa de mi incoherente memoria. Vera entró cojeando a la cocina. Me dirigió una mirada agresiva y se dejó caer en una silla. Pidió huevos con tocino, *hot cakes* y donas, y preguntó:

—¿Te oí decir que vamos a tener vecinos, mamá?

¿Mamá? ¿Por qué llamaba así a mi madre? Entonces fui yo la que le lancé una mirada de indignación, procurando que mi madre no la advirtiera. Se veía cansada, casi abatida, mientras empezaba a hacer el paté para la hora del té. ¿Por qué se tomaba tantas molestias cuando aquella mujer estaba muerta y la única que devoraría lo mejor de todo aquello era la tía Ellsbeth?

—Yo sé quiénes son los vecinos —añadió Vera con un dejo de malicia—. Es el chico que me obsequió la caja de chocolates el día de San Valentín. Él me dio a entender que iban a mudarse cerca de nosotros. Tiene once años, pero es tan grande que parece tener trece o catorce.

Mi tía entró a la cocina repentinamente, con su cara sombría y temible.

—Si es así, es demasiado joven para ti —manifestó con energía, haciéndome dudar si Vera no sería realmente mucho mayor de lo que yo creía.

¡Oh, Señor! ¿Por qué no podía yo saber la edad de alguien? Ellos sabían la mía...

—No andes coqueteando con él, Vera, porque Damian puede echarnos de la casa a las dos.

—Yo no le tengo miedo a papá —replicó la aludida en tono zalamero—. Sé cómo manejar a los hombres. Un beso, un abrazo, una amplia sonrisa y... se derriten.

—Eres una manipuladora... Lo sé. Pero deja en paz a ese chico. ¿Me oyes bien, Vera?

—Sí, madre —contestó con el tono de voz más despectivo de que era capaz—.

¡Claro que te oigo bien! ¡Hasta los muertos podrían oírte bien! Y realmente, yo no quiero andar con un chico que tiene apenas once años. Detesto la idea de vivir allá, entre palos, donde no hay más muchachos que los idiotas esos de la aldea.

El siguiente comensal que entró a la cocina fue papá. Iba vestido con un traje nuevo que se había mandado hacer. Se sentó y se colgó del cuello una servilleta, para que nada fuera a mancharle la corbata de seda pura. Si la limpieza era lo que seguía a la divinidad, papá era un dios ambulante en la Tierra.

—¿Es posible que sea ya junio, papá? —le pregunté.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Parece que apenas ayer era marzo... Ese hombre que le trajo a mamá el vestido dijo que era marzo.

—De eso hace meses, cariño, meses... Claro que es junio. Fíjate en las flores recién abiertas, el pasto verde. ¿No sientes el calor? Días como éstos no los hay en marzo.

Vera engulló la mitad de sus *hot cakes*, se levantó y se encaminó a la chimenea para recoger sus útiles escolares. Había reprobado el año y tenía que pasar ocho semanas de las vacaciones en la escuela de verano.

—¿Por qué vienes detrás de mí? —me increpó.

Pero yo estaba decidida a lograr que Vera me quisiera.

—¿Por qué me odias, Vera?

—No tengo tiempo para darte todas las razones —su tono era arrogante—. Todo el mundo en la escuela piensa que eres rara. Saben que estás loca.

Eso me sorprendió.

—¿Cómo pueden pensar así si no me conocen?

Dándose vuelta, con una sonrisa, añadió:

—Yo les hablo de ti y de tus extrañas ocurrencias, del modo como te mantienes en las sombras, junto a las paredes, y cómo das de gritos en la noche. Saben que eres tan especial, que ni siquiera te enteras del año, el mes o el día en que vives.

¡Qué falta de lealtad andar divulgando los secretos de familia! Sintíendome herida una vez más, mi deseo de lograr que me quisiera se debilitó. En realidad no creía poder lograr que eso sucediera.

—Me gustaría que no hablaras de mí con gente que no puede entender.

—¿Entender qué? ¿Qué eres un engendro chiflado, sin memoria? La verdad es que te entienden perfectamente bien y que nadie, nadie en absoluto, querría ser tu amigo jamás.

Sentí que algo se me endurecía y se me inflamaba en el pecho, produciéndome un dolor intenso. Suspiré y di media vuelta, comentando:

—Lo único que quería era saber qué piensan de mí los demás.

—Eso, mi querida hermanita, es absolutamente imposible para alguien que carece de cerebro.

Giré sobre mis talones, volviendo a encararla, y le solté a gritos:

—¡Yo no soy tu hermana! ¡Antes muerta que ser hermana tuya!

Mucho después que ella había ya desaparecido, yo seguía de pie en el pórtico, pensando que tal vez sí estaba loca.

Una vez más, a las tres, la tía Mercy Marie llegó a aposentarse sobre el piano. Como de costumbre, mi madre y mi tía estuvieron hablando en su nombre por turnos. El *whisky* se servía generosamente en las tazas de té humeante. A mí me dieron mi vaso de coca-cola con hielo. Mamá me dijo que me hiciera la ilusión de que era té. Me senté, con una sensación incómoda, vestida con mi mejor atuendo blanco. Como papá no estaba ahí, pronto caí en el olvido, a medida que aquellas dos mujeres abrían el fuego, una contra otra, dejando escapar todas las frustraciones que las habían agobiado durante toda la semana.

—Ellsbeth —chilló mi madre después de un insulto relativo a la casa que ella amaba tanto—, lo que te pasa a ti es que estás celosa a más no poder, porque nuestro padre me amaba más a mí. Te sientas ahí y te pones a decir cosas desagradables sobre esta casa, porque te mueres de ganas de que fuera tuya. Del mismo modo que lloras hasta cansarte todas las noches, acostada sola en tu cama, inquieta y despierta, pero siempre celosa porque yo tengo lo que a ti te falta... ¡Cuando podías muy bien poseer lo que yo tengo, si hubieras sabido tener cerrado el hocico!

—¡Y tú sabes muy bien cuándo abrir *ese* muy grande que tienes, Lucietta! —le ladró mi tía—. Toda tu vida vagando por este mausoleo y pregonando sus bellezas. ¡Claro que nuestro padre te dejó esta casa a ti y no a mí! Eres tan empalagosa que me das ganas de vomitarte. Te propusiste robarme todo lo que yo quería. Incluso cuando mis amigos venían a visitarme a mí, ahí estabas tú, sonriendo y coqueteando. Coqueteabas aun con nuestro padre, adulándolo tanto que me hacías parecer fría e indiferente. Pero en este lugar yo hice todo el trabajo... ¡y sigo haciéndolo! Tú preparas los alimentos y crees que con eso basta. Pues bien, ¡no basta! Yo hago todo lo demás. ¡Estoy enferma y harta de ser la esclava de todo el mundo! Y, como si no fuera suficiente, ahora estás enseñando a tu hija todos tus trucos.

Llena de indignación, la hermosa cara de mi madre se tomó de un color rojo subido.

—¡Sigue por ese camino, Ellsbeth, y acabarás por no tener un techo sobre la cabeza! ¡Sé bien qué es lo que te derrama la bilis, no creas que lo ignoro! ¡Darías cualquier cosa por tener *todo* lo que yo tengo!

—¡Eres una idiota, y te casaste con un imbécil! Damian Adare no quería otra cosa que la riqueza que pensaba que ibas a heredar. ¡Ah! Pero tuviste buen cuidado de no decírselo sino cuando era demasiado tarde para que él echara marcha atrás, o pudiera zafarse de los impuestos que nuestro padre no había pagado o de las necesarias reparaciones de la casa, que mi padre nunca hizo. Pretendes disfrutar de la luz de lámparas de gas, pero la verdad es que sabes que la luz eléctrica le mostraría a Damian la mina que realmente es esta casa. La cocina y este cuarto dominan nuestras vidas. La cocina está tan inundada de luz cuando él entra aquí, que casi no puede ni



ver... ¡ninguno de nosotros puede! Yo, en tu lugar, habría sido honrada, y si a la honradez le llamas defecto, ¡vive Dios que a ti puede llamársete inmaculada!

—¡Ellsbeth —gritó una voz aguda desde el piano—, deja de portarte cruel con tu amada hermana!

—¡Qué te zurzan! —le gritó la tía Ellsbeth.

—Mercy Marie —indicó mi madre en el tono de voz más altanero y arrogante de que era capaz—, creo que será mejor que te retires. Como mi hermana no sabe ser amable con un huésped, ni con mi hija, ni con esta casa, ni con nadie... ¡ni siquiera con su propia carne y sangre!, creo que no tiene objeto que sigamos celebrando estas horas del té. Te digo adiós a duras penas, porque te he amado y abomino el pensar en ti como difunta. No puedo tolerar la muerte de seres a los que amo. Éste ha sido mi ridículo intento de conservarte viva. —Sin mirar a mi tía, siguió diciendo—: Ellsbeth, haz el favor de salir de este cuarto antes que digas algo que me haga odiarte más.

Mamá parecía estar al borde de las lágrimas. Su voz sonaba entrecortada. ¿Habría olvidado que todo aquello no era más que un juego de ficción? ¿Sería yo también un juego de ficción para que ella pudiera conservar viva a la primera y bien amada Audrina?



Llegó el miércoles en la mañana. Yo me sentía feliz porque escribí una nota dirigida a mí, para recordarme que la víspera había sido martes. Al fin tenía algo real a lo que podía aferrarme. Ese día era miércoles. Por la noche lo escribiría también. Por fin encontré una fórmula para llevar cuenta de los días de la semana.

Al pasar frente a la recámara de mis padres, rumbo a la cocina, mi madre me pidió que entrara. Estaba cepillándose la larga cabellera con un cepillo de plata antigua. Papá estaba encorvado, cerca del espejo del tocador, haciéndose el nudo de la corbata: Era increíble el cuidado con que daba vuelta a la tela, la retorció, la introducía en las lazadas, tiraba de ella...

—Díselo tú, Lucky —propuso con voz suave.

Él se veía desbordante de felicidad. Mamá se dio vuelta y me sonrió, también con alegría.

Yo corrí de buena gana, dejándome abrazar y acurrucar, apoyada en sus cálidos senos turgentes.

—Mi amor, siempre te has quejado de no tener con quién jugar, fuera de Vera. Pero algo nuevo va a suceder, que mitigará tu soledad. Hacia noviembre o principios de diciembre vas a tener lo que has anhelado durante tanto tiempo...

¡La escuela...! ¡Van a mandarme a la escuela! ¡Por fin! ¡Por fin!

—Cariño, ¿no nos has dicho muchas veces que te encantaría tener una hermana o

un hermano? Bueno... vas a tener la una o el otro.

Yo no sabía qué decir. Se desvanecieron los ensueños de unos días felices en la escuela. Mis sueños quiméricos nunca se convertían en realidad... ¡nunca! Pero en ese momento, mientras permanecía aún dentro del círculo de sus brazos, temblando, y papá se acercaba más para acariciarme el cabello, sentí un ímpetu de inesperada felicidad. Un bebé. Un hermanito o una hermanita con toda seguridad me liberaría de toda esa atención exigente que me prodigaban. Tal vez entonces querrían que saliera de casa, que fuera a la escuela y aprendiera a hacer muchas cosas de las que por el momento no sabía nada. Había una esperanza... Tenía que haberla.

Mamá vio a papá con una mirada prolongada y lánguida, llena de tácito significado, y le preguntó:

—Damian, esta vez si será un niño, ¿verdad?

¿Por qué formuló esa pregunta? ¿No le gustaban las niñas?

—Cálmate, Lucky, las probabilidades están a favor nuestro. Esta vez tendremos un varoncito.

Papá me miró, sonriéndome con amor, como si hubiera podido leerme el pensamiento en el modo de mirar, y explicó:

—Tenemos ya una hija hermosa y especial, así que ahora Dios nos debe un hijo varón.

Sí, Dios le debía un hijo varón, después de haberle quitado a la primera Audrina, la mejor, para remplazarla con mi pobre persona...

De rodillas, esa noche, al lado de mi cama, junté las manos bajo la barbilla, cerré los ojos y recé así:

«Señor del Cielo, aun cuando mis padres tengan tanto deseo de un niño, a mí me daría lo mismo si les mandaras una niña. Lo único que te pido es que no tenga ojos color violeta y cabello de camaleón, como los míos. No la hagas especial. La soledad de ser especial es tan espantosa... ¡Cómo quisiera yo que a mí me hubieras hecho ordinaria y me dieras una memoria mejor que la que tengo! Si la primera Audrina, la mejor, está allá arriba contigo, no la utilices como modelo... Tampoco a Vera. Haz que este bebé sea maravilloso... o maravillosa... pero no tan especial que no pueda ni siquiera ir a la escuela».

Estuve a punto de dar por terminada mi plegaria y decir amén, pero discurrí añadir una posdata:

«... Y, Señor, apresúrate y permite que estos vecinos se muden aquí cuanto antes. Yo necesito algún amigo o amiga... aunque ese chico quiera a Vera».



A partir de entonces estuve llevando un diario, para ayudarle a mi frágil memoria.

Ese jueves se dieron a mi tía y a mi prima las noticias que yo había sabido un día antes. Me hizo sentir especial el hecho de que mis padres me confiaran primero a mí una cosa tan importante.

—Sí, Ellie, Lucky está embarazada otra vez. ¿No te parece maravilloso? Claro, como tenemos ya la hija que habíamos pedido, ahora vamos a exigir un hijo.

Mi tía dirigió a mi madre una mirada de asombro.

—¡Oh, Dios mío, hay gente que no aprende nunca! —comentó en tono apagado.

La palidez pastosa del rostro de Vera adquirió una tonalidad más enfermiza aún. Se diría que el pánico había hecho palidecer incluso sus oscuros ojos. De pronto se dio cuenta de que yo la observaba con atención, y a toda prisa se irguió en el asiento, antes de ponerse de pie.

—Salgo a visitar a una amiga. Regresaré tarde.

Se quedó esperando a que alguien objetara algo, como de seguro lo habría hecho si yo hubiese dicho eso mismo, pero nadie dijo nada, casi como si a nadie le importase si Vera pensara siquiera regresar. Con un gesto mohíno, Vera salió cojeando de la cocina. Me puse en pie de un salto, para ir en pos de ella hasta el pórtico del frente.

—¿A quién vas a visitar?

—¡A nadie que te importe!

—No tenemos a ningún vecino cercano... sería mucho caminar llegar hasta los McKennas...

—¡Olvídalo! —replicó, ahogando apenas las lágrimas que ya le empapaban los ojos—. Regresa a seguir oyendo lo del nuevo bebé, mientras yo voy a visitar a una amiga mía que jamás podría tolerarte.

La vi alejarse cojeando, por el camino de tierra; seguí preguntándome adonde pensaría ir. Tal vez no iba a ningún lado, simplemente buscaba un lugar para llorar a solas.

Al regresar a la cocina me encontré con que papá seguía hablando.

—Trajeron algunas cosas a la cabaña la semana pasada, pero ellos se quedaron a partir de ayer. Yo personalmente no los conozco, pero el corredor de bienes raíces dice que han vivido en la aldea varios años y siempre han pagado el alquiler a tiempo. Piensa, Lucky, ahora tendrás a una mujer viva a la que podrás invitar a tus ceremonias del té, y podremos decir adiós a Mercy Marie. Aunque no cabe duda de que ustedes dos disfrutaban mucho imitando su cruel ingenio, yo quiero que desistas ya de ese juego. No es sano para Audrina ser testigo de una cosa tan grotesca. Además, a juzgar por lo que tú sabes, Mercy Marie podría muy bien ser la gorda esposa de algún cacique africano, y no estar muerta en absoluto.

Tanto mi madre como mi tía hicieron un gesto de burla... Ambas querían pensar que no había hombre que pudiera querer a Mercy Marie.

—Hemos puesto fin a las horas del té —contestó mamá en tono inexpresivo, como si diera por terminada la vida social en vista de que estaba esperando un bebé.

—Papá —intervine, mientras volvía a sentarme a la mesa—, ¿cuál fue la última vez que vi viva a la tía Mercy Marie?

Inclinándose sobre la mesa, papá me besó la mejilla. Luego movió su silla, acercándoseme, para poder ponerme el brazo alrededor de los hombros. Mi tía se levantó para ir a sentarse en la mecedora de la cocina, donde solía tejer y tejer. No se necesitaron más que escasos segundos para que se enfureciera a tal grado con el tejido, que lo arrojó a un lado, para empuñar un plumero y empezar a sacudir mesas del cuarto contiguo, manteniéndose siempre cerca de la puerta para poder oír lo que se decía.

—Hace muchos, muchos años que tú conociste a Mercy Marie. Como es natural, no la recuerdas. Mi amor, deja de estar atormentándote el cerebro con esos esfuerzos para recordar el pasado. Lo que cuenta es el hoy, no el ayer. Los recuerdos son importantes sólo para los ancianos, que han vivido ya lo mejor de su vida y no tienen nada que esperar en el futuro. Tú no eres más que una niña pequeña y tu porvenir se extiende ante ti inmenso y acogedor. Todas las cosas buenas están por delante, no por detrás. Tú no puedes recordar todos los detalles de los primeros años de tu niñez... yo tampoco. «Lo mejor está por suceder», ha escrito un poeta, y yo lo creo. Papá se encargará de cerciorarse de que tú tengas el mejor futuro posible. Tus dotes van en aumento y se fortalecen más y más... y tú sabes por qué, ¿no es cierto?

¡La mecedora! Esa silla estaba dándome el cerebro de la primera Audrina, la mejor, y borrando todos mis recuerdos. ¡Oh, cómo la aborrecía! ¿Por qué no podía quedarse bien muerta en su tumba? Yo no quería su vida sino la mía. Me zafé del abrazo de él y le dije:

—Voy al jardín a jugar, papá.

—No vayas a los bosques —me advirtió.

La tía Ellsbeth pareció sentir de nuevo el atractivo de la cocina. Sacudía el polvo con una energía tan amenazadora que por lo visto habría podido arrastrar a papá junto con él.

Mamá fijó sus ojos color violeta en la hermana y le dijo con amabilidad:

—Ellsbeth, ¿no crees que estás levantando más polvo del que en realidad estás recogiendo?

En cuanto me encontré afuera, resonaron en mi cabeza sus últimas palabras. Era un hecho que no me amaba a mí. La amaba a ella, a la primera Audrina, la mejor, la más perfecta. Durante el resto de mi vida, yo tendría que vivir según las normas fijadas por ella. Pero ¿cómo podría yo ser todo lo que había sido ella, si era yo misma?

Había estado haciendo planes para escabullirme por entre los bosques para ir a visitar a nuestros nuevos vecinos, pero mi tía me hizo volver a la casa y me tuvo ocupada toda la mañana, ayudándola en el aseo de la casa. Mamá no se sentía bien. Algo llamado «malestar de las mañanas» la hacía ir corriendo muchas veces al cuarto de baño, y eso parecía dar gusto a mi tía, que siempre estaba hablando entre dientes

acerca de los necios que se exponían a la ira de Dios.

Vera volvió a casa cojeando, alrededor de las tres de la tarde, muy acalorada y con el semblante pálido y agotado. Me lanzó una mirada mordaz y subió a trompicones la escalera. Decidí averiguar qué estaba haciendo, antes de escabullirme a través del bosque para ir a conocer a los nuevos vecinos. No quería que Vera fuese en pos de mí, porque con toda seguridad se lo diría a papá para que me castigara.

Vera no estaba en su recámara. Tampoco andaba en la mía, hurgando entre mis cajones con la esperanza de encontrar algo que robarse. Seguí buscándola, con el propósito de sorprenderla, pero fue ella la que me sorprendió a mí.

En la recámara de la primera Audrina, que papá solía conservar cerrada con llave, excepto los días en que mamá hacía la limpieza, Vera estaba sentada en la mecedora de respaldo de alcatraz. En la silla mágica. Se mecía y cantaba, exactamente como papá me obligaba a hacerlo a mí. Por algún motivo, me enfureció verla ahí. Con razón yo no podía «apoderarme» del don... ¡Vera estaba tratando de robárselo!

—¡Quítate de esa silla! —le grité.

Muy a pesar suyo volvió en sí, abriendo sus grandes ojos oscuros que brillaban como los de papá. Con los labios torcidos en un gesto despectivo, me respondió:

—¿Tú vas a obligarme a hacerlo, muchachita?

—¡Sí! —ratifiqué, entrando con valor y rapidez al temido cuarto, a defender mi derecho a sentarme en esa silla.

Aunque yo no quería las dotes de la primera Audrina, la mejor, tampoco quería que Vera las tuviese.

Antes que yo pudiera hacer nada, Vera se había levantado ya de la silla:

—¡Mira, escucha esto, Audrina número dos! A la larga voy a ser yo la que ocupe el lugar de la primera Audrina. Tú no tienes lo que ella tenía, ni lo tendrás nunca. Papá trata y trata de convertirte en lo que ella fue, pero está fracasando y empezando a comprenderlo. Por eso me dijo que comenzara a usar esta silla mecedora, porque ahora quiere que yo posea las dotes de la primera Audrina.

No le creí, pero algo frágil dentro de mí se rompió y me produjo dolor. Ella observó que me debilitaba y me vio temblar.

—Tu madre no te ama ni remotamente lo mismo que amaba a la primera Audrina. Finge tenerte amor, Audrina, ¡es ficción! Los dos, tu padre y tu madre con gusto te dejarían morir si pudieran rescatar a la chica que realmente amaban.

—¡Deja de decir esa clase de cosas!

—Nunca dejaré de decir lo que debe decirse.

—¡Déjame en paz, deja en paz este cuarto! Tú eres una pura farsa, Vera, una farsa de la peor calidad.

Luego, tratando de tomar vuelo, quise asestarle un golpe. Ella decidió mantenerse inmóvil en ese momento y, si no lo hubiera calculado tan bien, mi puño habría dado en el aire. En cambio, lo que pasó fue que le propiné un directo a la mandíbula que la hizo desplomarse en la mecedora y a ésta caer de lado. Por supuesto, esa caída no le

hizo un daño que justificara sus sonoros aullidos de dolor...

La tía Ellsbeth acudió corriendo.

—¿Qué le has hecho a mi hija? —me gritó, acercándose a ella para ayudarla a levantarse.

En cuanto Vera estuvo de pie, la tía se vino sobre mí y me dio una bofetada. Con toda agilidad, evadí una segunda. Entonces se oyó el grito de Vera:

—¡Madre, ayúdame, no puedo respirar!

—¡Claro que puedes respirar! —la interrumpió mi tía, impaciente.

Sin embargo, una visita a la sala de emergencias del hospital demostró que Vera tenía cuatro costillas rotas.

Los hombres de la ambulancia dirigieron extrañas miradas a mi madre y a mi tía, como si sospecharan que Vera no se hacía daño sola. Luego me miraron a mí y me obsequiaron una débil sonrisa.

Me mandaron a la cama sin cenar (papá volvió a casa muy tarde, debido a una junta de negocios, y mamá se recogió en su recámara temprano, dejando a mi tía al frente). Toda esa noche estuve oyendo a Vera quejarse, con una respiración anhelante y fatigosa, mientras hacía el esfuerzo de dormir. Encorvada como una vieja bruja, entró a mi recámara a medianoche y me blandió el puño frente a la cara, amenazándome:

—Algún día lograré derribar esta casa con todos los que están adentro —rugió con voz aterradora—, y tú serás la primera a la que haré caer. Acuérdate de esto, aunque no puedas recordar otra cosa, segunda Audrina, la peor.

## ARDEN LOWE

**E**n la mañana yo trataba desesperadamente de huir de la casa. Como Ellsbeth estaba curando las heridas de Vera y mamá seguía en cama con su malestar de las mañanas, tuve la primera oportunidad de mi vida de escabullirme sin que nadie lo notara.

Los bosques se hallaban llenos de sombras. Lo mismo que la primera Audrina, yo estaba desobedeciendo, pero el firmamento allá arriba me decía que no había la menor posibilidad de lluvia, y sin ésta no podría volver a acaecer. Rayos trémulos de sol se filtraban a través de la verde bóveda de la enramada, iluminando el sendero con doradas manchas de luz. Los pájaros cantaban, las ardillas se perseguían unas a otras, los conejos correteaban, y yo, libre de Whitefern, me sentía bien aunque un poco incómoda. Sin embargo era un hecho que si alguna vez lograba tener mis propios amigos, era yo la que tenía que dar el primer paso y demostrar algo, si no a nadie más, sí a mí misma.

Iba decidida a visitar a la nueva familia que vivía en la cabaña del jardinero, que estuviera desocupada durante muchos años. Yo nunca había visto esta parte de los bosques, pero me parecía conocida. Me detuve a observar la senda que se bifurcaba, desviándose a la derecha y siguiendo hacia el frente en zigzag. Muy adentro de mí, algo me dijo con seguridad que diera vuelta a la derecha. El mínimo ruido que oía me paralizaba, me obligaba a escuchar, haciendo un esfuerzo por percibir las risitas burlonas que había oído en la mecedora, y a revivir experiencias acontecidas a la primera Audrina, la mejor, y que estaban pegadas a esa silla. En el follaje de verano se producían leves murmullos, mientras en mi cabeza aleteaban mariposillas de pánico. No podía dejar de oír todas las advertencias: «Hay peligro en los bosques. Es inseguro andar por los bosques. Hay muerte en los bosques». Bajo en ímpetu nervioso, aceleré los pasos. Me gustaría cantar, como los enanitos silbaban para espantarse el miedo... ¡Un momento! ¿Por qué me vino ese pensamiento? Ése era el estilo de pensar *de ella*.

A medida que caminaba más de prisa, me dije que era ya hora de que me enfrentara con bizarría al mundo, por cuenta propia... ¡claro que era hora! Me dije

que cada paso que me alejaba de aquella casa de esquinas penumbrosas y murmurantes susurros, me hacía sentirme mejor, más feliz. No era débil, ni mimada, ni inepta para el mundo. Sencillamente tenía toda la bravura de cualquier otra niña de... ¿siete años?

Había algo relacionado con los bosques... Algo acerca del modo como el sol resplandecía a través del follaje. Los colores estaban tratando de hablar conmigo, de decirme lo que yo no podía recordar. Si no dejaba de pensar, como estaba haciéndolo, no tardaría en encontrarme corriendo y gritando como ella, esperando que me sucediera lo mismo que le pasó a ella. Yo era la única Audrina viva en el mundo. En realidad, no tenía por qué temer. El rayo nunca cae dos veces en el mismo sitio.

En los linderos de un claro del bosque me encontré con la cabaña. Era pequeña y blanca, de techo rojo. Me agazapé detrás de un nogal al ver salir de la cabaña a un chico, armado de rastrillo y cubeta. Era alto y esbelto. Yo sabía ya quién era. Él había dado a Vera la caja de chocolates el día de San Valentín.

Ella comentó que el chico tenía once años y que en julio cumpliría doce. Dijo que era el muchacho más popular en su clase: estudioso, inteligente, ingenioso y divertido... y tenía cierta debilidad por Vera. Lo último era hasta cierto punto una prueba de que no debía de ser *demasiado* brillante. Pero, según lo que mi tía decía siempre, los hombres no son más que muchachitos crecidos, y el sexo masculino no sabe más que lo que le dicen sus ojos y sus glándulas... es todo.

Observándolo pude ver que era un trabajador tenaz, a juzgar por la diligencia con que limpiaba el jardín, que era una selva de abrojos, brezas, maleza de Virginia y pasto silvestre.

Llevaba puestos unos pantalones de mezclilla azul descolorida que le quedaban muy ajustados, como si él hubiera crecido demasiado aprisa o los pantalones se hubiesen encogido. Su delgada camisa, también vieja, pudo haber sido en un tiempo de color azul eléctrico, pero para ahora había degenerado en un gris blanquecino. De cuando en cuando interrumpía la labor para descansar, mirar alrededor y silbar imitando a algún pájaro. Pero unos segundos después reanudaba el trabajo, arrancando hierbas malas y arrojándolas en su cubeta, que después vaciaba con frecuencia en un enorme basurero. Ese chico no me asustaba, a pesar de que papá y la mecedora me habían enseñado a sentir terror de lo que los muchachos podían hacer.

De repente tiró con fuerza de los raídos guantes de lona que llevaba, los arrojó al suelo y se dio vuelta, mirando directamente hacia el árbol tras el que yo estaba escondida.

—¿No es ya hora de que dejes de estar oculta espiándome? —preguntó, recogiendo su cubeta para ir a vaciarla al basurero—. Sal, acércate y muéstrate amistosa... yo no muerdo.

La lengua se me pegó al paladar, aunque su voz era amable.

—Yo no te haré daño... si eso es lo que temes. Incluso sé que te llamas Audrina Adelle Adare, que eres la chica de la hermosa cabellera larga que cambia de color.



Todos los muchachos de la aldea de Whitefern hablan de las chicas del pueblo y dicen que tú eres la más bella de todas. ¿Por qué no vas a la escuela como las demás? ¿Y por qué no me escribiste una nota, dándome las gracias por la caja de chocolates de San Valentín que te mandé hace muchos meses? Eso fue una muestra de mala educación, tú lo sabes, muy mala educación... Ni siquiera una llamada telefónica.

Me quedé sin aliento. Él me había dado *a mí* los chocolates, no a Vera.

—No sabía que me conocieras, y nadie me entregó los chocolates —protesté con voz débil y ronca.

De hecho, aun en ese momento, no estaba segura de que él hubiera mandado una caja de costosos dulces a una chica desconocida, cuando Vera era bastante bonita y estaba ya convirtiéndose en mujer.

—¡Claro que te conozco! Por eso te mandé esa nota escrita junto con los dulces. Te veo siempre con tus padres. Lo malo es que tú nunca te das vuelta para mirar a nadie. Yo estoy en el salón de clase con tu hermana. Le pregunté por qué no ibas a la escuela y me dijo que estabas loca, pero yo no lo creo. Cuando la gente está loca, se le ve en los ojos. Yo fui a la tienda y busqué el corazón de satén rojo más bonito de todos. Espero que Vera te haya dado siquiera un chocolate... En realidad eran todos para ti.

¿Conocería tan bien a Vera como para sospechar que mentía y que era capaz de comerse todos los dulces?

—Vera me dijo que le habías dado la caja de chocolates a ella.

—¡Ajá! —comentó—. Fue lo que mi mamá dijo cuando le sugerí que tú debías de ser una niña muy ingrata... Y pensar que no probaste ni siquiera uno... Espero que hayas dado cuenta de que yo trataba de decirte que hay un muchacho que cree que tú eres la niña más bonita que él ha conocido...

—Gracias por los chocolates —le agradecí casi en un murmullo.

—Yo entrego el periódico de la mañana y el de la tarde. Es la primera vez que gasto un dinero, ganado con mi trabajo, en hacerle regalos a una niña.

—¿Por qué lo hiciste?

Se volvió con rapidez para mirarme de frente, tratando de captar algún gesto mío. ¡Oh! Sus ojos eran color ámbar. El sol los iluminaba de lleno, casi cegándolo, pero mostrándome a mí lo bonito que eran, en todos sus detalles. En realidad tenían una tonalidad mucho más clara que su cabello.

—Me imagino que lo que pasa a veces, Audrina, es que uno puede ver a una chica y saber luego que le gusta mucho. Y cuando ella nunca se digna mirarlo, uno tiene que hacer algo radical... Y luego... ¡Ni eso da resultado!

Al no saber qué decir, preferí callar. Pero me moví un poco para que pudiera verme la cara, aunque mi cuerpo seguía escondido detrás de los arbustos.

—¡No sé por qué carambas no vas a la escuela!

¿Cómo podía explicarle lo que ni yo misma entendía? A menos que la tía Ellsbeth tuviera razón y el motivo fuera que papá quería conservarme toda para él y

«adiestrarme».

—Como tú no me lo pides, yo voy a presentarme. Me llamo Arden Nelson Lowe.

Con paso cauteloso se acercó un poco a mi escondite, estirando el cuello para verme mejor.

—Tengo también un nombre que empieza con A, si es que eso significa algo... Yo creo que sí.

—¿Qué crees que significa? —le pregunté sintiéndome perpleja—. Y no te acerques más, porque si lo haces echo a correr.

—Si corres, correré detrás de ti y te daré alcance —contestó.

—Yo puedo correr muy aprisa —le advertí.

—Yo también.

—¿Qué harías si me alcanzaras?

Se rió, giró sobre sus talones, haciendo un círculo, y respondió:

—No sé... Creo que simplemente eso me daría la oportunidad de verte de cerca. Luego podría averiguar si esos ojos tuyos son de verdad color violeta o sólo azul oscuro.

—¿Tiene eso alguna importancia?

Yo empezaba a sentirme preocupada. El color de mis ojos era como el de mi cabello: engañoso. Extraños ojos que podían cambiar de color con el humor de la persona, del violeta al oscuro, al púrpura subido. Ojos hechizados los llamaba la tía Ellsbeth, quien siempre me decía entre indirectas que yo era un ser extraño.

—No... No tendría ninguna —repuso.

—Arden... —Se oyó una voz de mujer que lo llamaba—. ¿Con quién estás hablando?

—Con Audrina, mamá... tú sabes, la menor de las dos chicas que viven en ésa casa elegante al otro lado del bosque. Es sumamente bonita, mamá, pero tímida. Nunca había conocido una chica tan tímida. Se mantiene detrás de los arbustos, decidida a pegar la carrera si me acerco. Por cierto que no se parece en nada a su hermana, te lo aseguro. ¿Dirías tú que ésta es la forma apropiada de conocer a un muchacho?

Desde dentro de la cabaña, su mamá rió alegre.

—Podría ser exactamente el modo de interesar a un muchacho como mi hijo, al que le gusta descifrar misterios.

Yo estiré el cuello para alcanzar a ver a una hermosa mujer de cabellera oscura, sentada detrás de la ventana abierta de la cabaña, de suerte que podía verse su cuerpo de la cintura para arriba. A mí me pareció tan encantadora como una estrella de cine, con aquel cabello largo, ensortijado, negro azulino, que le caía sobre los hombros. Tenía ojos oscuros y un cutis tan bello y bien cuidado como la porcelana.

—Audrina —me ofreció—, eres bienvenida aquí siempre que quieras visitarnos —hablaba con un tono amistoso y cálido—. Mi hijo es un chico educado y honorable, que nunca haría nada que pudiera dañarte.

Yo sentí que hasta el aliento me faltaba de tanta alegría. Jamás tuve un amigo en mi vida. Había desobedecido, como la primera Audrina y me atreví a entrar a los bosques, pero... ¡lo único que encontré eran amigos! Tal vez sobre mí no gravaba la maldición que la abrumó a ella. Los bosques no iban a destruirme a mí, como la había destruido a ella...

Empecé a hablar, a avanzar y a mostrarme entera y resuelta en mi empresa de conocer gente extraña en su propio terreno. Pero en el momento en que me disponía a revelarme, de entre las profundidades de los bosques, detrás de mí, surgió una voz que pronunciaba mi nombre repetidas veces, en tono de mando. La voz era distante y débil, pero cada vez se acercaba más.

¡Era papá! ¿Cómo supo dónde encontrarme? ¿Qué estaba haciendo tan temprano en casa, fuera de su oficina? ¿Lo habría llamado Vera para decirle que yo no me encontraba en la casa ni el jardín? Seguramente me castigaría... Yo sabía que me castigaría. Aunque ésa no fuera la parte prohibida, la más peligrosa de los bosques, él no quería que yo me perdiera de vista para aquellas que estaban encargadas de vigilarme de la mañana a la noche.

—Adiós, Arden —me despedí precipitadamente, asomándome por un lado del árbol y agitando la mano hacia él y luego hacia su mamá—. Adiós, señora Lowe. Me da mucho gusto haberlos conocido a los dos, y gracias por querer que sea su amiga. Necesito amigos, así que volveré pronto, se lo prometo.

Arden me dirigió una amplia sonrisa y subrayó:

—Te veré pronto... Así lo espero.

Corrí en la dirección de donde venía la voz de papá, con la esperanza de que no adivinara dónde había estado. Casi choqué con él, que venía avanzando a grandes pasos por el sendero apenas esbozado.

—¿Dónde has estado? —me preguntó en tono autoritario, tomándome del brazo y dándome media vuelta en torno suyo—. ¿De qué vienes huyendo?

Yo me lo quedé viendo a la cara. Como siempre, lucía maravillosamente guapo, limpio, con su traje nuevo de tres piezas, propio del corredor de bolsa y cortado a su medida, a la perfección. Aun en el gesto de soltarme el brazo, se ocupó en quitarse de encima algunas hojas que se le habían pegado a la manga. Revisó los pantalones para cerciorarse de que los abrojos no se los hubieran maltratado. Si lo habían hecho, a mí me trataría peor aún. Pero de hecho, su rápida inspección le demostró que su traje nuevo estaba intacto, y eso le permitió sonreírme lo suficiente para quitarme parte del miedo que me angustiaba.

—He estado llamándote durante diez minutos, Audrina, ¿no te he dicho muchas veces que te mantengas lejos de los bosques?

—Pero, papá, es un día tan hermoso, que quise ver adónde iban corriendo a esconderse los conejos. También quería recoger fresas y frambuesas silvestres y cortar nomeolvides. Pretendía llevarme unos lirios del valle para ponerlos en mi recámara y hacer que oliera bonito.

—No habrás seguido este sendero hasta el final, ¿verdad?

En sus oscuros, muy oscuros ojos, había algo que me advertía que no le dijera nada de mi encuentro con Arden Lowe y su madre.

—No, papá. Recordé lo que te prometí y dejé de seguir al conejo. Papá... los conejos corren tan aprisa...

—Muy bien —ratificó, tomándome con fuerza de la mano y dándome media vuelta, de modo que no podía menos que dejarme arrastrar en pos de sus zancadas, excepcionalmente largas—. Espero que nunca me mientas, Audrina. Los mentirosos no tienen un final feliz.

En tono nervioso tragué saliva con dificultad y le pregunté:

—¿Por qué volviste a casa tan temprano, papá?

Miró hacia atrás, frunciendo el entrecejo.

—Esta mañana, durante el desayuno, tuve un presentimiento respecto a ti. Se te notaba demasiado misteriosa. Llegué a mi oficina y empecé a pensar si no se te ocurriría la idea de ir a visitar a los nuevos vecinos que viven en esa cabaña. Ahora quiero que oigas bien esto, muchachita: nunca debes ir a ese sitio, ¿entendido? Necesitamos el dinero de la renta, pero no son iguales a nosotros en la escala social, así que mantente alejada de ellos.

Era terrible tener un padre que podía adivinarle a una el pensamiento. Pero yo tenía que hacer un nuevo intento por demostrarle mi enorme necesidad de tener amigos.

—Papá... pero yo entendí que decías que mamá podía invitar a la nueva señora vecina a sus horas del té de los martes.

—Sí, pero no después de lo que he averiguado de ellos. Hay muchos dichos en este mundo y la mayoría de ellos merecen nuestra atención. Uno dice: «cada oveja con su pareja», y yo no quiero que mis ovejas se junten con las de calidad inferior. La gente ordinaria te arrebatará ese carácter especial tuyo, convirtiéndote en un simple miembro del rebaño. Yo quiero que tú seas lideresa, alguien que sobresalga por encima de la muchedumbre. La gente es un rebaño, Audrina, una manada de borregos tontos, dispuestos a seguir al que tenga la fuerza de ser diferente. Tú no tienes que preocuparte por tener amigos, ahora que nuestra familia está a punto de crecer. Piensa en lo divertido que será tener un hermanito o hermanita. Haz que ese bebé sea tu mejor amigo.

—¿Así como son amigas mamá y su hermana?

Me observó con una mirada severa y advirtió:

—Audrina, tu madre y su hermana son dignas de lástima. Viven en la misma casa, se sientan a la misma mesa, pero se niegan a recibir lo mejor que cada una puede dar a la otra. Si tan sólo logran superar esa muralla de resentimientos... Pero no lo harán. Cada cual tiene su orgullo. El orgullo realmente es algo maravilloso, pero puede crecer en una medida desproporcionada. Lo que tú ves todos los días es un amor puesto de cabeza y convertido en rivalidad.

Yo no entendía nada. Los adultos seguían siendo para mí como las luces del prisma, que cambian de color constantemente, y me producen confusión.

—Corazón, prométeme que no volverás a entrar a los bosques.

Se lo prometí. Estaba apretándome con demasiada fuerza los dedos para poder cruzarlos, anulando mi promesa. Pero se mostró satisfecho y aflojó la presión. Luego añadió:

—Mira, lo que ahora quiero que hagas es esto: tu madre te necesita más que nunca, porque no se siente bien debido a su embarazo. Así sucede a veces. Trata de ayudarla todo lo que puedas. Y prométeme no desaparecerte sin decirme adónde vas.

Pero él no iba a dejarme ir a ningún lado... jamás... ¿Pensaría acaso que yo podría escaparme de la casa?

—¡Oh, papá! —exclamé, extendiendo mis brazos hacia él—. ¡Yo no te dejaré nunca! Me quedaré contigo y cuidaré de ti cuando envejecas. ¡Te amaré siempre, pase lo que pase!

Sacudió la cabeza, con una mirada triste.

—Eso dices ahora, pero lo olvidarás cuando te encuentres con un joven a quien creas amar. Me echarás al olvido para pensar sólo en él. Así es la vida... Los viejos tienen que ceder el paso a los jóvenes.

—No, papá. Tú podrás estar conmigo aunque me case... Y no creo que lo haré.

—Espero que no. Los maridos tienen la costumbre de no querer a los padres en torno suyo. Nadie quiere viejos alrededor, que les estorben en la vida y les causen mayores gastos. Por eso necesito ganar más y más dinero para ahorrar para mi vejez y la de tu madre.

Levanté la cara para mirar la suya y tuve la sensación de que la vejez no le afectaría en nada. Era demasiado fuerte. Demasiado vigoroso para que la edad le encaneciera el cabello, le marcara la cara con arrugas y le aflojara los músculos de las mejillas.

—¿También las ancianas son indeseables? —le pregunté.

—No las que son como tu madre —contestó con una sonrisa amarga—. Siempre habrá alguien que quiera a tu madre. Y si ningún hombre la quiere, ella se volverá a ti... Así que no dejes de estar presente cuando ella te necesite, si llega a necesitarte... Tampoco me faltes a mí, si llego a necesitarte.

Me estremecí de pronto. No me gustaba esa conversación de adultos, demasiada seria, sobre todo cuando acababa de conocer al primer chico que podría gustarme. Nos acercábamos ya al límite de los bosques, donde los árboles empiezan a escasear y comienza el prado. Papá no dejaba de hablar.

—Cariño, hay en casa una anciana a la que no conoces. Tú madre y yo tenemos tantas ganas de un hijo varón, que pensamos que no podríamos esperar hasta que naciera para saber de qué sexo es. A mí me han dicho que esta señora, llamada Allismore, tiene un don especial para predecir el sexo de una criatura antes que nazca.

Al acercarnos a la casa me detuve a contemplar nuestra gran mansión, que a mí se me antojaba un pastel de boda rancio y consumido por el tiempo. La cúpula era el lugar donde debían haber estado el novio y la novia, pero no estaban. Vi las delgadas y angostas ventanas como ojos rasgados y siniestros que miraban hacia afuera. Una vez adentro me pareció que miraban hacia el interior, observando a cada persona, sobre todo a mí.

Papá me tomó de la mano, animándome a entrar. Un pequeño automóvil negro, extraño, estaba estacionado en la larga y curvilínea entrada, que ya necesitaba nuevo pavimento. Hierbas malas brotaban de las muchas hendiduras que yo evitaba pisar para no ir a romper la espina dorsal de mi madre. Traté de librarme de la mano de papá, para no estar presente en algo que podría ser temible, pero él me obligó a entrar por la puerta principal, cerrándome el paso a mi escondrijo de la cúpula. Tan pronto como las puertas se cerraron detrás de nosotros, me sentí aliviada. Con mucha destreza, evité pisar donde el sol formaba los dibujos de arco iris, al atravesar los emplomados de las ventanas de la puerta.

En el mejor de los salones del frente estaban reunidas mi madre, la tía Ellsbeth, Vera y una anciana muy anciana. Mamá estaba tendida sobre el sofá de terciopelo color púrpura. La anciana se inclinaba solícita sobre ella. En el momento en que nos vio entrar, le quitó a mi madre, del dedo anular, la argolla matrimonial, para sujetarla en la punta de un cordón. Vera se acercó más, mirando con mucho interés lo que sucedía. Con mucha, mucha lentitud, la anciana hizo oscilar el anillo que colgaba del cordel, sobre el vientre de mi madre.

—Si el anillo oscila verticalmente, será hijo varón —musitó la anciana—. Si forma un círculo, será niña.

Al principio, el anillo se movía sin rumbo fijo, con una indecisión terrible. Luego hizo una pausa en su movimiento y cambió de curso. Papá empezó a sonreír. Su sonrisa no tardó en desvanecerse cuando el anillo trató de formar un círculo. Papá se inclinó hacia el frente, su respiración era anhelante. La tía Ellsbeth se mantenía sentada, erguida, pero sus oscuros ojos reflejaban la misma expectación que los de papá. Vera se acercó más. Sus ojos de ébano estaban abiertos a más no poder. Mamá levantó la cabeza, incorporándola un poco para poder ver qué sucedía y por qué no se llegaba a una decisión. Yo pasé saliva, con mucho trabajo, a través del nudo que sentía en la garganta.

—¿Qué pasa? —preguntó mi mamá con preocupación.

—Tiene que mantenerse serena —graznó la señora Allismore.

Su rostro, casi de bruja, se retorció, adquiriendo el aspecto de una minúscula ciruela aplastada. Su boca diminuta se encogió, convirtiéndose en un ojal mal respuntado. Parecía que estaban transcurriendo horas enteras en vez de segundos, a medida que aquel anillo que colgaba del hilo insistía en cambiar de dirección, sin llevamos a nada claro.

—¿Por ventura ha mencionado el doctor la posibilidad de gemelos? —preguntó la

vieja hechicera, con un gesto de perplejidad.

—No —susurró apenas mamá, más alarmada que nunca—. La última vez que lo vi dijo que no percibía más que una palpitación cardiaca.

Papá le tomó la mano entre las suyas y se la llevó a la mejilla, frotándosela en la barbilla recién afeitada. Yo pude notar el sonido peculiar de aquel contacto. Luego él se inclinó más, para darle un beso en la mejilla.

—Lucky, no te preocupes. Esto no son más que disparates. Dios nos mandará el hijo que conviene. No tenemos por qué preocuparnos.

Sin embargo, mamá insistió en que la señora Allismore tratara de seguir averiguando un poco más. Pasaron cinco minutos atormentadores, y al fin la anciana, con gesto sombrío, desató el anillo y se lo devolvió a mamá.

—Señora, lamento decirle esto, pero lo que usted está engendrando no es ni hembra ni varón.

Mamá dejó escapar un leve gemido aterrador.

En mi vida había yo visto a papá presa de una rabia semejante.

—¡Largúese de aquí! —aulló—. ¡Mire a mi esposa, la ha dejado medio muerta de miedo!

Después de ese desahogo, empujó a la anciana hacia la puerta, y con gran asombro de mi parte le puso en la mano un billete de veinte dólares. ¿Por qué le pagaba tanto dinero?

—Son cincuenta dólares, señor —protestó ella.

—Por una información como ésa, son veinte o nada —le gritó papá, empujándola hacia afuera y cerrando la puerta a sus espaldas.

Cuando yo volví a entrar al salón. Vera había cambiado de posición, yéndose a un rincón poco visible, desde donde podía contemplar a papá con malos ojos. Tenía en las manos un pedazo grande de pastel de chocolate que había quedado para que yo lo tomara como postre, después de la cena... ella había comido ya más del doble la noche anterior.

Notando que yo la observaba, sonrió con malicia y se lamió el chocolate que tenía embarrado en los dedos.

—Se acabó todo, dulce Audrina. No quedó nada para ti, porque discurriste escaparte. ¿Adónde fuiste, dulce Audrina?

—¡Calla la boca! —le gritó papá, mientras se arrodillaba al lado del sofá donde yacía mamá, que no dejaba de llorar.

Trató de consolarla, diciéndole que por principio de cuentas había sido una idea absurda. Mamá le echó los brazos al cuello y lloró a lágrima viva.

—¿Qué crees que quiso decir, Damian? ¡Todos me aseguran que sus predicciones siempre resultan verdaderas!

—Esta vez no será así.

Vera hizo una bola con el papel encerado en que tenía el pastel, y se la echó a la bolsa.

—Yo pienso que la señora Allismore tiene razón en un cien por ciento —dijo Vera—. Otro engendro está a punto de aparecer en esta mansión Whitefern. Lo percibo ya en el ambiente.

Dicho eso, se encaminó hacia la chimenea... pero no con la rapidez suficiente. En un instante, papá estaba de pie y luego sentado, con Vera empinada sobre su rodilla. Un movimiento violento de papá bastó para levantarle la falda y empezar a golpearla con tal fuerza, que yo pude ver, a través de la pantaleta de nailon transparente, cómo iban enrojeciéndosele las nalgas. Vera gritaba y forcejeaba, tratando de escabullirse y librarse de su mano férrea, pero era imposible que compitiera con la fuerza de él.

—¡Basta, Damian! —le gritaron al mismo tiempo mi madre y mi tía.

—Es suficiente, Damian —completó mi mamá, levantando un codo, en un gesto que reveló lo débil que estaba.

En forma despiadada, papá se quitó de encima a Vera, haciéndola caer al piso. Ella empezó a arrastrarse, alejándose de él y tratando de bajarse la falda para cubrirse los glúteos.

—¿Cómo puedes hacerle eso, Damian? —protestó mi tía—. Vera es ya una joven, demasiado mayor para darle nalgadas. Si no te perdona esto nunca, yo lo entenderé muy bien.

Después de todo aquello, nos sentamos a la mesa a cenar. Todos estaban tan enojados, que sólo Vera y mi tía lograron dejar limpios los platos. Esa misma noche, horas después, oí a mamá que gemía en brazos de papá, todavía preocupada por su bebé, aún no nacido.

—Algo anda mal en el caso de este bebé, Damian. A veces se mueve constantemente y no me deja dormir, y otras veces no se mueve para nada.

—Sssh... —Trató de tranquilizarla él—. Todos los bebés son diferentes. Tú y yo somos gente sana. Tendremos otro bebé sano. Esa mujer no tiene más poderes adivinatorios que yo.



Lo que podía haber sido un verano maravilloso se echó a perder, porque Vera insistía en ir detrás de mi a todas partes. Una y otra vez traté de escurrirme, escapando a los bosques sin que lo supiera, pero parecía leerme el pensamiento y, como si hubiese sido una india, de repente iba ya a la zaga de mi huella. Aunque la madre de Arden insistía en que la llamáramos Billie, era una cosa que sonaba extraña. En vista de su insistencia, me animé a hacerlo. Ella era la única persona adulta dispuesta a compartir conmigo sus conocimientos en un lenguaje que yo podía entender. Lo que me daba más gusto era poder escaparme hasta su casa, sin la compañía de Vera, que tenía el mal hábito de dominar todas las conversaciones. Cada



vez que los visitábamos, las dos volvíamos preguntándonos por qué Billie no nos invitaba a entrar en la cabaña. Yo era demasiado cortés para decir nada al respecto, y Vera pretendía tener muy buenos modales, así que tampoco lo mencionaba.

Un día oí a Arden decir a su madre que Vera tenía doce años. Me quedé viéndolo, con una sensación muy extraña. Sabía más que yo acerca de Vera.

—¿Te lo dijo ella? —le pregunté.

—¡Por favor! ¡Claro que no! Vera tiene ideas sumamente raras por lo que se refiere a decir su edad. Pero en el registro de la escuela está inscrita con su edad y yo me enteré de que era doce años —me miró con una sonrisa tímida y añadió—: ¿Quieres decirme que tú no sabes la edad exacta de tu propia hermana?

Me apresuré a disimular el equívoco.

—Claro que la sé. Ella dice que la gente tiene memorias muy tenaces y que por eso va a difundir tantas mentiras que al final nadie sepa, dentro de unos años, qué edad tenía este año.

No obstante Vera, me divertí mucho ese verano. Tuve la impresión de que Billie me prodigaba a mí tres veces más afecto que a Vera y, aunque parezca vergonzoso, se mostraba más interesada en mi bienestar que mi propia madre. Sin embargo, mamá no se sentía bien y yo podía perdonárselo. Profundas ojeras le ensombrecían los ojos. Caminaba haciéndose presión en la espalda con una mano. Dejó de tocar el piano y hasta de leer sus novelas románticas. Todos los días se quedaba dormida en el sofá color púrpura, con el libro abierto sobre sus inflamados senos. Yo la amaba tanto que me quedaba delante de ella, viéndola dormir, temerosa de lo que pudiera pasarle, a ella o a aquel bebé que no era ni niño ni niña. Vera me decía a cada rato que iba a ser un bebé «neutro», sin sexo alguno, como una muñeca.

—¡Sin nada entre las piernas! —comentaba riéndose—. Eso sucede a veces, ¿sabes? Es un hecho. Es una de las cosas grotescas que la naturaleza puede hacer. Los libros de medicina hablan de eso.

Los cólicos mensuales que mantenían a Vera en cama me daban las mejores oportunidades de ir a visitar a Arden y a Billie. Él y yo hacíamos días de campo bajo los árboles, comiendo sobre manteles ahulados de cuadros rojos y blancos. Nunca sentí miedo de él. La primera vez que se atrevió a tocarme fue para ver cómo se sentía mi cabello. No me molestó.

—¿Qué día es tu cumpleaños? —me preguntó en una ocasión en que yo estaba tendida boca arriba, contemplando el cielo a través del follaje, queriendo ver las nubes y convertirlas en barcos de vela.

—El nueve de septiembre —le contesté con tristeza—. Tuve una hermana mayor que murió exactamente nueve años antes que naciera yo. También se llamaba Audrina.

Hasta el momento en que dije eso, Arden había estado ocupado tratando de quitar a una rueda, a golpes de martillo, una abolladura. Tenía intenciones de usarla para algo. Dejó de martillar y me miró con un gesto extraño.

—¿Dijiste una hermana mayor? ¿Con tu mismo nombre?

—Sí. La encontraron muerta en el bosque, bajo un árbol dorado de temporal. Por eso se supone que yo nunca debería venir aquí.

—Pero tú *estás* aquí... ¿Cómo te atreves a venir?

Sonreí con naturalidad y repuse:

—Me atrevo a cualquier cosa, con tal de visitar a Billie.

—¿Visitar a mi mamá? Bueno, eso es muy cortés de tu parte, pero... ¿y yo?

Entonces me di vuelta, acostándome de lado para que no pudiera verme la cara, y respondí:

—¡Oh, bueno! Supongo que a ti puedo tolerarte.

Me di vuelta para mirarlo. Estaba ahí, sentado, con las piernas cruzadas, con sus pantalones cortos y el pecho desnudo, que le brillaba cuando el sol lo iluminaba.

—En fin —suspiró, recogiendo el martillo y reanudando la tarea de enderezar la pequeña rueda—, tal vez eso me revela que te queda mucho por hacer para crecer... O bien, que te pareces muchísimo a tu hermana... después de todo.

—No es mi hermana, Arden. Es mi prima. Mis padres fingen que es hija suya para evitarle la vergüenza a mi tía. Mi tía se fue de casa y volvió casi dos años después, con Vera que tenía entonces un año. Mi tía estaba segura de que el papá de Vera al contemplarla se enamoraría de aquella bebé, pero no fue así. Mientras mi tía anduvo lejos, él se casó con otra mujer.

Arden no dijo una palabra. Se limitó a sonreír para darme a entender que no le importaba saber quién era Vera.

Arden amaba a su madre más de lo que pensé que los muchachos podrían hacerlo. Cuando ella lo llamaba, él saltaba y volaba a la casa. Le tendía la ropa recién lavada y la recogía una vez seca. Sacaba los botes de basura, que era algo que papá no haría jamás. Arden tenía principios sólidos sobre honradez, lealtad, ayudar a quien tuviera necesidad, y sobre la dedicación al deber. Tenía una cosa más de la que él no hablaba, pero que yo noté de todos modos. Era una visión estética que parecía hacer que apreciara la belleza más de lo que la mayoría de la gente lo hace. Se detenía en medio de los bosques y trabajaba horas enteras para desenterrar un pedazo de cuarzo que parecía un enorme diamante rosado.

—Voy a usarlo para mandar hacer un pendiente para la chica con la que un día me casaré. Pero no sé qué forma deba tener. ¿Qué piensas tú, Audrina?

Yo sentí envidia de esa chica que se casaría con él, en el momento en que tomaba el cuarzo y le daba vuelta en mi mano. Tenía muchas circunvoluciones extrañas, pero en el centro los colores eran tan brillantes y tan claros que parecían una rosa.

—¿Por qué no una rosa? Una rosa recién abierta, no un botón.

—Eso será —confirmó él—, una rosa en floración —y se guardó el cuarzo en el bolsillo—. Algún día, cuando sea rico, daré a la chica que ame todo lo que ella haya soñado tener, y haré lo mismo con mi mamá —un momentáneo gesto sombrío le cubrió el rostro—. Lo malo es que el dinero no puede comprar lo que mi mamá más

desea.

—¿Qué cosa es...? Si no es mucho preguntar...

—Es mucho preguntar... Es algo personal, muy personal.

Se quedó callado... No importaba. Podíamos pasar horas enteras sin hablar, y todavía sentirnos a gusto recíprocamente el uno con el otro. Yo seguía acostada en el pasto, viéndolo arreglar su bicicleta y mirando a su madre, a través de la ventana, preparar la harina para un pastel. Pensé que ésa era la manera de vivir de las verdaderas familias, sin darse de gritos, sin disputar ni pelear a todas horas. Las sombras en casa ponen sombras en la mente. Aquí afuera, bajo el firmamento y los árboles, las sombras son sólo temporales. En cambio, Whitefern estaba sombreado en forma permanente... ¡y muy denso, por cierto!

—Audrina —consultó Arden de pronto, mientras seguía maniobrando con los rayos de la rueda de su bicicleta—, ¿qué piensas realmente de mí?

Me simpatizaba mucho más de lo que estaba dispuesta a reconocer, pero por ningún concepto iba a decírselo. ¿Por qué un chico de doce años habría de perder el tiempo con una niña de siete? Sin lugar a dudas, Vera tenía que resultarle mucho más atractiva. Pero tampoco quería hacerle semejante pregunta.

—Tú eres mi primer amigo, Arden, y creo que lo que siento es mucha gratitud porque te tomaste la molestia de ocuparte siquiera de mí.

Sus ojos tuvieron un encuentro fugaz con los míos y vi que algo parecido a lágrimas brillaba dentro de ellos... ¿por qué habría de llorar después de haberle dicho yo eso?

—Un día tendré que decirte algo, y después que lo haga vas a dejar de quererme.

—No me lo digas si va a producirme ese efecto, porque no quiero dejar de quererte, Arden.

Se dio vuelta, dejando de mirarme. ¿Qué tendría que decirme que me disgustaría de él? ¿Tenía él también un secreto como todo el mundo?

Una mañana temprano corrí a encontrarme con Arden para que me enseñara a pescar y a poner en el anzuelo camada viva. Vera venía detrás, a pesar de que yo había tratado de escabullirme sin que me viera. No me gustaba ensartar los gusanos vivos en el anzuelo, así que Arden no tardó en sacar su colección de cebo artificial, para enseñarme a arrojar el anzuelo desde la orilla. Estaba de pie sobre un promontorio de la ribera más alto que los demás, para mostrar la técnica correcta. Sentada junto a mí, Vera se inclinó para susurrarme al oído algo sobre Arden con su traje de baño rojo, en medio de risitas maliciosas y señalando con el dedo en la dirección de su cuerpo de donde nacen todos los bebés.

—No te creo una sola palabra —respondí en un murmullo, sonrojándome y entendiendo muy bien que lo que decía era verdad. ¿Por qué hacía parecer tan vulgar y grosero todo lo relacionado con muchachos? Con todo y lo que Vera me resultaba antipática, tenía que reconocer que siempre sabía encontrar un modo de desenterrar hechos de los que nadie quiere hablar. Me imaginé que su interés en los libros de

medicina estaba enseñándole sobre la vida más de lo que yo lograría averiguar por mi cuenta.

—Te apuesto a que tú y Arden han jugado ya a las exhibiciones...

Dando rienda suelta a la risa, me explicó lo que quería decir. Le di una bofetada por haber pensado siquiera que hubiéramos hecho eso.

—¡A veces de veras te odio, Vera!

—¡Oigan, ustedes dos! —llamó Arden, haciendo un esfuerzo para sujetar su presa—. ¡Éste es un pez grande! Es un robalo y de tamaño suficiente para todos nosotros. Vamos a llevárselo a mi mamá para que nos lo prepare para la comida.

—¡Oh, Arden! —exclamó Vera, entrelazando los dedos de las manos bajo la barbilla y abriendo los grandes ojos oscuros en un gesto de admiración—. ¡Creo que ése es el pez abuelo que todos los pescadores expertos de por aquí han estado tratando de atrapar durante años, y tú tuviste que pescarlo! ¡Qué gran pescador eres!

Por lo general, Vera solía causar fastidio a Arden, pero esta vez él sonrió con satisfacción, halagado por la alabanza:

—Bueno, Vera, simplemente él quiso morder mi anzuelo...

Sentí que lo detestaba por haber sucumbido a la estúpida adulación de Vera y no haber sabido reconocer que ella diría cualquier cosa para lograr que él prestara más atención a ella que a mí. De un salto me puse de pie y corrí adonde había dejado mi vestido. Me proponía quitarme el traje de baño y vestirme detrás de un matorral que me ocultaba a las miradas, pero me encontré con que mi ropa había desaparecido... ¡incluidas mis sandalias! El traje de baño estaba ya en el piso, mojado y enlodado, y yo buscaba a mi alrededor, pensando que el aire se había llevado mi ropa.

—¡Vera! ¿Me escondiste el vestido?

En ese instante, mientras miraba en otra dirección, alcancé a ver que una mano ágil arrebatava mi traje de baño de donde acababa de dejarlo. Reconocí el anillo en la mano de Vera y, estaba a punto de correr tras ella, cuando me di cuenta de que Arden estaba a la vista, y yo no tenía absolutamente nada encima.

—¡Arden! —le grité—. Detén a Vera... Se ha llevado toda mi ropa... ¡incluso mi traje de baño!

Casi llorando miré a mi alrededor, buscando algo que cubriera mi desnudez.

Oí que Arden hacía ruido entre los arbustos cercanos, llamando a Vera, y luego se acercaba adonde estaba yo, haciendo mucho ruido.

—Audrina, no puedo encontrar a Vera. No puede correr muy aprisa, así que debe estar escondida por aquí. Puedes ponerte mi camisa. Es bastante larga para cubrirte hasta que llegues a casa.

Me atreví a asomarme y pude ver que se dirigía al sitio donde había dejado su ropa.

—¡Oye! —gritó—. ¡También mi ropa ha desaparecido! Pero no te preocupes, Audrina. Quédate donde estás, yo iré corriendo a casa a decirle a mamá que te preste ropa suya para que puedas irte a tu casa.

En ese momento, mi padre llegó corriendo, abriéndose paso entre los arbustos, mientras daba de gritos a Arden:

—¿Dónde está mi hija?

Miró con ojos agresivos a su alrededor y luego volvió a clavar la mirada amenazadora sobre Arden:

—¡A ver, jovencito! ¿Dónde está Audrina? ¿Qué le has hecho?

Bajo el efecto de la repentina impresión, Arden se quedó sin habla y se limitó a sacudir la cabeza. Pero al ver avanzar a mi padre, con aquellas enormes manos empuñadas, logró articular la voz y repuso:

—Señor, estaba aquí hace un instante. Debe de haber regresado a su casa.

—¡No! —rugió papá, frunciendo el ceño en un gesto iracundo—. Si eso fuera cierto, me habría tropezado con ella al venir hacia acá. Si no está en casa ni aquí, ¿dónde más puede estar? Yo sé que te visita a ti y a tu madre con frecuencia. Vera me lo ha dicho. Así que..., ¿dónde demonios está Audrina?

En la voz de Arden había un marcado dejo de pánico.

—La verdad es que no lo sé, señor —se inclinó para recoger su pescado y explicar—: Yo estaba enseñándole a pescar. A ella no le gusta herir a los gusanos, así que le estaba mostrando cómo hacerlo con moscas. Audrina pescó dos de estos grandes y Vera uno. Éste es el que pesqué yo.

Papá estaba dándome la espalda. Si tenía el valor suficiente, tal vez podría escapar sin que él me viera en absoluto. Agazapándome, empecé a escurrirme a escondidas, pero de pronto me sentí empujada por atrás. Pegué un grito al caer de bruces sobre un arbusto espinoso.

Papá pronunció mi nombre con un grito imperioso y avanzó decidido en dirección a mí, abriéndose paso entre los matorrales. Excuso decir el grito que dio al verme desnuda, y los que siguió dando enfurecido mientras se quitaba la chaqueta *sport* para ponérmela sobre los hombros. Dándose vuelta sobre los talones, regresó adonde Arden estaba, lo tomó con violencia por los hombros y empezó a sacudirlo brutalmente.

—¡Déjalo, papá! —grité yo—. ¡Arden no ha hecho nada malo! Estábamos pescando en traje de baño para no maltratar nuestra ropa. Fue Vera la que se llevó mi vestido y, cuando me quité el traje de baño me lo arrebató también y echó a correr.

—¿Te quitaste el traje de baño? —rugió papá, con una cara tan roja que parecía a punto de explotar.

—¡Papá! —le grité al verlo hacer otro gesto amenazador—. Arden no ha hecho nada indebido. Es el único amigo que he tenido en mi vida y ahora tú lo castigas porque me trata bien —corrí a ponerme en medio de los dos.

Papá me fulminó con la mirada y trató de hacerme a un lado de un empujón, pero me aferré a su brazo, haciéndole perder fuerza.

—Yo estaba cambiándome la ropa detrás de los arbustos. Arden seguía aún pescando. Entonces, Vera me robó los vestidos y hasta el traje de baño. Arden me

ofreció su camisa para cubrirme, pero Vera se había llevado también la ropa de él. Precisamente en el momento en que tú llegaste, Arden iba camino a su casa para pedir prestada ropa a su mamá para mí... ¡Y ahora tú quieres castigarlo por lo que ha sido culpa de Vera!

Detrás de mí, Arden empezó a recobrarse y advirtió:

—Si usted tiene tanta necesidad de castigar a alguien, castigue a Vera. Audrina nunca ha hecho nada de lo que usted tenga que avergonzarse. Vera es la que hace todos los juegos sucios. Y si me pregunta a mí, estoy seguro de que ella fue la que le dijo lo que habíamos planeado hacer hoy, para que usted pensara lo peor de nosotros.

—Y... ¿qué cosa es lo peor? —preguntó papá en tono sarcástico, sujetándome a su lado y obligándome a sujetar a duras penas la chaqueta que por poco se me cae por completo.

En ese momento, yo hice un gesto desesperado para aferrarla, empeñándome en ocultar unos senos que no existían.

La furia de papá empezaba a calmarse, pero sólo un poco. Comenzó a aflojar el puño, pero su mano todavía me aseguraba con fuerza el hombro.

—Jovencito, te admiro por tratar de defender a mi hija, pero ella ha hecho mal simplemente viniendo aquí. Vera no me dijo nada. A esa maldita no la he visto desde la cena de anoche. Lo único que tuve que hacer fue observar esta mañana los ojos de mi Audrina. Le brillaban tanto durante el desayuno, que me infundieron sospechas.

En su sonrisa había encanto y perversidad al mismo tiempo. Pude apreciarlo cuando se volvió a mirarme de frente para decirme:

—Así que... ya lo ves, amor mío, para mí no puedes tener secretos. Puedo adivinar lo que está sucediendo, aun sin la ayuda de una chismosa como Vera... Y si alguien debe saber que no ha de tener citas secretas con un chico en los bosques, eres tú.

Esbozó apenas una sonrisa, puso la mano abierta sobre el pecho de Arden, empujándolo hacia atrás, y le amenazó:

—En cuanto a ti, jovencito, si quieres conservar intacta esa bella nariz que tienes, ¡deja en paz a mi hija!

Arden se tambaleó con el empujón, pero sin perder el equilibrio.

—Adiós, Arden —le dije yo, tirando de la mano de papá, para alejarlo de ahí e impedirle volver a empujar al muchacho.

Papá escogió los senderos más obstruidos y difíciles para volver a casa, como si hubiera querido que todo lo que encontráramos me arañara la cara, las piernas y los pies. No tardó en soltarme la mano, para protegerse él la cara de los latigazos de las ramas más bajas.

A mí estaba costándome bastante trabajo conservar su chaqueta encima. El cuello era tan amplio que se me caía de los hombros. Cuando conseguía ponerlo encima de uno, empezaba a resbalarse por el otro. Las mangas se arrastraban por el suelo, y varias veces tropecé y caí. Después de la tercera experiencia de este género, él se

detuvo a esperarme impaciente y luego tomó las mangas y me las anudó al cuello, como una gran bufanda.

En mi impotencia, me limité a mirarlo, preguntándome cómo podía ser tan cruel conmigo.

—¿Ahora estás sintiendo lástima de ti misma, cariño? ¿Lamentas tus actos precipitados... como el decidir poner en peligro la predilección de papá, para ir a ver a un chico que al final no haría más que arruinarte? Él no es más que un montón de basura, indigno de ti.

—No es basura, papá —protesté con voz plañidera, empezando ya a sentir comezón y ardor; llevaba los pies llenos de cortaduras, y las piernas, de rasguños—. Tú no conoces a Arden.

—¡Tampoco tú lo conoces! —me gritó—. Ahora voy a mostrarte algo.

Me tomó de nuevo de la mano y me condujo en otra dirección. Me llevó casi a rastras durante un trecho, hasta que dejé de oponer resistencia. Al final se detuvo de pronto.

—¿Ves ese árbol? —me preguntó, señalando uno precioso, de exuberante follaje dorado, que se estremecía al soplo de la suave brisa de verano—. Es un árbol dorado de temporal.

Bajo él había un montículo cubierto de trébol silvestre, sobre el que revoloteaban las abejas en busca de néctar.

—Ahí fue donde encontramos a tu hermana mayor, tendida sobre la tierra, convertida en un cadáver helado. La única diferencia fue que ese día de septiembre estaba lloviendo, lloviendo a cántaros. El firmamento estaba oscurecido por nubes de tormenta y los relámpagos no dejaban de brillar. Por eso, al principio pensamos que un rayo hubiera podido matarla... Pero había pruebas suficientes para demostrar que no fue la mano de Dios.

El corazón me palpitaba como un animal salvaje y frenético dentro del pecho, golpeando con fuerza las costillas, diciéndome a gritos que quería alejarse de ese lugar.

—Ahora vas a escucharme, y con mucho cuidado. Aprende de los errores de los demás, Audrina. Aprende antes que sea demasiado tarde para salvarte. Yo no quiero encontrarte también muerta en ese mismo lugar.

Los bosques estaban abrumándome, ahogándome. Los árboles me deseaban, me deseaban muerta, porque era otra Audrina que ellos querían reclamar como propia.

Sin haber dado por terminada su lección, papá siguió arrastrándome por entre el bosque, sin misericordia. Para esa hora yo iba ya llorando, completamente derrotada, sabedora de que él tenía razón. Yo no debía desobedecer... ¡nunca! Nunca debía echar al olvido a la otra Audrina.

Papá iba guiándome hacia los terrenos familiares. Yo detestaba este lugar. Traté de sentarme y oponer resistencia, pero él me levantó, sujetándome por la cintura. Sosteniéndome erguida de la cintura, delante de él, como muñeca de madera, me

detuvo frente a la delgada lápida que parecía simbólica de una chica joven, y volvió a decirlo, como lo había dicho ya cien o más veces, y siempre de la misma manera, con palabras que me helaban la sangre y me dejaban sintiéndome invertebrada:

—Hela ahí, ahí yace mi primera Audrina, esa maravillosa y especial Audrina que solía levantar la vista para mirarme como se mira a Dios. Ella confiaba en mí, me creía, tenía fe en mí. Jamás en la vida he tenido a nadie que me brindara esa clase de amor indiscutible. Pero Dios quiso quitármela y reemplazarla contigo. En todo esto debe haber algún significado. Te toca a ti darle sentido a la muerte de ella. Yo no puedo soportar la vida sabiendo que ella murió en vano, Audrina. Tienes que apoderarte de todos los dones de tu hermana difunta; de lo contrario, estoy seguro de que Dios se indignará, como lo estoy yo ahora. Tú no me amas lo suficiente para creer que estoy haciendo lo mejor que puedo para protegerte, exactamente de la misma desgracia que le acaeció a ella. Sin duda alguna, tú debes haber aprendido ya de la silla mecedora lo relacionado con los muchachos del bosque, el día en que ella murió...

Mirando su hermoso rostro, que no tardó en verse surcado por las lágrimas, yo me retorcí en sus brazos para poder ponerle los míos alrededor del cuello y esconder la cara en uno de sus hombros. Entonces le afirmé:

—Haré todo lo que tú quieras, papá, con tal que me dejes visitar a Arden y a Billie una que otra vez. Me sentaré en la mecedora y me esforzaré por llenarme de sus dones. Te juro que colaboraré mejor que nunca...

Sus fuertes brazos me envolvieron. Sentí sus labios en mi cabellera. Luego sacó el pañuelo para limpiarme la cara sucia antes de besarme, y acató:

—Trato hecho. Podrás visitar a ese chico y a su madre una vez por semana, con tal que vayas acompañada de Vera y pidas al muchacho que te acompañe a través del bosque, y a condición de que nunca lo hagas cuando ya esté oscuro o en un día lluvioso.

No me atreví a pedir más.



## COMPETENCIA

**E**l cementerio y la mecedora me habían enseñado sus lecciones. De ahí en adelante yo sería la clase de niña que papá necesitaba tener para adquirir riqueza y vivir con felicidad. Sabía que él estaba convencido de que sus planes eran los mejores, y yo no era capaz de juzgar por mí misma lo bueno y lo malo de la mayoría de las situaciones. Además, quería que papá me amara más que a esa odiosa primera Audrina, que habría deseado que no hubiese nacido nunca, así como estoy segura de que Vera querría que yo no hubiera nacido tampoco.

—Nunca serás tan maravillosa como tu hermana difunta —aseveró Vera con tal firmeza, que parecía que realmente la había conocido.

Estaba tratando de planchar la camisa de papá, para demostrarle que podía hacerlo, pero lo que en realidad estaba logrando era arruinarla. La plancha no dejaba de quedarse pegada a la tela, marcándola con señales quemadas de la forma característica. Podían notarse hasta los pequeños agujeros por donde pasaba el vapor.

—La primera Audrina podía planchar camisas como una experta —aseguró mientras hacía presión en la plancha—. Además, tenía siempre el cabello muy bien arreglado; el tuyo, en cambio, es un manojo de pelos revueltos por el viento.

La cabellera de ella tampoco era nada de admirar, a juzgar por el modo como los mechones le colgaban sobre la cara. El sol, al entrar por las ventanas e iluminarle el pelo color albaricoque, lo hacía lucir dorado en las puntas y rojo cerca del cuero cabelludo. Era un cabello de sol, un cabello de fuego.

—No acabo de entender cómo a una tonta como tú pudieron ponerle el nombre de una chica tan brillante. Tú no eres capaz de hacer nada a derechas —no parecía estar dispuesta a dejar de hablar—. ¡Hasta qué grado de torpeza pueden llegar los padres! Todo porque casualmente sacaste el color de su pelo... ¡Cómo si eso significara que también tienes su cerebro y su personalidad! Además, ni siquiera te le pareces en belleza... Y eres temperamental, sombría y de trato difícil.

Por fin decidió bajar el grado de calor de la plancha, pero era ya demasiado tarde. Se golpeó con preocupación la frente, como tratando de encontrar una solución al problema de las manchas de tela quemada de la camisa. Al fin, consultó:

—Mamá, si quemo la camisa de papá, ¿qué debo hacer?

—Echar a correr a los bosques —contestó mi tía, que estaba prendida a la pantalla del televisor, viendo una vieja película.

—¡Tú, tonta! —me ordenó—. Ve a preguntar a tu madre qué puede hacerse para quitar las manchas de tela quemada de la camisa de papá.

—Soy demasiado tonta para saber de qué hablas —contesté, mientras agitaba mi cereal y pensaba que con toda seguridad esa noche papá querría que me sentara en la famosa mecedora.

En efecto, recientemente me había hecho sentarme ahí dos o tres veces por semana, con la esperanza de que los dones acabaran por reposar en mí.

—¡Pobre de la segunda Audrina! —siguió diciendo Vera—. Eres demasiado idiota, aún para ir a la escuela. Nadie en esta casa quiere que el mundo sepa lo torpe que eres, con esa memoria senil que tienes.

Sacó del armario una enorme botella de blanqueador, puso un poco en una esponja y frotó con ella la camisa nueva, color de rosa, de papá. El contorno de la plancha formaba una mancha de quemadura muy desagradable a la vista, en un lugar donde la chaqueta no podría ocultarla.

Me acerqué a ver qué estaba haciendo. El blanqueador parecía surtir efecto.

Papá entró a la cocina, desnudo de la cintura para arriba, recién afeitado, con el pelo muy bien peinado y listo para salir. Se detuvo cerca de la mesa de planchar para contemplar a Vera, que lucía sumamente bonita ahora que empezaba a tener formas de mujer y a guardar muy bien la línea cerca de la cintura. Luego, papá se puso a mirarla a ella y después a mí, varias veces, ¿estaba comparándome con Vera? ¿Qué vio que le produjo indecisión?

—¿Qué demonios estás haciendo con mi camisa, Audrina? —preguntó al dirigir la primera mirada a la mesa de planchar.

—Estaba planchándotela, papá —explicó Vera, aludiendo a mí y acercándose a él. ¡Y la muy boba se distrajo a tal grado por estar molestándome, que dejó la plancha caliente sobre la camisa nueva!

—¡Oh, Dios mío! —exclamó él, tomando la camisa para inspeccionarla más de cerca.

Lanzó luego un nuevo gruñido al ver algo que ni yo había notado hasta que la luz brilló a través de la tela: en medio de la marca de la quemadura podían verse pequeños agujeros.

—¡Mira lo que has hecho! —rugió, dirigiéndose a mí—. ¡Esta camisa es cien por ciento de seda! ¡Me has hecho desperdiciar cien dólares! —Vio la botella de blanqueador y volvió a gruñir—: ¿Quemaste la camisa y luego le pusiste blanqueador? ¿Dónde está tu sentido común, niña, dónde?

—No te alteres —intervino Vera, quitándole la camisa de las manos—. Yo te repararé la camisa de modo que vuelva a verse como nueva. Después de todo, Audrina no sabe hacer nada.

Me miró con ojos agresivos y luego se volvió hacia ella con un gesto de duda.

—¿Cómo puedes reparar una camisa destruida por el blanqueador? Esta camisa está arruinada... Y yo pensaba ponérmela para asistir a una junta muy importante.

Arrojó lejos de sí la corbata color rojo vino que llevaba en la mano, observó los pantalones color gris claro que tenía puestos y salió de la cocina.

—Papá —me atreví a decir—, no fui yo la que quemó tu camisa.

—No me mientas —me interrumpió con disgusto—. Te vi frente a la tabla de planchar, y el blanqueador estaba a menos de 30 centímetros de distancia. Además, no creo que a Vera le importara un comino el que la camisa estuviera arrugada. Lo natural es que tú seas la que sabe cómo me gusta que las cosas luzcan perfectas.

—Yo ni siquiera sé cómo planchar camisas, papá. Como dice Vera a todas horas, soy demasiado tonta para hacer algo bien.

—Papá, está mintiendo y lo que es más, yo le dije que usara la plancha con vapor y sobre un trapo, no directamente sobre la camisa, pero no me hizo caso. Tú sabes cómo es ella.

Él pareció estar listo para estallar, pero notó en mí un semblante de desesperación, y se contuvo.

—Muy bien, Vera, basta. Si eres capaz de salvar esta camisa te daré diez dólares —le propuso, con una sonrisa forzada.

Fiel a su palabra, esa noche, al volver papá a casa, Vera le mostró su camisa rosa. Parecía completamente nueva. Papá la examinó con detenimiento, por un lado y por otro, buscando los remiendos, pero no pudo encontrar ninguno.

—No puedo creer lo que estoy viendo —observó en tono de reconocimiento—. Cariño, tal vez he estado juzgándote injustamente, después de todo.

—Se la llevé a un zurcidor de artículos de seda, papá —explicó Vera, en tono humilde y bajando la cabeza—. Me costó quince dólares, lo que significa que perdí cinco de mis ahorros.

Papá escuchaba con atención. Si había un género de personas que despertara la admiración de mi papá, era el de los ahorradores.

—¿Cómo ganaste el dinero para poder ahorrarlo, Vera?

—He estado haciendo encargos a personas mayores, ayudándoles con sus compras de comestibles. Los sábados voy a pie a la aldea y lo hago... A veces también presto servicios como niñera.

Casi me ahogo al oír eso. Es cierto que una que otra vez Vera desaparecía en sábado, pero era muy difícil imaginarla caminando veinticuatro kilómetros de ida y otros tantos de vuelta. De todos modos, la explicación despertó una admiración todavía mayor de parte de papá. Se llevó la mano al bolsillo, sacó la billetera y dio otro billete de diez dólares a Vera, diciéndole:

—Esta camisa me ha costado ciento veinte dólares, pero fue mejor que tener que desecharla por completo.

Ni siquiera se dignó mirarme, al estamparle un sonoro beso en la mejilla.

—Me sorprendes, muchachita. No siempre he sido amable contigo. Pensé que mi camisa arruinada no significaría nada para ti. Incluso he llegado a creer que no me amabas...

—¡Oh, papá, yo te amo desde la punta de los cabellos hasta las uñas de los pies!  
—protestó Vera dedicándole la mejor de sus miradas.

Yo la detestaba... positivamente la aborrecía cuando lo llamaba papá, puesto que lo era mío, no de ella.

Por alguna extraña razón, dio unos pasos atrás, alejándose de Vera, para mirarse los zapatos como si se revisara las uñas de los pies, que siempre le daban tanta vergüenza. Carraspeó un poco, como para aclararse la voz, y con un gesto de desconcierto comentó:

—Bueno... es un cumplido exagerado, pero si es genuino, me siento muy complacido y conmovido.

Yo me quedé atónita al verlo salir del cuarto sin siquiera dedicarme una mirada. Esa noche no entró a mi recámara para arroparme antes de dormir, ni para darme mi beso en la mejilla o escuchar mis oraciones. Estoy segura de que si hubiera soñado con los muchachos de los bosques, tampoco habría acudido corriendo a rescatarme.

La mañana siguiente fue Vera la que le sirvió el café, ahorrándole el trabajo a mamá, que se sentía muy decaída y se veía muy pálida. Vera se precipitó también a poner tres rebanadas de pan en el tostador, y estuvo pendiente de que no se doraran demasiado. A papá le gustaban doradas por fuera, pero tiernas por dentro. Vera se encargó también de freírle el tocino a la perfección, y ese día no oí una sola queja de labios de él. Cuando terminó de desayunarse, le dio las gracias por haberlo servido tan bien, y se levantó para irse a trabajar. Vera salió tras él, cojeando, hasta que pudo tomarlo de la mano y le planteó:

—Papá, aunque sé bien que no eres mi verdadero padre, ¿no podrías actuar como si lo fueras? ¿Podemos hacerlo, papá?

Él se mostró un tanto incómodo, como no sabiendo qué decir, y al mismo tiempo conmovido. Papá nos pertenecía a mamá y a mí, no a Vera. Dirigí una mirada a mi tía, que se mantenía con la boca cerrada, los labios tensos y un gesto sombrío, y sentí un fuerte deseo de que ella y Vera se marcharan a cualquier parte, pero lejos de nuestra casa.

Papá no tardó en salir. Lo vi alejarse en el coche, tomando primero el camino vecinal que lo conduciría a la autopista y a la ciudad, donde almorzaría a mediodía con unos hombres de negocios, y todos llamarían a esa comida «trabajo». Con gran sorpresa mía, se detuvo un momento frente al buzón, en la esquina de la propiedad, donde nuestra entrada privada se bifurcaba para ir a encontrarse con la calle principal. Me pregunté por qué no recogió nuestro correo la noche anterior. ¿Habría estado tan ansioso de llegar al lado de mamá y ver cómo se sentía, que olvidó de nuevo revisar el buzón?

Cuando yo fui a verlo por mi cuenta, la correspondencia estaba todavía ahí. Más

aún, las revistas y los periódicos lo llenaban a tal grado, que la puerta no podía cerrarse.

Me costó trabajo llenarme los brazos con todo lo que era correspondencia de papá. Eso era lo que yo necesitaba, reconquistarlo. Sabía lo que él quería de mí. Sabía bien qué era lo que más le interesaba: el dinero. Yo tenía que usar mis dotes para conseguírselo. Si lo lograba, me amaría a mí más y para siempre. Empecé a tratar de leer la primera página del *The Wall Street Journal*, aun antes de llegar a la cocina a depositar toda la correspondencia sobre la mesa. Me di prisa para encontrar los objetos que necesitaba: lápiz y libreta, un buen pedazo de cordel y un alfiler.

En el clóset bajo la escalera posterior se guardaba todo lo que se consideraba basura, que debería desecharse después. Ahí encontré ejemplares viejos del *The Journal*. Extendí las hojas de las cotizaciones y empecé a hacer una lista de las acciones más codiciadas, pensando que dos semanas debían ser un lapso suficiente. Mientras trabajaba podía oír a Vera disputando con mi tía, en el piso de arriba, porque ésta quería que le ayudara con la ropa del lavado. Vera quería ir al cine; debía reunirse con un amigo.

—¡No! —le gritó mi tía—. Eres demasiado joven para empezar a salir con muchachos.

Vera dijo algo que no pude oír bien.

—¡No, no y no! —insistió mi tía.

Eso pude oírlo muy bien. Luego continuó:

—Deja de estar suplicándome. Una vez que he dicho no, lo sostengo. Insisto en que es... ¡no! Yo no soy como otra gente de por aquí, que dicen que no y luego cambian de opinión.

—Será mejor que me des permiso, o me pondré a difundir todos los secretos de nuestra familia en plena avenida central —chilló Vera, en tono amenazador—. Me quedaré ahí, vociferando, hasta que todo el mundo sepa quién es mi padre, y lo que tú hiciste... ¡Y el nombre de Whitefern se hundirá aún más en la lista de los villanos!

—¡Tú abres la boca para hablar de secretos de familia y no volverás a tener un centavo de mí ni de nadie más! Si te portas bien hay una oportunidad, para ti y para mí, de sacar algún provecho tarde o temprano. Si te propones contraponer a Damian y a Lucietta, puedes convertirte en una espina clavada en el costado de ambos; en cambio, si tratas de comportarte bien, a la larga puede producirnos buenos dividendos a las dos. Yo solía maldecir el día en que te concebí. Muchas veces llegué a desear provocarme el aborto, pero cuando mandaste reparar la camisa de Damian y vi lo impresionado que él había quedado, volví a abrigar algunas esperanzas —su voz adoptó un tono suplicante—. Audrina no tiene que ser la muñeca predilecta en esta familia, Vera. Recuerda que todo lo que le ha sucedido te ha dado a ti cierta ventaja. Aprovéchala. Tú sabes cómo es él y lo que necesita. Admíralo, respétalo, adúlalo y te convertirás en la favorita.

Se produjo un largo silencio y cierto murmullo que no alcancé a distinguir. Aquel

peso doloroso que me oprimía el pecho, y que yo conocía muy bien, volvió a presentarse. Estaban tramando algo en contra mía... Y sabían lo que me había pasado y que yo ignoraba.

¡Y pensar que yo llegué casi a creer que mi tía me quería de veras! Ahora estaba dándome cuenta de que ella también era mi enemiga. Volví a la mesa a seguir trabajando, con más determinación que nunca, para encontrar exactamente el tipo de acciones que tiende a subir y subir, y que podía hacer a papá rico, muy rico.

Amarré mi pequeño anillo, el de mi piedra simbólica, al cordel, pensando que podría hacer lo mismo que la señora Allismore, y predecir las acciones triunfadoras. Papá andaba siempre diciendo que la compra venta de valores no es una ciencia, sino un arte, y lo que yo estaba haciendo me parecía muy creativo. Sujeté también el alfiler al anillo, para usarlo como indicador. Dos veces apuntó hacia las mismas acciones. Traté de forzarlo a que lo hiciera una tercera vez. Tres cosas de lo mismo representan un número mágico. Sin embargo, el alfiler se negaba a elegir el mismo tipo de valores tres veces, a pesar de que yo abría los ojos y trataba de controlar el anillo. Parecía tener un poder propio que lo hacía vacilar, mantenerse indeciso, así como el anillo de boda de mamá se había mostrado confuso al oscilar sobre su abdomen.

En ese preciso momento oí un alarido:

—¿Dónde están mis aretes de brillantes? —gritó la tía Ellsbeth—. Son lo único de valor que me dejó mi padre, además del anillo de compromiso de mi madre, ¡han desaparecido! ¡Vera! ¿Me los robaste tú?

—¡No! —respondió la aludida, con otro grito—. Tal vez los guardaste en otro lugar... como haces con todas las cosas.

—Ese anillo no me lo he puesto en muchos años. Tú sabes que guardo todas mis joyas de valor en una caja con llave. ¡Vera, no mientas! Tú eres la única que entra a mi recámara... ¿Dónde están mis aretes?

—¿Por qué no le preguntas a Audrina?

—¿Audrina? ¡No seas ridícula! Esa niña no tomaría jamás nada. Tiene demasiada conciencia. La que no tiene ninguna eres tú...

Hubo una pausa. Yo empecé a doblar los periódicos para poner a buen recaudo mi lista de valores de bolsa. La tía volvió a tomar la palabra:

—¡Ahora entiendo lo que hiciste para devolverle a Damian su camisa de seda rosa! —El tono de su voz era retador—. ¡Me robaste los aretes y el anillo, los llevaste al empeño y le compraste a él una camisa nueva! ¡Malhaya tu estampa, Vera! ¡No, no irás al cine, ni hoy ni ningún otro sábado, no te moverás de aquí hasta que ganes suficiente dinero para rescatar mis alhajas!

Vera bajó las escaleras volando, mi tía la seguía con pasos torpes, tratando de darle alcance.

—¡Cuando te atrape te encerraré en tu cuarto durante el resto del verano!

Vera venía huyendo, con su mejor vestido y sus nuevos zapatos blancos.

Casualmente yo le estorbaba el paso, así que me hizo a un lado con un empujón brutal, y llegó a la puerta principal antes que mi tía acabara de bajar las escaleras posteriores.

—Audrina —me dijo al salir—, ¡dile a esa bestia de mujer que la odio tanto como a ti, a tu madre, a tu padre y toda esta casa! Voy a la aldea, y cuando llegue venderé mi cuerpo en las calles. Me exhibiré delante de la barbería de papá y me pondré a gritar: «¡Vengan por su hija de Whitefern!»». Lo gritaré con tal fuerza, que puedan oírlo todos los hombres de la ciudad y vengan corriendo adonde yo esté... ¡Yo seré la más rica de todos!

—¡Ramera infame! —le gritó mi tía, atravesando la cocina y tratando de alcanzarla—. ¡Regresa aquí en el acto! ¡No te atrevas a abrir esa puerta y a salir porque...!

Pero antes que ella llegara, la puerta se había abierto y vuelto a cerrar, dejando salir a Vera. Mi tía salió también al pórtico. Yo me quedé viendo todo aquello detrás de una ventana. Vera desapareció detrás de la curva de la entrada. La aldea estaba veinticuatro kilómetros y la ciudad cuarenta y ocho. ¿Pensaba pedirle a alguien que la llevara gratis?

Mi tía volvió a la casa y se me acercó.

—Por favor, no le digas a tu padre nada de lo que acabas de oír. Hay cosas que es preferible guardar en secreto.

Asentí con la cabeza, sintiendo pena por ella, y le pregunté:

—¿Puedo ayudar en algo?

Con actitud arrogante sacudió la cabeza en un gesto negativo. Luego me advirtió:

—No despiertes a tu madre. Necesita descansar. Voy al piso de arriba. Tú tendrás que prepararte el desayuno.

A mamá le gustaba quedarse dormida unas horas más los sábados, y eso daba a mi tía la oportunidad de ocupar el pequeño cuarto contiguo al comedor, donde tenía el televisor. A la tía le encantaba ver viejas películas y telenovelas. Era su única distracción.

Pero mi apetito se había ido con Vera. No me cabía la menor duda de que haría exactamente lo que había, dicho. Era muy capaz de destruirnos a todos. Me senté y me quedé pensando... no quería ni conjeturar lo que Arden y su madre dirían de nosotros.

Mi mente era como un taller de pensamientos miserables. Me preguntaba qué era lo que había hecho que papá fuera como era: amable y detestable al mismo tiempo, egoísta y sin embargo generoso. Él necesitaba que alguien estuviera cerca en todo momento, sobre todo mientras se afeitaba. Como mamá solía preparar el desayuno a esa hora, yo era normalmente la que me sentaba sobre el borde de la tina para escuchar todas las cosas interesantes que sucedían en su oficina de bolsa.

Le pregunté muchas cosas sobre el mercado de valores y lo que hacía que las acciones subieran o bajaran.

—La demanda —fue su respuesta para las de altos vuelos—. La decepción —fue su explicación para las que caían—. Los rumores de fusiones de compañías y de cambios de propietario son la gran cosa para mandar las acciones a las nubes, pero para la hora en que el gran público se entera de esas cosas, es ya demasiado tarde para participar en ellas. Todos los bancos y los grandes inversionistas han comprado ya y están listos para vender todo al pobre inversionista desconocedor, que compra al precio más alto. Cuando tú tienes los contactos adecuados, sabes lo que está sucediendo. Si no los tienes, es preferible que guardes tu dinero en el banco.

Poquito a poco fui adquiriendo muchos conocimientos sobre el mercado de valores. Era el modo como papá me enseñaba también aritmética. Yo no pensaba en el dinero como moneda, sino como octavos de puntos. Sabía de los valores triples que con toda seguridad se deslizarían, y de los dobles ínfimos que pronto despegarían el vuelo. Me mostraba diagramas y me enseñaba a leerlos, a pesar de que mi mamá lo ridiculizaba, diciéndole que yo era demasiado pequeña para entender eso.

—Eso son disparates —contestaba él—. Un cerebro joven es un cerebro ágil. Ella entiende mucho más que tú.

Sí, en cierto sentido yo amaba mucho a mi padre porque, aunque no pudiera devolverme mi memoria, me daba esperanzas para el futuro. Algún día él sería dueño de su propia compañía de valores de bolsa y yo sería su gerente.

«Con tus dotes, no podemos fallar —me decía—. Imagínatela desde ahora, Audrina: D. J. Adare y Compañía...».

Volví a las listas de los valores más activos. Tomé de nuevo mis instrumentos y, una vez más, mi alfiler apuntó en dos ocasiones hacia la misma clase de acciones. La felicidad me inundaba el corazón. No se lo había dejado a la Providencia. Papá iba a hacer dinero cuando yo le comunicara ese sueño.

Si esas acciones que yo acababa de elegir subían, como lo esperaba firmemente, nunca más tendría que sentarme en la mecedora de la primera Audrina, la mejor. Habría conseguido su «don», o quizá otro mejor. Yo conocía a papá. Lo que él quería era dinero, dinero era lo que necesitaba, y dinero era en realidad algo que no tenía en grado suficiente.

Me dirigí corriendo al piso de arriba, para vestirme, convencida de que no tardaría en recuperar también mis propios recuerdos. Tal vez el instrumento del anillo y el alfiler daría buen resultado si lo usaba sobre la Biblia. La risa interior me afloraba a los labios al ir pasando frente a la recámara de la primera Audrina, y al bajar la escalera a toda prisa rumbo a la cocina, acabando de fajarme el cinturón.

Mamá estaba ya levantada y en la cocina, con unos rizados azules, del tamaño de latas de aluminio, enredados en el pelo.

—Audrina —me pidió con débil voz—, ¿me haces el favor de cuidar el tocino mientras bato los huevos? —Tenía unas ojeras muy acentuadas—. Pasé la noche agitada y dando vueltas en la cama. Este bebé es de una inquietud insólita. Y cuando acababa de quedarme dormida, sonó el despertador de tu papá, él se levantó y a una



velocidad increíble empezó a hablar conmigo para convencerme de que no me preocupara por lo que había dicho la vieja aquélla. Él piensa que estoy deprimida, no cansada... Por eso decidió dar hoy en la noche una fiesta... ¡e invitar a veinte personas! ¿Puedes imaginar algo más ridículo? Aquí me tienes a mí, en el sexto mes, tan cansada que apenas logro levantarme de la cama, y él piensa que lo que necesito es estímulo y tener que preparar delicadezas para sus amigos. Me dice que estoy aburrida, cuando el que está aburrido es él. ¡Por amor de Dios! ¡Cómo me gustaría que discurriera jugar golf o tenis o cualquier cosa que le permitiera usar sus energías y lo alejara de la casa los fines de semana!

¡Oh, oh! Ahora comprendía yo lo que sucedía... Ese sexto sentido que papá tenía le había dicho que yo tendría hoy el don... ¡Ésa era la verdadera razón por la que él quería celebrar ese día! Un centenar de veces, o más, me había dicho que celebraría con una fiesta el día en que mi «don» saliera a relucir. Entonces... ¡Era verdad! Ya poseía yo el don. De lo contrario, el anillo no se habría detenido dos veces en las mismas acciones, cuando había una lista de nueve más. Me sentí tan feliz que tenía ganas de gritar.

—¿Dónde están Ellsbeth y Vera? —me preguntó mamá.

No era posible que le explicara la discusión que las dos mantuvieron y la amenaza de Vera. El nombre de soltera de mamá era su tesoro máspreciado, y si alguien había levantado a Vera en el camino, a esa hora estaría ya en la aldea publicando a voz en cuello todos nuestros secretos.

Pensar en Vera era volver a la realidad. La confianza que sentía en mi «don» no tardó en menguar. Toda mi vida, o al menos así me lo parecía a mí, papá se dedicó a llenarme la cabeza con abundantes disparates de las cosas supernaturales en las que él creía y mamá no. Yo me sentía convencida de que lo que decía era verdad, cuando estaba con él, y persuadida de que no lo era, en cuanto él salía de casa.

—¿Dónde está Ellsbeth? —insistió mamá.

—Tropezó con algo y se cayó.

—¡Maldita sea! —musitó ella, haciéndome seña de que diera vuelta al tocino—. Ésta es una casa de idiotas, todos decididos a idiotizarnos también a ti y a mí, Audrina. No quiero que vuelvas a sentarte en esa mecedora. El único «don» que tu hermana difunta poseía era un amor extraordinario y un respeto único a tu padre, y eso es lo que él echa de menos. Ella creía en todo lo que él decía, y tomaba en serio todas y cada una de las ideas absurdas que él trataba de inculcarle. Piensa por ti misma, no dejes que él te gobierne. Lo único que te recomiendo es que te mantengas alejada de los bosques. Esa recomendación sí debes tomarla en serio.

—Pero mamá —empecé a decir con cierta incomodidad—. Arden Lowe vive en la cabaña del jardinero, entre los bosques. Es mi único amigo. Preferiría morir si no puedo verlo con frecuencia.

—Comprendo la soledad que sientes, sin amigos de tu edad. Pero cuando nazca el bebé tendrás un amigo y podrás invitar a Arden a que venga acá. Nosotras

invitaremos a su madre a tomar el té y no dejaremos que la tía Mercy Marie se sienta al piano.

Corrí a abrazarla, sintiendo una felicidad tal que me salía por los poros.

—Tú lo quieres mucho, ¿verdad? —me preguntó.

—Sí, mamá. Él nunca dice una mentira. Nunca falta a una promesa. No es tan quisquilloso que no quiera ensuciarse las manos, como papá. Hablamos de cosas reales, no de cosas como las que papá menciona con tanta frecuencia. Una vez me dijo que el cobarde muere muchas veces. Me dijo que en una ocasión sintió un miedo tan intenso que obró como un cobarde y que nunca podrá perdonárselo. Créemelo, mamá, al decir eso se veía tan perturbado...

Los hermosos ojos de mamá se llenaron de compasión.

—Dile a Arden que a veces es mejor huir con vida para poder luchar otro día, porque también las probabilidades negativas son una realidad.

Quise preguntarle qué significaba eso, pero todo estaba ya listo para servirse, papá no se hallaba en casa, la tía seguía en el piso alto y Vera... ¡Santo Dios, sólo Él sabía lo que Vera andaría haciendo en ese momento!

—Prepara la mesa, cariño, y deja de andar preocupada. Pienso que Arden es un hombre que tiene un gran timbre de nobleza, y el chico está viviendo a la altura de esa nobleza lo mejor que puede. Limitate a amar a tu padre tanto como lo hizo su primera hija y él dejará de obligarte a que te sientes en la mecedora.

—Mamá, cuando él regrese voy a decirle que cancele la fiesta.

—No puedes hacer eso —me contestó con languidez—. Ha ido ya a la ciudad a comprar comestibles para eso y también flores. En cuanto termine su junta de negocios, se apresurará a volver acá. Mira, tu papá nunca tuvo fiestas cuando era muchacho, por eso ahora usa cualquier pretexto para satisfacer esa necesidad. Los hombres se mantienen niños en el corazón, Audrina, no lo olvides. Por muy grandes que sean, se ingenian para conservar al muchacho en su interior, alimentando siempre los deseos que habrían tenido a esa edad, sin darse cuenta de que, cuando eran muchachos, lo que querían era ser hombres hechos y derechos, no chicos de escuela. Es extraño, ¿no te parece? Cuando yo era una chica, me habría gustado que nunca tuviéramos fiestas, porque cuando las celebrábamos, a mí no se me invitaba y tenía que quedarme arriba, muriéndome de ganas por bajar. Me ingeniaba para esconderme y poder ver lo que estaba pasando, pero me sentía una intrusa. Sólo cuando cumplí dieciséis años se me permitió bailar por vez primera en mi propia casa.

—¿Dónde bailaste?

—Solíamos recoger las alfombras y bailar en la sala de estilo romano renacentista, o en el salón posterior. Otras veces me escapaba por una ventana para encontrarme con algún amigo, que me llevaba en su coche a algún baile. Mi madre dejaba abierta la puerta trasera de la casa para que pudiera entrar y mi padre no lo supiera. Cuando me oía llegar iba a mi recámara y se sentaba sobre el borde de la cama, para que le contara lo que había sucedido. Así va a suceder aquí. Cuando

tengas edad suficiente para ir a bailes, yo me encargaré de que puedas hacerlo.

Si mi don no me procuraba la libertad, tal vez mi madre lo haría...

—¿Tuviste muchos amigos, mamá?

—Sí... creo que sí —contestó, mirando a lo lejos con nostalgia—. Pero solía decirme que no me casaría antes de los treinta. Quería mi carrera musical más de lo que podía querer marido e hijos... y mira lo que tengo...

—Lo siento, mamá...

Me acarició suavemente la cabeza y rectificó:

—Yo soy la que lo siente, cariño... Estoy hablando demasiado y haciéndote sentir mal. La que hizo la elección fui yo. Me enamoré de tu padre, y el amor tiene poder para hacer a un lado todas las demás consideraciones. Él me hizo perder el equilibrio, y si no lo hubiera hecho, tal vez yo habría muerto de un ataque cardíaco, de todas maneras. Pero tú ten cuidado de no permitir que el amor te robe las aspiraciones que tengas para tu persona. Si bien es cierto que tu padre te llena la cabeza de ideas absurdas, en una tiene toda la razón. Tú eres algo especial. Tú también estás muy bien dotada, aunque no sepas aún en qué consiste tu don. Tu padre es un hombre bueno... sólo que no siempre hace lo mejor.

Me quedé mirándola a la cara, sintiendo una confusión cada vez mayor. Primero me dijo que papá me infundía ideas absurdas, y luego que la más disparatada de todas relativa a mi carácter de persona especial sí era verdadera.

Momentos después, papá estaba en casa, con sus bolsas de comestibles y sus ramos de la florería. Vera llegó caminando a trompicones detrás de él. Se veía sucia, con la cabellera hecha una madeja y la cara de quien ha estado llorando.

—¡Mamá! —gimió, corriendo hacia mi madre y haciéndome sentir mal porque me oponía a que reclamara como suya a mi madre, además de mi padre—. ¡Papá me metió al coche tirándome de los cabellos! ¡Mira cómo me los dejó...! ¡Y pensar que apenas anoche me había hecho el peinado!

—¡No la consueles, Lucky! —le gritó mi padre, al ver que los brazos de mi madre se abrían en un gesto protector.

Él la tomó con fuerza de un brazo y la arrojó sobre una silla de la cocina. El dolor hizo que Vera gimiera.

—Esta necia iba dando tumbos por la carretera cuando yo la vi. Al detenerme y ordenarle que subiera al auto, me dijo que iba a convertirse en prostituta para avergonzarnos a todos. Ellsbeth, si no sabes cómo domesticar a tu hija, yo voy a usar mis propios métodos.

Yo ni siquiera había notado que mi tía había entrado a la cocina, ataviada con uno de sus vestidos más simples de algodón, aptos para la casa, que parecían tan ordinarios y vulgares comparados con la bonita ropa que se ponía mamá.

—Vera, sube a tu recámara y quédate ahí hasta que yo te dé permiso de bajar —rugió papá—. Y no habrá comida alguna hasta que seas capaz de pedirnos perdón a todos. Debías estar agradecida de que haya siquiera un rincón para ti en esta casa.

—Me iré arriba, pero... ¡nunca estaré agradecida! —protestó Vera, volviendo en sí y arrastrando los pies para salir de la cocina—. Además, ¡yo bajaré cuando me sienta bien y esté lista!

Papá avanzó decidido hacia ella.

—¡Mamá, no permitas que la golpee! —grité yo—. Si lo hace, lo único que logrará es que ella se haga daño a sí misma.

Era un hecho que siempre que Vera enfurecía a papá al grado de hacer que él la castigara, ella se provocaba accidentes.

Mi madre suspiró. Se veía más fatigada.

—Sí, creo que tienes razón. Por favor, Damian, déjala ir. Ya ha recibido bastante castigo.

¿Por qué mi tía no abrió la boca para defender a su propia hija? A veces parecía que Vera le era tan antipática a ella como a papá. Yo, por mi parte, me sentí culpable de algo... A veces odiaba positivamente a Vera. Los únicos casos en que sentía simpatía por ella era cuando le tenía lástima.

En el piso alto, Vera se puso a gritar a pleno pulmón:

—¡Nadie me ama! ¡A nadie le intereso! ¡No te atrevas a volver a golpearme tú, Damian Adare! Si lo haces, lo diré... ¡Tú sabes bien a quién se lo diré... y te pesará, te pesará!

Como un relámpago, papá se levantó de la silla y subió la escalera. La muy estúpida de Vera siguió gritando, hasta que él abrió de un jalón su puerta. Luego se oyó un golpe seco y después el aullido más sonoro y más largo que yo le hubiera oído a Vera... ¡Y qué conste que su vida tenía un largo registro de aullidos y alaridos estruendosos! La sangre se me heló en las venas. Otro golpe seco, sonoro... y luego silencio absoluto. Las tres que estábamos en la cocina levantamos la mirada hacia el cielo raso, que coincidía con el piso de la recámara de Vera. ¿Qué le había hecho papá?

Unos minutos después, papá regresó a la cocina.

—¿Qué le hiciste a Vera? —preguntó mamá con aspereza, mientras lo miraba severamente—. No es más que una niña, Damian. No hay razón para que seas tan duro con una chica.

—¡Yo no le hice nada, maldita sea! Abrí la puerta de su recámara, ella echó marcha atrás y tropezó con una silla. Se cayó y empezó a dar alaridos. Se levantó y corrió a esconderse en el clóset, encerrándose por dentro y, ¡malhaya su suerte!, volvió a caerse. Yo la dejé en el suelo, llorando. Será mejor que vayas a verla, Ellie. Puede tener otro hueso roto.

Yo me quedé mirando a papá, sin poder creer lo que había oído. Si yo me hubiese caído, él habría corrido a tenderme la mano, me habría tomado en brazos, me habría besado, me habría dicho un centenar de frases cariñosas. En cambio, por Vera no había hecho nada. La abandonó. Y apenas la víspera la trató con una amabilidad increíble. Me quedé viendo a mi tía, casi sin respirar, preguntándome qué le haría a

papá por haber sido tan despiadado.

—Subiré después del desayuno —indicó, volviendo a sentarse—. Otro hueso roto me quitaría el apetito.

Mamá se levantó para subir a ver a Vera.

—¡No te atrevas! —ordenó papá—. Estás tan fatigada que podrías desmayarte. Necesito que estés descansada y bonita para la fiesta de la noche.

Temblando una vez más, me levanté y empecé a subir las escaleras de tres en tres peldaños. Papá me ordenó que regresara, pero yo seguí adelante.

—¡Aquí vengo, Vera! —le grité.

Vera no estaba en su recámara, tendida en el suelo, con huesos rotos, como yo esperaba. Corrí por el piso superior, preguntándome dónde podría estar y, para gran sorpresa mía, alcancé a oír su voz que cantaba desde la recámara de la primera Audrina:

*Sólo un cuarto de juego, segura en el hogar,  
Sin lágrimas ni miedos,  
Ni más lugar donde pasear,  
Porque papá siempre quiere  
Que en casa me quede,  
Segura en mi cuarto de juego, segura en el hogar.*

Pensé que jamás había oído melodía más lastimera, y sentí desprecio por la tristeza con que cantaba, como si hubiese vendido el alma al diablo por poder ser yo y verse obligada a sentarse en la mecedora.

Con cierta repugnancia volví a la cocina, donde me encontré a papá de un inexplicable buen humor, contándole a mamá que lo que necesitaba era una fiesta para que le levantara el ánimo. Ella me preguntó:

—¿Cómo está Vera?

Le dije que muy bien, sin nada roto, pero no mencioné el hecho de que estaba usando la mecedora y que debía haber hurtado la llave de la recámara del llavero de papá.

—¿No te lo dije? —ratificó papá—. Lucky, en cuanto Audrina termine su almuerzo, ella y yo iremos a dar un paseo a lo largo del río.

Después de hacer ese anuncio, se levantó y, con un gesto que pareció deliberado, dejó caer la servilleta en su taza de café, todavía medio llena. Mamá la sacó de ahí y lanzó a mi padre una mirada que decía claramente: «has demostrado una vez más tus malos modales», pero no se atrevió a abrir la boca. De nada habría servido. Papá hacía lo que él quería y seguiría haciéndolo siempre.

Me tomó de la mano, conduciéndome al prado posterior de la casa, que descendía gradualmente hasta el río. El rielar de la superficie hacía que el día pareciera maravilloso. Me sonrió y me ilustró:

—Mañana cumplirás nueve años, mi amor.

—Papá —protesté gritando y mirándolo de frente—, ¿cómo puede ser mañana mi noveno cumpleaños, cuando hoy apenas tengo siete?

Por un momento pareció quedarse sin habla. Como siempre, cuando le faltaban explicaciones me acariciaba la cabellera y luego deslizaba con suavidad las yemas de los dedos por mis mejillas.

—Cariño, ¿no te he dicho muchas veces que por eso no te mandamos a la escuela? Tú eres una de esas personas poco comunes, que no tienen el menor sentido del tiempo.

Habló con mucha precisión, mirándome directamente a los ojos, como queriendo grabarme bien esa información.

—En casa no celebramos cumpleaños porque de alguna manera éstos confundirían tu calendario propio, especial. Hace dos años, y un día más, por supuesto, tú tenías siete.

Lo que acababa de decirme era imposible. ¿Por qué no me había comunicado que tenía ocho años en vez de siete? ¿Estaba tratando, con toda deliberación, de enloquecerme? Me llevé las manos a las orejas, para no oír nada más que tratara de decirme. Mis párpados se cerraron con fuerza, mientras escarbaba en mi cerebro, tratando de recordar que alguien me hubiese dicho alguna vez que tenía ocho años. No podía acordarme de que nadie hubiera dicho otra cosa que siete años.

—Audrina, mi amor, no te aterres en esa forma. No trates de recordar. Simplemente cree en lo que te dice papá. Mañana cumples nueve años. Papá te ama. Mamá te ama, y hasta la lengua viperina de Ellie te ama... si siquiera se atreviese a confesarlo. Pero no puede hacerlo porque está Vera de por medio, que te tiene envidia. Vera podría amarte si yo le mostrara mayor afecto. Voy a tratar de hacerlo, voy a tratar de sentir verdadera simpatía por esa chica, sólo para que tú no tengas una enemiga en tu propia casa.

Pasé saliva con trabajo, sintiendo en la garganta un dolor que iba en aumento, y lágrimas que me empapaban los ojos. Había algo muy extraño en mi vida. Por más que papá me hablara de lo especial que yo era, lo cierto es que no existía nada natural en el hecho de poder olvidar un año entero. Sencillamente eso no podía ser natural. Le preguntaría a Arden... Pero entonces, él sabría que había algo que no funcionaba bien en mí, y también dejaría de quererme.

Por lo visto, tendría que dar crédito a papá. En mi interior pensé que, al fin y al cabo, yo no era más que una niña y que no tenía la menor importancia si perdía un año en el proceso de mi crecimiento, y que si el tiempo transcurría con más rapidez de la que yo era capaz de controlar, en realidad tampoco tenía la menor importancia.

A veces, ciertos miedos inconscientes trataban de escurrirse subrepticamente, haciéndome malignas insinuaciones, perturbándome, amenazando mi vacilante aceptación. Dentro del cerebro, yo veía colores que relampagueaban y sentía en mi cuerpo un movimiento oscilatorio, mientras oía voces que cantaban, que me

murmuraban al oído historias de fiestas de cumpleaños, cuando yo tenía ocho, y me había puesto un vestido blanco de holanes, sujeto a la cintura por una banda de satén color violeta.

Pero... ¿qué significaban los sueños de la mecedora, sino que la primera Audrina, la mejor, había llevado un vestido ribeteado en su fiesta? Todas esas visiones se referían al cumpleaños de ella. ¿Adónde podría yo ir a buscar la verdad? ¿Quién podía ser honrado a carta cabal conmigo? No había una sola persona que me dijera la verdad, porque conocerla podría serme doloroso.

Papá me condujo por la pradera inclinada, recubierta de césped, que se extendía a su lado. El sol estaba en pleno cenit y dejaba sentir toda la fuerza de su calor a través de mi cabello. Me senté en el prado con papá. Cada palabra que él pronunciaba borraba de mi mente las imágenes claras y las sustituía por borrones confusos. Observé los gansos y los patos que se valían de sus invisibles remos para nadar como locos tratando de llegar al sitio donde mamá les daba de comer. Tenían una debilidad especial para comerse sus tulipanes y sus narcisos, en primavera.

—Vamos a hablar de lo que soñaste anoche —sugirió él, después que habíamos guardado silencio un largo rato—. Anoche oí que gemías y te quejabas, y cuando entré a ver qué te pasaba te encontré muy inquieta en tu cama, diciendo cosas incoherentes en el sueño.

Fui presa del pánico y miré a mi alrededor. Mis ojos tropezaron con un pájaro carpintero de cabeza roja, que taladraba uno de nuestros mejores nogales.

—¡Lárgate de ahí! —le grité—. ¡Ve a comerte los gusanos de las camelias!

—¡Audrina! —me increpó papá en tono impaciente—. ¡Olvídate de los árboles! Seguirán ahí mucho después que tú y yo nos hayamos ido de aquí. Dime lo que viste en la mecedora...

Si papá creía en el truco del anillo y el cordel de la señora Allismore, parecía la cosa más normal que yo también lo usara para complacerlo. Estaba a punto de decírselo, cuando sentí que se me ponían los pelos de punta. Instintivamente me di vuelta y alcancé a ver a Vera en el cuarto de la mecedora. Todavía estaba ahí, y aún permanecía sentada en la silla, meciéndose. ¡Que siga haciéndolo cuanto quiera, para siempre! ¡Ahí no había «don» alguno, sino el fantasma ideado para darle gusto a alguien que quería magia en su vida! Y... tal vez a la larga la imaginación era un don especial...

—Muy bien, cariño, no voy a suplicarte más... Dime qué soñaste anoche.

Hablé del nombre de las acciones que mi alfiler había tocado dos veces y luego otras dos. Papá me miró con incredulidad y luego con enojo. Su reacción me dio a entender que tal vez lo que yo había hecho no era lo más acertado.

—Audrina, ¿te he pedido acaso una sugerencia sobre la bolsa? —me preguntó, molesto—. ¡No! No es eso lo que te pedí. Lo que quiero es que me hables de tus sueños. Estoy tratando de ayudarte a reconstruir tu memoria. ¿Aún no te das cuenta de que ésa es la razón por la que te pongo en la mecedora? He tratado de hacer

aparecer como natural tu amnesia, pero no lo es. Lo único que he querido es que recuperes lo que has perdido.

No lo creí. Yo sabía lo que él quería. Deseaba convertirme en la primera Audrina. Por eso tenía todos esos libros sobre magia negra y poderes psíquicos, escondidos en su estudio.

Alejándome de él, volví a mirar hacia la casa, esta vez muy alterada. Vera seguía meciéndose. ¡Santo Dios! Si llegara a tener el único sueño que la mecedora me había dado... ¿Se pondría a dar de gritos? ¿Iría papá corriendo a salvarla?

Y si todo lo que papá me había dicho era verdadero, tal vez había un «don» que conquistar... Entonces, en cualquier momento, ella ocuparía mi lugar en su corazón. Casi sin aliento, empecé a hablar con absoluta decisión:

—Yo estaba ahí, papá, era una mujer hecha y derecha y trabajaba en un lugar inmenso, lleno de máquinas de negocios por todos lados. Brillaban, cambiaban de color, hablaban con voces extrañas y enviaban mensajes por el aire. Yo estaba al frente, enseñando a un grupo muy grande de alumnos cómo debían usarlas. Por eso pensé... pero, claro... debí haberte dejado a ti decidir lo que significaba. Las letras que te dije estaban en todas las máquinas... En todas y cada una, papá... decían IBM.

Mi recompensa fue una sonrisa suya, forzada y apenas esbozada. Sin embargo, cuando desapareció de sus labios, él me abrazó y dijo:

—Muy bien, tratabas de ayudarme en mis finanzas, pero eso no era lo que yo quería. Recuerdos, Audrina... llena las lagunas de tu memoria con los recuerdos *adecuados*. Haremos la prueba con la mecedora más tarde, a ver si la próxima vez pasa por alto los bosques y te lleva al lugar indicado.

Estaba a punto de llorar, porque había tenido un sueño interesante acerca de máquinas y mi alfiler se había detenido en esas iniciales cuatro veces...

—No llores, amor mío —me rogó, besándome otra vez—. Te entiendo. Incluso es posible que invierta algo de dinero en esas acciones, aunque hayan tenido una demanda general del treinta por ciento y lo que se prevea ahora sea su venta —se quedó un momento pensativo y añadió—: En fin, no se perdería nada con esperar a que las utilidades llegaran a su límite, para luego comprar fuerte, antes que vuelvan a subir. Ella tiene intuición y su corazón es puro, aun cuando...

Me puse de pie y eché a correr, huyendo de sus vergonzosas cavilaciones. Estaba decidido a invertir dinero en esos valores, pero ¿qué sucedería si volvían a bajar cuando las utilidades alcanzaran su mayor valor? ¡Y la pobre de mamá estaba esclavizada en la cocina, preparando una fiesta estúpida que no necesitaba tener en momentos en que se sentía tan mal! Corrí a una ventana desde donde podía aún observar a papá, allá junto al río, de pie y arrojando piedrecillas al agua, como si no tuviese otra preocupación en el mundo.

Mamá no me dijo una palabra sobre mi supuesto cumpleaños al día siguiente. ¿Sería porque realmente no había tal cumpleaños? Volví al clóset debajo de la escalera y revisé los periódicos. El día siguiente era el 9 de septiembre y, lo mismo



que con mi persona, olvidé que el día presente era el 8. Es que... ¿sería en verdad tan importante llegar a la edad de nueve años? Llegué a la conclusión de que sí lo era, a medida que el día iba hacia su fin, y en vista de que nadie más que él había mencionado mi cumpleaños. Sí, cumplir nueve era algo peligroso.

La fiesta empezó a las nueve y media, poco después de haber sido yo enviada a la cama. El ruido que hacía la multitud de los veinte mejores amigos de papá llegó hasta mí, a pesar de que mi recámara estaba lejos del salón de festejos. Yo sabía que allá abajo había banqueros, abogados, doctores y otras personas adineradas, con aspiraciones de hacerse más ricas aún. A todos les gustaban nuestras fiestas: la comida era fina, la bebida abundante y, sobre todo en el momento en que mamá se sentaba al piano, la fiesta se llenaba de vida. Como ella era experta en música, atraía a otros músicos a quienes daba gusto tocar con ella. Por eso, los doctores y abogados traían a sus hijos o hijas adolescentes que sabían tocar algún instrumento con suficiente habilidad. En compañía de mamá lograban tener una «sesión plenaria».

Vestida con mi camisón de dormir y los pies descalzos, corrí a espiar a mamá sentada en el banquillo del piano. Tenía puesto un vestido largo de seda roja, con un escote tan bajo que mostraba mucho más de lo que papá solía aprobar. Todos los hombres formaban círculo alrededor de ella, inclinados sobre sus hombros, para darse gusto contemplándole los generosos senos, mientras la animaban a tocar, a tocar más aprisa, a darle más ritmo a una celebración que, a mi juicio, ya tenía bastante. Los dedos de mamá volaban sobre el teclado. Todo su cuerpo se mecía y saltaba siguiendo la cadencia de la música. Con sonrisas y abiertas risas, en respuesta a lo que le susurraban al oído, mamá tocaba con una mano, mientras con la otra vaciaba la copa de champaña, la dejaba sobre el piano y hacía seña a un chico de unos veinte años de que tocara el acordeón. Entonces, ambos empezaron a llenar el salón con los acordes audaces de una especie de polka que nadie pudo dejar de bailar. De acuerdo con papá, mamá era todo para todos, pero en realidad nada para nadie, ni siquiera para sí misma. Si su auditorio quería música clásica, se la daba; si quería baladas populares, también podía tocárselas. Si se le preguntaba qué clase de música le gustaba más, su respuesta era: «Me gustan todas». Yo pensé que era maravilloso tener un criterio tan amplio. A la tía Ellsbeth no le gustaba ninguna música que no hubiera sido de Grieg.

A juzgar por lo divertida que se mostraba, ¿quién habría podido adivinar que mamá había estado quejándose todo el día de tener que estar como esclava de gente que ni siquiera le simpatizaba?

«Realmente, Damian, tú esperas demasiado de mí. Estoy ya en el sexto mes... y se me nota a las claras, ¿y tú quieres que me vean así?», había dicho en la mañana.

«Tú eres preciosa, y lo sabes, encinta o no. Siempre luces sensacional cuando te maquillas, te pones un vestido de color brillante y te adornas con una sonrisa».

«Esta mañana me dijiste que me veía terrible...».

La fatiga hacía que su voz sonara ronca. Papá había respondido:

«Y dio resultado, ¿no es cierto? Saltaste de la cama, te lavaste muy bien el cabello, te arreglaste las uñas y... ¡nunca te había visto tan encantadora!».

«Damian, Damian...» —había susurrado mamá en ese momento, con una voz emocionada.

Luego cerraron la puerta de la recámara y yo me quedé afuera, en el pasillo, preguntándome qué habían hecho después de que papá dio ese puntapié a la puerta...

Todas las palabras que se cruzaron entre ellos hacían eco en mi mente mientras veía a mamá ante el piano. ¡Estaba tan hermosa! En comparación con ella, mi tía parecía desaliñada, con aquel vestido de tela estampada que parecía idóneo para la cocina, pero no para ningún otro sitio.

De repente pegué un salto al sentir un pellizco en el brazo. Ahí se encontraba Vera, también con el camisón de dormir, pero se suponía que no estaba autorizada a bajar hasta que papá le diera permiso, y ese momento no había llegado. Vera nunca se me acercaba sin hacerme daño, de un modo o de otro.

—Tu madre no es más que una buena exhibicionista —murmuró—. Una mujer en ese grado de embarazo no debe mostrarse en público.

Sin embargo, al darme vuelta para verla de frente, pude descubrir la admiración en sus ojos cuando ella también sintió el embrujo del ritmo logrado por mamá.

—La primera Audrina podía tocar el piano tan bien como eso que estás oyendo —me susurró Vera al oído—. También sabía leer música... ¡y había que ver sus acuarelas! Comparada con ella, tú no eres capaz de nada.

—¡Tampoco tú! —me apresuré a contestar indignada, pero en el fondo herida—. Buenas noches, Vera... Será mejor que desaparezcas cuando yo me vaya, porque si papá llega a verte, volverá a castigarte.

Me encaminé hacia mi cuarto. A medio trayecto en la escalinata, me di vuelta y pude ver a Vera todavía escondida detrás de las cortinas de cuentas enhebradas, aferrándose a ellas para guardar el equilibrio, mientras sus pies se movían al ritmo de la música, y decidida a esperar el final de la pieza.

Sólo cuando el ruido del piso bajo cesó, pude hundirme en un profundo sueño, libre de fantasías. Mi estilo de pasar las noches era revolviéndome inquieta en la cama; en cambio, el de Vera era dormir a pierna suelta. Estaba deseando que este último fuera también el mío, cuando al fin logré perder la conciencia, pero el gusto no me duró más que unos cuantos segundos. Mis padres entablaban una discusión muy violenta.

Con razón a mamá no le gustaban las fiestas con papá. Siempre terminaban así. «Señor», recé mientras me deslizaba fuera de la cama, «hoy cumpla nueve años y éste no es un buen modo de empezar el día. Por favor, haz que sea como marzo y que se retire como manso cordero».

Vera estaba ya de rodillas sobre la alfombra del pasillo, espionando a través del ojo de la llave. Se llevó el índice a los labios y me hizo seña de que me alejara. No me gustaba que espicara a mis padres, así que me negué a irme. Por el contrario, me

arrodillé a su lado y traté de empujarla. La voz fuerte de papá atravesó la sólida puerta de encino:

—... ¡Además, en el estado en que te hallas te pusiste a bailar como la más vulgar de las mujeres! ¡Hiciste el peor de los ridículos, Lucietta!

—¡Déjame en paz, Damian! —gritó mamá, del mismo modo que yo la había oído hacerlo un centenar de veces o tal vez más—. Invitas gente sin siquiera advertírmelo. Vas a comprar licores que no podemos darnos el lujo de tener, y llenas la casa de flores y champaña para que beban a placer... ¡Tú mismo me ofreces las copas, y luego te enfureces porque me embriago! ¿Qué esperas que haga en medio de una fiesta? ¿Sentarme a verte desempeñar tu papel?

—¡Nunca sabes hacer nada con propiedad! —apostrofó él.

Cuando se enojaba tenía una voz que hacía doler los tímpanos, y otra muy suave cuando quería obtener algo de los demás. ¿Por qué no tenía consideración alguna para mamá, cuando ella la necesitaba tanto? ¿No podía pensar en aquel bebé que tal vez estaba oyendo su explosión de furia?

Yo era en ese momento un manojo de estremecimientos; temblaba de miedo al pensar en la salud de mamá. ¿Era ése el estilo del amor, encendiéndose y apagándose como la luz con el interruptor? Volví a mi recámara y me envolví los oídos con una almohada... ¡Y todavía podía oír el pleito! Sintiendo hastío, no supe qué hacer y volví adonde estaba Vera todavía espiando. Ella también temblaba, pero de risa mal contenida. Sentí tanta rabia que quise darle una bofetada.

—Estuviste coqueteando, Lucietta... Sí, coqueteando, y por cierto, en el estado en que te encuentras... Estabas tan acurrucada contra el pianista adolescente que te acompañaba, que parecías una sola persona con él. ¡Te sacudías de tal modo que podían vérsese los senos!

—¡Calla la boca! —redarguyó mamá de un chillido.

Yo me llevé las manos a los labios. Sentía un vivo deseo de gritar y hacer que terminara el pleito.

—¡Eres un bruto, Damian, un egoísta sin consideración, un patán contradictorio! Tú quieres que toque el piano, pero te enfureces cuando no estás ocupando todo el escenario. Te lo he dicho antes y lo repetiré una y mil veces: ¡Tú no tienes más talento que el de mover la lengua, y te devoran los celos del talento que ves en mí!

¡Había llegado al colmo! Con toda seguridad, esta vez él no le tendría misericordia. Me dejé caer de rodillas pesadamente junto a Vera y ella me permitió espiar por el ojo de la cerradura, en el momento preciso en que la dolorosa bofetada le hería el rostro a mamá. Yo lancé un grito al mismo tiempo que ella, sintiendo su dolor y su humillación como si fueran míos.

Vera soltó la risa y me hizo a un lado para volver a espiar por la cerradura.

—Audrina —susurró—. Está quitándose el cinturón. Ahora sí, tu madre va a recibir su merecido. Y a mí me da gusto... ¡mucho gusto! Es hora de que la castigue, como debería castigarte a ti.

Presa de furia, le di una bofetada en un arranque tan violento como los de papá, la quité de la puerta y me apresuré a abrir ésta de par en par. Caí dentro de la recámara de mis padres, al tropezar con el cuerpo de Vera, atravesado en el umbral. Papá hizo un giro repentino para vernos. Estaba sin camisa, con la bragueta del pantalón a medio abrir. Su cara era una máscara de rabia. Mamá se hallaba enroscada sobre la cama, protegiéndose con los brazos el abultado abdomen.

—¿Qué demonios están haciendo aquí ustedes dos? —rugió papá, arrojando el cinturón al suelo y señalándome la puerta con el dedo—. ¡Largo de aquí, y no vuelvan a venir a espiarnos!

Poniéndome en pie de un salto y tratando de hacer resonar mi voz con la misma fuerza de la suya, le contesté...

—¡No te atrevas a golpear de nuevo a mi madre o a usar ese cinturón para azotarla! ¡No te atrevas!

Me miró azorado. Sus oscuros ojos desorbitados tenían un brillo salvaje. Todo él rezumaba licor. Al devolverle yo la mirada, también con los ojos desorbitados y salvajes, él empezó a serenarse. Se pasó la enorme mano por la cara, se contempló en el espejo y pareció estar conmocionado.

—Yo jamás he golpeado a tu madre... es preciso que lo sepas —refutó con debilidad, como si temiera o sintiera vergüenza (no podría asegurarlo) de lo que yo hubiese alcanzado a ver.

Afuera, en el pasillo, se dejó oír la risita maliciosa de Vera. Papá se dio media vuelta con violencia y gritó:

—¿Cuántas veces te he dicho que esta parte de la casa me pertenece a mí? ¡Lárgate de aquí en el acto, Vera!

—¡Oh, papá, por favor, no me grites! Nada de esto es culpa mía. Fue Audrina la que entró a mi cuarto, me despertó de un profundo sueño y me hizo venir hasta aquí con ella. Siempre está espiándote por el ojo de la cerradura, papá, cuando no puede dormir.

Una violenta sacudida de la cabeza y papá estaba de nuevo con la vista fija en mí. Yo podía asegurar que a mí me consideraba demasiado honorable para creer que lo hubiese estado espiando.

—Vuelve a tu recámara, Audrina —ordenó en tono frío—, y no te atrevas a espíarme jamás. Nunca te hubiera creído capaz de eso. A ti puede parecer que soy un bruto, pero todo se debe a ser el único hombre en una casa de mujeres decididas a destruirme. Hasta tú lo procuras a tu manera. ¡Afuera, ahora mismo! ¡Las dos, lárguense de aquí!

—¿No le harás más daño a mamá? —pregunté, esperando a pie firme la respuesta, a pesar de que él dio un paso hacia mí.

—¡Claro que no le haré daño a mamá! —En su voz había un dejo de sarcasmo—. Si la golpeo y la hiero, yo tendría que pagar la cuenta del doctor, ¿no es cierto? Mi hijo está dentro de ella y yo estoy pensando en él.

En un gesto muy débil, mi madre se sentó para pedirme que me acercara. Al hacerlo yo, sus brazos se abrieron para recibirme. Sus besos mojados se me estamparon en la mejilla.

—Haz lo que te dice tu padre, querida. Él no me hará daño. En realidad nunca me ha hecho daño... físicamente...

Sin acabar de decidirme, mis ojos pasaron de mamá a papá, en el momento en que él empujaba a Vera fuera de la recámara, dándole una fuerte nalgada para sacarla de ahí. Luego se volvió hacia mí. Yo temía un trato semejante, pero lo que hizo fue darme un cálido abrazo.

—Lamento haberte despertado. Cuando bebo demasiado, me veo en el espejo y contemplo a un necio que no sabe cuándo debe detenerse, y luego quiero castigar a alguien porque siento haberme engañado a mí mismo.

Yo no entendí nada de ese discurso.

—Todo va a salir perfectamente bien. La fiesta está terminada —su voz era entrecortada, y en los ojos mostraba dolor y también vergüenza—. Vuelve a tu cama y olvida todo lo que oíste o viste aquí. Te amo y amo a tu madre. Esta noche ha sido testigo de la última de mis fiestas. No volverá a haber otra... ¡jamás!

Me acosté en mi cama sintiéndome internamente desgarrada por sentimientos opuestos con relación a los hombres. Esa noche decidí que no me casaría nunca, ni en un millón de años... Jamás querría casarme sabiendo que todos los hombres podían ser como papá: maravillosos y terribles, engañosos, adorables... y crueles, aun cuando están amando. Capaces de enarbolar el cinturón en la intimidad, de proclamar abusos a gritos, de criticar, de arrebatar a una la confianza en sí misma e infundirle desprecio y una profunda sensación de vergüenza sólo por el hecho de ser mujer.

Tal vez la tía Ellsbeth tenía razón. Los hombres eran reyes de las montañas, reyes de los bosques, reyes del hogar y de la oficina... y de todo... ¡sólo por ser hombres!

## LA PESADILLA A PLENA LUZ DEL DÍA

**E**sa noche, cuando al fin me quedé dormida, me di vueltas, me estremecí muchas veces y tuve sueños horribles, pero carecí de valor para lanzar un gemido o un grito, por temor a que papá viniera volando a mi recámara a interrogarme.

De ahí en adelante, por muy mal que me fuera en la vida, estaba decidida a resolver mis problemas por mí misma. ¿Cómo podría perdonarle aunque sólo hubiera sido una bofetada en el rostro de mamá?

La confusión era un estado mental diario en mi vida, ¿por qué, pues, debía sentirme tan deprimida y decepcionada de alguien a quien amaba, cuando siempre había sabido que también podía odiarlo? Desconcertada por mi propio espíritu de contradicción, me ingenié para dejarme arrebatado por un sueño ligero, atormentado por visiones horribles de gente esquelética que deambulaba sobre un puente frágil, sin ir a ningún lado.

Hice un esfuerzo por despertar y me encontré con que las lágrimas habían mojado mi almohada. Sospeché que el día me reservaba muy poco placer y que las lágrimas derramadas sin saberlo estaban muy bien justificadas.

La depresión me abrumaba al amanecer, cuando decidí bañarme, vestirme y escurrirme silenciosamente hacia la planta baja. La casa lucía lúgubre. Ni un rayo de luz solar atravesaba los emplomados. No tuve que pisar sobre los colores, pero deseaba que volvieran para dar al día un aspecto más brillante y ordinario. Una ojeada por la ventana de la cocina me reveló un cielo encapotado y sombrío que amenazaba lluvia. La niebla matutina colgaba pesadamente sobre el río Lyle. Sirenas distantes emitían su sonido triste y luctuoso, mientras naves lejanas que se hacían a la mar les devolvían un adiós melancólico. Las gaviotas que siempre revoloteaban sobre el sitio donde mamá daba de comer a los patos y a los gansos, podían oírse, pero no verse. Sus graznidos agudos y quejumbrosos me llegaban amortiguados y fantasmales, poniéndome carne de gallina. En un día como ése no podían suceder más que cosas espantosas.

Mándanos el sol. Oh, Dios, mándanos la luz... Es mi noveno cumpleaños, Señor, y en un día como éste, la primera Audrina, la mejor, murió en medio de los bosques.

Yo deseaba que se disipara la neblina, que me dijera en esa forma que ese cumpleaños mío no era presagio de cosas terribles al acecho, sólo por ser un día tan lóbrego. Me quedé de pie, junto a la escalera posterior, esperando oír las pisadas de mi madre o aquel suave murmullo con el que tarareaba alguna melodía, mientras acababa de vestirse y caminaba de un lado a otro en el piso superior, con sus chinelas de satén que producían aquel ruido inconfundible en los pisos antes que los alfombraran. Apresúrate, mamá, baja, necesito verte... Ella haría que desaparecieran todos mis temores.

Salí de la cocina, que parecía muy sombría sin mamá, y me fui al salón comedor. Sus veinte sillas estaban alineadas en torno a una gran mesa rectangular. Esa mesa constituía una magnífica pista de baile cuando no había nadie en casa, y yo con frecuencia me quitaba los zapatos para darme el gusto de deslizarme sobre ella. Pero ese día, el cuarto se me antojaba lúgubre y sin estímulo alguno para bailar. Nadie había abierto los espesos cortinajes verdes, para que pudiera entrar algo de luz. Era lo primero que mamá hacía, tan pronto como llegaba a la planta baja. Cuando yo los abrí y miré a mi alrededor, aquel cuarto, el más alegre de la casa, seguía pareciéndome tan lóbrego como los demás.

En algún lugar, por ahí, tenía que haber un calendario donde pudiera marcar ese cumpleaños mío... nueve años... Pero no debería usar un círculo rojo, porque también había sido el cumpleaños *de ella*. Hoy —pensé— ella habría cumplido dieciocho. ¡Qué joven debe haber sido mamá cuando se casó! Al asomarme a la ventana pude ver las primeras gotas de lluvia que empezaban a caer. ¡Oh, mi buen Dios! ¿Tenía que llover siempre el 9 de septiembre?

Trabaja... La tía Ellsbeth andaba siempre diciendo que cuando trabajaba no tenía tiempo de preocuparse de nada. Eso haría yo. Me pondría a freír el tocino, a batir los huevos, a hacer la omelette con ellos, a limpiar los platos después del desayuno y... mamá podría sentirse feliz al ver lo bien que me había adiestrado. ¡Lo único que yo anhelaba era que la tía Ellsbeth y Vera mantuvieran la boca cerrada!

No bien acababa de poner la sartén sobre la estufa, muy consciente de empezar a cocinar el tocino en un recipiente frío, para que no se enroscara, cuando alguien me hizo a un lado de un empujón.

—¿Qué diantres piensas hacer? —gruñó mi tía.

—Ayudar a mamá...

La pobre tía Ellsbeth no era capaz de cocinar nada que sirviera. Nadie la quería en la cocina si no era para limpiar el piso o lavar ventanas.

—¿Qué malos pensamientos tienes en esa cabeza? —Volvió a gruñir, haciéndose cargo del tocino.

Por principio de cuentas encendió la flama demasiado fuerte, pero no me habría hecho caso si le hubiera dicho que la mantuviese baja.

Yo saqué de los armarios lo que se necesitaba para preparar cinco lugares en la mesa, pero sin dejar de observar a la tía. Una taza se me resbaló de las manos, cayó al

suelo y se hizo pedazos. Me quedé paralizada: era el tazón favorito de papá para tomar café. El único que le gustaba usar para ese propósito. Ahora tendría otro motivo más para estar enojado conmigo.

La tía me lanzó una mirada desdeñosa y comentó:

—Mira lo que has hecho. Ayudarías mucho más manteniéndote alejada de la cocina. Ese tazón era el último de un juego que les regalaron a tus padres como obsequio de boda. Él va a estallar cuando sepa lo que acabas de hacer.

—¿Qué ha hecho ahora la idiota de Audrina? —preguntó Vera, mientras entraba cojeando a la cocina.

Se acercó a la mesa, se dejó caer torpemente sobre una silla y puso los brazos sobre la mesa para apoyar en ellos la cabeza en un gesto perezoso.

—Todavía tengo sueño —comentó—. Ésta es la casa más ruidosa que existe. Nunca puedes dormir lo suficiente.

Poner la mesa era algo que yo creía poder hacer bien, pero mi tía estaba ya dándome de gritos porque, según ella, eran demasiados platos.

—Tres lugares son bastante, muchachita.

Me di vuelta para mirarla de frente y preguntarle:

—¿Porqué sólo tres?

Siguió dándole vuelta al tocino.

—Tu madre empezó a tener contracciones exactamente al amanecer... Se diría que todos sus hijos tienen que llegar cuando yo consigo al fin quedarme dormida.

—¿Las contracciones significan que el bebé viene ya en camino?

—¡Claro!

—Pero... ¿no es demasiado pronto?

—Así sucede a veces. No hay modo de predecir exactamente cuándo va a nacer un bebé. Ella tiene más de seis meses de embarazo, va camino de los siete... Si el doctor no puede evitar un parto mal logrado, el bebé tendrá todavía una oportunidad de sobrevivir.

¡Dios mío! Yo esperaba que el bebé tuviera todo el tiempo necesario para acabar de formarse, con cabello, sus pequeñas uñas en los dedos...

—¿Cuánto tiempo se necesita para que nazca un bebé? —pregunté en tono tímido.

—Con toda seguridad, alguien como Lucietta necesitará todo el día y la mayor parte de mañana... A juzgar por como le gusta dificultar y hacer dolorosas incluso las cosas más simples —la tía Ellsbeth estiró los labios esbozando una sonrisa maliciosa de solterona, y añadió—: Mimada... mimada toda la vida, sólo porque tuvo la suerte de nacer más bonita que la mayoría de las chicas.

—¿Ha llamado papá para decir que mamá tiene muchos dolores? ¿Dijo que estaba a punto de perder el bebé?

Yo tenía ganas de gritarle por dar tan pocas explicaciones, cuando se trataba nada menos que de mi madre y mi hermano o hermana. El nudo que sentí en el pecho se



me hizo más doloroso a medida que parecía agrandarse. Efectivamente, la lluvia *traía* presagios funestos. El recuerdo de la pesadilla me afloró a la memoria para desvanecerse en el acto... ¡Aquella gente esquelética!

—También Audrina está muy mimada —intervino Vera—. ¡Y ni siquiera es la hija más bonita!

Yo hice un esfuerzo por pasar una rara mezcla horrible que mi tía había preparado en la licuadora. Era un revoltijo que según ella serviría para recubrirme de carne los huesos y quitarme lo hundido de las mejillas. A Vera le pareció muy graciosa la idea.

El tocino fue a parar al triturador de basura, por haberse quemado en tal forma que ni mi tía quiso probarlo. Refunfuñando y con un gesto de irritación, Vera se quejó de la omelette que la tía había tratado de cocinar con el mejor sabor.

—¡Vaya! Sí que va a ser difícil gozar de la comida ahora que mamá no está aquí para hacer buenos platillos —comentó Vera, acentuando la palabra «mamá», sólo para lograr que su verdadera madre hiciera un gesto de marcado disgusto, al mismo tiempo que fingía no haber oído la indirecta.

Yo me encargué de limpiar la cocina, cuando mi tía se marchó a ver televisión y Vera se dio prisa a vestirse para ir a la escuela. Mientras limpiaba la estufa, me pregunté si yo sería más bonita que Vera y si mi belleza era siquiera la mitad de la de aquella primera Audrina, la mejor... Conjeturé, con actitud pesimista, que no podía ser, a juzgar por el cúmulo de alabanzas que papá tributaba a la famosa «belleza radiante, trascendente y etérea».

—Ahora vas a quedarte en casa y lejos de los bosques —me advirtió la tía Ellsbeth desde el cuarto contiguo, al oír que se abría la puerta posterior de la casa—. Está lloviendo, y lo último que tu padre me dijo fue que te vigilara y no te dejara salir a pasear. Si la lluvia deja de caer, podrás jugar en el jardín posterior, pero sin salir de la propiedad.

—¿Qué dijo acerca de mí? —preguntó Vera, ya lista para salir corriendo a tomar el autobús cuando llegara a recogerla.

Llevaba un impermeable amarillo, con un capuchón que le cubría la cabellera.

—Damian no habló de ti...

¡Qué fría podía ser la voz de mi tía cuando ella lo procuraba deliberadamente! Por cierto que no tenía mayores miramientos para su hija bastarda... Yo sonreí para mis adentros, porque el diálogo me parecía muy insulso. Muchas veces me asomaba clandestinamente a ver qué pasaba en la pantalla de aquel televisor que mi tía guardaba con un celo tan egoísta para ella sola. Yo sabía bien que aquella gente de las telenovelas siempre estaba teniendo bebés «fuera del vínculo matrimonial».

—No puedes confiar en Audrina cuando se trata de Arden Lowe —replicó entonces Vera, con un dejo de odio—. Será mejor que cierres con llaves las puertas y pongas el seguro en las ventanas, o ella encontrará el modo de escurrirse para ir a visitarlo. Espera un poco y verás... tarde o temprano Audrina va a dejarlo...

—¿Dejarlo qué cosa? —intervine yo en tono agresivo.

—¡Vera! —gritó mi tía—. ¡No quiero oírte decir una sola palabra más! ¡Márchate antes que pierdas el autobús!

Con un sentimiento de envidia la vi salir de la casa a trompicones, rumbo a la carretera, aprovechando hasta el menor charco para salpicar a placer. Antes de dar vuelta, siguiendo el camino, giró sobre sus talones para dedicarme una última mirada y hacerme un gesto burlón, con el dedo pulgar en la nariz. Desapareció, pero yo me quedé inmóvil, pensando en mamá y abrigando la esperanza de que no tuviera muchos dolores ni hubiera una gran pérdida de sangre. Todos los dolores parecían presentarse siempre con derramamiento de sangre y con mucha angustia mental. Eso yo lo sabía muy bien. Tal vez esa angustia es el peor de los dolores, porque nadie más que una misma sabe de su existencia...

¿Por qué papá no llamaba para hablar conmigo? Yo quería saber qué estaba pasando. Anduve en torno al teléfono durante tanto tiempo, que la lluvia cesó y aquella sombría y silenciosa casa empezó a ponerme demasiado nerviosa.

Cuando vi que no llovía, salí al prado de la parte de atrás de la casa y caminé hacia el río, donde terminaba nuestra propiedad. La luz del sol era débil bajo aquel cielo recién lavado. Me puse a arrojar piedrecillas al río, como había visto hacer a papá. Una semana sin los guisos de mamá iba a hacerme perder peso... y por cierto que ya estaba bastante delgada.

Papá no llamó a ninguna hora del día. Yo me sentía preocupada, inquieta, yendo de un lado a otro y asomándome mucho a las ventanas. Vera llegó al fin a casa, con su torpe andar de costumbre, y sólo para quejarse de que no le gustaba el guisado de verduras que había preparado tía Ellsbeth para cenar. Entonces pude ver a Arden, que venía por nuestra entrada de coche, con una gran caja atada a su bicicleta. Le salí al encuentro, corriendo, aunque con temor de que mi tía mencionara esa visita a papá.

—¡Feliz cumpleaños! —gritó sonriendo, mientras dejaba la bicicleta para ir a encontrarse conmigo—. No dispongo más que de un momento, pero te traigo algo que te hizo mi madre y también una cosita de mi parte.

¿Le había dicho yo que era mi cumpleaños? Me pareció que no. Yo misma no lo había sabido sino la víspera... Su mirada era cálida y brillante mientras yo me ingeniaba para abrir la gran caja. Adentro estaba un maravilloso vestido color violeta, con cuello y puños blancos. Un pequeño ramillete de violetas de seda iba prendido al lado del escote.

—Mamá te lo hizo. Dice que puede calcular las medidas a simple vista. ¿Te gusta? ¿Crees que te quede bien?

En un impulso espontáneo, le eché los brazos al cuello. Mi felicidad era tal que casi quería llorar. Nadie más se había acordado de mi cumpleaños. Mi reacción pareció confundirlo, pero también complacerlo. Luego se dio prisa a entregarme una caja pequeña.

—En realidad no es gran cosa —explicó—, pero tú me has dicho que te cuesta recordar cosas y que estabas llevando un diario con fechas. Busqué por todos lados,

queriendo encontrarte uno que hiciera juego con el vestido que mamá te hizo, pero los diarios no los hacen de ese color, así que opté por uno blanco con violetas pintadas en la pasta. Si puedes escaparte a nuestra casa alrededor de las cinco, mamá tendrá un pastel de cumpleaños adornado especialmente para ti.

Me enjuagué las mejillas y traté de contener las lágrimas que la gratitud se empeñaba en hacer brotar.

—Arden, el bebé va a nacer hoy. Mi madre se fue desde antes del amanecer y no hemos sabido una palabra. Iré si papá llama y me dice que mamá y el bebé están bien... De lo contrario, no puedo salir.

Con mucha cautela, casi temeroso de que yo fuera a gritar o a resistir, me dio un breve abrazo y luego me soltó.

—No te preocupes. Cada segundo del día nacen bebés... por millones. Es una cosa natural. Apuesto a que tu tía ha olvidado que es tu cumpleaños, ¿no es cierto?

Asentí con la cabeza, ingeniándome para mantenerla baja y ocultar mi dolor. Aquel pequeño diario que acababa de darme tenía una llavecita dorada, para que pudiera mantener encerrados mis secretos. ¡Oh, y... cuántos tenía... muchos incluso desconocidos para mí misma!

—Estaré esperándote al borde del bosque, después de entregar los periódicos. Aguardaré hasta que se ponga el sol. Si no apareces, te traeré aquí tu pastel.

Yo no podía permitir que hiciera eso. Papá se enteraría.

—Iré mañana, con seguridad, y entonces lo celebraremos. Dale las gracias a Billie por este maravilloso vestido. Me encanta. Y gracias por este hermoso diario, es exactamente lo que yo quería. No me esperes al borde del bosque. En esos lugares suceden cosas terribles, sobre todo este día. No quiero que estés ahí una vez que haya oscurecido.

Me miró con ojos de intriga, extraños y llenos de algo que no pude comprender.

—Te veré más tarde, Audrina. Me da gusto que cumplas nueve años.

Se alejó y yo me sentí muy sola e infeliz.

La cena de mi tía fue tan insípida que incluso ella la comió sin gran entusiasmo. Papá no había llamado aún.

—Ésa es la clase de hombre que él es —comentó Vera—: egoísta y sin interés por los sentimientos de nadie, excepto los suyos. Te apuesto que ahora mismo está en algún bar, repartiendo cigarros puros. Y puedes apostar hasta tu último dólar, Audrina, a que no serás ya la favorita, una vez que traiga aquí a ese bebé... niña o niño.

Esa noche no hice más que pasar de una pesadilla a otra. Veía en mi imaginación bebés que esperaban su turno para nacer, flotando entre nubes, todos llorando porque querían ser el bebé de mi mamá. Veía a papá, armado de un palo de béisbol, que usaba para librarse de todas las bebés niñas, a las que arrojaba al universo, y al fin arrebatava a un enorme bebé niño y lo llamaba «hijo». El hermano que yo pensé que deseaba se había desarrollado, de la noche a la mañana, convirtiéndose en un gigante

que me pisoteaba... ¡y a papá ni siquiera le importaba!

Desperté en una recámara pálida y nebulosa, a pesar de ser la mía. El sol no era más que un resplandor rosado en el horizonte. Como todavía me sentía cansada, volví a quedarme dormida para seguir soñando. Pero esta vez apareció mamá, me abrazó y me dijo que yo era la mejor hija, la más maravillosa y que pronto estaría conmigo.

«Sé una niña buena. Obedece a papá», me murmuró al oído, al darme un beso de despedida.

Yo no oí palabras, sólo sentí que eso era lo que me decía. La vi desvanecerse hasta convertirse en parte de una nube rosada que resplandecía como uno de sus elegantes vestidos de gala.

Era extraño despertar y saber que mis padres no estaban en casa. Pero más extraño aún haber soñado con ellos. Yo nunca soñaba con nadie, a menos que de alguna manera me hubiera herido o decepcionado. Con Vera soñaba constantemente.

Todo ese día no fue sino más de lo mismo. Mi agitación llegó a tal punto, que llamé a Billie y le dije que pospusiera mi fiesta de cumpleaños, porque papá no llamaba aún y yo tenía que estar en casa cuando lo hiciera.

—Te entiendo, cariño. Tu pastel puede esperar... Y si es necesario te hago otro.

A eso de las cuatro, mi tía me llamó a la cocina.

—Audrina, tu padre llamó mientras estabas en el segundo piso. El bebé nació ya. Se llama Silvia, es niña.

Ni un solo instante se dignó mirarme. Detesto que la gente me hable sin mirarme de frente. Como cosa rara, Vera estaba ocupada pelando papas.

—Te llegó el turno —profirió con una sonrisa maliciosa—. Él va a quererla más que a ti, cabeza hueca.

—¡Basta, Vera, no quiero volver a oír que la llames así jamás!

Era la primera vez que mi tía me defendía. La miré con agradecimiento.

—Vera, sube a hacer tu tarea. Audrina puede acabar de pelar las papas.

Mi gratitud se desvaneció. Siempre tenía que hacer las tareas que correspondían a Vera. Era como tener una hermanastra malvada y ser la Cenicienta. Pagué con una mirada de indignación el gesto despectivo que me dirigió Vera.

—Siento haberte hecho esto —explicó mi tía en un tono que para ella era amable—, pero quería hablar contigo a solas.

—¿Está bien mamá? —me apresuré a preguntar con cierta cautela.

—Audrina, tengo algo más que decirte —comenzó, casi tartamudeando.

Afuera de la cocina pude ver un mechón color albaricoque, en el momento en que Vera se acercó a espiar.

—Está bien, Ellie —interrumpió papá, que en ese momento entraba a la cocina por otra puerta, y se dejaba caer cansado en una silla—. Yo se lo diré a mi modo.

Él había entrado tan de repente y con tal sigilo, como alguien que no se sabe de dónde llega, que me quedé mirándolo como a un extraño. Jamás lo había visto sin afeitarse durante tanto tiempo y con una ropa tan descuidada. Sus ojos se veían

enrojecidos e hinchados, enmarcados por grandes ojeras. Nuestras miradas se cruzaron un instante. Luego, él apoyó los codos en la mesa, cubriéndose la cara, mientras los hombros le temblaban. Mi estado de alarma llegó al máximo. Corrí hasta él y traté de abrazarlo, como él lo había hecho conmigo muchas veces.

—Papá, te ves tan cansado...

El corazón parecía haberseme caído a los pies. ¿Por qué papá temblaba? ¿Por qué se cubría la cara? ¿Estaba tan decepcionado de que el bebé hubiera sido niña, que no podía hacer frente a la idea de tener otra como yo?

Se estremeció antes de levantar la cabeza, bajar las manos y cerrar los puños. Dio varios golpes violentos a la mesa; uno de ellos hizo caer el florero. Mi tía se dio prisa a levantarlo. Se fue luego a buscar una toalla de papel, mientras yo corría a llenar el florero con agua. Al fin, lo apremié:

—¡Papá, pronto, dime qué ha pasado con mamá! Parece que ha estado lejos de aquí durante un mes...

Sus ojos se veían mojados con unas lágrimas que no habían podido correr. Sacudió la cabeza de un lado a otro, con un movimiento idéntico al que usan los perros para sacudirse el agua. El pánico luchaba por estar lejos de sus ojos, pero cuando empezó a hablar, yo noté la lentitud de sus palabras preñadas de miedo:

—Audrina, tú estás convirtiéndote ya en una chica mayor —esa introducción me pareció odiosa—. ¿Recuerdas que solías contarme lo de las horas del té y cómo la tía Mercy Marie daba la impresión de que la vida y la muerte estaban en combate constante? Pues bien, ésa es la realidad. La vida y la muerte son parte de nuestra experiencia humana, tanto como el día y la noche, como el sueño y la vigilia. Uno nace, otro muere. Perdemos... ganamos. Es el único modo de contemplar la vida y conservar la salud.

—¡Papá...! —sollocé—. ¿No querrás...?

—¡Oh, por favor, basta de todo esto! —interrumpió mi tía—. Damian, ¿por qué no vas directamente al grano y le dices la verdad? No puedes estar siempre protegiendo a Audrina de las calamidades de la vida. Cuanto más lo pospongas, tanto más duro será para ella enfrentarse a la verdad de los hechos. ¡Deja ya de poner a esta hija tuya en ese mundo de fantasía!

Él escuchó aquellas duras palabras y el tono áspero y penetrante de su voz, y me miró con expresión de lamento.

—Supongo que tienes razón —concedió con un suspiro.

En ese momento, una de las lágrimas que le brillaban en los ojos se deslizó hasta la comisura del ojo y le rodó por la cara. Estiró los brazos para tomarme entre ellos, me levantó, sentándome en su regazo, y me acurrucó contra su pecho. Luego tuvo que carraspear para aclararse la voz y explicar:

—Cariño mío, no es fácil para mí decir esto. Nunca antes había tenido que dar esta clase de noticias a nadie, mucho menos a la hija de mi corazón. Tal vez has oído decir que en el pasado tu madre sufrió mucho para darte a luz.

Sí, sí... yo había oído eso... Pero ella tuvo problemas también con la primera Audrina.

—Con Silvia las cosas fueron peores aún —estrechó más el abrazo, rompiéndome casi los huesos—. Creo haberte explicado hace tiempo el modo como un bebé pasa por el conducto materno para salir al mundo —vaciló, llenándome de una ansiedad todavía mayor—. La pobre de Silvia estuvo atrapada en ese conducto, tal vez demasiado tiempo —tuvo que hacer otra pausa; el corazón me palpitaba con tal fuerza que podía oír sus latidos. Vera había vuelto a la cocina y lo escuchaba también. Sus ojos oscuros, muy oscuros, parecían estar ya al tanto de la noticia.

—Mi amor... ¡abrázame con fuerza, tengo que decírtelo y tú tienes que oírlo! ¡Tu madre nos ha dejado, cariño! Se ha ido al cielo... Murió momentos antes de que Silvia naciera.

Lo oí decirlo, pero no se lo creí. No... No, sencillamente eso no podía ser. Yo necesitaba a mi madre. Yo tenía que tenerla. Además, Dios había robado ya a papá su primera Audrina. ¿Era tan despiadado que pudiera herir de nuevo a papá?

—No, papá, mi madre es demasiado joven y bella para poder morir.

Sollocé. Yo era todavía una niña pequeña. ¿Quién iba a ayudarme a crecer? Me quedé viéndolo, para ver si esbozaba una ligera sonrisa y cerraba un ojo, para dar a entender que todo aquello era una broma cruel ideada por Vera. Miré a mi tía que estaba de pie con la cabeza baja y las manos ocupadas exprimiendo su delantal, que no mostraba una sola mancha. El aspecto de Vera era muy singular, como si hubiera estado tan atónita como yo. La cabeza de papá se inclinó, apoyándose sobre mi hombro, y dio curso libre al llanto. ¡Oh, él no habría llorado si la noticia no fuese cierta!

Sentí que el cuerpo se me dormía por dentro y que las lágrimas me inundaban el cerebro ahogándome los gritos antes de poder emitirlos.

—Yo la amaba, Audrina —aseveró mi padre sollozando—. A veces no fui lo que debía, pero eso no le restaba nada a mi amor por ella. Renunció a tantas cosas por casarse conmigo... Sé que yo le impedí seguir la carrera que ella quería y todos los días me decía a mí mismo que no habría hecho mayor cosa. Pero la verdad es que sí la habría hecho, de no haber intervenido yo en su vida. Ella rechazaba un hombre tras otro, decidida a ser una pianista de concierto, pero yo no estaba dispuesto a aceptar su rechazo. La quería... la tuve. Y le dije que no era más que una pianista mediocre, más para consolarme yo que para consolarla a ella. Yo quería ser el centro de su mundo y ella me hizo precisamente eso. Dio tanto de sí misma tratando de ser todo lo que yo quería... Incluso cuando lo que yo quería no era lo que deseaba ella. Se adiestró tan bien para complacerme... y por eso yo debía haberle estado agradecido. Nunca se lo dije —rompió a llorar de nuevo y tuvo que enjugarse los ojos y limpiarse la nariz y la garganta antes de reanudar su desahogo—: Ella me dio a esta Audrina... también me dio otras cosas y, ahora que ya es demasiado tarde, me doy cuenta de que no supe apreciarla ni remotamente como ella lo merecía.

En algún rincón de cierto pánico congelado que me había invadido, me surgieron visiones de mi padre, al lado de mi madre pero muy por encima de ella, enarbolando aquel cinturón. Volví a oír la voz de mamá, tal como sonó la noche anterior, la última vez que yo la había visto viva:

«Nunca me ha hecho daño... físicamente».

Debió de haberle hecho daño emocionalmente. Sentí que ríos de ardientes lágrimas me bañaban los ojos y me derretían la cara. Pero... ¿por qué no mencionó papá el hecho de que ella le había dado la mejor de las hijas, aquella hija muerta del cementerio?

¡No! —repitió estremeciéndose con fuerza, como si quisiera ahogarme en su aflicción—. No supe apreciarla ni remotamente como ella lo merecía...

Yo estaba enojada con él por haber empezado a darle el ser a ese bebé. Estaba enojada con Dios por habérsela llevado a ella. Enojada con Vera y con todos los que tenían madre, cuando yo acababa de perder a la mía. ¿Qué tenía yo en ese momento? Una tía que me aborrecía, a Vera que no había mejorado un ápice y a papá... ¿Qué clase de amor era el suyo? No el que yo realmente necesitaba, la clase de amor en el que puede confiarse, el amor seguro, que nunca miente. ¿En quién podía confiar de ahí en adelante? No en mi tía: ella nunca quería oír lo que yo necesitaba decir, ni me diría lo que necesitaba saber para crecer. ¿Quién había que pudiera enseñarme cómo lograr que un hombre me amara? ¡El amor de papá era tan egoísta y tan cruel!

De alguna manera yo supe, desde el momento de mi despertar esa mañana, que algo horrible iba a suceder. Algo que había en mí de sabiduría, de conocimiento de lo desconocido, sobre todo en materia de tragedia, me había preparado con anticipación... Por eso había soñado con ella esa mañana. Tal vez ella vino hasta mí para despedirse antes de desvanecerse en una nube de color rosado. ¿Por qué siempre tenía que morir alguien el día de mi cumpleaños?

¿Qué pasaría si Dios se llevara también a papá y a mí no me quedara más que mi tía, para destruir lo mejor de mí misma?

—¿Dónde está la bebé? —pregunté con una voz débil y frágil.

—¡Cariño, cariño! —repuso papá—. Va a salir bien; de veras, todo va a salir bien.

Echando la cabeza hacia atrás para mirarlo de frente, me di cuenta de que estaba mintiéndome. Dejó caer sus amplios hombros y rectificó:

—Bueno... déjame tratar de ayudarte a entender.

Los recién nacidos son siempre seres muy frágiles, en especial los prematuros. Silvia es muy pequeña. No pesa más que escasos dos kilos. No es una bebé completa, como eras tú. No tiene cabello, ni uñas en los dedos. Por eso necesita mucha atención profesional. Eso no podemos dárselo nosotros aquí. Está en una incubadora, Audrina, en una caja de vidrio a determinada temperatura, donde los doctores y enfermeras pueden estar vigilándola en todo momento. Por eso Silvia tendrá que permanecer un poco más en el hospital.

—Quiero verla. Llévame al hospital para verla. En realidad, hasta donde yo

entiendo, mamá podía no haber tenido un bebé, sino haber muerto de... de... —¡Vive Dios, que por mucho que tenía ganas de expresarlo, no pude decirle que él la había matado...!

—Amor mío —continuó en su misma voz pastosa e inexpresiva, mirándome con esos mismos ojos llenos de cansancio—, Silvia es una bebé minúscula, sumamente pequeña. Las enfermeras están cuidándola las veinticuatro horas del día. Se ponen máscaras para mantener la atmósfera estéril. Los niños y niñas de tu edad llevan consigo muchos gérmenes. No te permitirían acercarte. Es posible que ni siquiera sobreviva. Necesitas disponer tu ánimo pensando que también ella puede morir.

¡Oh, Dios mío! Si eso sucediera, la muerte de mamá no habría tenido sentido... ¡Si es que la muerte puede alguna vez carecer de sentido! Yo me dije a mí misma que Silvia viviría, porque yo iba a orar por ella en la mañana, al mediodía y en la noche, hasta el día en que viniese a casa y yo pudiera ser su madre.

—¡Tan pequeña y tan capaz de causar tan graves problemas y tanto dolor! —musitó papá en tono de derrota, volviendo a poner los brazos sobre la mesa para apoyar en ellos la cabeza. Cerró los ojos y pareció quedarse dormido. La tía Ellsbeth anduvo rondando en torno a él, por lo visto con el ánimo de consolarlo, pero sin saber cómo. Una vez estuvo a punto de tocarle la mejilla, pero retiró la mano en un gesto como de susto, y sólo dejó que sus ojos se detuvieran para acariciarlo con la mirada.

Ella lo culpaba a él, tanto como yo —al menos así me lo parecía—; tal vez sin pensar que probablemente mamá no estaba hecha para gestar bebés. Luego, como si papá hubiera sentido la presencia indecisa de la tía, levantó la cabeza y la miró de hito en hito, en un gesto de implícito desafío que se filtraba a través de su mirada cansada pero firme.

—Espero que puedas permitirte contratar una enfermera para que cuide de Silvia cuando venga a casa —adujo Ellsbeth en un tono de voz inexpresivo y desinteresado.

Sus oscuros ojos se enfrentaron a los de papá, devolviéndole así el reto antes lanzado.

—Si cuentas con que sacrifique el resto de mi vida quedándome aquí para cuidar de dos niñas que no son mías... será mejor que lo pienses dos veces, Damian Adare.

Durante largos momentos, las miradas de ambos se trabaron en un duelo silencioso de voluntades, y sólo cuando los ojos de ella fueron los primeros en bajarse, papá contestó:

—Te quedarás aquí —su voz era inexpresiva, pero levantó la mirada de nuevo para verla frente a frente, otra vez en un gesto de desafío—. Sí, Ellie, tú no te irás, porque serás el ama de casa de Whitefern con todo lo que encierra.

¿Subrayó papá la palabra *todo*? Tal vez era sólo mi imaginación. Y por cierto, la tenía muy viva, aun estando bajo la impresión de una conmoción como ésa.

Esa noche, Vera se introdujo en mi recámara, mientras yo lloraba, para decirme al oído que papá podía haber salvado la vida de mamá si no hubiera querido aquel bebé.

—Pero no amaba lo suficiente a tu madre —continuó con increíble crueldad—.



Quería ese bebé que estaba seguro sería su hijo. Puedes apostar todo lo que tienes a que si hubiera sabido que no era más que otra niña como tú, habría dicho a los doctores que dejaran morir al bebé y salvaran a tu madre.

—No te lo creo —contesté sollozando—. Papá no me dijo que hubiera tenido posibilidad de elegir.

—Porque no quería que lo supieras. Mira, ni siquiera te había dicho que tu madre padecía del corazón. Por eso pasaba tanto tiempo acostada en el sofá y en la cama. Por eso siempre andaba cansada. Después de que tú naciste, su médico le dijo que no debía tener otro bebé. Por eso, cuando Silvia quedó atrapada en lo que tu padre llama conducto materno, él pudo haber dicho a los médicos que sin pensarlo más salvaran la vida de tu madre y se olvidaran del bebé. Pero él quería ese bebé. Quería un niño. Todos los hombres quieren un hijo varón. Por eso tu madre está tendida ahora mismo sobre esa losa dura y fría, en un inmenso refrigerador de la morgue del hospital. Mañana, a primera hora, abrirán el cajón para sacarla y llevar sus restos a la funeraria, donde los hombres le extraerán toda la sangre. Le coserán los labios y los párpados para que no se abran... incluso le pondrán algodón por dentro...

—¡Vera! —rugió mi padre, entrando a grandes pasos a mi recámara y aferrándola del cabello—, ¿cómo te atreves a entrar al cuarto de mi hija a llenarle la cabeza de historias de horror? ¿Qué clase de mente morbosa es la tuya? ¿Qué clase de mente tienes?



El día del funeral de mi madre llovió. Había estado lloviendo en forma intermitente durante tres días. Nuestra pequeña familia se congregó bajo un toldo. La llovizna formaba una cortina que descendía sobre el féretro de mi madre, cubierto con un espeso manto de rosas rojas. A la cabeza del ataúd había una cruz de rosas blancas, con un listón violeta que tenía mi nombre en letras doradas:

Para mamá, de su amante hija, Audrina.

—Papá —susurré, tirándole de la manga—, ¿quién mandó esa cruz en mi nombre?

—Yo —me musitó en el mismo tono—. Las rosas rojas, que eran las que más le gustaban, son mías, pero pensé que las rosas blancas representarían mejor el amor de una hija para su madre. Nuestros amigos de la ciudad mandaron todas las demás.

Yo nunca había visto tantas flores hermosas en un sitio tan deprimente. En torno a nosotros se aglomeraba gente con atuendos sombríos y rostros afligidos. Yo seguía sintiéndome muy sola, a pesar de que me aferraba a papá con un brazo, y de que del otro lado Arden me tomaba con fuerza de la mano.

—Amados amigos —empezó a decir el ministro de la iglesia a la que íbamos todos los domingos—, estamos reunidos aquí, en este día lluvioso, para ofrecer nuestro último tributo a una señora estimada y muy querida, miembro de nuestra congregación. A una dama bella y talentosa, capaz de iluminar un día como éste con el resplandor de su presencia. Ella enriqueció nuestras vidas y las hizo mejores. Gracias a la vida de ella, nosotros somos más ricos. Gracias a su generosidad, hay niños en la aldea de Whitefern que tuvieron juguetes y ropa nueva bajo sus árboles de Navidad, que de otro modo habrían estado muy tristes. Hubo comida en las mesas de los pobres, gracias a que esta dama tuvo interés en ellos...

Así continuó enumerando las buenas obras de mi madre. Ella jamás había mencionado el hecho de haber contribuido siquiera a alguna de las obras de caridad patrocinadas por la iglesia.

¡Y pensar que muchas veces mi tía la había llamado egoísta y mimada, cuando siempre estuvo dando a los demás, mientras ella se ponía ropa vieja que sabía hacer lucir como nueva! El viento empezó a soplar y juro que se sentía como si fuera a nevar. Hacía frío. Yo sentía mucho frío. Acurrucándome más contra papá, apreté con fuerza su mano enguantada que sujetaba la mía. Entonces oí palabras que sabía que aquel ministro pronunciaría tarde o temprano, no obstante haber sido ése mi primer funeral:

—Sí, aunque camine por el valle de las sombras de la muerte, no temeré mal alguno, porque Vos estáis conmigo...

Me parecía haber estado ahí por siempre, bajo aquella lluvia tenaz y abundante que caía sobre los charcos que ella misma había hecho, salpicando a su alrededor. En mi mente pude dibujar la imagen de mi madre, que cantaba con su clara voz de soprano:

*Vengo al jardín yo sola...  
el rocío está aún en las rosas...*

¡No volvería a oírla cantar ni tocar el piano!

El siguiente paso fue ver el dispositivo hidráulico que abrazaba el ataúd para hacerlo bajar a la fosa. No volvería a verla más.

—Papá —gemí con tristeza, soltándome de la mano de Arden, para ocultar con fuerza la cara en los faldones de la chaqueta de mi padre—, no dejes que pongan a mamá en ese hoyo mojado. Pongámosla en una de esas casitas hechas de mármol.

Qué tristeza descubrí en su mirada, cuando me contestó:

—No puedo pagarle un mausoleo de mármol. —Con una voz que era apenas un susurro, me indicó también que no diera un espectáculo, y añadió—: Pero cuando seamos ricos le mandaremos hacer uno especial, un templo para tu madre... ¿Estás oyéndome, Audrina?

No, no lo oía con ambos oídos. Mi mente estaba ocupada con otros pensamientos,

mientras mis ojos contemplaban la lápida de la mejor Audrina, la primera. ¿Por qué no pondrán a mi madre junto a ella? Le hice esa pregunta a él, y con un gesto muy suyo, que hacia resaltar su amplia mandíbula, me explicó:

—Porque cuando yo muera quiero yacer entre mi esposa y mi hija.

—¿Y dónde quedaré yo, papá? —pregunté con un corazón adolorido que debió reflejarse en los ojos.

Sentí entonces que, aun en medio de la muerte, yo no tenía un lugar entre los míos.

—Conocerás tu lugar tarde o temprano —me contestó con voz algo cortante—. Deja ya de hablar, Audrina, la gente tiene la mirada puesta en ti.

Al decirme eso me puse a observar a los aldeanos que nos rodeaban, esos aldeanos de Whitefern que nunca iban a visitarnos, que nunca nos dirigían la palabra ni nos saludaban siquiera con la mano cuando pasábamos por sus calles. Nos aborrecían por múltiples razones —aseguraba mi padre—, a pesar de que nada de lo sucedido en el pasado había sido obra nuestra. Sin embargo, acudieron al sepelio de mi madre. ¿Eran ellos los pobres a los que ella había vestido, alimentado y dado dinero? De ser así, ¿por qué no estaban llorando como nosotros? Encontré fuerza para tragarme mis lágrimas, enderezar la espalda y erguir la cabeza como papá, sabedora de que mamá aprobaría el que tratara de ser valiente y fuerte.

«La gente con clase nunca manifiesta sus sentimientos. Se los reserva para la intimidad del hogar».

Al fin, el funeral llegó a su término. La gente fue dispersándose, hasta que no quedó más que nuestra familia, lista para volver a casa en el coche de papá.

—Voy a ir a Nueva York —le indiqué a papá, mientras abría la portezuela delantera para que me sentara a su lado—. He decidido que voy a ser una pianista de concierto como mamá quería ser. Nada, absolutamente nada que hagas o digas podrá detenerme.

Arden estaba inmediatamente detrás de mí, listo para subir a nuestro auto y sentarse con Vera y con mi tía en el asiento trasero. Papá me replicó con aspereza:

—Tú no sabes tocar el piano. Cuando tu madre tenía tu edad ya había estado tocando durante varios años. Tú todavía no has puesto una sola vez las manos sobre el teclado. Eso indica claramente que no tienes inclinación a ese arte.

—Tampoco ella, papá —repliqué—. Una vez me dijo que sus padres la habían obligado a tomar lecciones de música, hasta que al fin empezó a aprovechar el estudio. Luego comenzó a encontrarle gusto. A mí también me gustará mucho en cuanto sepa tocar.

—Dele una oportunidad a Audrina —sugirió Arden, que estuvo tomándose de la mano durante el funeral.

En ese momento yo me sentí ofendida porque Billie no había asistido a las exequias.

—Tú no intervengas en esto, jovencito —gruñó papá, dirigiéndole una mirada

agresiva de antipatía—. En cuanto a ti, Audrina, no eres más que una pequeña niña que no sabe aún lo que le conviene. Tú tienes otras dotes mucho más importantes que la de golpear las teclas del piano.

Yo nunca había creído que él lamentara verdaderamente el haber hecho de mamá una simple esposa y madre de familia. Tampoco creía que me dejara escapar de su lado... Pero estaba dispuesta a hacer el intento. Yo haría realidad todo lo que mi madre había deseado para sí misma, cuando era joven y estaba llena de ilusiones. Yo haría que sus sueños se volvieran realidad, en vez de sentarme en la mecedora para hacer realidad los sueños de papá.

—Es una ambición tonta —instó papá, sin dejar de mirar a Arden, como si esperara que desapareciese de la faz de la Tierra y no volviera a molestarme jamás.

—Un momento, señor Adare. Deje de estar humillando a Audrina. No es una ambición tonta el querer realizar los sueños de su madre. Audrina es esa clase de persona que tiene la sensibilidad y la percepción necesaria para convertirse en un músico de gran categoría. Yo conozco al maestro más indicado. Se llama...

—¡No quiero oír su nombre! —interrumpió papá con acentuada violencia—. ¿Vas tú a pagar sus lecciones, muchacho? Porque... ¡mal rayo me parta si las pago yo! El padre de mi esposa pagó una fortuna pensando que su hija se volvería una persona famosa en el mundo, y ella no fue capaz de responder a esas aspiraciones.

Pero ¿qué estaba sucediendo? ¿Había olvidado papá todo lo que me había dicho el día de la muerte de mamá? ¡Claro que no tenía el menor remordimiento! ¡Ninguno en absoluto! Presa de rabia corté su discurso con un grito suficientemente fuerte para hacer que la gente que aún estaba en el cementerio se volviera a mirarnos:

—¡Todo por haberse casado contigo, papá!

Al estallar así, yo me cegué a todas aquellas miradas curiosas, para fijar los ojos en el sitio donde se erguía la delgada lápida blanca, con el tormentoso firmamento de fondo. ¡Qué perturbador es ver el propio nombre impreso en una lápida funeraria!

—Éste no es el lugar apto para discutir carreras —declaró decidido papá, y dirigiéndose una vez más a Arden añadió—: Y tú, muchachito, de hoy en adelante puedes mantenerte al margen de la vida de mi hija. Ella no te necesita a ti, ni tus consejos.

—Te veré después —me dijo Arden, lanzando así a su manera, un reto audaz.

—Ese muchacho no es bueno más que para crear problemas —gruñó papá.

De alguna manera, Vera había logrado encaramarse sobre el respaldo del asiento delantero y sentarse entre papá y yo, aumentándole el enojo al agitar la mano con verdadero frenesí en el momento en que nuestro coche pasaba al lado de Arden.



Sin mamá, la casa parecía vacía. Faltaba ahí un corazón de carne. Incluso papá pareció haber olvidado la silla mecedora. Llegué a pensar, una de mis noches insomnes, que tal vez papá temía que si lograba comunicarme con la primera Audrina, la mejor, a base de mecarme y cantar, también podría hacerlo con mamá y que a buen seguro no gritaría si volviera a verla a ella. Esa idea no me dejó dormir. ¿Me atrevería a introducirme clandestinamente en aquel cuarto y a mecarme yo sola, sin que papá estuviera afuera en el pasillo? ¡Sí! Era preciso que creciera. Alguien tenía que enseñarme cómo, y sin duda alguna mamá conocía sus errores y me diría cómo evitarlos.

Con paso sigiloso avancé por el corredor, pasé frente a la recámara de Vera, donde pude oír su radio. Una vez en el cuarto de juego, encendí una pequeña lámpara antes de cerrar la puerta y mirar a mi alrededor. El cuarto no lucía tan limpio como antes de la muerte de mamá. La tía Ellsbeth dijo que tenía demasiadas ocupaciones si debía encargarse de cocinar y limpiar y además lavar la ropa. Las pocas arañas que habían huido al plumero de mamá, se reprodujeron y colgaban tenaces del cielo raso. Algunas estaban ya tejiendo sus telas entre los alcatraces de la mecedora. Con cierta repulsión me acerqué a uno de los anuarios y metí la mano para sacar un ropón de bebé. Lo arranqué del gancho del que colgaba y sacudí con él la mecedora. Luego lo usé como protección para mi zapato, antes de ponerme a matar arañas a pisotones. Era una tarea indecente y morbosa que jamás había podido hacer. Resultaba evidente que estaba fortaleciéndome.

Temblorosa y con mucha cautela me senté en la silla, pronta a saltar afuera si sucedía algo malo. La casa se veía sumida en un silencio tal, que yo podía oír mi propia respiración. Relajarme... necesitaba relajarme.

Tenía que convertirme en el cántaro vacío que debía llenarse de paz y bienestar. Luego, mamá podría llegar hasta mí. Mientras yo pensara en mamá y no en la otra Audrina, los muchachos de los bosques no se presentarían.

La canción que escogí fue una de las de mamá:

*... y él camina conmigo,  
y también conversa conmigo,  
y me dice que soy suya...*

Por vez primera, desde que papá me había obligado a sentarme en aquella silla, no sentí terror, porque mamá me aguardaba como si hubiese sabido que yo haría esto. Detrás de mis párpados cerrados pude verla, como de unos diecinueve años, corriendo entre prados floridos de primavera. Yo era un bebé en sus brazos. Sabía que era yo y no la primera Audrina, porque alrededor del cuello de aquella niñita estaba la piedra correspondiente a mi nacimiento, en una cadenilla de oro. Luego vi a mamá ayudarme a anudar el cinturón, enseñándome cómo hacer moños. Después, con gran sorpresa mía, me sentó a su lado, sobre el banquillo del piano y empezó a enseñarme

a tocar las escalas musicales. Esta vez yo tenía mayor edad, y el anillo que antes llevaba colgado de una cadenilla, ahora estaba ya en mi dedo índice.

Regresé del cuarto de juego con una excitación tremenda. No había sucedido nada espantoso. Mejor aún, averigüé un secreto. Un recuerdo perdido llenó una de las lagunas de mi memoria. Sin que papá lo supiera, mamá me había dado unas lecciones de piano.

Ese conocimiento con el que regresaba a mi cama, me envolvía en estrecho abrazo el corazón, porque esta vez lo sabía con absoluta certeza: era deseo de mi madre que yo ocupara su lugar y encontrara la carrera que el amor le había robado a ella.

## Parte 2

---

## LA MÚSICA COMIENZA DE NUEVO

**D**espués de la muerte de mamá, la vida empezó a ser muy diferente en nuestra casa. Yo no volví a ir a la cúpula en busca de paz y soledad. Lo que hacía era sentarme en la mecedora, antes tan temida, donde podía sentir que mamá estaba cerca. Como la vida iba abriéndoseme más y más, ponía poca atención en Vera, que tenía dificultad para subir las escaleras. Cuando llovía, su cojera era peor que en clima seco. Sin embargo, yo no podía dejar de notar su acentuada preocupación por su apariencia. Se lavaba el cabello y se lo rizaba todos los días, se arreglaba las uñas con tanta frecuencia, que parecía que la casa no podía dejar de oler a acetona. Planchaba sus fondos y vestidos y a veces incluso los suéteres. Hasta su voz había cambiado. Procuraba hablar con suavidad, no con el tono chillón de antes. De muchas maneras me di cuenta de que Vera se esforzaba cuanto podía por imitar los numerosos encantos de mi madre... que yo consideraba que me pertenecían sólo a mí.

Los días del otoño que presenciaron la última temporada de mi madre no tardaron en abreviarse convirtiéndose en días de invierno. Los días de Acción de Gracias y de Navidad fueron celebraciones sombrías que hacían que el corazón me doliera por papá y por mí. La misma Vera se notaba triste cuando dirigía una mirada a la silla vacía en el extremo de la mesa. Cuando papá estaba en el trabajo, yo me encontraba sola en una casa de enemigos, y era apenas una sombra de lo que solía ser cuando vivía mi madre. Me aferraba con desesperación a su recuerdo, esforzándome por mantener su imagen muy clara en medio de la confusión de mi nebulosa memoria. Jamás quise que nada relacionado con ella se hundiera en aquellas fosas sin fondo de mi cerebro, donde todos los horribles recuerdos batallaban para lograr revelármese.

Papá me mantenía casi encarcelada en casa, aferrándose a mí con una especie de desesperación que me hacía tenerle lástima, amarlo, odiarlo... y necesitarlo yo también. Se suponía que no me estaba permitido ver a Arden en absoluto, pero con bastante frecuencia me ingeniaba para escabullirme y llegar a la cabaña de los bosques.

Cada vez que tenía una oportunidad, me sentaba ante el piano de cola, tratando de



averiguar dónde debería poner las manos y cómo podría arrancar la magia de una melodía a las teclas del instrumento. Pasaba horas enteras golpeándolas, hasta que acababa por darme cuenta de que el piano resentía los feos y agrios ruidos que le hacía producir. Era un hecho que yo no podía tocar. Aun cuando mamá hubiera tratado de enseñarme durante años, yo no había heredado su talento, como tampoco heredé el de la primera Audrina, la mejor. No estoy dotada, no estoy dotada, andaba diciéndome a todas horas, como un tormento.

—Audrina —me consoló Arden un día, cuando me quejé con él de no sentirme dotada—, nadie sabe tocar en forma automática, por arte de magia.

—Escúchame —le contesté—: le diré a papá que sencillamente es preciso que tome clases de piano. Él aceptará pagarlas si se lo ruego con suficiente encarecimiento.

—Sin duda alguna —me respondió mirando hacia otro lado, con cierta incomodidad.

Luego, tomados de la mano caminamos hacia su cabaña. Volví a sentirme muy decepcionada, porque Billie se mantenía en la ventana, pero sin invitarme a entrar a su casa. Arden y yo nos sentábamos en el pórtico posterior y hablábamos con ella desde afuera. Las moscas podían entrar con facilidad, puesto que la ventana estaba abierta. Eso habría enloquecido a mi tía. A Billie no parecían preocuparle. En cambio, se mostraba feliz de volver a verme.

Esa misma tarde hablé a papá de las lecciones de música.

—Te he oído golpear el teclado. Si alguien necesita lecciones eres tú. Claro que a tu madre le habría encantado que las tomaras, y a mí me fascina también la idea de que lo hagas.

No podía creer que hubiese cambiado de parecer en forma tan radical. Parecía solitario, aburrido, y me pidió que me acercara para poder abrazarlo. Tal vez, después de todo, papá iba a permitirme ser feliz.

—Siento mucho las cosas feas que dije a raíz de la muerte de mamá, papá. Yo a ti no te aborrezco ni te culpo por su muerte. Si pudieras traer a Silvia a casa, ella me haría sentir que mamá no murió en vano. Por favor, tráela a casa pronto.

—Cariño mío —replicó mirando a lo lejos—, créeme que lo haré. Tan pronto como los doctores la den de alta, tendrás aquí a tu hermanita menor.

Esa noche me dije que tal vez Dios sí sabía lo que estaba haciendo al llevarse a las madres y dar a los padres una nueva hija. Seguramente tenía una buena razón para actuar así. Aunque a mí me hubiera arrebatado una madre a la que necesitaba desesperadamente, al menos Silvia no la extrañaría, porque me tendría a mí sin haber conocido nada mejor.



Estábamos ya a mitad del verano cuando el maestro de música que Arden conocía volvió de una larga estancia en Nueva York. Llegó el día en que Arden hizo que me sentara sobre el manubrio de su bicicleta para llevarme a la aldea de Whitefern y presentarme a Lamar Rensdale. Era un hombre alto y delgado, de frente muy amplia y con una cabellera abundante, muy rizada, de tonalidad chocolate. El color de sus ojos coincidía perfectamente con el del pelo. Me miró de hito en hito, con un gesto de aprobación. Sonrió y me llevó a su piano, pidiéndome que le demostrara lo que sabía.

—Simplemente juega con las teclas, como me dices que lo has estado haciendo —me pidió, quedándose de pie detrás de mí, mientras Arden se sentaba y me sonreía animándome.

—No está tan mal como me dijiste —rectificó el señor Rensdale—. Tienes manos pequeñas, pero puedes abarcar una octava. ¿Tu madre tocaba excepcionalmente bien?

Así fue como empezó. Por supuesto, papá supo que Arden me llevó a la aldea y trajo luego a casa, pero no puso objeción.

—Lo único que te prohíbo es que juegues con él en los bosques. Mantente siempre a la vista de su madre. Nunca debes estar sola con él. Nunca... ¿Entendido?

—A ver, papá, un momento —repliqué, hablándole con decisión, y haciendo un esfuerzo para no parecer débil—: Arden no pertenece a la clase baja y despreciable de muchachos que tú piensas. Él y yo no nos encontramos en el bosque, sino en los linderos. Su madre permanece sentada frente a la ventana y habla con nosotros. Rara vez estamos fuera del alcance de su vista... ¡Es tan hermosa, papá! De veras, créemelo. Tiene el cabello oscuro como el tuyo y ojos como Elizabeth Taylor. La única diferencia es que los de Billie son todavía más bonitos... Y que conste que tú siempre has dicho que nadie tiene ojos más bellos que los de Elizabeth Taylor.

—¿No es magnífico? —consideró en un tono cínico, como quien no cree que una mujer de la vecindad pueda ser tan hermosa como una estrella de cine—. Nadie puede ser tan hermosa como Elizabeth Taylor, excepto Elizabeth Taylor. Todas las personas son individuos, Audrina. Cada uno de nosotros es único. Cada uno de nosotros es un milagro, algo que nunca tendrá duplicado, aunque este mundo nuestro siguiera girando durante otros cinco o diez mil millones de años. Nunca habrá otra Elizabeth Taylor, ni otra Lucietta Lana Whitefern Adare, ni otra como tú ni como yo. Ésa es la razón exacta por la que *tú* eres tan especial para mí. Si alguna vez yo tengo la suerte de conocer a una mujer tan hermosa como tu madre y tan cálida y amante como ella, caeré de rodillas para dar gracias a Dios. Probablemente nunca encontraré otra como ella, y me siento tan solo, Audrina, tan solo...

Y lo estaba. Se veía en su rostro ojeroso, en su falta de apetito.

—Papá, Billie es realmente hermosa. Te aseguro que no exagero.

—No me interesa su aspecto —contestó con desilusión—. Para mí las esposas y el matrimonio se acabaron. Pienso dedicar toda mi energía a cuidar de ti.

¡Oh, no, yo no quería que dedicara toda su energía a cuidar de mí! Eso significaba que jamás me dejaría en libertad para nada. Eso significaba que pasaría todo el

tiempo tratando de convertirme en la primera Audrina, la mejor. Ahora bien, si en realidad creía que no habla más que un solo ejemplar de cada persona, ¿por qué siempre quería que yo me convirtiera *en ella*?

Me quedé de pie ante él, todavía con los brazos en jarras, sin poder hablar una palabra más. Lo único que podía hacer era asentir con movimientos de cabeza y sentir que la confusión giraba con velocidad de vértigo, como un torbellino, dentro de mi cabeza.

Como Arden iba todos los días en bicicleta a la aldea, a mí se me permitía tomar cinco lecciones semanales. Eso me hizo pensar que pronto recuperaría el tiempo perdido. Permanecía con Lamar Rensdale una hora entera y me esforzaba de veras por retener todo lo que me enseñaba. Según él, yo era una estudiante excepcional, con gran habilidad natural. Yo quería creer que estaba diciendo la verdad, que no sólo quería adularme para hacerme volver y seguir cobrando sus honorarios. Arden se daba prisa a entregar sus periódicos vespertinos, para recogerme cuando terminaban mis lecciones.

Una noche, ya tarde, ocho meses después de la muerte de mamá, bajé subrepticamente para tratar de ejercitarme en el piano de cola. Su sonido era tan maravilloso, tan auténtico... ¡mucho mejor que el del piano corriente que usaba mi maestro! Antes de tomar mis lecciones de música, ni siquiera me había dado cuenta de que sonaba así. Al sentarme ante él, en el silencio de la noche, a tocar mi pequeña pieza, cerré los ojos, actuando como si fuera mamá, y como si mis dedos tuvieran la destreza de los suyos y yo pudiera hacer fluir a través de ellos todos los matices que mamá lograba. Pero la melodía no sonó tan maravillosa. Mi música no me producía estremecimientos en la espina dorsal, como la música que tocaba mamá. Desanimada con esa experiencia, abrí los ojos y decidí que era mejor que mantuviera la mirada bien fija en la partitura, y no tratar de improvisar. Fue en ese momento cuando oí un leve sonido a mis espaldas. Me di vuelta repentinamente y me encontré con Vera, que estaba de pie en el umbral del cuarto. Me dedicó una sonrisa forzada que me hizo retorcerme.

—¡Pues sí que te has sumergido a fondo en la música, de la noche a la mañana! —observó—. ¿Cómo es ese señor Rensdale, tu maestro?

—Es muy amable.

—No me refiero a eso, tonta. He oído decir a las chicas de mi escuela que es muy joven, muy guapo y sensual... ¡y que es soltero!

Hice un movimiento que revelaba mi incomodidad y concedí:

—Tal vez sea todo eso, pero es demasiado grande para ti, Vera. No creo que se fijara en una chiquilla como tú.

—Nadie es demasiado grande para mí... Pero cualquiera lo sería para ti, dulce Audrina. Para cuando logres escapar de papá, las articulaciones estarán ya crujiéndote y tendrás que usar anteojos que hagan juego con tu cabello cano.

Lo peor de esa diatriba era que yo sabía que cada una de sus palabras era

verdadera. Papá estaba aferrándose a mí más y más cada día. Por todos conceptos, con excepción de los relacionados con la recámara nupcial, estaba convirtiéndome en su esposa. De hecho, yo escuchaba sus conversaciones sobre el mercado de valores con mucha más tolerancia y comprensión de las que mamá le tuvo jamás. Por su parte, mi tía no tenía paciencia para oír esa clase de «conversación fastidiosa».

—Voy a hacer que papá me permita a mí también tomar clases de música —anunció Vera, con la más agria de sus miradas.

Yo sabía bien que si no se salía con la suya, me haría la vida imposible.

Sin esperar más, a la mañana siguiente Vera se atavió con sus mejores galas. Su extraña cabellera brillante y de tonalidad anaranjada, daba cierto realce a su rostro sumamente pálido, y hacía que sus oscuros ojos resultaran realmente impresionantes.

—Tú haces todo por Audrina y absolutamente nada por mí —le recriminó a papá —, y sin embargo, mi madre es la que te hace de comer, mantiene tu casa aseada y te lava y plancha la ropa sin que le pagues nada. Quiero que sepas que yo también deseo estudiar música. Tengo una sensibilidad y un talento tan exquisitos como los de Audrina.

Papá se quedó mirándola de frente hasta hacerla sonrojarse y ponerse de perfil, como cuando tenía algo que ocultar.

—También necesito algo bello en mi vida —añadió en tono quejumbroso, bajando la mirada y jugando con un mechón de su insólita cabellera.

—Para ti, una vez a la semana —concedió con desgano—. Tú asistes a la escuela y tienes clases que preparar. Audrina puede tomar una clase diaria, para que le ayude a tenerla mente ociosa libre de problemas.

Yo estaba segura de que Vera tendría algo que objetar a semejante convenio, en apariencia injusto; pero, por raro que pudiera parecer, se mostró satisfecha.

El viernes la llevé conmigo para presentársela al señor Rensdale.

—Vaya, vaya, la belleza debe ser una característica familiar en la familia Whitefern, como dice toda la gente en esta aldea —comentó el maestro al tender la mano a Vera para saludarla—. No creo haber conocido nunca dos hermanas tan bonitas.

A mí me dio la impresión de que Vera se aferró a su mano, de modo que aun cuando él quería dar por terminado el saludo, ella no se la soltaba.

—Oh, yo no soy ni con mucho tan bonita como Audrina —respondió Vera, con una voz tímida y sumisa, mientras hacía vibrar las pestañas untadas de rimel—. Mi única esperanza es tener siquiera la mitad de su talento.

Yo tuve que quedarme viéndola, positivamente sin parpadear. La chica que estaba hablando con el señor Rensdale no era la Vera que yo conocía. A él le resultó simpática. Fue obvio, y se mostró agradecido por tener otra estudiante, sobre todo como ésa, que lo adulaba y no podía quitarle los ojos de encima. Siempre que tenía la oportunidad, le limpiaba la pelusa del traje o le subía el pequeño mechón que le caía sobre la frente.

Camino a casa me confió todo lo que sabía de él, por sus condiscípulas.

—Es muy pobre, un artista que vive con gran esfuerzo, según dicen. He oído que en sus ratos libres compone música y espera vender sus canciones a algún productor de Broadway.

—Espero que lo logre.

—Tú no lo esperas tanto como yo, te lo aseguro —replicó en tono ferviente.



Los meses sin Silvia pasaban con una rapidez tal que empecé a sentirme más y más alarmada por aquella hermanita a la que nunca había visto. Sabía que mi padre llevó a la tía varias veces a verla. Eso significaba que sí existía, pero jamás me permitió acompañarlos. Me llevaba al cine, al zoológico y, por supuesto, a la tumba de la primera Audrina. Pero Silvia estaba aún fuera de mi alcance.

Papá se negaba a llevar a Silvia a casa, por más que yo se lo suplicaba. Hacía ya más de un año que mamá murió y que Silvia había nacido.

—Supongo que para estas fechas ya pesa cerca de tres kilos...

—Oh, sí, cada vez que la veo pesa un poquito más —contestó con un tono que revelaba cierta repugnancia, como si le doliera a él ese aumento de peso.

—Papá, no está ciega, sin piernas o sin brazos... tiene todos sus órganos, ¿no es verdad?

—Sí —contestó con energía—. Tiene los miembros como es debido, todos en su lugar. Las cuatro extremidades y todos los órganos femeninos, igual que tú. Pero aún no posee suficiente fuerza —me explicó por enésima vez—. No es normal en todos sentidos, Audrina, pero no me pidas más detalles hasta que yo esté dispuesto a dártelos.

Las ideas que yo tenía acerca de Silvia me impedían sentirme bien. Anhelaba verla, cuando yo andaba sacudiendo los muebles o limpiando con la aspiradora. Vera no podía hacer esto último, porque era una tarea que le causaba dolor en la pierna más corta. Tampoco podía sacudir, pues tenía poco control sobre sus manos y dejaba caer lo que tomaba en ellas. Eso la disculpaba también de poner la mesa o recoger la vajilla después de las comidas. Yo hacía todos y cada uno de sus menesteres. Tendía incluso todas las camas, a pesar de que era el único deber que mi tía insistía en que fuera responsabilidad de Vera. Quizá por agradecimiento, Vera me daba la impresión de quererme un poco más. Dejándome llevar de la confianza, traté de actuar con ella en forma amistosa:

—¿Cómo van tus clases de música? Nunca te oigo practicar como lo hago yo.

—Es porque yo practico en casa de Lamar —explicó con una ligera sonrisa maliciosa—. Le he dicho que tú no me dejabas usar el piano de tu madre y me lo

creyó.

Dejó escapar una risita insinuante en el momento en que yo fruncí el entrecejo y quise protestar. Luego, continuó:

—Es tan guapo que me pone carne de gallina.

—Supongo que debe de serlo... si es tu tipo.

—Conque no es tu tipo, ¿eh? Yo creo que es excepcionalmente guapo. También me ha hablado de sí mismo. Apuesto a que a ti no te ha dicho nada. Tiene veinticinco años y un título de música de la escuela de Julliard. Ahora está componiendo una partitura musical para un argumento que él mismo está escribiendo. Se propone enviarlo a un productor que conoció cuando vivía en Nueva York.

Se me acercó para hablarme al oído en tono de picara confidencia:

—Espero y pido a Dios que venda su obra musical y me lleve con él.

—Oh, Vera, papá nunca te dejaría ir con él... Eres demasiado joven.

—A papá no le importa un comino lo que yo quiera hacer, ¿no te parece? No es mi padre, ni es dueño mío como lo es tuyo... Y no vayas a atreverte a decirle que tengo planes para Lamar Rensdale. Tú y yo estamos muy bien como hermanas, ¿no es cierto?

Yo necesitaba su amistad y con gusto le prometí no decir nada a papá.

## DESEOS HECHOS REALIDAD

**E** stábamos de nuevo en primavera. Hacía más de año y medio de la muerte de mamá. Se había ido, pero no estaba olvidada. Yo pasaba largas horas sobre sus libros de jardinería y trataba de aprender a cuidar sus rosas. Cada pétalo de rosa me la recordaba a ella, con su cutis cremoso, su gloriosa cabellera, sus rosadas mejillas. En el jardín de la parte trasera, la tía Ellsbeth cuidaba de las cebollas, las coles, los rábanos, los pepinos y todo lo que ella cultivaba para comer. Lo que crecía pero no podía comerse, carecía de valor para ella.

Vera se portaba conmigo unas veces odiosa, otras amable. Yo no confiaba en ella, aun cuando quería hacerlo. Como últimamente ella reclamaba como suya la mecedora, yo la evitaba como de costumbre, si bien papá creía que yo seguía meciéndome en ella y que tarde o temprano el don que encerraba sería mío.

—¿Cuántos años dices que tienes? —me preguntó un día el señor Rensdale, después de explicarme cómo tenía que «sentir» la música, además de tocar las teclas adecuadas.

Por algún motivo, las lágrimas empezaron a rodarme por las mejillas, a pesar de que hacía mucho que había aprendido a aceptar mi única miseria.

—No lo sé —gemí—. Nadie quiere decirme la verdad. Tengo una memoria borrosa, llena de imágenes a medias, que me susurran que podía haber ido a la escuela. Sin embargo, mi padre y mi tía aseguran que no he ido jamás. A veces pienso que estoy loca y que por eso no me mandan ahora a la escuela.

Tenía un estilo muy distinguido de ponerse de pie, que me hacía pensar en un listón que se desenvuelve. Con mucha delicadeza se acercó hasta quedar de pie detrás de mí. Sus manos, mucho menores que las de papá, me acariciaron el pelo y luego la espalda.

—Continúa, no te detengas. Quiero oír más de lo que pasa en tu casa. Tú me confundes de muchas maneras, Audrina. Eres tan pequeña, y sin embargo tan mayor de edad... A veces te contemplo y veo a alguien asediada por fantasmas. Me gustaría poder quitarte ese aspecto. Déjame ayudarte.

La ternura sincera con la que me hablaba me infundió confianza en él, y todo

salió fluyendo como un río que hace reventar la compuerta de la presa. Todo lo que me confundía *a mí* salió de mi interior a borbotones, sin darme tiempo de respirar... incluida la insistencia de papá en que me sentara en la mecedora y «atrapara» el don que en otro tiempo había pertenecido a mi hermana difunta.

—¡Detesto llevar su nombre! ¿Por qué no me pusieron el mío propio?

Él emitió un leve sonido que a mí me supo a compasión, y declaró:

—Audrina es un nombre hermoso y a ti te queda muy bien. No culpes a tus padres por querer aferrarse a la que debió de haber sido una chica preciosa y excepcional. Acepta el hecho de que tú también eres excepcional... quizá incluso más que ella...

A pesar de lo que me decía, yo creí notar algo en su voz que me revelaba que sabía de mí más que yo misma, que me tenía lástima y que por encima de todo quería protegerme de lo que pudiera ser eso que yo no debía saber. Y era precisamente eso que yo no sabía, lo que *tenía* que saber.

Luego, sin darme tiempo a pensar en lo que podía esperar, me puso los dedos bajo la barbilla y me observó con una mirada profunda. Era una sensación extraña hallarse tan cerca de un hombre adulto que no era papá.

Me retiré de él; una mezcla de emociones dentro de mí me hizo presa del pánico. Él me era muy simpático, pero no quería que me mirara del modo que estaba haciéndolo. Recordé la advertencia de papá acerca de estar sola con muchachos y con hombres, mientras unas visiones relámpago del día lluvioso en los bosques me deslumbraron los ojos haciéndolo parecer a él también una visión borrosa del pasado.

—¿Qué te sucede, Audrina? —preguntó—. No tuve la menor intención de asustarte. Sólo quería darte confianza. Tú no estás loca. Hay en ti algo muy maravilloso, dentro de tu modo especial de ser. Hay pasión en tu música y en tus ojos, cuando dejas de estar en guardia. La naturaleza va a despertarte un día, Audrina. Entonces, la belleza que duerme en tu interior tomará posesión de lo que le pertenece. No ahogues esa hermosura, Audrina. Déjala salir. Dale la oportunidad de hacerte libre, y tu hermana difunta no volverá a asediarte más.

Llenándome de esperanza le dirigí una mirada suplicante, aunque incapaz de expresar en palabras mis necesidades. Sin embargo, él entendió y me propuso:

—Audrina, si quieres ir a la escuela, yo encontraré el modo de que lo logres. Es contra la ley estatal mantener a un menor en casa, a menos que sea física o mentalmente incapaz de asistir a clases. Yo hablaré con tu padre o con tu tía... Y tú irás a la escuela... Te lo prometo.

Le creí. En sus ojos color café chocolate, se veía que lo que estaba diciéndome lo hablaba en serio. Estoy segura de que en mis ojos brilló la luz de la gratitud hacia Lamar Rensdale, y él me juró que al día siguiente visitaría a mi tía. Yo le advertí que era poco probable que mi padre le prestara oídos.





Ese verano, Arden, Vera y yo nadamos en el río, pescamos y aprendimos a manejar el pequeño velero que mi papá compró. Cada mes, papá se volvía un poco más rico. A esta sazón se permitía ya hacer planes para restaurar la casa y devolverle su antigua grandeza. Hablaba tanto del asunto, sin hacer nada, que yo temía que nunca emprendiera la tarea. En fin, ahora ya no importaba, una vez que mamá había muerto.

—Mi tía no andaba tan gruñona como solía ser. Más aún, con frecuencia la vi con un aspecto bastante feliz. Papá dejó de hacer observaciones sarcásticas y crueles sobre su cara larga y su figura demasiado esbelta. Por el contrario, le alabó su nuevo peinado y el maquillaje que había comenzado a usar.

Papá seguía sin querer decirme por qué no llevaba a Silvia a la casa. Yo había ahorrado dinero de lo que él me daba, para comprarle sonajas y anillos para que mordiera, pero la bebé nunca llegaba a casa. Para esas fechas sería ya demasiado mayor para esa clase de juguetes. Papá me dijo que en el hospital no la dejarían tener sus propios juguetes. Yo seguía sin entender cuál podría ser su problema.

Arden estaba más y más alto cada día. Tenía ya quince años de edad, pero parecía mucho mayor. Empezaba a hacer planes para su futuro.

—Bueno, por favor no vayas a pensar que esto es una bobería —comenzó diciéndome un día, como quien hace un intento—, pero desde que era niño he querido ser arquitecto. Por las noches sueño con las ciudades que me propongo construir, que deberán ser al mismo tiempo funcionales y hermosas. Quiero hacer planes para la ornamentación de sus jardines y poner árboles en medio de la población. Me gustaría construir las carreteras a desnivel, para que no ocuparan tanto lugar —me sonrió complacido—. Espérate, Audrina, y verás las ciudades que construiré.

Yo deseaba para Arden lo que él quería tener, y muchas veces me preguntaba por qué se ocupaba de mí, cuando tantas otras chicas de más edad debían de parecerle atractivas. ¿Por qué me daba a veces la impresión de que tenía conmigo un vínculo de deber y nada más?

Arden tenía días de euforia y días de decaimiento, si bien éstos eran pocos. Le gustaba estar a la intemperie más que bajo techo, y yo me decía una y otra vez que ésa era la razón por la que nunca entrábamos a su casa. Billie, en cambio, debía ser todo lo contrario, porque jamás salía fuera de su cabaña. En todo el tiempo que tenía de conocerla a ella y a su hijo, jamás me había invitado a entrar en su casa. Por supuesto, yo tampoco podía invitar a Arden a la mía, debido a papá. Tal vez la actitud de ellos no era más que una especie de represalia. Vera solía embromarme diciendo

que lo que sucedía era que Billie no me consideraba suficientemente buena para su hijo y tampoco para su casa.

Al llegar al borde del bosque, Arden y yo nos detuvimos un instante para decirnos adiós. Al ponerse el sol tras el horizonte, Whitefern se erguía lúgubre y solitario sobre el fondo de un firmamento color púrpura, con sombras carmesí y naranja.

—¿Qué clase de cielo es ése? —pregunté, casi hablando conmigo misma, y aferrando con fuerza la mano de Arden.

—Es un firmamento de marino —contestó en voz baja—, que anuncia un día mejor para mañana.

Cómo me gustaba oír a Arden decir eso, aunque no fuera real. Dejé que mis ojos se pasearan de la casa a la entrada del coche, y luego me quedé contemplando el cementerio familiar. Tuve que aclararme la garganta para poder preguntar:

—Arden, ¿cuánto hace que me conoces?

¿Por qué me soltó la mano, se ruborizó y se volvió a mirar a otra dirección? ¿Qué había de horrible en mi pregunta? ¿Estaba convenciéndolo de mi locura al interrogarlo en esa forma?

—Audrina —se decidió al fin a responder, con el tono de voz más serio y cortante—, te conocí por vez primera cuando me dijiste que tenías siete años.

Ésa no era la respuesta que yo quería. Luego, añadió:

—¡Oye! Deja de fruncir el ceño. Corre a casa para que pueda verte entrar sana y salva antes de irme.

Desde el umbral me di vuelta y comprobé que seguía ahí, aguardando mi llegada a casa. Me despedí agitando la mano y esperé a que me contestara en la misma forma. De mala gana penetré en la lobreguez de Whitefern.



El tiempo había disminuido el ritmo de su marcha y el mes de agosto realmente parecía ir arrastrando los pies. Los días bochornosos, de ambiente húmedo y pegajoso, me hacían desear unas vacaciones en algún sitio fresco, pero nosotros jamás íbamos a ningún lado. Dentro de la casa, los techos altos hacían que la atmósfera fuera más fresca que afuera, pero la penumbra de los cuartos hacía que los colores de los emplomados lucieran demasiado brillantes y produjeran en las campanillas de viento la vibración que no dejaba de querer transmitir secretos.

—Papá —pregunté en septiembre, cuando Vera estaba a punto de volver a la escuela—, ¿cuántos años es Vera mayor que yo, tres o cuatro?

—Vera tiene tres, casi cuatro años más que tú —contestó sin reflexionar, pero luego me miró con un gesto extraño—. ¿Qué edad te dice ella que tiene?

—No importa lo que me dice a mí porque siempre está mintiendo, pero, a Arden

le dice que tiene más edad.

—Vera tiene catorce años —ratificó papá en tono indiferente—. Su cumpleaños es el 12 de noviembre.

Tomé nota de ese dato como algo que tal vez era correcto, pero sabedora de que los cumpleaños en nuestra casa no se presentaban normalmente, y que la fiesta imaginaria de la primera Audrina había echado a perder los cumpleaños de todos.

Yo tenía presente mi onceavo cumpleaños, porque Arden me dio aquella pieza de cuarzo color rosado, que había convertido en una rosa. Colgaba de una fina cadenilla de oro que yo llevaba al cuello y que me hacía sentir muy especial. Nadie en casa me daba regalo alguno de cumpleaños. Ni siquiera me deseaban felicidades.



Yo seguía usando mi truco del anillo sujeto al cordel y dando a papá mis listas. A veces encontraba esas listas en la papelería de su oficina, y otras lo veía escudriñándolas con mucha atención, durante un buen rato, como si quisiera memorizar cada una de las acciones que yo había puesto en ellas, antes de arrojar la lista a la basura.

En noviembre lo sometí a una prueba.

—Tú querías que hiciera algo para ayudarte papá, y ahora que lo hago actúas como si no te hubiese dado nada. Dime, ¿por qué te empeñas tanto en convencerme de que soy especial, y luego arrojas a la basura mis listas, como si tú mismo no lo creyeras?

—Porque soy un necio, Audrina. Quiero ganar por mis talentos propios, no gracias a los tuyos. Además, te he visto hacer tu truco bobo del cordel y el anillo. Yo quiero sueños auténticos, no ficticios. Yo sé cuándo eres honrada y cuándo no lo eres. Yo haré de ti lo que debes ser, así me lleve toda la vida... la mía y la tuya.

Sentí que se me helaba la sangre. Su tono de determinación me paralizó. Al fin pude preguntarle:

—¿Y qué quieres que yo sea?

—Que seas como mi primera Audrina —contestó resuelto.

Con una sensación de frío todavía mayor, retrocedí. Tal vez el loco era él, no yo. Sus ojos oscuros, meditabundos, siguieron cada uno de mis movimientos, como si quisieran darme la orden de correr hacia él y amarlo como ella lo había amado... Pero yo no podía hacer lo que él quería. Yo no deseaba ser ella. Sólo ser yo misma.

Anduve vagando por el salón del frente y me encontré con Vera, una vez más tendida sobre el sofá púrpura de mamá. Últimamente le había dado por andar acostándose a todas horas en ese mueble favorito de mamá, para leer las novelas encuadernadas a la rústica que a mamá le encantaban. Decía que le enseñaban las

verdades de la vida y del amor. Y por lo visto así era, porque no cabía duda de que algo distinto de los libros de medicina estaba dando cierto tono de distinción a sus ojos oscuros, haciéndolos más duros y quebradizos. Una y otra vez me repetía que iba a volverse tan hermosa y encantadora, que no hubiera hombre que pudiera notar que su pierna izquierda era una pulgada más corta que la derecha.

—Vera —me atreví a preguntarle—, ¿por qué no quieres que sometan tu pierna corta a un tratamiento de tracción, como te lo aconsejó el doctor? Él dijo que eso la alargaría exactamente al tamaño de la otra...

—Pero sería doloroso. Tú sabes que yo no soporto el dolor y que detesto los hospitales.

¡Valiente enfermera quería ser!

—¿No crees que la recompensa bien vale el dolor?

Pareció echar una mirada introspectiva para ponderar la curación y el resultado. Empezó a hablar:

—Solía pensarlo así —una larga pausa—. Pero he cambiado de opinión. Si llegara a caminar normalmente, mi madre me convertiría en una esclava, como hace contigo. Ahora puedo llevar una vida de lujo, como hacía tu madre mientras la mía se sometía a la servidumbre hasta caer exhausta en la cama —me dirigió una sonrisa maliciosa y socarrona y añadió—: Yo no soy estúpida, ni idiota, ni tengo la cabeza hueca. A todas horas estoy pensando... He concluido que el juego de mi pierna me pone en una posición más firme que la que tienes tú con las dos piernas sanas.

No había manera de razonar con Vera. Yo tenía que llevarle la corriente, o no iríamos a ningún lado. Vera no quería hacer nada. Cuando le convenía (y era con frecuencia), me atormentaba diciéndome que mi madre había fingido su incesante fatiga para ganarse la compresión de papá y los servicios gratuitos del cuidado doméstico de su hermana.

La tarde siguiente, mientras yo iba corriendo a visitar a Arden, el viento arrancaba hojas de los árboles, esparciéndolas por todos lados. Allá en la altura podían verse bandadas de aves que emprendían el vuelo hacia el Sur. La nieve no tardaría en caer. Tanto Arden como yo estábamos envueltos en gruesos sobretodos que nos cubrían hasta las orejas. El aliento escapaba entre los labios en bocanadas de vapor. ¿Qué hacíamos caminando por los bosques con un tiempo tan helado como ése? ¿Por qué no podíamos ir a la casa de uno u otro, como la mayoría de la gente? Lo miré y dejé escapar un suspiro, luego bajé la vista.

—Arden, tú sabes por qué yo no puedo invitarte a Whitefern. Pero no entiendo por qué Billie no me invitaba a entrar en tu casa. ¿No me considera suficientemente buena para tener una relación bajo techo?

—Sé lo que estás pensando y lo entiendo —dejó caer la cabeza en un gesto de pena que iba en aumento—. Mira... ella está arreglando todo adentro. Entre los dos estamos pintando y poniendo papel tapiz. Ella está cosiendo fundas para los muebles, colchas para las camas, cortinas. Ha estado trabajando para arreglar nuestro hogar

desde el día que nos mudamos aquí. Pero como tiene que interrumpirse para hacer el trabajo de otra gente, lo nuestro se queda al último. Nuestra casa no está bien por dentro... Todavía no. Un día... pronto... muy pronto, la habremos terminado, y entonces tú podrás entrar y sentarte y hacernos una buena visita.

Llegaron los días de Acción de Gracias, de Navidad y de Año Nuevo, y Arden y Billie no consideraron que su casa estaba lista para recibirme. Los trabajadores venían a nuestra casa como enjambres, para pintarla, recubrirla con papel tapiz, quitar viejos acabados y poner nuevos, pulir y rehacer toda la casa. Nosotros teníamos muchos... muchos cuartos. La cabaña no contaba con más de cinco.

—Arden —me atreví a preguntarle un día—, ¿por qué se tardan tanto ustedes dos en arreglar tu casa? A mí no me interesa si está bonita o no...

Como una coartada para evitar el encuentro de su mirada con la mía, tenía la costumbre de poner mi mano sobre la suya para compararlas en tamaño. Sus dedos tenían una longitud doble de la de los míos. Aunque era una sensación muy agradable, yo quería que me mirara a los ojos y me hablara con absoluta honradez. Sin embargo, se mostró evasivo.

—Yo tengo un padre en algún lugar. Nos dejó cuando... cuando... —tartamudeó, la lengua no le respondía bien, se ruborizó, agitó los pies y pareció presa del pánico—. Es que mamá...

—Es que en realidad no me quiere —me atreví a sugerir.

—¡Claro que te quiere! —protestó.

Tiró de mí hacia adelante, como si estuviera decidido a llevarme a su casa, con la aprobación de su madre o sin ella. Pero luego empezó a decir:

—No es fácil hablar de esto, Audrina..., sobre todo porque ella me ha pedido que no te lo diga. Desde un principio yo dije que tú y yo debíamos ser muy francos y que eso nos evitaría muchas vergüenzas, pero ella no quiso escuchar ese arreglo. Yo he observado cómo tú la miras a ella, luego a mí y te preguntas qué está pasando. En mi caso, yo sé que tu padre no quiere que yo intervenga en tu vida, por eso no me pregunto por qué no se me invita a Whitefern. Vamos a acabar con esto... Es hora de que lo sepas.

Parecía que toda mi vida pasó dentro de una casa. Jamás había entrado a la casa de otra familia... a una que no tuviera fantasmas del pasado. Los cuartos pequeños de la cabaña no podían ser penumbrosos ni aterradores, como nuestras gigantescas habitaciones. Tampoco podían estar llenos de esplendores desvanecidos o de antigüedades en decadencia. Por vez primera en mi vida, iba a ver una casa pequeña, acogedora, una casa normal.

Llegamos a la cabaña, donde volutas de humo se elevaban como bufandas de gasa que subían al cielo. Por encima, revoloteaban las gaviotas emitiendo sus graznidos y dando a aquel día un tono lúgubre. Me detuve bruscamente en el momento preciso en que Arden iba a introducirme a través de la puerta, y lo apremié:

—Antes de entrar, responde a mi pregunta: ¿Cuánto tiempo hace que nos

conocemos? Te interrogué sobre esto hace poco y no me diste una respuesta directa. Esta vez quiero una contestación clara y franca.

Esa pregunta tan simple hizo que sus ojos volvieran a perderseme, dirigiéndose a un sitio muy distante.

—Cuando pienso hacia el pasado, no puedo recordar el tiempo en que no te conocía. Tal vez soñé contigo aun antes de conocerte. Cuando te vi en los bosques, oculta detrás de los arbustos y de aquel árbol, fue como un sueño que se volvía realidad... Ése fue el día en que realmente te conocí. Pero siento que nací conociéndote.

Sus palabras extendieron un manto mágico de consuelo que me cubrió los hombros. A renglón seguido, con los ojos bien cerrados y dando vuelta a la perilla de la puerta con ambas manos, la abrió y dio un paso atrás para dejarme entrar por delante.

En esta ocasión yo no había visto a Billie en la ventana. Tampoco la vi en el primer cuarto, al entrar. Arden susurró:

—Creo que mi mamá se proponía posponer este momento toda la vida. Por eso te digo, ten confianza en mí cómo yo la tengo en ti. Todo va a resultar bien.

Fue lo único que dijo para prepararme. Muchas veces me pregunté después por qué no habría dicho más, mucho más...

## BILLIE

**A**rden cerró la puerta de golpe, un golpe muy fuerte. Era una señal para ella. Unas cuantas hojas muertas penetraron con nosotros. Me di prisa a recogerlas. Una vez que las tuve en las manos, me enderecé para observar cuanto antes todo lo que me rodeaba, sintiendo una gran curiosidad. La sala era muy bonita: una tapicería de calicó lustroso cubría el sofá y dos sillones de aspecto muy confortable. Aquel recinto, comparado con la inmensidad de los nuestros se veía muy pequeño. Los techos no distaban del piso más de 2.40 m. Me daban cierta sensación de claustrofobia. Sin embargo, aquel cuarto poseía un encanto acogedor, que ninguno de los nuestros habría podido tener, por más dinero que se invirtiera en devolverles su perdido esplendor, o por más sofás y sillones que se pusieran en ellos, recubiertos de calicó brillante.

Aquí no había sombras, sólo una luz del sol invernal que entraba a raudales, clara y brillante. Tampoco había emplomados que me deslumbraran o me embrujaran con hechizos indeseables.

—Mamá —llamó Arden—, traigo a Audrina conmigo. Sal. No puedes conservar tu secreto para siempre.

Giré sobre mis talones para mirarlo de frente, olvidando por completo las hojas que llevaba en la mano. ¡Secretos, secretos! ¡Todo el mundo parecía tener secretos! Pude ver su ansiedad, las manos nerviosas hundidas en los bolsillos, mientras me devolvía la mirada con un gesto de temor. La expresión de sus ojos me hizo comprender que estaba a punto de pasar una prueba. ¡Dios mío —oré en mi interior—, permíteme hacerlo bien...! Sea lo que sea.

—No tardo —se oyó la voz de Billie desde otro de los cuartos.

El sonido estaba preñado de la misma ansiedad que envolvía la mirada de Arden. La voz de Billie había perdido el tono cálido de bienvenida que le era característico. En ese momento me sentí incómoda, dispuesta a darme media vuelta y marcharme. Pero vacilé al ver a Arden entrecerrar los ojos sin quitarme la mirada de encima. No... Esta vez no huiría. Me quedaría ahí y descubriría al menos un secreto.

Con semblante nervioso, Arden dirigió la mirada a lo que supuse sería la puerta

de la recámara de Billie. No me invitó a tomar asiento. Tal vez hasta había olvidado que yo llevaba puesto un pesado sobretodo con capuchón, porque no me ofreció que me lo quitara. Estaba demasiado distraído con la idea de aquella puerta cerrada que no perdía de vista un instante. Me quité el capuchón, pero me dejé puesto el sobretodo mientras aguardaba... y aguardaba... y seguía aguardando. Él tampoco se había quitado el sobretodo, como si previera que no estaríamos ahí mucho tiempo.

Luego, mientras él inclinaba la cabeza para verse el calzado, yo pude notar, por vez primera, una repisa de madera en la que se hallaban docenas de medallas de oro con fechas y nombres. La atracción fue irresistible y me acerqué cuanto pude.

—¡Santo Dios, qué cosa increíble! —Inundada de placer, me di vuelta para obsequiar a Arden mi sonrisa más feliz—. ¡Arden! ¡Billie solía ser una campeona de patinaje sobre hielo! ¡Qué maravilla! ¡Mira todos estos premios olímpicos! ¿Cómo pudiste guardar tanto tiempo un secreto tan fantástico? ¡Cuando mi papá se entere...!

Y ahora..., ¿qué había dicho yo que le sonara mal? Se mostró más avergonzado aún. Sin duda, ese hecho resultaba tan grandioso como si Billie hubiera sido Elizabeth Taylor. Pude imaginarla deslizándose con toda su gracia sobre la pista, con un trajecito mínimo que despediera reflejos luminosos. Giraría, daría vueltas, haría lo que llamaban salto doble y mucho más, sin sentirse mareada jamás. Y pensar que durante todo el tiempo que yo conocía a Arden él nunca se había gloriado de eso... Ni siquiera dijo algo que me hiciera sospecharlo. Y ella... me hablaba como si no fuera una persona especial y..., ¡vaya si lo era!

Un leve ruido me sacó de mis cavilaciones. Me di vuelta para contemplar a Billie, que debió haber estado esperando a que yo me pusiera de espaldas a ella. En ese momento, con un rápido movimiento, fue a sentarse en un sillón. Yo me quedé viéndola. ¿Por qué llevaba aquella falda larga que le cubría hasta los pies, a esa hora de la tarde? Ese atavío parecía muy costoso, como si hubiera estado preparándose para un baile de gala en toda forma.

Tenía su maravillosa cabellera negro azabache recogida sobre la cabeza en una madeja de rizos, en lugar de dejarla caer libremente sobre la espalda. Ése solo detalle le daba ya un aspecto diferente. Se había puesto una cantidad increíble de maquillaje sobre el rostro. Sus pestañas eran largas más gruesas de lo que yo recordaba. Además debió echarse encima hasta la última alhaja que poseía. Le sonreí con indecisión, no sabiendo qué hacer en una situación como ésa. Sin toda aquella máscara de escenario, ella era de una belleza asombrosa. Pero ese vestido elegante de tafetán y toda aquella joyería de fantasía le daban un aspecto vulgar, parecía un fraude, alguien a quien yo no conocía... Más aún, a quien no creo que hubiera querido conocer.

—Mamá —intervino Arden luchando para que sobreviviera una débil sonrisa que apenas se le esbozo en los labios—, no había necesidad de que tomaras tanta molestia.

*No, Billie, claro que no. Me gustas mucho más con el aspecto que te conozco normalmente.*



—Te equivocas, Arden, sí había necesidad, y tú debiste habérmelo advertido... Lo sabes muy bien.

Mis ojos iban de uno al otro, presintiendo que había ahí algo muy malo. Las vibraciones entre madre e hijo eran tan fuertes que me hicieron estremecer y sentir la ansiedad que los dominaba por el hecho de estar yo dentro de su casa..., donde ella no me quería. Sin embargo, Arden no me quitaba la vista de encima, con una fuerza muy expresiva sus ojos me suplicaban que no notara lo que faltaba. Por eso, avance sonriente a darle la mano a Billie. Me senté y comencé una conversación tonta. Cuando ella aparecía en la ventana y yo estaba afuera, en el jardín, era tan fácil hablarle... En cambio, ahora estábamos como extraños que se encuentran por vez primera. No tardé en hallar una excusa superficial para decir que tenía que volver cuanto antes a ayudar a tía Ellsbeth.

—¿No te quedas a cenar? —preguntó Arden.

Lo fulminé con una mirada de reproche herido. Al menos papá era directo en su hostilidad y no la ocultaba bajo la apariencia de amistad, como hacía Billie. ¡Vaya! —pensé puerilmente, mientras sentía que unas lágrimas ardientes me quemaban las pupilas—. Por lo visto nuestra amistad era sólo de puertas para afuera, no adentro. Era lo que Vera me había dicho: yo no era lo suficientemente respetable para Billie. ¿Estaría tan loca que la gente no me quería dentro de sus hogares? Una vez más, mis ojos chocaron con los de Arden: yo, con una mirada acusadora, él todavía suplicando comprensión. ¡Por favor, por favor!, me rogaban sus ojos. Decidí quedarme un poco más, para averiguar qué era lo que nos producía tanta incomodidad a los tres.

Algo estaba quemándose en el horno... Tal vez yo interrumpí sus labores culinarias y eso la disgustó. No había bastante para tres y en realidad ella no quería que yo me quedara a cenar. Era una casa tan pequeña, que la cocina parecía parte de la sala.

—Billie, creo que huele algo quemado en el horno. ¿Puedo sacártelo?

Ella palideció, sacudió la cabeza y miró de reojo a Arden, con un gesto significativo. Luego me sonrió ligeramente:

—No, gracias, Audrina. Arden puede hacerlo. Pero, por favor, quédate a tomar un bocado de lo que tengo para cenar...

Sin embargo, aun al decir eso, la expresión de ansiedad que no pudo controlar traicionó sus palabras.

Sintiéndome abatida y realmente avergonzada, incliné la cabeza y respondí:

—Gracias por invitarme, pero usted sabe que a mi padre no le gusta que atraviese los bosques para venir hasta aquí.

Arden me miró un instante, luego observó a su madre, y en tono sombrío, sugirió:

—Mamá... esto resulta realmente demasiado... ¿No podrías *tú misma* decírselo a Audrina?

Se ruborizó primero... Luego palideció. Yo ya no quería saber nada. Lo único que deseaba era escapar. Me puse en pie para marcharme.

Pero de repente, Billie abrió la válvula de escape de sus emociones:

—¡Por qué no!

Haciendo aspavientos con sus esbeltos pero musculosos brazos, empezó explicándome:

—Audrina, niña querida, lo que tienes delante fue en otro tiempo la campeona olímpica de patines sobre hielo, que luego se convirtió en profesional del deporte. Estuve en esas actividades dieciocho años. Tuve un tiempo glorioso. Disfruté plenamente cada minuto de esa vida excitante. Arden puede contarte historias del modo cómo vivíamos, de lo que acarreábamos en la cajuela del coche. Viajamos por todo el mundo divirtiéndolo a la gente, hasta que un día fatídico yo me caí en el hielo, porque alguien había dejado ahí un broche del pelo. Pude haberme roto la pierna, pero lo único que sucedió fue que el patín me la cortó. Esa cortada debió haberse cicatrizado en una semana, poco más o menos. Pero no se cerró ni en seis meses, porque los médicos descubrieron que yo era diabética. ¿Podrás creer que mi pierna estaba descomponiéndose a ojos vistas y no parecía haber nada que los doctores pudieran hacer para impedirlo? En toda mi carrera no había visto nunca un médico. Supongo que si hubiera sabido la clase de enfermedad perniciosa que tenía, habría desistido del deporte mucho tiempo antes. Pero tal como fueron las cosas, pude gozarlo plenamente... ¿no es cierto, hijo?

—Sí, mamá. Tuviste satisfacción plena en la vida y de eso yo me alegro —los ojos le brillaron de orgullo al sonreír después de haber hecho esa declaración—. Ahora mismo puedo cerrar los párpados y verte patinando: ¡la estrella del espectáculo! ¡Me sentía tan orgulloso, muy orgulloso!

Hizo una pausa y volvió a dirigir la mirada hacia mí.

—Audrina, lo que mi madre está tratando de decirte, y le cuesta mucho trabajo hacerlo, es...

—¡Qué no tengo piernas...! ¡Eso es...! —chilló Billie.

La miré incrédula.

—¡Sí! —gimió—. Yo esperaba que nunca lo averiguaras. Quería que fuéramos amigas. Quería que me trataras como a un ser humano normal, no como a un monstruo.

Pasmada ante semejante revelación, me sentí enferma. Tenía la mirada fija en el rostro de ella, tratando de no ver en dirección adonde deberían haber estado las piernas, debajo de aquella abundante y plisada falda. ¿Nada de piernas? ¿Cómo iba de un lado a otro? Yo sentía ganas de salir de ahí, de correr, de gritar. Ahí estaba otra hermosa, amable y admirable mujer a quien Dios había castigado... Una persona más que no recibiría la aprobación de papá.

Un silencio imponente llenó el pequeño recinto y se difundió por toda la cabaña, casi como si el tiempo se hubiese detenido en su marcha. Los tres estábamos como quien se encuentra al borde de un inmenso abismo que quisiera devorar a Billie y separar para siempre a Arden y a mí. Cualquier cosa que dijera o hiciera, cualquiera

que fuera la expresión de mi semblante en ese momento, les diría más que todas las palabras que tratara de pronunciar.

No sabía qué hacer, ni qué decir... ¡Ni siquiera qué pensar! Mi mente anduvo a tientas, impotente, tratando de encontrar algo que le sugiriera las palabras adecuadas... Luego pensé en mi madre. Imagínate... simplemente imagínate que mamá hubiera vuelto del hospital sin piernas. ¿Qué habría sentido yo? ¿Disgusto, repulsión? ¿Me habría avergonzado de que la vieran? No. Yo la hubiera querido viva, fuera como fuera. Haría cualquier cosa por tener de nuevo a mamá, con piernas o sin ellas. Entonces me volvió la voz.

—Usted es la mujer más hermosa que yo haya visto, con cabello negro —le dije con absoluta sinceridad—. Me atrevería a decir que es la mujer más hermosa que conozco, pero también mi madre lo era. Si yo pudiera tenerla conmigo, no me importaría que tuviera piernas o no...

Hice una pausa, me sonrojé y me sentí culpable... Porque a mamá sí le hubiera importado. No habría sido capaz de hacer frente a semejante pérdida. Habría llorado, se habría ocultado y tal vez habría muerto por la falta de voluntad de vivir sin piernas.

La admiración que sentí hacia Billie predominó sobre cualquier otro sentimiento. Ella había estado dispuesta a vivir por Arden, por sí misma, en cualquier situación.

—También pienso que usted es la mujer más amable y generosa que yo haya conocido —seguí diciéndole—. He estado amontonando sobre usted todos mis problemas y ni una sola vez me dio el menor indicio de tener uno de esta magnitud.

Sintiéndome humillada y avergonzada, volví a bajar la cabeza. Me había tenido lástima, sólo porque mi memoria estaba perforada por agujeros por los que se escaparon los secretos de mi existencia.

Pero una vez que empezó a decirme algo de sí misma, Billie estaba decidida a contármelo todo:

—Mi esposo me abandonó poco después de haber vuelto yo a casa a raíz de la segunda amputación, hace dos años —no había amargura en su voz—. Pero mi hijo me ayuda. Por lo menos me apoya en lo que yo no puedo hacer por mi cuenta... Aunque... soy bastante buena para valerme por mí misma, ¿no es cierto, Arden?

—Sí, mamá. Eres extraordinaria. Hay muy pocas cosas que no puedas hacer sola —me sonrió a mí, sintiéndose muy orgulloso de su madre.

—Desde luego, mi exmarido nos manda su cheque insignificante cada mes —añadió Billie.

—Papá volverá un día, mamá... yo lo sé.

—¡Ya lo creo! Un año en que todos los días sean domingo...

Pegué un salto para correr a besar su mejilla, sobrecargada de colorete, pero siguiendo mi impulso espontáneo le di un fuerte abrazo. Sus robustos brazos me envolvieron casi automáticamente, como si no hubiera podido resistir a alguien que la amaba y la admiraba. Las lágrimas le rodaban por las mejillas y el rímel le formaba estrías a lo largo del rostro.

—Siento mucho haberme presentado aquí sin previo aviso —me disculpé, tratando de ahogar mis propias lágrimas—. Me duele mucho que haya perdido sus piernas... Pero, Billie... aunque esto suene a puro egoísmo... si usted hubiera seguido patinando sobre hielo yo no la habría conocido nunca... tampoco a Arden... El destino los trajo a mi vida —sonreí y me enjuagué las lágrimas—. Papá dice que el destino es el capitán de nuestras naves, sólo que nosotros no lo sabemos.

—Es un modo cómodo de echarle la responsabilidad a quien no le corresponde... Pero ahora regresa a casa, Audrina, antes que tu papá venga a buscarte. Te veré otro día... si quieres volver.

—¡Oh, claro, no tardaré en volver! —prometí con confianza.

Ese día, Arden volvió a acompañarme por entre el bosque.

Yo iba llena de admiración hacia Billie... y también de estupor. Quería saber cómo se ingeniaba para limpiar la casa y lavar la ropa, sin piernas. Si pudiera decir a Vera todo lo que aquella mujer podía hacer sin piernas, ¡mientras ella no lograba hacer nada, aun teniendo las dos!

Me preguntaba también si sabría qué hacer cuando llegara el día en que viera a Billie sin aquellas faldas tiesas que la cubrían. A buen seguro que no podría andar con tanta ropa en pleno verano...

Al llegar a los linderos del bosque, la despedida fue precipitada. Arden tenía aún que entregar sus periódicos y luego algunas bolsas de comestibles. Era muy probable que no pudiera prometerse suficiente sueño mientras no obtuviera su título universitario. Lo vi darse vuelta y regresar a su casa corriendo. Era tan consciente de sus deberes, tan dedicado a su madre y tan preocupado por darle ayuda económica, que yo cada día contaba con menos tiempo para pasarlo con él. Todo tiene un precio, pensé con tristeza, mientras abría la puerta lateral y entraba a nuestra casa de las sombras.

Tendida sobre el diván color púrpura, Vera se hallaba sumida en la lectura de otra de las novelas románticas que llenaban el clóset de mamá. Estaba tan embebida en la lectura que no me prestó mucha atención. Yo quería hablarle de Billie, pero algo me detenía, haciéndome temer que ella pudiera decir una cosa indebida. Además, para ella no significaría nada saber con cuántos esfuerzos trabajaba Billie. Vera pensaba que el trabajo es para la gente tonta que no sabe vivir mejor. «Mi cerebro me sacará adelante», me había dicho muchas veces. Al observarla, mientras ella seguía sin notar mi presencia, pude ver que la punta de su lengua se deslizaba sin cesar sobre el labio inferior. Los ojos se le veían vidriosos. Levantaba los senos en un movimiento inquieto, y al fin se llevaba la mano, por debajo de la blusa, para acariciárselos. Luego dejó el libro a un lado, echó la cabeza hacia atrás y empezó a usar la otra mano debajo de la falda. Me quedé atónita contemplándola, pero tuve que protestar:

—¡Vera, deja de hacer eso, se ve muy feo!

—¡Lárgate! —me ordenó, casi en un murmullo, sin abrir los ojos—. ¿Qué sabes tú de nada? Eres un bebé en medio del bosque, ¿no es cierto?



Como yo tenía ya unos años más, papá me llevaba con frecuencia a su oficina de correduría de bolsa, permitiéndome observar y escuchar lo que hacía, para que aprendiera algo. Yo era ahí su obra maestra, reemplazando a mi madre, que muchas veces se había sentado precisamente en la silla en que me encontraba yo, al lado del escritorio de papá. Hombres y mujeres de edad entraban y hablaban conmigo y hacían bromas con papá, antes de iniciar el diálogo sobre asuntos financieros que él me había enseñado a entender.

—Mi hija será un día mi socia de negocios —informaba con orgullo a todos los recién llegados, que no lo habían oído decir esa frase un centenar de veces—. Con esta clase de hija, un papá no necesita tener un hijo.

En días como éstos me hacía sentir bien, porque terminaban con cena en un restaurante de categoría y después con una película. Pude ver por las calles de la ciudad pordioseros sin piernas, que se movían sobre carritos que hacían rodar con las manos, a veces enguantadas. Se valían de pequeños instrumentos, parecidos a minúsculas planchas con asiento de goma, para aferrarse a las aceras, evitando que las manos se les llenaran de ampollas. Tratando de no prestarles atención, o de distraerme si ya los había notado, miraba en otra dirección, actuando como si ellos no existieran.

Al día siguiente tuve que decirle a Billie algo que me había guardado desde el día que supe lo de la pérdida de sus piernas.

—Billie, he estado viendo en la ciudad gente sin piernas. No me impresionaría nada el verte alguna vez sin tus largas faldas.

Me miró frunciendo el ceño y se dio vuelta, mostrándome aquel encantador perfil suyo, clásico y perfecto. Luego, protestó:

—Yo sabré cuando estés realmente dispuesta a verme sin mis faldas largas. Tus ojos me lo revelarán. Ese momento no ha llegado aún. No es un espectáculo agradable, Audrina. Esos hombres que ves en la calle usan pantalones que se doblan para que no puedan verse los muñones. Hubo un tiempo en que yo tuve piernas muy bellas. Ahora tengo muñones de veinte centímetros, que ni yo puedo mirar sin sentir repugnancia...

Suspiró, se encogió de hombros y me obsequió una sonrisa encantadora. Después continuó:

—A veces esas piernas que me faltan me duelen todavía. Dolor fantasma, lo llaman los doctores. Despierto en la noche y siento las piernas bajo mi cuerpo... a veces me duelen tanto que no puedo menos que despertar a Arden. Él viene corriendo y me da un medicamento que el doctor ha prescrito. No me deja tenerlo a la mano, por temor de que por accidente vaya a tomar demasiado. Me produce tal

obnubilamiento en la cabeza, que no puedo recordar si tomé una o dos píldoras. Mientras espero a que produzca efecto, él aguarda, sentado en mi cama, contándome historias bobas para hacerme reír. A veces, ese hijo mío se queda despierto toda la noche para distraerme cuando los dolores no quieren irse. Dios fue muy bueno conmigo el día que me dijo que no destruyera al bebé que podría arruinar mi carrera. Lo pensé dos veces y renuncié al aborto. Si hubiese sabido hace mucho tiempo que todos los hijos que evité habrían sido como Arden, tal vez hubiera tenido doce...

¿Trataba de decirme que había tenido muchos abortos? Yo no quería pensar eso de ella. Me convencí a mí misma de que había hecho alguna otra cosa para no tener bebés y verse obligada a renunciar a su carrera. También estaba segura de que, aunque hubiese tenido un centenar de hijos, sólo uno habría sido como Arden: dedicado, responsable, todo un hombre, aun antes de acabar de ser un chico. Nunca estaba deprimido o enojado. Siempre ecuánime, de temperamento uniforme, presente cuando se le necesitaba. Como Billie.

Abrumada por mis propios pensamientos me levanté para ir a abrazarla. Nunca había podido dejarme llevar de mis impulsos para mostrar afecto a mi tía, aunque lo deseé muchas veces. Necesitaba que Billie fuera la que reemplazara a mi madre, sobre todo en vista de que la tía Ellsbeth nunca me dejaba acercármele demasiado.

—De acuerdo, Billie, tal vez no esté aún lista para verte sin tus largas faldas, pero si un día vengo y no las tienes puestas, no me producirá ninguna repugnancia. Me verás a los ojos y no encontrarás más que admiración y gratitud por ser tú lo que eres y también por haber dado al mundo un Arden.

Me miró y puso a mi alrededor sus fuertes brazos; antes de fijar la vista en mis ojos con gran intensidad. Su voz tenía un tono de tristeza cuando me aconsejó:

—No andes enamorándote con demasiada prisa, Audrina. Arden es mi hijo y yo lo considero perfecto. Pero todas las madres pensamos que nuestros hijos son perfectos. Tú necesitas a alguien especial. Me gustaría creer que ese ser especial para ti es Arden, porque no quiero que jamás te decepcione... Pero si en un momento lo hiciera, recuerda que ninguno de nosotros es perfecto. Todos tenemos un talón de Aquiles... por decírtelo de algún modo.

Luego, con una perspicacia especial, siguió escudriñando mi mirada... tal vez incluso mi alma, y me preguntó:

—¿Qué es lo que te perturba tanto, Audrina? ¿Por qué veo todas esas sombras en esos hermosos ojos violeta?

—No lo sé —la aferré con fuerza—. Pienso que debe ser porque detesto que se me haya dado el nombre de una hermana mayor que murió misteriosamente a los nueve años. Quisiera a toda costa haber sido la primera Audrina, que también fue la mejor. Mi papá nunca deja de decirme lo maravillosa que era, y cada palabra que usa para alabarla me hace sentir que yo no estoy a la altura de ella. Siento que pesa sobre mí una maldición... Y ahora la siento doble, desde que mi mamá murió el día de *mi* noveno cumpleaños, y Silvia nació ese mismo día. Es grotesco y me parece indebido

que tantas cosas sucedan cuando llega el noveno día del noveno mes...

En una actitud de consuelo me tuvo abrazada, escuchándome con mucha paciencia, hasta que dejé de hablar.

—Absurdo... Completamente absurdo. Tú no estás embrujada, ni llevas auestas una maldición... Si bien es cierto que tu padre debería tener el criterio necesario para no estar hablando tanto de una chica que se encuentra ya en la tumba. Por lo que oigo decir a mi hijo acerca de ti, si fueras más perfecta tendrías que llevar un halo encima, sería necesario que te salieran alas y que tuvieras bajo los pies un pedestal de oro macizo. ¡Qué bobería! ¿No crees? Es curioso cómo los hombres quieren que las mujeres parezcan ángeles y actúen como... en fin, no me hagas caso... eres demasiado pequeña para oír más de esto.

¡Malhaya mi suerte! Iba tan bien... ¡Y tuvo que parar precisamente cuando estaba a punto de decir algo que valía la pena! Lo mismo que mamá, que tía Ellsbeth y Mercy Marie... De repente se sintió mortificada y me dejó en suspenso, esperando una información que nunca llegaría.



Una tarde me encontraba en la mecedora, dejándome llevar perezosamente hasta un punto situado más allá de donde estaban los muchachos que asaltaban.

Supe entonces que era la presencia de papá, aun estando fuera, en el pasillo, lo que me había impedido averiguar en la mecedora algo más que el terror de los bosques. Estando sola pude llenar el cántaro vacío con bienestar y paz, pero mientras papá se mantuviera cerca, yo tenía que quedarme detrás de la mecedora y hacer mucha presión sobre ella con las manos, para lograr que las duelas del piso crujieran. Y él no se iba sino cuando pensaba que todo estaba dando ya resultado.

Esta vez conseguí pasar por la escuela y seguir adelante, dirigiéndome a un lugar maravilloso, cuando alcancé a oír una discusión acalorada en el piso bajo, en la recámara de mi tía. De mala gana renuncié a la visión de la primera Audrina y regresé a convertirme simplemente en mi propio yo. Mi tía hablaba a gritos:

—¡Esa niña tiene que ir a la escuela, Damian! Si no la mandas, alguien va a denunciarte a las autoridades escolares. Tú les has dicho que estás contratando mentores para que la eduquen, y no es verdad. Además, no sólo va a estar descuidada desde el punto de vista de su instrucción... también se le da mal trato en otros aspectos. ¡Tú no tienes derecho a obligarla a sentarse en esa mecedora!

—¡Yo tengo derecho a hacer lo que quiera con mi propia hija! —replicó enfurecido—. ¡Soy yo quien manda en esta casa, no tú! Además, ella no le tiene miedo a la mecedora, como se lo tuvo en otro tiempo. Ahora va de buen grado, con gusto. Te he dicho que tarde o temprano la silla hará el milagro que espero.

—No te lo creo y... aunque se siente en ella por gusto, cosa que dudo, yo quiero que esa niña vaya a la escuela. Todos los días la veo cómo desde la ventana se queda contemplando a Vera, deseando con tanto anhelo lo que ésta tiene, que casi me hace llorar de compasión. ¿No te parece que ha soportado ya demasiado, Damian? Deja que vuelva a hacer la prueba, para que encuentre su lugar. Dale otra oportunidad... ¡Por favor!

El corazón estaba dándome vuelcos en el pecho. ¿Sería posible que después de todo mi tía realmente se interesara por mí? ¿O que Lamar Rensdale hubiera encontrado una forma de convencerla de que necesitaba la escuela si tenía que crecer y convertirme en una chica feliz y normal?

Papá cedió. Se me permitiría ir a la escuela.

¡Una cosa tan pequeña y normal, y a mí me llenaba de una alegría desbordante! Cuando tuve la oportunidad le dije al oído a la tía Ellsbeth, mientras Vera se hundía entre las páginas de otra novela:

—¿Por qué, tía Ellsbeth? Nunca creí que te importara si yo recibía educación formal o no...

Me tomó de la mano, me llevó a la cocina y cerró la puerta, como si ella también quisiera evitar que Vera oyese lo que tenía que decirme.

—Voy a ser completamente franca contigo, Audrina. La verdad es algo que tú tienes pocas probabilidades de oír en este manicomio de casa, como no sea yo quien te lo diga. Ese hombre que te enseña a tocar el piano vino aquí un día y me apremió a hacer algo para ayudarte. Amenazó con ir ante la junta directiva escolar a denunciar tu situación. A tu padre le habrían puesto una multa, quizá incluso lo habrían enviado a la cárcel por retener a una menor de edad fuera de la escuela.

¡No podía creerlo! ¡Lamar Rensdale cumplió su promesa! Por cierto que había tardado bastante en hacerlo... Reí y me puse a dar vueltas de regocijo. Estuve a punto de abrazar a mi tía, pero ella retrocedió. Lo que pude hacer fue correr al piso de arriba, sentarme en la mecedora y empezar a cantar, con la esperanza de encontrar a mamá y poder comunicarle mis buenas nuevas.



## CASI UNA VIDA NORMAL

**P**apá me llevó de compras para que tuviera lo necesario para asistir a la escuela en febrero, a principios del semestre. Todos mis regalos de Navidad fueron ropa escolar: chaquetas, sobretodos, zapatos, incluso ese impermeable como el de Vera, que yo había estado esperando durante años y años. Era emocionante escoger faldas y blusas, suéteres y chaquetas. Papá no me dejaba comprar los pantalones de mezclilla que otras chicas usaban.

—¡No quiero pantalones para mi hija! —gritaba para que la vendedora lo oyera—. Revelan demasiado. Tú vas a recordar siempre que debes sentarte con las piernas juntas y ni siquiera mirar a los muchachos... ¿Me oyes?

Sus palabras eran suficientemente ruidosas para informar a toda la tienda de productos generales. Me ruboricé y le dije que bajara el tono. Un ánimo agrio se posesionaba siempre de él cuando se ponía a hablar de muchachos.

Cuando al fin llegó febrero, yo me encontraba como un pequeñuelo que esperara el circo que debería hacerlo feliz para siempre. No había qué temer de los bosques, porque en las mañanas papá me llevaría en coche, y en las tardes regresaría en el autobús escolar.

—Vas a odiar esto —proclamó Vera—. Tú crees que va a ser divertido, que los maestros van a tener interés en que aprendas, pero no lo tienen. Te sentarás en un salón, con otros treinta y cinco, y pronto verás que ahí no hay más que fastidio, aburrición..., insípida monotonía. Si no estuvieran ahí los muchachos, yo me fugaría de casa y no volvería jamás.

Nunca me había dicho cosa semejante. Cuando yo no podía ir a la escuela, ella volvía a casa con informes jubilosos de todas sus actividades amenas y divertidas. Las amigas las contaba por centenares... ¡Y ahora me decía que no tenía ninguna!

—Nadie quiere a una Whitefern... ¡Aunque se esconda detrás del nombre de Adare!

Papá le dijo que cerrara la boca. Yo me di prisa a desear las buenas noches, subí corriendo las escaleras y entré al cuarto de juego donde podía mecarme y contar a mamá lo que pasaba en mi vida. En algún lugar allá arriba, yo estaba segura de que

ella podía escucharme y se sentía feliz de verme así. Al volver a mecarme, las paredes parecieron disolverse una vez más, volviéndose porosas, y la primera Audrina apareció corriendo a campo traviesa por entre un inmenso prado de flores, dejando oír su risa alegre, mientras un chico como de unos diez años trataba de darle alcance. De pronto, ella se dio vuelta para enfrentársele en el momento en que él lograba aferrar su cinturón y, al tirar de éste, se le quedaba en las manos. ¿Quién era? ¿Por qué miraba a la primera Audrina en esa forma? La escena se desvaneció, y la otra Audrina apareció de nuevo en la escuela. Detrás de ella se hallaba sentado un muchacho enorme, muy feo, con granos en la cara, y nuevamente le tomaba los bucles, uno por uno, para metérselos en su tintero de tinta china, sin que ella se diera cuenta. Era la clase de arte.

—¡Aaauudriiinaaa!

Era la voz de Vera que trataba de cantar con ritmo monótono y espantoso, haciéndome volver en mí. Estaba en el umbral, observándome.

—¡Quítate de esa silla! ¡Ya tuviste demasiado! ¡Tú no necesitas el don de ella, además de lo que ya tienes! ¡Salte de ahí y no vuelvas a sentarte en esa silla! ¡Es mía, yo soy la que más necesito el don de ella!

Le dejé la silla, pensando que tenía razón. Yo no necesitaba ese don desconocido. A la otra no le había conservado la vida hasta los once, como a mí. Yo sobrevivía... ella no... Por ahora, eso solo era ya suficiente don.

Sintiéndome muy nerviosa, la mañana siguiente me vestí para mi primer día de escuela. Mi falda era de intenso azul oscuro, de una lana ligera que tendría que lavarse en seco. Me temblaban las manos al hacerme el nudo, con el listón negro, sobre el cuello de la blusa blanca.

—Te ves preciosa —me alabó papá desde la puerta, aprobando mi aspecto con una franca sonrisa.

Detrás de él estaba Vera, con la envidia retratada en el rostro. Sus ojos oscuros me repasaron de pies a cabeza. Luego, comentó:

—¡Por favor, papá! Ya nadie se viste así —su tono era de burla—. Todo el mundo va a reírse de esta Audrina tan bien vestida —miró con mal disimulado donaire su propio atavío (pantalón de mezclilla descolorida y suéter) y concluyó—: Yo sí estoy a la moda.

Lo que dijo sirvió bien poco para darme la confianza que necesitaba. Yo quería adaptarme bien, no sobresalir como cosa extraña. Pero papá se negaba a dejarme vestir con otra cosa que no fueran faldas, blusas, suéteres o vestidos.

Mientras Vera subía al autobús escolar, rumbo a su secundaria, papá me llevaba en coche a mi primaria y entraba conmigo a la oficina del director. Mi ingreso a la escuela había sido previsto, así que no hubo nada notable en él, excepto el hecho de que tenía que enseñármelo adónde ir y qué conducta se esperaba de mí. Por lo visto, el director creía que yo había estado enferma durante mucho tiempo. Con una actitud de amable comprensión me sonrió y me alentó:

—Te sentirás muy a gusto una vez que conozcas bien el lugar.

Cuando papá se dio vuelta para marcharse, fui presa del pánico. Sentí como si hubiera tenido seis años de edad. Luego, mi pánico aumentó más aún, porque no recordaba haber tenido nunca seis años. Papá me miró de reojo por encima del hombro y comentó:

—Esto fue lo que quisiste, Audrina, lo que tanto suplicaste... Si puedes, gózalo.

—Eres una niña encantadora —me halagó el director, mientras caminaba a grandes pasos por un largo corredor, haciéndome la seña de seguirlo—. La mayoría de los chicos aquí son muy disciplinados, con excepción de unos cuantos. Tu padre me explicó que tu tía es maestra y que te ha tenido ocupada con trabajos escolares. Seguramente te adaptarás bien al quinto o sexto grado. Te inscribiremos por lo pronto en el quinto, para que no te sientas abrumada, y si puedes trabajar bien ahí, te promoveremos al siguiente —me miró, dedicándome otra cálida sonrisa—. Tu padre es una bella persona y opina que su hija es realmente brillante. Estoy seguro de que él es el que mejor lo sabe.

Miré a mi alrededor, a todos los chicos, que a su vez me observaban a mí. Su indumentaria era muy sencilla, como nos lo había advertido Vera. Sin embargo, ella misma me dijo el día anterior al de las compras que la ropa que yo llevaba puesta era la indicada para la escuela elemental. Debía haber supuesto que estaba mintiéndome. Todas las chicas usaban pantalón de mezclilla. Ninguna tenía listones en la cabeza. Con un gesto furtivo me desaté el mío y lo dejé caer al suelo.

—¡Oye! —me advirtió un niño que caminaba detrás de nosotros—. Se te cayó el moño de la cabeza.

Varios estudiantes lo habían ensuciado ya, pisándolo con sus tenis. No supe qué hacer con él y lo escondí en mi pequeño bolso de mano.

—Niñas y niños —saludó el director, después de haber entrado a nuestro salón de clase—, quiero que conozcan a Audrina Adare. Hagan todo lo posible para que se sienta bienvenida.

Me sonrió, me señaló un mesabanco vacío y salió del salón. Como la maestra no se había presentado, me senté, con mi cuaderno y mis nuevos lápices, sin saber qué hacer. En algún lugar recóndito de mi mente tenía una vaga idea de que necesitaba libros... Los demás alumnos los tenían. Delante de mí estaba sentada una bonita niña de cabello oscuro y ojos azules. Se dio vuelta para decirme:

—No tienes por qué estar tan asustada. Te gustará nuestra maestra. Se llama la señorita Trible.

—No tengo ningún libro —respondí en voz muy baja.

—¡Oh, ya te los darán! Te darán más de los que puedes llevar todos los días a casa —vaciló un instante y me miró con detenimiento; luego me preguntó—: ¿Qué nunca habías venido a la escuela?

Por algún motivo no podía responderle simplemente que no, así que decidí mentir y le contesté:

—Claro que sí, pero estuve fuera un tiempo y... fue cuando me rompí la pierna...

Al fin, Vera me había servido de algo. Podía utilizar todas sus lesiones y dar un informe exacto de cada una. Las demás chicas no tardaron en acercarse para oír la historia de mis huesos rotos, que eran la causa de que hubiera estado alejada de la escuela hasta los once años.

Cuando la señorita Tribble entró al salón se quedó viéndome con la más pertinaz y extraña de sus miradas. Su sonrisa no era espontánea.

—Pongámonos de pie para saludar a la bandera —ordenó—. Luego pasaremos lista y cada uno responderá «presente».

Un muchacho que estaba atrás de mí rió entre dientes y comentó:

—¡Vaya! ¿Qué le pasa ahora? Nos trata como si no supiéramos lo que hay que hacer.

Yo estaba emocionada, pero también desconcertada, preocupada, tensa y no demasiado feliz. Tuve la impresión de que la señorita Tribble no me había encontrado simpática. Pensé que varios grupos de chicos que andaban por los corredores a la hora del almuerzo de mediodía hacían comentarios sobre mí. No me resultó tan maravilloso como pensaba hablar con chicas de mi edad, y por mi parte me sentía como alumna del primer grado, aterrada, sin saber qué hacer si necesitaba ir al baño. ¿Dónde estaba el baño?

Cuanto más pensaba en ese problema, tanto más grave me parecía. No tardé en necesitarlo en forma tan apremiante, que me sentí en estado de agonía. Empecé a cruzar y encoger las piernas una y otra vez.

—¿Te pasa algo, Audrina? —preguntó la maestra.

—No, señorita —le mentí, por pena de decir enfrente de los muchachos lo que tenía.

—Si necesitas permiso de salir, el baño de las niñas está al final de esta ala del edificio. Da vuelta a la izquierda al salir del salón.

Ruborizada y sintiéndome más miserable que nunca, me levanté de un salto y salí corriendo en medio de las risas de todo el grupo. Al volver, mi vergüenza era todavía mayor.

—Entra, Audrina —me invitó la señorita Tribble—. El primer día en una nueva escuela es siempre un tanto traumático, pero no tardarás en saber dónde están las cosas. Lo que no sepas, pregúntalo.

Luego, sin más trámites, se dirigió a toda la clase, golpeando ligeramente el pizarrón con su puntero, para solicitar la atención de todos.

De un modo u otro me ingenié para superar los primeros días de escuela, los más aterradores. Hice lo que hacían las demás chicas, amparándome bajo su sombra. Sonreía con ellas, o reía, según el caso. Pronto empecé a sentirme muy falsa. Algo de lo que aquellas chicas murmuraban en los cuartos de baño me impresionó muy desagradablemente. No sabía que las niñas hablaran así. Poco a poco averigüé lo que había hecho a Vera ser como era. Se había conformado al ambiente. Yo no podía

hacerlo. No sabía reír de chistes que me parecían groseros en vez de graciosos. No conocía el juego de embromar a los muchachos y echar a correr, porque tenía demasiadas visiones de la primera Audrina, aquel día lluvioso en los bosques. Me hice amiga de una niña: la que se sentaba delante de mí.

—Todo va a salir bien —me consoló, al final de la primera larga semana de clases—. Pero no trates de vestirte mejor que las muchachas ricas de la ciudad... a menos que tú también seas rica —me miró con un gesto de perturbación—. Eres rica... ¿verdad? Hay algo diferente en ti... No es sólo la ropa que te pones y el aspecto de tu cabello, que es el más bonito que he visto, sino que... parece que vienes de otro siglo.

¿Cómo decirle que me sentía como si hubiera venido de otro mundo? El del siglo XIX, viejo y anticuado como la casa en que vivía.

Mi clase no era tan grande como Vera había vaticinado. Al contrario, era pequeña. Mi escuela era particular. Eso hizo que Vera me tuviera más rencor aún, porque ella asistía a la escuela pública.

Con toda fidelidad seguí acudiendo a mis clases de música todos los días, al salir de la escuela. Algún día sería una buena pianista, si continuaba como iba. Lamar Rensdale me trataba con una amabilidad especial.

—¿Sientes gratitud por estar asistiendo a la escuela? ¿O más bien preferirías que yo no me metiera en lo que no me importa?

—No, señor Rensdale, siempre le estaré agradecida por lo que hizo, pues ahora empiezo a sentirme persona real, cosa que no había experimentado antes. Eso se lo debo a usted.

—Adiós, buena suerte y que tu música viva para siempre —me dijo a guisa de despedida, mientras yo salía corriendo y entraba de un salto al viejo coche que Billie le había comprado a Arden.

Mis maestras parecían tratarme con mucho cuidado y yo apreciaba su solicitud. Me sonreían para darme ánimo y me daban libros que yo llevaba a casa diariamente. Después de dos meses de escuela, descubrí que en mi interior existía cierta fuente oculta de conocimientos que hacía pensar que tal vez había estado antes en la escuela. Quizá de hecho absorbí todos los recuerdos de la primera Audrina, o mi madre y mi tía me dieron muy buenas clases cuando me sentaba ante la mesa de la cocina. Los demás mentores que papá seguía diciendo que contrató (y que yo no podía recordar), debieron haber servido también de mucho.

Por vez primera se permitió a Arden visitarme y sentarse a nuestra mesa el domingo de Pascua. Yo había suplicado, rogado, llorado y amenazado para lograr que Billie fuera con él, pero ella se negó a ello.

—Ven a verme después de tu comida. Tendremos ese postre de chocolate que dices que tu tía no sabe preparar bien.

Aquella comida fue algo miserable, porque papá no dejaba de interrogar a Arden acerca de su padre: quién había sido, en qué se ocupaba y por qué había abandonado a su mujer y a su hijo. Vera no perdió un instante para coquetear con Arden, haciendo

alarde de sus grandes pestañas y retorciéndose y dándose vuelta una y otra vez para exhibir los senos, mostrando inequívocamente que no usaba sostén. A Arden parecía pasmarlo el tamaño de nuestra casa. Miraba alrededor en actitud incómoda, como si pensara que él nunca podría permitirse tener ni la mitad de aquello.

Cuando llegó el verano, Arden y yo pasamos juntos todo el tiempo que pudimos. Me enseñó a nadar en el río Lyle... A nadar realmente, como lo hacía él. El lecho del río era lodoso y pavimentado de ostras y cangrejos. Se veía cómo nadaban los salmonetes, cómo saltaban y retozaban en el agua, sobre todo en la penumbra del anochecer. Más tarde, el ruido clásico que producían al salpicar me llegaba al oído en medio del sueño, y me despertaba. Entonces me acercaba a la ventana para contemplar destellos de luna que rielaban sobre la superficie del agua. Algo maravilloso sucedía dentro de mí ese verano, algo que me impulsaba a despertar y huir de casa. Pero por más que me esforzaba por dejar a Vera atrás, siempre iba a la zaga de mi huella.

Vera presionaba a Arden a que la enseñara a conducir su viejo automóvil. Yo tenía esperanzas de que él se negara, pero aceptó a adiestrarla en los caminos vecinales, donde no había mucho tráfico. Un día, después de esa lección, nos dimos prisa para volver al río. Nos despojamos de la ropa. Debajo llevábamos puesto el traje de baño. La temperatura alcanzaba casi 37 °C a la sombra. De pronto me di vuelta y pude ver a Arden contemplando a Vera con su exiguo bikini. Los tres triangulitos color verde brillante formaban un contraste muy agradable con el color de su pelo. Su cutis pálido se había bronceado hasta adquirir con el sol un ligero tono cobrizo. Hasta yo tenía que admitir que se veía sumamente bonita. Por otro lado, su cuerpo era ya el de una mujer, con senos muy bien desarrollados, que parecían querer salirse de aquel juguete de portabusto verde. Mi pecho, en cambio, era todavía tan plano como el fondo de una sartén.

Vera se paseó cerca de él con una pequeña toalla verde caída al azar sobre un hombro. Movía los labios cadenciosamente. Por lo visto, el encanto de aquel espectáculo hizo que Arden se olvidara de mí por completo.

—Estoy demasiado cansada de conducir el coche y del largo camino hasta aquí. Arden, ¿querrías ayudarme a bajar por la pendiente?

Él se dio prisa a prestarle apoyo para un descenso, que yo sabía que ella podía hacer muy bien por sí sola. Por alguna razón parecía no poder soltarle la cintura ni el brazo. Los dedos alrededor del bíceps rozaban apenas la tersa superficie de aquel seno turgente, recién formado. Yo enrojecí de rabia cuando Vera le sonrió, mirándolo a los ojos y alabándolo:

—Cada año te pones más guapo, Arden.

Él se sintió nervioso, se ruborizó, retiró las manos del cuerpo de Vera con un movimiento violento y me miró con gesto de culpa.

—Gracias —respondió apenado—. Tú también pareces más bonita cada día.

Abrí los ojos con enorme sorpresa al ver a Vera tendida boca abajo en plena luz

del sol. Arden se cernía sobre ella y parecía no poder alejarse.

—Arden, ¿quieres ponerme un poco de crema para el sol? Esta piel que tengo, tan delgada y tan sensible, me obliga a tener mucho cuidado para no quemarme demasiado.

En efecto, tenía la piel más pálida que yo haya visto jamás. Aun viéndola con aquel bronceado tan bonito, yo no podía explicarme cómo lo había conseguido. Con gran sorpresa para mí, le pidió luego que le soltara el portabusto por la espalda.

—No quiero tener esas líneas blancas... ¡Deja de estar viéndome como una boba, Audrina! No voy a enseñar nada, a menos que haga un movimiento repentino... Además, no creo que Arden no haya visto nunca un par de senos desnudos...

Dejó escapar una sonrisa maliciosa cuando él retrocedió mostrándose azorado... y culpable. Sin embargo, accedió a arrodillarse para soltarle el portabusto y, a pesar de la situación vergonzosa y molesta, supo embarrarle el aceite en la espalda, ¡y por cierto que se tomó una eternidad para hacerlo!

Era demasiado... Yo pensé que las manos de Arden se entretenían innecesariamente en ciertos lugares. Se veía tan excitado que le temblaban las manos. Sintiéndome furiosa con él y con Vera, me levanté de un salto y me fui corriendo a casa, llevando dentro una sensación de odio hacia los dos.

Horas después, Vera entró a mi recámara cojeando, con un rostro encarnado y lleno de felicidad.

—¡Vaya una tonta mojigata que eres tú! —comentó, dejándose caer en mi mejor sillón—. A mí no me interesa tu amiguito. Tengo los ojos puestos en otra persona.

No se lo creí.

—Deja a Arden en paz, Vera. Para conseguirlo tendrás que matarme primero.

Hubiera sido mejor que no dijera eso. Los ojos oscuros se le iluminaron, y replicó:

—¡Oh, oh, si de veras lo quisiera, sería muy fácil, tenerlo!

Hizo un ruido de placer como gato que ronronea, y advirtió:

—Pero no es más que un chico, demasiado inmaduro para mí... Sin embargo... tal vez sea más maduro de lo que yo creo... quizá debiera darle otra oportunidad. La próxima vez le pediré que me unte el aceite... ¡en todo el cuerpo!

—Papá te mataría.

Estiró la pierna desnuda sobre el brazo de terciopelo de mi sillón, mostrando tanto que tuve que apartar la vista.

—Pero no vas a decírselo, Audrina, no lo harás tú, su dulce Audrina... ¿Porque sabes un gran secreto? Estás tomando lecciones con el Don Juan de la aldea de Whitefern... ¡Sí, Lamar Rensdale ha seducido a todas y cada una de las vírgenes de aquí, en un radio de treinta kilómetros a la redonda!

—¡Estás loca! —le grité—. Nunca ha hecho cosa alguna...

Se recargó perezosamente sobre el otro brazo del sillón, en forma tal que la cabellera le colgaba hasta el piso. El minúsculo portabusto del bikini se le subió de

modo que pude apreciar que el sol le había dorado también los pechos. Luego me redargüó:

—Sin embargo, papá no te lo creerá —su tono era insinuante.

Sacudió la cabeza para quitarse la arena que llevaba en el cabello y continuó:

—Papá creerá cualquier cosa que le digan los aldeanos, así que te aconsejo que seas amable conmigo, Audrina.

Cuando se levantó, yo me sentí enferma porque avanzó hacia el espejo y se quitó el traje de baño, haciendo alarde ante mí de lo que ella tenía y yo no. Luego, completamente desnuda, salió de mi recámara, dejándome sobre la alfombra el trajecillo mojado.

Para colmo, me dejaba nerviosa por mis lecciones de música, haciéndome ya temer al hombre en quien hasta ese momento había confiado. La siguiente vez yo me estremecí al sentirlo inclinado sobre mí, y más aún cuando su mano tocó la mía por accidente. Su apuesto semblante se nubló con un gesto de asombro al tratar de mirarme a los ojos, sin conseguirlo.

—¿Qué pasa, Audrina?

—¡Nada!

—Detesto oír decir eso cuando es evidente que algo anda muy mal. ¿Qué te ha hecho dejar de confiar en mí?

—Supongo que unas cosas que he oído —susurré, bajando la cabeza—. Temo que no podré volver aquí...

—Así que —empezó diciendo en tono de amargura—, tú vas a ser como el resto de las chicas, creyendo lo peor de mi persona.

Se levantó del banco y se puso a caminar de un lado a otro de la estrecha sala.

—Da la casualidad de que tú eres la única alumna que me tiene atado a este infame pueblo. No dejo de decirme que, aun cuando no tenga los tamaños para Broadway, al menos estoy contribuyendo a prepararle al mundo una gran pianista.

Sentí pena por él... y por mí también, porque no había otro maestro capaz, más que en la ciudad, a cincuenta kilómetros de ahí, y yo no tenía manera de llegar.

—Señor Rensdale —empecé con esfuerzo.

—¡Lamar, Lamar! ¿Por qué no puedes tutearme? —gritó con enojo, entrelazando los dedos y fíexionándolos hacia adelante y hacia atrás.

—No debo hablarle de tú. Papá me ha advertido que no lo haga, porque es el primer paso... —Vacilé, pues empezaba a sentir un calor muy molesto dentro de mí—. Vera habla demasiado, no lo olvide, y si alguna vez le dice algo a papá de la fama de usted, él se le echará encima. Papá es un hombre enorme y no suele detenerse a escuchar razones. Creería cualquier cosa que Vera le dijese... Y a mí Vera me odia. Él lo sabe, y sin embargo cree todo lo que le dice, porque no confía en ningún hombre que ande cerca de chicas jóvenes. Si no creyera que tengo una mente tan pura y casta, ni siquiera me habría dejado venir a tomar las clases.

—Hablaré con Vera cuando venga a tomar la próxima lección —dejó de pasear y



se paró delante de mí—. Está perdiendo el tiempo conmigo y gastando sin provecho el dinero de tu padre. No tiene ninguna habilidad musical, pero se empeña en seguir haciendo esfuerzos. Lo único que quiere es competir contigo, Audrina. Quiere todo lo que quieres tú. Quiere a tu chico, quiere el amor que tu padre te da a ti y no a ella. Está celosa de ti..., ¡y es peligrosa! Ten cuidado con Vera.

Poco a poco mis ojos aceptaron el encuentro con los suyos. Me tocó apenas el cabello y luego la mejilla, en el sitio por donde se había deslizado una lágrima.

—¿Lloras por mí o por ti misma? —me preguntó en un tono dulce—. ¿Quién te enseñará piano cuando yo me vaya? ¿Qué harás con tu talento? ¿Lo enterrarás bajo los platos que laves y los bebés que des a luz, como hizo tu madre?

—Volveré —musité con un miedo espantoso de ser una copia de las frustraciones de mi madre—. Me expondré al riesgo de que Vera hable con papá... Pero usted también tenga mucho cuidado con ella...

Su sonrisa se dibujó débil y torcida, mientras me enjugaba las lágrimas. Era una sonrisa muy parecida a la de Vera.

Yo tocaba cada día mejor. Delante del piano me sentía como mamá: embelesada por la música que creaba y en cierta forma decepcionada de la vida que llevaba. Algo me faltaba... y no sabía qué sería.

Todo ese invierno me dediqué a contemplar la nieve que caía mansa y silenciosa. Me encontraba necesitada y anhelante, y quise pensar que lo que me hacía falta para sentirme completa era Silvia. En cuanto la tuviera en casa conmigo, pudiendo prodigarle todo mi amor y mis cuidados maternos, cosa que ella necesitaba desesperadamente, yo me sentiría feliz. Seguía preguntándome, como lo había hecho mil veces, cuál sería el problema de mi hermanita. ¿Podría ser tan tremendo que papá tenía la seguridad de que conocerlo sería un golpe tan espantoso para mi «sensibilidad» que no lograría reponerme de él? ¿Era yo realmente tan sensible? Mi tía se burlaba tanto de eso que llegué a pensar que ella compartía con papá la prueba secreta de mi debilidad oculta.



La nieve danzaba al viento, girando como lo harían diminutas bailarinas, oscilando, descendiendo, flotando con un vaivén muy suyo, formando imágenes y diciéndome, siempre diciéndome que nunca, jamás sería libre, como tampoco mamá lo llegó a ser.

Vera entró a mi recámara como un torbellino. El aire frío parecía adherido a su impermeable, que dejó caer sobre un sillón fino, manchando la tapicería.

—¡Adivina qué he estado haciendo! —explotó, casi sin poder contenerse.

Los ojos le brillaban como negros carbones, el frío había convertido sus mejillas

en relucientes manzanas. Llevaba en el cuello unas marcas rojas que se apresuró a señalarme.

—Fueron besos los que me las hicieron —aseveró con una sonrisa maliciosa—. ¡Las tengo en todo el cuerpo! Yo no soy virgen, hermanita...

—¡Tú no eres mi hermana! —repliqué indignada.

—¡Qué importa! Podría muy bien serlo. En fin, siéntate y escucha lo que está pasando en *mi* vida y compáralo con la monótona asfixia de la tuya. ¡He visto desnudo a un hombre, Audrina, a un hombre real, no sólo una foto ni una ilustración! Está tan lleno de pelo... Nunca lo habrías sospechado al verlo vestido de pies a cabeza. El pelo le recorre el cuerpo, desde el pecho hacia abajo, pasando por el ombligo... Forma un vértice y sigue bajando y haciéndose como boscoso hasta llegar...

—¡Basta, Vera! No quiero oír más.

—Pero yo quiero que lo oigas. Quiero que sepas lo que te estás perdiendo. Es maravilloso sentir que me entierran esos veinte centímetros en toda su longitud. ¿Me oíste, Audrina? Se lo medí... Más de veinte centímetros, un miembro hinchado y duro.

Corrí hacia la puerta, pero ella me cerraba el paso. Con fuerza sorprendente me hizo caer al suelo y luego se sentó a horcajadas sobre mí. Pensé en quitármela de encima con un buen golpe, pero temí que cayera y se rompiera otro hueso.

Me puso el pie calzado sobre el pecho, que apenas empezaba a desarrollármese, y siguió explicando:

—Tiene un cuerpo maravilloso, hermanita, realmente fantástico. Lo que hacemos él y yo te produciría una conmoción tal que gritarías y tal vez te desmayarías... Pero yo disfruto plenamente cada segundo de lo que hacemos juntos. Nada me parece demasiado... ¡Ni siquiera bastante!

—No tienes más que catorce años —objeté en un murmullo, realmente impresionada con el aspecto de lunática que tenía y el modo vulgar con que hablaba.

—¡Pronto serán quince! —replicó con una carcajada—. ¿Por qué no me preguntas quién es mi amante? Yo te lo diré... ¡Y con mucho gusto!

—No quiero saberlo. No haces más que mentir. Ahora mismo estás mintiendo. A Lamar Rensdale no le gustaría una chiquilla como tú.

—¿Cómo lo sabes? ¿Porque no te desea a ti? ¿Quién podría desearte a ti, fuera de un mocoso como Arden? Él se siente obligado contigo, se cree protector... Y yo podría decirte tanto al respecto, que probablemente te haría perder el seso, ese seso tuyo que ya se tambalea al borde del abismo de la locura. Cualquiera que goce de plena salud sabe con exactitud lo que pasa en su vida... ¡Cualquiera, menos tú...!

—¡Déjame en paz, Vera! —le grité—. ¡Eres una embustera y lo serás siempre! Lamar Rensdale no te querría después de lo que le conté de papá.

—¿Qué le dijiste de papá? —me preguntó entrecerrando los ojos en un gesto que no prometía nada bueno.

—Le dije que era un hombre enorme y de un genio terrible, y aunque no sea tu padre, tú podrías arruinar nuestro buen nombre.

Soltó una carcajada tan histérica que cayó sobre el piso y rodó como una maniática.

—¡Por favor, Audrina...! ¡Tú realmente no tienes remedio! ¿Arruinar nuestro buen nombre? ¿Cómo puede arruinarse algo que está ya destruido? Si no me lo crees, ve a preguntárselo a Lamar. Él no tiene objeciones contra mi edad. Le gustan las chicas jóvenes. A la mayoría de los hombres les gustan. ¡Si sólo pudieras verlo montado sobre mí, sin una brisa de ropa encima y con ese gran rifle erguido y apuntando hacia...!

Horrorizada por lo que acababa de oír, salí corriendo del cuarto y bajé a la cocina, donde estaba la tía Ellsbeth. Me olvidé de Vera al sentir una gran lástima por mi tía, que siempre estaba trabajando tanto, teniendo que hacer la mitad de mis tareas caseras y la mayoría de las de Vera, ahora que yo ya no estaba en casa todo el día.

La encontré lavando platos. Levantó la vista y lo que pude notar en sus ojos oscuros me dejó pasmada. Brillaban esplendorosos, como si hubiesen sido así toda su vida y al final acabara de descubrir algo jubiloso en su existencia. No llamaba ya a papá cruel e insensible, como lo había hecho una vez, y él no la apodaba ya garrocha ambulante, alta, escuálida y perversa, de lengua viperina.

Empezó a hablarme en un tono de voz que me pareció impregnado de resabios de cariño.

—Audrina, es preciso que tengas cuidado de no dejar que tu padre domine tu vida. Nunca podría hacerlo con Vera, porque a ella no le importa lo que él piense de su persona. Pero como a ti sí te interesa, te vuelves vulnerable. Él está tan centrado en sí mismo que puede llegar a ser cruel al grado de robarte lo que tú necesitas. Miente, engaña y defrauda. Tiene una astucia y una simpatía diabólica; pero, me apena decirlo, carece por completo de honor o de integridad. Si tiene manera de lograrlo, te mantendrá aquí a su lado hasta el día que se muera, y jamás te permitirá vivir una vida que puedas llamar tuya. Yo puedo decir que lo amas. En cierto sentido alabo tu lealtad y devoción. Pero los vínculos de sangre no deben convertirse en cadenas. Tú no le debes a él ni a Silvia tu vida.

¡Oh! ¿Qué estaba queriendo decirme?

—Esta primavera va a traer a Silvia a casa —lo contó en ese tono inexpresivo y monótono que me enchinaba el cuerpo—. Una vez que ella esté aquí, tú no tendrás tiempo para clases de música ni para hacer nada que no sea cuidarla.

La emoción me invadió al pensar que Silvia vendría al fin a casa, pero ese júbilo se vio ensombrecido por las palabras y la expresión de la tía.

—Silvia cumplió dos años el pasado septiembre, tía Ellsbeth. ¿No significa eso que ha pasado ya de la edad de los bebés molestos?

Hizo un gesto de desprecio y añadió:

—Tu padre no quiere que yo hable de Silvia. Desea que tú te apegues mucho a

ella, y yo te lo advierto: no permitas que eso suceda.

La contemplé atónita, totalmente desconcertada. ¿No se suponía que yo tuviera mucho amor a mi hermana? ¿Acaso Silvia no lo necesitaba?

—No me mires en esa forma. Yo pienso en ti, no en ella. Nada puede ayudar a Silvia, y es una pena, pero a ti sí se te puede salvar y eso es lo que yo trato de hacer. No te apegues a Silvia. Haz lo que puedas por ella, pero no la ames demasiado. A la larga me agradecerás que te haya dicho esto ahora y no cuando sea demasiado tarde.

—¿Es una criatura deforme! —exclamé en el paroxismo del abatimiento—. ¿Por qué papá no me lo dijo? Tengo derecho a saberlo. ¿Qué le pasa a Silvia, tía Ellsbeth? Por favor dímelo, tengo que estar preparada...

—No está deforme —corrigió en tono amable, mirándome con compasión—. Más aún, es una pequeñita preciosa. En muchos aspectos se parece a ti cuando tenías la misma edad. El color de su pelo no es tan notable como el tuyo, pero, en fin, apenas ha salido de la etapa del bebé y es posible que la cabellera le cambie y se ponga como la tuya... y la de tu madre. Lo único que espero es que algún día se vea exactamente como tú. Señor Dios celestial, si eso llega a suceder, tal vez tu padre te deje libre de esos juegos tontos de sueños en los que él cree a pie juntillas. Para ser el hombre adulto que es, con su grado de inteligencia, a veces sus supersticiones lo convierten en un verdadero imbécil. Yo te he visto con ese pendulito del anillo sobre las listas de acciones que tú preparas, y te doy crédito por tu ingenio. Ten el suficiente para salvarte cuando llegue el momento.

¿Qué quería decirme?

—Audrina, escucha mi consejo y deja de hacer lo que haces. No trates de ayudarlo. Más bien trata de verlo como en realidad es, alguien decidido a mantenerte atada a él en todas las formas que su calenturienta imaginación sea capaz de sugerirle. Está convencido de que tú eres la única mujer del mundo digna de su amor y devoción, y a ti te dará todo cuanto posee, pero es incapaz de percatarse de que está arrebatándote lo mejor de lo que el mundo puede brindarte.

—Pero... ¡No entiendo!

—Piénsalo... Piensa en el temor que tu padre tiene de envejecer y debilitarse, y de ser recluido en un asilo de ancianos. Para él es una verdadera fobia, es ya una enfermedad, Audrina. Todos tenemos que envejecer... Nada puede evitarlo.

—Pero... pero... —empecé tartamudeando—, ¿por qué tratas de ayudarme, cuando yo ni siquiera sabía si me querías?

—Permíteme explicártelo —contestó cruzando las manos sobre el regazo, en un gesto clásico—. Cuando yo regresé aquí a vivir con mi hija, se me convirtió en una sirvienta. Yo temía alimentar sentimientos de ternura hacia ti. Tenía a Vera, y ella no me tenía más que a mí. El problema era que Vera adoraba a Lucietta y no tardó en despreciarme por permitir que se me esclavizara, cuando no tenía más alternativa que aceptar eso o salirme de aquí. Tenía mis razones para querer quedarme. E hice bien en actuar así, porque... al final resultó como yo pensaba que sucedería si tenía

paciencia.

Yo estaba casi sin aliento.

—¡Dime más! —supliqué ansiosa, casi en un murmullo.

—En el concurso de belleza que tu madre siempre ganaba, como es natural, yo la envidiaba en todos sentidos. Sentía celos de su figura, de su rostro, su talento y, sobre todo, de su habilidad para lograr que los hombres la amaran de un modo tan real... — Se le hizo nudo la garganta—. Hubo un hombre al que yo amé..., sólo uno, pero llegó un día en que vio a tu madre. Una vez que la conoció, todo se acabó para mí. Duele perder, Audrina, a veces duele tanto que tú te preguntas si podrás sobrevivir al dolor. Sin embargo, yo viví, y tal vez un día hasta logre ganar siquiera esa carrera, por falta de competidora...

En ese momento me vino muy clara la idea de por qué mi tía había estado siempre tan celosa de mi madre y por qué mamá le echaba en cara que *ella* siempre lograba lo que quería; en cambio, mi tía no triunfaba nunca. ¡La tía Ellsbeth había estado enamorada de mi padre! A pesar de lo mucho que discutía con él y que desaprobaba su modo de ser, seguía amándolo. Allá, en el recóndito de mi mente, yo lo había adivinado desde hacía mucho, mucho tiempo, pero traté de sepultarlo en alguno de aquellos agujeros de mi memoria.

—Tía Ellie, ¿lo amas incluso cuando sabes que engaña y defrauda y que no tiene honor ni integridad?

Con la alarma claramente reflejada en el semblante, apartó la vista de mis ojos.

—He hablado ya demasiado para un día —contestó cortante.

Se dio media vuelta y salió decidida hacia el comedor, llevando un mantel recién lavado y planchado. Mientras caminaba, siguió diciéndome:

—Pero escucha bien todo lo que te he dicho y ten presente que las cosas no son siempre como parecen a primera vista. No confíes en ningún hombre y, sobre todo, desecha todos los sueños que puedan perturbarte.

## SILVIA

**E**l tiempo había transcurrido a un ritmo más lento para mí. Podía ya retener mis recuerdos y almacenarlos en los rincones más seguros de mi cerebro. Con la ayuda de mi diario repasaba todos esos recuerdos día tras día, para que se arraigaran con fuerza. La mecedora estaba siéndome útil de diversas maneras. Tenía ya un buen recurso para conservar la paz: un santuario, un refugio donde podía encontrar la imagen de mamá flotando entre nubes.

Tenía once años y ocho meses de edad ese mayo, cuando Silvia llegó a la casa. Mi tía me lo confirmó y yo creía que esta vez sí me había dicho la verdad. También me ratificó que la edad de Vera la hacía tres años diez meses mayor que yo. Me prometí que nada me haría jamás volver a olvidar mi edad. Nunca permitiría que tomaran las grises brumas del olvido a oscurecer acontecimientos importantes. Me observé en mis espejos y pude ver unos pequeños senos duros que empezaban a levantarme los suéteres. Los usaba amplios, esperando que Arden no notara el cambio, pero yo lo había visto ya mirando en esa dirección y tratando de que no me diera cuenta de ese gesto suyo. También me percaté de que otros chicos de la escuela hacían con interés encuestas sobre el modo como iba mejorando mi figura. Yo hacía caso omiso de ellos, para concentrarme en Arden, que todavía iba a la escuela donde estaba Vera. Lo que yo llevaba bajo los suéteres era pequeño en comparación con lo que Vera ostentaba poniéndose las prendas de ropa más ajustadas en las que podía empacarse.

Papá nunca ponía objeción a los suéteres ceñidos de Vera. A ella se le permitía ir de paseo con amigos, al cine y a los bailes escolares. Pertenecía a media docena de clubes... al menos eso era lo que decía cuando llegaba a casa demasiado tarde. Yo nunca tuve tiempo de llevar vida social. Tenía que darme prisa para llegar con el señor Rensdale todos los días después de la escuela, pero ya me sentía incómoda con él. No podía dejar de pensar en lo que Vera me dijera que hizo con él. La mitad del tiempo pensaba que me había mentado, pero la otra mitad me preguntaba si no sería cierto. Un día llevaba puesta una camisa deportiva, de cuello muy abierto, y pude ver que tenía un pecho muy velludo, tal como ella lo describió. Vera me definió su cuerpo

desnudo con tal lujo de detalles, que yo lo veía como si su ropa fuera transparente. No podía permitirme mirar en dirección a él.

Las chicas que conocí en la escuela me invitaban a sus fiestas de toda la noche, pero papá siempre me negaba ese permiso. Me quería en casa con él, escuchándolo, viéndolo afeitarse, oyéndolo hablar de sus pesadumbres y tribulaciones en el trabajo. Mientras se rasuraba y yo me mantenía sentada sobre el borde de la tina de baño, aprendí a vender corto y lo que significaba vender largo. Oí hablar de ventas ficticias de acciones y bonos municipales, de recursos para evitar impuestos, de tasas de porcentaje, declaraciones evasivas y formas de eludir impuestos. El mercado de valores era un loco juego de azar para la gente muy rica. Sólo los que tenían millones estaban seguros de obtener ganancias... a menos que de alguna manera fueran «intuitivos».

—Y tú lo eres —me decía papá, con una amplia sonrisa, mientras se quitaba de la cara el exceso de crema de afeitar—. Tú lo eres, Audrina, porque la mecedora te ayuda... ¿no es cierto?

—Sí, papá..... ¿puedo irme ya? Quiero llamar a Arden y hacer planes para verlo mañana. Están pasando una película que deseo ver.

—Yo te llevaré al cine.

—Vera va al cine con muchachos... ¿Por qué no puedo ir yo?

—Porque me importa un comino lo que hace Vera.

Yo había discutido de esto con él en otras ocasiones y siempre salí perdiendo. Estaba segura de que volvería a perder. Pero papá me sonrió con amabilidad.

—Bueno, mi amor... mi impaciente amor, pronto vas a tener *otra vez* lo que más has deseado. Mañana en la mañana temprano me iré en coche rumbo al sitio donde Silvia ha vivido desde que salió del hospital. He llamado ya y hecho todos los arreglos necesarios. Mañana en la mañana, Silvia vendrá conmigo a casa.

—¡Oh, papá! —exclamé en un grito de regocijo—. ¡Gracias, gracias!

Pero... ¡qué extraña sonrisa! De veras, ¡qué extraña!

La mañana siguiente, a primera hora, mucho antes que papá se levantara y estuviera listo para ir en busca de Silvia, yo atravesé los bosques a carrera tendida, rumbo a la cabaña. Los bosques lucían un verde exuberante, que derrochaba belleza de primavera. Mi esperanza era alcanzar a Arden antes que saliera en su bicicleta a entregar los periódicos de la mañana. Su viejo automóvil le había fallado y no era a la sazón más que «chatarra» acumulada en el patio de su casa, donde él trataba de repararlo.

Los petirrojos y vencejos morados retozaban en medio del pasto, sin prestar atención a mi raudo paso. Al llegar a la cabaña abrí la puerta sin llamar y entré corriendo hasta la cocina, pero me detuve de repente, quedándome sin aliento.

Ahí estaba Billie, con pantalocillo corto y blusa rojo cobrizo. Por vez primera estaba viéndola sin aquellas largas faldas que hacían pensar que tenía un magnífico par de piernas oculto debajo de ellas. La cabellera suelta y ondulante, y la blusa

tejida, hacían resaltar sus voluptuosos senos, pero yo no tenía ojos más que para los pequeños muñones de veinte centímetros que sobresalían apenas del borde de los pantaloncillos cortos. Parecían salchichas regordetas que bien pronto se adelgazaban para dejarse poner una cuidadosa atadura en el extremo. Unas débiles líneas, como radios de círculo, formaban pliegues parecidos a arrugas que ocultaban la piel sobrante recogida en la punta. La impresión me hizo sobrecoger y dar un paso atrás.

Era tan penoso ver aquellos muñones en vez de sus hermosas piernas... Volví la mirada hacia la sala, donde estaban las fotografías de la bella patinadora. A duras penas pude ahogar un grito de abatimiento, en un instante en el que no quería dar muestras de compasión. Mi deseo había sido ver esos residuos de piernas sin demostrar cosa alguna, más aún, sin aparentar que los notaba.

Con gran sorpresa mía, Billie empezó a reír. Se acercó para acariciarme la mejilla, luego me revolvió la cabellera, ya bastante agitada por el viento.

—Muy bien... anda... contéplalos todo lo que quieras. No puedo decir que te lo reprocho. No son un espectáculo bonito, ¿verdad? Pero recuerda que hubo un tiempo en que yo poseía un par de las más hermosas, hábiles y creativas piernas que cualquier mujer podría querer tener. Me sirvieron bien mientras las tuve, y la mayoría de la gente nunca tendrá lo que tuve yo.

Seguí sin poder articular palabra.

—La gente aprende a adaptarse, Audrina —prosiguió con voz suave, absteniéndose de volver a tocarme, como si temiera que yo no deseara que lo hiciese—. Tú estás poniéndote en mi lugar y pensando que no podrías vivir con mi invalidez, pero en cierto sentido, cuando el mal es tuyo, no resulta ni con mucho tan horrible como cuando se ve en otra persona. Sin embargo, con lo contradictorios que somos los seres humanos, miro a mi alrededor y pienso, ¿por qué yo y no ella... o él? Podría arrojarme a un abismo de autocompasión si quisiera, pero el hecho es que la mayor parte del tiempo ni siquiera pienso en la pérdida de mis piernas.

Me mantuve ahí, con un nudo en la garganta, sintiéndome muy incómoda y al mismo tiempo humillada. Casi podía verle unas piernas que ya no estaban ahí.

—Arden me ha dicho que él te ve con tus piernas, que nunca mira los muñones —informé al fin.

—Sí —corroboró con un brillo de satisfacción en los ojos—, es un hijo maravilloso. Sin él, probablemente yo me habría dado ya por vencida. Él me ha salvado. Tener a Arden me ha obligado a seguir adelante y a enseñarme a hacer todo. Por su parte, él haría todo por mí. En cierta forma, gracias a que nos tenemos el uno al otro, hemos logrado salir adelante. No ha sido fácil, pero precisamente por lo difícil tenemos más de qué enorgullecemos. Ahora, cariño, basta ya de hablar de mí. ¿Qué estás haciendo aquí a una hora tan temprana?

Continuó trabajando en sus conservas, mientras yo seguía vacilante. Aquel alto banquito con ruedas estaba colocado de suerte que podía ir de un lado a otro, casi sin esfuerzo, a base de empujarse o tirar de algo con las manos. De repente, en menos de



un abrir y cerrar de ojos sucedió algo... Resbaló del banquito y cayó al suelo con un ruido sordo. Estuvo tendida a mis pies durante un breve segundo, como una gran media muñeca.

Quise ayudarla.

—No me ayudes —me ordenó, y en un momento, sin más apoyo que sus fuertes brazos, se izó hasta volver a sentarse en el banquito—. Mira, Audrina, si abres la alacena encontrarás un carrito rojo que uso cuando de veras quiero moverme con agilidad. Me lo hizo Arden. Quiere pintarlo de diferente color cada año, pero yo no lo dejo. Mi favorito es el rojo... La timidez no se hizo para mí, cariño.

Sonreí, haciendo un esfuerzo y abrigando un deseo secreto de ser tan fuerte como ella. Luego le pregunté si Arden se había marchado ya.

—Sí, ya se fue. Si ese esposo mío, inútil y tacaño, nos mandara más dinero, mi hijo no tendría que matarse trabajando —se dio media vuelta y con una franca sonrisa volvió a preguntarme—: Conque a ver... dime qué andas haciendo aquí, tan temprano y tan despierta...

—Billie, Silvia vendrá hoy a casa. Mi tía me ha dicho que no es normal, pero a mí no me importa. Me duele tanto que una pobre bebé pequeña no haya tenido nunca una madre, ni más familia que papá, para darle amor... Y eso no es bastante, sobre todo si se piensa que papá apenas la visita una o dos veces al mes... ¡si acaso! Nunca se puede saber cuándo mi padre dice la verdad, Billie —confesé con cierta vergüenza—. Te miente y él sabe que estás consciente de ello, y a pesar de eso no le importa.

—Me da la impresión de que tu padre es toda una alhaja.

Yo continué:

—Ayer le dije a Arden que *era probable* que Silvia viniera a casa hoy. Sabiendo cómo es papá, no podía tener absoluta seguridad, pero anoche estuve escuchando a escondidas una conversación que él sostuvo por teléfono y me enteré de que efectivamente va a traerla hoy. Llamó también a su oficina para decirles que no lo esperen en todo el día. ¿Te he dicho que es ya el gerente?

—Sí, querida mía, me lo has dicho al menos un par de docenas de veces. Ahora yo voy a decirte algo que tal vez no sepas. Tú estás muy orgullosa de tu papá. Aun cuando crees que no te gusta su modo de ser, ese disgusto te duele. Mi amor, no te apenes por sentir amor y odio hacia papá. Ninguno de nosotros es del todo bueno ni del todo malo. La gente se presenta en toda la gama del gris: ni demonios hechos y derechos, ni auténticos ángeles o santos —sonrió—. Cariño... sigue de frente queriendo a tu papá, aunque parezca que es un bueno para nada. Arden abriga los mismos sentimientos respecto al suyo.

Dos horas después, con el corazón hecho nudo en algún rincón de la garganta, me mantenía a pie firme en la escalinata de la entrada de Whitefern, con mi tía al lado, esperando ver a mi hermanita por vez primera. Miré a mi alrededor, sabedora de que tenía que recordar ese día especial para poder luego decirle cómo habían estado las cosas la primera vez que ella llegó a la casa. El sol brillaba en todo su esplendor. No

había una sola nube en el firmamento. Algo de bruma colgaba sobre los bosques, opacando el canto de los pájaros. No es más que el vapor del rocío —me decía—, sólo eso. Las brisas tibias del río Lyle me agitaban el cabello.

El espacioso prado había sido podado por un hombre de la aldea. Podó también los arbustos, limpió de abrojos el jardín y barrió el pasillo de la entrada. La casa se pintó de nuevo, esta vez de color blanco. El techo era nuevo y de un color rojo tan oscuro como la sangre reseca, como los postigos de las ventanas. Nos habíamos puesto nuestra mejor indumentaria para dar a Silvia una digna bienvenida. Ahí estaba también Vera, sentada perezosamente en el columpio, con una leve sonrisa secreta que le retorcía un poco los labios y daba a sus ojos un brillo un tanto siniestro. Sospeché que sabía de Silvia más que yo... como de hecho sabía más que yo de todo.....

—Auuu... driii... naaa —tarareaba—. Pronto vas a ver..., a verlo con tus ojos... Verás... Te arrepentirás de haber estado rogando que te trajeran a tu hermanita... Y digo tuya, porque yo no la reconozco. Para mí, Silvia Adare simplemente no existe.

¡Qué importaba! Yo no dejaría que Vera destruyese mi emoción o mi felicidad. Mis sospechas eran que estaba celosa de que fuera bebé de mi mamá y no de la suya.

—Audrina —interrogó mi tía—, ¿de veras estás tan feliz como aparentas?

Ella, por su parte, apenas podía dejar de fruncir el ceño cuando se mencionaba el nombre de Silvia, y a todas luces aquél no era un día feliz para la tía Ellsbeth.

—¡Miren, miren, ahí vienen! —grité con gran excitación, apuntando hacia el Mercedes de papá, que se abría paso entre las hileras de árboles que marcaban nuestra curvilínea entrada de autos.

Me acerqué un poco a mi tía, quien en ese momento enderezó la espalda y se irguió más alta que un momento antes. Un segundo, su mano quiso tomar la mía, pero se abstuvo de hacerlo, como se había abstenido siempre.

Detrás de nosotros, Vera seguía ahogando su risita maliciosa, mientras se mecía apenas en el columpio, sin dejar de cantar su sonsonete:

—Te arrepentirás... te arrepentirás...

El brillante automóvil negro paró al fin frente a nuestra entrada. Papá se bajó, dio la vuelta para quedar del lado del asiento opuesto al del conductor, abrió la portezuela y... ¡por vida mía que no pude ver a nadie en ese lugar del coche! Luego, papá estiró los brazos hacia adentro y tomó entre sus manos a una criatura muy pequeña.

Dirigiéndose a mí, me advirtió:

—Aquí está Silvia —una amplia sonrisa dirigida a mí, y dejó a la pequeñita en el suelo.

En ese momento, el rechinar del asiento de madera del columpio cesó. De mala gana, Vera se puso de pie y se acercó un poco. Con el rabo del ojo pude ver que tenía los ojos fijos en mí, como si lo único que le interesara fueran mis reacciones, y Silvia no significase nada para ella. No se dignó mirarla una sola vez. ¡Qué cosa más extraña!

No obstante Vera y la sombría expresión de la cara de mi tía, yo estaba feliz contemplando a esa pequeñuela tan bonita, que era mi hermana. Un instante después me pareció no sólo bonita, sino hermosa. Tenía una linda cabeza cubierta de bucles color castaño, que se volvían rubio rojizos cuando los bañaba el sol... ¡y qué maravilloso brillo tenían! Pude ver sus dulces y minúsculas manos, con delicados hoyitos, extenderse suplicantes hacia papá, pidiéndole que la levantara en brazos. Él se inclinó para tomarla de la mano, pero sin alzarla; lo que hizo fue guiarla para que subiera los peldaños de la escalinata.

—Uno por uno, Silvia —le indicó, animándola—. Así es como se hace... de uno en uno.

¡Qué encantadores eran aquellos zapatitos blancos que tenía puestos! ¡Qué divertido iba a ser tener una muñequita viva, propiedad mía, para vestirla y jugar con ella! Demasiado excitada para poder hablar, bajé un peldaño, sólo uno... y me detuve. Había algo... algo en sus ojos... en su modo de andar, en el modo de controlar el movimiento de sus labios... ¡Oh, Dios santo! ¿Qué defecto tenía?

—Ven, Silvia —siguió animándola papá, tirando de aquella miniatura de manita, que debía perderse dentro de la suya—. Tú también ven, Audrina, baja a nuestro nivel y déjame presentarte a la hermanita que te morías por ver. Acércate para que puedas admirar los ojos color aguamarina, que se inclinan tan encantadoramente hacia arriba. Mira qué separados están. Ven a admirar sus pestañas, largas, rizadas, oscuras... Contempla toda su belleza y olvida todo lo demás.

Hizo una pausa, me miró y esperó. Vera volvió a dejar escapar su risita burlona y cambió de lugar, colocándose donde pudiera observar todas y cada una de mis reacciones.

Me quedé petrificada, pensando en ese momento que toda la naturaleza se mantenía a la expectativa, esperando que yo me decidiera y opinara sobre Silvia. La iniciativa era mía, pero yo no podía moverme ni hablar.

Sintiéndose impaciente, el que habló fue papá:

—Bueno, si tú no puedes venir hacia acá, nosotros iremos hacia ti —impertérrito, como siempre, me dedicó una encantadora sonrisa que hizo que su dentadura brillara al sol.

—Has estado asediándome durante dos años para que te trajera a tu hermanita... Muy bien. Aquí está. ¿No te sientes feliz?

Avanzando paso a paso, con un caminar torturante, papá tuvo que ayudar a Silvia a moverse. No podía levantar ninguno de los pies... No tenía la mínima destreza. Los arrastraba por encima de los obstáculos que se le presentaban. Al mismo tiempo que hacía esos movimientos, su cabeza oscilaba hacia la derecha, hacia la izquierda, luego le colgaba hacia adelante, después la sacudía con cierta violencia y la dejaba caer hacia atrás, como si contemplara el firmamento. Luego comenzaba de nuevo, y el suelo volvía a llamarle la atención... Si es que ese mirar a ningún lado podía llamarse atención.

Los huesos de Silvia parecían hechos de goma. Antes de lograr dar cinco pasos minúsculos, ya había raspado sus zapatitos blancos, caído de rodillas tres veces y arrastrada por papá. Sin ninguna dificultad, él la hizo subir los peldaños de la escalinata levantándola al sujetarla por uno de sus frágiles brazos. A medida que ellos avanzaban, yo iba retrocediendo, sin darme siquiera cuenta de lo que hacía. Sin embargo, Silvia se me acercaba más y más y yo podía apreciar los detalles relativos a ella. Sus labios no podía encontrarse para cerrarse, sino que se mantenían separados, de modo que babeaba sin cesar. Sus ojos no podían fijar la mirada en nada.

Empecé a temblar, sintiéndome enferma. ¡Papá, todo era culpa suya! ¡Él era el responsable de la situación de Silvia! ¡Todas aquellas disputas! ¡Las veces que habría usado el cinturón como látigo! Sollocé recordando a mamá, que también había puesto su granito de arena bebiendo aquel té caliente cargado de *whisky*, a pesar de que papá le pedía que se abstuviera de él.

Aquella pequeñita adorable, que parecía un ser imbécil sin remedio, y que se me acercaba más y más a cada instante, era el resultado de todos esos abusos acumulados.

Seguí retrocediendo, hasta que sentí la dura pared de la casa detrás de mi espalda. Sin darse tregua, papá siguió avanzando, llevando siempre consigo a mi hermanita. Luego se inclinó para levantarla y, formándole cuna con un solo brazo, la sostuvo al nivel de mis ojos.

—Mira, Audrina, contempla a Silvia... No vuelvas la cabeza a otro lado, no cierres los ojos. Mira cómo le escurre la saliva y no puede fijar los ojos ni mover los pies como se debe. Tratará de tomar lo que quiera una docena de veces antes de siquiera entender cómo puede detenerlo con las manos. Tratará de ponerse alimento en la boca y no la encontrará... Aunque... al fin descubrirá algún modo de alimentarse. Es como un animalito, una cosa silvestre... Pero ¿no te parece que también es encantadora... y terrible a la vez? Ahora que estás viéndola, tal vez entiendas por qué la tuve alejada de aquí tanto tiempo. Yo estaba conservando tu libertad y tú no me lo agradeciste una sola vez... ¡ni una sola vez!

—Silvia es una loca... loca... loca —cantaba Vera con voz suave, detrás de mí—. Ahora Audrina tiene una orate... orate... orate...

Indignado, papá rugió:

—¡Lárgate, Vera, márchate a la casa y quédate allí!

Algo hizo a Vera palidecer... Avanzó acercándose hacia donde estaban papá y Silvia y exclamó a gritos:

—¡Prefieres a esa niñita idiota que a mí! ¿No es cierto? —Su mirada airada pasó de papá a Silvia.

Hubo algo dentro de Vera que la hizo retorcer la boca dando a su semblante un aspecto de vejez y fealdad. Luego añadió:

—¡Llegará la hora en que me desees a mí más de lo que has deseado jamás a nadie, y entonces yo te escupiré la cara antes de ayudarte cuando lo necesites!

—No estás diciéndome nada que yo no sepa —contestó papá en tono frío—. Eres como tu madre, libre con tu odio y tu desprecio, tacaña en tu amor. No necesito tu ayuda, Vera, ni ahora ni en el futuro... Tengo a Audrina.

—¡No tienes nada cuando tienes a Audrina! —chilló Vera, apuntándolo con un índice amenazador—. Ella también te odia, sólo que no lo sabe aún.

Papá siguió sosteniendo a Silvia con un brazo, sin el menor esfuerzo, pero con la mano libre descargó una bofetada tan fuerte en el rostro de Vera, que la hizo caer en el pórtico. Hecha un nudo en el suelo, Vera dejó escapar un grito ensordecedor, casi de locura, y Silvia empezó a sollozar con un gemir lastimero.

—¡Malhaya tu estampa por golpearla, Damian, lo único que esta chica quiere es un poco de afecto tuyo! Nunca le has dado otra cosa que indiferencia, y tú sabes quién es... ¡Tú lo sabes!

—Yo no sé nada —protestó papá con una voz de frialdad mortal que me hizo estremecer de horror.

Paseó sus oscuros ojos amenazadores por la cara de mi tía, intimándole silencio si no quería que también de un golpe la derribara a ella.

Yo era presa del pánico. Vera se arrastró hasta un punto en el que pudo usar el mosquitero de la puerta para levantarse. Luego, sin dejar de llorar, desapareció dentro de la casa. Y yo me quedé inmóvil, contemplando a Silvia, que no era capaz de mirar a nadie ni a nada.

¿Qué clase de ojos tenía? Ojos vacíos. Ojos para ningún lado. Aunque su color era impresionante y sus largas pestañas oscuras y rizadas... ¿de qué le servían? ¿De qué le servían si no había inteligencia detrás de aquel mirar inane?

Con trabajo pude pasar saliva por aquel nudo doloroso que se me formaba en la garganta, embargándome la voz y quemándome los ojos con el ardor de las lágrimas. Me llevé el puño cerrado a la cara, para enjugarme el llanto, tratando de que papá no lo notara. Pero él me miraba fijamente.

—¿No tienes nada que decir, Audrina? A ver... tienes que estar pensando algo...

Levanté la mirada para encontrarme con la suya. Una leve sonrisa se esbozó en sus labios... con un toque de cinismo.

—¿Por qué Silvia no puede cerrar la boca y enfocar la mirada? —pregunté con voz débil—. Y... ¿por qué no puede caminar como otros niños de casi tres años de edad?

—Déjanos solos —pidió papá a mi tía, que parecía haber echado raíces en aquel lugar.

Todavía alcanzaba a oír los gritos de Vera, que parecían rodar escaleras abajo. Aunque nuestra enorme casa estaba repleta de un mobiliario oscuro y voluminoso, cuando alguien gritaba, como estaba haciéndolo Vera, la casa parecía vacía, fantasmal y llena de ecos.

—¿Por qué debo irme, Damian? Dímelo.

—Ninguna influencia debe interponerse entre Audrina y su hermana. Ellsbeth,

quítate ese gesto de reproche de la cara... No te sienta bien.

Sin más réplicas, mi tía entró a la casa, azotando la puerta. Papá puso a Silvia en el pórtico y le soltó la mano. En el acto... la niña comenzó a moverse a su alrededor, sin rumbo, caminando primero en una dirección, luego en otra, dándose vuelta para tropezar torpemente con una mecedora de mimbre o para hacer tambalearse una maceta con un helecho, que descansaba sobre una base de mimbre y que al fin acabó por caer.

—¡Oh, está ciega! ¿Verdad, papá? —gemí al darme de pronto cuenta de la razón por la que sus ojos se veían vacíos y no podían enfocarse hacia nada—. ¿Porqué no me lo dijiste hace mucho tiempo?

—Valdría más que fuera ciega —comentó él con tristeza—. Silvia puede dar la impresión de que no ve, pero la verdad es que puede hacerlo tan bien como tú o como yo... Lo malo es que no puede controlar los músculos de los ojos para fijar la mirada en algo. A poco de haber nacido, los doctores pensaron que tenía uno de esos padecimientos nerviosos y la sometieron a pruebas neurológicas. Se le han hecho todos los exámenes conocidos por la medicina moderna, para averiguar en qué consiste su mal. Puede ver y puede oír, y sin embargo no reacciona ante nada, como debería. Ahora pregúntame cómo saben los doctores esto y entraré en una serie de tediosos detalles para explicarte todas las pruebas que le han hecho, desde el momento en que sospecharon que algo no funcionaba bien.

—Dímelo —susurré.

—Si la observas con cuidado, verás que se tropieza con las sillas y hace caer las cosas, pero ella no rueda por las escaleras —él tenía la mirada fija en mí, no en Silvia, que era la que necesitaba vigilancia—. Si pronuncias su nombre varias veces, acabará por responder a tu llamado. Es posible que pase a tu lado, pero al fin acabará por ir hacia ti. Yo quería dejarla con los terapeutas un año más, para ver si lograban enseñarle cómo controlar las funciones del cuerpo —percibió el gesto de mi semblante y añadió, con voz suave—: Audrina, Silvia usa pañales, como muchos otros niños de su edad, pero a diferencia de ellos tendrá que usarlos durante el resto de su vida.

—¡Oh, qué horror! —exclamé, contemplándola con incredulidad.

—Si lo que dicen los especialistas es cierto —continuó papá—, Silvia es una niña retrasada, grave y permanentemente. No quiero creerlo, pero tengo que aceptar los hechos. Sin embargo, hay algo en mí que me está diciendo que tal vez un día sea persona normal, si se le proporcionan los cuidados necesarios... es decir... si hay alguien entre nosotros que sepa lo que es normal.

Yo me había preparado para todo menos para esto. Ciega, sorda, lisiada... eran defectos que yo pensaba poder aceptar... ¡pero esto, no! Yo no necesitaba una hermana retrasada mental, que viniera a complicarme la vida.

En ese momento me di vuelta y alcancé a verla de pie, al borde de las escaleras del pórtico, en una posición peligrosa. Me precipité a aferrarla, apenas a tiempo.

—¡Papá, dijiste que podía ver!

—Puede ver... Además, es muy intuitiva. No se habría caído. Tiene mucho parecido con los animalitos silvestres, que viven siguiendo sus instintos. Ámala un poquito, Audrina, aunque no puedas amarla mucho. Necesita que alguien la ame. Si eres capaz de prodigar ese sentimiento a todos los gatos y perros callejeros, y curar a cualquier pájaro herido que encuentres, sin duda puedes amar a tu hermanita retrasada y cuidarla mientras te necesite.

Me quedé mirando atónita aquel rostro lleno y apuesto de papá, que empezaba apenas a mostrar una que otra arruga y minúsculos mechones de canas sobre las sienes. Yo no cumplía aún doce años, y ahí estaba él, dejando en mis manos una niña que sería un eterno bebé.

Muchas veces papá me había dicho que yo era lista, que podía hacer cualquier cosa que me propusiera. No tardó en decirme que en poco tiempo lograría adiestrar a Silvia para que supiera controlar sus necesidades fisiológicas, que el amor podía hacer mucho más que la pericia profesional. Yo seguía viéndolo azorada, mientras él se atrevía a afirmar que yo sería la que lograra enseñar a Silvia a concentrar la mirada, a controlar los músculos de los labios, a caminar bien, a hablar como era debido. Pero yo no podía dejar de vigilarla, viéndola bajar torpemente hacia atrás, los cinco peldaños de la escalera, apoyándose en las manos y las rodillas. Al llegar abajo se enderezó y empezó a caminar sin rumbo por el jardín. Varias veces hizo el intento de arrancar una camelia del arbusto. El color parecía atraerla, y cuando al final la tuvo en su manita, trató de acercársela a la nariz para olerla. No sabía exactamente dónde tenía la nariz, o si lo sabía no atinaba a llegar hasta ella con precisión. Me tenía conmovida, horrorizada y llena de compasión. En el breve tiempo que llevaba ahí con nosotros, se había ingeniado para ensuciarse el vestido y raspase los zapatos, arruinando ambas cosas sin remedio. La hermosa cabellera le colgaba cubriéndole la cara.

Yo estaba llena de confusión. Sentía lástima de Silvia, la quería y no la quería al mismo tiempo. La amaba y tal vez empezaba ya también a odiarla un poco. Semanas después llegué a sospechar que si en ese momento se me hubiera dado a elegir, antes que ella tuviera la oportunidad de metérseme en el corazón, yo la habría devuelto al lugar de donde había venido.

Mas Silvia estaba ahí y era responsabilidad mía. Tal vez yo no la quería ni la necesitaba, pero por mi amada madre difunta me haría cargo de Silvia, aunque eso significara negarme la libertad de que podría haber disfrutado si ella nunca hubiese nacido.

Ahí, de pie, con menos de doce años de edad, sin dejar de observarla, sentí de pronto que me invadía algo tierno y amoroso, acelerando mi recorrido hacia la madurez. Corrí escaleras abajo y la tomé en mis brazos. En aquellas pequeñas mejillas regordetas planté más de una docena de besos. Envolví con la palma de la mano aquella cabecita y pude sentir la suavidad de su sedoso cabello de bebé.

—¡Yo te amo, Silvia, yo seré tu madre! De ahora en adelante no sufrirás mal trato alguno. Un día te enseñaré a controlar tu vejiga y a usar el excusado. Yo te salvaré, Silvia. No voy a creer que eres retrasada. Lo que tienes es falta de adiestramiento físico. Cada mañana, cuando me levante, me diré que ese día voy a encontrar nuevos modos de enseñarte lo que necesitas saber. Existe un modo de hacerte normal... ¡Yo sé que lo hay!



## HERMANAS

**E**se mismo día, al anochecer, papá me sentó sobre su regazo por última vez.  
—Estás creciendo, Audrina. Cada día que pasa te encuentro más y más mujer. Yo puedo ver los cambios que se producen en tu cuerpo, y ciertamente espero que tu tía haya cumplido bien su tarea de informarte sobre el modo de hacer frente a ciertas situaciones. De hoy en adelante no podré ya acurrucarte entre mis brazos en esta forma. La gente con frecuencia presupone cosas malas... Pero aunque no pueda tenerte así entre mis brazos, eso no significa que no te tenga el mismo amor.

Sus manos me acariciaban el cabello, mientras yo recargaba la cara en la camisa que le cubría el pecho. En ese momento, lo único que yo sentía era su amor.

—Me siento orgulloso y muy feliz de la promesa que me has hecho de cuidar de Silvia —siguió diciendo, con una voz llena de emoción, como si al fin yo hubiera logrado demostrarme que era muy parecida a su primera Audrina, la mejor—. Es deber tuyo cuidar de tu infeliz hermana. Deberás comprometerte a no ponerla nunca en una institución mental, donde puedan abusar de ella otros pacientes, o los mismos encargados, que pierden la honorabilidad cuando tienen delante a una chica bonita... Y Silvia va a ser preciosa... Ahora mismo puedes ya barruntarlo. No tendrá facultades mentales, pero eso a los hombres no les importará... Abusarán de ella. Para cuando llegue a la pubertad, algún muchacho le arrebatará su virginidad, convirtiéndola incluso en una madre, y... ¡que Dios proteja a su criatura, que sería también responsabilidad tuya! No me mires así, pensando que descargo todo el peso de mi propia obligación sobre tus jóvenes hombros. Silvia me sobrevivirá, lo mismo que tú. Estoy preparándote para el tiempo en que ya no tengas contigo ni a mí ni a tu tía Ellsbeth.

Sollocé sobre su hombro, reflexionando en la pesada cruz que Silvia representaba.

Papá me subió en brazos por última vez hasta la recámara y me arropó en la cama... Y tal vez también por última vez me dio el beso de las buenas noches. Por la mente me pasaron imágenes confusas de las muchas veces que me había llevado a la cama, dado él beso de buenas noches, oído mis oraciones y llevado a la recámara de la primera Audrina, para mecarme en su silla y hacerme soñar. Al detenerse en el

umbral y contemplarme con tristeza, yo sentí que me decía que a partir de ese momento esperaba que me convirtiera en persona adulta.

—Está bien, papá —le aseguré con voz fuerte—. No tengo ya miedo de salir de noche a los pasillos. Si Silvia llora, yo iré a verla. Tú no tienes que preocuparte. Pero tú la amas también y haces por ella lo que hiciste por mí. Ni siquiera siento ya miedo de sentarme en la mecedora. Cuando tú no estás fuera de la recámara, frente a la puerta, *yo logro* convertirme en el cántaro vacío que se llena hasta derramarse de todo lo que hay de hermoso. Los muchachos de los bosques no me molestan más, porque he aprendido a no temerles, como solía ser antes. Gracias, papá, por ayudarme a vencer el miedo a los muchachos.

Él se mantuvo inmóvil durante largos, largos minutos. Al fin contestó:

—Me da gusto saber que tu cántaro vacío se ha llenado.

—Ahora, cuando voy a mecarme en la silla, puedo encontrarme con mamá y hablarle... ¿es una locura, papá?

Una sombra vino a oscurecer aún más su mirada.

—Aléjate de la mecedora, Audrina todo lo que podía hacer por ti ya lo ha hecho.

¿Cómo? ¡Qué sorpresa! Para entonces yo estaba convencida de que no renunciaría a ella. Papa hablaba de protegerme de algo que no quería que yo supiera, y ese algo era precisamente lo que *yo tenía que* saber.

Al fin me dejó, cerró la puerta y yo me encontré sola. Me mantuve tendida en la cama en una quietud tal que podía escuchar el aliento de la casa, los susurros de las duelas del piso... todo se conjuraba para mantenerme ahí para siempre.

En la penumbra de mi sombreada recámara en medio del murmullo de todos los fantasmas de Whitefern, oí el crujir de mi puerta que se abría y se cerraba con mucha suavidad. Tuve la impresión de que la había atravesado un espectro del averno... Su larga cabellera dejaba una estela visible y su larga túnica blanca se a arrastraba por el suelo. Estaba a punto de dar un grito cuando oí una voz:

—Audrina, soy yo... Vera... nadie más.

El corazón me latía con tal fuerza, debido al susto, que con voz entrecortada apenas pude preguntarle qué quería. Las palabras le brotaron de los labios, débiles y temblorosas, y a mí me dejaron estupefacta:

—Quiero ser tu amiga... si me aceptas. Estoy harta de vivir en una casa donde todo el mundo me detesta... ¡Aun mi propia madre! Audrina... Yo no tengo a nadie. Enséñame cómo lograr que la gente me ame, como te ama a ti.

—Tu madre no me ama a mí —acerté a replicar, casi ahogándome.

—Sí. Sí te ama. Al menos más que a mí. Te confía la mejor porcelana y el más caro cristal... Y ésa es la razón por la que deja que tú te hagas cargo de la mayoría de mis deberes. Yo no le sirvo ni siquiera como un buen pinche de cocina... ¿No has notado con cuánta frecuencia se lo echa en cara a papá? Es el arma que usa para golpearlo, como si supiera cuánto le duele que le diga eso... Porque a eso fue a lo que redujo él a tu madre: a su esclava de la cocina y de la recámara.

No me gustó esa clase de comentarios. Me parecía desleal.

—Mi madre lo amaba —refuté, defendiéndolo—. Supongo que cuando una ama, renuncia a lo que desea para sí misma.

—Si es así, renuncia a algo, Audrina. Ámame como estás dispuesta a amar a Silvia... Y que conste que ella es retrasada e idiota, aunque también es pequeña y da lástima y podría decirse que es graciosa. Yo seré tu mejor hermana. Te lo prometo. De hoy en adelante te juro no volver a ser mala ni odiosa contigo. Por favor, sé mi amiga, Audrina... Por favor, confía en mí.

Nunca antes se había acercado Vera a mí sin intenciones de hacerme algún daño, en mi persona o en mis cosas. Ahora, en cambio, de pie junto a mi cama, se veía temblorosa, sumamente vulnerable, con aquel camisón blanco y su extraña cabellera que se levantaba dándole un aspecto espantable. Sin embargo, no pude menos que ser comprensiva. Era terrible sentirse no amada por su propia madre... y, si quería mi amor, yo estaba dispuesta a darle la oportunidad.

Sin mucho entusiasmo, la dejé escurrirse bajo las mantas de mi cama, y en un estrecho abrazo mutuo no tardamos en quedarnos profundamente dormidas.

Nunca me pregunté por qué Vera decidió que me necesitaba, el preciso día en que Silvia había llegado a casa. Lo único que yo sentía era gratitud.

No tardamos en ser íntimas y en divertimos tanto juntas, que parecía imposible que poco antes yo la hubiera considerado mi peor enemiga. Aunque tomaba clases con el señor Rensdale una vez a la semana, empezó a acompañarme todos los días a mis clases de música. En actitud de mucho recato y sumisión, se sentaba en el sofá del maestro y se dedicaba a oírme tocar. Arden me decía al oído que le daba mucho gusto que Vera y yo al fin fuéramos amigas.

—Así es como debe ser entre hermanas, y aun entre primas... Las familias deben ser unidas.

—No me opongo a que digas que es mi hermana. Es lo que todo el mundo piensa...

Al ver con mis propios ojos a Vera y a mi maestro de música juntos, pensé que podía juzgar por su conducta qué verdades o qué mentiras me había contado ella. ¿Eran realmente amantes? Una ardiente tarde de verano, Vera no llevaba puesto más que un minúsculo portabusto blanco y sus pantaloncillos cortos de un color verde brillante. Yo vestía una blusa blanca y una falda que papá había aprobado para mis lecciones de música. En su opinión, el modo como Vera se vestía (o se desnudaba) era indecente para mí.

Aunque me propuse tocar con toda la sensibilidad de una artista prometedora, me di cuenta de que Vera se había repantigado ostensiblemente en uno de los sillones del señor Rensdale, con las piernas abiertas y una de ellas montada sobre el brazo del sillón, mientras dibujada indolentemente con los dedos el contorno de sus pezones, que en aquel portabusto resaltaban en forma notable. El señor Rensdale, por su parte, no podía evitar que su mirada volviera con insistencia hacia aquel espectáculo. Por

más bella que fuera mi ejecución o por más errores que cometiera, él no se daba cuenta de nada. ¿De qué me servían dieciocho horas de ejercicio para perfeccionar una pieza, cuando Vera estaba ahí para distraerlo? Con una actitud inconsiderada, Vera se abrazaba y acariciaba los muslos, un brazo con otro, sacudía los senos como si tratara de librarse de migajas que se le hubieran metido en el portabusto. Era sorprendente la habilidad con que se ingeniaba para mantenerse ocupada con su propio cuerpo.

—¡Vera, por amor de Dios! ¿Qué te sucede? —la increpó el señor Rensdale.

—Me picó una abeja en el sitio más embarazoso, y me duele —replicó en tono quejumbroso, mirándolo con gesto de súplica—. Necesito sacarme el aguijón, pero no puedo verlo. Está en la parte inferior de mi...

—¡Sé dónde está! —interrumpió él con energía—. Llevas más de media hora tratando de sacarlo. Audrina, ve a mi cuarto de baño y ayuda a tu hermana a sacarse el aguijón.

El señor Rensdale estaba dándole la espalda y mirándome a mí con gesto suplicante. A sus espaldas, Vera sacudía con fuerza la cabeza, diciéndome que no, que no quería *mi* ayuda. De cualquier manera, yo me levanté del banquillo y fui al baño, a esperarla. Pasaron unos minutos.

—¡Date prisa, Vera! Arden no tardará en venir para llevarnos a casa.

—No tengas cuidado —repuso en tono alegre—. Al fin logré sacármelo.

Al entrar a la sala me sonrió y se bajó el minúsculo portabusto. Luego explicó:

—Lo único que necesitaba era un buen espejo de aumento. Gracias por prestarme sus tenacillas, señor Rensdale.

Pero ¿por qué se veía él tan sonrojado? Una mirada al gesto de maliciosa coquetería de Vera me convenció de que se había levantado el portabusto delante de él para sacarse el aguijón, ¡si es que lo había... por principio de cuentas!

A partir de aquel día empecé a notar detalles en su relación recíproca. Al parecer, en atención a mí él quería mostrar recato, pero también en atención a mí, Vera quería revelar cuál era su verdadera relación. Cuando llegaba su turno para tocar el piano se esforzaba en lograr una melodía infantil que hacía que él se sobresaltara un poco... mientras a Vera se le abría «accidentalmente» la blusa, o la faldita de tenis dejaba ver sus pantaletas. Vera coqueteaba con los ojos... con los gestos, en el modo de sentarse con estudiado descuido, como una invitación abierta, dándole a entender en todas las formas posibles que actuaría sin restricción alguna si él lo deseaba, en el momento en que lo quisiera. Yo empecé a experimentar de nuevo sentimientos de disgusto hacia ella. Decía chistes que me ruborizaban, mientras él se sentaba con la mirada baja, dando la sensación de estar muy cansado. Siempre se veía muy cansado.

—Es el calor —me explicó al preguntarle yo el motivo—. Este calor húmedo me agota por completo.

—Procure ahorrar algo de energía, señor Rensdale —interpuso Vera, maliciosamente—. Ahorre lo suficiente para poder gozar...

Él no contestó. Se levantó y me entregó lo que debía ser mi tarea. Luego, comentó:

—Espero que tu casa no sea tan húmeda como ésta.

A Vera no le encomendó ninguna tarea, pero sí intercambió con ella miradas llenas de significado.

—Los cuartos del piso bajo son maravillosamente frescos —canturreó Vera—, pero los de arriba son tan calientes y húmedos como éste. Yo andaría desnuda por todos lados si papá y mi tía no sufrieran un colapso.

Me quedé viéndola con un gesto de censura. Alguna rara vez, durante una onda muy cálida, el piso alto de nuestra casa se ponía bochornoso, pero rara vez el calor era tal que alguien sintiera la necesidad de andar desnuda.

Cuando los días de verano se prolongaban, cálidos y bochornosos, la playa resultaba un alivio ocasional, en la compañía de Arden y de papá, que supervisaba todo lo que hacíamos juntos. Vera se negaba a ir con papá a ningún lado, y mi tía tenía demasiado quehacer para disponer de tiempo para divertirse. Silvia gateaba sobre la arena, ofreciendo un espectáculo lastimosamente diverso del de los demás niños de su tamaño y de su edad. No lograba llenar de arena su cubeta, aunque se esforzaba con diligencia. Tampoco tenía la cordura necesaria para escapar a las olas que podían haberla atrapado en la resaca, llevándosela mar adentro. Arden y yo éramos los que la rescatábamos una y otra vez. Papá permanecía cómodamente tendido bajo un parasol de colores, recreándose la vista con todas las chicas bonitas que paseaban por la playa.

No tardé en darme cuenta de que Silvia era capaz de comer cualquier cosa, incluso pasto. Se arrastraba lo mismo fuera que dentro de casa, se levantaba para avanzar dando traspiés, tropezando con los objetos. Por un verdadero milagro, después del primer día no volvió a romper nada. Si se la dejaba sola en el jardín, aunque fuera sólo unos segundos, merodeaba por los alrededores y no tardaba en perdersenos. Una vez, después de una hora de angustiada búsqueda y gritos infructuosos, al fin la encontré sentada a la sombra de un árbol y comiendo fresas silvestres, con un aspecto de inocencia que habría envidiado un querubín insensato. De noche lanzaba gritos, cosa que demostraba que sus cuerdas vocales estaban activas, y que un día podría hablar si yo conseguía despertar al fin su cerebro adormecido. Lograba comer, tomando torpemente el alimento, después de repetidos esfuerzos infructuosos, para llevarse luego, en dirección a la boca, cualquier cosa que tuviera en la mano. Por desgracia, nunca conseguía dar en el blanco la primera vez. Lo normal era que fallara un par de veces antes de lograr llevarse la mano directamente a la boca.

Cada comida terminaba dejándola en un estado de lastimoso desastre, con comida embadurnada por toda la cara, en el cabello, en las narices. Un babero no servía de nada. Dejaba caer lo que tenía, derramaba los líquidos, vomitaba con frecuencia, sobre todo después de comer pasto. Lo peor de todo, absolutamente lo peor, era que

aún no tenía control sobre sus funciones fisiológicas.

—Todavía no cumple tres años —trataba de animarme papá, cuando me veía guardar con disgusto una vieja bacinilla de bebé—. Ni siquiera tú habías dejado los pañales a su edad.

—Sí, sí los había dejado —interrumpió una vez mi tía—. Para Audrina era siempre una penosa experiencia darse cuenta de que estaba sucia. Ella se entrenó sola, mientras Lucietta le leía rimas infantiles y le enseñaba bonitas fotografías, y luego premiaba sus esfuerzos coronados con el éxito.

Papá la miró frunciendo el entrecejo en un gesto de desaprobación, y luego decidió hacer caso omiso de ella. Dirigiéndose a mí, continuó:

—... Y es preciso que la mantengas más limpia, Audrina, de lo contrario acabará con un trasero rojo e irritado que costará un mundo curar... Por eso llora en las noches. El roce de esos pañales sucios le produce dolor.

—¡Basta, Damian! No puedes esperar que una niña como Audrina se haga plenamente responsable de una bebé que es retrasada mental. Vuelve a internarla en aquel sitio o contrata una enfermera que la cuide.

—No puedo pagar a una enfermera —objetó papá en tono soñoliento, bostezando y estirando las piernas, dispuesto a dormitar en el sillón del pórtico—. Tengo la responsabilidad de mantenerte a ti y a tu hija. En eso se me va todo el dinero.

Me quedé viéndolo, sintiendo verdadero aborrecimiento por el modo como manipulaba y retorció la verdad.

Media hora después intenté usar la bacinilla con Silvia una vez más, atándola al mueble para que no se moviera. Durante una hora estuve leyéndole cuentos infantiles, sin provecho. Pero en cuanto volví a vestirla, con pañales limpios y calzoncito de plástico, se ensució en el acto. Vera entró en el momento preciso en que yo procedía a cambiarla de nuevo. Se rió con desprecio.

—¡Vaya, vaya! Me alegro de que no me la hayan encomendado a mí, porque yo la dejaría andar hecha una inmundicia.

—¡Valiente enfermera vas a ser! —la increpé con enojo, dándome vuelta para mirarla de frente—. ¿Dónde has andado?

A veces, cuando yo pensaba que estaba leyendo en su recámara, no era cierto. No se encontraba en ningún sitio donde yo pudiera hallarla. Por lo común se aparecía minutos antes de las seis, cuando papá no tardaba en llegar a casa.

Bostezando en actitud soñolienta se dejó caer en uno de los sillones de mi recámara.

—Detesto la escuela de verano... Detesto también la de invierno. Sé que la escuela termina a las doce, pero tengo unos amigos en la aldea, aunque tú no...

Con una sonrisa y cierto aire de misterio, me arrojó una tablilla de chocolates, diciéndome:

—Es un regalo... Sé que te gusta...

Algo estaba sucediendo en la vida de Vera, pero yo no me atrevía a indagarlo.

Aunque ya no me atormentaba abiertamente, seguía sin ayudar en las tareas del hogar, en el lavado de platos o de alguna manera con Silvia.

—Estoy exhausta, Audrina... realmente exhausta.

Bostezó y se acurrucó en el sillón, como gato flexible y sensual. Casi me parecía oírla ronronear.

Cuando mi tía y yo preparábamos los alimentos, aseábamos la casa y cambiábamos la ropa de las camas, iba desarrollándose entre nosotras cierta intimidad. Todas esas eran tareas que Vera se negaba a hacer. De cuando en cuando hasta me permitía llamarla tía Ellie.

¡Oh... y cómo se esforzaba por cocinar tan bien como lo hacía mamá! Su deseo (aunque nunca me lo dijo, pero yo lo sentía) era llegar a cocinar incluso mejor que mi madre. Quería que papá tuviera todos sus platillos favoritos. A veces le daban las dos de la mañana en la cocina.

Transcurrieron tal vez unos seis meses desde la llegada de Silvia a casa, cuando al fin un día papá sonrió, después de limpiarse la boca con la servilleta, y comentó:

—Bueno, Ellie, esta vez te superaste a ti misma. Nadie habría podido hacerlo mejor. Fue una comida soberbia... realmente soberbia.

¿Quién hubiera podido creer que me haría feliz oírlo decir que mi tía podía igualar a mi madre en algo? Yo aprecié aquel cumplido a tal punto, que me brotaron las lágrimas... Tal vez porque también a ella se le humedecieron los ojos.

Para mí iba desarrollándose un nuevo género de vida. Era una vida de frenesí, que me robaba mi verano: me arrebatava tres tardes de la semana, en las que no podía tomar mis clases de música, dejándome muy poco tiempo para pasarlo con Billie y Arden. Durante el otoño me obligaba a volver corriendo a casa desde la parada del autobús escolar, para llegar sin aliento a buscar a Silvia, que tenía la pésima costumbre de gozar escondiéndose en algún lugar insospechado.

Me había impuesto una ingrata tarea... una tarea verdaderamente imposible, al querer adiestrar a Silvia del mismo modo que se enseña a una criatura de inteligencia normal. Su lapso de atención era de una brevedad extrema. No podía mantenerse sentada sin moverse, ni concentrar la mirada ni la mente en nada que no fuera movimiento. Lo peor fue que tan pronto como papá me la dejó caer en el regazo, se olvidó de ella por completo. Con desesperación me volví a mi tía y le supliqué.

—Muy bien —convino a regañadientes—, te prometo hacer lo que pueda mientras estás en la escuela, pero en el momento en que llegues a casa, y en fines de semana y vacaciones, Silvia es tuya... toda tuya.

Muchas veces rescaté a Silvia de algún castigo horrible que mi tía consideraba muy justificado.

—¡No! —Entré gritando a la cocina, dejando caer los libros a mi paso—. ¡No uses ese látigo con Silvia! Ella no entiende que no debe sacar las crisantemas. Cree que son bonitas, y a ella le gustan las cosas bonitas y coloridas.

—A todos nos gustan, ¿no es cierto? —repuso mi tía en tono agrio—. A mí me

gusta ponérselas en la mesa a tu padre... Pero lo peor es que Silvia fue a pisotear toda mi hortaliza. ¡Arruinó todo lo que estaba ya listo para cosecharse! A veces pienso que procura con toda deliberación volverme a mí tan loca como ella. —Unas lágrimas de autocompasión le hicieron brillar los ojos.

La recámara de Silvia era como una celda acolchonada. En aquel pequeño recinto, de aspecto lastimoso, había una camita muy baja, de la que ella podía caerse sin hacerse daño al llegar hasta la gruesa y mullida alfombra. En realidad, a veces mi tía parecía tener toda la razón: Silvia no debía haber nacido... ¡Pero el hecho era que estaba ahí y yo no podía hacer nada al respecto y lograr sentirme satisfecha de ser yo!

Mi pequeña hermana tenía ya tres años, y a diferencia de otros niños a los que les gustaba jugar con cubos, pelotas y cochecitos, a Silvia no le interesaba nada. Ni siquiera sabía qué hacer consigo misma, como no fuera merodear sin ton ni son, y sin parar. Le gustaba encaramarse a las cosas, comer, beber, vagabundear y esconderse... eso era todo. Yo no sabía cómo empezar a educarla, puesto que ni los libros con bonitas ilustraciones lograban cautivar su atención, y los juguetes eran objetos carentes de sentido para ella. Aun cuando la amarraba a una silla, se dedicaba a menear la cabeza en todas direcciones para evitar ver lo que yo quería mostrarle.

Por fin, un día maravilloso en que yo me mecía en la silla de la primera Audrina, la mejor, tuve una visión. Contemplé una niña pequeña, algo parecida a mí o a la otra Audrina, que jugaba con prismas de cristal, sentada en un lugar donde daba la luz del sol, y se ingeniaba para captarla y refractarla en las paredes, en los espejos, que se la devolvían con sus brillantes colores y hacían que todo el recinto se convirtiera en un caleidoscopio. Sobre los estantes de aquel cuarto de juego encontré una media docena de prismas de cristal, de formas muy bellas: dos como lágrimas alargadas, otro como estrella, uno como copo de nieve y otro más como un diamante gigantesco. Los puse juntos, abrí todas las cortinas, incluidos los visillos de gasa, y me senté a jugar con los prismas. Silvia tenía la costumbre de andar detrás de mí cuando yo estaba en casa. Era una sombra de mí misma, tan inmediata que más de una vez; al darme vuelta de repente, tropecé con ella haciéndola caer.

Los rayos de luz, al atravesar los cristales, esparcían arco iris por todo el cuarto. Con el rabillo del ojo pude notar que Silvia mostraba interés en los colores. Se quedaba viendo el arco iris que se formaba en todas partes. Jugué con los colores en su cara, tiñéndole una mejilla de rojo y otra de verde; luego proyecté fugazmente la luz sobre sus ojos. La deslumbró, cegándola, y por algún motivo la hizo llorar. Dando tumbos al caminar, dejó escapar un gemido mientras estiraba las manos queriendo apoderarse de los prismas.

Estoy segura de que para ella, aquellas cosas que yo tenía en la mano eran flores duras e iridiscentes. Las tomó y fue a acurrucarse en un rincón, como si se escondiera de mí, y ahí se puso a tratar de hacer bailar los colores. No respondieron como ella esperaba. Yo la observé, diciéndole mentalmente que se acercara a la luz, que sólo la luz del sol podía darles vida.



Les dio vuelta una y otra vez, dejándome oír sus gruñidos de frustración. Un sonido de queja le brotó de dentro, y luego comenzó a arrastrarse, llevando un prisma en cada mano, hasta que llegó al espacio más iluminado del cuarto. En el acto, los cristales cobraron vida y llenaron el recinto con rayos de colores. Por vez primera pude ver que sus ojos se abrían llenos de sorpresa. Silvia había hecho que sucediera algo y ella lo sabía. Yo pude ver la alegría que le causaba hacer que los colores se movieran en todas direcciones por el cuarto.

Me senté para darle un abrazo afectuoso.

—Mira qué bonitos colores, Silvia. Son todos tuyos. Te regalo todo lo que solía ser *de ella*.

Una sonrisa débil y confusa se esbozó en sus labios entreabiertos. Parecía que aquellos prismas nunca abandonarían sus manos, una vez que ella había encontrado algo que podía hacer con facilidad.

—¡Santo Dios! ¡Quítale eso! —se quejó mi tía al día siguiente, cuando Silvia, sentada en su silla de bebé, dejó caer un prisma en el cereal, mientras con otro no cesaba de proyectar rayos de luz para deslumbrar a todos los que estábamos en la cocina—. ¿Era necesario que le dieras esas cosas?

—Déjala en paz, Ellie —protestó papá—. Por lo menos ha encontrado ya algo qué hacer. Está fascinada con los colores y... ¡quién sabe!, es posible que le enseñen algo.

—¿Qué cosa? —redarguyó mi tía en tono cínico—. ¡Tal vez el modo de cegarnos!

—Bueno... —replicó papá pensativo, mientras ponía mantequilla a su tercera rebanada de pan—, por lo menos aprenderá a mantener las sucias yemas de los dedos lejos de las paredes y de los muebles. Se aferra a esas cosas como si fueran a escapársele si se descuidara... y así deja en paz un buen número de objetos.

Mientras yo me encargaba de Silvia, y Vera seguía hecha un dulce conmigo, yo trataba a cualquier precio de encontrar tiempo para practicar por lo menos una vez al día en el piano de mi madre. A Silvia no le gustaba eso. Se sentaba en algún lugar donde entrara la luz del sol y se dedicaba a lanzarme rayos de colores sobre las partituras. Si yo me ingeniaba en ponerlas a buen recaudo de sus proyecciones, ella veía el modo de lanzarme la luz a los ojos para que no pudiera leer las notas.

A pesar de no tener mucho tiempo para practicar, seguía tomando lecciones con Lamar Rensdale. Sabía que él estaba preparándose para ir a Nueva York. Esta vez se proponía quedarse para enseñar música en Julliard.

—Es preferible eso a estar pasando a duras penas la existencia en un lugar que amenaza con el desprecio a cualquier artista —me explicó.

Me llamó un día para comunicarme sus buenas noticias, recibidas la noche anterior. Estaba sumamente emocionado.

—Prefiero que no menciones a nadie mi nombramiento, Audrina. Además, tendrás que jurarme que seguirás estudiando música. Yo sé bien que un día me sentaré entre el auditorio y podré decirme a mí mismo que yo fui el que inició a

Audrina Adare por el camino de la fama.

Nadie, con excepción de Arden, sabía que yo tenía el propósito de ir a casa del señor Rensdale a decirle adiós. Llevaba en el bolsillo un pequeño regalo de despedida: un par de mancuernillas de oro que habían pertenecido a mi abuelo materno.

Hubo tiempo en que Lamar Rensdale parecía ser el hombre más pulcro que pudiera imaginarse. Tenía un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar. Ahora, en cambio, aquel prado que solía lucir impecable, se veía abandonado e inundado de maleza. El césped necesitaba que alguien lo podara, las malas hierbas pululaban por todo el jardín, y un montón de vacías latas de cerveza rodaba al capricho del viento. Él no se había molestado ni siquiera en pasar el rastrillo para recoger las hojas secas, o en desprender el nido de pájaros formado sobre el marco de su puerta. Estaba a punto de golpear con los nudillos la puerta posterior de su casa, cuando ésta se abrió de par en par al tocarla, empujada por una fuerte ráfaga de viento que le llegaba del patio.

Siempre que yo entraba a su casa lo oía tocando el piano, y si no estaba en el banquillo lo encontraba en la cocina. Como esta vez hallé la casa en un silencio sepulcral, supuse que había ido a la ciudad. Decidí dejarle mi pequeño regalo con una nota, y sentarme en el pórtico a esperar a que Arden pasara a recogerme. En una libreta de notas que él tenía en la cocina, empecé a escribir: «*Querido señor Rensdale...*», cuando de pronto oí un ruido que provenía de la sala. Abrí la boca para llamarlo, pero me detuvo una risita femenina que me era muy conocida. Me quedé paralizada, y sentí que me estremecía de pies a cabeza, al pensar que todos aquellos cuentos lascivos de Vera podían ser verdaderos. Atravesé la cocina sobre la punta de los pies y entreabrí apenas la puerta que daba al interior de la casa. El señor Rensdale y Vera estaban en la sala. Un fuego acogedor hacía crepitar la leña en la chimenea, lanzando chispas en todas direcciones. Noviembre se había vuelto lo suficientemente frío para que se antojara encender el hogar. Aquélla era una tarde ominosa, pero con el fuego de la chimenea se convertía en hogareña y alegre, en aquel pequeño recinto. Lamar Rensdale se levantó para poner un disco en el fonógrafo, que en unos instantes llenó la casa con las dulces notas de la *Serenata* de Schubert. Eso me hizo pensar que estaba siendo testigo de una auténtica escena de seducción.

Me quedé inmóvil, sin saber qué hacer. Arden tardaría una hora o más en pasar a recogerme. El camino a casa era demasiado largo y la carretera peligrosa para recorrerla a pie, y a buen seguro que yo no iba a solicitar un viaje gratuito en coche al primer desconocido. No. Lo que haría era ir a sentarme en el pórtico, a pesar del frío... Pero en vez de dar un paso, estuve titubeando, en busca de una buena razón para poder quedarme a observar lo que estaba pasando en aquella sala.

—¿Ves? —decía Lamar Rensdale—, puedes bailar perfectamente. Te he dicho que tu cojera es apenas perceptible. Tú la exageras mucho, Vera. Cuando una chica es tan bonita como tú, y tiene una línea como la tuya, no hay hombre que repare en un

defecto tan pequeño.

—Entonces... ¿mi cojera es un defecto? Lamar, yo esperaba que tú me consideraras perfecta...

Su voz tenía un tono plañidero y dulce, de amable reproche, pero conmovedor. ¿Lo amaría realmente? ¿Cómo era posible? Apenas había cumplido dieciséis años la semana pasada...

—En serio, Vera, tú eres muy bonita y muy atractiva... y muy seductora. Pero también demasiado joven para un hombre de mi edad. Durante dos años hemos disfrutado de momentos maravillosos y espero que nunca deploras uno solo. Pero yo ahora debo irme. Tú debes encontrar un chico de tu edad, un muchacho dispuesto a casarse contigo y a sacarte de esa casa que parece odiar.

—Tú has dicho que me amabas, y ahora hablas como si no fuera así —gimió Vera, dejando correr las lágrimas por las mejillas—. En realidad nunca me amaste, ¿verdad? Sólo lo dijiste para que me acostara contigo... Y ahora que te has cansado de mí quieres disfrutar de otra... ¡Y yo te amo tanto!

—¡Claro que te amo, Vera! Pero no estoy dispuesto a casarme todavía. Sabes que necesito ese nombramiento de profesor. Les dije que no era casado y ese detalle les agradó. Consideran que en esa forma me dedicaré mejor a la enseñanza. Vera, por favor recuerda que no soy el único hombre en el mundo.

—¡Para mí sí lo eres! —protestó con un gemido mucho más fuerte—. Te amo... estaría dispuesta a morir por ti. Me entregué a ti... Tú me sedujiste y me juraste que me amarías siempre, y ahora que estoy embarazada ya no me quieres...

Sacudida en mis cimientos, retrocedí al oír eso.

El señor Rensdale dejó escapar una risa forzada y bien controlada.

—Muchachita querida, no puedes estar encinta. No quieras usar conmigo esa vieja treta.

—Es la verdad —volvió a gemir ella.

Pero cuando esa declaración pareció no surtir efecto, Vera se le acercó haciendo pucheros y se acurrucó entre sus brazos. Se adhirió a él con un abrazo tan estrecho que ambos parecían estar fundidos en un solo cuerpo.

—¡Lamar, tú me amas, yo lo sé! Hazme el amor otra vez, ahora mismo. Déjame demostrarte cuánto puedo excitarte...

Me quedé sin aliento al ver cómo Vera deslizaba ambas manos sobre la espalda de Lamar, le acariciaba las asentaderas y luego abría los labios para besarlos con una pasión tal, que sólo el verla me produjo vértigo. Luego hizo algo que no pude distinguir, mientras la música seguía tocando y el fuego continuaba con sus efectos mágicos en la chimenea.

—¡No! —suplicó él, cuando ella se volvió más agresiva y trató de tirar del cierre de su pantalón—. Anoche Audrina habló de pasar por aquí para decirme adiós...

—¿Te propones enseñarle a ella lo que me has enseñado a mí? —le preguntó Vera en una voz baja y lasciva—. Te apuesto a que soy diez veces mejor... mejor que...

En ese momento él la aferró con fuerza y la sacudió por los hombros, diciéndole a gritos:

—¡Deja de estar diciendo eso! Audrina es una niña inocente y encantadora. Sólo Dios sabe cómo ustedes dos resultaron tan diferentes.

Mientras él seguía reprendiéndola, ella se levantó el suéter verde para mostrarle los pechos desnudos, que se zarandeaban al sacudirla él y al retozar ella en medio de risas. En pleno juego, Vera se ingenió para soltarse la falda y dejarla caer al suelo. Un instante más y con un hábil tirón de los dos pulgares se deshizo también de las pantaletas. Rensdale no pudo resistir el espectáculo de aquel cuerpo desnudo. Parecía ridículamente tonta la actitud de Vera, todavía con el suéter enrollado bajo las axilas, y provocándolo con insistencia:

—Tú me deseas... me deseas... me deseas... ¿por qué no te apoderas de mí...? ¿O tendré que hacer lo que hice la última vez... *señor Rensdale*?

¡Oh, sí! ¡Estaba imitando mi modo de hablar! De repente, él la tomó entre sus brazos y la besó con violenta pasión, haciéndola arquearse hacia atrás, a tal grado que pensé que le rompería la columna vertebral. Los dos cayeron al suelo y ahí lucharon y se besaron, con respiración anhelante, presas de la pasión, hasta llegar a decirse obscenidades recíprocamente, mientras rodaban el uno sobre el otro repetidas veces...

Petrificada, como si hubiese tenido siete años y me encontrara atrapada en la mecedora como en épocas pasadas, seguí observándolos hasta que terminó su enardecido acto sexual y Vera permaneció tendida, desnuda, sobre el cuerpo largo y velludo de él. Ella le acarició con ternura las mejillas, el cabello... le besó varias veces los párpados y le mordisqueó el lóbulo de la oreja, mientras murmuraba con un tono perverso:

—Si no me llevas contigo a Nueva York, diré a todo el mundo que me has violado... y también a Audrina. La policía te encarcelará, porque no tengo más que dieciséis años, y Audrina apenas doce. Me creerán a mí, no a ti, y jamás podrás encontrar ya un trabajo decente. Por favor, no me obligues a hacer eso, Lamar, yo te amo. Te amo tanto que me duele incluso decirte cosas tan duras y perversas como éstas...

En ese momento, Vera se incorporó y se dio vuelta, para ponerse a jugar con las partes más íntimas del cuerpo de él. Los gemidos del hombre resonaban todavía en mis oídos cuando atravesé el umbral de la puerta posterior y la cerré con cautela.

Ya a la intemperie, respiré profundamente el frío aire de noviembre, en un esfuerzo por purificarme los pulmones del olor almizcleño y pegajoso del sexo, que había saturado todos aquellos cuartos pequeños. Pasara lo que pasara, yo no volvería. Jamás regresaría a ese lugar.

Camino a casa me senté al lado de Arden, sumida en profundo mutismo.

—¿Ha sucedido algo malo? —me preguntó—. ¿Por qué no quieres hablar conmigo?

—No, no. Todo está bien, Arden.

—¡Claro que no todo está bien! Si lo estuviera vendrías como tarabilla, contándome cosas de Lamar Rensdale y lo maravilloso que es... En cambio, no hablas una palabra... ¿Por qué?

¿Cómo decirle lo que iba pensando? Hacía apenas unos días que Vera se había gloriado de haber gozado del sexo también con Arden.



Ese mismo día, al anochecer, Vera se me echó encima.

—¡Tú estabas ahí, Audrina! ¡Estuviste espiándonos! Si le dices algo a papá, me la pagarás... ¡Me la pagarás muy cara! Le diré que tú has hecho lo mismo con Arden y también con Lamar.

Me arrojó las mancuernillas de oro que había dejado para el señor Rensdale y continuó:

—Entré a la cocina y encontré éstas donde tú las habías dejado: sobre la mesa de la cocina —con un gesto amenazador se me acercó más con sus pasos vacilantes—. ¡Te lo advierto ahora mismo: si te atreves a decírselo a papá, haré algo tan espantoso que nunca querrás volver a verte en el espejo!

Yo sentía tanto odio y desprecio hacia ella, que quería herirla en el momento mismo en que me amenazaba con herirme a mí.

—Tú querías ser mi amiga, Vera... ¡Valiente amiga eres! Con una amiga como tú no necesito enemigos, ¿no es cierto?

—No... —susurró con voz suave y una sonrisa apenas esbozada que le iluminó los negros ojos con un brillo siniestro—. Si me tienes por amiga, cuentas con la mejor de todas las enemigas posibles. Yo quería que me amaras, Audrina, pero... ¡sólo para que te doliera más darte cuenta hasta qué grado te aborrezco! ¡Para que supieras cuánto te he detestado siempre!

La vehemencia de sus chillidos me hizo temblar.

—¿Por qué me odias tanto? ¿Qué te he hecho?

Abrió los brazos cuanto pudo, como queriendo abarcar toda la casa y cuanto había en ella. Luego me dijo que yo le robé todo lo que por derecho le pertenecía.

—¡Tú, idiota! ¿Cómo puedes ser tan ciega? ¿No puedes verme, mirarme a los ojos, y entender quién es mi padre? ¡YO soy la primera Audrina, no TÚ! ¡Tu papá es mi padre también! ¡Yo soy la hermana mayor, a la que le corresponde el primer lugar! ¡Tú no tienes derecho a ocuparlo! Papá tuvo amores con mi madre antes de conocer a la tuya, y la dejó embarazada. Luego vio a tu madre, que era más joven y más bonita, pero no dijo una palabra a mi madre, sino cuando ella le advirtió que estaba encinta de mí. Él se negó a creer que era el padre y obligó a mi madre a abandonar el

poblado. Y esa imbécil madre que tengo hizo lo que él quería. Ni un momento dejó de pensar que cuando regresara y él me conociera y viera lo bonita que era, decidiría casarse con ella. Yo no tenía más que un año y mi madre me atavió de tal manera que lograra impresionarlo con mi aspecto. Pero eso no sucedió: él se había casado ya con tu madre. ¡Oh, Audrina! Tú no puedes saber cuánto lo odio y desprecio por lo que nos hizo a las dos. Yo no era más que una bebé y ya me veía rechazada por mi propio padre... Nunca me ha dado ninguna de las cosas que por derecho me corresponden. Se propone dejarte a ti esta casa y todo su dinero. Se lo ha dicho a mi madre... ¡Y todo esto me pertenece a mí! ¡Todo lo que hay aquí me corresponde por derecho!

Sollozó y me lanzó un golpe. Con agilidad logré esquivarlo y salté hacia atrás. En un giro violento, presa de su rabioso desatino, a la que golpeó fue a Silvia. Boca abajo, tendida cuan larga era, Silvia dejó escapar los gritos más fuertes que le permitían sus pulmones. Fue entonces cuando decidí atacar a Vera, gritándole al mismo tiempo:

—¡No vuelvas a atreverte a golpear a Silvia en tu vida, Vera!

Ahí estaba yo, montada sobre Vera, sin dejarla moverse, mientras ella se revolcaba, pataleaba y trataba de arañarme los ojos. Luchó conmigo como animal salvaje, tratando de desgarrarme la cara con sus largas y agudas uñas. Silvia seguía llorando. De un salto me puse en pie y corrí a tomarla en mis brazos. Con ayuda de una silla, Vera se levantó. Dando traspiés avanzó hacia la puerta y salió al corredor, pero no notó un pequeño prisma con el que Silvia había estado jugando. Lo pisó, perdió el equilibrio y volvió a caer al suelo.

Silvia seguía lanzando aullidos de desesperación, pero los alaridos de Vera eran estentóreos. Me di vuelta para verla y me dejó pasmada el espectáculo: en el suelo se veían grandes charcos de sangre.

Llevando a Silvia en brazos, corrí en busca de mi tía.

—¡Tía Ellsbeth, ven pronto! ¡Vera está sangrando mucho sobre el piso de mi recámara!

Con un gesto indiferente, mi tía se dio vuelta para verme. Tenía harina embarrada en la barbilla.

—¡Es una verdadera hemorragia que le corre por las piernas!

Sólo en ese momento, mi tía se decidió a correr hacia el lavadero para quitarse la harina de las manos. Se las secó con su blanco delantal immaculado, y comentó:

—Bueno, ven conmigo... es posible que necesite tu ayuda. Hay una faceta salvaje y destructora en la personalidad de esa muchacha, y sin duda ha conseguido meterse en serias dificultades.

Llegamos a tiempo para ver a Vera arrastrarse por el piso, empapada en su propia sangre, y sin poder detenerla. Sus manos se empeñaban en aferrar los coágulos, y ella en proclamar a gritos:

—¡El bebé...! ¡He perdido a mi bebé!

Con un semblante de furia salvaje y desatino, levantó la cabeza al entrar nosotras

a la recámara. Yo abracé a Silvia en un gesto protector.

—¿Estabas encinta? —preguntó mi tía con voz fría y sin hacer nada por ayudarla.

—¡Sí! —volvió a aullar Vera, todavía revolcándose en su sangre—. ¡Tengo que tener a ese bebé! ¡Es preciso que lo tenga! ¡Lo necesito! Es mi pasaporte para salir de este hoyo infernal, y se me ha ido... ¡Ayúdame, mamá, ayúdame a salvar a mi bebé!

Mi tía observó la sangre.

—Si lo has perdido, tanto mejor.

Con un aspecto de orate frenético, los ojos de Vera se desorbitaron, mientras sus dedos se crispaban violentos sobre un enorme coágulo de sangre. Lo aferró con fuerza pero sólo para arrojarlo frenética contra su madre. El coágulo golpeó el delantal de tía Ellsbeth y luego cayó al suelo produciendo un sordo ruido repugnante.

—¡Nunca me llevará con él! —gimió Vera a gritos.

—Limpia toda esta inmundicia que has dejado, Vera —le ordenó mi tía, tomándome de la mano y tratando de sacarme de ahí—. Cuando vuelva quiero encontrar este cuarto tan limpio y ordenado como lo dejé esta mañana. Limpia esa alfombra con agua fría.

—¡Madre! —gritó Vera—. ¡Acabo de tener un aborto... y lo único que tú sabes hacer es preocuparte por la alfombra!

Tuve la impresión de que Vera se veía débil y a punto de desmayarse.

—La alfombra persa es valiosa...

Después de cerrar la puerta al salir, mi tía me empujó por delante, mientras Silvia continuaba gimoteando.

—Debía haber supuesto que esto iba a suceder. Es una buena para nada... Igual que su padre... —hizo una pausa, como si reflexionara, antes de añadir—: Sin embargo, él ha sabido hacer otros hijos que no tienen los defectos de ésta.

Sintiéndome positivamente enferma, me ingeníé para que una débil voz me saliera de la garganta:

—¿Vera es realmente hija de papá?

Sin darme una respuesta, tía Ellsbeth bajó a toda prisa a la cocina, para lavarse de nuevo las manos frotándose las con un cepillo. Arrojó el delantal sanguinolento en el lavadero de ropa sucia que luego llenó de agua fría, y se puso otro limpio que sacó de un cajón, y que lucía una blancura extraordinaria, con pliegues impecables y almidonados. En cuanto se hubo sujetado las cintas, empezó a arrollar la masa del pastel que había tenido que interrumpir.



—Te ves más pálida que de costumbre —dijo papá a Vera al sentarse a cenar—. ¿Estás enferma, con algún resfriado o alguna otra cosa? Si es así, deberías ir a cenar a

la cocina. Sabes bien que no debes andar esparciendo virus en la casa.

La mirada de Vera estaba empapada de un odio tan enconado, que casi podía haberse cortado con un cuchillo. Se levantó de la mesa sin acabar de cenar. Me dio pena verla alejarse dando tumbos. Su andar era siempre más vacilante cuando estaba cansada.

—¿Puedo ayudarte en algo? —le ofrecí.

—¡Puedes irte al diablo, para estar lejos de mí!

Vera no hizo el menor esfuerzo por limpiar mi alfombra de toda aquella sangre. La dejó para que la lavara yo. Durante horas enteras, antes de acostarme, estuve agachada sobre aquella alfombra, tratando en vano de quitarle las manchas de sangre que se obstinaban en permanecer adheridas al espeso tejido de lana. Mi tía se asomó a mi recámara a ver qué estaba haciendo y regresó en seguida con otro balde de agua y un cepillo de cuerdas duras. Las dos nos pusimos a trabajar en la alfombra, de un lado a otro.

—Tu padre está ya en la cama —me informó en voz baja—. Es preciso que no se entere de nada de esto. Si lo sabe sería capaz de desollar viva a Vera... Audrina, dime cómo es él... ese maestro de música tuyo. Vera me dijo que él era el padre.

¿Cómo podía yo decirle algo, si no entendía nada de hombres? A mí me parecía un caballero refinado, amable y noble, incapaz de seducir a una chica... Pero ¿qué sabía yo?

¡Ah! La mecedora lo sabría. La mecedora sabía todo lo que papá conocía, relacionado con el modo de ser de los hombres malvados, y las cosas terribles que les hacen a las chicas.



—¿Dónde está Vera? —preguntó papá cuando a la mañana siguiente me vio bajar a la cocina llevando en brazos a una Silvia muy limpia y perfumada.

La coloqué en su silla, sujetándola con el cinturón, le colgué un babero bajo el cuello y le di sus prismas para que jugara, mientras le preparaba el desayuno. Al fin, papá levantó la cara por encima de su periódico matutino y se fijó en la mía.

—¿Qué te pasó en la cara? ¿Tuviste algún pleito, Audrina? ¿Quién te golpeó el ojo y te arañó la mejilla?

—Papá, tú sabes que a veces ando sonámbula. Eso fue lo que me pasó anoche. Salí dormida y me caí.

—Creo que me estás mintiendo. Noté que tenías la cara muy roja anoche, pero Vera me enfureció tanto que no puse mucha atención en lo que te pasaba a ti. Ahora dime la verdad.

Me negué a dar mayores explicaciones y empecé a preparar el tocino que él había



pedido. Volvió a tomar su periódico y a enfrascarse en la lectura. Hasta hacía muy poco tiempo, los periódicos nunca se nos entregaban en la casa, sino que llegaban por correo. Al pensar en ese hecho, fruncí el ceño y pregunté:

—Papá, ¿a qué se debe que ahora necesites el periódico matutino, cuando nunca lo quisiste mientras vivía mamá? —Esperando respuesta, dejé caer unas rebanadas de pan en el tostador.

—Es sólo para tener algo que hacer, mi amor, en lugar de discutir con tu tía.

Sus palabras atrajeron a la aludida, que entró a grandes pasos en la cocina. Cuando vio lo que yo estaba haciendo, me empujó a un lado y se hizo cargo del tocino.

Durante todo el desayuno, ella no soltó una sola palabra, pero luego nos llegó la información, en un tono sumiso:

—Se ha marchado, Damian.

—¿Quién se ha marchado? —preguntó él con tono indiferente dando vuelta al periódico y doblándolo con todo cuidado para poder leer la siguiente página.

—Vera se ha marchado...

—¡Qué descanso!

Mi tía palideció. Bajó la cabeza un instante y luego se sacó del bolsillo del delantal una hoja de papel doblada, con una nota escrita.

—Toma —le dijo, entregándosela—. La dejó para ti sobre su almohada. Yo ya la leí. Me gustaría que la leyeras en voz alta para que Audrina la oiga.

—No me interesa leerla, Ellsbeth. Es hija tuya y estoy seguro de que no dirá nada que pueda proporcionarme alguna felicidad.

Entonces, Ellsbeth me entregó la nota a mí. Al leer lo que había escrito, no pude menos que llorar.

—Un momento, papá —le pedí al verlo levantarse para ponerse la chaqueta—. Por el bien de tu alma necesitas oír esto.

Algo lo hizo detenerse y mostrarse incómodo al mover las piernas, apoyando el peso del cuerpo sobre una sola y manteniéndose de perfil hacia mí, mientras yo empezaba a leer...

*Querido papá:*

*Nunca me has permitido llamarte papá o padre, pero esta vez voy a desobedecer, llamándote papá, como lo hace Audrina. Tú eres mi padre, y lo sabes bien. Mi madre lo sabe, Audrina lo sabe, y yo también.*

*Cuando yo era muy joven, lo único que quería era que me mostraras amor... siquiera un poco. Solía permanecer despierta en las noches, ideando todas las cosas buenas que podría hacer para lograr que te fijaras en mí y me*

*dijeras «gracias, Vera». Sin embargo, nunca pude conquistar tu afecto, a pesar de todos mis esfuerzos, así que acabé por darme por vencida.*

*Solía observar a tu esposa, tratando de aprender a ser como ella... afable, siempre bien vestida y perfumada, y tú me dabas nalgadas por usar su perfume y por ponerme mis vestidos buenos para jugar. Cualquier motivo era suficiente para darme nalgadas. Entonces decidí desistir de empeñarme en darte gusto, sobre todo después de que tuviste a tu «dulce Audrina», que no podía hacer nada mal a tus ojos. Ella era la única que te complacía en todo.*

*No cabe duda de que en este momento, cuando estés leyendo esta nota, te sentirás feliz de haberte librado de mí, puesto que por principio de cuentas nunca quisiste que fuera tuya. Estoy segura de que serías feliz si me vieras muerta. Pero no puedes librarte de mí tan fácilmente, porque yo voy a volver, Damian Adare, y todos los que me han hecho llorar llorarán diez veces más que yo.*

*En esta carta no divulgaré ningún secreto, pero llegará el día en que todos tus secretos anden arrastrándose en público, a la vista de todos. Cuenta con esto, querido papá. Sueña con esto en las noches... Piensa en mis ojos oscuros; que son como los tuyos, y pregúntate qué podré tenerte reservado a ti y a los tuyos. Recuerda, sobre todo, que tú te lo conquistaste, por haber sido despiadado y cruel con tu propia carne y sangre.*

*Ahora, ya sin amor, soy la hija que te servirá mejor... y por más tiempo.*

*Vera*

Lenta, muy lentamente, papá se dio vuelta para mirarme de frente.

—¿Por qué quisiste que oyera eso, Audrina? ¿Tampoco tú me amas?

—No lo sé —respondí con voz incierta y débil—. Lo que pienso es que tú tenías con ella una gran deuda que nunca saldaste. Vera se ha marchado, papá... y te ha dicho la verdad. No la escuchaste cuando te hablaba. Procuraste no verla. Nunca le hablaste, como no fuera para darle órdenes de hacer esto o aquello. Papá, si ella es tu

hija, ¿no crees deberle algo? ¿Habría sido mucho darle un poco de amabilidad y amor?

Se enderezó con un movimiento de sus anchos hombros y replicó:

—Audrina, tú has oído el punto de vista de Vera, no el mío. Yo no voy a defender mis actos. Lo único que te digo es esto: guárdate del día en que Vera vuelva a nuestra vida. Esta noche ponte de rodillas y reza para que se mantenga lejos. De no haber sido por tu tía, yo la habría internado en una escuela hace mucho, mucho tiempo. Hay gente que nunca debió haber nacido.

Miró impertérrito a mi tía. Parecía que las miradas de uno y otro chocaban como dos espadas en un duelo. Ella fue la primera en bajar la vista. Luego inclinó la cabeza tanto, tanto, que sus amplias espaldas quedaron a la vista. Su voz era entrecortada y débil cuando recitó:

—Has dicho bastante, Damian. Tenías razón. Yo estaba equivocada. Pero Vera es mía y yo tuve esperanzas de que al crecer cambiara.

—Todos las teníamos, ¿no es cierto?

Fueron sus últimas palabras antes de salir de la cocina.

## SE RESUELVEN LOS DILEMAS

**A**l quedarme, sola con la tía Ellsbeth, no supe qué decir. Se sentó, acomodándose frente a la mesa de la cocina, con la mirada perdida en un espacio imaginario. Sin decir nada, recogí la mesa, llené la lavadora de platos, tomé en brazos a Silvia levantándola de su silla y me la llevé al piso superior, mientras me preparaba para ir a la escuela.

Me quité de prisa la bata al darme cuenta de que iba a llegar tarde a la parada del autobús escolar, y busqué mis suéteres en los cajones. Solía lavarlos todos los sábados. Los únicos que encontré fueron los viejos, demasiado pequeños ya para mí. Todos los finos de cachemira habían desaparecido, lo mismo que mis mejores blusas, las que papá me regalaba de cuando en cuando. Seguramente, Vera se llevó todo lo mío que podía usar. Corrí a la cajonera para ver qué más faltaba. No le interesó mi ropa interior: ahí estaba toda; pero al abrir el alhajero que fuera de mamá, vi que todo lo de algún valor, que ella me dejó, había desaparecido. Hasta las mancuernillas, y los pisacorbatas que debían haber sido para mi futuro esposo, se evaporaron. Lloré al descubrir que el anillo de matrimonio y el de compromiso de mamá también fueron robados. ¡Qué feo y odioso gesto de Vera, llevarse todo lo que para mí era tanpreciado! Todas las alhajas finas que mamá había heredado de sus antepasados, con toda seguridad irían a parar a alguna casa de empeño. La única cosa de algún valor que me dejó era el minúsculo anillo con la piedra de mi nacimiento, que siempre traía colgada de una cadenilla, y la rosa de cuarzo que Arden me había regalado. Fue un milagro que no tratara de quitármelas mientras estaba dormida.

Al volver a la cocina, con Silvia en brazos, encontré a mi tía todavía sentada frente a la mesa.

—Vera se llevó mis mejores suéteres y blusas y las alhajas que mamá me había dejado...

—También se llevó todas las mías —replicó ella, con voz inexpresiva—, junto con mi mejor abrigo. Lo acababa de comprar el invierno pasado. El primer abrigo nuevo que tenía en cinco años... Sólo Dios sabe cuándo podré tener otro.

—Papá te comprará uno —al decirle esto, yo no estaba segura de que lo hiciera.

Todo el día, a pesar de que trataba de concentrarme en lo que me decían los maestros, estuve pensando en Vera y en la forma en que se fugó de noche, como un ladrón, sin importarle a quién hería. En cuanto sonó la campana de la escuela, al final de la última clase, atravesé la puerta corriendo, para solicitar el viaje de regreso en el coche de una chica amigable a quien conocía.

La pequeña cabaña donde estudié música durante tres años se veía desierta. Llegué hasta el pórtico y golpee con fuerza la puerta, mientras el viento silbaba a mis espaldas y me revolvía, la cabellera.

—¡Oye tú, muchachita! —me gritó una dama vecina—. De nada te servirá seguir golpeando la puerta. Él se ha ido. Oí que el motor de su auto se ponía en marcha a medianoche. Se llevó consigo a una mujer...

—Gracias —le respondí dándome vuelta, sin saber qué medida tomar.

Para esa hora, Arden estaría ya de regreso de la escuela, preparándose en casa para ir a repartir sus periódicos, pero yo no tenía una miserable moneda para llamarlo por teléfono y decirle dónde estaba. Al salir de casa tampoco quise pedirle dinero a mi tía, porque sabía que Vera le había vaciado el bolso de mano.

Con un estómago que me gruñía de hambre, inicié el largo trayecto de veinticuatro kilómetros rumbo al hogar. Mucho antes de llegar a mi destino empezó a llover. El viento azotaba los árboles a la vera del camino y jugaba con mi cabellera empapada. No tardé en sentir tanto frío, a pesar de mi grueso abrigo, que empecé a estornudar. Algunos hombres en coche disminuyeron la velocidad, para acercarse y ofrecerme sus servicios. Presa de pánico, pretendí no oírlos y aceleré el paso. De pronto, otro coche llegó a mi altura y se detuvo. Un hombre saltó del auto decidido a hacerme entrar en él. Aterrada, pegué un grito y eché a correr. Aquello era una pesadilla de la mecedora.

Una mano me aferró el brazo y me obligó a darme vuelta. Sin dejar de gritar, le propiné un golpe. Después me tomó el otro brazo y me tuvo en su poder, mientras yo seguía pataleando y forcejeando.

—¿Qué, diablos te sucede, Audrina?

El que se había posesionado de mí era Arden. Sus ojos color ámbar se me acercaron cuando me abrazó. Tenía el cabello pegado a la frente.

—No tienes nada que temer. Soy yo. ¿Por qué estás temblando? No debías andar aquí en la carretera. Tú lo sabes. ¿Por qué no me llamaste?

Los dientes me castañeteaban tanto que no me dejaban hablar. ¿Qué estaba pasándome? El que me hablaba no era otro que Arden. ¿Por qué sentía ganas de abofetearlo? Sacudiendo la cabeza en un gesto de desconcierto, me condujo a su automóvil. Me acurruqué en el asiento delantero, lo más lejos posible de él. Encendió la calefacción del vehículo con tal intensidad, que pronto me dijo que sentía que estaba a punto de asarse... Sin embargo, yo seguía temblando de frío.

—Te vas a enfermar —me aseguró al mirarme de reojo—. Por lo visto, ya tienes fiebre... Audrina... ¿Qué fuiste a hacer a la aldea? Yo oí decir en los alrededores que

el señor Rensdale había salido anoche rumbo a Nueva York.

—Sí... sí... se... se... —Estornudé con fuerza y le expliqué lo de Vera; luego añadí—: Creo que ella fue la mujer que se llevó con él. A papá le va a dar un ataque. Sabe que se fugó, pero no se imagina que lo hizo con mi maestro de música.

Me estremecí, sintiendo que se me enchinaba el cuerpo debajo del abrigo.

—Cuídate bien —me aconsejó Arden al abrirme la portezuela para que saliera, y darme apenas un beso en la mejilla que por poco me hace lanzar un alarido—. No te preocupes por Vera. Sabe valerse muy bien por sí sola.

Estuve enferma en cama con un terrible resfriado, que me proporcionó cuatro días para pensar únicamente en Vera y en Lamar Rensdale.

—¿Crees que se case con ella? —pregunté una noche a mi tía, en voz muy baja, después de la cena.

—No —repuso con seguridad—. Los hombres no se casan con chicas como Vera.



Empezó el Año Nuevo y, aunque Vera había salido del ámbito de nuestra vida, distaba mucho de estar olvidada. Una mañana, mi tía dijo de repente:

—Damian, ¿por qué no te informas de Vera? ¿No la extrañas? ¿No te preocupa dónde pueda andar o qué pueda sucederle? No tiene más que dieciséis años... ¿No te interesa en absoluto?

—Muy bien —convino él, doblando el periódico con esmero y poniéndolo al lado de su plato—. No he querido preguntar por Vera porque no quiero que me digas algo que tal vez no me dé gusto oír. No la extraño... Esta casa es un hogar mucho más feliz, al que uno quiere regresar, ahora que ella se ha ido. Tampoco me preocupo por ella, ni me interesa lo que haga. Me ha dado motivos de sobra para despreciarla. Si hizo lo que pienso, lo que tengo muy buenas razones para pensar que hizo, con gusto la estrangularía. Pero tú la protegerías, aun entonces, y tratarías de convencerme de que no podía haber sido tan cruel. Fui un necio al permitirte protegerla. Haz el favor de pasarme la mantequilla. Creo que me tomaré otro panecillo con otra taza de café.

Yo quería preguntar qué podría haber hecho Vera que provocara en papá el deseo de estrangularla, pero ya había aprendido que ni él ni mi tía respondían nunca a mis preguntas, como no fueran relativas a lo que yo había recordado. Y, por cierto, no podía acordarme de Vera cuando tenía menos de diez o doce años, o cualquiera que haya sido su edad cuando me volvió la memoria.

—Sin duda alguna se fugó con ese pianista, bueno para nada —comentó papá con la boca llena—. Por toda la aldea corren rumores sobre la misteriosa mujer que se fugó con él a medianoche —me miró furtivamente y luego me dedicó una sonrisa de aprobación—. Audrina, sé bien que estás enterada de lo que puede suceder cuando

una chica anda mariposeando con muchachos. Aunque no creas ninguna otra cosa de las que te digo, será mejor que me creas ésta: no pienses jugar el mismo juego. A ti te seguiría hasta el fin del mundo, para hacerte volver aquí, que es tu lugar...

Hasta cierto punto, la vida era mucho mejor sin Vera en casa. Sin embargo, yo me preguntaba cómo le estaría yendo con un hombre que no la quería a su lado.

Todos los días le consultaba a mi tía:

—¿Has tenido noticias de Vera?

Todos los días me contestaba lo mismo:

—No, no espero tenerlas. Cometí el peor error de mi vida el día que regresé aquí. Pero ahora que tengo el nido hecho, voy a sacarle el mayor provecho. Ésta es la actitud triunfadora en la vida, Audrina... recuérdalo. Una vez que decidas lo que quieres, aférrate a tu deseo hasta que se te cumpla.

—¿Qué es lo que quieres?

No obtuve respuesta. La tía siguió arrastrando los pies por la cocina, con unos zapatos holgados que hacían el ruido de pantuflas, y que se quitó poco antes que papá regresara a casa. Una hora antes subió de prisa, se bañó, se vistió, se peinó la cabellera que se había cortado a modo de poder a veces llevarla suelta. Se veía varios años más joven... sobre todo porque aprendió a adornarse la cara con una sonrisa.

Sin Vera alrededor, nuestras vidas adquirieron cierta uniformidad, cierta rutina insípida que tenía mucho de comodidad. Yo cumplí trece años; luego, catorce. Silvia crecía, pero sin progresar. Me exigía todo mi tiempo libre. Sin embargo, podía ver a Arden todos los días. Papá se resignó a la presencia del muchacho, confiando en que, por verlo con tanta frecuencia, yo acabara por aburrirme de tener siempre lo mismo. Me dio mucha tristeza saber que el otoño siguiente él tendría que marcharse para asistir a la universidad. Yo no quería pensar lo que sería la vida sin Arden.

—Oh, Audrina —exclamó Arden de pronto, levantándose por la cintura y dándome una vuelta, de modo que mi amplia falda se extendió a todo su tamaño, mientras sus ojos quedaban al nivel de los míos—, a veces, al verte y darme cuenta de lo encantadora que estás, el corazón empieza a dolerme. Temo que mientras esté lejos encuentres a otro. Audrina, por favor, no te enamores de ningún otro. Consérvate para mí...

Por alguna razón, mis brazos habían quedado alrededor de su cuello y toda yo estaba aferrada a él. Arden siguió diciendo:

—En las noches despierto pensando cómo te verás cuando seas toda una mujer, y creo, como lo hace tu padre, que para entonces me verás como a un hermano. No es eso lo que quiero. He oído a mi mamá decir que ella cambiaba de parecer tres veces a la semana en lo que se refería a muchachos, cuando tenía tu edad.

De pronto tuve una conciencia muy clara de estar en sus brazos y me revolví hasta que mis pies tocaron el suelo, aunque él no dejaba de abrazarme.

—Yo no soy tu madre...

¡Qué sería me sentía, qué adulta y con cuánta cordura, cuando en realidad no era

ni adulta ni sensata!

Algo dulce y maravilloso sucedió en los ojos de Arden, que hizo que las pupilas se le dilataran y se le oscurecieran. La luz que brilló en ellas me dijo, antes que él bajara la cabeza, que a la tierna edad de catorce años yo iba a recibir un beso del único chico que había dejado entrar en mi vida. Qué tiernos se sintieron sus labios sobre los míos, con una indecisión y suavidad que me hicieron estremecer y sentir calor y frío en toda la espalda. El júbilo y el temor se combinaron, mientras yo trataba de decidir si quería o no aquel beso. ¿Por qué temer? Luego volvió a besarme, esta vez con más pasión. Sentí miedo, porque en ese momento me asedió el fantasma de los días lluviosos en el bosque. Ese horrible día pertenecía a la primera Audrina... ¿Por qué me atormentaba a mí y castigaba a Arden?

—¿Por qué tiemblos? —me preguntó Arden, sintiéndose ofendido.

—Me apena —respondí—. No pude evitar sentir cierta alarma... Nadie me había besado así jamás.

—Lo siento si te dejé desconcertada, pero no pude contenerme. Un millón de veces he dado marcha atrás... Esta vez no pude.

En ese momento fui yo la que me sentí apenada, y comenté:

—¡Oh, Arden! ¿No es una tontería de mi parte el haberme asustado, cuando me preguntaba por qué tardabas tanto en hacerlo?

¿Por qué dije semejante cosa? Se oyó como algo que podría haber dicho Vera... y el hecho era que durante todo el tiempo yo había estado muerta de miedo.

—¿Vas a ser una chica sin carácter? Así era mi madre. Yo tenía esperanza de que fueras diferente. Eso me habría garantizado que lo que hay ahora entre nosotros durará para siempre... Tal vez mamá no te lo ha dicho, pero estuvo casada más de una vez. En el primer caso no tenía más que diecisiete años, y apenas duró unos meses. Mi padre fue su tercer marido y, según ella, el mejor. A veces pienso que me dice eso para que yo abrigue buenos sentimientos hacia él.

¿Casada tres veces...?

—¡Yo no soy una chica sin carácter! —me apresuré a protestar—. Simplemente te amo. Amor pueril, lo llama la tía Ellsbeth. Yo a ella no le cuento nada, pero me mira a los ojos y asegura que lo que hace que me brillen los ojos y se me enrojezca el cutis es algo más que el simple hecho de andar a cielo abierto... ¡Hasta papá asegura que nunca me había visto más sana ni más feliz! Pero yo creo que eres tú, y el hecho de que haya aprendido a amar tanto a Silvia. Ella también me ama, Arden. Cuando no me tiene cerca se acurruca en un rincón oscuro, como si no quisiera que nadie se fijara en ella. Creo que le tiene pavor a la tía Ellsbeth. Luego, cuando yo entro al cuarto, viene a mi encuentro y se me prende de la mano o de la orla del vestido, inclina la cabecita hacia atrás y me convierte en el centro de su existencia.

Arden se veía incómodo. No quería darse vuelta para mirar a Silvia, que andaba siempre conmigo... si no a la vista, sí en las cercanías. Ella le producía una sensación de fastidio, pero él nunca me lo decía. Tengo la impresión de que le molestaban sus



olores, su desorden habitual y la incapacidad de hablar o de fijar la vista en algo.

A poca distancia de nosotros, Silvia se arrastraba por el suelo, siguiendo una larga hilera de hormigas que se encaminaba a su agujero.

—Deja de observar a Silvia, que está viendo a las hormigas, y mírame a mí — planteó bromeando.

Luego, jugando, me dio una suave manotada de cariño en la mejilla, por haberme negado a mirarlo. Yo lo empujé a un lado y él volvió a tratar de forzarme a mirarlo. Entonces, los dos caímos al suelo y forcejamos el uno contra el otro, hasta que al fin sus brazos me atraparon y nos quedamos viéndonos a los ojos con un gesto sentimental recíproco.

—Yo sí te amo —solemnizó en un ronco susurro—. Sé que soy demasiado joven para sentir esto, pero durante toda mi vida he esperado que el amor fuera así, en plena juventud, con una chica como tú: especial, limpia, decente.

El corazón empezó a palpitarme nerviosamente, cuando sus ojos ambarinos se pasearon con lentitud, de mi cara a mi cuello, al busto, a la cintura... luego se detuvieron más abajo, en un lugar del cuerpo que me hizo ruborizarme. Su mirar intenso a mis ojos, incluso a mis senos, me había hecho sentirme amada y bella. Pero fijo en ese sitio me provocó estremecimientos de experiencia reconocida que se clavaba en mi memoria, evocando las pesadillas de la mecedora y todo lo que se había hecho a la primera Audrina, que murió porque aquellos tres muchachos pusieron la vista ahí mismo, a pesar de sus frenéticos esfuerzos por quitárselos de encima. La vergüenza me invadió. A toda prisa moví la pierna, adoptando una posición defensiva. Esto hizo que Arden se sonrojara.

—No te avergüences de ser una chica, Audrina —murmuró mirando en otra dirección.

De repente, yo empecé a llorar. *Ella es* la que me hace avergonzarme. Toda mi vida he estado atormentada por culpa de ella. *¡La aborrezco!* Ojalá nunca hubiese nacido, así tal vez yo me sentiría bien y normal, en lugar de sentirme mal y no natural.

Sin embargo, yo seguía temblando... incluso con mayor violencia. ¿Qué pies caminaban sobre mi tumba? ¿Los de ella?

—Me voy ya a casa —decidí en tono rígido, levantándome para sacudirme el pantalón.

—Estás enojada conmigo...

—No. No lo estoy.

—No se pondrá el sol antes de media hora. Hay tiempo de sobra antes que oscurezca.

—Te lo recompensaré mañana.

Corrí a encontrarme con Silvia. La tomé de la manita y la levanté hasta ponerla de pie, antes de darme vuelta para sonreír apenas a Arden.

—Quédate donde estás, Arden. No vengas con nosotras hasta el lindero del

bosque. Si sucede algo malo, yo te llamo. Es preciso que haga esto, créemelo.

El sol le brillaba en los ojos, impidiéndome ver la expresión de su rostro.

—Échame un grito cuando llegues al prado de tu casa, para que yo sepa que están bien —me pidió.

—Arden... aun cuando a veces yo actúe en forma extraña y me desprenda de ti y tiemble, no te retires de mí. Sin ti no sabría cómo atravesar los bosques... ni los días.

Avergonzada me di vuelta y traté de correr. Pero Silvia no sabía correr. Tropezaba en las raíces de los árboles, daba traspiés con las ramas caídas, se precipitaba sobre sus propios pies. No tardé en tomarla en brazos. Para estas fechas tenía ya seis años y pesaba bastante. Los prismas de cristal que llevaba en todos los bolsillos contribuían a aumentar su peso. Poco después volví a ponerla en el suelo, y frené mi paso acelerado. Ya en casa, antes del oscurecer, me dije una y otra vez: en casa, antes que llueva.

—¡Aquí estoy, Arden! —grité—. Sana y salva en nuestro prado.

—Entra ya... y buenas noches. Si sueñas, que sea conmigo.

Su voz desde los bosques se oía muy cercana y me hizo sonreír con un dejo de tristeza. Nos había seguido, como si supiera lo sucedido a la primera Audrina y hubiera querido protegerme de un hado semejante.



Arden había estado ya en la universidad un año, cuando yo cumplí los dieciséis. Él obtuvo las mejores calificaciones, pero para mí fue un año tedioso, solitario en aquella casa, y más aún cuando corría por los bosques, llevando a rastras a Silvia para ir a visitar a Billie. La cabaña parecía medio vacía sin Arden, sin su corazón. Me admiraba que Billie pudiera seguir ahí y hasta se ingeniara para sonreír. Una y otra vez me leía las cartas que él le enviaba, y yo le leía fragmentos y pedacitos de las que me escribía a mí. Sonreía cuando yo saltaba alguna expresión de cariño, porque por carta se atrevía a ser mucho más expresivo que de viva voz.

La escuela secundaria me gustaba mucho más que la primaria, pero los muchachos de aquélla eran mucho más insistentes. A veces era difícil concentrarse sólo en Arden, a quien veía tan rara vez. Estaba segura de que él estaría saliendo con otras chicas, que nunca mencionaba en sus cartas, pero yo me mantenía fiel, sin salir con nadie que no fuera él cuando venía de vacaciones. Todas las chicas envidiaban el que yo tuviera un novio de edad universitaria.

Cuidar de Silvia era una tarea que llenaba toda mi vida y me robaba cualquier momento libre en el que podía haber hecho amistad con chicas de mi edad. Yo no tenía tiempo para ninguna de las actividades sociales de que ellas disfrutaban. Todos los días tenía que volver a casa de prisa, por si era necesario rescatar a Silvia del

látigo que a mi tía le gustaba enarbolar... Por pura indiferencia, mi tía hacía sufrir a Silvia sin necesidad, esperando a que yo llegara para hacerme cargo de sus necesidades físicas.

Yo pasaba las tardes con Billie, y los años que Arden pasó lejos de nosotras, Billie me enseñó a cocinar, a coser, a envasar. De cuando en cuando, en plan de ensayo, trataba de enseñarme un poquito sobre los hombres y lo que esperan de sus mujeres.

—Una relación física no es todo, pero es muy importante por lo que se refiere a los hombres. Una buena vida sexual constituye la mejor piedra angular de un matrimonio duradero y feliz.

La Navidad del año en que yo cumplí diecisiete, llegó de Nueva York una tarjeta en la que se veía la ciudad desde la perspectiva del río Hudson, en colores pastel con sombras azulinas y manchas de nieve simulada con escarcha. Mi tía había dejado escapar un gruñido al leer el mensaje que contenía. Era sólo el siguiente:

*No temas. Volverás a verme.*

Firmaba Vera. Era la primera vez que teníamos noticias suyas en tres años.

—Por lo menos está viva, y de eso yo debo sentirme agradecida. Pero... ¿por qué la remite a Damian y no a mí?

Una semana después desperté en las primeras horas de la madrugada. Desde que Silvia había entrado a formar parte de mi vida, yo desarrollé un sexto sentido de vigilancia, que aun en medio del sueño me daba conciencia del paso del tiempo y de los sucesos que se desarrollaban, que podían requerir mi presencia. Mi primer pensamiento, al oír fuertes voces, fue para Silvia.

En un instante salté de la cama y corrí a su recámara, pero la encontré profundamente dormida.

Una débil línea de luz salía por debajo de la puerta de la recámara de papá y, con gran sorpresa mía, de ahí mismo salía la voz de mi tía.

—Damian, quiero ir a Nueva York. Ayer llamó Vera, y me necesita. Voy a verla. He estado haciendo todo lo que puedo por ti y por tus hijas. Puedes contratar una sirvienta que haga de comer y se encargue del aseo de la casa. Además, tienes a Audrina, ¿no es cierto? Te has ingeniado en atarle las manos y los pies, a Silvia. Lo que estás haciendo no es justo. Yo sé que la amas, por eso debes permitirle asistir a la universidad. Dale libertad, Damian, antes que sea demasiado tarde.

—Ellie —repuso él en tono conciliador—, ¿qué le sucedería a Audrina si saliera de aquí? Es demasiado sensible para el mundo exterior. Estoy seguro de que nunca se casará con ese muchacho, y él se enterará de eso en cuanto trate de hacer algo. A ningún hombre le interesa una mujer que no sepa responder, y dudo mucho de que ella pueda siquiera aprender cómo.

—¡Claro que no! —gritó la tía—. ¡Te lo debe a ti! Cuando te dijo que la

mecedora le provocaba esas visiones, tú insististe en que siguiera usándola...

—Para darle paz —replicó en tono de fastidio, mientras yo me helaba de pánico.

¿Por qué estaban peleando por mí? ¿Qué hacía mi tía en la recámara de él a las tres de la mañana?

—Ahora escúchame, Damian —siguió diciendo mi tía—, y presta oídos a la voz del sentido común, siquiera por excepción. Te gusta pretender que Vera no existe. Sin embargo, es un hecho. Mientras esté viva, ni tú ni Audrina ni Silvia están a salvo. Si me dejas ir con ella, tal vez pueda hacerla razonar. Está edificando toda su vida en torno a ti y a su venganza. Si vuelve, puede destruir a Audrina. Por favor, déjame ir. Dame dinero suficiente para el viaje y para sostenerme mientras encuentro un empleo. Necesito estar con Vera y tú me debes algo, ¿no crees? Esa chica que está en Nueva York es tan carne y sangre tuya como Audrina y Silvia, y tú lo sabes. Dijiste que me amabas...

—Lo que pasó voló, Ellie —redarguyó él con fastidio—. La vida es algo más que estar lamentando el pasado. Ocupémonos del presente, del aquí y el ahora.

—¿Por qué dijiste que me amabas si no era cierto? —gritó ella.

—En aquel entonces tenías tus encantos, Ellie. Eras más dulce.

—En aquel entonces tenía esperanzas, Damian —replicó ella con amargura.

—Ellie, dime qué es lo que Vera amenaza con hacer si regresa. La mataré si hace algo que pueda herir a Audrina.

—¡Santo Dios! Tú la has hecho ser lo que es. Detrás de todos los males que Vera hizo, había frustración y dolor al verse rechazada por su propio padre. Tú sabes lo que Vera amenaza llevar a cabo. Cuando por vez primera Lucietta y tú me dijeron lo que se proponían hacer con Audrina, yo pensé que eran un par de mentecatos. Sin embargo, me hice a un lado y no dije nada, con la esperanza de que diera buen resultado. Hace mucho tiempo que desistí de tratar de complacerte, porque no sé someterme a tus caprichos. A la que quiero salvar es a Audrina. Hubo tiempo en que pensé que la niña era una criatura debilucha, pero ha demostrado lo contrario. Creí que en ella no había espíritu ni fuerza para luchar, pero aplaudo cada vez que te devuelve los golpes. Así que... sigue impávido, clavando en mí esos dos malhadados ojos negros... ¡Me importa un bledo! Pero dile a Audrina la verdad... antes que lo haga Vera.

—En esta casa hay una fortuna, y parte de ella puede ser tuya —contestó él, con voz insinuante—. Pero no recibirás nada si alguna vez tú o tu hija le dicen a Audrina una sola palabra —su voz perdió todo tono de persuasión y se volvió fría—. ¿Cómo podrías ir a ningún lado sin dinero, Ellie? ¿Quién va a quererte, fuera de mí?

—¡Tú no me deseas, Damian! —rugió con una rabia tal, que me hizo caer de rodillas para espiar por el ojo de la cerradura, como Vera solía hacerlo hacía muchos años cuando mamá peleaba con él—. ¡Lo que haces es usarme...! ¡Como usas a todas las mujeres!

¡Oh... qué espectáculo! Ahí estaba mi pulcra y decorosa tía caminando de un lado

a otro de la recámara de papá sin más ropa que un transparente negligé que perteneciera a mi madre. Debajo de aquella fina tela no había más que su cuerpo desnudo. Con gran sorpresa mía lucía mejor sin ropa que con ella. Sus senos no eran llenos y turgentes, como los de mamá, pero sí pequeños, más firmes y muy levantados. Tenía pezones color vino, de gran tamaño. ¿Qué edad tenía, a fin de cuentas? Por vida mía que yo no podía recordar que mi madre me hubiese dicho jamás su edad, y ella tenía la vanidad necesaria para no querer que su fecha de nacimiento se esculpiera en su lápida sepulcral. Muchas veces la oí decirle a papá que no permitiera que los periódicos publicaran su edad.

No era la primera vez que yo me daba cuenta de que ningún cumpleaños era tan importante como el mío.

La larga y oscura cabellera de mi tía estaba suelta y flotaba al viento, formando un abanico cada vez que ella giraba sobre sus talones. Me quedé contemplando a aquella mujer, preguntándome por qué no había encontrado otro hombre después de haber perdido a papá por causa de mamá... Tal como se veía en ese momento, lucía muy excitante... y retadora, a juzgar por el modo como se iluminaban los ojos de papá cuando le hablaba a gritos y trataba de disuadirla del viaje a Nueva York.

De repente, él se estiró, la aferró por la cintura y se la llevó, a pesar de sus pataleos y resistencia, hasta sentársela en el regazo. Ella le tiró golpes, una y otra vez, mientras él los esquivaba hábilmente, riéndose, hasta que al fin logró aplastarle los labios con los suyos. Todo ímpetu de lucha cedió en ella, en el momento en que con avidez lo abrazó, dejando que él bajara la cabeza y con los labios le explorara todos los pliegues y protuberancias del cuerpo, mientras ella gemía de placer. Yo observaba atónita y desconcertada, viendo cómo le besaba los senos mientras la manoseaba por debajo del negligé.

—Te equivocas, Ellie —musitó, con la cara roja de pasión, levántandose y llevándola en brazos a la cama—. Te amo a mi manera. Así como amé a Lucky de un modo muy especial. No es culpa mía el no poder ser fiel a un amor después que su objeto ha muerto. Yo tengo que seguir viviendo, ¿no crees? Y si crees que me amo a mí mismo más que a nadie entonces no he tratado de engañarte, ¿de acuerdo? Por lo menos respétame por mi sinceridad, si no puedes hacerlo por ningún otro motivo.

Ahora sí sabía yo, sin lugar a dudas, sin necesidad de hacer especulaciones temerarias, quién era el hombre que mi madre le había arrebatado a su media hermana. También sabía con certeza que mi padre lo era también de Vera. Cuanto más pensaba en eso, tanto más incómoda me sentía respecto a mi madre. ¿Habría arrebatado deliberadamente aquel amante a su hermana mayor?

Me puse en pie, dejándolos en la cama. Ahora, mi padre y mi tía habían vuelto a ser amantes. Cosa extraña, pero... después de unas horas de reflexión, mi conmoción y abatimiento al respecto no eran tan intensos como podrían haberlo sido en otra época. Tal vez el hado actuaba en forma misteriosa, para garantizar que en todas las cosas hubiera cierta equidad. Me vino a la mente que quizá ellos dos pudieron ser

amantes, aun en vida de mi madre... en esa misma casa... bajo el techo de mamá. Por cierto que había suficientes recámaras vacías que les habrían proporcionado el lugar y la oportunidad adecuada. Mi memoria voló a las «horas del té», cuando la foto de la tía Mercy Marie se apoyaba en el piano, y en mis oídos resonaron los ecos de las asperezas que intercambiaban mi madre y su hermana. Ni una sola vez había dado mi tía señales de otros sentimientos hacia mi madre que los de un celo enconado. Pero no... decidí... La tía Ellsbeth se respetaba mucho y despreciaba demasiado a papá para permitirse una aventura clandestina con el hombre que una vez la había rechazado, cuando Lucietta Lana Whitefern vivía todavía.

Tan pronto como puse a su relación recíproca los membretes de necesidad por parte de papá y recompensa por parte de mi tía, no me costó trabajo ocultar su secreto y resolver que jamás les revelaría que lo había descubierto. Pasó mucho tiempo antes de que mi tía volviera a mencionar otra vez a Vera.



La Navidad del año en que yo cumplí diecisiete, Arden me puso en el anular un anillo de compromiso y me aferró entre sus brazos.

—Es tiempo de que dejes de temer cualquier año con un nueve. Cuando cumplas diecinueve, serás mi esposa y yo me encargaré de que jamás te pase nada malo.

El siguiente mes de junio fue mi graduación de secundaria. Todavía me colgaba del cuello el anillo de compromiso que me había dado, sujeto a aquella cadenilla de donde solía suspender el pequeño anillo con la piedra del mes de mi nacimiento. A esa sazón empecé a notar un cambio progresivo en mi tía. No se veía tan satisfecha como antes. Nunca pensé en ella como persona feliz, hasta que fui testigo de su infelicidad. Rara vez salía a ninguna parte. Otras mujeres de su edad pertenecían a clubes de *bridge* y celebraban reuniones para tomar el café. Mi tía, en cambio, no tenía una sola amiga. Todos los vestidos que se ponía en casa eran viejos, y los nuevos que usaba para salir eran escogidos por papá... Así como él solía elegir mis mejores ropas. Ella no poseía más afición que la de tejer mientras veía sus interminables telenovelas. Me tenía a mí, tenía a Silvia, tenía a papá... y además contaba con aquellas horas eternas de cocinar y hacer el aseo... y con la recompensa de disfrutar de unas cuantas horas delante de televisores de color de su elección. Nunca tuve la impresión de que necesitara o mereciera otra cosa.

No se quejaba. No existían en ella síntomas evidentes de algo que pudiera hacerme temer que estuviera enferma. Sin embargo, algo había cambiado. Con frecuencia se detenía en medio de su trabajo para mirar hacia un espacio imaginario. Empezó a leer la Biblia como si buscara algún solaz. Emprendía largos paseos a pie, sola, evitando los bosques y manteniéndose siempre cerca de las riberas del río. A

veces yo caminaba a su lado; ninguna de las dos hablaba gran cosa. Por momentos paraba para contemplar el suelo con un interés digno de mejor causa. Luego miraba hacia lo alto, las copas de los árboles y el firmamento con la misma clase de curiosidad intensa de quien nunca ha notado la naturaleza y la encuentra completamente nueva. Se quedaba observando las ardillas, que infestaban nuestros impresionantes árboles añosos. Discurrí comentar que con toda seguridad habían estado ahí desde que Colón zarpó rumbo a América, y ella se burló y me dijo que sufría de un romanticismo absurdo como el de mi madre. El sentido práctico era su gran virtud. Sin embargo, si no había conquistado a papá, ¿por qué no puso los ojos en algún otro hombre? Mi «romántica y nada realista» madre no habría permanecido soltera toda su vida, por ningún concepto...

Pero ¿cómo podía decirle nada de esto, cuando apenas empezaba a entenderla? Y con la comprensión llegó el amor que había brillado por su ausencia en nuestra relación de años anteriores. Yo quería conversar con ella, pero era difícil hacerlo con una mujer que jamás había conocido el arte de la conversación. Un día me sorprendió con una pregunta:

—¿Tú amas a ese joven?

—¿Arden? ¡Oh, sí, por supuesto! Me hace sentir tan segura y tan hermosa al mismo tiempo... A todas horas me dice lo maravillosa que soy y lo mucho que me quiere...

Mis propias palabras me obligaron a hacer una pausa... Como si estuviera dejando que Arden me convenciera de que tenía que amarlo porque él me amaba a mí.

Frunciendo el ceño, mi tía me miró furtivamente y luego volvió a contemplar la lejanía, diciendo:

—Espero que siempre sientas lo mismo respecto a él. Pero la gente cambia, Audrina... Él cambiará... Tú cambiarás. Él y tú se verán con ojos diferentes, debido a nuevas perspectivas. Es posible que no lo ames tanto a los veinte como a los dieciocho. Eres una jovencita preciosa y podrías escoger entre lo bueno que el mundo puede ofrecer. Pero tienes algo mejor aún, algo muy superior a la belleza, porque ésta no dura... Uno cree que durará, reza para que así sea, pero tarde o temprano desaparece. Cuanto más belleza tengas, tanto más duele cuando se va. Hay una cosa en la que tu padre tiene razón: *tú eres* algo especial.

—¡No, no lo soy! —Bajé la cabeza, avergonzada—. No tengo dotes especiales. Mi sueños son cosa muy ordinaria.

—¡Ah, eso...! —comentó, como si lo hubiera sabido desde siempre—. ¿Qué importancia tiene el modo concreto como uno alcanza sus metas? Por lo menos, tu padre te deja sola ahora durante la noche, y tú ya no prorrumpes en gritos. Yo siempre lo he considerado un monstruo por haberte obligado a entrar en aquel cuarto cuando tú no querías ir... Pero eso es asunto aparte. Sin ti, a Damian no le habría ido tan bien, así que no dejes que se atribuya todo el mérito de su fortuna. Tú lo motivas y le

das razón para acumular riquezas. Recorrer solo el camino de la vida no es fácil... Nadie lo sabe mejor que yo. Sin ti, Damian nunca habría podido sobrevivir a la muerte de tu madre. Los hombres son criaturas extrañas, Audrina, no lo olvides. Así que defiende tus derechos y exige una educación universitaria... No dejes que te convenza de lo que tú no quieres. Tratará de impedir que te cases... No querrá que lo dejes... No permitas que aleje a Arden de ti.

—No podría lograrlo... Si así fuera, hace ya mucho tiempo que Arden habría desaparecido. Sé que papá lo ha intentado. Arden me ha dicho que papá ha procurado alejarlo de mí.

—Bueno, de acuerdo... Pero cuando veas tu oportunidad de escaparte, hazlo. Aprovecha la ocasión y huye. Tú no necesitas vivir cerca de esos bosques, en esa casa llena de recuerdos lúgubres. Más te valdría mudarte a la cabañita con su pobre madre inválida...

Me quedé estupefacta. Luego, pregunté:

—¿Sabes lo de Billie? Creí que nadie lo sabía.

—¡Oh, por amor de Dios, Audrina, todo el mundo sabe de Billie Lowe! Hubo un tiempo en que su cara aparecía en la portada de todas las revistas, y cuando perdió una pierna y luego la otra, el suceso fue tema de todos los encabezados de los periódicos. Tú eras demasiado joven entonces para enterarte. Además, tu padre no te dejaba leer más que las páginas de finanzas —hizo una pausa, como si debiera reflexionar antes de seguir hablando—. ¿No te das cuenta de que tu padre ha estado instruyéndote sobre el mercado de valores desde el día que naciste? Audrina, usa tus conocimientos para beneficio tuyo, no de él.

¿Qué estaba tratando de decirme? Le pregunté, pero se negó a responderme. Sin embargo, yo le tenía amor porque trataba de ayudarme, si bien nunca sospeché que esperase que yo intentara ayudarla a ella.

Horas después, al anochecer, llegué a la conclusión de que estaba deprimida porque papá no quería casarse con ella... porque no había recibido más que una tarjeta de Navidad y una llamada telefónica de Vera, en cinco años. ¡Qué horrible conducta de Vera respecto a su madre! ¡Tratarla como si no existiera! Era urgente que yo tuviera una conversación con papá cuanto antes... cuanto antes.

Pero él rara vez se encontraba en casa, y cuando estaba, mi tía se hallaba ahí también, y yo no quería que ella supiera que me proponía apremiarlo a que se casara con ella.



Qué complicado era todo. Ésas fueron casi exactamente las palabras que le había dicho a Arden cuando vino a pasar un fin de semana:



—Mi tía sabía todo lo relacionado con la invalidez de tu mamá.

Por toda respuesta, él me sonrió, me besó cuatro o cinco veces y me mantuvo abrazada durante largos, largos instantes, con una fuerza tal que yo podía sentir todos los músculos de su joven y robusto cuerpo. Sentí además otra cosa que me hizo desprenderme y mirar hacia abajo. El contacto con aquel miembro duro y turgente evocó con mucha intensidad en mi cabeza las campanillas del desván, y me llenó de un pánico tal que me sentí débil y dispuesta a correr. Él lo notó y se sintió ofendido, y luego también avergonzado, al grado de ingeniarse para usar la chaqueta de modo que cubriera su excitación. En tono de quien no da importancia al asunto, comentó:

—Bueno... yo hice lo que pude; ella hizo lo que podía y estoy seguro de que tú hiciste lo que estaba en tu mano. Sin embargo, los secretos brotan y... tal vez sea para mayor bien.

Continuó hablando de nuestro matrimonio, que deberíamos celebrar poco después que él se recibiera en la universidad, para lo cual faltaban sólo unas semanas. El pánico volvió a invadirme y a decirme que yo necesitaba más tiempo. Estábamos otra vez en medio de los bosques, rumbo a mi casa, cuando él me abrazó con una pasión mucho mayor que la que me mostrara hasta entonces. Yo había estado escuchando los trinos de los pájaros, pero cuando él me estrechó entre sus brazos, los cantos cesaron para mí. Se me heló el cuerpo y me sentí rígida después de una caricia demasiado íntima. Me desprendí de sus brazos en forma violenta y le volví la espalda, mientras con ambas manos me oprimía las orejas para dejar de oír el ruido ensordecedor de las campanillas de viento, que no debían ser perceptibles en ese lugar.

Con mucha ternura deslizó los brazos en torno a mi cintura y volvió a acercarme a él.

—Está bien, cariño. Te entiendo. Eres aún demasiado joven y es preciso que yo no olvide nunca eso. Quiero hacerte feliz por el resto de tu vida y recompensarte por... por...

Su tartamudeo y vacilación me forzaron a desprenderme otra vez de su abrazo y a darme vuelta para increparlo de frente:

—Compensarme... ¿porqué?

—Por todas las cosas que te ponen una sombra en los ojos. Quiero que mi amor borre todos los temores que puedas tener. Quiero que nuestro hijo responda a tus cuidados como Silvia no ha respondido jamás.

Hijo, hijo, hijo... ¡No necesito otro hijo! Arden rara vez pronunciaba el nombre de Silvia... Como si él también quisiera pretender que no existía. No hacía nada que pudiera dañarla, pero tampoco nada que pudiera servirle de algo.

—Arden, si no puedes amar a Silvia, tampoco puedes amarme a mí. Ella es parte del resto de mi vida. Por favor, date cuenta de eso ahora y dime si puedes aceptarla. Si no, será mejor que nos digamos adiós, antes que esto vaya adelante.

Dirigió una mirada hacia el sitio donde Silvia daba vueltas y vueltas en torno al árbol más alto de los bosques. Tenía extendido el esbelto bracito, de modo que la

yema de sus dedos tocara apenas la corteza, y sin cesar daba vueltas alrededor. Yo me decía que sin duda trataba de comunicarse con el árbol a base de sentir su «piel», y que había cierta razón en lo que estaba haciendo. Así era ella, siempre activa, nunca quieta en estado de vigilia, siempre haciendo algo que en esencia no era nada.

Hasta el lindero de los bosques Arden nos escoltó a mí y a Silvia. A esa sazón me sentía ya lo suficientemente bien para intercambiar planes alegres con él para la velada de ese día y para el día siguiente.

Mi padre y mi tía estaban en la cocina discutiendo. En cuanto me oyeron entrar a la casa guardaron silencio, ese silencio nada natural que sigue a la interrupción repentina de una conversación reservada.

Me apresuré a subir las escaleras acompañada de Silvia.



Arden volvió a la universidad para cursar su último semestre, y yo me organicé para ayudar a papá a convertir su casa en algo mejor que nueva. Desde que papá se había destacado por su capacidad de convertir en oro todo lo que tocaba, la tía Ellsbeth gozaba diciéndole con cieraá acrimonia que pronto su cabeza sería tan grande que no podría pasar por la puerta doble de la entrada.

Como si quisiera materialmente burlarse de ella, papá dio orden a los trabajadores de derribar paredes, de agrandar unos cuartos y reducir otros. Mandó añadir baños a su recámara y a la mía, y construir dos más.

Decidió que necesitaba dos clósets vestidores para alojar sus numerosos trajes y docenas de costosos pares de zapatos. Se agrandó también mi recámara, se le añadió un vestidor, y con mi baño privado me sentí sumida en un espléndido arrobamiento, rodeada de cristales, llaves doradas y luces eléctricas que formaban marco al espejo de cuerpo entero de mi vestidor. Al fin parecía que tendríamos una casa, no igual a lo que había sido, sino muy superior. Papá buscó, hasta encontrarlas, todas las antigüedades genuinas que los Whiteferns vendieron años antes, lo que demostraba que todo aquello que mi tía le echaba en cara a mi madre sobre las «piezas falsas» que había en la casa, era verdad. Hasta la gran cama que mamá creyó siempre que era la auténtica, resultó no ser más que una reproducción.

Yo escuchaba con incredulidad todo lo que él pensaba hacer. Tenía unos conceptos muy miserables cuando se trataba de pequeñeces, y en cambio caía en verdaderas extravagancias cuando se ocupaba de aquella casa y de su ropa.

Para todos los interesados en el mundo de las finanzas, era el «mesías» del mercado de valores. Eso le dio tanta confianza que, en sus horas libres, empezó a escribir una circular de asesoría sobre acciones. Hizo una lista de las acciones para comprar, para vender corto, para vender normal, y luego vendía lo que aconsejaba a

los demás que compraran largo, el día que publicaba su circular. Él cubría sus ventas en corto, cuando los demás vendían demasiado corto. Compraba lo que aconsejaba a sus clientes que vendieran. En pocas horas de operaciones de mercado acabó con miles de dólares en utilidades personales. Parecía un negocio injusto, y yo se lo dije. Pero él se limitó a replicar que todo en la vida era injusto.

—Es una batalla de ingenio para sobrevivir, Audrina. Los triunfos en la vida pertenecen a los que se mueven con más rapidez e ingenio... Y esto no es estafar. Después de todo, el público debería tener más sensatez, ¿no te parece?

Papá mandó su carta de asesoría financiera a un amigo que vivía en San Francisco y era dueño de una casa de publicaciones... y todos esos «amigos» estuvieron muy dispuestos a colaborar en el fraude.



Al fin llegó ese maravilloso día en que Arden debía volver de la universidad, con su título académico. Papá había sido tan despiadado que no me permitió asistir a su graduación.

Sin que se hubiera enterado papá, que ansiaba mantenerme siempre sujeta a su autoridad y dependiente de él, hacía ya años que Arden me había enseñado a conducir automóvil. Por eso me resultó muy fácil «tomar prestado» uno de los coches viejos de papá, mientras él estaba en el trabajo, y acompañada de Silvia, ataviada con sus mejores galas, ir al aeropuerto a esperar la llegada del avión de Arden. El momento era inminente, y yo bastante tonta para creer que estaba preparada para todo.

## LA LARGA JORNADA DE UN DÍA

**A**rden bajó corriendo del avión a encontrarse conmigo. Bien pronto me sentía abrazada con tal fuerza y besada con tal ardor, que tuve que desprenderme, abrumada por el peso de sus emociones. Busqué frenéticamente a Silvia, que desapareció en el momento en que Arden me tomó en sus brazos. Después de una hora de búsqueda encontramos a mi hermanita contemplando las revistas de colores. Para entonces andaba ya toda desaliñada y yo habría querido que Arden viera lo bonita que era cuando andaba limpia y arreglada. Para colmo de males, alguien que había querido mostrarse amable con ella, le regaló un helado de chocolate, la mitad del cual estaba embadurnado en su carita, una parte en la cabellera y las narices, y muy poco se hallaba derritiéndose en su boca abierta. Tomé el cono y lo sostuve para que pudiera lamerlo. Pero peor aún que todo aquello era la pestilencia que despedían sus pañales. Yo había logrado ingeniarme para adiestrarla a medias en el uso del excusado, pero todavía tenía suficientes accidentes para que la trajera siempre con pañales.

Muy poco pudimos conversar Arden y yo durante el trayecto a casa, porque cada movimiento de Silvia era un motivo de vergüenza para nosotros dos.

—Te veré más tarde, en la noche... —me sugirió cuando lo dejé en la esquina de su casa.

Hizo un esfuerzo para no fruncir el ceño cuando Silvia quiso abrazarlo y arrancarle una muestra de afecto.

No bien habíamos entrado Silvia y yo a la casa cuando oí la voz estruendosa de mi padre. Una agria disputa estaba teniendo lugar en la cocina.

Me detuve en el umbral, con el brazo en torno a los pequeños hombros de Silvia, en un gesto protector. La tía Ellsbeth iba y venía con verdadero frenesí, preparando una de esas comidas tan molestas de gastrónomo experto que a papá le encantaban. Tenía puesto un vestido nuevo, muy bonito y femenino, que muy bien podía haber salido del clóset de mi madre, donde todavía colgaba toda su ropa, envejeciéndose y oliendo a humedad. La tía Ellsbeth tenía enárbolado un enorme cuchillo de carnicero, con un gesto tan feroz que no comprendo cómo papá no temió por su vida cuando

ella clavó en él la mirada con esa arma en la mano. Por lo visto no sintió miedo alguno, puesto que volvió a gritarle:

—¿Qué diantres está pasándote, Ellie?

—¿Necesitas preguntármelo? —replicó ella, azotando la mesa con el cuchillo y dándose vuelta para enfrentarse a él—. ¡Esta madrugada volviste a casa a las cinco y media! Seguramente estás durmiendo con alguien... ¿Quién es ella?

—No es asunto que te interese —respondió él en tono frío.

Su voz inexpresiva me hizo estremecer. ¿Acaso no podía ver que ella lo amaba y hacía lo más que podía por complacerlo?

—No es asunto que me interese, ¿eh? —estalló ella, con un color rojo subido en su largo y bello rostro—. ¡Eso vamos a verlo, Damian Adare!

Con la furia saliéndole por los ojos, mi tía aferró la ensaladera y arrojó el contenido en el triturador de basura. Luego tomó los demás recipientes con el guisado y todo lo que contenían y empezó a arrojarlo al lavadero.

—¡Deja de hacer eso! —rugió papá, casi fuera de sí—. Esa comida me costó mucho dinero... ¡Ellsbeth, compórtate!

—¡Al diablo contigo! —lo apostrofó ella, quitándose el delantal y arrojándose a la cara—. ¡Yo necesito una vida que sea mía, Damian! Una vida lejos de aquí. Estoy harta de ser tu ama de llaves, tu cocinera, tu jardinera, la experta en el lavado de tu ropa y, sobre todo, ¡estoy ahíta de ser tuya, de compartir tu cama! También estoy hastiada de cuidar de tu hija idiota, y en cuanto a tu Audrina...

—¿Qué cosa...? —la interrumpió él, frunciendo el ceño y adoptando ese tono de voz sedoso y mortal que me ponía los pelos de punta. ¿Qué querías decir de *mi* Audrina?

Me estremecí, mientras procuré abrazar a Silvia, protegiéndole los oídos, los ojos y su ser entero de todo aquello, hasta donde yo podía. Pero... tenía que oír lo que iban a decirse. No parecía que pudieran vernos desde donde estaban. Observé el rostro, normalmente pálido de mi tía, ponerse lívido. Nerviosa, sacudió las manos en dirección a él, en un gesto que parecía de impotente súplica, y prometió:

—Yo no se lo diría, Damian... De veras, no le diré nada que pueda hacerla infeliz, pero..., ¡déjame ir! Dame lo mío y déjame marchar.

—¿Y qué cosa es lo tuyo, Ellie? —resopló papá en el mismo tono untuoso, sentado con los codos apoyados en la mesa y la barbilla recargada en los puños.

Yo nunca confiaba en él cuando adoptaba esa actitud.

—Tú sabes bien lo que es mío —contestó ella con voz dura y resuelta—. Una vez que perdiste el patrimonio de Lucietta, te echaste encima de lo poco que me quedaba a mí. Prometiste pagarme el doble en tres meses. ¡Qué necia fui al haber creído en ti! Pero... ¿No ha sido ésa siempre mi debilidad, creer en ti? Ahora, Damian, ¡devuélveme mis dos mil dólares, *duplicados!*

—¿Adónde irías si te marchas de aquí, Ellie? ¿Qué harías?

Mientras esperaba respuesta, tomó el pequeño raspador de papas y con la punta se

limpió las uñas de los dedos, que siempre estaban impecables.

—Me voy con mi hija, con tu hija, aunque no quieras reconocerla. Está sola en esa enorme ciudad, abandonada por el hombre con quien se fugó.

Él le impuso silencio levantando el brazo con el gesto de un rey que no quiere oír hablar de un tema desagradable.

—No me interesa oír más. Si te vas con ella eres una necia. Ella no te ama, Ellie, lo único que quiere es lo que tú puedas llevar. He oído decir en la aldea que Lamar Rensdale se suicidó. Sin duda alguna, tu hija tuvo mucho que ver con ese suicidio...

—¡Damian, por favor! —gimió, esta vez ya sin pasión—. ¡Simplemente dame lo que es mío, es lo único que quiero! Me marcharé y no te molestaré jamás. Te juro que no volverás a saber de mí ni de Vera... No tienes que darme más que lo suficiente para que no muera de hambre.

—No te daré un centavo partido por la mitad —despreció papá en un tono frío—. Mientras permanezcas en mi casa tendrás qué comer, ropa que ponerte, un lugar donde dormir y dinero para todos tus gastos menores. Pero este mundo desaparecerá antes que yo te dé dinero para irte a vivir con esa arpía a la que engendraste. Y recuérdalo, Ellie, una vez que te vayas no podrás volver. No se repetirá... La vida es dura allá afuera, Ellie... muy dura. Tú no eres ya una jovencita, y aunque aquí no sea un cielo, tampoco es el infierno. Piénsalo dos veces antes de decidir.

—¿No es el infierno? —chilló mi tía con violencia—. ¡Seguro que es un infierno en grado superlativo, Damian, el infierno vivo y sin disfraz! ¿Qué soy yo aquí sino un ama de llaves que trabaja sin paga? Después de la muerte de Lucietta, tú empezaste a dirigir tus ojos hacia mí con un gesto amable. Pensé que habías vuelto a amarme. Entraste a mi recámara cuando necesitabas un desahogo y te lo proporcioné. Debía habértelo negado, pero te deseaba, como te he deseado siempre. Cuando vivías en esta casa con mi hermana, yo permanecía despierta en la noche, imaginándolos a los dos en tu recámara... ¡Ah, cómo la envidiaba y la odiaba! Luego empecé a odiarte a ti también... más que a ella misma. Ahora quisiera, por vida de Dios, no haber vuelto aquí jamás con Vera. En el hospital donde di a luz había un joven doctor que quería que me casara con él; pero yo tenía la imagen tuya esculpida en la mente. Eras tú a quien yo quería. Sólo Dios sabe por qué te deseaba, aun después de haber sabido lo que eras y sigues siendo... Dame mi dinero, Damian —amenazó, avanzando a grandes pasos hacia la oficina de papá, mientras yo retrocedía ágilmente ocultándome, junto con Silvia.

La tía Ellsbeth no pudo vernos, agazapadas en una esquina sombría del amplio vestíbulo repleto de mobiliario.

En breves segundos, mientras mi padre permanecía sentado ante la mesa, ella regresó, llevando en las manos la chequera de la corporación.

—¡Escribe! —le ordenó—. ¡Qué sean veinticinco mil! Después de todo, esta casa era mía también, y es justo que obtenga algo por abandonar el privilegio de toda mi vida, de vivir bajo este techo. ¿No crees que fue una gran delicadeza de mi hermana

incluirme en su testamento? Fue casi tanto como dejarme a su esposo en calidad de patrimonio... pero a ti no te necesito ni remotamente tanto como necesito el dinero.

Papá miró con un gesto indefinible su chequera azul. Luego la tomó y escribió con toda precisión uno de aquellos cheques largos. Se lo entregó con una sonrisa calculada, irónica. Ella observó la cifra... una y otra vez.

—Damian... yo no te pedí cincuenta mil...

—No me abandones, Ellie. Dime que lamentas todas esas palabras ofensivas que has dicho. Haz pedazos el cheque... o guárdalo, pero no te vayas.

Él se puso en pie y trató de tomarla entre sus brazos. Ella seguía escudriñando el cheque. Yo logré distinguir un ímpetu de emoción que le teñía el rostro de un color carmesí intenso.

Después, papá la tomó por detrás y le dio vuelta, para aplastar, literalmente, sus gruesos labios sobre los labios delgados de ella. Aunque mi tía trataba de luchar, lo primero que sucedió fue que el cheque se le cayó de las manos y, con gran sorpresa mía, a pesar de todos los gritos que le había lanzado, la vi enroscar los brazos en torno al cuello de papá y responder a sus besos con tanta pasión como la de él, o mayor si era posible. En actitud de impotencia, como si no pudiera resistirlo, se dejó tomar en brazos. Con su deseada carga, papá se dirigió a las escaleras posteriores.

Con una sensación de adormecimiento y pasmo, y un inquieto vacío en el estómago, yo arrastré a mi temblorosa hermana hasta la cocina. Recogí el cheque y me quedé viendo los números... cincuenta mil dólares cerrados, a nombre de Ellsbeth Whitefern. Lo clavé con un alfiler sobre el tablero de corcho, donde mi tía tendría que verlo en la mañana, y marcharse con él... si todavía lo deseaba.

Todo lo que había oído y visto en la cocina estuvo dándome vueltas en la cabeza esa noche, como un volantín de caballitos esqueléticos que giraban y giraban, subían y bajaban. Lamar Rensdale se había suicidado... ¿por qué? ¿Cómo lo supieron los aldeanos? ¿Apareció la noticia de su muerte en los periódicos locales? De ser así, ¿por qué yo no la había notado? Tenía que haberse sabido porque Vera llamaría a mi tía para decírselo, porque ahora se encontraba en un estado de aflicción tal que necesitaba la compañía de alguien, y la única persona que tenía en el mundo era su madre. ¿Habría amado de veras a mi apuesto maestro de música? Si eso era cierto, ¿por qué se quitó él la vida? Lancé un suspiro y pude oír la respuesta del viento... Y sin duda alguna, sería la única que podía esperar.

Sin embargo, allá, en las profundidades de mi yo consciente, palpitaba la pregunta máxima: ¿qué era lo que mi tía había prometido no decirme? ¿Cuál era el secreto que me haría tan infeliz si llegaba a saberlo?

Las pesadillas me despertaron a primera hora de la mañana. Me detuve, paralizada, en la cima de la escalinata principal, ante el espectáculo que los primeros rayos del sol proyectaban al filtrarse a través de los emplomados.

Allá abajo, sobre el piso que se extendía frente al hogar, iluminado con los diseños caprichosos y multicolores que proyectaba la luz solar, mi tía yacía, tendida

boca abajo, completamente inmóvil. Bajé los peldaños lenta... muy lentamente, como quien avanza sonámbulo, pero temeroso de que en cualquier momento tuviera que hacer frente a horrores insoportables. No está muerta —iba diciéndome—. No, muerta no... sólo herida. Tendré que llamar una ambulancia antes que sea demasiado tarde. Rara vez usaba ella la escalinata principal, porque las escaleras posteriores la conducían más cerca de la cocina, donde pasaba casi todo el día. Creí haber oído un ruido apenas perceptible, procedente de la cocina, como de una puerta que se cierra con mucha cautela.

Me acerqué a ella con paso vacilante.

—Tía Ellie —susurré con miedo.

Luego me arrodillé para hacer rodar su cuerpo y poder contemplarle el rostro.

—¡No me digas que estás muerta! —Fue mi súplica absurda y reiterada.

Era muy difícil moverla. Efectivamente estaba como muerta. La cabeza oscilaba con una soltura que no era natural, al empujar yo el cuerpo y tratar de girarlo hasta ponerlo boca arriba. Sus ojos oscuros y ardientes se veían vidriosos y fijos en los complicados arabescos del artesonado. La piel había adquirido una coloración gris verdusca, de aspecto enfermizo.

Muerta... Estaba muerta. Con un atuendo de viaje que yo no le vi nunca. Estaba muerta y emprendió ya el viaje que le permitiría comparar el cielo de Dios y el infierno, con lo que había dejado aquí.

Un grito se me ahogó en la garganta. Ásperos sollozos impedían que brotara. Yo no la quería muerta. Deseaba que tuviera su cheque y con él la oportunidad de gozar de sí misma, pero también la quería aquí, con nosotros. Dando rienda suelta al llanto, empecé a enderezar el moño que cerraba el cuello de su blanca blusa nueva. Le estiré la falda para que no pudiera verse la orla del fondo, y coloqué sus piernas rotas debajo del cuerpo, de modo que no se notara que estaban hechas pedazos. Aquel nudo inmenso que se había hecho con la cabellera sobre la nuca, hacía que la cabeza le colgara en una postura grotesca. Llorando aún con más fuerza, deshice el nudo en forma de ocho y esparcí su cabello para que luciera bonito. Así logré que la cabeza le quedara en posición normal.

Terminada la macabra tarea pude escuchar gritos. Alguien gritaba con intensidad creciente... Era yo. De la cocina salieron unos pasos que se sentían pesados, pero que avanzaban a toda prisa, mientras una voz pronunciaba mi nombre. Me di vuelta en un gesto repentino, y mi mirada tropezó con Silvia que bajaba las escaleras con andar torpe, dando traspiés, balbuciendo algo y aferrándose al barandal, sin querer dejar los prismas que llevaba en la mano. Se dirigía hacia mí con la rapidez de que era capaz y una amplia sonrisa en los labios... ¡y la mirada fija y expresiva! Me pareció que estaba a punto de hablar, cuando de pronto oí una voz detrás de mí:

—¿Quién grita? —preguntó papá, corriendo hacia la chimenea.

Se detuvo paralizado y clavó los ojos en mi tía.

—¿Ellie...? ¿Es Ellie? —preguntó con rostro pálido y convulso.



Un gesto lúgubre le ensombreció la cara. Se apresuró a arrodillarse donde acababa de estar yo.

—¡Oh, Ellie! ¿Había necesidad de que hicieras esto?

Le hizo la pregunta en medio de sollozos, levantándola para acunarla en sus fuertes brazos, mientras el cuello de goma se le estiraba al máximo.

—¡Te di un cheque, Ellie, más de lo que me pedías! Pudiste haberte marchado... No necesitabas precipitarte por las escaleras sólo para herirme...

Pareció recordar mi presencia, y haciendo una pausa para mirarme me preguntó:

—¿Cómo sucedió esto?

Sus ojos se entrecerraron. Yo tomé a Silvia y la abracé estrechándola. Quise defenderla de aquella dura mirada que fulminaba los prismas que ella llevaba en las manos. Sosteniéndole la cabeza apoyada en mi pecho, respondí a papá, mirándolo de frente:

—Yo venía bajando la escalinata cuando la vi... estaba tendida boca abajo, como si se hubiese caído.

Él seguía contemplando el rostro cadavérico de mi tía.

—Rara vez usaba la escalinata del frente... —observó—. ¿Fuiste tú la que le dio vuelta?

La mirada de papá era distante; el tono de su voz, inexpresivo. ¿Le dolería a él tanto como a mí?

—Sí, yo le di vuelta.

—Nos escuchaste anoche, ¿no es cierto? —me increpó en tono de acusación.

Sin darme tiempo a responder, recogió el bolso de mano que yo no había notado y hurgó en él con interés.

—El cheque no está aquí —comentó sorprendido—. Anoche tuvimos una riña, Audrina, pero luego nos contentamos. Le pedí que se casara conmigo y pareció muy feliz al ir de regreso a su recámara...

Con delicadeza recargó de nuevo el cuerpo de mi tía sobre el piso y se puso en pie.

—No me habría dejado... Sé que no lo habría hecho, sobre todo después de mi propuesta. Ella quería eso... Yo sé que lo quería...

De pronto, como impulsado por un resorte, se lanzó escaleras arriba, subiendo los peldaños de tres en tres. Yo aferré a Silvia y la forcé a correr conmigo hacia las escaleras de la parte posterior, con la esperanza de llegar a la recámara de mi tía antes que él, para estar ahí y poder ver qué hacía con el cheque cuando lo encontrara.

Aunque él tenía más camino que recorrer, llegó a la recámara de la tía antes que yo lograra arrastrar a Silvia hasta ese lugar. Las maletas de mi tía estaban abiertas sobre la cama. Se puso a buscar con verdadero frenesí, entre todo lo que ella tenía guardado, abriendo y cerrando cuanto bolso de mano encontraba.

—¡No puedo hallarlo, Audrina! ¡Ese cheque tiene que aparecer! ¿No lo has visto?

Le dije que lo había sujetado al tablero de corcho de la cocina, para que fuera lo

primero que ella viera en la mañana. Dejó escapar una queja y se pasó el dorso de la mano por los labios.

—¡Corre, Audrina, ve a ver si aún está allí!

Con Silvia a mi lado, dando traspiés mientras yo me esforzaba por llegar cuanto antes, entré a la cocina y encontré el tablero limpio. Se lo dije a papá. Lanzó un profundo suspiro, dirigió una mirada furtiva al cuerpo inanimado de mi tía, con su negro vestido pulcro e impecable y marcó el número de la policía.

Sin darme tiempo a subir para vestirme, me dio estas instrucciones:

—Vas a decir a la policía exactamente cómo la encontraste, pero no menciones que estaba a punto de marcharse. Yo me encargaré de guardar toda su ropa. La verdad es que no puedo creer que haya pensado realmente en irse. Tenía en las maletas cosas tan absurdas... ropa que ni siquiera le queda bien, Audrina... creo que sería una buena idea que le quitaras ese vestido de viaje y le pusieras uno de casa.

Yo no quería hacerlo, si bien entendía su razonamiento. Con la ayuda de él logramos sacarle la chaqueta, la blusa y la falda y en unos momentos más la teníamos ataviada con un simple vestido de algodón. Mucho antes de terminar la tarea, yo había empezado a temblar. A toda prisa le arreglé el cabello, mientras papá la sostenía. Los dedos me temblaban, por eso el nudo que ella solía hacerse con la cabellera nunca se le había visto tan mal. No bien logré vestirme yo, cuando la policía empezó a llamar a la puerta.

Acurrucada con Silvia a mi lado, en el diván color púrpura, observé y escuché la explicación de la caída de mi tía por la escalinata, que mi padre dio a los dos policías. Parecía tranquilo, aunque afligido. Un aire de preocupación y de tristeza le daba todo el aspecto de quien está hondamente apesadumbrado. Tuve la impresión de que a los ojos de los policías era una persona encantadora, muy agradable... Pero yo pensaba, despiadada, que era un actor excelente. Nunca se habría casado con tía Ellsbeth. ¡Qué valor el suyo de contarme a mí semejante mentira! ¡Como si me creyera tan ingenua o tan boba para creerle ya nada!

—Señorita Adare —inquirió el mayor de los dos oficiales, de rostro afable, como de abuelo cariñoso—, ¿fue usted quien la encontró? ¿Estaba boca arriba?

—No, señor. Estaba boca abajo. Yo no podía creer que estuviera muerta, por eso le di vuelta, para cerciorarme —bajé la cabeza y volví a romper a llorar.

—¿Sufría su tía ataques de mareo?

Las preguntas siguieron formulándose, hasta que papá acabó por sentarse en un sillón y ocultar la cara entre las manos. Por algún motivo olvidé decir a la policía que había oído que la puerta posterior de la casa se cerraba con cautela... Pero tal vez no fue más que mi imaginación.

—¿Dónde estaba usted cuando se cayó su cuñada? —preguntó el policía de mayor edad, mirando a papá de hito en hito.

—Dormido —contestó él, levantando la cara y mirando directamente a los ojos al policía.

El interrogatorio continuó, mientras el cuerpo de mi tía era levantado, colocado en una camilla, cubierto y llevado al depósito de cadáveres de la policía. Yo seguía con aquella extraña sensación de adormecimiento y confusión, y me había olvidado de Silvia, que no se había desayunado. Fue lo primero que hice en cuanto la policía se retiró. Papá se sentó a comer lo que yo preparé, sin decirme una palabra. No hacía más que masticar y engullir como un autómatas.

Ya más tarde, cuando me quedé sola en mi recámara, mientras Silvia dormía un rato en la suya, estuve recordando a mi tía y la disputa tenida con papá. Su deseo había sido ir a reunirse con Vera, y la muerte se lo impidió. Cuanto más pensaba en lo sucedido, tanto más me alarmaba mi propia situación. ¿Cuántas veces me dijo mi tía que me escapara cuando tuviera la oportunidad? ¡Centenares de veces! Aquel momento era la ocasión propicia... mientras papá andaba fuera de casa, haciendo las gestiones para el funeral.

¿Adónde te fuiste cuando el hado insistió en hacerte pedazos el corazón una y otra vez? Una tenue voz en mi interior me susurraba sin cesar que papá pensaba que las niñas que nacían todos los días no tenían otro destino que el de satisfacer sus necesidades tan pronto como tuvieran la edad necesaria. Y que cuando él envejeciera y perdiera sus atractivos, su dinero las compraría... Y que aun cuando el dinero no le diera todas las respuestas que él quería, todavía contaba conmigo para cuidarlo y mantenerlo alejado de esas instituciones que por lo visto él detestaba. Al mismo tiempo que todas esas ideas se agitaban en mi memoria, otro recuerdo amenazador me perturbaba: aquella horrible acusación que mi tía le había lanzado, diciéndole que era capaz de cualquier cosa, lo que fuera, con tal de salirse con la suya. Empecé a correr de un lado a otro con ansia frenética, arrojando ropa en las maletas. Corrí también a la recámara de Silvia para recoger todo lo que ella podría necesitar. Las dos nos iríamos de ahí. Nos alejaríamos antes que algo horrible nos sucediera también a nosotras. Lo haríamos sin tardanza, mientras papá estaba ausente y no podía detenernos.

Llevando a Silvia de la mano a mi lado, atravesamos el salón de la entrada y, al llegar a la puerta, me detuve un momento para despedirme del piano de cola de mi mamá. Me parecía estar viéndola ahí, sentada, tocando sus melodías predilectas de Rachmaninoff, a una de las cuales se le había puesto letra convirtiéndola en una balada popular: «*Luna llena y brazos vacíos...*».

Brazos de acero era lo que mi padre tenía. Brazos que mataban con su amor.

En esos breves momentos creo haber arrojado al olvido todas las cosas odiosas y crueles que mi tía había dicho o hecho contra mí o contra Silvia. Relegué a las profundidades más recónditas de mi cerebro todo lo que me dijo tratando de convencerme de que yo era demasiado sensible e incapaz de enfrentarme a la realidad, y decidí conservar sólo el recuerdo claro de todo lo bueno, de sus buenas acciones. Le perdoné todo...

Con Silvia a mi lado cargué con las dos pesadas maletas e inicié nuestro viaje a

través de los bosques, para llegar a la cabaña del lado opuesto. Billie se mostró serena cuando le hablé de mis planes. Arden estaba extático. ¡Claro que sí, magnífica idea! Pero ¿porqué no puede tu tía hacerse cargo de Silvia? No gozaremos de lo que merece llamarse luna de miel, si tenemos que llevarla con nosotros.

Bajando la cabeza y la voz, les relaté lo sucedido y el convencimiento que tenía de que la fuga tenía que ser en ese momento o nunca. Todo lo presenté en tal forma que papá aparecía exento de culpa por completo. ¿Por qué había procurado librarlo de cualquier sospecha?

Billie me acurrucó entre sus enérgicos brazos.

—No hay más que pensar que ciertas cosas son para mayor bien, cuando no podemos hacer nada al respecto. Me has dicho que durante todo el invierno tu tía actuaba como si no fuera feliz o como si estuviese enferma. Tal vez efectivamente tuvo un ataque de mareo repentino... Pero no hay razón para que no puedas dejar a Silvia aquí, conmigo, si en realidad estás convencida de que debes escapar en esta forma. Lo único que deseo es que te cerciores de que amas a mi hijo lo suficiente, Audrina. No te cases con Arden hoy, para lamentarlo mañana.

—¡Yo amaré a Arden para siempre! —protesté con fervor, segura de que era la verdad, y él me sonrió con cariño.

—Yo hago eco a esos sentimientos —ratificó él con voz suave—. Mi vida entera se dedicará a labrar tu felicidad.

Con actitud nerviosa puse los ojos en Silvia, que comenzó a gritar cuando Billie trató de acariciarla. Luego miré a Billie y después a Arden. No podía dejar a mi hermana con Billie, si tenía miedo de quedarse en su compañía, y mostraba disgusto hacia ella. Hacía mucho tiempo que prometí a papá hacerme cargo de Silvia. Era responsabilidad mía y no podía negarlo.

Sentí que el corazón dejaba de palpar en mi interior, mientras esperaba la reacción de Arden después de haberle dicho que Silvia tenía que irse con nosotros. Él palideció... luego convino con un gesto silencioso.

Tal vez Billie tenía razón al mostrarse preocupada, cuando agitó la mano en señal de despedida.

## YO TE ACEPTO A TI, ARDEN...

**E**n un pequeño poblado de Carolina del Norte, donde la ley permite a las parejas contraer matrimonio el mismo día en que obtienen la licencia, Arden y yo nos presentamos ante un juez de paz, gordo y calvo, que nos casó mientras su delgada esposa, de aspecto insignificante, tocaba una música atroz en un viejo órgano destartado. Una vez terminada la breve ceremonia, ella decidió cantar (sin que se lo pidiéramos). *I Love You Truly*.

Silvia estuvo encaramada, inquieta, en algo que parecía una silla de *bridge*, columpiando los pies mientras jugaba con sus prismas y balbuceaba sin cesar lo que sólo ella entendía, como si de pronto hubiera descubierto su voz y estuviera decidida a usarla, aunque no pudiera pronunciar palabras significativas... ¿O estaría tratando de cantar? El hecho fue que era difícil concentrar la atención en nuestras promesas matrimoniales.

—Dentro de unos años repetiremos todo esto de nuevo como debe ser —me prometió Arden, mientras nos encaminábamos hacia el sur, rumbo a una playa famosa y a un hotel elegante—. Te ves tan hermosa con ese vestido color violeta... Hace juego con tus ojos, que son tan bellos, de un mirar tan profundo... Me pregunto si un millón de años me bastaría para averiguar todos tus secretos.

Protesté, sintiéndome incómoda:

—Yo no tengo secretos.

Al anochecer estábamos ya registrados en el hotel. No tardamos en ir al comedor, donde todos los huéspedes tenían los ojos puestos en Silvia, que se llenaba de alimentos la boca abierta, sin ayuda de los cubiertos.

—He estado esforzándome también en eso —expliqué a Arden, en tono de disculpa—. Tarde o temprano aprenderá.

Él me sonrió y me prometió que entre los dos enseñaríamos a Silvia a ser la dama perfecta.

Yo estaba feliz de que la cena se prolongara mucho. Pero la hora que yo más temía llegaría, demasiado pronto para mi gusto.

Por más esfuerzos que hacía, aquel recuerdo sombrío y fugaz del día boscoso y

lluvioso se empeñaba en representármese ante los ojos. El sexo había dado muerte a la primera Audrina y aquélla era mi noche de boda. Arden no me hará daño, me repetía, para darme confianza. Con él no será nada temible. El dolor, el terror y la fealdad eran cosas que pertenecían a aquel sueño loco de la mecedora de la primera Audrina. No tenían nada que ver con mi vida, una vez que poseía el acta de matrimonio en mi bolso de mano.

Arden mostró una consideración admirable, tolerando a Silvia y tratando de ser romántico conmigo, al mismo tiempo... una combinación casi imposible de lograr. Me apenaba verlo esforzarse tanto.

Él había alquilado una *suite* de dos recámaras comunicadas por una puerta. En esa forma, Silvia podía tener su propio cuarto de baño, donde yo, lentamente y con mucho trabajo, hice lo que tenía que hacer. Después de arroparla en su amplia cama, le di órdenes estrictas de permanecer ahí si no quería... Lo último que hice fue dejarle medio vaso de agua sobre la mesita de noche, con estas instrucciones:

—Bebe lo menos que puedas, para que no haya accidentes durante la noche.

La besé y de mala gana me alejé de su lado al verla sumirse en profundo sueño, con los prismas en la mano.

En la recámara que Arden y yo compartíamos, él iba y venía con impaciencia, mientras yo tomaba un largo baño de tina de una hora y me lavaba el pelo. Luego me lo enrollé, con ayuda de tubos, hice uso de mi secador, me puse crema en la cara y mientras el cabello acababa de secarse me limpié bien las uñas, tanto de las manos como de los pies, para volver a pintármelas. Con el cabello ya seco tenía que esperar a que se secaran las uñas. Cuando creí que estaban listas, me quité los rizadoros con mucho cuidado, y con ayuda del cepillo convertí los bucles en ondas suaves y flexibles. Me rocié con agua de colonia, me puse talco y por fin me deslicé dentro de un elegante camisón de dormir. «Tonta, estúpida», estuve diciéndome, por tener miedo de ir a encontrarme con mi esposo. Tiré del insinuante camisón que Billie me había regalado el día de mi cumpleaños, deseando que no fuera tan transparente... Aunque, sin duda me lo había regalado precisamente por eso. Tenía también un salto de cama color violeta, con un listón crema, que hacía juego con el camisón, y que al ponérselo no estaba destinado a ocultar nada. Terminados todos los detalles que podían ocurrírseme, me senté sobre el borde de la tina, contemplando la puerta cerrada, con miedo de abrirla y salir por ella.

Ahí sentada, no dejaba de ver a mamá, tan parecida a mí, aunque mucho mayor. Pensé en papá y en el cinturón que usaba como látigo. Volví a representarme todo lo sucedido a la primera Audrina aquel horrible día, bajo la lluvia, cuando la habían encontrado muerta bajo el árbol. Una niña violada..., ¡no era justo ni lícito! Empecé a temblar, y grandes gotas de sudor me empaparon las axilas, a pesar del desodorante. Vi a Vera revolcándose en el piso con Lamar Rensdale, y la forma violenta en que él se apoderaba de ella, como un animal salvaje. Yo no podía pasar por eso... ¡No quería pasar por eso!

Me puse en pie y comencé a desatar el salto de cama... No podía tolerar que él me viera detrás de ese pedazo de nada.

—Audrina —oí su voz, del otro lado de la puerta, con cierto tono de enojo—, ¿por qué tardas tanto? ¡Llevas horas ahí adentro!

—Dame sólo cinco minutos más —respondí nerviosa.

Era la tercera vez que le prometía lo mismo. Me puse a jugar con mi cabellera, con el salto de cama, quitándomelo, pensando en ponerme pantaletas o en vestirme de todo a todo otra vez. Empecé a mordisquearme las uñas, una mala costumbre olvidada hacía mucho tiempo. Volví a decirme que Arden me conocía desde que yo tenía siete años, que me había visto con ropa de juego, en traje de baño, en todas las formas posibles... ¡pero nunca me había contemplado con un camisón transparente y sugestivo, inmediatamente antes de tener relaciones íntimas! Sin embargo, ahora era mi esposo. ¿Qué razón tenía para preocuparme tanto? Yo no iba a terminar muerta bajo un árbol de temporal, tampoco iba a quedar tendida en el piso... Él no usaría conmigo el cinturón... ¿O... lo usaría?

—Un minuto más —me recordó Arden—. Sé fiel a tu límite..., sin excusa ni pretexto.

El tono de su voz era tan sombrío que me asustó. Nunca me había sonado tan áspero. ¡Oh! Era como yo oí decir a la tía Mercy Marie, a la tía Ellsbeth y a mamá: «Nunca conoces a un hombre hasta que no te casas con él».

—Estoy vigilando el segundero —me advirtió—. Te quedan treinta segundos. Si no estás afuera para la hora prometida, seré yo quién entre. Aunque tenga que derribar la puerta a puntapiés... ¡Voy a entrar!

Retrocedí, repegándome a la pared. El corazón se me salía del pánico. Di un paso más hacia la puerta, dije una breve oración por el alma de mi tía y le pedí perdón por no haber asistido a su funeral.

—¡Se acabó el tiempo! —gritó—. Retrocede... ¡Voy a entrar!

Si retrocediera y se lanzara corriendo para embestir con el hombro, se haría daño. Golpeó la puerta con el pie dos veces, pero ésta no cedió. Lo oí maldecir y supuse que el siguiente intento sería arrojándose con todo el cuerpo contra la puerta. A toda prisa di vuelta al cerrojo y la abrí de par en par.

Por desgracia para él, estaba arrojándose con toda su fuerza en el momento preciso en que yo abrí, así que entró y fue a estrellarse contra la pared de mosaico del lado opuesto. Después del primer impacto, resbaló y cayó al suelo, quedándose ahí como aturdido y con mucho dolor.

Me precipité hacia él, me arrodillé a su lado y me incliné para ayudarlo.

—¡Oh, Arden, lo siento mucho, mucho! No creí que realmente trataras de romper la puerta.

Con gran sorpresa mía, soltó la risa y me abrazó. Comenzó luego a sofocarme a besos. Sus palabras se intercalaban entre los besos:

—He oído decir que la recién casada puede ser presa del pánico: pero, Audrina,

yo creí que tú me amabas —más besos en la cara, el cuello, lo más saliente de los senos—. No es como si acabáramos de conocernos...

De una sacudida me desprendí y me puse en pie. Adolorido, él también se levantó, antes de inclinarse para cerciorarse de que no tenía huesos rotos.

—Espero que no haya ningún daño irreparable —tanteó con una sonrisa de auténtico buen humor.

Me tomó en brazos, con ternura, y me miró con intensidad a los ojos.

—No tienes por qué estar tan asustada. Todo esto tiene algo de gracioso, en cierto sentido... como un sainete, pero yo no quiero que nuestra noche de bodas sea un sainete. Yo te amo, Audrina. Lo tomaremos con calma, poco a poco. Te sorprenderá ver con qué naturalidad van sucediéndose las cosas.

Me besó ligeramente con los labios entreabiertos y prosiguió:

—Tu cabellera lucía magnífica antes. No había razón para que la lavaras de nuevo. Sin embargo, nunca te vi tan hermosa... Y aunque parezcas aterrada, me dejas sin aliento —volvió a besarme, como si no quisiera dejar de hacerlo, y añadió—: Terminaré en un segundo.

De mala gana se separó de mí y entró al baño. No tenía para qué advertírmelo. Yo sabía que regresaría en un instante.

Yo tenía que soportar esa noche y todas las que la siguieran, si quería escapar de papá y descubrir la relación física que se supone que toda mujer disfruta con el hombre que ama.

Quitándome el salto de cama, que Arden ni siquiera notó, me deslicé entre las sábanas de aquella cama inmensa. Apenas había adoptado una postura cómoda, cuando él abrió la puerta del baño. Acababa de tomar la ducha y de hacer lo poco que un hombre necesita para estar listo para acostarse.

Vino a toda prisa a la cama. La luz dorada que brillaba a sus espaldas alcanzó apenas a dibujar su silueta. Con gran horror mío, no llevaba puesta otra cosa que la toalla húmeda sujeta a sus esbeltas caderas. La poca luz que había en el cuarto del hotel parecía concentrarse en su piel húmeda y brillante, obligándome a advertir su masculinidad, que era lo último en que yo quería pensar. En ese momento sólo deseaba que aquella noche pasara y que, lo antes posible, acabáramos con lo que representaba. Pude haber lanzado un grito al ver la naturalidad con que se quitaba la toalla y la arrojaba al aire. No cayó en el brazo del sillón al que apuntó, sino que se deslizó y acabó en el suelo.

¡Oh, ya había empezado! Todas esas cosas mal hechas que aun hombres pulcros hacen una vez que cuentan con una mujer que ponga todo en orden.

—Olvidaste apagar las luces del baño...

—Porque tú apagaste todas las de aquí —me respondió con espontaneidad—, y a mí me gusta algo de luz. Podría abrir las cortinas y dejar que entrara la luz de la luna.

Su aliento tenía la frescura de la pasta de dientes. Permaneció junto a la cama, como queriendo que yo lo observara a la pálida luz rosácea de la lamparilla de noche



que había encendido.

—Mírame, mi amor. No te des vuelta. He esperado esta noche durante años y años. Me he impuesto toda clase de tareas físicas y ejercicios, para que mi cuerpo luciera musculoso y atractivo y tú no has dicho una sola cosa que me haga pensar que lo has notado. ¿Te fijas alguna vez en algo mío que no sea sólo la cara?

Pasé saliva con trabajo.

—Sí, claro, me he dado cuenta.

Con una amplia sonrisa apoyó una rodilla en la cama. Alarmada ante lo que vi por un instante, mis ojos se dieron a la fuga otra vez, y toda yo retrocedí en la cama.

—Audrina, estás temblando. Aquí no hace frío. No tengas miedo. Tú y yo nos amamos. Te he besado, te he abrazado... Unas cuantas veces me he atrevido a un poco más y he recibido en el acto una llamada de atención. Hacer el amor es algo más que todo eso junto —su voz grave tenía un resabio de preocupación—. ¿Sabes realmente de qué se trata? Espero...

Sí. Lo sabía. Tal vez incluso demasiado. Dirigí la mirada hacia las ventanas, sintiéndome enferma de terror. El sonido débil y distante de un trueno penetró en nuestra recámara. Con la tempestad eléctrica que se avecinaba, me llegó una nueva oleada de terror, acompañada de visiones de los bosques tenebrosos, bajo la bóveda de un cielo encapotado. Tal como me había sucedido en el cuarto de la primera Audrina, sentí la amenaza presagiosa de lo que me aguardaba.

¡Lluvia! ¡Oh, por favor, Dios mío, que no llueva esta noche!

Centímetro a centímetro él fue acercándoseme. Podía sentirlo en cada uno de mis poros. Mi olfato percibía su peculiar aroma masculino, yo sentía su desnudez y mi propia vulnerabilidad debajo de aquel camión igual a nada. La piel pareció despertarse en un sinnúmero de antenas... era el vello de mi cuerpo que se estremecía advirtiéndome que hiciera algo... ¡y pronto! ¡Atrás, atrás! Yo iba retrocediendo hasta la mecedora, el día que me asustó, antes que aprendiera a escapar al horror de los bosques. Me sentí mecer... oí una voz infantil que cantaba, vi las arañas tejiendo su tela, vi brillar los ojos de aquellos animales repletos de borra; pude oír rechinar los pisos de madera. El viento soplaba y no tardaron en fulgurar los relámpagos y en rugir los truenos.

Arden dijo algo muy dulce... ¿Por qué no pude oírlo con claridad?

—Te amo —le oí decir una vez más.

Su voz me llegaba como en un sueño. El corazón me latía con una fuerza tal, que apenas podía oírlo a él por encima del estrépito que había en mi interior.

Ya muy cerca de mí, Arden se dio vuelta, acostándose de lado, y a guisa de prueba puso la mano de modo que me tocaba apenas el brazo. Las yemas de sus dedos me rozaron el lado izquierdo del seno. ¡No, no lo hagas!, quería gritarle. Pero ahí estaba yo, tendida inerte, sin poder hablar por el terror, con los ojos tan abiertos que me producían dolor, y con la boca reseca.

Él carraspeó para aclararse la garganta y se me acercó hasta lograr que su cuerpo

tocara el mío. Era una carne cálida, erizada de vello. Sus labios, más cálidos aún, rozaron los míos. Me hundí en la almohada, tratando de ahogar un grito.

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Has dejado ya de amarme, Audrina?

De un hueco de mi memoria me brotó una respuesta. Era la voz de mamá que le decía a papá que estaba demasiado cansada.

—Es que... estoy tan cansada, Arden. Ha sido un día muy largo. Mi tía murió esta mañana... ¿Por qué hoy en la noche no te limitas a tenerme en tus brazos y a decirme que me amas, una y mil veces? Luego... tal vez... no me sienta tan avergonzada.

—No hay nada de qué avergonzarse —protestó en tono amable, pero yo pude percibir la tensión—. Tú estás sintiéndote como muchas recién casadas, según he oído decir. Como tú eres mi primera... y espero que mi última novia... no puedo hablar por experiencia.

Yo tenía ganas de preguntarle si era la primera chica con la que se acostaba, pero temí que pudiera decirme que no. Yo quería que él fuera tan inexperto como yo. Pero luego, al contrario, quería que supiera exactamente lo que había que hacer para lograr que a mí me gustara lo que estaba segura de odiar. Si yo realmente supiera que se había esperado a disfrutar del sexo conmigo, eso me demostraría que me amaba lo suficiente.

Sus dedos se deslizaron con mucha suavidad, habiendo un dibujo a lo largo de mi brazo, mientras se inclinaba sobre mí, obligándome a cerrar los ojos. ¿No había yo oído decir a mamá que los muchachos siempre estaban más dispuestos a ejercitar el sexo que las chicas? Creo que había sido jugando con mi tía Mercy Marie, mientras permanecía sentada, con aquella sonrisa vacía, encima del piano.

Luego, las manos de Arden se mostraron más audaces, atreviéndose a acariciarme los senos, antes de apuntar con los dedos hacia un blanco más específico, que consistió en formarme círculos en torno a los pezones, apenas cubiertos por la vaporosa tela. Me estremecí, retrocedí y en tono de fastidio le pregunté:

—¿Has tenido relaciones sexuales antes?

—¿Tenías que hacer semejante pregunta en un momento como éste?

—¿Es acaso una pregunta inoportuna?

Dejó escapar un suspiro que a mí me pareció de exasperación.

—Hay diferencias entre el hombre y la mujer, según dicen algunos. Tal vez sea cierto, tal vez no. Una mujer puede vivir la vida entera feliz, sin sexo... es lo que he oído decir. En cambio, el hombre sufre una acumulación de semen que debe liberarse de un modo o de otro. El más placentero es en compañía de la mujer a la que ama. Amar es compartir, Audrina. Compartir un placer mutuo, no con dolor... tampoco con vergüenza.

—¿Te dijo Billie que me explicaras eso? —indagué con voz ronca.

Sus labios, demasiado propensos a besarme, me hicieron sentir todo su ardor en la garganta, antes de responderme:

—Sí. Antes de salir de la cabaña me llamó aparte y me advirtió que te tratara con mucha ternura y calma esta noche. No necesitaba hacerlo. Yo habría actuado así por propia iniciativa. Quiero hacerlo todo bien. Dame una oportunidad, Audrina. Tal vez no sea tan terrible como tú lo piensas.

—¿Por qué dices eso? ¿Por qué crees que pienso que será terrible?

Su risa a medias fue algo forzada y breve.

—Es bastante evidente. Estás como un violín, con las cuerdas tan tensas que casi puedo tirar apenas de tus terminales nerviosas y hacerlas vibrar. Ahora bien... Fuiste tú la que acudió corriendo a mí, ¿no es cierto? Tú te arrojaste en mis brazos y me dijiste «vamos a casarnos»... ¿me equivoco? Tú eras la que querías evadirte, fugarte, hoy mismo... no mañana ni la semana entrante. En consecuencia, ¿no es natural que yo piense que al fin estabas dispuesta a aceptarme como tu amante?

Yo no había pensado. Simplemente actué. Escapar de papá era lo único que importaba.

—Arden... no respondiste a mi pregunta.

—¿Qué pregunta?

—¿Soy la primera?

—Muy bien, si necesitas saberlo. Ha habido otras chicas, pero ninguna a la que yo haya amado, como te amo a ti. Desde el momento en que decidí que me casaría contigo, no he tocado a ninguna muchacha.

—¿Quién fue la primera?

—No tiene importancia —contestó, haciendo presión con la cara en mi pecho, mientras con la mano exploraba mi cuerpo por debajo del camisón. No le impedí hacer lo que quería. Me aferré a mi propio dolor. No me amaba lo suficiente. Había tenido a otras, tal vez un centenar. Y siempre actuaría como si yo fuera su única chica, la verdadera. ¡Qué engañoso! Lo mismo que papá.

—Eres tan hermosa, tan suave y dulce... Tu piel es tan tersa... —musitó, mientras su respiración se hacía más anhelante, como si lo que él hacía conmigo fuera lo único que necesitaba, y nada de lo que yo hiciera o dejara de hacer tuviera importancia alguna. Su mano estaba ya bajo mi corpiño, sosteniéndome el seno, dándole masaje, modelándolo al hueco de la mano, mientras sus labios oprimían con fuerza los míos. Antes me había besado muchas veces, pero nunca en esa forma.

El pánico me hizo volver a la mecedora, convertirme de nuevo en una niña pequeña y horrorizada en aquel cuarto de juego, donde se introducían cosas espantosas y me llenaban de vergüenza. El relámpago fulguró y provocó tal sobresalto en mis nervios, que me hizo saltar, arqueándome. Arden interpretó ese movimiento como el despuntar de la pasión, porque su lujuria se enardeció más y las cintas de mi camisón se rompieron cuando tiró de él hacia abajo, desnudándome los senos para que sus labios y lengua pudieran jugar con ellos. Torcí el cuello y meforcé a hundir la cabeza en la almohada, mordiéndome el labio inferior para no lanzar un grito. Apreté los ojos e hice un esfuerzo para tolerar la humillación de todo lo que

estaba haciéndome. En mi interior sollozaba como cuando habían hecho jirones el bonito vestido nuevo de la primera Audrina, y desgarrado su ropa íntima de seda.

Llorando, sí, yo estaba llorando y él ni me oía ni veía mis lágrimas. Mis ojos se abrieron de repente cuando estalló el siguiente trueno. Luego, otro relámpago iluminó la recámara lo suficiente para que yo pudiera ver el apuesto rostro de Arden inmediatamente sobre el mío, con una expresión extática, fuera de sí por la euforia que estaba experimentando.

Todo aquel tocarme, acariciarme, besarme, le producía placer, mientras a mí me causaba terror. Me sentí defraudada, enojada, dispuesta a herirlo con mis alaridos, en el momento en que tiró de mi camisón para arrojarlo lejos, como un hilacho. ¡Ellos habían hecho eso!

Sus manos se paseaban sobre todo mi cuerpo, encontrando todo menos lo que parecía andar buscando. Yo detesté que tuviera la mano donde la había puesto y me alegré de oírlo lanzar una maldición en voz apenas perceptible, mientras sus dedos trabajaban frenéticos. Suspiró y se dio vuelta hasta quedar encima de mí. Pude sentir la fuerza de su erección.

¡Oh, la mecedora! Yo estaba de nuevo en ella, balanceándome para atrás y para adelante. Vi los bosques. Oí las palabras obscenas proferidas a gritos, pude oír las risas.

Pero era demasiado tarde. Lo sentí a él hundiéndose a fondo dentro de mí, hinchado, ardiente y resbaloso por estar empapado. Luché por librarme, sacudiéndome, pataleando, arañando. Le hundí las uñas en la piel de la espalda, le desgarré las desnudas asentaderas, pero él no cejó. Siguió embistiendo, causándome la misma vergüenza, el mismo dolor que le habían causado a ella. Su cara. ¿Era aquella cara de muchacho de Arden, con el pelo pegado a la frente y los ojos saltones cuando observaba, antes de darse vuelta y echar a correr? No. No, Arden no había nacido entonces. Él era otro como ellos... Eso era todo. Todos los hombres son iguales... todos iguales, iguales... como...

En medio de una atmósfera nebulosa fui perdiéndome, sintiendo que se desvanecía para mí toda sensación de realidad. La tía Ellsbeth había tenido razón al decir que yo era demasiado sensible. Nunca debí permitir que Arden prosiguiera, ni dejarlo creer que yo podía ser la esposa perfecta.

¡Yo no podía ser esposa de ninguna clase!

Entonces se produjeron sus calientes eyaculaciones. Gritos, más gritos, pero el trueno sobre nuestras cabezas amortiguó el sonido. Nadie podía oírme, ni siquiera él. Pude saborear mi propia sangre a causa de las mordidas a mis labios, tratando de frenar mis gritos. No había nadie más que Arden... y él me amaba. Así tenía que ser el amor físico... Un último ímpetu abrumador casi me desgarró el cuerpo... Luego, un torbellino, girar rápidamente... todo terror y toda vergüenza se desvanecieron. Una densa tiniebla me envolvió misericordiosamente y no sentí nada, nada en absoluto.



La luz de la mañana me despertó. Silvia estaba repantigada en la esquina de la recámara, jugando con sus prismas, y tenía el camisón arrollado a la altura de las caderas. Sus ojos inexpresivos no miraban a ningún lado, sus labios, siempre abiertos, dejaban escurrir la saliva. Toda ella parecía un bulto, tan inerte como un hilacho.

Mi marido se dio vuelta, acercándoseme, despertó y buscó mis senos, como si fueran propiedad suya. Los besó primero, luego me besó en los labios.

—Querida, te amo tanto...

Me dejó caer una lluvia de besos en la cara, el cuello, por todo mi cuerpo desnudo. Silvia seguía en su rincón, pero él no la había notado.

—Al principio estabas tan tensa —siguió diciéndome—, tan asustada... Pero luego, de repente, me aferraste con fuerza y te entregaste sin reserva... ¡Oh, Audrina, yo tenía esperanzas de que reaccionaras así!

¿Qué estaba diciendo? ¿Cómo podía yo creer en sus palabras cuando sus ojos tenían aquel gesto de súplica? Pero lo dejé fantasear con su satisfacción, al darme cuenta de que él la había tenido en cierto grado, mientras yo no sentí sino dolor, vergüenza y humillación. Y allá atrás, muy atrás, en las reconditeces de mi memoria, seguía latente el olor peculiar de la sangre, de tierra mojada, de hojas empapadas... Mientras Audrina trataba de regresar a casa dando traspiés y esforzándose en mantener juntos los jirones de un costoso vestido, para poder cubrir su desnudez.

## Parte 3

---

## DE NUEVO EN CASA

**A**l ir avanzando por aquella larga curva de nuestra entrada de coches, pude distinguir la figura de papá, de pie en el pórtico del frente, como si hubiese sabido de antemano que aquel día era el de nuestro regreso a casa.

Ahí estaba erguido, como gigante formidable, con un reluciente traje blanco, zapatos del mismo color, y una camisa de un azul brillante, con corbata blanca de franjas azules y plateadas en diagonal.

Sentí un estremecimiento y miré a Arden, cuyos ojos se encontraron con los míos, en una mirada llena de temor. ¿Qué haría papá?

Con una mano me aferré al brazo de Arden, mientras con la otra sujetaba a Silvia. Los tres subíamos paso a paso los peldaños del pórtico. En todo momento, la mirada flamígera de papá insistía en chocar con la mía, como una acusación tácita de mi traición, del hecho de haberle fallado. Luego, cuando consideró que había acabado conmigo, volvió hacia Arden aquellos penetrantes ojos oscuros, como para medir su fuerza de adversario. Esbozó una cálida sonrisa y ofreció a mi esposo su enorme diestra para que la estrechara.

Con una reacción amable y ciertamente inesperada, saludó diciendo:

—Bueno... qué gusto me da volver a verlos a todos.

Mientras tanto, su mano derecha sacudía la de Arden de arriba abajo, con un vigor tal que no parecía estar dispuesto a parar.

Me sentí orgullosa de Arden al ver que se mantenía impertérrito. Un apretón de manos amistoso pero excesivamente fuerte era el método que usaba papá para calcular la fuerza física y el temple emocional de un hombre. Él sabía que aquel apretón dolía, y el hombre que hacía un gesto quedaba borrado de su lista y calificado como «débil».

Al fin, dirigiéndose a mí, me acusó:

—Me has decepcionado profundamente...

En un gesto espontáneo acarició la cabeza de Silvia, como quien reconoce la presencia de un molesto animalillo doméstico. Me besó en las mejillas tres veces, una tras otra, pero al mismo tiempo se ingenió para alcanzarme con la mano las

asentaderas y darme un pellizco tan fuerte, que tuve ganas de gritar. Este pellizco tenía como fin poner a prueba la resistencia de una mujer, para tomar nota de sus reacciones, calificarlas y archivarlas.

Él podía catalogarme como le diera la gana, pero yo protesté:

—No te atrevas a pellizcarme así otra vez, —le reproché con orgullo—. Duele y no me gusta. Nunca me ha gustado... Tampoco le gustaba a mi madre ni a mi tía.

—¡Vamos! ¡En qué delicado pastel te has convertido apenas en cuatro días! —comentó con una amplia sonrisa burlona. Luego me acarició la mejilla en forma tal, que a mí me supo a bofetada.

—No había ninguna necesidad de que te fugaras, corazón —impugnó con una voz que era casi un murmullo suave y amoroso—. Me habría dado mucho gusto, mucha alegría, caminar contigo por el pasillo central de la iglesia, viéndote ataviada con el hermoso vestido de boda de tu madre.

Entonces, cuando yo habría podido jurar que nada de lo que él hiciera me sorprendería, logró dejarme desconcertada con su reacción.

—Arden —hilvanó cambiando de tono—, he estado hablando con tu madre acerca de ti, y me dice que has tenido dificultades para encontrar el empleo que quieres con una buena empresa de arquitectos. Te admiro por no querer aceptar un trabajo de tercera clase en una compañía mediocre. Por eso, mientras encuentras el cargo que realmente deseas, ¿por qué no aceptas uno de ejecutivo de cuenta en mi empresa de correduría de bolsa? Audrina puede ayudar a enseñarte los secretos del oficio, para que puedas pasar la prueba y, por supuesto, yo también haré todo lo que pueda para facilitártelo. Aunque... en realidad ella sabe casi tanto como yo.

Eso no era lo que yo quería. Sin embargo, miré de soslayo a Arden y me di cuenta de que sentía un gran alivio. Esa oferta resolvía muchos problemas. Tendríamos un ingreso y podríamos rentar un departamento pequeño en la ciudad, lejos de Whitefern. Arden se mostraba muy agradecido y me miraba como diciéndome que yo había exagerado los deseos de papá de ser mi único dueño.

¡Qué típico de papá el aceptar una situación que le disgustaba, para darle vuelta y convertirla en provecho propio! De ejecutivos de cuenta jóvenes y bien parecidos había gran demanda, y Arden era inteligente y hábil para las matemáticas.

—Sí, Arden —continuó, mientras le ponía un brazo sobre los hombros en un gesto paternal—, mi hija puede enseñarte los fundamentos y el aspecto técnico. —Su voz era suave, tranquila, espontánea—. Sabe casi tanto como yo y en cierto sentido tal vez sea superior a mí, porque el mercado no es una ciencia sino un arte. Audrina tiene una perspicacia extraordinaria en cuanto a sensibilidad e intuición... ¿no es cierto, Audrina?

Me dirigió otra sonrisa encantadora y, cuando Arden no lo veía, se dio prisa para darme otro pellizco en una nalga, más fuerte que el anterior. Sonrió, y cuando Arden volvió a dirigirnos la mirada, él estaba ya abrazándome con mucho cariño.

—Ahora... Tengo otra maravillosa sorpresa para ti —su mirada irradiaba



entusiasmo—. Me he tomado la libertad de sacar a tu madre de esa cabaña miserable. Se encuentra ya instalada en el piso superior, en las mejores habitaciones que hay en esta casa —su estudiada sonrisa volvió a iluminarle el rostro—. Es decir, las mejores después de la mía.

Me dolió ver aquella expresión de sincera gratitud en el rostro de Arden, que debía haber entendido lo que eso significaba. Tal vez todos los hombres *eran* más o menos iguales y se entendían muy bien entre sí. Yo sentí una furia interior al darme cuenta de que papá seguía controlando mi vida, aun después de haberme casado.

Instalada acogedoramente en lo que habían sido las habitaciones de mi tía, ampliadas en un esfuerzo inútil por complacerla, estaba Billie, ataviada como estrella en pleno escenario, con un elegante vestido de encaje, de los que seguramente no se veían más que en las grandes fiestas de jardín.

Con un brillo inusitado en aquellos grandes ojos suyos, al vemos entrar Billie prorrumpió en un torrente de emociones y palabras:

—Llegó a mi cabaña como un torbellino amenazador, aproximadamente una hora después que ustedes se habían marchado, y desató su furia sobre mí por haberlos alentado a fugarse. Yo no dije una palabra sino cuando él demostró haberse calmado. Creo que fue sólo entonces cuando realmente me miró por vez primera. Me dijo que era hermosa. Yo tenía puestos mis pantaloncitos cortos, que dejaban ver estos malhadados muñones, pero eso no pareció importarle. Arden, mi amor, no sabes lo que eso significó para mi dignidad personal.

Papá era astuto... ¡tan astuto! Debí haber sospechado que encontraría el modo de derrotarme. Ahora tenía ya de su lado a mi propia suegra. Billie prosiguió:

—Luego me dijo que procuraría que una situación que no tenía ya remedio, fuera lo mejor posible... Y este hombre maravilloso me invitó a venir a vivir aquí, a compartir la vida de ustedes y la suya... ¿No creen que fue muy generoso de su parte?

¡Claro que lo era! Miré a mi alrededor, aquel cuarto que en mi opinión debía haber permanecido como un santuario en memoria de mi tía, y sentí que algo me dolía por dentro... Sin embargo, ¿de qué servían los santuarios cuando Billie se mostraba tan agradecida? Además, la tía Ellsbeth nunca apreció nada de lo que se había hecho para embellecer sus habitaciones. Por cierto, si alguien merecía una morada como ésa, era Billie.

—Audrina —continuó—, tú nunca me dijiste que tu padre fuera tan amable, tan comprensivo, tan encantador. De alguna manera lo hiciste aparecer siempre como insensible, intrigante y abusivo.

¿Cómo podía yo decirle que la apostura de papá y sus elaborados encantos no eran más que sus valores de cambio? Los usaba íntegros con toda clase de mujeres, jóvenes, maduras y ancianas. El noventa por ciento de sus clientes eran mujeres ricas de edad, que dependían por completo de su asesoría; y el diez por ciento restante, hombres ricos, demasiado ancianos para tener criterio propio.

—Audrina querida —continuó Billie, abrazándome con fuerza contra sus firmes y turgentes senos—, tú padre es tan encantador... Tiene tanta dulzura e interés por el bienestar de los demás... Un hombre como Damian Adare nunca podría ser cruel. Estoy segura de que lo has interpretado mal, si pensaste que te maltrataba.

Papá nos había seguido hasta el piso superior, y sólo cuando Billie le tributó aquella última alabanza me di cuenta de que estaba recargado con finura en el marco de la puerta, saboreando aquel panegírico. En un momento de inesperado silencio, él se dirigió a Arden:

—Mi hija ha estado deshaciéndose en alabanzas de ti, desde que tenía siete años. Dios sabe bien que nunca he creído que un amor de adolescente pudiera durar. Por lo que a mí toca, cuando tenía diez años ya había amado a una docena de chicas o más, y a dos centenares de mujeres antes de casarme con la madre de Audrina.

Arden sonrió, mostrándose apenado, y no tardó en agradecerle a papá la oferta de empleo que nadie más le había hecho, con un salario digno, cuando él no tenía el menor adiestramiento como corredor de bolsa.

Así pues, papá volvió a ganar. Tía Ellsbeth había muerto, y no me salvó a mi, ni a sí misma. Sólo papá quedaba libre para herir, una y otra vez, a los que aseguraba amar más.

No tardó en hablar seriamente con Arden y conmigo sobre la perspectiva que le diéramos un nieto.

—Siempre he deseado un hijo —afirmó, mirándome directamente a los ojos.

Esa aseveración me dolía, realmente me dolía, puesto que siempre había asegurado que yo era suficiente para complacerlo. Debió haber notado mi sufrimiento, porque luego sonrió como si me hubiese puesto a prueba y me hubiera encontrado fiel.

—Quise decir que, después de una hija, lo que más he deseado es un hijo. Un nieto me satisfará por completo, puesto que ya tengo dos hijas.

Yo todavía no quería un bebé... A esa sazón, ser la esposa de Arden era ya de por sí bastante trauma. A duras penas estaba aprendiendo a hacer frente a aquellos actos de amor nocturno que a mí me parecían atroces y a él maravillosos. Aprendí incluso a fingir placer, para que él dejara de mostrar tanta ansiedad y se diera el lujo de creer que yo gozaba ya tanto del sexo como él.

Aun antes que Arden y yo volviéramos de nuestra luna de miel en la playa, Billie había tomado ya posesión de aquella cocina que tía Ellsbeth acababa de abandonar. Tenía ahí su banquillo alto. Se lo trajo mi padre, junto con sus demás posesiones... ¡Mi padre, que detestaba cualquier esfuerzo físico! Yo lo escudriñaba, mientras él observaba con admiración la destreza con que ella preparaba las comidas sin una sola queja, sin el menor lamento. Ella sonreía... reía de buen grado con los chistes de papá. Mostraba una pericia tal en el cuidado de su ropa, y una facilidad tan espontánea en el manejo de aquel enorme caserón, qué papá no podía dejar de estar admirando su increíble eficiencia.

—¿Cómo puedes hacerlo, Billie? ¿Por qué tienes siquiera la voluntad de hacerlo? ¿Por qué no me pides que contrate sirvientes que te atiendan?

—Oh, no, Damian, es lo menos que puedo hacer para pagarte todo lo que haces por nosotros. —Su voz era melosa y su mirada cálida cuando la posaba en él—. Estoy tan agradecida de que hayas querido que yo viniera y de haber acogido a mi hijo como tuyo, que siento que nunca podría hacer demasiado. Además, tener sirvientes en casa te priva de tu intimidad.

Yo me quedaba contemplándola, preguntándome cómo era posible que una mujer con su experiencia pudiera ser engañada con tanta facilidad. Papá usaba a la gente. ¿Acaso no se daba cuenta ella de las toneladas de dinero que le ahorraba siendo su ama de casa y su cocinera? Y por cierto, esa oferta de contratar sirvientes no era más que un fraude bien calculado, para hacerla sentir que no trataba de sacar provecho de ella.



—Audrina —me contó un día Billie, unos dos meses después de mi matrimonio, cuando Arden estaba aún estudiando para su examen de corredería—, he estado observando a Silvia. Por alguna razón no le soy grata y desearía que yo me fuera. Estoy tratando de discurrir, poniéndome en su lugar. Podría muy bien ser que se sienta celosa porque ve que a mí también me amas, y ella nunca ha tenido que compartir tu amor con los demás. Cuando yo vivía en la cabaña era diferente, pero ahora estoy en su casa y le robo tu atención y tu tiempo. Arden es también su rival, pero por alguna razón, tal vez porque la deja en paz, de él no tiene celos. De quien está celosa es de mí y, lo que es más, no creo que tenga el grado de retraso que tú te imaginas. Te imita bien, Audrina. Adondequiera que tú te diriges, ella te sigue y puede caminar casi con el mismo paso normal con que lo haces tú... cuando sabe que no puedes verla.

Dándome vuelta en forma repentina, sorprendí a Silvia detrás de mí. Pareció quedarse atónita y los labios cerrados se le abrieron a toda prisa. Sus ojos, con la mirada clara se volvieron extraviados e inexpresivos.

—Billie, no deberías decir cosas como ésas. Puede oír, y si lo que dices es verdad... cosa que yo no creo... podría entenderte y sentirse ofendida.

—¡Claro que entiende! —ratificó Billie—. No tiene una mente brillante, pero tampoco está en el «más allá».

—No entiendo por qué tendría que pretender...

—¿Quién te ha dicho que sufre un retraso mental irremediable?

Silvia se había escurrido hacia la sala, arrastrando el carrito rojo de Billie. Con mis propios ojos la vi sentarse en él e impulsarse como lo hacía la dueña.

—Papá no la trajo a casa sino cuando tenía ya más de dos años y medio, y me dijo lo que los doctores le habían notificado a él.

—Admiro mucho a Damian, pero no el modo como ha gravado tu vida con la carga de tu hermana menor, sobre todo cuando puede pagar una enfermera que la vigile o, mejor aún; un terapeuta que le dé tratamiento. Tú haz lo que puedas para enseñarle distintas habilidades y sigue con su entrenamiento para enseñarle a hablar. No te des por vencida. Aunque esos doctores hayan hecho lo que consideraron una evaluación honrada, es frecuente que se cometan errores. Siempre hay esperanza y alguna oportunidad de mejoría.

En los meses siguientes, Billie me convenció de que, después de todo, tal vez yo había juzgado mal a mi padre. Ella realmente lo adoraba, incluso lo veneraba. Él pasaba por alto la falta de sus piernas y la trataba con una galantería tal que a mí me sorprendía y a Arden lo complacía. Incluso le mandó hacer una silla de ruedas especial. Él detestaba el carrito rojo, con verdadera pasión. Sin embargo, la elegante silla «nuestra especie», de ruedas ocultas, no circulaba con suficiente velocidad para el gusto de Billie y ella no la usaba sino cuando papá estaba presente.

Arden trabajaba como esclavo egipcio de día y luego estudiaba durante la mitad de la noche, tratando de recordar todo lo que necesitaba saber para sus exámenes de corredor. Era lo que él afirmaba querer, pero yo sabía que su corazón estaba en otra parte.

Arden, si no quieres ser corredor, desiste y dedícate a otra cosa.

—Quiero serlo... sigue enseñándome.

—A ver —empecé, sentada frente a él, con la mesa de nuestra recámara de por medio—, van a darte varias clases de pruebas para juzgar tu habilidad para leer y comprender la palabra escrita. Luego vendrá tu habilidad verbal y, por supuesto, tendrás que entender lo que estás diciendo —le sonreí y aparté de mi pierna su pie jugueteón—. Conteste, por favor: ¿Qué prefiere, pintar un cuadro, contemplar un cuadro o vender un cuadro?

—Pintar un cuadro —repuso sin tardanza.

Frunciendo el entrecejo, sacudí la cabeza. Luego continué:

—Segunda pregunta: ¿Qué prefiere, leer un libro, escribir un libro o vender un libro?

—Escribir un libro... Pero supongo que estoy equivocado. La respuesta correcta es vender un libro, vender un cuadro... ¿verdad?

Después de reprobarme tres veces, al fin pasó el examen. Mi esposo se convirtió en un Vaquero de Wall Street.

Un día, cuando había terminado mi trabajo, anduve paseando por el salón donde estaba el piano de mamá. Una sonrisa irónica me afloró a los labios al sacar el retrato de tía Mercy Marie y ponerlo sobre el piano de cola. ¿Quién habría podido pensar que yo haría cosa semejante por iniciativa propia? Tal vez fue porque estaba pensando en ella y en lo mucho que había extrañado su funeral. En reparación, iba

con frecuencia al cementerio para poner flores sobre su tumba y también sobre la de mi madre. Nunca le llevé flores a la primera Audrina.

En recuerdo de ellas comencé mi propia «hora del té». Al dar principio a la rutina que en otro tiempo celebraban las otras dos hermanas, Silvia se arrastró dentro del cuarto y, sentada en el suelo, cerca de mí, me miró a la cara con una expresión de asombro. Una grotesca sensación de un tiempo que se repetía se precipitó sobre mí.

—Lucietta —dijo la mujer de cara redonda cuyo papel estaba yo representando —, qué encantadora niña es tu tercera hija Silvia. ¡Silvia, qué bello nombre! ¿Quién es Silvia? Existía una vieja canción sobre una chica llamada Silvia. Lucietta, hazme favor de volver a tocarla para mí.

—Claro que sí, Mercy Marie —acepté, imitando bien lo que yo recordaba que era el modo de hablar de mi madre—. ¿Verdad que mi dulce Silvia es preciosa? Creo que es la más bella de mis tres hijas.

Me puse a aporrear el piano con una lastimosa técnica de principiante. Pero como títere controlado por el destino, una vez habiendo empezado no pude detenerme. Sonriendo, di a Silvia una galleta y le propuse:

Ahora habla tú por la dama de la fotografía.

Poniéndose en pie de un salto, con habilidad sorprendente, Silvia corrió al piano, se apoderó de la fotografía de tía Mercy Marie y la arrojó a la chimenea. El marco de plata se rompió, el vidrio se hizo añicos, y la foto, en manos de Silvia, no tardó en quedar hecha jirones. En cuanto terminó, con un semblante un poco atemorizado, Silvia retrocedió, alejándose de mí.

—¿Cómo te atreviste a hacer eso? —le grité—. ¡Era la única foto que teníamos de la mejor amiga de mamá! Nunca habías hecho cosa parecida.

Cayendo de rodillas se arrastró hasta mí, gimiendo como un perrito... A esa sazón tenía ya diez años. Agazapada a mis pies se aferró a mi falda, dejando que los labios se le abrieran. La saliva no tardó en humedecerle la barbilla y escurrir luego sobre su vestido. Un niño pequeño no habría podido mirarme a los ojos con más inocencia. Billie tenía que estar equivocada. Silvia no podía dar expresión a su mirada por más de uno o dos segundos.

En mis sueños de aquella noche, mientras Arden dormía a mi lado apaciblemente, me pareció oír el redoble de tambores y voces de nativos que cantaban, y de animales que aullaban. Desperté sobresaltada y pensé despertar a Arden, pero luego pensé que los aullidos de animales no eran otra cosa que gritos de Silvia. Corrí a su cuarto para tomarla en brazos.

—¿Qué te sucede, cariño?

Podría jurar que me pareció que trataba de decir: «malo... malo... malo...», pero no podría asegurarlo. Le pregunté:

—¿Dijiste «malo»?

Sus ojos color aguamarina estaban desorbitados de miedo, pero pudo asentir con la cabeza. Yo solté la risa y la abracé con afecto, diciéndole:

—No, no es malo que puedas hablar. ¡Oh, Silvia! He hecho tantos esfuerzos, me he empeñado tanto en enseñarte, y al fin estás intentándolo. Acabas de tener una pesadilla, eso es todo. Duérmete pensando en lo maravilloso que va a ser tu vida ahora que puedes comunicarte.

Sí, me dije a mí misma, acurrucándome junto a Arden y disfrutando de sus brazos, cuando no estaba apasionado... eso fue todo, una pesadilla de Silvia.

Faltaba sólo una semana para el Día de Acción de Gracias. Me sentí más o menos feliz al sentarme en la cocina con Billie para planear el menú. Sin embargo, todavía recorría los largos corredores como un niño pequeño, cuidándome de no pisar ninguna de las figuras geométricas que los emplomados proyectaban en el piso. Seguía deteniéndome a contemplar largamente los arco iris de las paredes, como lo hacía de niña. Mis recuerdos de la niñez eran todavía tan confusos...

Al salir de la cocina y empezar a subir la escalera, con la idea de visitar el cuarto de juego para evocar el pasado, retándolo a que me revelara la verdad, me di vuelta y me encontré con Silvia, que me seguía como mi sombra. Por supuesto, ya me había acostumbrado a tenerla como eterna compañera, pero lo que me sorprendió fue ver cómo se había ingeniado para captar un rayo cualquiera de luz con el prisma que tenía en las manos, para proyectar la luz de colores directamente hacia mis ojos.

Sintiéndome casi cegada, me tambaleé hacia atrás, con una extraña sensación de terror. En las sombras cerca de la pared dejé caer la mano que estaba usando como visera y fijé la vista en el enorme candelabro que captaba todos los colores que estaban ya en el piso de mármol. Los espejos de las paredes los reflejaban de nuevo sobre Silvia, que a su vez volvía a mandarlos hacia mí, como para tratar de impedirme ir al cuarto de juego. Mareada y con una sensación irreal en la cabeza, fui blanco de una serie de visiones que se sucedieron como relámpagos. Vi a mi tía tendida boca abajo sobre el duro piso frente a la chimenea. ¿Podría haber sido Silvia desde abajo, junto al hogar, la que usara el prisma para cegar a mi tía con los colores de la luz solar? ¿Podría haber sitio suficiente esa experiencia para marearla y hacerla caer? ¿Estaría Silvia tratando de hacerme caer a mí también?

—¡Deja eso, Silvia! —le grité—. ¡Quítalo de aquí! ¡No vuelvas a atreverte a echarme esa luz a los ojos! ¿Me has oído?

Como el animalito silvestre con el que papá la había comparado, echó a correr. Aturdida por un momento, no pude hacer otra cosa que contemplarla. Asustada de mi propia reacción tan violenta, me senté sobre el primer peldaño de la escalera, tratando de volver en mí. En ese preciso momento, se abrió la puerta del frente.

Una mujer alta y esbelta estaba de pie en el umbral, con un llamativo sombrero de plumas de diversos tonos de verdes. Una esclavina de mink le colgaba con soltura de uno de los hombros, y sus zapatos verdes hacían juego con el vestido del mismo color, que daba la impresión de ser muy costoso.

—Hola —saludó con voz insinuante—. Aquí estoy de nuevo. ¿No me reconoces, dulce Audrina?



## UNA SEGUNDA VIDA

¿Qué estás haciendo? —preguntó Vera.

Yo empecé a retroceder, subiendo las escaleras de espalda, sin ponerme de pie, como lo habría hecho una criatura muy pequeña.

—¿No eres un poco mayor ya para semejante actitud pueril? Audrina, de veras tú no cambias nada, ¿verdad?

Caminando a grandes pasos hacia la sala de la chimenea, Vera casi no daba la impresión de cojear, en absoluto. Sin embargo, al observarla mejor pude ver que la suela del zapato izquierdo, de tacón alto, era una pulgada más gruesa que la del derecho.

—Paré en la aldea y me informaron que efectivamente te habías casado con Arden Lowe —comentó, acercándose con andar gentil a la escalera—. Nunca creí que llegaras a tener la suficiente edad adulta para casarte con nadie. Felicidades para él, ¡el muy necio!, y mis mejores deseos para ti, la novia, que debías haber tenido más cordura.

Lo malo era que lo que estaba diciendo podía ser muy cierto.

—¿No te da gusto verme? —preguntó.

—Tu madre ha muerto —le espeté con exquisita crueldad, como queriendo desquitarme, devolviéndole dolor por dolor.

—¿De veras, Audrina? Eso ya lo sabía.

Sus oscuros ojos me miraban con frialdad, de hito en hito, para decirme, con su elocuente lenguaje, que yo no podía competir con ella.

A diferencia de ti, dulce Audrina, yo tengo amistadas en la aldea, que me mantienen al corriente de lo que sucede aquí. Me gustaría poder decir que lo siento, pero no puedo. Ellsbeth Whitefern nunca fue una madre auténtica para mí, ¿no te parece? Tu madre era más amable.

Se dio vuelta poco a poco y dejó escapar un suspiro que había estado conteniendo durante mucho tiempo.

—¡Caracoles! ¡Mira qué casa! Es un verdadero palacio. ¿Quién habría pensado que nuestro querido papá sería tan idiota como para arreglar una casa vieja como



ésta? ¡Podría haber comprado dos nuevas con lo que ha pagado por restaurar este monstruo!

De pie ya, a medio camino escaleras arriba, traté de reponerme y controlar siquiera a medias mis emociones.

—¿Volviste por algún motivo? —le pregunté.

—¿No te da gusto verme?

Ladeó la cabeza, sonriendo, y volvió a escudriñarme; luego, soltó la risa. Después, ella misma se respondió:

—No... ya veo que no te da gusto. ¿Todavía me tienes miedo, Audrina? ¿Temes que tu adolescente marido pueda descubrir que una mujer auténtica es dos veces más atractiva que la modesta y tímida novia que no sabe proporcionarle ningún placer? Con sólo verte vestida como estás, puedo decir que no has cambiado nada. Es noviembre, muchachita, es invierno. La estación apropiada para colores vivos, para fiestas, alegrías y celebraciones... ¡Y tú andas vestida de blanco!

Volvió a reír de buen grado, en tono burlón, y siguió:

—No me digas que tu marido no tiene nada de amante y que todavía eres el corazoncito puro de papá...

—Éste es un vestido de lana blanca, Vera, y su color se llama blanco invernal. Es un vestido costoso que Arden me escogió. A él le gusta que me vista de blanco.

—¡Claro que le gusta! —comentó, llevando adelante la burla—. Condesciende con tu necesidad de seguir siendo la dulce muchachita. ¡Pobre Audrina, la dulce y casta! ¡Audrina, la dulce y virginal! ¡Audrina, todo un amor, la obediente y pequeña muchachita incapaz de hacer nada malo!

—¿Qué es lo que quieres, Vera? —la sondeé sintiendo una gran frialdad hacia ella.

Estaba presintiendo peligro, sopesando la amenaza que ella constituía. Quería ordenarle que se marchara de la casa. *¡Vete, déjame en paz! ¡Dame tiempo para crecer y descubrir la mujer que en algún lugar de mi interior está aún escondida!*

—He venido a casa para celebrar Acción de Gracias —contestó con voz untuosa, con el mismo tono sensual que debía estar copiando de alguien a quien admiraba, y que había aprendido al tratar de hablar como actriz de televisión—. Y si tú eres amable conmigo... quiero decir, *realmente* amable, como debe serlo un familiar, me quedaré hasta Navidad. No es una actitud muy hospitalaria de tu parte el tenerme aquí de pie, a la entrada, cuando mis maletas están todavía en el pórtico. ¿Dónde está Arden? Él puede ir a traerlas.

—Mi esposo está trabajando, Vera. Tú puedes hacerte cargo de meter tus maletas... A papá no le dará gusto verte... Supongo que debes saber eso...

—Sí, Audrina —concedió en la misma voz untuosa y odiosa—. Eso lo sé, pero quiero ver a papá. Él a mí me debe mucho... y me propongo rescatar lo que pertenece a mi madre y lo que me corresponde a mí.

Un ligero ruido fugaz me hizo volver la cabeza hacia atrás, para ver a Billie que

se deslizaba sobre su carrito rojo. Como si acabara de ver un ratón, Vera retrocedió de un salto y casi perdió el equilibrio debido a la suela más gruesa. Se llevó a la boca la mano enguantada, para ahogar un grito, mientras extendía la otra, como quien trata de mantener alejada una fuente de contaminación. Yo observé toda su lucha interior para volver a sus cabales, en tanto aquella media mujer, con una edad doble de la suya y una belleza tres veces superior, la observaba tratando de evaluarla, pero con una gran compostura. El modo como Billie mantuvo el dominio de sí misma despertó mi sincera admiración.

Luego, con gran asombro de mi parte, Vera obsequió a mi señora suegra una brillante sonrisa.

—¡Claro! ¿Cómo pude olvidar siquiera un instante a Billie Lowe? ¿Cómo está, señora Lowe?

En tono alegre, Billie le devolvió el saludo:

—¡Hola, hola! Tú eres Vera, ¿no es cierto? ¡Estás preciosa! ¡Qué buena idea de venir, para los días de fiesta! Llegas a tiempo para el almuerzo. Tu antigua recámara está limpia, y lo único que tendré que hacer es poner ropa de cama y te sentirás como en casa —levantó mi poco la mirada hacia mí, para obsequiarme una cálida sonrisa, y comentó—: Bueno, Audrina, ese buen olfato tuyo efectivamente anunciaba una visita, después de todo.

—¿Usted también vive aquí? —preguntó Vera, desconcertada.

Por lo visto había gente en la aldea que no sabía todo lo que acontecía en Whitefern.

—¡Oh, sí! —se apresuró a responder Billie, alegremente—. Ésta es la mejor casa que he tenido la buena suerte de llamar mi hogar. Damian ha sido maravilloso conmigo. Me ha asignado las habitaciones que pertenecieron a... —titubeó, sintiéndose apenada— a tu madre...

El gesto de apelación a Vera que distinguí en el rostro de Billie me conmovió. Luego siguió explicando:

—Al principio pensé que no estaba bien darme a mi esa gran *suite*, porque tal vez Audrina habría querido ocuparla, pero ella no ha dicho una palabra que me haga sentir que estoy usurpando el lugar de nadie. Lo que es más, Damian trajo aquí todo lo que yo quise tener conmigo, que conservaba en la cabaña. Se encargó de eso personalmente. Lo hizo el mismo día en que Arden y Audrina se fugaron.

Billie me dedicó otra amable sonrisa y me recomendó:

—Ven, mi amor, es hora de comer. Silvia está ya en la mesa. Hay de sobra para todos.

—Ayúdame con mi equipaje, Audrina —solicitó Vera, dándose vuelta de repente hacia el pórtico, como si quisiera mostrarse harta de estar respondiendo a la cálida y alegre acogida que Billie le daba—. Me propongo estar sólo unas cuantas semanas, así que no tienes por qué sentirte molesta... No quiero a tu marido.

—¿Porque tienes el tuyo? —inquirí esperanzada.

Riendo, se dio media vuelta para responderme en tono mordaz, muy semejante al de papá:

—Te gustaría que así fuera, ¿no es cierto? Pero no, no tengo al mío. Lamar Rensdale fue un miserable fracaso que escogió el camino de salida fácil cuando la situación se le puso difícil. ¡Qué cobarde demostró ser! No tenía el menor talento una vez fuera de provincia. ¿Todavía tocas el piano?

No, yo no practicaba ya el piano. Había demasiado que hacer. Pero, al estar ayudándole a meter las maletas, llevando yo dos mientras ella cargaba sólo una, hice votos por encontrarme otro maestro de música, en cuanto tuviera tiempo, para reanudar mis clases donde las había dejado.

—Vera, me gustaría saber más de Lamar Rensdale. Conmigo fue muy amable y siento mucho que haya muerto.

—Más tarde —desdeñó, siguiéndome por la escalera—. Después de comer podremos tener una agradable y larga plática mientras esperamos a que vuelva papá y se regocije de verme otra vez.

Camino a su recámara tropezamos con Silvia, que iba y venía en el carrito de Billie, con notable destreza.

Silvia, lleva ese carrito a la cocina. No tienes derecho a usarlo, aun cuando Billie no lo necesite. En cualquier momento puede desear bajarse de su asiento y el carrito no estará a la mano.

Me acerqué para ayudarla a bajarse del vehículo. Si había algo que volviera a Silvia testaruda y antipática era que le quitaran aquel carrito que quería tener como propio.

—¡Santo Dios! —exclamó Vera, contemplando a Silvia como quien ve una extraña criatura del zoológico. ¿Para qué pierdes tu tiempo con una idiota? ¿Por qué no le das un buen empujón hacia abajo y acabas con ella de una vez?

—Silvia no sufre un retraso tan grave como papá nos hizo creer —protesté con inocencia—. Poco a poco está aprendiendo a hablar.

Por alguna razón, Vera se dio vuelta para mirar a Silvia con el ceño fruncido, con ojos suspicaces y un claro gesto de disgusto en el semblante; luego, comentó:

—¡Dios omnipotente! Esta casa está llena de monstruos. Una mujer sin piernas y una imbécil tartamuda.

—Mientras estés en esta casa no hablarás de Silvia llamándola imbécil, idiota o monstruo. Y a Billie la tratarás con el respeto que merece. De lo contrario, estoy segura de que papá te sacará de un puntapié, y si no lo hace él, lo haré yo.

Dando muestras de sorpresa, Vera esbozó apenas una sonrisa, se dio media vuelta y se encaminó hacia su cuarto para empezar a desempacar.

Yo guardé silencio, mientras Billie hacía cuanto podía para que Vera se sintiera bienvenida en casa. Vera, por su parte, lucía distinguida, con el encantador vestido tejido color *beige* que se había puesto. Aquel color suave iba bien con su cutis, que no parecía tan cetrino como en otro tiempo. El maquillaje lo usaba con muy buen

gusto y el cabello lo tenía peinado a la perfección. El mío, en cambio, se veía agitado por el viento y tenía un aspecto rústico. Yo usaba las uñas de los dedos cortas y sin barnizar, porque tenía que ayudar a Billie en las tareas domésticas. Cada una de mis imperfecciones se erguía ante mí como montaña cuando contemplaba a Vera.

—Lamento el fallecimiento de tu madre, Vera —concedió Billie—. Espero que no te moleste el que Audrina me lo haya mencionado. Ella es para mí como mi propia hija, la hija que siempre quise tener.

Le sonreí con gratitud, sintiéndome feliz de que no me cambiara por Vera, que parecía haberse convertido en un emporio de atracción. Yo sabía bien que Billie admiraba todo lo que Vera representaba: bonita ropa, uñas largas y bien barnizadas y las alhajas que traía puestas... en ese momento me di cuenta de que eran las joyas de mi mamá y de mi tía, las joyas robadas.

Por cierto, tuvo buen cuidado de quitárselas todas y ponerlas a buen recaudo, antes que papá y mi marido regresaran juntos a casa.

Estábamos sentadas en el salón estilo Renacimiento romano. El sol acababa de ocultarse, dejando en pos de sí una sangrienta estela de nubes flamígeras, cuando papá abrió de par en par la puerta y entró a grandes pasos, con Arden a la zaga. Venía hablando con él:

—¡Maldita sea, Arden! ¿Cómo puedes olvidar las cosas cuando las anotas? ¿Te das cuenta de que tus errores van a ser causa de que perdamos varios dientes buenos? Tienes que hacer una lista de las acciones que cada uno tiene, y llamarlos cuando ocurren cambios radicales, o mejor aún, antes que se produzcan. ¡Hay que prever, muchacho, hay que prever!

Fue en ese momento cuando papá vio a Vera. Interrumpió otra reprimenda que había iniciado y clavó la vista en ella con una expresión de odio inconfundible.

—¿Qué demonios estás haciendo tú aquí?

Billie se estremeció. Papá la había decepcionado. Arden le dirigió una mirada incómoda y luego se me acercó para estamparme un beso en la mejilla antes de sentarse a mi lado, poniéndome un brazo alrededor de los hombros.

—¿Te sientes bien? —me preguntó—. Te noto pálida.

No respondí, pero sí me acurruqué junto a él, experimentando una sensación de seguridad con su brazo a mi alrededor. Vera se puso de pie. No obstante sus tacones altos, le faltaban como trece centímetros para llegar a la estatura de papá, pero encaramada en esos zancos su presencia resultaba formidable. En la esquina de aquel gran recinto, Silvia estaba en cuclillas, dándole vueltas a la cabeza en un gesto idiota, como si sé hubiera propuesto desbaratar todo el progreso que tanto ella como yo habíamos estado logrando.

—Tuve que venir a casa, papá, a ver la tumba de mi madre —repuso Vera con una débil voz, en tono de disculpa—. Una amiga me llamó, cuando ella murió, para notificármelo. Estuve llorando toda la noche y realmente quería venir al funeral, pero estaba en servicio y no pude desprenderme hasta ahora. Soy ya una enfermera

titulada. Además, no tenía suficiente dinero para el viaje y sabía que tú no me lo facilitarías. Tú sabes que la conmoción es fuerte cuando alguien que goza de perfecta salud muere en un accidente. Esa misma amiga me mandó el periódico con el necrologio. Me llegó el día del funeral...

Luego decidió sonreír, ladeando la cabeza en un gesto seductor, y separó los pies para mantenerse en una postura firme, con los brazos en jarras. Repentinamente dejó de tener el aspecto de dulzura anterior, para adoptar una actitud retadora, masculina, en la que ocupaba casi tanto espacio como papá, cuando abría las piernas, preparándose para un asalto.

Él dejó escapar un gruñido y la miró de hito en hito. Pareció reconocer el desafío que le lanzaba, e indagó:

—¿Cuándo piensas marcharte?

—Pronto —replicó ella, bajando la vista y actuando como mansa paloma recatada, tratando de no revelar un sentimiento de ofensa.

Sin embargo, siguió con los pies separados, en la postura que traicionaba su gesto de falsa mansedumbre.

—Sentí que era mi deber para con mi madre venir tan pronto como me fuera posible.

Arden se inclinó hacia el frente para observar mejor su expresión, y me obligó a hacer otro tanto, al olvidarse de que su brazo estaba alrededor de mi cuello.

—¡No te quiero ver en mi casa! —se apresuró a advertir papá sin ambages—. Sé bien lo que pasaba aquí antes que tú te fueras.

¡Santo Dios! Vera dirigió a Arden una mirada nerviosa de advertencia.

En el acto me liberé del abrazo espontáneo de mi esposo y me senté en el extremo más alejado del sofá. ¡No, señor!, me dije a mí misma. Vera se proponía involucrar a Arden en sus maniobras y arruinar mi matrimonio. Pero en la cara de Arden había un gesto de culpabilidad. Sentí que el corazón se me partía. Él siempre me juró que yo era la única a la que amaba. Pero Vera debió de haber dicho la verdad hacía mucho tiempo, cuando aseguró que se había acostado con él.

—Papá —empezó a decir Vera, en tono de apelación, con su voz engolada y seductora—, he cometido muchos errores. Perdóname por no haber sido lo que debía. Siempre quise conquistar tu aprobación y ser lo que tú querías que fuera, pero nadie me dijo jamás nada. Yo no sabía lo que el señor Rensdale pretendía al besarme y empezar a acariciarme. ¡Él me sedujo, papá! —protestó entre sollozos, como avergonzada, y bajando la cabeza cubierta con su brillante cabellera, de tintes anaranjados—. He venido sólo para presentar mis respetos ante la tumba de mi madre, para pasar Acción de Gracias con la única familia que tengo... para renovar nuestros vínculos familiares. También he venido para recoger cualquier cosa valiosa que pueda haber dejado mi madre.

Papá volvió a gruñir y replicó sin tardanza:

—Tu madre no tenía nada de valor que dejarte después que te fugaste robándole

las alhajas que poseía y las que mi esposa había dejado a Audrina. Para el Día de Acción de Gracias falta una semana. Ve a presentar tus respetos a la tumba de tu madre hoy mismo y márchate mañana en la mañana.

—¡Damian! —protestó Billie, en tono de reprensión—, ¿te parece que ése es un buen modo de hablar con tu propia sobrina?

—¡Es exactamente el modo que uso con ésta! —rugió él, dándose media vuelta y avanzando a grandes pasos hacia la escalinata principal—. A propósito, Vera, no vuelvas a llamarme papá —volvió la mirada a Billie y le advirtió—: Ésta es la noche que vamos a la ciudad... ¿Lo habías olvidado? Iremos al cine después de cenar en un buen restaurante. ¿Por qué no estás vestida y arreglada pura salir?

—No podemos irnos de casa el día que viene de visita tu sobrina —replicó Billie en tono tranquilo—. Para ella tú eres su papá, Damian, no obstante el nombre que tú le des a tu relación con ella. Cualquier otro día es bueno para salir a cenar e ir al cine. Damian, por favor, no me apenes de nuevo. Has sido tan amable, tan generoso... Me decepcionarías tanto si... —En ese momento, Billie se enterneció y las lágrimas le humedecieron los ojos, que lo miraban suplicantes.

Ese llanto pareció afectarlo profundamente.

—Muy bien —cedió dirigiéndose a Vera—. Quiero verte lo menos posible, y al día siguiente de Acción de Gracias te marcharás. ¿Entendido?

La aludida asintió mansamente con la cabeza. Se sentó con la cabeza baja, juntando las rodillas y formando un regazo sobre el que pudo poner las manos con los dedos entrelazados en actitud de recato. Fue un gesto muy estudiado de joven bien educada y modesta... Y, por cierto, la modestia era algo que Vera jamás había poseído. Concluyó la representación, diciendo:

—Lo que tú digas, pa... tío Damian.

Yo me di vuelta justamente a tiempo para ver a Arden, que la contemplaba con compasión. Mis ojos se pasearon de uno al otro, escrutadores, presintiendo que el lance había comenzado: la seducción de mi marido.



En muy poco tiempo, Vera y Billie se hicieron íntimas amigas.

—Tú eres una adorable y maravillosa mujer al aceptar hacerte cargo, sola, del trabajo de toda esta casa, cuando mi padre podría fácilmente pagar una sirvienta y un ama de llaves. Me maravillas, Billie Lowe.

—Audrina me ayuda mucho —repuso Billie—, reconócele también a ella el mérito.

Yo estaba en el salón tocador, separado de la cocina por el vestíbulo, enfrascada en el tedioso esfuerzo de desenmarañar la madeja intrincada de los bucles de Silvia.

Hice una pausa para poder oír lo que Vera respondía, pero fue Billie la que volvió a tomar la palabra:

—Ahora hazme el favor de poner algo de tu parte y pasar la aspiradora por los dos salones principales. Te lo agradecería mucho. No te olvides de usar los aditamentos para las pantallas de las lámparas, los muebles y las cortinas. Será una buena ayuda para Audrina. Tiene trabajo de sobra tratando de enseñar a Silvia a hablar y a moverse correctamente... Y por cierto que lo está logrando.

—Estás bromeando —protestó Vera, sorprendida, como si esperara que Silvia no hablara nunca—. No querrás decirme que esa criatura es capaz de hablar...

—Sí, puede decir unas cuantas palabras fáciles. No pronuncia nada con claridad, pero es comprensible lo que dice si la escuchas con atención.

Llevando a Silvia de la mano, me fui detrás de Vera para verla entrar al salón estilo Renacimiento romano y pasar la aspiradora sin mayor entusiasmo. Sentí un gran amor hacia Billie por haberla puesto a trabajar sin preguntarle, como suponiendo que Vera estaría bien dispuesta. Demostrar lo contrario hubiera sido un grave error de Vera, que le habría arruinado todo su juego. Por lo menos yo pensaba que se trataba de un simple juego. Movía la aspiradora hacia adelante y hacia atrás, pero sus ojos no se desprendían de los numerosos tesoros que tenía delante. Cuando el motor de la máquina disminuyó la velocidad, Vera sacó una libretita y empezó a anotar. Con gran sigilo, dejando a Silvia en el vestíbulo, me deslicé hasta quedar detrás de Vera, para poder leer por encima de su hombro:

1. *Limpiar con aspiradora, sacudir, usar cera para los muebles, (espejos enormes, hoja de oro, valen una fortuna).*
2. *Recoger periódicos, ordenar revistas con todo cuidado (lámparas, «Tiffany», venecianas, de latón sólido, preciosas).*
3. *Hacer las camas antes de bajar (antigüedades genuinas por todos lados, óleos originales).*
4. *Ayudar en el lavado de ropa. No usar blanqueador con las toallas (alfombras persas y chinas, curiosidades de porcelana y vidrio soplado, sobre todo pajarillos).*
5. *Ir a recoger pronto el correo a primera hora.*
6. *¡No olvidarlo nunca! (cheques guardados en la caja fuerte de su despacho; jamás vi llegar tantos cheques por correo).*

—¡Qué interesante manera de hacer la lista de tus quehaceres! —declaré cuando sintió mi presencia y se dio media vuelta para mostrarme su estupefacción—. Así que junto con las cosas valiosas, quieres precipitarte para recoger la correspondencia... ¿Estás haciendo planes para robarnos, Vera?

—¡Y tú, viborilla! —gruñó furiosa—, ¿cómo te atreves a espiarme y a estar leyendo por encima de mi hombro?

—A los gatos que se muestran muy tranquilos hay que vigilarlos siempre. ¿Necesitas hacer una lista de tus tareas hogareñas diarias? ¿No puedes recordarlas

espontáneamente? En cuanto a todo lo demás, la mayor parte de las cosas estaba aquí desde antes. Todo se ha reparado, pulido y retapizado... Nada más. Papá anduvo a caza de algunas de las piezas más antiguas de Whitefern que se habían vendido. Si no te impresionaba nada antes, ¿por qué te inquieta ahora?

Por un momento me pareció que iba a abofetearme. Pero luego se dejó caer sin energía en un sillón.

—¡Oh, Audrina! No pelees conmigo. Si supieras lo horrible que es vivir con un hombre que no te quiere... Lamar me odiaba por haberlo obligado a llevarme con él a Nueva York. Yo seguía insistiendo en que estaba encinta y él en que no era posible. Cuando llegamos a Nueva York nos instalamos en un internado, y él se fue a dar clases a Juilliard. Siempre estaba echándome en cara tu recuerdo, diciéndome cuánto le gustaría que me pareciera más a ti, que tal vez así fuera más factible para él amarme. ¡Vaya necio! ¿Qué hombre puede gozar de una mujer como tú? —De repente me lanzó una mirada fugaz, indefinible, y dejó que le brotaran las lágrimas—. Perdóname... Es cierto, tú eres muy hermosa, a tu estilo —frunció la nariz, inhalando con tuerza, y continuó—: Mientras Lamar enseñaba, yo comencé mi adiestramiento de enfermera estudiante. La paga no bastaba ni para alimentar a un perico. En el poco tiempo libre que me quedaba estuve posando como modelo para una escuela de arte. Le dije a Lamar que él podía hacer lo mismo en sus horas libres, pero era demasiado recatado para desnudarse. Las modelos no llevábamos absolutamente nada encima. Yo siempre me he sentido muy orgullosa de mi cuerpo. Pero el estúpido de Lamar era demasiado pudoroso para hacer eso, y demasiado orgulloso. Lo que hizo fue odiarme más porque en la clase me exhibía delante de todos aquellos hombres. Cada vez que modelaba, al volver a casa lo encontraba ebrio. No tardó en beber tanto, que se quedó sin empleo alguno. Perdió su talento musical con el piano y eso nos obligó a mudarnos a un barrio bajo, donde enseñaba música a chicos pobres que no tenía un centavo para pagarle. Fue entonces cuando yo lo dejé. Estaba harta de él. El día que me recibí de enfermera tomé el periódico y leí que él se arrojó al río Hudson —lanzó un suspiro, mirando a lo alto—. ¡No fue más que otro funeral al que no pude asistir! El día que lo sepultaron tuve que trabajar. Me dio gusto que sus padres acudieran a recoger el cadáver, de lo contrario habría ido a parar al montón de los que llevaban al hospital donde yo trabajaba —hizo un gesto antes de bajar la vista; un silencio sepulcral invadió el cuarto.

Yo bajé la cabeza, condoliéndome de un hombre que quiso ayudarme y que inocentemente cayó en la trampa que Vera le había tendido. Yo sabía bien de dónde partió la seducción.

—Supongo que estás pensando que contribuí a su muerte, ¿no es cierto?

—No sé qué pensar.

—¡No, claro que no! —gritó con desprecio, poniéndose en pie y empezando a recorrer el salón de un lado a otro—. Para ti la vida ha sido fácil quedándote aquí y dejando que te cuiden. Tú nunca has tenido que enfrentarte al mundo real y a toda la



fealdad que hay en él... y a todo lo que tienes que hacer para sobrevivir. Yo he tenido que pasar por todo. Audrina, por lo peor de los pantanos. He vuelto con la intención de ayudar... Y tú no me quieres.

Ahogada en sollozos, lloró a moco tendido y se dejó caer en el sofá.

Sin darle crédito, la vi anegarse en llanto. Pero Billie, que debió haber estado escuchándonos, llegó en su carrito hasta nosotras. En un abrir y cerrar de ojos saltó sobre el sofá, al lado de Vera, y empezó a tratar de reconfortarla.

Instantáneamente, Vera pegó un brinco. Un breve grito histérico se le escapó de los labios. Luego palideció y explicó:

—¡Oh! Perdón... es que no me gusta que me toquen.

—Comprendo —convino Billie, saltando de nuevo a su carrito y alejándose.

—Has herido sus sentimientos, Vera. Y prometiste no decir ni hacer nada, mientras estuvieras aquí, que pudiera ofender a Billie o darle la impresión de que no la quieres cerca de ti.

Me contestó diciéndome que comprendía lo que le había explicado, que lo sentía y que nunca, jamás, volvería a reaccionar alejándose de Billie; que lo que pasó era que no tenía costumbre de que la tocara una mujer sin piernas, una inválida. Clavé la mirada en su zapato ortopédico, gozando maliciosamente del modo como palideció.

—No se nota ya mi cojera, o... ¿me equivoco? Todos tenemos algo peculiar, por ejemplo tú, con tu propensión a olvidar...

No pasó mucho tiempo para que Arden empezara a decirme, cuando estábamos solos, y por lo común ya en la cama, la maravillosa ayuda que Vera representaba quitándonos una buena carga del trabajo a su madre y a mí...

—Todos debíamos estar contentos de que haya regresado para ayudar.

Me di vuelta, acostándome de lado, y cerré los ojos. Era mi modo de decirle que me dejara en paz. No tardé en acercarme a él, de modo que la parte posterior de mi cuerpo quedara acurrucada dentro de la cálida curva que formaba el suyo. Nuestra respiración era armónica, mientras aquellas incontrolables manos suyas buscaban las curvas que se deleitaban en trazar una y otra vez.

—No tengas celos de Vera, mi amor —me susurró acercándose a modo de apoyar su mejilla en la mía—. A quien amo es a ti, sólo a ti.

Y una vez más tuve que dejar que me lo demostrara.

Llegó el Día de Acción de Gracias, pasó, y Vera seguía en casa. Por algún motivo extraño, papá dejó de ordenarle que se marchara. Yo me hice el razonamiento de que debía ser por lo mucho que ayudaba a Billie, mientras yo enseñaba a Silvia a hablar, a caminar, a vestirse, a peinarse, a lavarse las manos y la cara. Lenta, muy lentamente, Silvia iba saliendo de su capullo. Cada nueva habilidad que adquiría era un paso más en la fijación de sus ojos. Empezó a hacer un esfuerzo sincero por mantener los labios juntos y no dejar que le escurriera la saliva. Hasta cierto punto, para mí era como un reencuentro conmigo misma al estar enseñándole todo lo que necesitaba saber.

Donde mejor parecía aprender las cosas era en el cuarto de juego de la primera

Audrina, la mejor. Sentada en mi regazo, mientras nos mecíamos juntas, yo le leía historias infantiles y libros muy sencillos, para niños de dos o tres años. A veces nos sentábamos ante la pequeña mesa de té, con muñecas y animales de peluche, como si fueran condiscípulos, y ahí comíamos. En ese juego fue donde Silvia aprendió a tomar una minúscula cucharita para agitar el té en su taza miniatura.

—Y un día, muy pronto, Silvia va a tomar su propio cuchillo y su tenedor y a cortar su propia carne.

—Cortar carne —repitió ella, tratando de sostener el tenedor y el cuchillo como yo se lo demostraba.

—¿Quién es Silvia?

¿Qui—eén ees...?

—Dime tu nombre... Es lo que quiero oír.

—Diii—mmme tu noo—mm—bre...

—No. ¿Cómo te llamas *tú*?

—Nooo... có—mooo te llaaa—maas tú...

—¡Silvia, hoy estás maravillosa! Pero trata de pensar en la idea que hay dentro de lo que estoy diciéndote. Todas las cosas, todas las personas necesitan tener un nombre, pues de lo contrario no sabríamos cómo dirigirnos unos a otros, o cómo distinguir una silla de una lámpara. Por ejemplo, piensa en mí. Yo me llamo Audrina.

—Yooo mmmee llaaamo Auuu—driii—na.

—Sí, yo me llamo Audrina, pero *tu* nombre es Silvia.

—Sí, yyyooo mmme llaaa—mo...

Tomé el espejo que la primera Audrina tenía sobre su tocador, se lo puse delante y la señalé con el dedo.

—Mira, aquí, en el espejo... *Ésa* es Silvia.

Luego me puse el espejo enfrente, para que reflejara en él mi propio rostro, pero dejándola verlo, para que pudiera entender lo que estaba tratando de decirle.

—*Ésa* es Audrina, la del espejo... —Al decírselo, me señalaba a mí misma con el índice—. Sí, Audrina.

Luego volví a ponerle el espejo delante, para que pudiera verse la cara, y le expliqué:

—*Ésa* es Silvia... *Tú* eres Silvia.

Una lucecita fugaz le iluminó los bellos ojos color aguamarina, cuando se abrieron a todo su tamaño para concentrarse en el espejo. Se apoderó de él y se quedó contemplando su propia imagen. Se lo acercó tanto, que le aplastaba la nariz. Entonces deletreó:

—Siiilll—viii—aaa, Siiilll—viaaa.

Siguió repitiendo su nombre una y otra vez, en medio de risas, saltando y bailando torpemente alrededor del cuarto. Luego abrazó el espejo, estrechándolo contra el pecho, mientras la cara le resplandecía de júbilo. Al fin, después de muchos intentos repetidos, dijo correctamente:

—Mi nombre es Silvia.

Yo corrí a abrazarla, a besarla, a premiarla con las galletas que tenía escondidas en un cajón.

Al darme vuelta con las galletas, vi que toda la felicidad había desaparecido de sus ojos. Estaba paralizada. Los ojos volvieron a su mirar inexpresivo y errante, los labios se separaban y la saliva empezaba a escurrir. Una vez más, Silvia enmudeció.

Vera se detuvo en el umbral del cuarto de juego.

Hacía gala de una expresión angelical, llena de piedad, al contemplamos a las dos como corderitos para el matadero, pensé sin darle importancia.

—¡Lárgate de aquí, Vera! —le ordené en tono frío, apresurándome a proteger a Silvia—. Te he dicho ya que no quiero que vengas cuando estoy enseñando a Silvia.

—¡Tonta! —se apresuró a replicar, entrando a grandes pasos al cuarto y sentándose en la mecedora—. A una idiota no puede enseñársele nada. No hace más que repetir lo que te oye decir a ti... como un perico. Ve a ayudarle a Billie en la cocina. Estoy más que harta de hacer comida y limpiar la casa. ¡Por Dios! Aquí nadie hace otra cosa que comer, dormir y trabajar. ¿Cuándo se divierten?

—Cuando el trabajo está terminado, Vera —contesté con enojo. Tomé a Silvia de la mano y me encaminé a la puerta, añadiendo—: Mécete en la silla, Vera. Estoy segura de que nada de lo que yo he visto ahí te haría gritar... porque tú lo has sabido todo... lo peor de los pantanos.

Gritando como un demonio salido directamente de la profundidades del averno, mi hermanita pegó la carrera para lanzarse contra Vera. Se abalanzó sobre ella arañándola, pateándola, y cuando Vera quiso mantenerla a raya, Silvia le encajó los dientes en el brazo.

En un gesto violento, Vera la hizo caer.

—¡Oye, tú, babosita mentecata, lárgate, aléjate de mí! Yo tengo tanto derecho a este cuarto como tú.

Corrí a salvar a Silvia del peligro, en el momento en que Vera levantaba el pie apuntando a su bella carita. Pero antes que yo lograra llegar, Silvia se había ingeniado para rodar, poniéndose fuera del alcance de su agresora. Al hacerlo, su zapato tropezó con el pie de Vera, haciéndola perder el equilibrio. Ésta cayó al suelo como árbol recién cortado, y acto seguido prorrumpió en los acostumbrados alaridos de dolor.

Aun antes de arrodillarme para ver qué había sucedido comprendí, por la grotesca postura de su pierna izquierda, que había vuelto a rompérsela. ¡Maldita sea! Lo que menos necesitábamos era una inválida que cuidar.

Con disgustos e impaciencia estuve recorriendo el salón renacentista, de un lado a otro, hasta que papá y Arden volvieron, llevando a Vera con la pierna enyesada. Sus negros ojos se encontraron con los míos, lanzándome un desafío, mientras uno de sus brazos rodeaba el cuello de mi marido y el otro el de papá. Entre ambos la sostenían formándole una silla con los brazos.

—Audrina, corre a traer unas almohadas para ponérselas de respaldo a Vera. Va a

necesitar otras para mantener la pierna en un nivel superior al del corazón. Tendrá que llevar esta cosa durante siete u ocho semanas —me explicó Arden.

Con mucha calma anduve buscando cojines de los sofás y los coloqué detrás de la espalda de Vera. Arden levantó con ternura la pesada pierna enyesada y puso más almohadas debajo de ella. Las barnizadas uñas de los pies de Vera jugueteaban ante él, como banderitas de advertencia, mientras Arden la acomodaba.

—¿Cómo fue que Vera se cayó? —me preguntó Billie esa noche, mientras la ayudaba a preparar la cena.

—Fue un accidente. Yo la oí contarte que Silvia le había puesto una hábil zancadilla por detrás, pero yo estaba presente y sé que fue un accidente.

—¡No fue accidente! —gritó la aludida desde el cuarto contiguo—. ¡La muy malvada lo hizo a propósito!

—Audrina, espero que no sea cierto... —observó Billie, dirigiendo una mirada de disgusto a Silvia.

Ahí estaba mi pequeña hermana, una vez más paseándose a placer en el carrito de Billie, sobre el terso piso recién encerado del vestíbulo posterior de la casa.

—¿Sabes una cosa, Billie? Tanto tú como Arden tienen mucha dificultad para creer todo lo que yo digo... sobre Vera. No tengo la intención de ser severa en mis críticas, pero aquel momento había sido el primer gran paso para Silvia. Pude ver cómo se le iluminaban los ojos con verdadera comprensión... ¡y entonces tuvo que hacerse presente Vera!

Yo podía oír a Silvia que cantaba mientras corría de un lado a otro del vestíbulo en el carrito rojo:

—Sólo un cuarto de juego... a salvo en el hogar... sólo un cuarto de juego...

Por poco dejo caer el cucharón en la salsa humeante. ¿Quién había enseñado a Silvia a cantar esa canción?

—¿Te sientes mal, cariño? —me preguntó Billie, acercándoseme apoyando las manos en los muebles de la cocina.

—Estoy bien —respondí más por costumbre que por reflexión—, pero no recuerdo haber enseñado ninguna canción a Silvia. ¿La oíste cantar, Billie?

—No, mi amor, no la he oído cantar. Pensé que era la voz de Vera. Ella canta mucho esa canción. Es como un canto de niño que busca protección y confianza... una tonada lastimosa. Me duele pensar que Damian no haya mostrado más ternura a Vera. Y ella se esfuerza tanto en conseguir que le tenga aprecio...

Sin decir palabra eché la salsa en el recipiente adecuado y lo llevé al comedor. Al regresar hice bajar a Silvia del carrito y le di una buena reprimenda:

—¿Cuántas veces tengo que decirte que dejes en paz este carrito? No es tuyo... Ve a pasear en el triciclo que te compró papá. También es rojo y muy bonito.

Haciendo un puchero con el labio inferior, retrocedió alejándose de mí. Yo empujé el carrito hacia la cocina, con la punta del pie.

Esa noche, papá y Arden levantaron el sofá color púrpura, con Vera tendida en él,

como Cleopatra pelirroja, para que pudiera cenar con nosotros en el comedor.

Yo detestaba verla en el sofá púrpura de mamá, pero el hecho era que pasaba tendida sobre él un día tras otro, leyendo las mismas novelas, encuadernadas a la rústica, que había leído hacía muchos años.

Silvia se volvió introvertida, negándose a entrar al cuarto de juego para recibir más lecciones. Como papá no podía dejar de disfrutar de sus exquisitas comidas, y a Billie no podía ya aliviársele la carga llevándola a comer al restaurante con él, pues no hacía otra cosa que cocinar, yo desempeñaba todo el trabajo de la casa, lavaba toda la ropa... Si bien es cierto que Arden colaboraba en lo que podía, al volver de la oficina. Papá estaba siempre demasiado ocupado o demasiado cansado para hacer algo que no fuera hablar o ver televisión.

Un mes después del día de Año Nuevo, volví a llevar a Silvia al cuarto de juego. Con gran sorpresa mía, y de ella también, encontramos a Billie en la mecedora. Se ruborizó al sentirse sorprendida, y soslayó:

—Es una bobería, lo sé, pero si hay algo de magia en esta silla, yo quiero una poca para mí —se mostró muy juvenil y bonita al sonreímos—. No te rías de mí, pero tuve un sueño, un sueño maravilloso que se ha adueñado de casi todos mis pensamientos. Espero que esta mecedora me lo convierta en realidad —me sonrió temblorosa—. Le pregunté a tu padre y me contestó que todo es posible si se tiene fe... por eso, aquí estoy... y creo...

Volvió a sonreír y extendió los brazos hacia nosotras.

—Ven, Silvia, déjame tenerte en mi regazo... Quiero que hoy seas mi muchachita y me digas tu nombre.

—¡Nooooo! —gimió la aludida, con tal fuerza que hizo acudir a Vera, apoyada en las muletas que había aprobado el doctor.

—¡Máaalaaa... maaalaaa! —gritó Silvia, señalándola.

Al fin, Silvia no quiso sentarse en regazo de Billie.

Pero otro día papá nos encontró a las dos meciéndonos y cantando juntas.

—Sólo tú, mi amor —terció fijando la vista en mí, nunca en Silvia—. Mécete sola, conviértete en el cántaro vacío que se llena de todo lo que hay de maravilloso.

Hice caso omiso de él, considerándolo un tonto en cuanto a esa idea, pero me volví hacia Silvia, queriendo hacer gala de ella frente a papá.

—Cariño, dile tu nombre a papá.

Un momento antes acababa de decírmelo a mí, antes que comenzáramos a cantar. Seguí invitándola:

—... y dile también el mío.

Mi hermanita, todavía sentada en mi regazo, puso en blanco sus hermosos pero a veces terribles ojos, de suerte que parecían mirar a través de él, mientras sus labios trataban de balbucir sonidos sin sentido. Me dieron ganas de llorar. Había hecho tantos esfuerzos, me privé de muchos viajes a la ciudad en compañía de Arden, sólo para estar en casa y enseñarle... Y ahora se negaba a darme la recompensa que tanta

falta me hacía.

—¡Oh! —comentó papá con disgusto—. Estás perdiendo el tiempo. No le insistas.

Mi marido rara vez llegaba a casa antes de las nueve o diez de la noche. Con frecuencia no nos acompañaba a cenar y me lo explicaba diciendo que había tanta documentación que poner al día, que él tenía que leer tanta información técnica, que era preciso que siguiera estudiando para poder ir al corriente.

—Y en casa hay tantas distracciones —apoyó en tono evasivo, y se apresuró a añadir—: ¡Pero no le echés la culpa a Damian! Soy yo quien no consigo ponerme al día con la rapidez que se necesita.

La noche siguiente, Arden llegó a casa con más papeles aún, para leer: informes financieros, servicios de asesoría en finanzas, diagramas técnicos de valores, recursos para evitar impuestos, que necesitaba evaluar... mucho más trabajo del que papá le había asignado hasta entonces. A las dos de la mañana desperté y lo vi todavía sentado ante el escritorio de nuestra recámara, leyendo, tomando notas, con ojos cansados e inyectados.

—Ven a acostarte, Arden.

—No puedo, mi amor —bostezó y me sonrió.

No obstante su enorme cansancio, no se mostraba impaciente conmigo ni con papá.

—Hoy tu padre fue a un sitio desconocido para mí, y me dejó a cargo de la compañía. Nunca puedo atender mis propios asuntos cuando los suyos son más importantes, y por eso ahora tengo que ponerme al corriente —se puso de pie, se estiró y se dirigió a ducharse—. Un poco de agua fría me mantendrá despierto.

Un momento después apareció de nuevo en la puerta del baño, quitándose la ropa mientras me hacía este comentario:

—Así que, ahí estaba yo, en la oficina de Damian, responsable del trabajo... y sabiendo de sobra que lo que él esperaba era que yo cometiera todos los errores posibles para poder darme de gritos y humillarme otra vez enfrente de todos. Fue un día tranquilo, y mientras permanecía sentado detrás de su monumental escritorio, esperando que sonara el teléfono, empecé a buscar algo que necesitaba y descubrí que los cajones eran muy pequeños. No podía explicarme por qué un escritorio tan grande tenía cajones tan reducidos. Me puse a hurgar y no tardé en encontrar compartimientos secretos en la parte de atrás de cada cajón.

Libre ya de toda su ropa, siguió de pie en la puerta, completamente desnudo, como si quisiera que yo lo viese, cosa que nunca lograba hacer sin estremecerme y sonrojarme. Aunque no me hacía ninguna insinuación sexual, ni me daba a entender que esperaba que yo hiciera otra cosa que escucharlo, sentí que había cierta expectación.

—Audrina —prosiguió—, yo no soy un tenedor de libros experto, pero cuando encuentro un gran libro oculto en un compartimiento secreto, no puedo menos de

hojearlo y hacer uno que otro cálculo. Tu padre «pide prestado» dinero de las cuentas que tiene más inactivas, lo utiliza para hacer inversiones en su cuenta propia y, cuando ha obtenido una jugosa utilidad, devuelve el dinero a las cuentas correspondientes, varios meses después. Sus clientes nunca notarían nada irregular. Esto lo ha estado haciendo durante años y años.

Me quedé mirándolo, atónita. Él continuó:

—Y no creas que es lo único que realiza. Apenas hace unos días le oí decir a una de sus clientes más ricas que los certificados de valores que había encontrado en su desván no servían para otra cosa más que para ponerlos en un marco. Ella se los envió por correo para que los mandara enmarcar y colgar en su oficina... Le dijo que era un pequeño regalo que quería hacerle. Audrina... eran acciones de la Union Pacific, que se han dividido una y otra vez. Cuando esa dama decidió hacerle semejante obsequio, le dio cientos de miles de dólares... Y es una persona de ochenta y dos años de edad... Rica, sí, pero muy anciana. Con toda seguridad él piensa que ella tiene lo suficiente y que no necesita ese dinero tanto como él, y debe de imaginar que es demasiado anciana para averiguar que ha cometido un fraude con ella.

Bostezó y se frotó los ojos. En ese momento me pareció muy juvenil y vulnerable. Algo me provocó un sentimiento de ternura.

—¿Sabes? —le contesté—. Durante mucho tiempo me pregunté por qué coleccionaría viejos certificados de valores. Ahora entiendo para qué los quiere. Los vende en la Costa Oeste. Con razón se ha enriquecido tanto... ¡Con razón! Debí haber supuesto que tenía que estar haciendo algo poco honrado, para poder disponer de tanto efectivo para inversiones, cuando hace apenas unos años no podíamos ni siquiera darnos el lujo de comer carne en casa. ¡Qué torpe he sido al no haber adivinado esto hace muchos años! —Mis ojos estaban fijos en él, con una mirada ansiosa.

Algo dulce, juvenil, voluble y anhelante se revelaba en su mirar, que parecía suplicarme que fuera hacia él. Esta vez yo sentí el despertar de la sexualidad en mi cuerpo, en respuesta a su apelación. Alarmada por mi inesperada excitación, me di vuelta para alejarme. No podía permitir que Arden me distrajera. Era preciso que me enfrentara a papá para reprocharle sus latrocinios.

—Arden, no le has dicho nada acerca de estos manejos deshonestos de sus fondos, ¿verdad?

Suspiró profundamente y contestó:

—No. Además, cuando horas más tarde volví a revisar los compartimientos secretos de sus cajones, los encontré vacíos.

Dirigió la mirada hacia las ventanas. Sus labios se pusieron tensos, como si renunciara a la idea de lograr atraerme sin hacer algo agresivo, y no dijo nada que me invitara a estar con él. Luego, agregó:

—Supongo que Damian piensa en todo y tiene alguna manera de descubrir cuando alguien mete mano en esos documentos y en el gran, libro de contabilidad.

—Ven a acostarte. Yo voy a hablar con papá.

—Preferiría que no lo hicieras. Se pondrá a cavilar sobre el modo como te enteraste.

—No diré nada que le haga sospechar quién me lo dijo.

Le di tiempo de volver a protestar, pero lo que hizo fue darse la vuelta y encaminarse a la cama. Me incliné sobre él y le di un beso, deseándole buenas noches.

—Audrina... —musitó apenas—, ¿me amas realmente? A veces despierto en las noches y me pregunto por qué te habrás casado conmigo. Espero que no haya sido sólo para huir de tu padre.

—Sí, sí te amo —le aseguré sin vacilar—. Es posible que no sea la clase de amor que tú quieres... pero quizá un día... pronto... te llesves una sorpresa.

—Esperamos que así sea —deseó en un débil murmullo, mientras se sumía en profundo sueño.

Si esa noche me hubiera quedado en la cama y le hubiese dado a Arden lo que necesitaba... ¡Si no hubiera pensado que siempre puedo enderezar lo que está torcido...!

Esperaba encontrar a papá dormido, puesto que eran casi las tres de la mañana. A buen seguro que no esperaba ver la débil línea de luz amarilla por debajo de la puerta cerrada de su recámara, y menos aún oír su risa franca y la risita ahogada de una voz femenina. Paré de repente, sin saber qué pensar o qué hacer. ¿Habría sido tan insensato que trajo a la casa a una de sus «compañeras de juego», como mamá solía llamarlas en tono sarcástico?

—Basta ya de eso, Damian —oí decir, en una voz inconfundible—. Es preciso que me vaya... No podemos exponemos a que nuestros hijos se enteren de esto.

En cuanto supe quién estaba con él, no me detuve un instante a ponderar las consecuencias de mis actos impulsivos. Abrí de par en par la puerta y entré a la recámara discretamente iluminada, que papá había mandado decorar después de la muerte de mamá. Papel tapiz de flecos rococós y espejos con marco dorado por todos lados, hacían que el recinto luciera como un opulento burdel estilo siglo XVIII.

Estaban juntos en la cama: la madre de Arden, sin piernas, y mi padre, enfrascados en un juego de la mayor intimidad. Cuando me vieron, Billie se quedó sin aliento y se apresuró a retirar la mano de donde la tenía. Papá tiró con fuerza de las mantas, para cubrir los dos cuerpos, pero yo había visto lo suficiente.

Mi cerebro fue presa de una furia ardiente tal, que habría querido tener en la punta de la lengua el torrente de palabras que se me ocurrieron después. Sin embargo, en ese momento no supe más que lanzarle un grito a ella:

—¡Tú, grandísima ramera!

Luego a él:

—¡Y tú, indecente hijo de ramera! —En seguida, dirigiéndome de nuevo a ella—: ¡Lárgate de mi casa, Billie! ¡No quiero volver a verte! Arden y yo vamos a dejarte,



papá, nos llevaremos a Silvia con nosotros.

Billie comenzó a llorar. Papá se deslizó discretamente fuera de la cama y se puso una elegante bata roja de descanso. Con la mayor naturalidad, sin mostrar pena en absoluto, me redarguyó:

—¡Muchachita boba, eso es lo que eres! Mientras Billie quiera estar aquí, aquí se quedará.

Ofendida, sintiendo que Billie me había traicionado a mí y también a Arden, me di vuelta y salí corriendo rumbo a mi recámara, para encontrarme con que Arden había vuelto a levantarse para seguir trabajando. De poco le sirvió, porque estaba profundamente dormido sobre sus papeles, recargado en el escritorio. La compasión ocupó luego el sitio de mi enojo. Lo desperté con suavidad y lo ayudé a quitarse la bata. Luego, abrazándolo por la cintura, le ayudé a llegar a la cama y me acosté entre sus brazos, mientras él volvía a caer en los de Morfeo.

Toda la noche, la furia estuvo royéndome las entrañas, hasta que llegué a una conclusión: la culpa no era de Billie, sino de papá. Él la había seducido con sus regalos, con su encanto y su atractivo físico... todo para poder tener la extraña excitación de ejercitar el sexo con una mujer sin piernas. Yo no podía expulsar a Billie. El que tenía que irse era papá, para que todos los demás pudiéramos vivir como gente decente.

Y en ese momento tenía el arma perfecta para obligarlo a marcharse. Lo amenazaría con denunciarlo por manejos fraudulentos de fondos. Aun cuando hubiese ocultado los grandes libros de contabilidad, yo tenía toda la información que necesitaba sobre su firma de asesoría de valores ilegales, de San Francisco... Eso solo sería una amenaza suficientemente poderosa.

Sin embargo, no iba a suceder así.

Al día siguiente, muy temprano, Billie fue a verme, tan pronto como papá y Arden salieron a trabajar. Llevaba los ojos hinchados e inyectados y la cara muy pálida. Le di la espalda y seguí cepillándome el cabello.

—Audrina, por favor... Habría querido que me tragara la tierra anoche, cuando irrumpiste en la recámara de Damian. Sé lo que piensas, pero no fue en esa forma... te lo aseguro, no fue así.

Con un gesto violento volví a pasarme el cepillo por el cabello.

—¡Escúchame, por favor! —insistió suplicante—. Yo amo a Damian, es la clase de hombre que siempre quise tener y no pude...

Girando violentamente sobre el banquito del tocador, con un intenso ardor en los ojos, sentí ímpetus de dejar escapar a gritos toda mi indignación, pero sus lágrimas tuvieron la virtud de frenarme. Los colores que distinguí en sus ojos me produjeron una extraña sensación, como me la producían siempre los espectros policromos. Ella tenía la costumbre de ponerse siempre ropa de colores brillantes: carmesí, escarlata, magenta, azul eléctrico, verde esmeralda, morado y amarillos intensos. Colores fulgurantes... colores y campanillas de viento que tintineaban... siempre que surgía

alguna tribulación. Me llevé las manos a las orejas y cerré los ojos. Volví a darle la espalda y me negué a sostener la mirada que me suplicaba comprensión.

—Dame la espalda y cierra la mente como te tapas los oídos, pero estoy convencida de que él también me ama, cariño —siguió diciéndome—. Tal vez tú creas que por ser yo inválida él no pueda amarme. Sin embargo... creo que sí me ama... Y aunque así no fuera, yo siempre agradeceré que me haya dado un poquito de lo que siempre quise... un verdadero hombre. Comparados con él, mis tres maridos no son más que muchachitos que juegan al hombre. Damian nunca me habría abandonado... Sé que no lo hubiera hecho.

Al fin tuve que mirarla de frente para ver si de veras creía en lo que estaba diciendo. Sus hermosos ojos seguían suplicando, mientras sus brazos se extendieron hacia mí. Retrocedí.

Ella avanzó en su carrito.

—Escucha lo que te digo —apremió—. Ponte en mi lugar y tal vez puedas entender por qué lo amo. El padre de Arden nos abandonó el día que perdí mi segunda pierna. Era un hombre débil... esperaba que yo lo mantuviera con mi arte de patinar. Cuando no pude hacerlo, se buscó otra mujer que lo hiciera. Jamás escribe. Dejó de enviar la pensión para el hijo mucho antes que Arden fuera mayor. Yo tuve que ganarme la vida como pude, y tú sabes bien que Arden ha trabajado como un hombre desde los doce años y aún antes...

«¡Basta!» —quise gritar—. Lo que hiciste con él es reprochable, imperdonable... Tú eres capaz de hacerlas cosas mejor... Teníamos el deber de averiguar, teníamos que...

—Tu padre es el tipo de hombre que necesita una mujer en su vida, lo mismo que mi hijo. Damian aborrece la soledad, detesta tener que hacer nada solo. Le agrada volver a casa y oler el aroma de una buena comida en proceso. Le gusta que alguien le maneje la casa, que se la tenga limpia, que cuide de su ropa... Y con gusto hago todo eso por él, aun cuando nunca se case conmigo, Audrina. ¿Acaso el amor no le quita la fealdad? ¿No tiene acaso el amor poder para cambiarlo todo? ¡Contéstame!

Yo no creía que papá la amara. De pie, dándole todavía la espalda, me puse rígida. Seguía sintiendo la necesidad de gritar.

—Muy bien, cariño —susurró con voz ronca—. Odíame si debes hacerlo, pero no me obligues a dejar el único verdadero hogar que he tenido en mi vida, y al único hombre auténtico que de veras me ha amado.

Giré sobre mis talones para enfrentármele y le dije en tono de sarcasmo:

—Tal vez te interese saber que mi tía Ellsbeth lo amaba tanto como tú dices amarlo... Y él también aseguraba corresponder a su amor. Sin embargo, pronto se cansó de ella y, noche tras noche, después de que ella se había sometido a una esclavitud de todo el día, para prepararle sus comidas y tenerle la casa aseada y cuidar de sus hijos, él se entretenía con otras mujeres. Ella acabó por ser simplemente su esclava. Era el nombre que ella misma se daba: esclava de su cocina y de su

recámara. ¿Esto es lo que quieres para ti?

Hice una pausa para recobrar el aliento y pude oír el televisor de la recámara de Vera, que difundía las noticias de la mañana. ¡Aquella perezosa, holgazana de Vera, que rara vez se levantaba antes de mediodía!

—Llegará el día en que deje de amarte, Billie. El día en que te mire y diga palabras tan feas, que no te dejen un residuo de dignidad personal. Tendrá alguna otra mujer a la que dirá que ama como no ha amado a ninguna, y tú sólo serás un punto más en su tablero personal... en el tablero que registra todas sus conquistas.

Se hizo hacia atrás en un gesto repentino, como si yo la hubiera abofeteado. Nuevas lágrimas volvieron a hacer brillar sus ojos azules, intensamente azules. Pero quizá había llorado ya muchas veces, para que aquellas lágrimas rodaran por algo que yo pudiera decir.

—Si todo lo que significo para Damian es una esclava cocinera, o simplemente una conquista más... ¡Aun así, Audrina, estaré agradecida, aun así! —Bajó la voz—. Cuando perdí las piernas pensé que no volvería a haber un hombre que quisiera tenerme en sus brazos y amarme. Damian ha hecho que yo vuelva a sentirme de nuevo como toda una mujer. Puedes decirme que yo sé sonreír y vivir con alegría, Audrina, pero ésa no es más que la fachada que me pongo, como puedo ponerme un bonito vestido. El vestido feo que llevo es el hecho de que detesto ser como soy ahora. No pasa un solo día sin que piense cómo solía ser: graciosa y fuerte, con la agilidad necesaria para hacer lo que quisiera, para caminar por la calle atrayendo todas las miradas. Damian me ha devuelto el orgullo que solía experimentar. Tú no puedes saber lo que significa sentirse una mujer a medias. Verse restablecida y completa de nuevo, aunque sólo sea durante un tiempo, es mejor que la lobreguez en que vivía antes.

Abrió los brazos a todo su tamaño y volvió a mirarme con ojos suplicantes.

—Tú eres como mi propia hija. Perder tu respeto me duele muchísimo. Audrina, perdóname por haberte decepcionado y causado dolor. Yo te amo, Audrina, como te he amado desde que eras una niña y acudiste corriendo a mí, a través de los bosques, como si hubieses encontrado una segunda madre. Por favor, no me odies ahora, precisamente ahora, cuando he encontrado una felicidad tan grande...

Incapaz de resistir, me dejé caer entre sus brazos, perdonándole lo que fuera y llorando junto con ella... Y orando por que, cuando llegara el momento, papá fuera más amable con ella de lo que había sido con la tía Ellsbeth... o con mamá.

—¡Se casará contigo, Billie! —grité mientras la abrazaba—. ¡Yo me encargaré de que lo haga!

—No, mi amor... Así no, por favor. Yo quiero ser esposa suya únicamente si él así lo desea... Nada de forzar... Nada de cohechar. Deja que él decida qué debe hacerse. A ningún hombre lo hace feliz un matrimonio que él no quiere.

Un ligero gruñido de disgusto me hizo volver la mirada hacia la puerta. Ahí estaba Vera, con el bastón que tenía que usar hasta que la pierna convaleciente se

fortaleciera. ¿Cuánto tiempo había estado ahí espiándonos?

—Maravillosas noticias —comentó con frialdad; sus ojos revelaban dureza e indiferencia—. Un monstruo más para la colección de Whitefern.



—Nunca había visto a mi madre tan feliz —comentó Arden unas semanas después, mientras nos desayunábamos en el solarío reconstruido, rodeados de centenares de plantas. Era el mes de abril y los árboles comenzaban a revestirse con su nuevo follaje. Los cerezos silvestres estaban en plena floración y las azaleas hacían derroche de colorido. Aquélla era una de las raras ocasiones en que teníamos la oportunidad de estar solos. Vera estaba tendida en la silla de lona de un pórtico lateral, sin más atuendo que un minúsculo bikini, pretendiendo que tomaba baños de sol. Arden tuvo que hacer un gran esfuerzo para no darse por enterado de su presencia.

Silvia se encontraba en el suelo, jugando con un gato relleno de borra que había tomado del cuarto de juego.

—Bichito... bichito... —repetía una y otra vez—. Bichito bonito...

Luego, dejando el juguete a un lado, incapaz como siempre de concentrar la atención durante más de unos segundos, tomó uno de los prismas de cristal y empezó a proyectar espectros luminosos en todas direcciones. Había adquirido gran destreza en dirigir los rayos de luz como quería, y por lo visto deseaba deslumbrar a Vera. Pero ella tenía puestos los anteojos oscuros.

Yo tuve una sensación de incomodidad y dirigí la mirada a un lado. Silvia procuraba pisar todos los colores refractados que yo me esforzaba en evitar... ¿De qué estaba hablándome Arden?

—Mamá me decía anoche que ésta es la manera como ella siempre quiso vivir: en una casa maravillosa, con gente a la que ama. Audrina, ¿se te ha ocurrido pensar que mi madre puede estar enamorándose de tu padre? No podemos divulgar su fraude... lo arruinaría a él y destruiría a mi madre. Hablaré con él en privado para decirle que es preciso que deje de hacer esta clase de operaciones.

Recogió sus papeles, poniéndolos de canto los golpeó sobre la mesa para formar un paquete uniforme, los metió en su portafolio y se inclinó sobre mí para darme un beso de despedida.

—Te veré alrededor de las seis. Espero que pases un buen día con Silvia, a la orilla del río. Ten cuidado y... recuerda: yo te amo...

Antes de salir tuvo que mirar furtivamente a Vera, que se había quitado el portabustos del bikini. Yo lo fulminé con los ojos, pero él no se volvió a mirarme. Vera tenía senos de buen tamaño, turgentes pero firmes... muy bonitos... Me gustaría

que los mantuviera cubiertos.

—Ven conmigo, Silvia —la invité, levantándome—, ayúdame a colocar los platos en la lavadora.

Papá entró a la cocina en el momento en que yo terminaba de ponerla en orden.

—Audrina, he estado queriendo hablar contigo acerca de Billie, pero tú has estado evitándome desde aquella noche en que nos sorprendiste. Billie me dijo que habló contigo y que tú habías entendido... ¿En realidad entendiste?

Lo miré directamente a los ojos y repuse:

—La entiendo a ella, sí, pero no a ti. Tú no te casarás nunca con ella.

Reaccionó como si le hubiera caído un rayo:

—¿Quiere que me case con ella? ¡Vaya suerte...! Pues sí que no es mala idea —una sonrisa calculada se dibujó en su rostro, mientras me tomaba, casi ahogándome, por debajo de la barbilla, como niña de dos años—. Si volviera a tener una esposa que me adorara, no necesitaría para nada hijas, ¿no es cierto?

Volvió a sonreírme, mientras yo seguía sosteniéndole la mirada, tratando de ver si hablaba en serio o en juego. Se despidió de mí y se dio prisa en salir, para subirse al auto con Arden.

—Ven conmigo, Silvia —le dije tomándola de la mano y conduciéndola hacia la puerta lateral—. Hoy vamos a tener una lección sobre la naturaleza. Las plantas están en plena floración y es hora de que aprendas también sus nombres.

—¿Adónde van? —preguntó Vera en tono cantarín, cuando pasamos junto a ella.

Como Arden se había marchado ya, ella se volvió a poner el portabustos. Antes de oír nuestra respuesta, insistió:

—¿Por qué no me invitan a ir con ustedes? Ahora puedo ya caminar... con tal que no vayan muy aprisa.

Me negué a responder. Cuanto más pronto se marchara de la casa, tanto mejor.

Trotando torpemente a la zaga de mis pasos, Silvia se esforzaba por no quedarse atrás.

—A ver los peces saltar —iba diciéndole—, a ver patos, gansos, ardillas, conejos, pájaros, ranas y flores.

—¡Es primavera, Silvia, primavera! Los poetas escriben sobre la primavera más que sobre ninguna otra estación, porque es el tiempo de renacer, de celebrar el fin del invierno... y esperamos en Dios, la partida de Vera. Después vendrá el verano. Vamos a enseñarte a nadar. Silvia no tardará en ser una jovencita, dejará de ser una niña. Cuando esa hora llegue, queremos que Silvia sea capaz de hacer todo lo que cualquier mujer joven de su edad hace.

Al llegar a la ribera del río me di vuelta para buscar a mi hermanita de diez años. No venía en pos de mí. Miré en dirección a la casa y mis ojos tropezaron con Vera, que se había llevado una manta para extenderla sobre el prado y asolearse ahí, leyendo un libro.

Un débil sonido procedente del lindero de los bosques me hizo sospechar que por

fin Silvia iba a jugar al escondite conmigo, después de haber tratado de enseñárselo durante meses.

—Muy bien, Silvia —emití en voz alta—, voy en tu busca.

En los bosques no se oía el mínimo ruido. Me quedé inmóvil, mirando en todas direcciones. Silvia no se veía por ningún lado. Empecé la carrera. Las sendas eran apenas visibles y trazadas al azar. Me encontré con algunas desconocidas, que pronto me dejaron desconcertada y muy ansiosa. De pronto, un árbol de temporal se irguió delante de mí, sobre un leve promontorio cubierto de césped. Me quedé paralizada, con la mirada fija. La primera Audrina, la mejor, había sido encontrada bajo un árbol como ése, sobre un promontorio igual, asesinada por aquellos horribles muchachos. Comencé a dar marcha atrás. Por lo común, los bosques se sentían vivos, con los trinos de las aves que reclamaban su territorio, con insectos que no cesaban un momento de llenar el aire de murmullos y zumbidos. ¿Por qué ahora había un silencio sepulcral? Ni las hojas de los árboles se movían. Una impasibilidad irreal reinaba a mi alrededor, mientras mi vista se mantenía adherida a aquel montículo que tenía que ser el fatídico.

Un tambor empezó a resonarme en los oídos.

Muerte.

Podía husmear la muerte. Me di vuelta rápidamente y una vez más pronuncié a gritos el nombre de Silvia:

—¿Dónde estás? No sigas escondida, Silvia... ¿Me oyes? No puedo encontrarte. Voy a regresar a casa, Silvia, ¡a ver si eres capaz de alcanzarme!

Cerca de la casa encontré un tallo de rosas de novia en el suelo. Me sugirieron una pista. No existía más que un lugar donde esas plantas crecían: cerca de la cabaña donde solían vivir Billie y Arden. ¿Sería posible que Silvia hubiera ido y vuelto hasta allá en tan corto tiempo? Lo cierto era que desde el primer día de su llegada a casa, Silvia había mostrado tener costumbre de cortar las flores más bonitas y olerlas. Volví a mirar a mi alrededor, preguntándome qué debía hacer. La rosa que tenía en la mano estaba tibia, los botones sin abrir, aplastados, como si hubieran sido sujetados por una mano pequeña. Levanté la vista hacia el firmamento: se hallaba nublado y amenazaba lluvia. Podía ver a Whitefern, aunque a bastante distancia... Pero ¿dónde diantres estaba Silvia? ¡En casa, claro! Ésa era la respuesta. Todo el tiempo que yo había ido galopando a lo largo del sendero, rumbo al río, pensando que ella venía detrás de mí, debió haber emprendido el viaje rumbo a la cabaña, creyendo que era nuestra meta. Cortó las rosas, luego cambió de parecer y se regresó a casa. Tenía un instinto animal en cuanto a las tormentas.

Sin embargo, yo no quería dejarla, si acaso andaba todavía en los bosques. Todos esos años esperé que hiciera algo independiente, sin mí, además de apoderarse del carrito de Billie... ¡y había tenido que elegir ese día para ponerse a vagar sin rumbo! Tal vez fue incluso al río a buscarme, mientras yo estaba en medio del bosque contemplando aquel ominoso árbol...

Una ráfaga de viento frío se desató sobre las ramas de unos árboles, agitándolas como abanico, para que fueran a golpearme la cara. El sol se convirtió de pronto en un fugitivo clandestino, que se apresuraba a huir del viento, parapetándose detrás de oscuras nubes que venían en alas del viento como negras naves de piratas. Busqué a Vera en el prado, con la esperanza de que me dijera si había visto a Silvia, pero Vera no estaba ya ahí. Corrí hacia la casa. Silvita tenía que estar adentro.

No bien puse la mano en la perilla para abrir la puerta, cuando el rugido ensordecedor de un trueno estalló sobre mi cabeza: un relámpago tuvo que haberse descargado cerca, en algún lugar del río. La lluvia que flagelaba ya las ventanas, parecía capaz de romperlas. Dentro de nuestra casa, el ambiente era siempre de cierta penumbra, excepto cuando el sol lograba brillar a través de los emplomados de las ventanas. Sin él, la casa se quedaba casi a oscuras. Pensé en encontrar cerillos para encender una lámpara de querosén. En ese momento oí un grito agudo, ¡un alarido! ¡Estrepitoso, aterrador!

Algo rodó por las escaleras, produciendo un ruido inconfundible. También yo grité y corrí, para salir al encuentro de lo que hubiera sido. Choqué con una silla que estaba fuera de su lugar... Por cierto que tanto Billie como yo teníamos buen cuidado de volver a poner las sillas sobre las mismas huellas que ya habían dejado en las alfombras.

—¿Silvia, eres tú...? —pregunté con gran aflicción—. ¿Te caíste?

¿Sería posible que Vera hubiera hecho otra de las suyas y tuviéramos que esperar a que se consolidara otro hueso para verla marcharse?

Ya cerca del poste del barandal de la escalera, tropecé con algo blando. Me arrodillé y anduve a tientas en la oscuridad, buscando con las manos lo que había tocado con los pies y me hizo caer. Con la mano derecha sentí algo mojado, tibio y pegajoso. Al principio pensé que era agua de alguno de los tuestos de los helechos, pero... aquel olor... el espesor... ¡sangre! ¡Tenía que ser sangre! Con mayor cautela seguí buscando, ahora con la mano izquierda... Cabello... Largo, espeso, ondulado... Una cabellera recia, que al tacto se me antojó de color azul negruzco oscuro.

—¡Billie...! ¡Oh, Billie... por favor... Billie!

A lo lejos, en lo alto de la cúpula, las campanillas de viento tintineaban... Notas puras y cristalinas que me hacían trepidar hasta los huesos.

Tomando en brazos aquel cuerpo reducido de Billie, lloré, meciéndola, tratando de reconfortarla, como lo habría hecho con Silvia. Pero al mismo tiempo, una serie de ideas iban y venían perturbándome la mente. ¿Cómo se había introducido el viento en la casa? ¿Quién abrió una de las ventanas de la cúpula, que nadie visitaba sino yo?

Una y otra vez las mismas notas argentinas. Dejando con suavidad en el piso el peso muerto del cuerpo inerte de Billie, me arrastré hasta llegar adonde debía haber una lámpara de aceite, y estiré la mano para abrir el cajón en busca de cerillos. La adornada pantalla no tardó en proyectar un tenue resplandor que iluminaba la sala de la chimenea.

Yo no quería darme vuelta para verla tendida muerta. Debía llamar un doctor, una ambulancia, hacer algo, en caso de que aún estuviera viva. No debía creer que había muerto ya.

Tía Ellsbeth, Billie, tía Ellsbeth, Billie... confusión... el tiempo se repetía...

Con mucha dificultad logré ponerme en pie. Me acerqué pesadamente a la figura inmóvil de Billie, tendida en el piso, con los ojos fijos en el artesonado, como habían quedado los de mi tía.

Estuve inclinada sobre ella. Era demasiado tarde para esperar que un doctor lograra salvarla. Me lo revelaron sus ojos vidriosos. Fui presa del pánico, me sentí débil, creí desmayarme, pero en realidad ansiaba gritar. De hecho no hice otra cosa que quedarme mirando una y otra vez aquella hermosa muñeca sin piernas, tendida al pie de la escalinata. A unos seis pies de distancia estaba el carrito que debía haber estado usando, antes de hacer un cálculo equivocado de su posición... O tal vez venía ya bajando la escalinata arrastrándolo... ¿Quizá para encender las lámparas?

El tiempo me tenía encerrada en una sensación de *déjà vu...*, la tía Ellsbeth... Billie... Una vez más las dos mujeres intercambiaban lugares. Me llevé las manos a la cara. La sentía dormida, pero por entre los dedos me corrían las lágrimas. Aquello que estaba en el suelo no era una muñeca principesca, con regios ropajes azules, aunque sin piernas ni zapatos. Aquél era un ser humano, con mejillas embadurnadas de rimmel negro mezclado con lágrimas acabadas de derramar. ¿Quién había hecho llorar a Billie, mientras papá no estaba en casa? ¿Cómo se embadurnó de lápiz labial escarlata en ausencia de él?

Paralizada por la conmoción, me obligó a volver en mí un ruido conocido, el rodar metálico de pequeñas ruedas sobre el duro piso de mármol. Lista para lanzar un alarido, me di vuelta y mis ojos se encontraron con Silvia, que se arrastraba en el carrito de Billie, semidespedazado pero todavía útil.

—Silvia, ¿qué has hecho? ¿Empujaste a Billie por las escaleras? ¿Tenías tantas ansias de apoderarte de ese carrito, que tuviste que herir a su dueña? ¡Silvia! ¿Qué has hecho?

Siguiendo la vieja costumbre, como si yo no hubiera dedicado una buena parte de mi vida a tratar de enseñarle a mantener la cabeza erguida, Silvia se puso a darle vueltas sobre aquel cuello de goma, mientras su mirada se volvía vacía e inexpresiva y los labios se le separaban.

Emitió un gruñido, se estremeció, trató de hablar, pero de su garganta no salió un sonido inteligible. Se mostraba tan estúpida como el día que había llegado a casa.

Con una repentina sensación de culpa y de vergüenza, me apresuré a tomar a Silvia en brazos. Ella pareció retraerse. Sus ojos vacíos se veían inmensos en aquella cara pálida y aterrada.

—¡Perdóname, Silvia, me apena, lo siento...! Aunque tú no querías a Billie, nunca le habrías hecho daño, ¿verdad? Tú no la arrojaste por las escaleras... Sé que nunca harías eso.



—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Vera desde el piso superior.

Tenía una toalla color lila puesta en torno al cuerpo desnudo, mientras otra, enrollada como turbante, le sujetaba el cabello. Mantenía las manos a distancia, como si acabara de barnizarse las uñas y no quisiera maltratarlas.

—Oí unos gritos... ¿Quién gritó?

Con ojos llorosos levanté la mirada hacia ella y luego le señalé el piso, diciéndole con voz muy débil:

—Billie se cayó.

—¿Se cayó? —repitió alarmada.

Sin titubear comenzó a bajar con cuidado la escalera, aferrándose al pasamano. Al llegar al último peldaño se inclinó para observar el rostro de Billie. Yo habría querido proteger a ésta de la cruel curiosidad de esa mirada.

—¡Oh! —suspiró Vera—. Está muerta. Reconozco los síntomas, los he visto un centenar de veces. La primera vez yo también hubiera sido capaz de ponerme a dar de gritos. Ahora, a veces pienso que hay gente que está mejor muerta. Desde la tina del baño oí gritos que podría jurar que eran de Silvia...

Me quedé sin aliento. Miré a Silvia, que seguía paseándose en el carrito de Billie. En un verdadero éxtasis de intensa alegría, como si supiera que aquel juguete sería suyo para siempre, iba y venía, radiante de felicidad, tarareando suavemente la canción del cuarto de juego. Toda aquella situación me hizo sentirme enferma.

—¿Qué otra cosa oíste, Vera?

—Oí a Billie gritándole algo a Silvia. Pensé que le decía que dejara en paz el carrito; pero, como tú bien sabes, Silvia no es capaz de privarse de él. Lo quería... ahora ya lo tiene.

Me di vuelta, tratando de observar de nuevo a Silvia, pero había desaparecido. Corrí, buscándola por toda la casa, mientras Vera llamaba a la oficina de papá.

¿Qué habría hecho Silvia?

## SE ABRE UNA BRECHA

**S**ilvia no aparecía por ningún lado. Sintiéndome histérica salí corriendo, bajo la lluvia, para buscarla fuera de la casa.

—¡Sal ahora mismo, Silvia...! No trates de esconderte. ¿Por qué lo hiciste? ¿Fuiste también tú la que empujó por la escalera a la tía Ellsbeth? ¡Oh, Silvia, no quiero que te encierren... no quiero que...!

Tropecé, caí, y me quedé tendida en el suelo, llorando, sin que me importara ya nada. Hiciera lo que hiciera, o por grandes que fueran mis esfuerzos, todo salía mal. ¿Qué clase de maldición pesaba sobre mí, sobre Whitefern, sobre papá, sobre todos nosotros? Era inútil tratar de encontrar felicidad. Cada vez que la tuve al alcance de la mano, se me había escabullido y convertido en añicos.

Sencillamente no era justo lo que le sucedió a mi madre, a mi tía, y ahora a Billie. Con los puños cerrados me puse a golpear el suelo, lanzando gritos a Dios por su falta de misericordia:

—¡Deja ya de hacerme esto! ¡Tú diste muerte a la primera Audrina! Y ahora, ¿quieres también darme muerte a mí, quitando la vida a todos los que amo?

Un ligero toque en el brazo me hizo volver en mí. A través de las lágrimas pude ver a Silvia, de pie a mi lado, con una mirada de súplica reflejada en aquellos ojos que habían vuelto a cobrar expresión.

—Aaaau—driii—naaa —me llamó, con su voz entrecortada.

Me senté y con una sensación de alivio me la acerqué, abrazándola. Sentada junto a mí, sobre el césped mojado, se acurrucó en mi regazo.

—Está bien —la alenté en tono conciliatorio—. Sé que no tuviste intención de hacer daño a Billie.

Me puse a mecerla suavemente, pero sin poder dejar de pensar, muy a pesar mío, en la antipatía que Silvia sentía por Billie, y en lo mucho que había codiciado su carrito rojo. Varias veces me lanzó los destellos multicolores de sus prismas a la cara, a los ojos... ¿Había sido un accidente? ¿Lo hizo con toda deliberación? Por supuesto, cualquier cosa que Silvia hubiera podido hacer habría sido sin intención de matar a Billie. La había empujado para hacerla bajar del carrito, y el empujón debió hacer

que carro y tripulante rodaran por las escaleras.

Pero no pudo haber sido el resultado de un plan premeditado. Silvia no podía pensar hacia el futuro.

En ese momento empezó a tratar de decirme algo, pero las palabras no le brotaban fácilmente. Mientras se esforzaba por pronunciar los sonidos que quería, y la lluvia nos empapaba hasta los huesos, Arden llegó corriendo a nuestro lado.

—Audrina... Vera llamó... ¿Qué ha sucedido? ¿Qué están haciendo ustedes dos aquí afuera, en pleno aguacero?

¿Cómo decírselo? Gracias a Dios que Vera no había tratado de hacerlo. Para ella la muerte era muy poca cosa, un acontecimiento diario que le despertaba curiosidad sin provocarle tristeza.

—Vamos adentro, mi amor —invité, mientras él me daba la mano para ponerme de pie. Sujetando la mano de Silvia, unió a Arden hacia la puerta lateral de la casa y de ahí al vestíbulo que conducía al comedor. Me detuve y dejé que me secara el pelo con una toalla que tomó del baño que estaba a su espalda. Pude ver la palidez de mi cara en el espejo.

—Se trata de tu madre, Arden —le esboqué con voz insegura.

—¿Qué pasa con mi madre? —indagó con manifiesta sensación de alarma, pasándose la mano por el cabello—. ¿Qué es, Audrina, ha sucedido algo malo?

Silvia y yo íbamos rumbo al río... Al menos yo pensé que ella iba detrás de mí... tuve que hacer una pausa, sentía un nudo en la garganta. Cuando regresé a la casa, la tormenta había empezado, el vestíbulo de la entrada estaba completamente a oscuras. Algo pesado rodó la escalinata y yo tropecé con ese objeto. Entonces, Arden... resultó... que era... era... Billie... ¡Había rodado las escaleras! El carrito venía cayendo con ella... Arden... es como lo que... lo que le pasó a tía Ellsbeth.

—Pero... Pero... —empezó él, balbuciendo, dejando caer la toalla y tratando de mirarme a los ojos—, tu tía murió. Audrina... y mamá... ¿no está muerta...?

Lo abracé con fuerza, apoyando mi mejilla en la suya.

—¡Me duele tanto, Arden, me duele tanto tener que decírtelo! Tu mamá nos ha dejado... Se precipitó hasta la planta baja... Creo que se rompió el cuello... lo mismo que mi tía...

La compunción se le tradujo en un gesto de dolor. En vano trató de que yo no notara la aflicción que lo embargaba... Al fin apoyó la cara en mi cabellera y lloró sin consuelo.

En ese momento, un rugido estentóreo nos sobresaltó a los dos. Era papá que le gritaba a Vera:

—¿Qué estás diciendo? ¡Billie no puede estar muerta! —Su andar pesado se sintió a través de todo el vestíbulo—. ¡Billie no pudo haber rodado por la escalinata; esta clase de accidentes no suceden dos veces!

—¡Suceden cuando Silvia anda suelta! —gritó Vera, que venía cojeando hacia donde nosotros estábamos—. Ella quería el carrito de Billie y la empujó para que se

precipitara por la escalera. Yo estaba en el baño y oí los gritos.

—Entonces, ¿cómo sabes que fue Silvia? —la apostrofé yo, también a gritos—. ¿Tienes acaso el don de ver a través de las paredes?

En la sala de la chimenea, papá se arrodilló junto al cuerpo inerte de Billie y la tomó con ternura en brazos. La cabeza de la difunta colgó hacia atrás, oscilando de un modo muy parecido a como Silvia movía la suya.

—Yo había mandado hacer unas piernas artificiales —explicó en tono inexpresivo—. Ella me había dicho que nunca podría usarlas para caminar, pero yo pensé que podía tener un par de bonitas piernas que lucir cuando la llevara a la ciudad. Se hubieran ajustado a los muñones y se habrían visto muy bien. Así no necesitaría llevar esos vestidos largos y calientes a... ¡oh, oh, oh! —empezó a sollozar.

Con mucha delicadeza depositó de nuevo el cuerpo de Billie en el suelo, de un salto se puso de pie y estiró la mano para apoderarse de Silvia.

—¡Maldita mocosa! —rugió, acercándose para arrebatármela.

Yo la empujé detrás y alcancé a oír un gemido de miedo.

—Un momento, papá. Silvia estuvo conmigo todo el tiempo. Bajamos al río, y al volver, Billie estaba muerta en el piso.

—Pero Vera acaba de decirme —me replicó a gritos— que...

Interrumpió la frase para mirarme primero a mí, luego a Vera.

—Tú sabes lo que es Vera, papá... Tú sabes cómo miente.

—¡Yo no mentí! —aulló Vera, con la cara lívida y la cabellera color albaricoque, que le brillaba como fuego—. ¡Yo oí muy bien a Billie, gritándole a Silvia primero, y luego oí lanzar otro grito! ¡La mentirosa es Audrina!

Papá entrecerró los ojos, tratando de concentrarse para decidir quién estaba diciendo la verdad.

—Muy bien, ustedes dos me cuentan historias diferentes —se aclaró la nariz y se enjugó las lágrimas, encogió los hombros y se dio vuelta para no seguir contemplando a Billie—. Sé bien que Vera es una mentirosa y sé también que Audrina haría cualquier cosa por proteger a Silvia. Como quiera que Billie haya muerto... yo ahora no puedo soportar la vista de Silvia. Voy a internarla para que no pueda hacer daño a nadie más.

—¡No! —protesté yo, abrazándola en un gesto protector—. ¡Si decides internarla, mándame con ella! Lo que haya sucedido fue un accidente...

Sus ojos, de mirada dura, se volvieron una ranura apenas perceptible.

—Entonces... Silvia no estuvo contigo todo el tiempo, ¿verdad...?

Una idea me vino de repente y me quitó un gran peso del corazón:

—Papá, Silvia no se habría acercado jamás a Billie. No permitía que Billie la tocara y jamás la tocaba deliberadamente, ni siquiera para apoderarse de su carrito. Lo que acostumbraba hacer era arrebatarle clandestinamente el carrito cuando ella no la veía.

—No te lo creo —cortó papá, mirando a Silvia con odio—. Sólo espero, por tu

bien, que la policía dé crédito a tus cuentos. Dos muertes por caídas en la misma escalinata van a ser algo un tanto difícil de explicar.

Fue papá el que llamó a la policía, y para la hora en que llegaron, todos estábamos ya más dueños de nuestras emociones. Después de tomar una docena de fotografías de Billie, la ambulancia de la policía se alejó.

Caminando de un extremo a otro de la chimenea recubierta de cuero labrado, papá representaba un adversario formidable e impresionante para el detective investigador, que se presentó acompañado de los dos mismos policías que habían venido cuando la muerte de mi tía. Papá hizo su relato, sin ambages.

Luego llegó el turno de Vera. Me maravilló notar el cuidado con el que protegía a Silvia, al no mencionar un momento los gritos que dijo haber oído.

—Yo estaba en la tina de baño, me había lavado la cabellera con champú y acababa de barnizarme las uñas, cuando salí del cuarto y oí el llanto de mi prima aquí abajo, cerca de la chimenea. Bajé y me encontré con la señora Lowe al pie de la escalinata.

—Un momento, señorita, ¿no es usted hermana de la señora Lowe?

—Crecimos como hermanas en esta casa, pero en realidad somos primas hermanas.

Papá frunció el entrecejo en un gesto sombrío, pero al mismo tiempo dejó escapar un suspiro de alivio.

Entonces me llegó el turno de decir lo que yo sabía. Ponderé cada una de mis palabras con sumo cuidado, procurando proteger a Silvia hasta el máximo. Ella estaba agazapada en una esquina remota. La cabeza le colgaba de tal manera, que la larga cabellera le cubría la cara por completo. Parecía un cachorrillo que buscara abrigo en un rincón, después de haber hecho algo indebido.

—Mi señora suegra tenía un sistema muy suyo de bajar las escaleras, peldaño a peldaño. Al hacerlo llevaba consigo el carrito, poniéndolo por delante en el siguiente peldaño inferior. Del mismo modo subía. Sus brazos eran muy fuertes. Tenía una astilla en un dedo. Debe de haber ejercido demasiada presión sobre esa mano, haber perdido el equilibrio y rodado hasta abajo. No puedo asegurarlo, porque yo no estaba ahí: había ido con mi hermana Silvia al río...

—¿Ustedes dos estuvieron juntas todo el tiempo?

—Sí, señor, todo el tiempo.

—Y cuando ustedes dos regresaron, ¿encontraron a su suegra muerta en el suelo?

—No, señor. Un momento después de entrar, antes de tener la oportunidad de encender la luz, la oí caer, junto con el carrito.

Vera no dejaba de observar al policía más joven, de unos treinta años, que no le quitaba los ojos de encima. ¡Santo Dios! Ya estaba coqueteando con él, cruzando las piernas en una y otra forma y acomodándose el cuello de la bata que mantenía entreabierto. El policía de más edad no parecía tener mayor interés; al contrario, mostraba cierto disgusto.

—Eso significa, señorita Whitefern —enfaticó en tono filosófico—, que usted era la única persona que había en la casa cuando la señora Lowe cayó...

—Yo estaba dándome un baño —protestó Vera fulminándome con la vista—. En la mañana tomé un baño de sol y eso me dejó acalorada y sudorosa. Entré a lavarme el pelo y, como hago siempre, me remoqué y barnicé las uñas de las manos... y de los pies.

Estiró las manos para hacer gala de sus uñas, impecablemente arregladas, mientras dejaba ver las relucientes uñas de los pies a través de las cintas de las sandalias. Luego, comentó:

—Si yo hubiera estado luchando con la señora Lowe, me habría arruinado el barniz.

—¿Cuánto tiempo se necesita para que seque el barniz de las uñas? —me preguntó el policía a mí, no a Vera.

—Depende... —Me quedé pensando—. Una primera mano seca muy pronto, pero cuanto más manos se usen, tanto más tardan en secar. Yo trato de cuidarme las uñas durante unos treinta minutos después del último barniz.

—¡Exactamente! —ratificó Vera, dirigiéndome una mirada de gratitud—. Y si ustedes saben algo sobre uñas, podrán ver que me aplico barniz cinco veces, incluyendo la base y la última mano.

Los policías se sentían extraviados en medio de aquella complejidad de los recursos femeninos de belleza.

En resumidas cuentas, se decidió que nuestra escalinata principal era demasiado peligrosa para todos, sobre todo después de examinarla y encontrar un lugar en el que la alfombra estaba suelta.

—Es muy fácil que esto la hiciera tropezar —observó el joven policía.

Yo me quedé viendo ese peldaño, y tratando de recordar cuándo pudo haber sucedido, puesto que nuestra casa había sido reconstruida de todo a todo y la escalinata cubierta con nueva alfombra... Por principio de cuentas, ¿cómo podía tropezar una mujer sin piernas? A menos que hubiese tratado de mover la mano en que se apoyaba y ésta se hubiera atorado en la alfombra suelta... O si la ropa que traía puesta se hubiese ensartado en algo... o si los destellos de un prisma la hubieran cegado... Pero el vestíbulo quedó a oscuras tan pronto como el sol se había ocultado...

Tal vez todos ahí nos veíamos demasiado afligidos para tener aspecto de asesinos, o bien papá tenía influencias poderosas y resortes que mover; el hecho fue que una muerte más en Whitefern fue declarada accidental.



Después del incidente, yo me sentía incómoda en presencia de Silvia. Ella tampoco había querido a tía Ellsbeth. Empecé a observarla en forma clandestina, dándome cuenta de nuevo, pero esta vez mucho más impresionada por el hecho, de que Silvia abrigaba resentimiento contra cualquiera que pudiese ser una amenaza para el lugar que ella tenía en mi corazón. En sus ojos, en todas y cada una de sus reacciones, resultaba evidente que la única persona que le importaba en la vida era yo, y a mí se aferraba. Yo misma había creado esa situación... con cierta presión de papá.

El día del funeral de Billie, yo me sentía enferma de muerte, con el peor resfriado de mi vida. Estaba en cama, febricitante y deprimida, mientras Vera me atendía, al parecer feliz de poder hacer gala de sus habilidades profesionales. Dándome vueltas, inquieta e incómoda, apenas alcancé a oírla cuando dijo que Arden se había vuelto un hombre muy guapo.

—Claro, siempre fue bien parecido, pero cuando era un chico yo lo juzgaba débil. Parece haber adoptado algo de la fortaleza y la personalidad de papá... ¿No lo has observado?

Tenía razón. La actitud de Arden respecto a mi padre era ambigua, como la mía: lo aborrecía y lo admiraba, y por otro lado, poco a poco iba aprendiendo muchos de sus modales: su modo de andar, su manera firme y resuelta de hablar.

En una especie de sueño, vi a Billie sentada al otro lado de la ventana de su cabaña, dándonos golosinas a mí y a Arden, cuando éramos niños. La vi también cómo lucía la última semana de su vida, radiante de felicidad por estar enamorada. Pero ¿por qué había tratado de usar la escalinata principal, cuando la posterior la llevaba mucho más cerca de la cocina? Lo mismo que la tía Ellsbeth, que también había pasado la mayor parte de sus días en la cocina... ¿Sería posible que la escalinata del frente fuera la única «mortalmente» peligrosa por el hecho de que conducía directamente al piso de mármol, sin las vueltas forzadas y los descansos alfombrados de la escalera posterior? En tal caso, eso significaba que alguien había arrojado deliberadamente por ella tanto a mi tía como a Billie.

Aquel día de la muerte de Billie lo vivía una y otra vez, oyendo sus gritos y luego los golpes secos, tanto de ella como del carrito, al ir rodando por los peldaños.

—¡Deja de llorar! —me increpó Vera con dureza, introduciéndome un termómetro en la boca—. Recuerda que mi madre te explicó que las lágrimas nunca servían de nada... Y no sirven... Nunca han servido... ni servirán. Uno toma de la vida lo que quiere, sin pedir permiso. De lo contrario, no recibe nada.

A pesar de lo enferma que yo estaba, la dureza de su fuerte voz me hacía retraerme cuando hablaba sin que hubiera un hombre alrededor, que pudiera oírla. Después de su amonestación dirigió una mirada maliciosa a Silvia, que estaba agazapada en una esquina del cuarto.

—Desprecio a ese pequeño monstruo. ¿Por qué no le dijiste la verdad a la policía? ¡Te habrías librado de ella de una vez! Ella fue la que mató a mi madre y también a

Billie.

Vera dio unos pasos hacia Silvia, obligándome a incorporarme apoyada en los codos, para tratar de impedir que sucediera algo desagradable.

—¡Escúchame bien, Silvia! —le gritó, amenazándola con el pie—. ¡Ni creas que vas a lograr escurrirte detrás de mí para empujarme por la escalinata! Yo estaré bien prevenida para que eso no suceda, ¿entendiste?

—Déjala en paz, Vera —protesté con débil voz.

No obstante mi vista nublada, me pareció que Silvia se sentía más aterrada con la presencia de Vera, que ésta con la de Silvia... Su pavor llegaba a tal grado que se arrastró hasta esconderse debajo de mi cama, y ahí permaneció hasta que llegaron papá y Arden.

La vida transcurrió en un ambiente de amargura después de la muerte de Billie. Tal vez porque todos nosotros (con excepción de Vera y de Silvia) la extrañábamos mucho... Tal vez también porque yo había sufrido una pérdida doble, puesto que después de eso abrigaba dudas y desconfianza respecto a Silvia. Desistí de todos mis esfuerzos con ella y no volví a molestarme en tratar de enseñarle nada. Con frecuencia, al dirigirle la mirada en forma imprevista, la sorprendía contemplándome con cierta nostalgia, con cierto anhelo en su expresión. No se revelaba tanto en sus ojos cuanto en su actitud general, al tratar de tomarme de la mano y de complacerme con flores silvestres que me traía de los bosques.

El resfriado se me constipó, prolongándose y haciéndome toser y toser durante la mayor parte del verano. Tenía aún diecinueve años y ansiaba la llegada del siguiente cumpleaños, que me convertiría en veinteañera, porque me hacía sentir más segura, libre ya de la maldición de los nueve. La vida parecía ser demasiado cruel, habiéndome arrebatado a mi tía y a Billie en menos de un año. Por añadidura, Vera seguía con nosotros, haciéndose cargo de los quehaceres domésticos con una diligencia que por un lado sorprendía y por otro complacía a papá.

Yo perdí peso y empecé a descuidar mi apariencia. Llegó mi cumpleaños, pasó, y el alivio de haberme librado de un año con un nueve no me produjo ninguna felicidad. Me aferraba más a las sombras cercanas a la pared y seguía viendo con malos ojos y con temor todos los colores. Habría querido que mi memoria tuviera aún agujeros en los que yo pudiese dejar caer mi angustia y mis sospechas de Silvia. Pero la memoria de queso suizo pertenecía a mi niñez, y ahora sabía demasiado bien aferrarme a lo que me producía aflicción.

Pasó otro otoño, y otro invierno. Hubo noches en las que Arden no regresó a casa en lo absoluto, y a mí no me importó.

—Toma —me ofreció Vera un día de primavera, cercano al aniversario de la muerte de Billie—, bébete esta taza de té caliente. Servirá para dar un poco de color a tus mejillas. Pareces la muerte misma, apenas entibiada.

—Prefiero el té helado —interpuse, rechazando con un gesto de la mano la taza y el platito.



Enojada, Vera me lo acercó con violencia, insistiendo:

—Tómame el té, Audrina. Deja de portarte como niño chiquito. ¿No dijiste hace apenas unos minutos que tenías una fuerte sensación de frío?

En un acto de obediencia acepté la taza y, estaba llevándomela a los labios, cuando Silvia se acercó corriendo. Dejó caer todo el peso de su cuerpo en movimiento sobre Vera, haciéndola perder el equilibrio hacia adelante y buscar apoyo en mí. Al hacerlo, me sacudió el brazo e hizo caer la taza, que se hizo pedazos al llegar al piso, mientras Vera y yo nos tambaleábamos, con la silla a punto de volcarse.

Lanzando gritos de rabia mezclada de dolor, Vera se propuso castigar a Silvia... pero se había torcido el tobillo.

—¡Esta maldita imbécil! ¡Voy a hablar con papá para que la encierre de una vez por todas!

Parpadeando y haciendo un esfuerzo para concentrar la atención, estiré los brazos, y más por costumbre que por deliberación tomé a Silvia y me la acerqué para abrazarla, mientras replicaba:

—No, Vera, en tanto yo viva, Silvia no será internada. ¿Por qué no piensas en irte tú? Yo me haré cargo de las tareas de la casa y de la cocina. Ya no te necesitamos aquí.

—Después de todo lo que he hecho para ayudarte, ahora resulta que no me quieres —sollozó, como quien tiene el corazón hecho pedazos—. Lo que pasa es que tú estás demasiado consentida, Audrina, echada a perder. Si hubieses tenido una pizca de valor, habrías abandonado este lugar hace mucho tiempo.

—Te agradezco el que me hayas atendido, Vera, pero a partir de hoy yo me encargaré de mí misma.

Un día del verano, Arden llegó como torbellino del trabajo, mucho más temprano que de costumbre. Entró corriendo a nuestra recámara y me sacó de la cama de un tirón.

—¡Basta ya de todo esto! —gritó—. ¡Debí haber actuado con esta energía hace meses! No es posible que tú estés desperdiciando tu vida y la mía, porque te falta madurez para enfrentarte a las realidades. La muerte está siempre en torno nuestro. Desde el momento en que nacemos empezamos a caminar hacia nuestra tumba, pero piensa en esto, Audrina —su voz iba suavizándose mientras me acercaba a él para abrazarme—: nadie muere en realidad. Somos como las hojas de los árboles: reverdecemos en la primavera de nuestro nacer, nos desprendemos en el otoño de la vida, pero luego volvemos. Igual que las hojas primaverales, volvemos a vivir.

Por vez primera, desde aquel horrible día en que Billie cayó por la escalinata, pude ver claramente la fatiga de mi esposo, las pequeñas arrugas que estaban formándosele en las comisuras de aquellos ojos cansados y ojerosos, ojos que se hundían en el cráneo, como los míos. No se había afeitado y eso le daba un aspecto de descuido, nada de acuerdo con su persona, lo convertía en un extraño a quien yo no conocía y no amaba. Le vi en la cara defectos que nunca antes le observé.

Desprendiéndome de él, me dejé caer de espalda en la cama y ahí me quedé inmóvil. Arden se acercó, se arrodilló al lado y apoyó la cabeza en mi pecho, suplicándome que volviera con él.

—Yo te amo, y día tras día estás matándome. He perdido a mi madre y a mi esposa en un solo día... Y sin embargo, todavía como, voy al trabajo, sigo adelante. Pero no puedo continuar con esta clase de vida... ¡Si puede llamársele vida!

En ese momento, algo se rompió en mi interior. Mis brazos se deslizaron para abrazarlo y los dedos se me hundieron entre su espesa cabellera.

—Yo te amo, Arden, no pierdas la paciencia. Mantente firme, yo sabré llegar a ti como tú lo deseas... Sé que lo haré, porque quiero hacerlo.

Casi llorando y besándome con una pasión poco menos que desatinada, al final se retiró con una sonrisa:

—Muy bien. Estoy de acuerdo en esperar... Pero no para siempre... ¡Recuérdalo!

Un minuto después, Arden estaba en el baño dándose una ducha, y Silvia se había levantado de su rincón para ponerse de pie frente a mi cama. Con un gesto lastimoso se esforzaba en fijar la mirada, y estiraba hacia mí las manitas suplicantes, para rogarme que volviera también con ella. Había cambiado. Apenas podía reconocerla.

Tenía ya doce años y se desarrolló casi de la noche a la mañana (o por lo menos, mientras yo no lo notaba), hasta adquirir el aspecto de toda una mujer. Alguien le había cepillado el cabello y anudado sobre la nuca en una cola de caballo, con un listón de satén azul pálido, que armonizaba muy bien con un atuendo encantador que yo nunca le había visto. Sorprendida, me puse a contemplar su hermoso rostro juvenil, su cuerpo muy bien formado, que se revelaba en la silueta que le trazaba aquel vestido de algodón, bien entallado. ¡Qué tonta fui al pensar que Silvia pudiera hacer daño a nadie! Ella me necesitaba... ¿Cómo pude olvidarla en medio de mi apatía?

Seguí observándola, pero se había replegado ya hacia la esquina menos iluminada del cuarto, y estaba acurrucada ahí, con las rodillas encogidas, de suerte que podía verse la parte de las pantaletas que le cubría la entrepierna. «Bájate el vestido» —pensé—, y en el acto la vi obedecer sin ningún sentimiento de decisión propia o de sorpresa. Hacía mucho tiempo que entre Silvia y yo se había establecido un vínculo muy especial.



Madres y tías podían morir; hijas e hijos, también. Sin embargo, la vida proseguía su curso, el sol seguía brillando, la lluvia no dejaba de caer y los meses continuaban llegando y pasando. Papá comenzaba a mostrar señales más evidentes de edad avanzada, al mismo tiempo que revelaba indicios débiles de un carácter más suave.

Yo sabía que Arden y Vera se veían con mucha frecuencia fuera de Whitefern. Aun bajo el mismo techo donde yo estaba, con frecuencia veía de reojo que estaban juntos en un cuarto que rara vez se usaba. Yo cerraba la mente y los ojos, pretendiendo no haber notado el rubor en la cara de Arden, y el gesto de Vera restirándose hacia abajo el vestido, tan entallado que parecía estar pintado sobre su cuerpo. En una ocasión me sonrió con picardía, con sorna, como diciéndome que ella había ganado. ¿Por qué nada me importaba ya?

Un día, al anochecer, cuando no esperaba ya ver a Arden en mi recámara, abrió la puerta, entró y se sentó sobre el borde de mi cama. Con gran sorpresa mía comenzó a quitarse los zapatos y luego los calcetines. Yo estaba a punto de decir algo sarcástico acerca de Vera, que todo el día se había portado como una canalla, pero me contuve.

—Por si te interesa —me aclaró en tono retórico—, no tengo intenciones de tocarte. Solamente me gustaría dormir en este cuarto otra vez y sentirte cerca de mí, antes de tomar una decisión sobre lo que voy a hacer con mi vida. No soy feliz, Audrina. Tampoco creo que lo seas tú. Quiero que sepas que he hablado con Damian y ha dejado de hacer manejos ilegales con el dinero de sus cuentas inactivas. Ahora actúa con honradez en la administración de certificados de acciones que tienen un gran valor. Le sorprendió saber que me había dado cuenta de los fraudes anteriores y no negó ninguno. Lo único que me explicó fue que lo hizo «por una causa noble».

Toda esta información me la proporcionó Arden en un tono indiferente, como si no hablara más que para tener un puente entre él y yo. Se había convertido ya en vicepresidente auxiliar en la compañía de mi padre y dejó de hablar de la posibilidad de volver algún día a su primer amor: la arquitectura. Había guardado sus instrumentos técnicos, la mesa de dibujo que Billie le compró cuando él cumplió dieciséis años, y también relegó los demás sueños de su juventud. Creo que todos habíamos hecho lo mismo. El destino trazaba las sendas que debíamos seguir. Sin embargo, me producía dolor ver que todas esas cosas se llevaban al desván, porque de ahí rara vez volvía a salir algo.

Observé cómo guardaba aquella habilidad creativa suya, como cosa inútil, y me decepcionó ver que se desarrollaba en su persona el mismo afán de papá, de dinero y poder... y luego más dinero.

Aunque traté una y otra vez de encontrar pruebas concretas de que Vera era su amante, supongo que en realidad nunca quise averiguarlo, porque me habría sido bastante fácil sorprenderlos.

Mientras tanto, el tiempo, unas veces rápido, otras más lento, pasó con la monotonía del diario subsistir, y yo había llegado a la edad de veintidós años. Otra primavera y un verano más desaparecerían pronto en la profundidad de aquel vacío que yo sola me había creado.

Sólo para tener algo en qué ocuparme, comencé a cultivar con seriedad el jardín de rosas que mamá iniciara hacía mucho tiempo. Compré libros relacionados con este tipo de jardinería y asistí a reuniones sobre el cultivo de flores, llevando conmigo a

Silvia para presentarla por vez primera a gente extraña. Aunque era muy poco lo que ella hablaba, nadie pensó que tuviera más defecto que el de ser muy tímida (por lo menos ésa era la impresión que me daban). La ataviaba con bonitos vestidos y la peinaba del modo más adecuado a ella. Siempre se mostraba asustada y parecía experimentar un alivio al regresar a casa y volver a ponerse su ropa usada.

Un caluroso sábado de fines de mayo, yo estaba de rodillas en el jardín de rosas de mamá, escarbando ligeramente el suelo con un rastrillo de mano, antes de poner el fertilizante. Tenía al lado unos bulbos de tuberosas, que no tardaría en enterrar en la tierra. Silvia estaba en casa, echándose una siesta, y Vera había ido al poblado con papá, a comprar ropa.

De pronto, una larga sombra se proyectó sobre mí, refrescándome. Eché hacia atrás el ala de mi sombrero de paja y poder ver a Arden, a quien hacía en el campo de golf con sus amigos. Un rinconcito dentro de mi mente abrigaba la idea de que él y Vera podían haber hecho algún buen arreglo para encontrarse en la ciudad.

—¿Por qué estás perdiendo tu tiempo aquí, olvidada de tu música? —preguntó con aspereza, dando un puntapié a la bolsa de fertilizante que estaba junto a mi herramienta de jardinería—. Cualquiera es capaz de cultivar flores, Audrina, pero no todos tienen las cualidades necesarias para ser grandes músicos...

—¿Qué ha sucedido con tu sueño de embellecer todas las ciudades de Norteamérica? —le retruqué con sarcasmo.

En ese momento estaba ya pensando que tan pronto como ganara premios con mis nuevas especies de rosas y tulipanes, me dedicaría a cultivar orquídeas en un invernadero que había mandado hacer, y que cuando me aburriera de las orquídeas encontraría alguna otra afición que me llevara adelante, hasta que un día, yo también, fuera a parar al cementerio de Whitefern.

—Tienes una expresión de amargura, como la de tu tía —protestó Arden, mientras se acomodaba a mi lado, sentado en el césped—. ¿Por ventura no todos tenemos ensueños de juventud? —En su voz y en su rostro había cierta nostalgia—. Yo solía creer que tú nunca encontrarías nada tan fascinador o absorbente como yo, pero... ¡qué equivocado estaba! No bien acabábamos de casarnos cuando tú ya habías cerrado las puertas, dejándome afuera. No me necesitas, como yo creí que me necesitabas. Mírate bien, con esos guantes de lona en las manos y ese maldito sombrero en la cabeza, proyectando una gran sombra sobre tu cara para que yo no pueda ni siquiera verte. No levantas los ojos para encontrarte con los míos, y has dejado de sonreír cuando vuelvo a casa. Me tratas como si me hubiese convertido en un mueble estorboso, que ocupa un molesto lugar en la claridad de los días felices que pasas sin mí. ¿No me tienes ya ningún amor, Audrina?

Yo seguí alimentando las rosas, preparando el terreno para los tulipanes, pensando en las orquídeas y preguntándome cuándo despertaría Silvia. Arden se acercó para abrazarme.

—Yo te amo —me aseguró en un tono tan solemne que me conmovió hasta

hacerme interrumpir lo que estaba haciendo.

Sus brazos en torno a mi cuello hicieron caer el sombrero de ala ancha.

—Audrina, si no puedes amarme, déjame ir. Dame libertad para encontrar a alguien que me ame como quiero y necesito ser amado.

Meforcé para preguntar en tono de indiferencia:

—¿Vera...?

—Sí —dijo cortante—. Vera por lo menos no es fría y sabe responder. Me trata como a un hombre. Yo no soy un santo ni un demonio, Audrina. Simplemente soy un hombre con deseos que tú no satisfaces. He hecho el esfuerzo durante casi tres años... ¡Oh, sí, cuánto lo he procurado! Pero tú no cedes y estoy ya cansado de seguir intentando en vano. Quiero acabar con esto. Voy a divorciarme de ti y a casarme con Vera... a menos que seas capaz de amarme físicamente en la misma medida en que me amas de otras maneras.

Giré sobre las rodillas para darme vuelta y mirarlo de frente. En realidad me amaba. Se le leía en los ojos. Vi en ellos el brillo del amor hacia mí, pero también una terrible tristeza. Divorciarse de mí y casarse con Vera no le proporcionaría verdadera felicidad... no le daría ni remotamente la felicidad que experimentaría con mi respuesta física.

Un torbellino de ideas confusas me pasó por la mente. Amor de adolescente habían llamado papá y mi tía a lo que yo sentía por Arden... y tuvieron razón. Amor de adolescente que no quería más que abrazos, besos furtivos y marchar tomados de la mano.

Ahora, Arden iba a dejarme por Vera... y al final él no resultaría más que otro Lamar Rensdale. Vera no lo amaba. Ella jamás sería capaz de amar a ningún hombre, a nadie, más que a sí misma... O tal vez, precisamente porque no podía amarse a sí misma, no sabía amar a nadie más.

Sacudí la cabeza, preguntándome si por fin estaría llegando a la madurez. ¿Estaría a punto de florecer de lleno en mí la faceta de la madurez? Sentí el despertar de una excitación, sin mezcla del miedo que había experimentado en nuestra noche de bodas. Arden podía haberse ido sin decirme una sola palabra de advertencia. Pudo haberse llevado a Vera, y yo jamás habría puesto objeción al divorcio, y él lo sabía. Sin embargo... estaba dándome otra oportunidad... en realidad me amaba... no era compasión... era amor auténtico.

Sus ojos penetraron en los míos, mientras con las manos me sujetaba los hombros y su voz se preñaba de un tono de urgencia, como si sintiera lo que pasaba en mi interior.

—Podemos empezar de nuevo —continuó con excitación—. Esta vez podemos comenzar bien. Tú y yo solos, sin Silvia en el cuarto contiguo para crearte problemas. Yo experimento sentimientos físicos hacia Vera, pero a ti te amo en todas las formas dulces, románticas, que a alguien tan prosaica como Vera le parecen ridículas. Tú me tocas el corazón cuando regreso a casa y te veo sentada cerca de una ventana,

contemplando el paisaje. Me detengo a ver el modo como la luz te atraviesa la cabellera, creándote un halo y haciendo que tu cutis luzca translúcido, y me llena de admiración el pensar que eres mi esposa. Vera nunca me hace sentir que poseo nada especial, sólo algo que cualquier hombre puede tener. Cuando era joven solía pensar que, si te conquistaba, habría logrado tener una princesa que me amara siempre, que juntos envejeceríamos felices, porque tomados de la mano podríamos sin temor contemplar la ancianidad. Pero no ha sido así. Yo no puedo seguir amándote a ti pero poseyendo a Vera en lugar tuyo. Tú me dejas seco, Audrina, te apoderas de mi corazón y lo exprimes, obligándome a correr a Vera en busca de solaz. Cuando todo ha terminado, lo único que encuentro es satisfacción física, pero no sustento espiritual. Sólo tú eres capaz de darme eso. ¿Cómo puedes esperar que yo siga adelante deseándote, cuando tú no me quieres de la misma manera? El amor es como un fuego que necesita que lo aticen con frecuencia, no sólo con tiernas sonrisas y toques ligeros, sino también con pasión. Hagámoslo de nuevo, vivamos otra vez nuestra noche de luna de miel, sin puertas entre nosotros que nos separen... Sin vergüenza, haz conmigo el amor ahora mismo, aquí, a la intemperie, en este prado. Damian está en la ciudad, Vera anda fuera, Silvia está en esa maldita mecedora cantando para sí misma, y lo más probable es que siga así hasta quedarse dormida...

Arden estaba tocándome el corazón, acariciándome con los ojos y agitándome la sangre como no lo había hecho nunca. Sus ojos color ámbar ardían... hasta su mano me pareció caliente cuando me acarició apenas la cara. La retiró precipitadamente, como si mi carne se sintiera tan caliente como la suya.

—Mi amor, el matrimonio tiene que crecer, volverse aventurero... Hay que hacer algo que no se haya hecho antes... No importa qué... Sé tú la que me hagas el amor esta vez. No esperes a que yo lo inicie.

No —pensé—. Yo no puedo hacer, eso. Es deber del hombre dar los primeros pasos. Sería vulgar y falta de finura femenina el tocarlo yo a él primero. Pero sus ojos me imploraban, inflamados de deseo. Yo no lo merecía... Debía dejarme en paz, porque al final yo le fallaría. Sin embargo, lo deseaba. Algo me decía que hiciera lo que él proponía, pedía, sin tener en cuenta lo que papá había dicho sobre los hombres y sus malos deseos, que avergonzaban a las mujeres que hacían lo que ellos querían. Papá me había lavado el cerebro hacía mucho tiempo —me dije—. Esta vez yo pasaría por encima de todas las señales que advertían: malo, sucio, perverso...

No fue fácil ahogar todo lo que clamaba a gritos «vergüenza». Ni siquiera me sentí capaz de comenzar algo, si él dejaba de mirarme como estaba haciéndolo. Pero se hizo vulnerable, puso las manos detrás de la espalda y supo resistir al fuerte impulso de ser el primero en tocarme. Yo luchaba contra las vocecillas interiores, decantadas tenazmente en mi espíritu por papá y sus enseñanzas... No, él era mi esposo, yo lo amaba y él me amaba realmente.

—Tengo miedo, Arden... tengo tanto miedo de perderte en manos de Vera...

Sus ojos tenían una expresión cálida, suave, estimulante. Eran ojos de mirar

profundo, apasionado, que no dejaban de apremiarme para que continuara y no permitiera que fuese su lascivia, sino sólo mi deseo el que gobernara. Por alguna razón, esa actitud me hacía ver cosas de modo muy diferente. Lo que yo hiciera sería lo que deseara hacer, y si era algo malo... ¡enhorabuena!

Arden me necesitaba a mí... Me amaba a mí, no a Vera. Hice un primer intento de envolverle la cara en el hueco de mis manos. Él no se movió. Seguía con las suyas en la espalda. Lo besé con suavidad en las mejillas, en la frente, en la barbilla y al fin en los labios. Éstos permanecieron suaves, pero no demasiado, y se abrieron apenas. Volví a besarlo con más pasión; siguió sin responder. Estaba en la actitud de quien me dejaría hacer con él lo que quisiera, sin hacerme jamás el menor daño. Me atreví a darle otro beso profundo y prolongado, mientras mis manos trazaban las líneas de su cuerpo, acariciándolo por la espalda hasta bajar a las asentaderas. Algo estaba cobrando vida dentro de mí, mientras él seguía permitiéndome hacer lo que se me antojara, sin intentar nada conmigo, sin pedirme, sin insinuarme siquiera algo.

Una pasión como no la había sentido jamás empezó a inflamarse dentro de mí, a enardecerme, a exigirme. Sentí mis senos abultarse y sobresalir imperiosos, al mismo tiempo que mi cuerpo penaba por sentir sus manos encima, por la necesidad del suyo, por el deseo de tenerlo a él dentro de mí. Mi respiración se aceleró; la de él, también. Sin embargo, no hizo nada por derribarme o desnudarme. Fui yo la que le quité con decisión la camisa... luego el cinturón. Le abrí la bragueta del pantalón para quitárselo... lo arrojé a un lado. Sin la menor vergüenza tiré también de sus calzoncillos... y él seguía sin tocarme, aunque sí se incorporó para facilitarme la tarea de quitarle lo que llevaba puesto. Luego se dejó caer boca arriba para que pudiera quitarle los zapatos y los calcetines. Parecía tan dispuesto a todo, que se le notaba cierta impaciencia, pero a todas luces era ridículo dejarle puesto el calzado...

No dije una sola palabra cuando me precipité sobre él para besarlo por todas partes y acariciarlo donde me plugo, hasta que al fin no pude esperar más.

Bajo un cielo claro y azul, y un sol que caía sobre nosotros sin miramientos, guió su penetración. Esta vez, esta maravillosa vez, con toda verdad me di el lujo de gozar la sensación de tenerlo dentro de mí y de elevarme con él a esa especie de paraíso del que había leído, pero que nunca antes experimenté.

Cuando por fin sus brazos me estrecharon, gemí en un intenso éxtasis, el éxtasis de haber hecho que él fuera uno conmigo... ¡por fin!

—Estás llorando —comentó cuando todo hubo terminado—. ¡Fue tan maravilloso! Al fin he llegado hasta ti, Audrina. Después de intentarlo durante tanto tiempo, por fin logré atravesar esa barrera que habías levantado hacía mucho tiempo.

Tenía toda la razón. Era una barrera construida por papá para mantenerme siempre sujeta a él.

—Varias veces pensé que era porque no me amabas como hombre, sino sólo como compañero.

—Y a pesar de todo, ¿tú seguías amándome a mí? —le pregunté con asombro.

—Yo nunca habría podido dejar de amarte, por ningún concepto —su voz era ronca, quebrantada por la emoción—. Estás en mi sangre, eres parte de mi alma. Si nunca me dejaras volver a tocarte, todavía querría despertar y verte dormida a mi lado. Te dije lo que había hecho, sólo para sacudirte y hacerte temer perderme a manos de Vera. Audrina, hay ocasiones en que se te ve tan alejada, tan ajena a todo... casi como si estuvieras en trance o fueras víctima de un desmayo.

Me di prisa a inclinarme para besarlo, para acariciarlo en sitios donde nunca había querido tocarlo. Gimíó de alegría y me abrazó con más fuerza...

—Si alguna vez tuviera el infortunio de perderte, buscaría por todo el mundo hasta encontrar a otra Audrina... Es decir, llegaría hasta mi propia tumba buscándola, porque no podría haber otra que fueras tú.

—¿Otra Audrina? ¿Conociste tú a otra Audrina? —pregunté con un estremecimiento que me recorrió la espalda de arriba abajo.

¿Por qué había dicho semejante cosa?

Sentía sus manos cálidas sobre mi piel, y sus ojos de un mirar más cálido aún. Él respondió:

—No es más que mi manera de decirte que tengo que poseerte a ti y a nadie más.

Fue muy dulce oírle decir eso, y no me costó trabajo librarme de aquella sensación de frío, fruto del temor y de una pesada carga que llevaba sobre el alma, el corazón y la conciencia. Sintiéndome más joven y jubilosa que nunca, reí de buen grado y volví a ocuparme de él, jugueteando con besos y caricias, y explorando su cuerpo a placer, como él recorría el mío. Sentí que lo amaba tanto que podía haber muerto por él. ¡Y pensar que hubo un tiempo en que consideré todo eso como algo malo y pecaminoso! ¡Malhaya papá por haberme hecho razonar así, por haber arruinado lo que pudo llegar a ser como esos momentos, desde un principio!

La penumbra del crepúsculo inundó el firmamento con sus matices rosados de despedida al día agonizante... incendiando de tintes carmesí el fondo de las nubes, y hendiéndolas con franjas violáceas salpicadas de azafrán. Envuelta en los brazos de Arden vi al sol hundirse en la bahía, allende el río, y a mi esposo sumirse en el más profundo sueño. Por vez primera, después de haber hecho el amor, me sentí limpia y digna de vivir.

A diferencia de papá, que amaba a la primera Audrina más que a nadie, Arden me amaba a mí tal como era, no como mi padre me quería. Lo envolví en mis brazos, sin dejar de contemplar la danza de colores reflejados en el agua, diferentes de los colores de la casa. Estuve ahí tendida, y empecé a pensar que detestaba todos aquellos emplomados, aquellas lámparas Tiffany con sus pantallas, toda esa decoración artística y todos los demás colores falsos, fabricados por mano de hombre, que me provocaban imaginarios temores. ¿Qué tenía que temer a partir de ese momento?





A medianoche desperté. Me pareció oír la voz de Silvia diciendo mi nombre:

—Auu—drii—naaa...

Suavemente, una y otra vez, pronunciado como solía hacerlo ella.

—Voy, Silvia —le hice seña con el pensamiento, como tenía costumbre, ya que en alguna forma mis mensajes parecían llegarle fielmente. Antes de levantarme tenía que quitarme de encima de la cintura el brazo de Arden, luego me deslicé, liberándome cuidadosamente de la pesada carga de su pierna, que descansaba sobre las dos mías. Una vez dueña de mis movimientos, me incliné sobre él, le acaricié la mejilla y le besé los labios.

—No te vayas... ¿Adónde vas? —me preguntó soñoliento.

—Volveré en unos minutos —susurré.

—¡Más te vale...! —musitó entre dientes, exhausto aún por las horas que habíamos estado haciendo el amor—. ¡Te necesito de nuevo... pronto...! —Y volvió a quedarse dormido.

Silvia estaba sumida en un sueño profundo, acostada de lado, hecha un ovillo, con un aspecto angélico, como lo tenía siempre en el sueño. Le di un beso a ella también, sintiéndome llena de amor a todos. Cuando dormía no parecía sino hermosa y normal.

Al regresar adonde Arden me aguardaba... dormido... creí oír otra vez mi nombre. Parecía venir del cuarto de juego... del cuarto *de ella*. ¿Sentiría celos porque yo había encontrado ya un hombre que me amaba más de lo que nadie la amó a ella?

Era preciso que fuera al cuarto de juego. Tenía que ir a enfrentarme con su terror, que siempre me había impedido disfrutar de Arden como debía hacerlo. En aquella mecedora era donde vi a los tres muchachos asaltar a la primera Audrina, y ése fue el primer paso en la marcha que me alejó de la normalidad. El segundo paso, que me llevaría aún más lejos de cualquier posible disfrute del sexo había sido papá y todo lo que le hizo a mamá y lo que me dijo a mí. Y el tercer paso, que me precipitó a kilómetros de distancia, había sido la indiferencia de papá ante las heridas que infligía a mi tía. Pero ése no era un horror mío —me dije—; era de papá y también de ella, de aquella primera hija que había muerto antes de que yo naciera.

## DE NUEVO, EN UN DÍA LLUVIOSO

¿Qué clase de compulsión me había llevado al cuarto de la primera Audrina y obligado a sentarme en su silla a cantar como necia? Mientras me mecía, un terror incrustado en mí, que venía de la mecedora y que había atormentado mi niñez, me invadió una vez más, convirtiéndome de nuevo en niña. Me llegó un murmullo que me aconsejaba salir de ahí antes de que fuera demasiado tarde. *Regresa con Arden* —me apremiaba la parte más sabia de mi ser—. *Olvida el pasado, que no puede cambiar; vuelve con Arden.*

No —me dije—. Es preciso que sea fuerte, que supere mis temores. El único modo de lograrlo es evocar deliberadamente la escena del día lluvioso y hacer que suceda de nuevo... Sólo que esta vez me quedaré ahí hasta que ella muera... ¡Y arrojaré lejos de mí su recuerdo, para siempre!

Tal como lo había hecho antes, de niña, lo hice esa noche, como mujer. Me mecí y canté... Pronto las paredes se ablandaron y se hicieron porosas, antes que las moléculas se dividieran y yo me encontrara de nuevo dentro del recuerdo de la primera Audrina.

Vi a mi madre, como debió de haber sido en vida de la primera Audrina, joven y bella; estaba haciendo una advertencia:

—Audrina, prométeme que nunca te irás por el atajo para atravesar los bosques. Es peligroso para las jovencitas ir solas por ese lugar.

Llevaba puesto uno de sus vestidos de gasa, de encantadores colores de acuarela, que ondeaba con la brisa refrescada por el río. En aquel vestido estaban todos los colores favoritos, suyos y míos: tonos de verde, azul, violeta, acuosos y rosados. Su hermoso cabello iba suelto, flotando al viento. En el momento mismo en que pensaba en todo esto, yo hacía planes para desobedecer y tomar el atajo para llegar a casa.

Mamá se detuvo para darme un beso en la mejilla.

—Ahora, obedéceme... Aunque llegues tarde a tu propia fiesta de cumpleaños. De cualquier manera, no puedo empezar antes que llegues tú. Olvida el atajo y ven a casa en el autobús escolar.

Pero Spencer Longtree tomaba el autobús escolar con su pandilla de compinches

desalmados, y me decían cosas tan duras y tan feas... Yo no podía repetírselas a mamá.

—F... E... A —chillaba Spencer Longtree, que no había tomado el autobús escolar para ir a casa.

El haberme expuesto al riesgo de los bosques no me había evitado su molesta presencia.

—Audrina Adare tiene cabellera fea —decía, deletreando la última palabra.

—Sé bien cómo deletrear fea, Spencer Longtree —le repliqué por encima del hombro—, y por cierto, es una descripción que a ti te queda a la M... E... D... I... D... A.

—Ya te atraparé por ésa... Y tal vez cuando te lo haya dado, no te sientas tan superior y poderosa, sólo por ser una Whitefern que vive en una elegante mansión.

Era hora de correr, de galopar, de saltar y divertirse en los bosques, donde todos los animalitos se ocultaban. También de mirar las nubes negras en lo alto, las que ocultaban al sol y producían oscuridad. ¿Me alcanzaría la tormenta antes de llegar a casa? ¿Me arruinaría el vestido? ¿Me quedarían lacios los bucles? A mamá le daría un ataque si yo no lucía más bella que cualquier otra chica durante la fiesta... ¡Y este vestido tonto que se mancha con el agua y luego se encoge...!

Y la lluvia se precipitó.

Tomé la senda borrosa y sinuosa, corriendo tan aprisa como podía, sintiendo el sedoso murmullo del vestido arruinado que se me pegaba a las piernas. Unos metros antes me pareció ver que los arbustos al lado de la senda se movían. Me detuve, pronta a dar media vuelta y echar a correr.

La espesura del follaje formaba por encima una especie de baldaquino, que hacía que la lluvia cayera en gotas enormes, que salpicaban delante de mí formando más y más manchas oscuras en la tierra, que en poco tiempo se unificaron, creando un piso sombrío y lodoso.

Hay gente que silba cuanto tiene miedo. Yo no sabía silbar. Lo que podía hacer era cantar. Feliz cumpleaños a mí... feliz cumpleaños a mí... Feliz cumpleaños, Audrina... feliz cum...

Interrumpí mi canto y me quedé helada. Era indudable que algo se movía entre los arbustos que tenía delante. Una risa sofocada. Me di vuelta para correr en sentido contrario, pero una mirada de reojo hacia atrás me reveló la presencia de tres muchachos que saltaban de atrás de los espinosos arbustos que flanqueaban el sendero. Araños de las espinas les habían ensangrentado la cara, dándoles un aspecto temible. Sin embargo, ellos también parecían tontos. Estúpidos muchachos bobos. ¿Pensaban poder darme alcance? Yo podía correr más aprisa que la tía Ellsbeth, que se gloriaba de ser la persona más veloz cuando era niña.

Pero en el momento preciso en que creí poder dejarlos atrás, uno se me paró delante y me aferró por el cabello. Me dolió tanto que creí que iba a arrancármelo.

—¡Suéltame, grandísima bestia! —le grité—. ¡Déjame ir, es mi cumpleaños! ¡Déjame ir!

—Sabemos que duele —gruñó Spencer Longtree con su áspera voz—. Nos alegra que te duela. Es nuestro regalo de cumpleaños para ti, Audrina, felices nueve años, niña Whitefern.

—¡Deja de estar jalándome del pelo! ¡Deja de estar tocándome con tus indecentes manos! ¡Están arruinándome el vestido, déjenme en paz! ¡Atrévanse a hacerme algún daño y mi papá se encargará de que los encarcelen y los quemen!

Spencer Longtree sonrió con malicia. Sus dientes salientes parecían ideales para un caballo. Acercó con violencia la larga cara llena de barros, casi hasta tocar la mía. Su aliento era muy desagradable.

—¿Sabes qué vamos a hacer contigo, carita bonita?

—Lo que van a hacer es dejarme ir —respondí en tono retador.

Sin embargo, me estremecí internamente. Un miedo repentino hizo que me flaquearan las rodillas, que el corazón me latiera con más fuerza y que la sangre se me fuera a los talones.

—¡Noooo! No vamos a dejarte ir... hasta que hayamos terminado. Vamos a hacer jirones todas estas ropas bonitas, a quitarte las pantaletas hasta dejarte en cueros, y a verte todo...

—¡No pueden hacer eso! —protesté con energía, esforzándome en ser valiente—. Todas las mujeres Adare, nacidas con este color de pelo pueden echar una maldición mortal a los que les hacen daño, así que teme por tu vida, Spencer Longtree, patas de araña, si me haces cualquier cosa. Mis ojos violeta pueden quemarte con el fuego del infierno, ¡en vida!

Sonriendo con desprecio, se acercó tanto a mí que con su nariz tocó la mía. Otro muchacho me aferró los brazos y me los sujetó por la espalda.

—¡Procede, bruja! —me desafió—. ¡Usa tus peores poderes! —La lluvia le había pegado el cabello a la frente, formándole un fleco de espinas—. ¡Anda, maldíceme ahora y sálvate! Hazlo pronto, porque dentro de unos minutos voy a quitarme los pantalones, mientras mis amigos te empujan y a cada uno de nosotros le tocará su turno...

Yo me puse a dar de gritos:

—¡Yo les maldigo, Spencer Longtree, Curtis Shay y Hank Bames! ¡Que los demonios infernales los reclamen a los tres como suyos!

Por un instante titubearon, y eso me hizo creer que mi trepa daba resultado. Mientras se miraban uno a otro, tuve la oportunidad de echar a correr... Pero en ese preciso momento, un *cuarto* muchacho salió de detrás de los mismos arbustos donde ellos se habían escondido. Yo me quedé petrificada mirándolo. Tenía empapado el cabello negro pegado a la cara, como su compañero. Pasé saliva con trabajo y sentí que me desmayaba. Toda la sangre se me convirtió en agua de lluvia. ¡Oh, no, él no...! ¿Él también? ¡No, él no! Él no haría eso. Había venido a salvarme, por eso estaba ahí. Lo llamé por su nombre, le supliqué que me salvara. Parecía estar en trance, mirando a la distancia. ¿Qué le sucedía? ¿Por qué no cogía una piedra, un

palo, para golpearlos? ¡O al menos con los puños bien cerrados! ¡Haz algo... ayuda!

No era así como tenía que suceder. Aquél era mi amigo. Se mantuvo inmóvil, más petrificado que yo misma. Grité su nombre y... ¡se dio a la fuga!

Abrí la boca para llamarlo de nuevo, pero me metieron un trapo sucio.

—Estaba equivocado, Audrina... En realidad eres una cosita muy bonita.

Me arrancaron la ropa... Mi vestido nuevo se convirtió en hilachos, del cuello a la orla, lo arrojaron al viento y fue a caer entre los arbustos, bajo el árbol de temporal. Luego, mi bonito corpiño, con su encaje irlandés y los tréboles bordados a mano me fue arrancado también, arrojado al lodo y pisoteado. Luché como loca, cuando un par de ásperas manos trataron de bajarme las pantaletas. Pataleé, golpeé, grité, me di vueltas, intentando sacarles los ojos devoradores.

En ese momento fulguró el relámpago y estalló el trueno. Me sentí aterrada en medio de aquella tormenta eléctrica. Volví a gritar.

Sucedió con rapidez, pero no la suficiente para ser misericordiosa. Me arrancaron mis bonitas pantaletas y las hicieron jirones. Mientras uno de aquellos muchachos me sujetaba la cabeza por la barbilla, los otros me abrieron las piernas hasta donde era posible... y uno por uno, los tres participaron en mi violación. Pero en los momentos mismos en que me desnudaban y estupraban, mi mente estaba fija en él, ¡en aquel cobarde que se dio media vuelta y emprendió la fuga! Podía haberse quedado para luchar, aunque hubiera perdido; en ese caso yo habría podido perdonarlo. Tal vez lo hubiesen matado... como en realidad estaban matándome a mí... habría sido mejor que esto...

Regresé a la mecedora del cuarto de juego, con los ojos desorbitados a tal punto, que me dolían. Yo volví a verlo con el cabello pegado a la frente por la lluvia. ¡*Era Arden!* Ese era el nombre que ella había invocado... ¡Y él echó a correr! ¡Oh, las mentiras que me contaron para impedirme saber exactamente quién era Arden! ¡Oh, con razón papá me advirtió acerca de todos los muchachos, y más aún de Arden! Papá lo conocía como lo que era: ¡un cobarde, tan malo como los demás, quizá incluso peor! Porque ella lo conocía, confió en él, lo consideraba su amigo... Y luego... él se había vuelto hacia mí, ¿... años después?

¡Él había estado ahí, y a través de mí estaba ahora redimiéndose a sí mismo! ¡Oh, oh, oh, ahora sabía por qué mi memoria estuvo llena de espacios vacíos! Yo lo había visto a él antes en visiones y meforcé a olvidar que él estuvo presente cuando aquellos muchachos habían violado y luego matado a mi hermana... ¡sólo por ser una Whitefern, y porque los aldeanos odiaban a los Whiteferns!

Papá me mintió cuando dijo que la primera Audrina tenía nueve años de edad. ¡Vera había dicho la verdad!

Y papá me puso en la mecedora para que yo recobrarla la sensación de bienestar y de paz. Había tomado mi cántaro vacío y lo llenó de horror, ¡para que jamás volviera yo a confiar en nada masculino!

Sollocé, sabedora de que yo también la había traicionado, casándome con el

amigo que ella esperaba que la protegiera y luchara en su defensa... y que, en cambio, se dio a la fuga. Salté de la silla y corrí hacia la recámara. ¡Oh, si sólo lo hubiera sabido antes, jamás hubiese ido a su cabaña! Este día no habría existido nunca. Papá, ¿por qué no me contaste todos los detalles relacionados con tu hija primogénita? ¿Por qué me ocultaste tantas cosas? ¿No sabías por ventura que la verdad es siempre más conducente para cualquier fin, que la mentira?

¡Mentiras, tantas mentiras...! ¡Y pensar que Vera siempre había estado diciéndome la verdad cuando afirmaba haber conocido a la primera Audrina, que era mucho mejor que yo, más bonita, más lista, más divertida como compañera!

Al correr hacia mi recámara, decidida a despertar a Arden y hacerlo enfrentarse a la verdad, se encendió una lámpara de gas. Luego, una linterna de mano proyectó su haz luminoso sobre mi cara, deslumbrándome. A duras penas pude vislumbrar la silueta de una mano que daba vueltas a un prisma de cristal frente al haz luminoso de la linterna. Los colores se refractaron directamente en mis ojos. Me tambaleé, retrocediendo y tratando de protegerme los ojos con el antebrazo. Luego me di vuelta y emprendí la carrera. Alguien me seguía. Yo podía oír los pasos... Lancé alaridos, me di media vuelta y protesté a gritos:

—¡Arden! ¿Has venido a consumir lo que ellos iniciaron? ¿Qué te propones hacerme?

Se encendieron más luces. En fila interminable a lo largo del corredor de la escalinata principal, se alineaba una serie de prismas de cristal que captaban colores, centelleaban, me herían y me cegaban, amenazándome. Sentí que todo me daba vueltas, todo era confusión y desorientación. No podía dirigirme a la recámara, no sabía dónde estaba. Después las manos... Manos que me golpearon los hombros desde atrás. Manos duras y fuertes que me lanzaron hacia el frente, en un vuelo por el espacio... y luego hacia abajo... abajo... abajo... sin dejar de producir dolor... hasta que un golpe me sacudió la cabeza y todo fue tiniebla...



Susurraban, murmuraban... en las superficiales olas de la marea del anochecer, se oían voces que andaban a la deriva. Llamaban. Querían obligarme a volver de un lugar que yo no podía ni siquiera nombrar. ¿Era realmente yo? ¿Era yo aquel minúsculo grano de pimienta en medio del firmamento? ¿Cómo lograba ver hacia arriba, hacia abajo, hacia atrás y hacia adelante? ¿Me había convertido en un simple ojo en pleno firmamento, capaz de ver todo y de no entender nada?

¿Cuál era el nombre que yo seguía oyendo pronunciar con mucha suavidad? ¿El mío? ¿Qué recámara era aquélla? ¿La mía? Ahí estaba, tendida sobre una angosta cama, contemplando el cielo raso. Confusamente alcancé a distinguir la silueta del

tocador, con la gran luna que reflejaba lo que estaba detrás de mí. Mi visión fue aclarándose y pude ver el sillón blanco que Arden había querido que fuera mío. Whitefern. Yo estaba todavía en Whitefern.

Desde la recámara contigua me llegó la voz de Vera que hablaba casi en un murmullo con Arden. Me sobrecogí... o traté de hacerlo. Algo malo me pasaba, pero no tenía tiempo de ocuparme en eso. Debía concentrar la atención en lo que Vera estaba diciendo.

—Arden —continuó, con voz más firme y más sonora—, ¿por qué sigues poniendo objeciones? Es por tu propio bien... y también por el de ella. Sin duda alguna, tú sabes que ella misma habría querido que fuera así.

¿Así...? ¿Cómo...?

—Vera —respondió la inconfundible voz de mi marido—, tienes que darme tiempo para tomar una decisión de esa envergadura... una decisión irrevocable.

—He aguantado prácticamente todo lo que podía de tu parte y de la de ella —replicó Vera—. Es preciso que decidas a quién quieres, a ella o a mí. ¿Crees que voy a seguir esperando aquí eternamente a que tú escojas?

—Pero... pero... —tartamudeó él—. En cualquier momento, cualquier día, tal vez hoy o mañana, podría salir del estado de coma...

¿Coma...? ¿Estaba yo en estado de coma? No podía creerlo.

Mi visión era borrosa... mi audición confusa. Eso tenía que significar algo, o ¿me equivocaba?

—Arden —empezó a decir la voz grave y voluptuosa de Vera—, soy enfermera y sé cosas de las que tú jamás has oído hablar. Nadie puede permanecer tres semanas en estado de coma y salir de él sin alguna lesión cerebral irreparable. Piensa un poco en eso... piénsalo bien... Vas a encontrarte casado con un vegetal vivo que no será más que una carga para el resto de tu vida. Cuando Damian muera, tendrás también a Silvia... No la olvides. Teniendo que hacerte cargo de las dos, te arrepentirás delante de Dios de no haber hecho lo que yo te sugería, pero para entonces será demasiado tarde. Yo ya me habré ido, y tú, mi amor, nunca tendrías el valor de hacerlo solo.

¿Valor de hacer qué...?

Los dos venían acercándose a mí. Yo quería darme vuelta y verlos entrar a mi recámara. Quería ver la expresión de Arden y observar los ojos de Vera, para darme cuenta si de veras lo amaba. Me daban ganas de dejar caer las piernas fuera de las mantas, enderezarme y levantarme de la cama. Pero no podía moverme... No podía mover nada. Lo único que podía hacer era estar tendida ahí, como una cosa rígida, inmóvil, que no sentía nada más que angustia mental y una sensación de extravío intolerable. Una y otra vez sentí que oleadas de pánico me inundaban. Estaba ahogándome de miedo. ¿Cómo pudo haber sucedido esto? ¿No era yo la misma persona de unas horas antes, de anoche, del día anterior? ¿Qué era lo que me había dejado en esa lamentable condición?

—Vera, cariño —replicó Arden, con una voz que estaba más cerca aún—, tú no

me entiendes, no sabes lo que siento. Dios es mi testigo de que aun como están las cosas, no puedo menos que seguir amando a mi esposa. Quiero que Audrina se recupere. Todas las mañanas, antes de salir a trabajar, entro aquí, me arrodillo junto a su cama y pido a Dios por su recuperación. Todas las noches, antes de ir a acostarme, vuelvo a hacer lo mismo. Me arrodillo y espero que se le abran los ojos, que se le despeguen los labios, que empiece a hablar. Sueño con verla de nuevo bien y saludable. Un solo indicio de vida... y yo nunca... nunca consentiría... —hizo una pausa, sollozó, pareció ahogarse—. A pesar de verla como está, no quiero que muera.

Pero Vera lo quería. Comprendí que de alguna manera ella era responsable de aquella situación, como lo era de los acontecimientos más desastrosos de mi vida.

—¡Muy bien! —chilló ella—. Si todavía amas a Audrina, no es posible que estés enamorado de mí. Lo que has hecho ha sido usarme, Arden, ¡has hecho uso de mí! ¡Me has robado! Sí, porque, hasta donde yo lo entiendo, es posible que lleve en el vientre un hijo tuyo otra vez... Como lo llevé antes, sin que tú lo supieras.

—Estuvimos juntos una vez, Vera, sólo una. Tú no tienes certeza de que el responsable haya sido yo. La probabilidad es demasiado remota. Tú fuiste la que vino a mí, la que me dijo que me deseabas y que estabas dispuesta a hacer cualquier cosa... y yo era muy joven, y Audrina era una niña...

—¡Y lo será siempre! —volvió a chillar Vera.

Luego su voz bajó una octava entera, en su esfuerzo por volverse persuasiva:

—Tú también me deseabas. Te posesionaste de mí y lo gozaste, y yo tuve que pagar el precio...

«¡Oh, Dios mío, oh, Dios mío! Una y otra vez, todos nosotros seguíamos pagando precios», pensé, mientras mi mente vagaba en círculos interminables y en vano me esforzaba por aferrarme a algo estable.

—Pero si la amas, Arden, quédate con ella. Espero que sus brazos te den consuelo cuando lo necesites, que sus besos te enciendan los labios y su pasión satisfaga tus deseos. El Señor sabe que jamás he conocido un hombre que necesitara una mujer tanto como tú. Y no te quedes ahí pensando que podrás contratar a otra enfermera que me reemplace. Tal vez no sepas esto, pero Audrina me necesita, y Silvia también. En cierta forma, no obstante todo lo que has dicho en el sentido de que Silvia no responde a nadie más que a tu adorada esposa, es un hecho que yo me he ingeniado en lograr que confíe en mí, incluso en serle simpática.

—Silvia no confía en nadie, ni quiere a nadie que no sea Audrina —protestó Arden.

Me quedé contemplando a Vera. Su brillante cabellera color albaricoque resplandecía bajo un gorrito blanco almidonado. Cada mechón de cabellos estaba en su debido lugar. Su pálido cutis lucía blando como pasta de modelar, y sin embargo se veía bonita vestida de blanco, gracias a aquellos relucientes ojos negros suyos. Eran «ojos duros, crueles, de araña ponzoñosa», pensé.

Tomó la cara de Arden en el hueco de ambas manos, como solía hacerlo yo,



apoyando sus largas uñas carmesí en las mejillas de él, y le aseguró:

—Amor mío, hay muchas maneras de saber cuándo Silvia tiene confianza. Yo estoy empezando a conocerla...

¡Dios santo! Silvia jamás confiaría o creería en Vera. ¡Sería la última persona del mundo a la que recurriera!

Como si me hubiera oído hablar, Silvia apareció en escena. Sentí que debía haberse levantado de su perpetuo refugio, y también que sin duda se sentía desesperada al darse cuenta de que yo no podía protegerla. Acercándoseme con su paso vacilante, actuó como si ella quisiera protegerme a mí. ¡Pobre Silvia! Lo único que yo había querido siempre era mantenerla a salvo, y ahora era ella la que tenía que mantenerme a salvo *a mí*.

Sus ojos color aguamarina me contemplaron inexpresivos, como si pudieran ver a través de mí, más allá de mí, a una distancia grande... enorme.

Silvia, Silvia... ¡Qué carga había sido siempre! Era mi cruz para el resto de mis días. Y ahora yo era la cruz que alguien tenía que llevar a cuestas. Traté de tragarme la autocompasión que estaba experimentando, y descubrí que apenas lograba mover algún músculo de la garganta. Seguí pensando en aquel día remoto, cuando yo tenía once años y papá llevó a Silvia a la casa por vez primera. Mi hermanita, nueve años menor, y nacida el mismo día de mi cumpleaños. Bajo el signo de una maldición, las chicas Whitefern, nacidas a nueve años de distancia.

O... ¿sería eso lo que la tía Ellsbeth quería afirmar cuando me repetía «extraño, muy extraño», viéndome como si quisiera darme un indicio? ¡Claro que era extraño! Mi vida estaba cimentada en mentiras. Aquella Audrina mayor no tenía nueve años más que yo.

¿Por qué pensaba en todo eso? Algo estaba en el fondo de mi cerebro, algo que sucedió en el cuarto de juego... Algo que me había hecho odiar a Arden...

—Adiós, Arden —dijo entonces Vera, interrumpiendo mis ensueños.

Luego se encaminó hacia la puerta, dejando a mi esposo contemplándola con una expresión contrita. De repente, todo lo que aquella mecedora me había revelado se me representó de nuevo y recordé lo que él le hizo a la primera Audrina, la muerta. Sin embargo, me dolía percatarme de su terrible dilema: conservarme a mí, una cosa de nada, y a Silvia, una criatura errabunda y enajenada, o marcharse y llevarse consigo la poca felicidad que pudiera encontrar o robar...

—¡No te vayas! —gritó Arden a Vera, con voz profunda y ronca, como si le brotara de la garganta, a pesar suyo—. Te necesito, Vera, te amo... Tal vez no como amo a mi esposa, pero con un amor que es verdadero. Haré lo que quieras... lo que sea... Pero concédeme un poco más de tiempo. Dale a Audrina un poco más de tiempo y prométeme que no le harás daño a Silvia.

Vera regresó y se le acercó otra vez, llena de sonrisas, con aquellos ojos brillantes de araña venenosa y aquella voluptuosa figura que se movía de un lado a otro hasta deslizarse lasciva contra el pecho ansioso de mi marido. Se fundieron en estrecho

abrazo, moviéndose al ritmo de una música silenciosa, mientras su terrenal lujuria se desencadenaba ahí, frente a mis ojos.

A veces la naturaleza es amable. La vista se me nubló. Empecé a perderme en la bruma. Sin embargo, en lo profundo de mi cerebro estaba bien esculpida la idea de que tenía que salvar a Silvia y librar a Arden de una mujer que acabaría por arruinar su virilidad. Pero después de todo, a mí ¿qué me importaba? Él le había fallado también a la primera Audrina, cuando ella más lo necesitaba... y entonces era cuando yo me había enterado de todo. A mí me correspondía castigar a Arden, no a Vera.

Tenía que sobrevivir por el bien de Silvia, para librarla de una institución. Papá tenía que estar en algún lugar... A él también tenía que salvarlo... ¡de Vera! Pero ¿cómo? ¿Cuándo podría moverme o hablar?



A medida que los días iban arrastrándose con monotonía y pesadez, yo iba conociendo a la auténtica Vera, como nunca antes, a través de las crueldades que me decía. Convencida de que yo no podía oírla, explayaba siempre la verdad desnuda.

—Ojalá pudieras verme y oírme. Audrina. Estoy gozando del sexo con tu marido adorado. Él lo llama hacer el amor, pero yo sé bien lo que es. Él va a pagar por todo lo que yo he tenido que pasar para conquistarlo. Va a darme el mundo entero, esta casa, la fortuna de papá... Todo lo que esta monstruosidad encierra se pondrá en subasta. En cuanto todo esté a mi nombre, me desharé de Silvia... y también de papá —reía con crueldad—. Arden resulta muy atractivo de mil maneras... depende mucho de las mujeres para poder ser feliz. Muy necio tiene que ser un hombre para dejar que eso suceda. Admiro al hombre que siempre debe tener a la esposa en el lugar que le corresponde... Pero el hombre de nuestra familia seré yo. Tarde o temprano, Arden será mío... Eso no lo dudes.

Sus largas uñas me herían, cuando me hacía rodar brutalmente sobre la cama para cambiar las sábanas. Me colocaba en una posición de equilibrio tan precario, al borde del colchón, que poco me faltaba para caer. Luego, sujetándome de la cabellera y una pierna desnuda, de un tirón me colocaba en una postura de mayor seguridad. Después se daba el lujo de propinarme un sonoro manotazo en la nalga desnuda, como si yo hubiese tratado de rodar al suelo a propósito. El siguiente paso era darme vuelta para dejarme boca arriba, pasar al otro lado de la cama para restirar la sábana limpia y sujetarla al colchón, y por fin quedarse contemplando mi cuerpo desnudo, como para hacer un avalúo del mismo.

Era una sensación espantosa sentirme desnuda y vulnerable, incapaz de valerme por mí misma, a la vista de esos ojos, en nada más amables que aquellos ojos hambrientos de los muchachos de los bosques.

—Sí... ya veo por qué pudo haberte amado en alguna ocasión... Buenos pechos...

En el momento en que hacía ese comentario, me pellizcó las tetillas, produciéndome un dolor no localizado. Dolor... eso significaba que me recuperaría... Si me daba tiempo. Luego prosiguió su análisis:

—Esbelta de cintura, vientre plano, bonito, muy bonito. Pero tu belleza está abandonándote, Audrina querida, está yéndose a gran prisa. Todas esas jóvenes curvas acentuadas que a él le gustan tanto no tardarán en convertirse en carne suelta, sin músculo, caída y colgante; cuando eso suceda, ya no le interesarás.

Ahí estaba yo, tendida, con la mirada puesta en el cielo raso encima de mí. ¿Dónde estaba papá? ¿Por qué no venía a visitarme?

Desde la esquina, Silvia se inclinó hacia el frente. Sus ojos se veían llenos de expresión, mientras estudiaba a Vera con mucha atención y avanzaba con descuido, acercándose más y más. Yo apenas alcanzaba a ver el ondear de su cabellera en la penumbra de la enorme recámara. Sin embargo, no dejaba de desear que hiciera algo de utilidad. *Si no quieres que te encierren en uno de esos horribles lugares, ¡ayúdame, Silvia, ayúdame! Haz algo por salvar mi vida... ¡y también la tuya!*

Se había acercado ya lo suficiente para encontrar un punto en el que un rayo de sol lograba penetrar, iluminando su cabello y haciéndolo lucir cobrizo. Con el prisma de cristal en la mano, no dejaba de darle vueltas en todos sentidos, como bebé que se deleita observando los rayos de colores dispuestos en miles de arco iris por todo el recinto. Al fin logró lanzar un rayo de tonalidades escarlata y anaranjada, directamente a los ojos de araña ponzoñosa de Vera.

—¡Deja de hacer eso! —le gritó Vera, indignada—. Fue lo que le hiciste a mi madre, ¿no es cierto? Y también a Billie, ¿verdad?

Moviéndose siempre como cangrejo, Silvia volvió a escurrirse hasta su rincón en las sombras, sin dejar de observar con ojo vigilante, por un lado a mí y por otro a Vera.

Sin poder dejar de hablar, Vera continuaba monologando, como si yo hubiese sido su confesor y supiera que, al ponerme bajo tierra, me llevaría conmigo sus secretos y ninguna de sus horribles acciones pudiera volver a asediarme la conciencia.

—¿Quieres saber algo, mi querida hermana? A veces pienso que Arden cree que fui yo quien arrojó a su madre por las escaleras. Cuando juzga que estoy dormida, se incorpora, apoyándose en un codo, se queda mirándome a la cara y me hace dudar si tendré la costumbre de hablar en sueños, diciendo cosas que él pueda oír. *Él sí* habla en sueños. Pronuncia tu nombre, tratando de hacerte volver de dondequiera que estés, y si lo despierto me da la espalda, a menos que yo tenga ganas de hacer el amor. Me da la sensación de que es lo único que quiere de mí. Por muchos motivos creo que no me tiene confianza y que en realidad no me ama; únicamente me necesita de cuando en cuando. Pero yo haré que me ame más de lo que te ama a ti. Diez veces más. Tú nunca fuiste para él una verdadera esposa, Audrina. ¿Cómo podrías haberlo sido

después de lo que sucedió?

Argentina como cristal fino, su risa juguetona tintineó en la recámara, como las campanillas de viento de la cúpula. Luego, agregó:

—¿No fue un bonito regalo de cumpleaños lo que aquellos muchachos le dieron a Audrina?

En ese preciso momento, Arden entró al cuarto. Tomó a Vera por los hombros y protestó:

—¿Qué estás diciéndole? ¡Es muy posible que sea capaz de oír! Sus doctores me aseguran a que a veces un paciente en estado de coma puede ver, oír y pensar, y nadie lo sabe. Por favor, Vera, aunque tenga que morir, quiero que salga de este mundo creyendo en mí y amándome hasta el final.

La aludida volvió a reír.

—Entonces fue cierto... Tú estabas ahí y no hiciste nada por salvarla. ¡Valiente amigo fiel resultaste! Tú emprendiste la fuga, Arden; lo único que supiste hacer fue correr. Pero yo lo entiendo... De veras, lo entiendo. Eran mucho mayores que tú en edad y en tamaño... tenías que pensar en ti mismo.

Sintiéndome confusa, me esforcé por compaginar todo lo que estaba oyendo... Por fin conocí el secreto de la primera Audrina, que no tenía nueve años de edad. Pero ¿por qué me diría papá una mentira tan insulsa? ¿Qué importaba que me hubiera dicho la verdad? Eso significaba que Vera debió haber jugado con la primera, la mejor, y en realidad la conocía y la quería a tal grado, que no podía tolerar que yo ocupara su lugar. Pero..., en ese caso ¡yo también debí haberla conocido! Comenzó a dolerme la cabeza. Mentiras... ¡Mi vida entera edificada sobre mentiras que no tenían ningún sentido!



Un día tras otro, Vera me cuidaba con odio, me observaba con disgusto, me cepillaba el cabello con tanta brusquedad, que me arrancaba gran parte de él. Con métodos nada asépticos me insertaba catéres, aun estando Arden en la recámara. Gracias a Dios, él me tenía suficiente respeto y conservaba la necesaria decencia para darse vuelta y no mirar.

Pero con frecuencia, cuando Vera andaba por otros sitios de la casa, mi esposo iba a la recámara y me hablaba en voz suave, mientras me movía con ternura los brazos y las piernas:

—Mi amor, despierta. Quiero que te recuperes. Estoy haciendo cuanto puedo por impedir que los brazos y las piernas se te atrofien. Vera asegura que no sirve de nada, pero tus doctores dicen que sí. No quiere que yo hable con ellos sin estar también ella presente. Por algún motivo se muestran terriblemente renuentes a decir nada. Tal vez

Vera ha estado tratando de protegerme, impidiéndome saber muchas cosas. Todos los días me asedia con la idea de que desconecte los aparatos que te sustentan la vida. No se atreve a hacerlo por sí misma. ¡Oh, Audrina, si pudieras salvarte a ti misma y ahorrarme a mí el peligro de hacer lo que me arruinaría el resto de la existencia! Vera dice que soy débil... Y tal vez sea cierto, porque cuando te veo día tras día en estas condiciones, pienso que tal vez estarías mejor muerta. Pero luego me digo: no, tú te recuperarás... Sin embargo, Audrina... si adelgazas mucho más, acabarás por agotarte y consumirte, aun cuando Vera y yo no hagamos nada.

Sí era débil. Le había fallado a la primera Audrina y me fallaba a mí. No obstante todas sus declaraciones de amor, dormía con Vera noche tras noche.

Al fin, un día, cuando yo estaba a punto de abandonar toda esperanza, papá entró a mi recámara con los ojos empapados en lágrimas que me cayeron en la cara como tibia lluvia de verano. Traté de parpadear para darle a entender que estaba consciente, pero no tenía control sobre mis párpados. Se abrían o cerraban al margen de mi voluntad.

—Audrina —lloró en voz alta, cayendo de rodillas y aferrándose a mi mano flácida—. ¡No puedo dejarte morir! ¡He perdido ya tantas mujeres en mi vida! ¡Regresa, no me dejes solo con Vera y con Silvia! Ellas no son lo que yo necesito o quiero. Siempre has sido tú la persona con la que he contado hasta el último momento. ¡Que Dios me perdone si te he puesto encima un gravamen insoportable amándote demasiado!

Yo también estaba ya cansada de papá.

Si él volvió a visitarme, no estuve consciente de su presencia. La siguiente vez que desperté pareció que habían transcurrido semanas enteras. Pero me encontraba como cuando era niña: sin sentido del tiempo. ¿Cómo podía saber qué sucedió? Una vez más estaba en cama. Mi recámara se hallaba vacía: no había otra cosa ahí, más que yo misma. La casa se encontraba tan silenciosa, se sentía tan inmensa y vacía a mi alrededor... Seguí tendida, paralizada, tratando de pensar en lo que podría hacer para escapar, mientras Vera estaba ocupada en otra cosa.

Se abrió la puerta y Arden y Vera entraron juntos. Ella le hablaba en un tono agresivo:

—Arden, a veces eres más un chico grande que un hombre. Tiene que haber algún modo legal de forzar a Damian a dejarte su dinero cuando muera. Evidentemente tiene que darse cuenta de que Audrina no podrá sobrevivirle ni aprovechar sus millones.

—Pero Silvia siempre necesitará atención, Vera. No puedo culpar a Damian por pensar en ella. Si Audrina muriera, el testamento de Damian estipula que si Silvia se interna en un sanatorio o muere, la parte que me corresponde por Audrina se suspenda. Él ha dispuesto que se deposite en un fideicomiso, para que se distribuya mensualmente. A mí no me importa que no me deje nada. Siempre puedo ganar lo suficiente para que tengamos con qué comer, con qué vestimos y casa en qué vivir.

—¿Comer, vestir y albergarnos? ¿Es lo único que le pides a la vida? ¡Hay todo un mundo de esplendor y placer fuera de las paredes de este museo! ¡Ve en busca de él! Si no vas tú, iré yo. Arden: mírame. Tengo veinticinco años, uno menos que tú. La vida avanza con una rapidez tal que pronto habremos cumplido treinta. El dilema es ahora o nunca. ¿De qué sirven los montones de dinero cuando estás demasiado viejo para gozarlo? ¿De qué sirven la hermosa indumentaria y las costosas alhajas cuando has perdido la línea y tienes arrugas en el cuello? ¡Yo lo quiero ahora, Arden, ahora! Lo quiero ahora que soy bastante bonita para sentirme satisfecha de mí misma. Decídetes, Arden. Decide lo que quieres. Haz algo positivo, una vez en tu vida. Has dejado que el sentimiento de culpa te domine, porque fallaste aquel día en los bosques... Y en cierto sentido volviste a fallar al ser tan estúpido como para casarte con Audrina. ¡Dímelo ahora, dime que me escoges a mí, no a ella! Quiero salir de esta miserable situación, ¡ahora mismo! ¡Hoy!

Desgarrado por la indecisión, Arden me miró a mí, luego a Vera, después a Silvia, que avanzaba tambaleándose, acercándose a la cama. Trató de cepillarme el cabello con sus manos torpes, y de pronunciar mi nombre con su hablar difícil. Pero Vera estaba ahí, y Silvia no lograba ni siquiera hacer que las manos dejaran de temblarle. Mostrándose profundamente turbada y frustrada, se dio vuelta, abriendo los brazos cuanto podía, como si quisiera protegerme.

—Siempre que puede se me acerca subrepticamente y me asusta —dijo Vera—. Me hunde los dientes en cualquier parte del cuerpo que tiene al alcance. Yo le doy golpes, puntapiés, pisotones, y la jalo del cabello para obligarla a desistir, pero se me cuelga como perro bulldog. ¡Está loca!

Arden no podía quitarle la vista de encima, pero sin hacer comentario alguno. Luego clavó los ojos en mí, que yacía inerte como un tronco, con los ojos entreabiertos y el labio inferior colgante. El aparato de venoclisis decantaba su solución en mis venas, mientras mi cabellera se extendía sobre la almohada como haces de lacios cordeles. Sabía que no podía ya apelar a él.

—Sí —convino con gran esfuerzo, en tanto una nube de bruma los envolvía a él y a Vera—, tal vez tengas razón. Audrina querría morir antes que seguir viviendo en esta forma. Es demasiado joven para haber sufrido tanto. ¡Qué pena tan tremenda el que nunca haya podido ayudarlo, cuando lo único que siempre quise fue evitarle más sufrimientos! ¡Oh, Dios mío, si al menos hubiera podido actuar de distinta manera, tal vez nada de esto habría acaecido!

Bajó la cabeza. Lo último que pude ver a Arden hacer en esa ocasión fue arrodillarse junto a mi cama, aferrándose la mano con la suya y apoyando en ellas la mejilla, mojada por las lágrimas.

Un segundo antes de irme a flotar a ese lugar indefinido que llaman sueño, pude sentir el calor de su cara y la humedad de las lágrimas. Traté de hablar, de decirle que no iba a morir, pero mi lengua permanecía congelada y lo único que pude hacer fue desvanecerme.



## LOS ÚLTIMOS SACRAMENTOS

**U**n día, que luego supe era de un claro verano, como en alas del sueño me llegó la idea de que mi muerte estaba cercana.

El modo decidido con que Vera entró a grandes pasos en mi recámara aquella mañana me lo dio a entender. Se acercó a mi cama y me observó el rostro. Yo tenía los ojos entrecerrados, sabedora de que las pestañas me daban la apariencia de alguien que duerme. Con una mano fría me tocó la frente, para sentir mi temperatura.

—Fresca —comentó—, pero no lo suficiente... ¿Estás recuperándote, Audrina? Tu cutis luce mejor... Me atrevo a decir que casi pareces medio viva. Hasta creo que has aumentado de peso. Pero estoy segura de que Arden no lo notará —dejó escapar una risita burlona—. Rara vez te ve algo que no sea la cara, aun cuando entra aquí clandestinamente para moverte los brazos y las piernas. Papá hace otro tanto, pero sus ojos están tan llenos de lágrimas, que tampoco puede ver nada. Los dos están tan agobiados con sus sentimientos de culpa, que es un milagro que todavía se levanten en la mañana para ir a trabajar.

Miró de reojo a Silvia, que había adquirido la costumbre de dormir en el suelo, junto a mi cama.

—¡Quítate de ahí, idiota! —Hizo un gesto que yo calculé fue un puntapié.

Silvia dejó escapar un gemido de dolor, se puso en pie sin vacilar y tambaleándose se retiró a su esquina predilecta en la penumbra. Ahí se agazapó, a modo de poder mantener un ojo avizor sobre Vera.

—Tu última hora del baño —comenzó a canturrear Vera—, no querría que el forense piense que te descuidé. «Te quitaré al hombre ése del cabello» —cantaba jubilosa—. Voy a pintarte esa cara y a procurar que te veas bonita... pero no tanto que él llore demasiado.

Mi muerte estaba resultando para ella una zarzuela. Se me acercó con una vasija de agua tibia y varias toallas. Sin perder el tiempo, desconectó el aparato de venoclisis y me movió de un lado a otro, hasta que al fin la cabeza me colgó a un costado de la cama, sobre el recipiente de agua. Usó varias jarras de agua para enjuagarme el cabello. Luego volvió a ponerme sobre el lecho, me dio Un baño de



esponja y me puso, por encima de la cabeza, uno de mis camiones más bonitos. Pareció notar cierta diferencia en la flexibilidad de mi cuerpo. Me observó perturbada, vacilante, pero al fin sacudió la cabeza y comenzó a cepillarme y arreglarme el cabello.

Varias veces se sirvió del pulgar y el índice para levantarme los párpados y escudriñarme los ojos.

—¿Te vi moverte, Audrina? Podría jurar que te vi hacer un movimiento. También te contrajiste cuándo te jalé el cabello. ¿Estás sólo fingiendo hallarte en estado de coma? Bueno, me importa un bledo. Sigue con tu juego, pero prolongalo lo suficiente. En la tumba acabarás por encontrarte a ti misma. Al fin y al cabo, has fingido ya durante demasiado tiempo, Audrina. Estás tan débil que no puedes hacer nada por ti misma. Demasiado débil para caminar, demasiado débil para hablar, y papá y Arden se han ido de viaje, a una asamblea de todo el día en Richmond. No regresarán sino ya entrada la noche. Yo no tardaré en tener que irme a toda prisa al salón de belleza en el auto de Arden, y nuestra nueva sirvienta, llamada Nola, tendrá instrucciones para cuidarte.

Todos y cada uno de mis sentidos se aceleraron, se agudizaron.

Mis instintos de supervivencia se despertaron al estremecerme interiormente, llena de alarma, preguntándome cómo se propondría matarme y qué podría yo hacer para salvarme.

Unos segundos después, Vera entró a mi vestidor para ponerse mi maquillaje en la cara. Percibí el aroma de mi perfume francés y el de mi talco. Luego pude oírla moviendo la ropa en mi clóset.

En cuanto encontró lo que quería, se me apareció ataviada con mi mejor traje de verano.

—Es agosto, Audrina. Agosto en París... ¡Qué espléndida luna de miel voy a tener! Antes que termine el mes, Arden Lowe será mío... y tiene pruebas suficientes para meter a papá a la cárcel. No quiere usarlas, porque nuestro querido papá se ha reformado moralmente y ya no estafa ni defrauda a nadie. Tu noble Arden hizo que desistiera de esas prácticas reprobables. Yo tampoco quiero que vaya a la cárcel. Lo quiero tener donde pueda ponerle las manos encima y hacerle pagar... y pagar... y pagar. Y cuando le haya quitado todo su dinero... ¡al asilo de ancianos, querido papá! Y la encantadora Silvita recibirá también su merecido... Creo que es muy romántico de tu parte morir en verano. Sobre tu tumba podremos ponerte todas esas rosas que tanto amas. ¿Recuerdas aquella primera caja de chocolates del día de San Valentín, que Arden te regaló y que yo devoré hasta el último bocado? Ya entonces te aborrecía porque le resultabas atractiva, cuando yo tenía una edad más cercana a la suya. Has estado inconsciente tres meses... ¿lo sabías? *Hago oración* para que puedas oírme. Según tu marido, él y tú al fin «se habían encontrado», precisamente antes que rodaras por las escaleras. Realmente, Audrina, qué bien conoces todas las formas, posibles para trastornar tu vida. Son demasiadas las personas que se caen en esta

casa. Alguien debería encerrar a Silvia, antes que otra más ruede dando tumbos. Tú amparaste a una asesina, Audrina. Pero de mañana en adelante no tendrás que preocuparte más por ella. Voy a la aldea a exhibirme a placer. Mientras me voy... se ejecutará el trabajo. Volveré y te encontraré muerta —rió con satisfacción y se dio vuelta para mirar con dureza a Silvia.

El sonido típico de sus tacones altos sobre los pisos de la casa tuvo para mí valor de presagio, al oírla llegar hasta la puerta.

Yo estaba sola... de no haber sido por Silvia.

Traté de hablar, de llamar... Aunque logré emitir algunos sonidos guturales, como gargarismos, no conseguí decir algo que tuviera sentido. Internamente formulé un intenso deseo: *Silvia, ven, haz algo para ayudarme. No permitas que Vera me encuentre aquí cuando regrese. Por favor, Silvia, por favor...*

Hecha nudo en su esquina, como de costumbre, Silvia jugaba con varios prismas, usándolos para proyectar rayos separados de luz, que se entrecruzaban, pero de cuando en cuando levantaba la vista para mirar con ojos inexpresivos en dirección a mi cama. Era apremiante que yo encontrara mi voz. La necesidad desesperada me dio la fuerza para hablar:

—Silvia... ayúdame...

El clamor salió de mi garganta como algo apenas más perceptible que un débil gemido, pero Silvia lo oyó y lo entendió.

Con su habitual torpeza se puso en pie. Caminando con torturante lentitud, se encaminó, no hacia mi cama, sino hacia el tocador, que no se reflejaba en el espejo. Sin embargo, pude oírla jugando con los frascos bonitos y las botellas que encontró a mano. Oprimió la perilla del atomizador e hizo que me llegara el aroma del jazmín.

—Silvia —gemí de nuevo—, ayúdame... sácame de aquí. Escóndeme. Por favor, por favor... Silvia... ayuda a Audrina.

Algo le había llamado la atención. Pude verla en el espejo. Estaba mirando en dirección a mí. Parecía atónita, casi aterrada. Paso a paso, con lentitud desesperante, se acercó a mi cama. Llevaba en la mano mi espejo de plata y por momentos contemplaba su propio rostro, como si la bella chica del vidrio la fascinara... ¡y con razón! Al erguir la cabeza, echando hacia atrás un mechón de cabello en desorden, reveló su increíble belleza.

Volví a encontrar mi voz, débil y trémula:

—El carrito de Billie, Silvia... el carrito rojo... Búscalo, ponme sobre él.

Lenta, muy lentamente, se acercó para mirarme con ojos inexpresivos. Luego observó su cara en el espejo. Yo podía decir lo que estaba contemplando. En ese momento se parecía a mí más que yo misma.

—Por favor, Silvia... Ayúdame —susurré.

Se abrió la puerta. El corazón casi dejó de latirme. Vera había retornado en tan poco tiempo... ¿Qué le había fallado? La razón de su regreso se hizo obvia en el acto. Llevaba una bolsa de plástico llena de galletas. Precisamente las que apasionaban a

Silvia.

—Mira, Silvia —le indicó con su más dulce y encantadora voz—. La linda Silvia no ha tenido un gusto como éste en años y años, ¿verdad? La malvada de Audrina no te dejaba comer tus galletas, pero la linda Vera sí. Ven, Silvia bonita, cómete tus galletas, como niña buena. Mañana te traeré más. Mira dónde deja tu media hermana las galletas... debajo de la cama.

¿Qué se proponía?

Minutos después, Vera estaba otra vez de pie, tomando su bolsa... que en realidad era mía, y riendo casi imperceptiblemente, mientras se encaminaba hacia la puerta y se despedía de mí:

—Adiós, Audrina, adiós. Cuando llegues al cielo saluda a tu madre de mi parte. Si la mía está ahí, haz caso omiso de ella. Morir no duele mucho. Se acabará tu alimento, eso es todo. La máquina que reemplaza tus riñones parará... eso no duele. Tal vez cuando el respirador cese tú simplemente dejarás de inhalar oxígeno... Es difícil precisar, pero no creo que dueres mucho. Todo ese duelo que le guardaste a Billie contribuyó a empeorar tu salud mucho antes de la caída. A propósito... ¿sabías que yo te ayudé, poniendo un poco de droga en tu té? Sólo una poca, para mantenerte en estado de constante apatía...

¡Pam! Se oyó un fuerte portazo.

En cuanto cerró la puerta, Silvia se arrastró gateando hasta la cama y se metió debajo. Cuando volví a verla tenía la boca llena de galletas, y en la mano libre llevaba el enchufe único que conectaba todas mis máquinas a la corriente eléctrica. ¡Santo Dios! Vera debió de haber conectado las galletas al enchufe, con el alambre del cuadro que vi colgando de la mano de Silvia. Ésta arrancó el alambre del paquete de galletas, lo arrojó al suelo y volvió a llenarse la boca. Yo me sentí extraña, muy extraña. La imagen de Silvia iba haciéndoseme borrosa... más borrosa...

¡Estaba muriendo!

—*Quieres que me muera, Silvia?* —la recriminé con desesperación, aferrándome con toda mi concentración a todas las briznas de fuerza de voluntad de que disponía para controlarla. Decidida a vivir, luché contra la sensación de mareo que se empeñaba en hundirme más y más.

Como si consolidara sus fuerzas, tratando de dar expresión a su mirada y de mantener así la vista, mi hermana menor tocó la lágrima que me brotaba del ojo derecho.

—¿Aaauuu—driii—naaa?

Ella me amaba. El bien que pude haberle hecho sin el menor interés de mi parte estaba surtiendo un efecto mil veces mayor.

—¡Oh, Silvia, date prisa!

Vera podría regresar mucho antes de lo que yo pensaba... ¡Y Silvia era tan torpe!

Con torturante lentitud, Silvia me dio la impresión de que se tardaba horas enteras en volver con el carrito de Billie, que se había estropeado mucho al caer con su

dueña.

—Vera maaa—laaa —musitaba Silvia mientras tiraba de mi brazo, tratando de sacarme de la cama—. Maaa—laaa Ve—raaa...

Con respiración ahelante, casi ahogándome, me ingenié para emitir un sonido parecido a un «sí». Hubiera querido que Silvia me levantara. Evidentemente yo pesaba bien poco, pero su fuerza era tan insignificante que no lograba hacer otra cosa que tirar de un brazo y una pierna. Consiguió hacerme bajar de la cama hasta caer sobre la mullida alfombra. La sacudida que eso implicó me provocó oleadas de conmoción en todo el cuerpo, ondas que llegaron a todas mis terminales nerviosas.

—Aaaaa—driii—naaa...

—Sí, Audrina quiere que tú la saques de aquí... a un lugar seguro... en la planta baja...

Le costaba mucho trabajo moverme. Cuando me puso las asentaderas sobre el carrito, el tronco quedaba fuera y las piernas me arrastraban. Silvia se puso a estudiarme, con un gesto de desconcierto. Luego se inclinó sobre mí para doblarme las piernas, empujando las rodillas, y como la maniobra parecía dar resultado dejó escapar un leve gruñido de satisfacción y orgullo, y con nuevos esfuerzos me empujó para ponerme en posición vertical. Pero al dejarme sola, caí sobre un costado. Volvió a colocarme lo mejor que pudo sobre el carrito y miró a su alrededor.

Yo me esforcé por plegarme sobre las rodillas dobladas, tratando de entrelazar los dedos de las manos para mantenerme en esa posición. Con sacudidas irregulares, la cabeza me oscilaba pesadamente cuando trataba de levantarla. El menor movimiento que intentaba hacer resultaba tan difícil y doloroso, que me daban ganas de gritar ante la agonía de apenas poder hacer lo que solía serme tan fácil. La desesperación me puso frenética, pero también me proporcionó una fuente inesperada de energía, y conseguí trabar los brazos, entrelazando los dedos de las manos, de modo que impedía que las piernas se desdoblaran. Estaba como un paquete muy mal hecho. Empapada de sudor, esperé a que Silvia comenzara a empujarme fuera del cuarto.

—Siiil—viii—aaa... Auuu—diiii—naaa —murmuraba en tono feliz, mientras se ponía de rodillas y empezaba a empujarme con gran esfuerzo.

Por fortuna había dejado abierta la puerta al volver con el carrito. Hablando todo el tiempo con su balbuceo peculiar, tratando de decirme que yo era su bebé, insistiendo en que Vera era maaa—laaa.

En el vestíbulo, los relojes de los abuelos empezaron a sonar con su multitud de campanas. No tardaron en unírseles los demás relojes de la casa, en mesas, armarios y escritorios. Todos marcaban las tres. Al fin, alguien los había sincronizado.

La espesa alfombra de los corredores, destinada a crear pasillos silenciosos y preservar la intimidad de las recámaras, dificultaba mucho a Silvia la tarea de empujarme. Las pequeñas ruedas del carrito se hundían en el tejido y se resistían a moverse. Con razón Billie le había suplicado a papá que mandara levantar las alfombras cuando ella necesitaba hacer uso de los corredores. Pero ahora ahí estaban

de nuevo, para estorbar mi fuga. ¿Adónde podría llevarme Silvia?

En una marcha tediosa, con respiración anhelante, pujando y hablando en su galimatías, empujaba el artefacto. Con frecuencia se detenía a descansar y sacaba los prismas de los bolsillos de su holgada indumentaria.

—Auuu—diiii—nnnaaa... Duuul—ceee Au—driinaaa.

Con gran esfuerzo logré girar un poco la cabeza. Mis movimientos eran espasmódicos. Conseguí contemplar la expresión del rostro de Silvia. Estaba en un éxtasis de júbilo, porque la hacía feliz ayudarme y sentirse útil. Los ojos le resplandecían de regocijo. Verla así me dio nueva fortaleza y conseguí decirle otras palabras entrecortadas:

—Tú... dijiste... mi... nombre... muy... bien.

—Auuu—driii—naaa —repitió mirándome con una expresión radiante, deseosa de parar y ponerse a jugar o a hablar.

—Escóndeme —fue lo único que pude decirle, antes de quedar medio desvanecida.

En ese momento, todo pareció moverse hacia mí. Las paredes se me acercaban y luego retrocedían. Las antigüedades de las mesas se movían y las figurillas se erguían con proporciones enormes. Los diseños curvilíneos del alfombrado parecían enroscarse en torno mío, tratando de sofocarme y yo seguía luchando contra la negrura que se empeñaba en enseñorearse de mí otra vez. Tenía que mantenerme despierta y dueña de la situación, o acabaría por caerme del carrito. Horas y más horas de esfuerzos de Silvia empujándome y arrastrándose detrás de mi vehículo... ¿Adónde, pensaría llevarme?

De repente me encontré directamente enfrente de la escalinata principal. «¡Nooo!», quise gritar, pero estaba muda del terror. ¡Silvia iba a arrojarme por las escaleras!

—Auuu—driii—naaa, duuul—ceee Auuu—driii—aaa.

Con suavidad y lentitud, el carrito giró en dirección opuesta a la escalinata, encaminándose hacia el ala oeste del edificio, donde estaba el cuarto de la primera Audrina.

Entre la conciencia y la semiinconsciencia, con dolores que de tiempo en tiempo se me hundían en diversos lugares del cuerpo, empecé a orar en silencio. En la planta baja alcancé a oír el golpe de la puerta principal que se cerraba.

Acelerando apenas una brizna, Silvia dio la vuelta con el carrito, entrando al cuarto de juego.

No, no, no... fue lo único que pude pensar, cuando me hizo entrar a aquella recámara donde habían principiado todas mis pesadillas. El lecho elevado se erguía ante mí. Sin titubear, Silvia me empujó debajo de él. Yo me solté las piernas y me dejé caer hacia atrás, para evitar que el golpe con la cama me hiciera caer. Todo en un lapso de instantes. Los anticuados resortes de la cama, recubiertos de años de capas de polvo, salieron al encuentro de mis miradas. Silvia se asomó, levantando la orla de

la colcha y luego la dejó caer.

Sus pasos lentos fueron desvaneciéndose. Ahí estaba yo sola, bajo la cama, acompañada del polvo... y de una enorme araña que tejía su tela, de un resorte a otro. Tenía ojos negros como los de Vera. Al parecer se dio cuenta de mi presencia e interrumpió su tarea. Me observó y luego prosiguió hasta terminar su complejo diseño.

Cerrando los ojos me entregué en brazos del hado, con todo lo que pudiera tenerme reservado. Traté de relajarme y no preocuparme por Silvia, que tal vez incluso olvidaría el sitio donde me había ocultado. ¿Quién habría pensado jamás en buscarme debajo de la cama de un cuarto que nadie usaba ya para nada?

En ese momento oí los gritos de Vera:

—¡Silvia! ¿Dónde está Audrina? ¿Dónde está?

Luego se oyó un golpe seco, como si algo hubiese caído, después otro grito; esta vez pareció más cercano.

—Ya te atraparé, Silvia, y cuando lo haga, ¡te arrepentirás de haberme arrojado ese florero! ¡Grandísima idiota! ¿Qué has hecho con Audrina? ¡Espera a que te atrape! ¡Voy a arrancarte el cuero cabelludo!

Pude oír el ruido de puertas que se abrían y se cerraban, mientras continuaba la carrera en pos de Silvia. Yo ni siquiera sabía que Silvia pudiera correr. ¿O sería Vera, que se daba toda la prisa posible para revisar todos los cuartos antes que Arden y papá volvieran?

Buscaba con una prisa tan frenética, que no parecía que pudiera hacerlo con el esmero requerido. ¡Había tantos cuartos, tantos clósets y antecámaras!

La oí entrar al cuarto de juego. La empolvada orla de la colcha dejaba libre un espacio de media pulgada sobre la alfombra. Con mucho dolor pude volverla cabeza, incapaz de resistir la curiosidad, y vi cómo se me acercaban sus zapatos color azul marino, uno con la suela más gruesa. Venía hacia la cama...

En ese momento, la mecedora comenzó a producir su inconfundible crujido.

—¡Deja en paz esa silla! —aulló Vera, olvidándose de mirar debajo de la cama, para ir a ahuyentar a Silvia. Cuando ésta se escabulló fuera del cuarto, Vera lanzó un grito y salió tras ella, cojeando y tratando de correr.

Apenas alcancé a ver cómo retrocedían sus zapatos. Creo que en ese momento me desmayé. No sé cuánto tiempo pasaría antes que volviera a oír pasos y distinguiera la silueta de Silvia espiando por debajo de la orla de la cama.

Luego comenzó a tirarme del brazo. Quise ayudarle, pero esta vez mi agonía era demasiado dolorosa. Sin embargo, de alguna manera ella sola se ingenió para sacarme de ahí, y poco después yo volví a ver la luz mortecina del día y me encontré sentada en la mecedora de figura de alcastraz. Silvia levantó mis brazos, para que pudiera apoyarlos en los del sillón. Lancé un grito. ¡No quería morir! ¡Por lo menos no en la silla *de ella!*

Silvia salió, cerrando la puerta a sus espaldas.

Yo empecé a mecarme. Tenía que hacerlo para huir del dolor y del horror de lo que estaba sucediéndome.

Sin dificultad, mi cántaro de miserias se vació, para dar cabida a más. En mí no había fuerza para resistir a nada que pudiera suceder. Vi de nuevo a Vera, como solía ser en los primeros años de su adolescencia, burlándose de mí por no saber lo que hombres y mujeres hacen para tener bebés... «Pero lo averiguarás un día... pronto», susurró.

El lluvioso día de los bosques volvió a presentarse. Los muchachos me daban caza y me atrapaban, pues en aquellas visiones yo era siempre la primera Audrina, y ella me hacía sufrir su propia vergüenza. Esta vez fue Arden el que me arrancó la ropa, que era de ella, y el que se dejó caer sobre ella, que era yo, y fue Arden el primero en cometer el estupro. Yo grité y volví a gritar una y otra vez.

—¡Audrina! —La voz de papá me llegó desde muy lejos, precisamente cuando yo lo llamaba.

Esta vez fue papá, no Dios; quien oyó mis clamores... ¡Y en el momento oportuno!

—¡Oh, santo Dios del cielo, mi dulce Audrina ha logrado salir del estado de coma! ¡Está gritando! ¡Va a recuperarse!

Sintiendo los párpados como si pesaran toneladas, logré abrirlos lo suficiente para ver a papá que se me acercaba corriendo. A distancia de unos cuantos pasos, Arden le iba a la zaga. Pero yo no quería ver a Arden.

—¡Mi amor, cariño! —sollozó papá, tomándome en sus fuertes brazos y estrechándome—. ¡Arden, ve a llamar una ambulancia!

Sentí que me ahogaba al rechazar las manos de Arden, que trataban de quitarme de los brazos de papá.

—El sueño, papá... la primera Audrina...

La voz me salía rasposa, por la falta de uso, con sonidos extraños.

Papá suspiró y me estrechó contra el pecho, con más emoción. Yo sentí que iba desvaneciéndome. Alcancé a ver a Arden que se alejaba corriendo, supongo que para pedir la ambulancia.

—Sí, amor mío, pero eso fue hace mucho tiempo, y tú vas a reponerte por completo. Papá te cuidará en todo momento. Y durante el resto de mi vida estaré de rodillas agradeciendo a Dios que te haya salvado, cuando yo creí que ya no quedaba esperanza alguna.



No recuerdo qué sucedió después. Cuando desperté, me hallaba en un hospital, en un cuarto de paredes color rosa, rodeada de rosas rojas y rosadas, por todos lados.

Papá estaba sentado en una silla, cerca de la ventana.

—Permítame hablarle —pidió a la enfermera.

Ella asintió con la cabeza, advirtiéndole que fuera breve. Luego, añadió:

—También el señor Lowe quiere tener tiempo de ver a su esposa.

Sentado en la cama, papá me abrazó con ternura, con una fuerza tal que pude oír las palpitaciones de su corazón.

—Has pasado por una ordalía espantosa, Audrina. Hubo ocasiones en que ni Arden ni yo pensamos que pudieras salir de ella... Y de esto hace bastante tiempo. El día de hoy fue un infierno especial para nosotros. Íbamos y veníamos por el pasillo, mientras el doctor te atendía... Mas ahora parece que vas a quedar muy bien.

Pero había una cosa que yo quería saber..., que tenía que saber.

—Papá, es preciso que esta vez me digas la verdad...

La garganta me dolía al hablar, pero meforcé a hacerlo y continué:

—¿Estaba Arden presente cuando murió tu primera Audrina? He visto su cara en mis sueños. Ahí estaba, ¿no es cierto? La primera Audrina trataba de advertirme respecto a él, pero yo no le presté ninguna atención, no quise oírla.

Papá vaciló, y miró hacia la puerta que Arden acababa de abrir. Estaba ahí, de pie, más abatido que nunca; yo no le había visto una expresión de desánimo como ésa más que cuando era apenas un chico, en medio del bosque, un chico sin una pizca de valor.

—Habla, Damian, dile la verdad. Dile que sí, que yo estaba ahí. ¡Dile que pegué la carrera! Como voy a hacerlo ahora, porque tus ojos me dicen que me odias. Pero volveré, Audrina.

En los días atormentadores que siguieron, me negué a dejar que Arden entrara a mi cuarto. Llegaba con flores, con dulces, con bonitos camiones de dormir y con elegantes «mañanitas». Pero yo hacía que se las devolvieran.

—Dile que se las regale a Vera —pedí a papá, que me miraba con gesto solemne, al distinguir las lágrimas que me rodaban por las mejillas.

—Eres muy dura con él, si bien comprendo por qué; pero es preciso que te domines, muchachita —me ordenó papá, cuando hice el intento de quedarme dormida—. Desde la noche de tu caída, Arden y yo hemos vivido un verdadero infierno. Reconozco que nunca quise que te casaras con Arden Lowe, y lo hiciste. Su madre me hizo comprender algo que no había entendido nunca, y tanto tú como yo le debemos mucho a ella. Y si le debes a ella, le debes más aún a su hijo. Dale una oportunidad a Arden, Audrina. Él te ama... Déjalo, entrar... por favor.

Le dirigí una mirada de incredulidad. Papá no sabía que Arden había estado haciendo planes para matarme y huir con Vera.

Una enfermera de pelo entrecano abrió la puerta de mi cuarto y asomando sólo la cara, advirtió:

—Es hora de irse, señor Adare. Estoy segura de que la señora Lowe quiere tener unos minutos a solas con su esposo...



—¡No! —protesté con firmeza—. ¡Dígale que se marche!

Yo no estaba aún en condiciones de ver a Arden. Él había sido infiel con Vera, y le falló a mi difunta hermana cuando podía haber sido su salvación... Y había algo más que yo tenía que comprender... Algo huidizo que seguía escapándoseme, mientras parecía susurrarme al oído que todavía no poseía toda la verdad acerca de la primera Audrina.

Pasaron unos días; luego, otros más. Yo me fortalecía más y más, con las vitaminas y los alimentos altamente proteínicos que me daban. Papá iba a visitarme dos veces al día. Yo seguía empeñada en no querer ver a Arden.

Me imponían tratamientos de terapia física para fortalecerme las piernas y los brazos, y también lecciones para controlar los músculos que habían estado inactivos tanto tiempo. Tuve que volver a aprender a caminar. Durante las tres semanas que pasé en el hospital, no permití que Arden entrara a mi cuarto una sola vez. Llegó el día en que papá fue por mí para llevarme a casa. Silvia iba sentada a mi lado.

—Arden quería acompañarnos —explicó papá al salirse de la carretera principal—. Realmente, Audrina, no puedes estar rechazándolo indefinidamente. Es preciso que discutas con él este asunto.

—¿Dónde está Vera, papá?

Hizo un gesto de franco disgusto.

—Se cayó y se rompió un brazo —contestó con indiferencia—. Jamás he sabido de huesos de cascarón de huevo tan frágiles como los suyos. Santo Dios, lo que me ha costado mantenerla entera...

—Quiero que se vaya de nuestra casa —exigí con voz firme—. Lo que ha sucedido entre Arden y yo, fue resultado de lo que ocurrió entre él y Vera.

—Se irá el mismo día que le quiten el enyesado —prometió papá, con una voz tan enérgica como la mía—. Creo que fue Silvia la que la hizo caer. Por lo visto, Silvia siente verdadero odio hacia ella.

Hizo una pausa y me lanzó una mirada escrutadora. Luego añadió, sin transición alguna:

—No tienes derecho a culpar a Arden por lo que hizo con ella. Muchas mañanas, durante el desayuno, aun antes que Vera llegara, yo pude notar lo infeliz que se sentía. Cuando tú mirabas hacia donde él estaba, procuraba sonreír, pero cuando volvías la cabeza hacia otro lado, yo podía luego decir que sus noches en tu compañía dejaban mucho que desear... Y me daba gusto, debo confesártelo.

A mí también me daba gusto pensar que lo había hecho infeliz. Abrigaba la esperanza de que Arden no viviera lo suficiente para tener otra hora de felicidad. Toda una serie de malos pensamientos me brotaban de la mente al ir acercándonos a aquella mansión enhiesta, espléndida y restaurada, que era Whitefern. ¡Qué irrisión haberme sentido tan orgullosa de que mis antepasados se remontaran a los viajeros que habían desembarcado en aquellas playas, para establecerse en la Colonia Perdida!

Con el apoyo de papá por un lado y el de Silvia por el otro, subimos paso a paso

los peldaños del pórtico. Arden abrió de par en par la puerta principal y salió corriendo a encontrarnos. Trató de besarme, pero yo retiré la cabeza con violencia. Luego intentó tomarme de la mano, pero se la aparté y le conminé:

—¡No me toques! ¡Ve a encontrar tu solaz con Vera, como lo hiciste mientras yo me hallaba en estado de coma!

Pálido y con aspecto miserable, Arden retrocedió y dejó que papá me guiara al interior de la casa. Ya adentro me dejé caer en el sofá color púrpura, restaurado con sus ribetes y borlas de color dorado, y retapizado de arriba abajo.

Entonces llegó el momento que yo había temido más, cuando me quedé a solas con Arden. En un gesto de cansancio cerré los ojos, tratando de actuar como si él no estuviera presente.

—¿Piensas quedarte ahí, con los ojos cerrados, sin decir nada? ¿No puedes ni siquiera mirarme? —empezó a levantar la voz—. ¿De qué demonios crees que estoy hecho? Tú te hallabas en estado de coma y Vera estaba presente, dispuesta a hacer lo que podía para ayudarme a sobrevivir. Tú te encontrabas acostada en esa cama, tesa y helada... ¿Qué indicios tenía yo para saber que día tras día ibas mejorando, cuando no se notaban señales de ninguna especie?

Se puso en pie y comenzó a caminar a grandes pasos, de un lado a otro, pero sólo frente al sofá donde yo estaba. Me levanté con cierta dificultad.

—Voy al piso de arriba. Por favor no vengas conmigo, Arden, no te necesito para nada. Sé que Vera y tú se habían propuesto matarme. Yo solía tener tanta fe en ti, tanta confianza en haber encontrado un hombre en este odioso mundo, que siempre estaría a mi lado cuando lo necesitara... pero me fallaste. ¡Querías que muriera para poder tenerla a ella!

Mi declaración le causó una verdadera conmoción. Se quedó pálido y sin habla, cuando estaba acostumbrado a ser tan locuaz como papá. Yo aproveché la oportunidad para encaminarme hacia las escaleras. En un momento me dio alcance, cosa muy fácil puesto que yo avanzaba con tanta lentitud, y me obligó a detenerme.

—¿Qué queda pues entre nosotros, ahora que has decidido odiarme? —preguntó con voz ronca.

Sin darle respuesta, seguí de frente. Pasé ante la recámara que habíamos compartido, pero alcancé a ver que habían puesto de nuevo mi cama matrimonial y se llevaron la cama angosta. Todo estaba bien arreglado para que no quedara nada que pudiera recordarme aquellos horribles días pasados en ese lugar, deseando morir.

—¿Adónde vas? —inquirió.

¿Qué derecho tenía de preguntarme nada? Él se hallaba ya completamente fuera de mi vida. Que se quedara con Vera... Estaban el uno para el otro.

Con dolor, pero cobrando más y más fuerzas a cada paso, me dirigí a otras escaleras que en unos momentos me llevaron al desván. Arden estaba a punto de seguirme, cuando me di vuelta, perdiendo los estribos, y le dije en un arrebatado de cólera:

—¡No! Déjame en paz. ¡Necesito hacer algo que he estado tratando de hacer toda mi vida! Cuando yacía en esa cama y los oía a Vera y a ti formular planes para acabar conmigo, ¿sabes qué era lo que más me angustiaba? Voy a decírtelo: hay un secreto relacionado conmigo, que debo averiguar. Es más importante que tú, que cualquier otra cosa. Por eso, déjame en paz, déjame concluir algo que debía haber quedado terminado hace mucho tiempo. Tal vez cuando vuelva a verte esté en condiciones de soportar tu presencia... Por ahora no creo querer volver a verte jamás...

Retrocedió sin quitarme la vista de encima, con una mirada lúgubre que hizo que me doliera el corazón al verlo como un chico, cuando lo amaba tanto. Me vino a la memoria Billie, que me había dicho que todos cometemos errores y que tampoco su hijo era perfecto. Sin embargo, seguí mi camino hacia el desván, por aquella escalera de caracol, hecha de hierro forjado, que me llevaría a la cúpula, donde todavía en aquel mismo momento seguía oyendo las campanillas de viento, con su sonido argentino, tratando, como lo hicieran siempre, de llenar los agujeros vacíos del banco de mi memoria.

## EL SECRETO DE LAS CAMPANILLAS DE VIENTO

**C**on grandes esfuerzos logré subir por la escalera que tantas veces me había alejado de Vera. El sol brillaba resplandeciente a través de todos los emplomados, proyectando sus siluetas luminosas sobre la alfombra turca, trazando miles de caprichosos diseños, y convirtiendo el cuarto en un caleidoscopio. Y yo era el centro de todos los colores, la que hacía que sucedieran todas las cosas, cuando los colores reverberaban en mi cabellera, multicolor como el camaleón, convertida en arco iris. Los colores me producían tatuajes en los brazos, y en los ojos sentía que seguramente estarían tiñéndome también la cara. Miré a mi alrededor las escenas que habían sido el deleite de mis ojos infantiles, y vi sobre mi cabeza los largos y esbeltos rectángulos de vidrio pintado, suspendidos de sedosos cordeles color escarlata desvaído.

Presas de temblor, miré a mi alrededor convencida de que los recuerdos de la niñez se levantarían como espectros para asustarme, pero lo único que se presentó fueron recuerdos benignos: yo sola ahí, deseando, siempre deseando ir a la escuela, tener compañeras de juego, gozar de la libertad que disfrutaban otros niños de mi edad.

¿Todos mis esfuerzos por tener un conocimiento más claro habían sido en vano?

—¿Qué es? —apostrofé a gritos a las campanillas de viento que colgaban de lo alto—. Siempre las oigo agitándose y tratando de decirme algo... Díganmelo ahora que estoy aquí, y dispuesta a escucharlas... Antes no lo estaba. ¡Ahora lo sé! ¡Díganmelo ya!

—Audrina... —Oí la voz de papá a mis espaldas—, pareces histérica. Esto no te conviene en las condiciones de debilidad en que te hallas.

—¿Te mandó Arden acá arriba? —le grité—. ¿Es que nunca voy a saber nada? ¿Será preciso que me vaya a la tumba con la mente llena de agujeros vacíos? Papá..., ¡dime el secreto de este cuarto!

No quería decírmelo. Sus ojos oscuros, fugitivos, se volvieron esquivos, y comenzó a hablar de lo débil que estaba y de lo mucho que necesitaba bajar a descansar. Corrí hacia él para golpearle el pecho. Sin dificultad me tomó ambas muñecas en una sola mano y se quedó viéndome a los ojos, con una mirada pensativa.

—Muy bien... Tal vez haya llegado la hora. Pregúntame lo que quieras.

—Dime, papá, todo lo que necesito saber. Siento que me vuelvo loca por no saberlo.

—De acuerdo —convino, y miró a su alrededor en busca de algo en qué sentarse, pero no había nada más que el piso.

Se sentó, recargándose en el marco de una ventana, y se ingenió para hacerme descender a su nivel. Me tomó entre sus brazos y empezó a hablar con voz grave:

—Esto no va a ser fácil de decir, ni será grato para ti oírlo, pero tienes razón, necesitas saberlo. Desde un principio, tu tía me decía que era preciso que supieras la verdad sobre tu hermana mayor.

Yo me mantenía a la expectativa, con una respiración anhelante.

—La visión que tuviste cuando por vez primera te sentaste en la mecedora, la visión en la que los muchachos saltaron de entre los arbustos... con toda seguridad te reveló que esos tres muchachos violaron a mi Audrina. Sin embargo, ella no murió, como yo te dije.

—¿No ha muerto, papá? ¿Dónde está?

—Pon atención y escucha... No hagas más preguntas hasta que yo haya terminado. Te conté todas esas mentiras sólo para protegerte de conocer toda la fealdad que pudo haber echado a perder tu vida. Ese día del noveno cumpleaños de Audrina, después del estupro, ella llegó tambaleándose a casa, aferrada a los pedazos de ropa, tratando de cubrir con ellos su desnudez. La habían humillado a tal grado, que no tenía ya amor propio de ninguna especie. Enlodada, empapada de pies a cabeza, golpeada, arañada y sangrante, se sentía llena de vergüenza, mientras en la casa veinte niños y niñas esperaban que comenzara la fiesta. Entró por la puerta posterior y trató de subir clandestinamente las escaleras, sin que nadie la viera; pero tu madre estaba en la cocina, y al ver el estado de conmoción en que se hallaba, subió tras ella. Audrina no pudo decir más que una palabra: «muchachos». Eso bastó a tu madre para comprender lo sucedido. La tomó en brazos y le prometió que todo acabaría bien, que esas cosas horribles a veces suceden, pero que seguía siendo la niña maravillosa que ella y yo amábamos. «Tu papá no necesita saberlo», le dijo, pero ¡qué grave error fue ése! Semejante aclaración dio a entender a Audrina, en forma indubitalbe, que yo me avergonzaría de ella y que lo que esos muchachos habían hecho representaba para mí la ruina de toda su valía. Empezó entonces a dar de gritos, diciendo que ojalá esos muchachos la hubiesen matado y la hubieran dejado allí muerta, bajo aquel árbol, porque merecía la muerte, una vez que Dios la había abandonado y le había fallado cuando ella pidió su protección.

—¡Oh, papá! —comenté sollozando—. Yo sé cómo debió de sentirse.

—Sí. Estoy seguro de que lo sabes... Entonces tu madre cometió el segundo error... ¡peor aún! Llevó a Audrina al baño, llenó la tina de agua hirviendo y obligó a mi niña a meterse en esa agua, y con un cepillo de duras cerdas empezó a quitarle de encima la contaminación de esos muchachos. Audrina estaba ya de por sí adolorida,

cortada y golpeada, y había sufrido en el cuerpo una conmoción suficientemente grave, pero Lucietta se dejó invadir por una rabia feroz y enarboló sin misericordia aquel cepillo, como si debiera limpiar la inmundicia de aquellos muchachos del mundo entero, sin darse cuenta de lo que hacía con su propia hija. Lo que tu madre se esforzaba en borrar era la degeneración, y si ese cepillo despojaba a Audrina de buena parte de su piel, tu madre no parecía notarlo.

»En la planta baja, los chicos que habían venido para la fiesta pedían con gritos de júbilo helado y pastel, y Ellsbeth se los sirvió, explicándoles que Audrina había vuelto de la escuela con un resfriado espantoso y que no podría estar en su propia fiesta de cumpleaños. Como era de suponer, aquello no anduvo bien, y los invitados no tardaron en marcharse. Algunos dejaron sus regalos, otros se los llevaron consigo, sintiendo que Audrina los decepcionó.

»Ellsbeth me llamó a la oficina para decirme en pocas palabras lo que supuso había sucedido. Mi furia se desencadenó en tal forma que creí me daría un ataque cardíaco, cuando corrí a mi coche y lo conduje a casa a una velocidad tal, que fue un milagro que la policía no me detuviera. Llegué en el momento preciso en que tu madre le metía por la cabeza un pequeño camisón blanco de algodón. Alcancé a ver aquel cuerpecito desnudo, de un color rojo tan subido que parecía estar sangrando por todos los poros. Podía haber matado a esos muchachos y dado una paliza a tu madre por haber sido tan cruel usando el maldito cepillo en aquella piel tan tierna que ya había sufrido suficiente tortura. Nunca le perdoné que hubiera hecho eso. Yo tenía recursos crueles para estar echándoselo en cara, y lo hice con frecuencia durante años. Al frotar a Audrina con aquel cepillo, le metió en la cabeza la idea de que la inmundicia nunca se le quitaría, que había quedado arruinada para siempre delante de mí, delante de todo el mundo. Luego fue al botiquín del baño y regresó con tintura de yodo... no de la que usamos ahora, sino de aquella anticuada, que quemaba como fuego.

»Le lancé un grito a Lucietta: “¡Basta!”. Ella dejó caer el yodo y Audrina se alejó de ella corriendo. Parecía aterrada de verme a mí, al padre a quien siempre había amado tanto, y descalza subió a toda prisa al desván. Yo subí corriendo tras ella. Tu madre también. Audrina iba dando de gritos todo el tiempo, seguramente gritos de dolor, no menos que de conmoción. Era pequeña y muy ágil, y cuando yo llegué a la cúpula estaba subida en una silla y se había ingeniado para abrir una de esas ventanas de la parte alta.

Me la señaló. Luego, prosiguió:

—Ahí estaba ella. El viento entraba aullando, la lluvia caía a torrentes, el relámpago fulguraba y el trueno nos ensordecía con su rugido. Los colores en este recinto resultaban enloquecedores, debido a la brillantez del resplandor del relámpago. Las campanillas se agitaban y se golpeaban frenéticamente unas contra otras. Este lugar era una antesala del averno. Audrina, encaramada en la silla, tenía ya una pierna fuera de la ventana y se preparaba a saltar hacia afuera, cuando yo corrí, la

aferré y la obligué a retroceder. Luchó conmigo, me hundió las uñas en la cara, gritaba como fuera de sí, cual si yo estuviera representando para ella, en ese momento, todo lo que hay de malo en cada ser humano varón, y como si al hacerme daño a mí estuviera haciéndoselo a ellos... a éstos que le habían robado su dignidad al violar su cuerpo.

Me di un poco la vuelta, para levantar la cara y mirar las campanillas que colgaban inmóviles de sus cordeles de seda. Sin embargo, a mí me parecía estar oyéndolas tintinear suavemente.

—Hay más, mi amor, mucho más. ¿Quieres esperar a otro día, cuando te sientas más fuerte?

No. No quería esperar. Había esperado ya demasiado. Ahora o nunca, me dije, y lo apremié a que continuara:

—Prosigue, papá, dímelo todo.

—Yo le dije a tu madre que jamás debió haber dado ese baño a Audrina. Debía haberla reconfortado, y luego habríamos ido con la policía. Pero tu madre no quería que la avergonzáramos y la humilláramos obligándola a responder preguntas que una niña no debía tener que contestar, y menos en presencia de más hombres. Yo estaba tan enfurecido, que podía haber matado a esos muchachos con las manos, estrangulándolos, podía haberlos castrado, haber hecho algo tan terrible que sin duda me habrían sentenciado a prisión perpetua... Pero mi Audrina no quería decirme sus nombres... o tal vez no podía, por temor o represalias. Tal vez la amenazaron... No lo sé.

Y Arden también estuvo ahí. Arden había estado ahí, y ella le suplicó que la ayudara... ¡Y él huyó!

—¿Dónde está ella ahora, papá?

Él vaciló, me dio vuelta para poder mirarme directamente a los ojos. Las campanillas que colgaban sobre nosotros empezaron a resonar con más fuerza. Yo sabía por instinto que seguirían haciéndolo hasta que conociera el secreto.

Me puse en pie dentro del círculo de los potentes brazos de papá; en medio de la alfombra turca, adonde él me había llevado alejándome de las ventanas.

—¿Por qué me apartas ahora de las ventanas, papá?

—Es el firmamento... ¿No notas las nubes? Está acumulándose una tormenta y no me gusta estar aquí cuando estallan. Vamos abajo, allá acabaré de decirte lo que falta.

—Dímelo ahora, papá. Aquí es donde ella venía siempre a jugar. Yo siempre supe que estas muñecas eran tuyas.

Él se aclaró la garganta, como yo necesitaba despejar la mía. Estaba cerrándoseme, haciéndome respirar con ansiedad, sentir que el pánico no tardaría en obligarme a gritar. Era como estar en la mecedora otra vez, a la edad de siete años. Tenía miedo... ¡Tanto miedo!

Papá dejó escapar un largo suspiro, interrumpiendo el abrazo para poder cubrirse

la cara con sus largas manos, pero sólo unos instantes, como si tuviera miedo de dejarme ir durante demasiado tiempo.

—Yo amaba a esa niña... ¡Dios mío, la amaba tanto! Ella daba tanto a los que amaba, confiaba tanto en mí... Fue la única mujer que en realidad confió plenamente en mí, y yo me hice la promesa de que jamás la decepcionaría... Y no era sólo el hecho de ser una criatura excepcionalmente bella, sino que además tenía la habilidad de resultar encantadora a todos con su modo de ser amigable, su afecto, su dulzura. Tenía algo más, una cualidad indefinible que daba la impresión de que estaba iluminada por dentro con una luz de felicidad, con una exuberancia de vida contagiosa, que poca gente posee. Estar con ella hacía sentir a cualquiera mayor vitalidad de la que podía experimentarse con otra persona. Un paseo a la playa, al zoológico, al museo, al parque..., y ella llenaba la vida de uno de luz, lo hacía volver a sentirse niño, ver todo a través de sus ojos. Como ella podía ver cosas maravillosas... uno las veía también. Era un don insólito, tan inapreciable que ningún dinero puede comprarlo. Se le hacía el regalo más insignificante y se mostraba feliz. Gozaba con el clima, lo mismo el bueno que el malo. Estaba dotada de cualidades tan raras, tan asombrosas...

Hizo una pausa, sentía un nudo en la garganta. Bajó un instante los ojos, luego se encontró con los míos, y con cierta prisa quiso mirar en otra dirección.

—Hasta tu madre se sentía feliz teniendo a Audrina cerca —prosiguió—. Y Dios sabe que Lucky tenía razones de sobra para ser infeliz... Lo mismo que Ellsbeth. Yo las amaba a las dos y traté de ser para ambas todo lo que necesitaban. No creo haber tenido éxito en dar a ninguna de ellas suficiente felicidad. —La voz se le debilitó, le brillaron los ojos con unas lágrimas que no alcanzó a derramar—. Pero Audrina debió haber obedecido nuestras instrucciones... Una y otra vez le advertimos que no tomara el atajo... Debió darnos crédito.

—No te detengas —supliqué nerviosa.

—Después de que tu madre le lavó todos los vestigios del estupro, pensamos que podríamos mantener a Audrina en casa, y que el secreto se guardaría aquí. Pero los secretos tienen la virtud de esparcirse a gran velocidad, por más que se haga por conservarlos ocultos. Quise encontrar a esos muchachos y aplastarles las estúpidas cabezas, una contra otra; pero, como dije antes, Audrina no nos decía quiénes habían sido, ni deseaba regresar a la escuela, donde podría volver a verlos. No quería ir a ninguna escuela. Se negaba a comer, a levantarse de la cama. No quería ni verse en el espejo. Una noche se levantó y rompió todos los espejos que había en esta casa. Cuando me veía, prorrumpía en alaridos, como si yo no fuera ya su padre, sino un hombre más, que pudiera hacerle daño. Aborrecía a todos los hombres. A su pobre gato le lanzaba piedras, ahuyéntandolo lejos. Nunca le permití tener otro, por temor de lo qué pudiera hacerle si era macho.

Aturdida, lo miré con profunda incredulidad, y pregunté:

—¡Oh, papá! Me siento tan confusa... ¿Estás tratando de decirme que Vera es



realmente la primera Audrina, la que yo he envidiado toda mi vida? ¡Papá, tú ni siquiera quieres a Vera!

El extraño resplandor que distinguí en sus ojos me asustó. Él siguió diciendo:

—Yo no podía dejarla morir —seguía con los ojos clavados en los míos, como alfileres que sujetan a una mariposa al tablero—. Si Audrina moría, una parte de mí mismo moriría con ella. Se llevaría a la tumba esas dotes tuyas, y yo jamás habría conocido una segunda felicidad. Yo la salvé... La salvé de la única deficiente manera que pudo ocurrírseme.

Como agua que atravesara el cemento, algo estaba tratando de penetrar en mi cerebro, cierto conocimiento que revoloteaba sobre él, queriendo salir a la luz.

—¿Cómo la salvaste?

—Mi dulce Audrina... ¿No lo has adivinado aún? ¿No te he explicado y vuelto a explicar, no te he dado todos los indicios que necesitas? Mi primera Audrina no es Vera... ERES TÚ.

—¡No! —grité—. ¡No puede ser! Ella está muerta... enterrada en el cementerio de la familia... ¡Íbamos a su tumba todos los domingos!

—Ella no está muerta, puesto que TÚ estás viva. No hubo primera Audrina. Tú <sup>eres</sup> mi primera y única Audrina... Y si Dios debe castigarme con muerte instantánea por contarte una mentira, ¡qué me mate en este momento si no estoy diciéndote la verdad!

Aquellas voces que resonaban en mi interior, aquellas voces que decían «Papá, ¿por qué lo hicieron, por qué?».

*Es sólo un sueño, mi amor, sólo Un sueño. Papá nunca permitirá que le suceda nada malo a su Audrina, a su dulce Audrina. Pero tu hermana mayor, difunta, tenía el don, ese don maravilloso que yo quiero para ti. Ahora que ella ya no lo necesita, papá puede usarlo para ayudarte, para ayudar a mamá y a la tía Ellsbeth.*

*Dios quería muerta a la primera Audrina, la mejor, ¿no era cierto? La dejó morir por haber desobedecido y haber elegido el atajo. La castigó porque le gustaba sentirse bonita con vestidos nuevos y costosos..., ¿acaso no era cierto? Aquella primera Audrina pensó que era divertido que los muchachos la persiguieran, y demostrarles que podía correr a mayor velocidad que la tía Ellsbeth, a mayor velocidad que ninguna otra niña de la escuela. Pensó que nunca, nunca, le darían alcance, y suponía que Dios tendría que estar protegiéndola... ¿Por ventura no lo hacía? Se encomendó a Él, pero Él no la oyó. Él se mantuvo allá, en las alturas de su cielo empíreo, como si todo anduviera perfectamente bien en los bosques, cuando Él sabía... sabía muy bien. A Él le daba gusto que asaltaran a otra orgullosa niña Whitefern, ¡porque Dios es hombre también! ¡A Dios no le importó, papá! Ésa es la verdad de las cosas, ¿no es cierto?*

*Dios no es tan cruel, Audrina. Es misericordioso cuando se le da la oportunidad. Pero uno tiene que poner lo que está de su parte, puesto que Él tiene tantos a quienes cuidar.*

*Entonces, ¿de qué sirve su bondad, papá, de qué?*

Lancé un grito y me desprendí por la fuerza de su abrazo. Eché a correr sin freno,

escaleras abajo, a toda velocidad, sin importarme si me mataba en una caída.

## LA PRIMERA AUDRINA

**M**e precipité en medio de aquel atardecer tempestuoso y amenazador, salí corriendo para huir de Whitefern, para huir de papá, de Arden, de Silvia, de Vera y, sobre todo, del fantasma de aquella primera Audrina que ahora trataba de decirme que yo no existía en absoluto.

¡El estupro había sido perpetrado en ella, no en mí! Corrí como enloquecida, temerosa de que todos sus recuerdos quisieran darme alcance, meterse de un salto en mi cerebro y llenar con su terror todos los agujeros vacíos del queso suizo.

Corrí y corrí, tratando de hacerlo con suficiente velocidad y de llegar a bastante distancia, para huir de lo que yo era, de todo lo que había atormentado la mayor parte de mi vida. Mentiras, mentiras... ¡Correr hasta donde éstas no pudieran existir, aunque sin saber dónde podría encontrarse semejante lugar!

A mis espaldas oí a Arden pronunciar a gritos mi nombre... ¡Pero ése era también el nombre de ella! ¡Nada era auténticamente mío!

—¡Audrina, espera! ¡Por favor, deja de correr!

Pero yo no podía parar. Me sentía como juguete impulsado por una poderosa cuerda enroscada durante años y años, hasta que al fin había llegado el momento de soltarla... o romperla.

—¡Regresa! —me urgía Arden—. ¡Mira el cielo! —Su voz tenía acentos de desesperación—. ¡Audrina, regresa, no estás bien, deja de actuar a lo loco!

Loca... ¿Quería decirme que estaba loca?

—Mi amor —suplicó casi ahogándose, sin dejar de perseguirme, en un tono casi tan lleno de pánico como el que yo misma sentía—, nada puede ser tan malo como tú lo piensas.

¿Qué sabía él de mí? Yo era como una pobre mosca atrapada en la pegajosa telaraña de las mentiras de papá, que me envolvían más y más en su capullo para que mi vida estuviera exenta de todo placer. Abrí los brazos todo lo que pude y lancé gritos contra el cielo, contra Dios, contra el viento que se embravecía, me tiraba del cabello y me azotaba la falda con furor salvaje. Ese viento respondió a mis alaridos con los suyos, cayendo sobre mí con más fuerza, tanta que temí verme derribada.

Volví a gritarle, desafiándolo a hacer daño. Nadie, nada en absoluto volvería a decirme lo que debía hacer o dejar de hacer... ¡Nunca más volvería a creer en nadie más que en mí misma!

De repente, alguien me aferró un brazo. Era Arden. Me obligó a darme vuelta. Lo golpeé con ambos puños, en la cara, en el pecho. Sin embargo, con la misma facilidad de papá, me sujetó las manos con las suyas y quizá me habría arrastrado hasta la casa... pero esta vez el hado estaba de mi parte: perdió el equilibrio y tuvo que soltarme. Quedé libre para seguir corriendo.

Los grandes bloques de mármol blanco del cementerio de Whitefern se levantaron ante mis ojos, enhiestos sobre el fondo lóbrego y amenazador del firmamento. Los fulgores de relámpagos distantes anunciaron una tempestad inminente. Graves truenos de presagio rugieron entre las copas de los árboles, cercanos al campanario de la iglesia de la aldea. A mí me aterraban las tormentas fuera de Whitefern. Que Dios me ayudara ahí, a la intemperie, aunque a ella no la había ayudado... ¡Y probablemente tampoco me ayudaría a mí!

Aterrorizada, y sin embargo apremiada por la necesidad de conocer la verdad, me di vuelta en todas direcciones, buscando algo con lo que pudiera excavar la tierra. ¿Por qué no pensé en traer conmigo una pala? ¿Dónde dejaba sus herramientas el encargado de los sepulcros? En algún lugar tendría que encontrar algo con qué excavar.

El lote familiar nuestro constaba de una extensión de un cuarto de hectárea, encerrada dentro de un bajo muro vacilante de viejo ladrillo, con cuatro entradas. Por todo el muro trepaba una hiedra de rojo follaje, que se esforzaba por ahogar cualquier vestigio de vida de aquella mampostería. Aun en medio del invierno, cuando papá nos obligaba a ir a ese sitio, al menos una vez a la semana, de preferencia los domingos, con lluvia o con sol, enfermas o sanas, el espectáculo siempre había sido espantable, con aquellos árboles cuyas crestas parecían estar hundiendo sus garras; como huesudos dedos negros, en el tul del firmamento. Aquel día, en pleno septiembre, mientras los árboles se cubrían de brillante ropaje en todas partes, sobre el cementerio se esparcían las hojas que habían dejado caer, secas, café, produciendo sonidos que hacían pensar en fantasmas que tropezaran apenas, para volver a hundirse en sus sepulcros.

Me detuve a mirar en torno mío y empecé a temblar. Vi la tumba de mi madre, la de tía Ellsbeth y la de Billie. Había un espacio junto a la sepultura de mi madre, donde un día reposaría mi padre, y al lado de él estaba la tumba de la primera Audrina, la mejor. Ella me había arrastrado hasta ahí con un impulso irresistible. Desde el interior de su ataúd me llamaba, se reía de mí, me decía en todos los tonos que nunca lograría competir con ella en belleza, encanto, inteligencia, que sus «dones» eran suyos, exclusivos, que jamás se desprendería de uno solo para redimirme de la mediocridad.

Su lápida era la más reluciente. Se erguía enhiesta, esbelta y grácil, cual otra bella

chica. Aquella piedra sepulcral, por sí sola lucía más brillante que todas las demás, y captaba todas las luces fantasmales que había en el cementerio.

Me dije que en realidad uno siempre veía lo que quería ver, y nada más. No había nada que temer. Nada. Esforzándome por fortalecerme en mi resolución, avancé directamente hacia aquella lápida.

¿Cuántas veces había estado de pie, ahí mismo, sintiendo hacia ella un odio africano?

«... Y ésta es la tumba de mi bien amada —me parecía oír declamar a papá, mientras yo vacilaba—. Aquí duerme mi primogénita, en suelo sagrado. En su lugar estará, al lado mío, cuando el buen Dios tenga dispuesto llevarme».

¡Oh, todo eso se había acabado! ¡No más, no más! Caí de rodillas y empecé a arañar con las manos el suelo cubierto de pasto seco. Las uñas se me rompieron y pronto los dedos me dolían y sangraban. Sin embargo, seguí cavando más y más. ¡Por fin había llegado la hora y yo tenía que saber toda la verdad!

—¡Deja de hacer eso! —rugió Arden, entrando a carrera tendida al cementerio.

Se apresuró a forzarme a que me pusiera de pie. Luego tuvo que luchar conmigo para impedir que volviera a dejarme caer al suelo a seguir haciendo lo que creía mi deber.

—¿Qué demonios te pasa? —barbotó a gritos—. ¿Por qué estás arañando esta tumba?

—¡Tengo que verla! —le contesté, también a gritos.

Me miró como si me hubiese vuelto loca. Así me sentía en realidad.

El viento sopló como un verdadero latigazo. Me sacudió frenético la cabellera y el vestido. Con la misma furia azotó las ramas de los árboles que casi me flagelaron el rostro. Arden me tenía abrazada por la cintura, tratando de forzarme a una actitud de sumisión. En esos momentos, las compuertas del firmamento se abrieron y dejaron caer un diluvio de granizo que nos propinaba agudos y despiadados golpes.

—¡Audrina, estás histérica! —rugió, casi como papá—. ¡Ahí abajo no hay nadie!

Yo repliqué con otra serie de gritos, porque el viento nos ensordecía y sólo así podíamos darnos a entender, a pesar de que nuestras caras no estaban separadas más que por centímetros.

—¿Cómo lo sabes *tú!*? ¡Papá miente, y tú lo has visto! ¡Él dirá cualquier cosa, hará cualquier cosa para mantenerme atada a él!

Me dio la impresión de que ponderaba lo que yo acababa de decir, sacudió la cabeza mostrando desacuerdo, y luego volvió a zarandearme.

—¡Estás diciendo necedades! —volvió a chillar—. ¡Basta de este tipo de conducta! ¡No hay nadie en esa tumba! ¡No existe otra hermana mayor, y es preciso que te enfrentes a esa realidad!

Con la mirada extraviada me quedé viéndolo. Tenía que existir una primera Audrina difunta, de lo contrario toda mi vida habría sido un embuste. Volví a gritar y a luchar contra él, decidida a derrotarlo. Estaba resuelta a excavar aquel sepulcro y a

exhumar sus «restos»... ¡privilegiados! Sí —me dije, mientras luchaba con Arden—, papá ha sido un mentiroso, un embustero y un ladrón. ¿Cómo puede creerse nada de lo que diga? Él había construido mi vida entera sobre mentiras.

En ese momento resbalé en el lodo, Arden trató de impedir que me cayera, pero lo que sucedió fue que los dos rodamos por el suelo. Aun ahí, seguí luchando, dándole puntapiés, arañando, golpeando y esforzándome por hacer lo que la otra Audrina no pudo hacer a los nueve años: ¡herirlo!

Arden cayó cuan largo era sobre mí, extendiendo los brazos para sujetar los míos al suelo. Entrelazó las piernas en torno a mis tobillos, para que no pudiera patear, y su cara quedó sobre la mía, haciéndome volver al día aquel de *ella*, cuando patas de araña trató de besarla contra su voluntad. Entonces levanté la cabeza con tal fuerza contra su mandíbula, que pude oír su maldición cuando los dientes le cortaron el labio inferior.

Había sangre en su cara, como la hubo en la de aquéllos.

La lluvia me empapaba la cara. Riachuelos corrían por la de él y por la mía. Mi mente retrocedía a saltos, una y otra vez, a aquel día en los bosques, viendo ahora a Arden como a Spencer Longtree... viéndolo como los tres muchachos, como cualquier muchacho o cualquier hombre que alguna vez haya violado a una chica o a una mujer... Esta vez, por la primera Audrina, por todas las mujeres desde el principio del tiempo, yo iba a desquitarme y a triunfar.

Oí el desgarrarse de mi blusa, mientras seguía luchando. Sentí que mi falda color violeta se me subía hasta arriba de las caderas. ¡Lo único que me importaba era mi venganza! La sangre de mis rasguños le surcaba la cara, mientras el viento la golpeaba al igual que lo hacía con la mía. Todo en torno nuestro eran ímpetus y golpes de la furia de la naturaleza desencadenada, que nos precipitaba a grados cada vez mayores de violencia.

Me abofeteó dos veces. Como papá abofeteaba a mamá por la menor cosa. Mas Arden nunca había hecho cosa semejante. Eso me enfureció más aún, pero nunca sentí el dolor. Le devolví los golpes. Volvió a aferrarme las muñecas, dándose cuenta, al parecer, de que no podía correr el riesgo de dejármelas libres.

—¡Basta, basta! —vociferó por encima del silbido del viento—. ¡No permitiré que me hagas esto a mí, ni a ti misma! Audrina, si tienes que ver lo que hay en ese sepulcro, yo volveré corriendo a la casa para traer una pala. Mírate las manos, esas pobres, pobres manos tuyas...

Había capturado mis manos, pero yo me ingeníé para dejarlas libres, con el deseo de arrancarle los ojos del cráneo. Él volvió a sujetarlas y las apretó contra sus labios, mientras su mirada se tornaba tierna y se concentraba en la mía, rebosante de rabia.

—Ahí estás. —Se lamentó en tono suave proyectando todo tu odio contra mí, mientras yo no puedo pensar en otra cosa sino en el gran amor que te tengo. ¿No has tenido suficiente venganza? ¿Qué más quieres hacer conmigo?

—¡Avergonzarte, herirte, como tú me has avergonzado y herido a mí!

—¡Muy bien, adelante!

Me soltó las manos, se puso en cuclillas, inclinado sobre mí, con las manos en la espalda.

—¡Procede! —me incitó al ver mi vacilación—. ¡Haz lo que quieras! Utiliza esas uñas rotas y sucias en mi cara, ¡húndeme los pulgares en los ojos...! Tal vez cuando me dejes ciego quedes satisfecha...

Lo abofeteé muchas veces con la palma de la mano, primero la derecha, luego la izquierda. Él retrocedió cuando la fuerza de los golpes le sacudió la cabeza a uno y otro lado. A juzgar por la furia que me animaba, yo habría dicho que tenía la fuerza de un hombre. La adrenalina me recorría el cuerpo mientras seguía gritándole y golpeándolo:

—¡Tú bestia, bruto cobarde, déjame ir! ¡Regresa con Vera, que es la que te merece!

No obstante la rabia desenfrenada de que yo era presa, pude ver sus ojos color ámbar, que parecían chisporrotear sin dejar de contemplarme. Sobre nosotros, la bóveda del firmamento se hendía de extremo a extremo. Un relámpago descargó su fuerza devastadora sobre un roble gigantesco, que debía tener las raíces hincadas en todos los Whiteferns sepultados en aquel cementerio. El árbol se abrió en dos y se derrumbó con enorme estruendo, a escasos metros de nosotros, y empezó a incendiarse.

Ni él ni yo nos molestamos en dedicar siquiera una mirada al gigante en su agonía. Yo seguí golpeándole la cara y el pecho con los puños, ya en carne viva y sangrantes, que empezaban a debilitarse y a producirme gran dolor. En ese momento, Arden pareció un animal salvaje, completamente fuera de sí. Dejó caer el peso de su cuerpo sobre mí, sepultándome casi en aquel piso blando y lodoso. Arqueando la espalda traté de quitármelo de encima, pero ya estaba agotada. Lanzó maldiciones como nunca se las había oído y luego me aplastó los labios con los suyos. Me di vuelta a derecha e izquierda, pero no obstante mis denodados esfuerzos, no pude librarme de aquel beso brutal que me amorataba los labios y era causa de que mis dientes se hundieran en la carne tierna, por dentro de la boca.

Un momento después, su mano ansiosa hurgaba debajo de mi blusa desgarrada, soltando el sostén, sujeto por delante. Su lascivia animal hizo que deseara matarlo. Me revolqué, me retorcí, me di vueltas y grité, mientras con las manos él hacía jirones mi blusa y portasenos, para arrojarlos lejos. Al final, todo conflicto entre hombre y mujer termina así. ¡Yo lo aborrecía! Lo detestaba con una pasión tal, que ansiaba matarlo.

Pero en los momentos mismos en que luchaba contra él, algo tan avasallador como lo que se había posesionado de él, me traicionó y encendió en mí un fuego ardiente. Continué luchando, pero en medio de los golpes que le di, empecé a responder a sus besos, abriendo los labios mientras mis puños dejaron de castigar. De repente abrí los brazos y lo aferré con fuerza, acercándole la cabeza a la mía. Le

mordí el labio, desafiándolo a que lo retirara, pero él aguantó el beso mío y se mantuvo firme hasta que yo también me encontré en amoroso abrazo con él, besándolo, acariciándolo, amándolo y odiándolo, arrancándole la ropa mojada. No tardamos en estar ambos desnudos, acostados sobre la tumba de mi hermana muerta.

En brazos de Arden, sobre aquel sepulcro, mientras la tempestad seguía en un ritmo de *crescendo* acelerado, yo acabé por rendirme a la pasión más intensa de mi vida. No era un amar tierno y dulce, como la vez anterior, sino una pasión brutal, devoradora y exigente. Con la respiración afanosa y entrecortada, estuve volviendo a la realidad una y otra vez, percatándome de que no hacía más que sacudirme y estremecerme con un orgasmo tras otro. Al fin, él rodó a un lado y me embistió de un modo diferente, convirtiéndome en el animal en que él parecía haberse transformado. Con el hueco de ambas manos me sostuvo los senos inflamados y dejó escapar un gemido.

Después, todo terminó y nos encontramos presos el uno en el abrazo del otro. Aun así, seguimos besándonos. Yo le devolvía todos sus besos, como si no hubiésemos tenido suficiente, y habría continuado haciéndolo una y otra vez hasta que ambos acabáramos muertos.

Como flotando sobre oleadas ardientes de inflamados deseos de hacerlo de nuevo y una vez más, sin límite, ahí mismo, en plena tormenta, cuando el mundo entero podía haberse acabado y ningún pecado habría tenido importancia, logré ir recuperándome y volver en mí. Estaba furiosa por haber vuelto a perder. Mi intención nunca había sido rendirme.

—No me iré de este lugar mientras no vea su cadáver —le planteé, poniéndome en pie para poder de alguna manera cubrirme con aquellas prendas de ropa empapadas, desgarradas y hechas una inmundicia... como las de ella... sí, como las de ella...

—Si eso es lo que quieres y lo que necesitas para convencerte —me espetó en tono iracundo—, regresaré corriendo a la casa para traer una pala..., ¡espera a que vuelva!

—De acuerdo, pero... ¡corre todo lo que puedas!

Cerrándose la bragueta del pantalón mientras daba los primeros pasos, Arden no tardó en desaparecer en medio de un día que se había convertido en noche. Tal vez serían las seis de la tarde, y la penumbra crepuscular debería haber iluminado el firmamento con brillantes colores, pero la noche era negra como alquitrán, y la tormenta seguía desencadenada en toda su furia. Sin embargo, yo no procuré encontrar un refugio, sino que me dejé caer boca abajo en el suelo y rompí a llorar.

Arden estuvo de vuelta en un lapso que me pareció de escasos minutos. A gritos me dijo que me moviera para dejar libre el espacio, y con el pie apoyado en el borde de la pala, comenzó a excavar con frenesí en aquel terreno casi pantanoso. Hundía la herramienta, para sacarla llena de lodo y arrojarla a un lado. No tardó en quedarse sin aliento.



—Este terreno está apenas a escasos dos metros sobre el nivel del mar —comentó—, y la ley exige una bóveda sepulcral de concreto, así que debo estar ya cerca de ella.

La lluvia me había casi cegado. Me arrastré más cerca, para poder observar y contemplar la bóveda *de ella*. Arden cavó más y más, hasta encontrarse con agua en el profundo hoyo. Bajo mis rodillas, al borde mismo de la fosa, el lodo empezó a deslizarse hacia adentro. Dejé escapar un aullido y busqué algo a que aferrarme, al sentir que me hundía, sin poder detenerme. Arden me gritó:

—¡Retrocede!

Pero en ese momento perdí el equilibrio, cayendo sobre él y haciendo que los dos nos precipitáramos en la tumba vacía.

Con una expresión lúgubre miré fijamente a Arden y le pregunté:

—Arden, ¿significa esto que yo soy realmente la primera Audrina, la mejor?

Su voz revelaba un sentimiento de dolor cuando me respondió en tono grave:

—Sí, mi amor —arrojó la pala a un lado y me abrazó—. Tu padre no mintió, te dijo la verdad.

Toda la fuerza que había estado experimentando se desvaneció. Me dejé caer inerte entre sus brazos, sintiendo que me ahogaba en la desconcertante comprobación de que yo era la que había sido asaltada y estuprada a los nueve años de edad, y de que mi familia entera, mamá, papá, tía Ellsbeth y Vera se habían confabulado para engañarme. ¿Qué pensaban que era? ¿Una debilucha que no podía enfrentarse a la realidad? ¿Para qué sentarme en aquella maldita mecedora, con miras a conquistar paz y bienestar, y ese algo especial que dieron en llamar el «don» de ella, cuando toda la vida esa «ella» había sido yo? Yo era la primera Audrina, la mejor... Y a esta tumba me traían y me habían obligado a poner flores en una urna que, de hecho era mía. ¡Santo Dios, ellos eran los que estaban locos de remate!

Arden se ingenió para levantarme y sacarme de la tumba. Luego se las arregló para salir él. Quería llevarme en brazos a la casa, pero eso habría demostrado a papá y a Vera, una vez más, que yo no era suficientemente fuerte. Desolada y exhausta, saqué fuerzas de mi debilidad, para caminar al lado de Arden, mientras la lluvia seguía untándonos la ropa al cuerpo y el cabello a la cabeza. Como víctimas de guerra fuimos avanzando a tropezones, a ciegas, abriéndonos camino a la casa, sede del engaño. Cuando llegamos, la lluvia nos había lavado ya de todo el fango.

Una vez dentro de la casa, Arden me llevó a toda prisa al salón tocador de la planta baja, para secarme la cabellera. Me quitó la ropa mojada, mientras yo no hacía más que temblar, chocando diente con diente, y los brazos se me ponían como carne de gallina por el frío. Me frotó de arriba abajo con una toalla y luego puso la cara entre mis muslos. Salté, como por efecto de un toque eléctrico, al sentir su beso en ese lugar... ¿Por qué no me había besado antes ahí?

—Nunca me permitiste hacer una cosa de éstas —explicó, mientras sacaba del clóset una bata de baño y me la ofrecía, para que metiera los brazos por las mangas.

Antes de sujetármela, me acarició el hombro con los labios.

—No vuelvas a alejarte de mí. Grita, aúlla, lucha, pero no me congeles fuera de ti. Me encuentro sin saber qué hacer cuando te pones taciturna y fría. Hoy en la noche, cuando luchaste y gritaste, me pareció que estabas llena de vida y que, por vez primera, tenías control de toda ella, y aunque hayas pensado que te derrumbabas derrotada, la verdad es que fuiste vencedora. Tú me has hecho ver lo maravillosa que puede ser nuestra vida, y lo fascinante que será de ahora en adelante.

Por el momento yo no podía decidir nada. Tenía que encontrar a papá y enfrentármele. ¡Tenía tantas preguntas que hacerle! Si era necesario, lo obligaría a contestarme. Me desprendí del abrazo de Arden.

—Necesito ver a papá. Luego hablaremos de nosotros dos.

Esperé con impaciencia a que Arden se secase el cuello y se quitara la ropa mojada para ponerse una bata como la mía. Luego, con él a mi lado, fui a buscar a papá.

## LA HISTORIA DE PAPÁ

**L**as lámparas de los pasillos proyectaban sombras sobre las paredes, en tanto Arden y yo subíamos la escalera que nos llevaría al desván y a la cúpula... Antes de llegar a mitad de la escalera de caracol, oí la voz de Silvia, tratando de hablar con papá:

—¿Aaauuu—driii—naaa?

—No sé dónde estará —contestó él, como fuera de sí—. Por eso subí a este lugar. Desde esta atalaya puede vislumbrarse un radio de varios kilómetros... Pero ¡no alcanzo a ver una mierda!

—Aquí estoy, papá —contesté, al aparecerme por la abertura del piso y poner pie de nuevo sobre la alfombra turca.

Él se apresuró a cerrar la ventana para impedir que entraran el viento y la lluvia, que tenían enloquecidas a las campanillas de vidrio.

Mi enorme papá se veía exhausto, demasiado agotado para enfrentarse a todas las preguntas que tenía que hacerle.

—¿Por qué me hiciste eso? ¿Por qué me mentiste? Papá... excavamos su tumba... ¿está vacía!

Exánime, se desplomó sobre la alfombra y dejó que la cabeza le colgara hacia abajo.

—Hice lo que me pareció era lo mejor.

¿Cómo podía saber él lo que era mejor para mí? Él era un hombre... ¿Cómo puede ningún hombre saber lo que se siente cuando una mujer o una chica ha sido usada y desflorada?

Levantó la cabeza. Sus ojos suplicaban comprensión, explicándome que trató, se esforzó desesperadamente por devolverme la dignidad que aquellos muchachos me habían robado.

—Te dejaron así a una edad muy tierna, demasiado joven: nueve años representan una distancia muy larga por recorrer antes de morir —explicó en esa voz ronca y herida, mientras yo bajaba los ojos para fijarlos en él, y los brazos de Arden me rodeaban para darme más fortaleza—. Si tu madre mentía y yo también, los dos

estábamos haciendo lo que podíamos para infundirte la convicción de que había existido otra Audrina y que ésa era la que fue violada, no tú.

—¡Pero, papá! —protesté a gritos—, ¿cómo esperabas hacerme olvidar lo sucedido? ¿Qué te daba el derecho de adueñarte de mi mente para llenarla de hoyos y hacerme sentir que avanzaba por la vida en estado de semidemencia?

—El amor a ti me daba ese derecho —contestó con tristeza—. No es difícil engañar a un pequeño, mi amor. Escúchame y no te cierres mentalmente. Tú tía dijo un centenar de veces que debíamos ser sinceros y ayudarte a aceptar la realidad. A veces, tu madre estaba de acuerdo con ella, pero yo era el que no quería que vivieras con la conciencia de ese suceso. Fui yo quien tomé la decisión de hacer cuanto pudiera para borrar de tu mente aquel día lluvioso de los bosques.

Me libré de los brazos de Arden y empecé a ir de un lado a otro del recinto, mirando de cuando en cuando a Silvia, que se había retirado a refugiarse debajo de una ventana y contemplaba las campanillas de viento, como si las oyera tañer, cuando en ese momento no hacían más que colgar inmóviles.

Papá continuó, siguiéndome con ojos atribulados:

—Tú eres la única Audrina. Nunca hubo otra. Después que te... después de lo que pasó, hice que excavaran una tumba y pusieran una lápida para convencerte de que tenías una hermana mayor, difunta. Fue mi modo de salvarte de ti misma —su voz se tomó inexpresiva.

¿Había estado yo consciente de aquello toda mi vida y me ingenié para esconderme de la verdad? Ese interrogante me irritaba. ¿Había sabido que yo era la primera, pero no ya la mejor? Sollocé, sintiendo que me desmoronaba. Me vino a la mente un recuerdo fugaz de mi vacilante regreso a casa aquel día, sabedora de que había muchos huéspedes de cumpleaños... sus autos estaban estacionados en la entrada de coches... Al otro lado de la puerta posterior, mamá se apoderaba de mí y me hacía sentarme sobre aquella agua hirviente, mientras yo lanzaba gritos, y luego me hería con aquel duro y áspero cepillo en partes del cuerpo que ya me sangraban y me dolían mucho. Mi propia madre me hacía más daño que los mismos muchachos. Me dejaba la carne viva y sangrante, empeñándose en limpiarme de su inmundicia, pero al mismo tiempo me convencía de que nunca quedaría purificada, porque ella no podía llegar hasta mi cerebro para frotarlo con el cepillo... y papá ya no me quería... ya no me quería.

En ese momento giré sobre mis talones, para mirarlo de frente y seguir preguntándole:

—¿Qué medida tomaste para hacerme olvidar? ¿Cómo lo lograste?

—Quédate quieta y déjame decírtelo —convino, ruborizándose intensamente—. Voy a confesarte algo que he tratado de ocultarme incluso a mí mismo... Yo no creí que pudieras enfrentarte a esta dura realidad, porque *yo mismo* no podía hacerlo. Para salvarme a mí y salvar mi amor a ti... tuve que rehacerte, transformándote en aquella casta niña que jamás había conocido una mala acción. Cuando no querías volver a la

escuela, ni comer, y te negabas a verte en el espejo porque no querías ver el rostro de una niña que había sido objeto de tan brutal abuso, te llevé con un siquiatra. Trató de ayudarte, pero al final decidió que lo mejor era darte tratamiento de choques eléctricos. Yo estaba ahí el día que te sujetaron al aparato. Tú gritabas mientras te ponían los cinturones y te introducían una tira de cuero entre los labios, para que no fueras a morderte la lengua. En mi interior, yo gritaba también. Luego mandaron aquella corriente eléctrica a tu cerebro... Tu espalda se sacudió e hiciste el intento de gritar de nuevo. Lo que te salió de la garganta fue un horrible gruñido, que todavía hoy puedo oír... Entonces yo también chillé. No podía permitir que volvieran a hacerte eso. Te traje a casa y decidí que a mi modo yo podía obtener los mismos resultados, sin semejante tormento.

Dejé de caminar de un lado a otro y volví a clavar la mirada en él.

—Pero, papá, recuerdo bien algunas cosas. Mi gato, llamado Tweedle Dee... Recuerdo haber visitado la tumba de la primera Audrina... cuando yo tenía siete años, papá, ¡sólo siete años!

Con una sonrisa cínica, me confesó:

—Eras una muchachita muy lista y nada fácil de engañar. Sin embargo, no eras más que una pequeñita, y para un adulto no es difícil decir a un niño cualquier cosa y hacer que lo crea. Yo quería que tuvieras vivos algunos recuerdos, por eso los planté en tu memoria, aislados. El primer día que conociste a Arden tenías siete años. Dejé que este recuerdo se quedara así. Yo me sentaba en la mecedora y te ponía sobre mi regazo, hablándote de tu hermana mayor... Así logré remodelarte, reformarte, convirtiéndote en lo que habías sido: una niña limpia y pura, dulce y amante. Sí, fui yo quien puso muchas ideas en tu mente. Te consideraba un ángel demasiado bueno para este mundo que abomina la inocencia. Para mí tú eras todo lo que hay de dulce y de femenino, y pensar que habías sido violada era una abominación con la que yo no podía vivir. Lo que hice fue también por mí mismo, para convencerme de que no había sido mi hija la estuprada, de que no fue mi hermosa e inocente niña, especialmente dotada. Y lo logré bien, ¿no es cierto? Te libré de creer que estabas arruinada, ¿me equivoco? Si no lo hubiese hecho, ¿qué hubiera sido de ti, Audrina, qué te habría sucedido?

»Todo tu orgullo personal se había desvanecido. Te refugiabas en las sombras. Tratabas de vivir dentro de ellas. Querías morir, y tal vez lo hubieras logrado si yo no te hubiese reconstruido. Yo te conté todas las cosas buenas de tu vida y te obligué a olvidar todas las malas... todas, con excepción de unas cuantas. Necesitábamos algunas malas experiencias, para que pudieras apreciar las buenas. Tú no eras ninguna tonta. Tal vez a tu manera, eras muy lista.

Yo asentí, con un gesto casi ausente, reviviendo todo aquello de nuevo, reviviendo el proceso por el que él había desplegado sus mejores habilidades para librarme del horror de lo que aquellos muchachos me hicieron ese abominable día, bajo la lluvia.

—¿Acaso no logré lavarte bien la memoria? ¿No quedó completamente limpia? —Sus ojos llorosos me miraban suplicantes—. Por ventura, ¿no conseguí construirte un castillo de cuento de hadas en el que pudieras vivir, rodeándote de todo lo mejor? No lo hice por tu madre, Audrina, lo hice *por ti*... Y robé, y defraudé, para darte todo, para devolverte lo que te habían robado. ¿No hice lo suficiente? Dime qué no hice. — Con el dorso de la mano empuñada se enjugó las lágrimas de autocompasión, como si él hubiese sufrido más que yo.

»Día tras día te senté en mi regazo y te repetí una y mil veces que aquello no te sucedió a ti, sino a tu hermana mayor, y que habían matado a la primera Audrina dejándola sobre el montículo, al pie del famoso árbol. Incluso traté de revestir de belleza su muerte. *No eres tú*, dije y repetí hasta la saciedad, *sino la otra Audrina, la que está muerta en la fosa*. Después de cierto tiempo, tú pareciste olvidar y en tu mente sucedió algo que me sorprendió incluso a mí. Olvidaste el estupro, haciéndolo parecer algo misterioso que había dado muerte a la primera Audrina, en los bosques. Por propia iniciativa, tú misma borraste de tu memoria la noción del estupro.

Me estremecí, aparté la mirada de papá, que no dejaba de hablar.

—Te mecí, te acuné en mis brazos y te dije que todo fue una pesadilla. Tú me contemplabas con aquellos ojos grandes, atormentados, tan llenos de esperanza, tan deseosos de creer que no te había sucedido a ti. Eso me hizo pensar que iba por buen camino, así que continué, día tras día... a mi manera, hice por ti lo mejor que podía...

Lo mejor que él podía... lo mejor que podía...

—¿Estás escuchándome, amor? Volví a hacer de ti una virgen. Quizá confundí un poco las cosas en tu mente, pero fue lo mejor que pude hacer.

La lluvia que caía persistente sobre el techo de cobre de la cúpula producía un sonido rítmico constante, «staccato», que tamborileaba en mi interior diciéndome repetidas veces que dentro de mí yo había sabido aquello siempre.

—¿Fue fácil alterar la noción del tiempo, papá, y hacerme olvidar incluso mi edad correcta?

—¿Fácil? —recalcó con voz ronca, frotándose los cansados ojos—. No, no fue fácil. Hice cuanto era posible por borrar la noción del tiempo, por quitarle importancia. Como vivíamos tan lejos de los demás, podía engañarte más fácilmente. Interrumpí la suscripción a todos los periódicos. Los que llegaban eran diarios viejos que yo mismo ponía en nuestro buzón. A tu edad le resté dos años. Escondí todos los calendarios y le dije a tu tía que no te permitiera ver televisión. Moví todos los relojes de la casa para que marcaran una hora diferente. Para los dolores de cabeza te dimos tranquilizantes. Tú creías que no eran más que aspirinas, pero te hacían dormir con frecuencia. A veces despertabas de una siesta y pensabas que era otro día, cuando no había transcurrido más que una hora. Estabas confusa y preparada para creer cualquier cosa que yo te dijera y te diera algo de paz. Hice jurar a Vera que jamás te diría la verdad, porque si lo hacía la castigaría con tal severidad, que no querría volver a mirarse en el espejo... y que no heredaría un centavo si traicionaba mis

planes. Tu madre y tu tía celebraban sus «horas de té» los martes, dos veces por semana, para que tuvieras la impresión de que el tiempo realmente transcurría con mayor velocidad. Y tú andabas siempre preguntando qué día era, de qué semana, de qué mes, incluso de qué año. Querías conocer tu edad, por qué no se celebraban fiestas de cumpleaños, ni a ti ni a Vera. Mentimos para decirte todo lo que pudiera hacerte perder la noción del tiempo. Luego, una semana después, te convencíamos de que habían transcurrido meses enteros. En el curso de diecisiete meses te convencimos de que existió una hermana mayor que había muerto en los bosques. Ése fue el tiempo que se necesitó para el plan. Tu tía y tu madre eran tus maestras particulares, que te mantenían al corriente en el trabajo escolar, si bien yo te decía siempre que tú nunca habías ido a la escuela. Ésa parecía la medida más segura. Cuando volviste, te mandamos a una escuela nueva, donde nadie conocía tu historia.

Mis ojos se habían llenado de lágrimas. Nada de la primera Audrina, la mejor... ¡Sólo yo!

—Prosigue, papá —lo invité, sintiéndome muy débil, muy extraña, y clavándole los ojos inquisitivos, como para arrancarle hasta la última brizna de verdad en aquellos momentos en que estaba a merced de mis reclamaciones.

Decir todo aquello era como volver a vivirlo, y nada de eso era placentero para él.

—Audrina, yo mentí y te engañé, sólo para evitarte sufrimientos. Habría dicho cualquier mentira, hecho cualquier cosa, para volver a hacer de ti aquella maravillosa, confiada y amigable muchachita, que no tenía miedo de nada. Y si ahora te preguntas lo relacionado con ciertos incidentes que no puedes recordar, trata de traer a la memoria el hecho de que tenías instintos suicidas, tendencias a destruirte a ti misma. Creo que a mi modo te salvé no sólo la vida, sino también la salud mental.

El corazón me latía con fuerza. Algo estaba sucediéndome en el cuerpo, pero las revelaciones que me llegaban como golpes certeros me apremiaban a seguir formulando preguntas, cuando debía haber conjeturado lo que andaba mal. Yo estuve de pie sobre la tumba de la primera Audrina, la mejor, y la había envidiado, porque él la amó a ella antes y más de lo que me había amado a mí. Yo quería ser ella, sólo para conocer esa clase de amor. Parecía una barbaridad y una locura que *yo hubiera sido ella* todo el tiempo, que hubiese sido la primera y la mejor, no la segunda, la peor.

Las lágrimas siguieron rodándome por las mejillas cuando doblé las piernas para sentarme sobre los talones, cerca de papá, de modo que pudiera tomarme en brazos. Como si hubiese sido aquella misma niña herida de nueve años, me estrechó y me meció con cariño.

—No llores, mi amor, no llores. Todo eso ha pasado, y tú sigues siendo la misma niña dulce que fuiste siempre. No has cambiado. Hay gente a la que no puede tocarla ninguna inmundicia. Tú eres de ese género.

Sin embargo, allá arriba, en la cúpula, yo me sentía otra vez de nueve años, codiciada, vilipendiada y no del todo humana.

Sólo en ese momento se me ocurrió mirar hacia la entrada abierta en el piso. Mis

ojos tropezaron con Vera. En sus ojos oscuros y brillantes había tanto odio y tanta malicia, que hacían que los labios le temblaran. Su extraña cabellera de tintes anaranjados parecía animada de electricidad, mientras fijaba en mí la vista. Fragmentos del pasado comenzaron a fulgurar en mi mente.

Aquella mirada de envidia en su cara... Lo que yo había sentido cuando pensaba en la primera Audrina. Para Vera habría sido una felicidad verme muerta, como lo era para mí pensar que la primera Audrina lo estaba. En ese momento recordé mi noveno cumpleaños. Se me representó aquella mañana, cuando me preparaba para ir a la escuela. No había acabado de vestirme. Vera y yo usábamos el mismo cuarto de baño para el aseo personal y como vestidor. Ella no dejaba de observarme al salir yo de la tina.

—Ponte el corpiño más bonito, Audrina, el del encaje a mano y los pequeños tréboles, que tanto te gusta. Ponte también las pantaletas que hacen juego con él.

—No. Me pondré todo eso cuando vuelva a casa. Detesto los baños de la escuela. Me choca que mamá me obligue a ponerme el mejor vestido para ir a la escuela: eso no hace más que despertar celos en las demás chicas, que me odian por vestirme así.

—No seas tonta, la idea no fue de mamá, sino mía. Es hora de que las chicas de la aldea sepan la clase de vestidos preciosos que tienes. Mamá pensó que era una magnífica idea demostrar que las chicas Whitefern todavía se ponen vestidos de seda... y todo lo demás.

Yo me quedé en el pórtico, viendo a Vera encaminarse hacia la parada del autobús escolar. Ella se dio vuelta y me acució:

—Disfruta de tu pedestal por última vez, Audrina, porque cuando regreses a casa serás como somos todas..., ¡no tan pura...!

Ese recuerdo me produjo un estremecimiento. Fijé la mirada en Vera con una conciencia más clara. No —traté de convencerme—, Vera no me habría preparado toda la trampa de los muchachos... ¿O habría sido capaz? Era la única que sabía las sendas que yo recorría siempre. En nuestro terreno boscoso había muchos senderos tortuosos que se esparcían por toda la extensión de cientos de hectáreas...

Fueron esos ojos oscuros los que la traicionaron, fue el modo artero de mirarme de arriba abajo con un gesto burlón, riéndose de mí silenciosamente en su interior, como diciendo que tratándose de mí siempre se saldría con la suya, de un modo o de otro.

—Fuiste *tú* la que me puso esa trampa, ¿no es cierto, Vera? —pregunté, tratando de mantener la voz serena y las ideas dentro de la razón—. Tú me odiabas y me envidiabas tanto que querías que papá me odiara también. Yo lloré con la cabeza en el regazo de mamá, pensando que algo que yo hice era lo que dio a esos perversos muchachos la idea de que existía malicia en mí. Yo me culpaba por haberme burlado de ellos. Pensaba que algo que había hecho inocentemente les sugirió aquellas ideas depravadas. Sin embargo, no podía recordar haber hecho o dicho cosa alguna que les diera derecho a pensar que no era la niña buena que papá quería tener. ¡Fuiste *tú* la



que les dijo qué senda seguiría en el bosque!

No obstante mis propósitos, mi voz iba subiendo de volumen y adoptando un tono de franca acusación. Me puse en pie y di unos pasos en dirección a ella.

—¡Vamos, déjate ya de todo eso, que es asunto viejo y concluido! —me contestó a gritos. Luego, añadió—: ¿No es cierto? ¿Cómo podía yo saber que tú desobedecerías y regresarías por el atajo? ¡No fue culpa mía, sino tuya!

—¡Un momento! —rugió papá, levantándose y acercándoseme rápidamente. Arden hizo lo mismo—. Muchas veces he oído murmuraciones en la aldea sobre el hecho de que alguien en esta casa traicionó a mi hija. Yo creía que debió ser el muchacho que solía podar los arbustos y el césped de los prados, pero ¡claro, tuviste que ser tú! Él no pertenecía a esta casa, ni estaba en ella... Nuestro error fue haber criado una víbora en medio de la familia. ¿Quién más habría podido ambicionar un daño para Audrina, si no la hija no deseada que ni sabía quién era su padre?

Con un semblante lleno de pavor, Vera retrocedió unos pasos.

—¡Ojalá se pudra tu alma en los apretados infiernos! —rugió papá en tono atronador, avanzando amenazador como si fuera a poner fin a Vera y ésta no debiera respirar el aire un minuto más—. En aquella ocasión me pareció que era demasiada coincidencia... precisamente el día de su cumpleaños... pero tu madre insistió en defender tu inocencia. Ahora lo veo claro. ¡Tú concertaste el estupro de mi Audrina con esos muchachos!

Vera se llevó la mano a la garganta, mientras con el brazo enyesado detrás de la espalda, parecía buscar un apoyo. En aquellos grandes ojos oscuros suyos, muy parecidos a los de papá, había verdadero terror.

Decidió apostrofarlo a gritos:

—¡Yo soy tu hija y tú lo sabes! ¡Niégalo cuanto quieras, Damian Adare, pero me parezco a ti! Yo también soy capaz de hacer cualquier cosa para lograr lo que quiero... como tú. ¡Te odio, Damian, realmente, te odio! ¡Y también odio a esa mujer que me parió! He odiado todos y cada uno de los días pasados en este hoyo infernal que llamas Whitefern. Cuando mi madre quiso ir a Nueva York a vivir conmigo, le diste un cheque... y no tenía fondos. ¡Un maldito cheque sin valor por todos los años en que ella no fue otra cosa que una esclava en esta casa!

Papá dio un paso más, muy amenazador, hacia Vera y le impugnó:

—¡Muchacha, no te atrevas a decirme una sola palabra más o te arrepentirás de haber nacido! Tú para mí no has sido más que un baldón desde el día en que tu madre te trajo. Y tú fuiste la que vino a proporcionar, sin que nadie te la pidiera, la información sobre el hecho de que Arden Lowe había estado presente en la escena del estupro de mi hija, y que no hizo nada por salvarla. Te morías de risa cuando me contaste que echó a correr. Ese día te regodeaste de lo sucedido, Vera. Si no me lo hubieses recordado ahora mismo, ya lo habría olvidado —los ojos de papá se entrecerraron peligrosamente.

Pero Vera, como una tigresa, avanzó hacia él, decidida a hacerle frente, olvidada,

al parecer, de su brazo roto y del hecho de que ella era una mujer y él un hombre grande y muy fuerte, capaz de ser despiadado cuando se trataba de ella.

—¡Tú vas a oírme! —le espetó sin ambages—. ¿Qué diantres me importa a mí lo que tú pienses? Después que Audrina nació, a mí no me has dado nada. Me has tratado como si no existiera, desde que la dulce Audrina volvió del hospital. Fui arrojada de la bonita recámara que me habías arreglado, para convertirla en cuarto de juego para ella. Todo era la dulce Audrina por acá, la dulce Audrina por allá... ¡Yo ya la vomitaba! Para mí no tuviste ni una palabra amable. Las únicas veces que te ocupabas de mí era cuando estaba enferma o herida. Yo quería que me amaras, y tú te negabas a amar a nadie que no fuera a Audrina...

Sollozó y corrió a ocultar la cara apoyándola en el pecho de Arden.

—Llévame fuera de aquí, Arden, llévame de aquí. Quiero sentirme amada. No soy mala... Realmente no soy mala...

Papá dejó escapar un rugido y como un toro bravo se abalanzó sobre ella. Vera se puso a dar de gritos, se desprendió de Arden y corrió hacia las escaleras. Pero no tuvo en cuenta que llevaba puesto el calzado ortopédico, con el que nunca debía correr. La suela levantada del zapato izquierdo hizo que el tobillo se le torciera. Perdió el equilibrio precisamente frente al cubo de la escalera de caracol, que se abrió a sus espaldas como fauces dispuestas a tragársela.

Como muñeca en una escena de película, se precipitó de cabeza. Sus gritos rasgaron el aire a intervalos irregulares y horribles. Primero fue el hombro derecho que se golpeó contra el barandal de hierro, rechazando el cuerpo y haciendo que el lado opuesto fuera a dar contra el tubo central, también de hierro.

Así, dando tumbos, de un lado a otro, estrellándose siempre contra el duro metal, fue bajando, hasta que un grito postrero se interrumpió en el último tramo, y no se oyó nada más que el golpe seco del cuerpo entero en el suelo, donde quedó tendida inerte.

Como relámpago, Arden se precipitó por la escalera. Papá, Silvia y yo, bajamos también a toda prisa. Ahí estaba, aturdida. Sus ojos oscuros miraban al vacío y tenían ya un aspecto vidrioso, mientras se esforzaban en contemplar a Arden, que le sujetaba la cabeza en su regazo.

—¡Sácame de aquí, Arden! —susurró en un lastimoso gruñido, apenas perceptible—. ¡Llévame lejos de este lugar donde todos me han odiado siempre...! ¡Sácame de aquí, Arden, sácame...!

En ese momento se desvaneció. Arden le puso la cabeza sobre el piso y, sin dirigirme una mirada, corrió a llamar una ambulancia que la llevara al hospital... ¡una vez más!

Horas enteras transcurrieron y al fin pude oír el golpe de una puerta lejana que se cerraba. Ese ruido me reveló que Arden había vuelto de la sala de urgencias del hospital. Disminuí la intensidad de la lámpara de gas que tenía junto a la cama y cerré los ojos, con la esperanza de que se alejara y no me molestara con cuentos de todos

los huesos rotos de Vera que al final sanarían. Temía oír sus palabras de compasión por ella... Temía que fuera a prestar oídos a la petición de ella de llevarla lejos de aquí.

Como niño, todavía temeroso de la oscuridad absoluta, sin un destello de luz, me sentí indefensa. Sin embargo, oscuridad absoluta era lo que yo quería tener cuando él llegara con sus noticias. La puerta de mi recámara se abrió y cerró con mucho sigilo. El olor peculiar de Arden llegó hasta mi cama.

—Acabo de pasar un rato con Damian, explicándole lo de Vera... ¿Puedo hablarte de ella? —me preguntó, sentándose sobre el borde de mi cama.

Sus ojos cansados me enternecieron. Un sentimiento desagradable de compasión trató de arrebatarme la determinación firme de no permitir que me disuadiera de lo que había resuelto hacer... De lo que tenía que hacer.

—No necesitas huir de mí —deploró con impaciencia mezclada de fatiga—. No tengo pensado tocarte. Vera murió hace un par de horas. Tenía demasiadas lesiones internas para poder sobrevivir. Se le rompieron prácticamente todos los huesos del organismo.

Yo empecé a temblar. Algo que había dentro de mí hacía siempre el esfuerzo por establecer contacto con Vera y convertirla en mi verdadera hermana.

—Sé lo que sientes —comentó Arden, con el mismo aire de agotamiento y fastidio—. Siempre que alguien muere parece que una parte de nuestro ser sufre mengua. Vera nos hizo un obsequio antes de morir, Audrina. Tres muertes debidas a caídas accidentales en esta casa hicieron que la policía frunciera el ceño, y estaban haciéndome a mí un severo interrogatorio, cuando Vera dijo, apenas entre dientes que había tropezado y caído... y que nadie más que ella misma era culpable.

Giré sobre la cama, quedando apoyada en un costado dándole la espalda a Arden, y comencé a sollozar, sin decir palabra. En medio de la oscuridad, me percaté de que él empezaba a desvestirse, seguramente con el propósito de tenerme entre sus brazos toda la noche. Por eso me apresuré a advertirle:

—No, Arden, no te quiero aquí en mi cama. Vete a otro cuarto y quédate ahí hasta que yo tenga tiempo de pensar en todo esto. Si Vera dijo que nadie más que ella era culpable de su caída, es claro que así fue, ¿no es cierto? Nadie la empujó... En cambio, ella sí me empujó a mí, y cuanto más pienso en los sucesos de esta casa, y recuerdo la puerta que se cerró con mucho sigilo después de que encontré muerta a mi tía... más me convenzo de que tuvo que ser Vera la que arrojó a su madre por la escalinata y se apoderó del cheque azul que yo había dejado en el tablero. Luego vino Billie. Ella y papá podían haberse casado, pero eso habría introducido una nueva heredera en la familia... Cuando Vera ya había decidido eliminarme a mí.

No obtuve respuesta de él. Sólo lo oí cerrar la puerta de mi recámara.

En ese momento me levanté, me puse una bata y fui a ver cómo estaba Silvia. No se hallaba en su recámara. La encontré en el cuarto de juego que fuera mío. Se mecía con suavidad, sin dejar de cantar su tonada infantil. Con una actitud nueva para mí,

miré a mi alrededor y reconocidas muñecas que papá había ganado para mí en diversas ferias, tirando al blanco con patos en movimiento, lo mismo que muchos de los animales afelpados que estaban en los armarios.

Me quedé viendo la bella carita juvenil de Silvia, que cantaba inocentemente, como una de las brujas de las historias de papá, relativas a sus antepasados. Esos relatos fueron los que me proporcionaron la maldición de hechicera con la que quise detener a los muchachos, que no le tuvieron miedo...

Pude distinguir en las manos de Silvia unas muñequitas que probablemente se había sacado de los bolsillos de su amplia indumentaria. Eran muñequitas que yo misma le compré para darle gusto. Muñecas neutras, sin sexo, pero que por algún motivo tenían cierto cariz de masculinidad, más que de femineidad.

Arden me había seguido, y se detuvo, quedándose de pie, en silencio, observando a Silvia que, después de mirarnos decidió salir del cuarto con su andar lento y torpe.

—Siéntate —me ordenó Arden con cierta aspereza, haciéndome entrar al cuarto de juego y empujándome hacia la mecedora.

Él se acercó, arrodillándose junto a mí y tratando de tomarme de la mano. Yo me las puse bajo los muslos, para mantenerlas fuera de su alcance. Él se limitó a suspirar, y su actitud me recordó a Billie, con las pequeñas sugerencias que me había hecho, indicándome que su hijo no era perfecto... Pero yo lo quería perfecto.

Tal vez esa actitud mía se me retrataba en los ojos, que lo miraban acusadores, indignados y abatidos al recordar cómo me había fallado cuando lo necesitaba más que nunca. Sentimientos de tristeza y de culpa traslucieron en su mirar, de suerte que casi pude leer sus pensamientos. Estaba dispuesto a soportar todo aquello, con tal de reparar lo sucedido aquel vergonzoso día. Y sin embargo, en ese mismo instante, mientras yo sentía todo el desprecio por su debilidad, experimentaba también amor por él.

—Éste es el momento que he temido desde tu noveno cumpleaños. Yo me di prisa para volver a casa, con la intención de correr hasta la tuya para asistir a tu fiesta. Jamás había estado en Whitefern, y ése iba a ser un gran día para mí. Camino a la cabaña, a través de los bosques, tres muchachos me llamaron y me invitaron a pasar un rato de juego con ellos. No sabía lo que querían decirme. Todo el tiempo de que yo disponía lo empleaba en trabajar; divertirme con muchachos mayores era algo que nunca hacía. Me dio gusto que al fin me invitaran a ser uno de ellos. Por eso me uní al grupo cuando me dijeron que me agazapara detrás de los arbustos. Entonces llegaste tú, por el sendero de tierra, cantando. Nadie dijo una palabra. Cuando saltaron y corrieron para atraparte y los oí proclamar a gritos lo que se proponían hacerte, fue para mí como una pesadilla. Se me durmieron las piernas y los brazos... no supe qué hacer para detenerlos. El miedo de lo que podía sucederte me hizo sentir enfermo y débil, pero con odio hacia ellos... Y no pude moverme. Audrina, créemelo, me esforcé para ponerme de pie... y entonces fue cuando tú me viste. Me suplicaste con los ojos, con gritos, antes de que te amordazaran... y la vergüenza de

sentirme paralizado me dejó aún más débil. Yo sabía que me despreciarías por no hacer nada, como yo mismo me desprecio por no haberlo hecho, excepto el haber ido en busca de ayuda. Por eso corrí, porque sabía que no tenía la mínima posibilidad de ganar una pelea contra ellos. En una lucha de uno contra uno, tal vez habría podido lograr algo, pero uno contra tres... Me duele, Audrina, y sé que no basta con decirlo. Ahora querría haberme quedado y tratar de defenderte... Así no estarías mirándome, con tanto desprecio.

Hizo una pausa y se me acercó para tomarme en los brazos. Tal vez pensó que con sus besos podría volver a encender otro fuego como el del cementerio y lograr que yo fuera suya de nuevo, y me mostrara dispuesta a perdonarlo.

—Discúlpame por haberte fallado en esa ocasión Audrina. Perdóname por haberte fallado cada vez que me has necesitado... Dame una oportunidad más y no tendrás necesidad de volver a perdonarme por no ser capaz de actuar cuando debería hacerlo.

¿Perdonarlo? ¿Cómo podría perdonarlo cuando yo nunca podía olvidar? Dos veces no había hecho nada para salvarme de gente que deseaba destruirme. Ciertamente, no quería darle una tercera oportunidad...

## LA ÚLTIMA ENVOLTURA DEL CAPULLO

**U**n bello día, lleno de sol, enterramos a Vera al lado de tía Ellsbeth. Fue extraño que yo estuviera en su funeral, cuando había estado ausente del de tía Ellsbeth y del de Billie. A estas dos las amé de verdad; en cambio, fue el féretro de Vera el que vi descender a la fosa. Al despedirme de ella sentí comprenderla. Tal vez algún día lograra perdonarla y recordar sólo los momentos de amor que sentí por ella.

Luego del funeral fuimos a casa, e inmediatamente después ayudé a Silvia a quitarse la ropa de luto. Papá propuso un juego de pelota en el patio, como remedio para la depresión que parecía abrumarnos a todos, como una gruesa manta de neblina, sofocante y lúgubre. Casi no había hablado con Arden desde la noche en que murió Vera, y en ese momento, tres días después, hice mis planes, mientras papá se tendía en un sillón frente al mío, y trataba, como siempre, de descubrir mis más íntimos secretos.

Cuando Silvia entró al vestíbulo de la casa, llevada de la mano de Arden, su andar pesado y torpe me pareció muy mejorado. El aire fresco y el sol le habían coloreado un poco el cutis, y aquellos encantadores ojos, color aguamarina, recorrieron todo el recinto hasta encontrarme, antes de esbozar una sonrisa.

Me fui de ahí para evitar que Arden tuviera la oportunidad de apelar a mis sentimientos una vez más, y subí a toda prisa las escaleras. Una vez en mi recámara, me senté en la cama, tratando de pensar hacia el futuro, para poder hacer lo que fuera lo mejor para mí y para Silvia. Papá llegó hasta la puerta y se detuvo, para suplicarme que no lo abandonara. ¿Podía leerme el pensamiento?

—Me lo has prometido, Audrina, me lo has prometido. Toda tu vida has jurado que te quedarías conmigo... Además, ¿qué sería de Silvia? ¿Vas a hacerla retroceder, arrebatándole a la única persona que ha estado siempre a su lado?

—Voy a hacerlo, papá —le respondí en tono cansado—. Prometí no abandonarte cuando era una niña, sin comprender lo que tú querías de mí, pero no puedo quedarme. Hay algo malo en esta casa. Aquí gobierna algún extraño poder que impide a todos ser personas normales o felices. Yo quiero irme de aquí.

—Piensa en Silvia —gimió papá—. Aunque es cierto que está mejor, nunca

hablará con confianza ni fluidez. Nunca será bastante normal como para desempeñar trabajos mentales difíciles. ¿Cómo va a sobrevivir si yo muero?

No pensaba dejar ahí a Silvia, pero tampoco quería decírselo. Todavía no.

—¿Cómo va a sobrevivir Silvia cuando tú te vayas? —Sus oscuros ojos árabes brillaron con algo que a mí se me antojó astucia—. Por lo visto perdiste ese don tuyo, después de todo. Mataron en ti esa característica especial, esa capacidad de amar sin egoísmo, esa sensibilidad que te hacía estar siempre presente cuando alguien te necesitaba. No eres ya la chica especial, adornada de ese don precioso y raro.

Con cierto sarcasmo, lleno de dureza, repliqué:

—No hay tal don, papá. He dejado ya de creerte. No es más que el proceso de sentarse, mecerse y en cierta forma autohipnotizarse hasta llegar a creer cualquier cosa. Siento lástima de la chica que solía ser y que creía en ti a pie juntillas.

—Muy bien —fue todo su comentario.

Luego me dirigió otra de sus miradas prolongadas y penetrantes, que me obligaban a bajar la vista. Se dispuso a marcharse, y desde la puerta volvió a mirarme con una tristeza tal, que tuve que darle la espalda para no ceder a aquella presión tácita.

Nunca lo había visto con tanta claridad: era preciso que yo me alejara de ese lugar.

Él salió, dando un portazo. Yo me dejé caer en la cama y me quedé mirando el techo del cuarto. Dormir, sí —pensé—, nunca volver a soñar. Así lo quería yo. No tenía ya necesidad de Arden. Contaba con Silvia, y eso sería suficiente. Sin embargo, durante toda esa noche, Arden estuvo yendo y viniendo en mis pesadillas, de suerte que a la mañana siguiente me levanté con la cabeza pesada y la lengua pastosa. Durante el desayuno, papá no habló. Por lo común, entraba a la cocina hablando y salía de la misma manera. *Tu único talento es tener la boca en funciones todo el día*, me pareció oír decir a mi madre en un susurro fantasmal. La mayor parte del tiempo él estaba lleno de optimismo, siempre impertérrito ante la tragedia, siempre triunfador. Pero yo había logrado abatirlo.

Al fin decidió hablar, en el momento en que Silvia se llevaba torpemente el alimento a la boca, mientras Arden comía taciturno, sin apetito.

—Vera debe haber estado presente la noche en que Ellie y yo tuvimos la última disputa. Fue Vera la que la vistió con ese traje de viaje, y fue Vera la que puso aquella ropa en su maleta, para hacernos creer que Ellie se proponía dejarme.

Bajó la cabeza, ocultándola entre las manos, y por un momento sus anchos hombros parecieron derrumbarse, como si, después de todo, él también fuera vulnerable a la tragedia.

—Yo sabía que Ellie nunca me dejaría. Pude haberle ofrecido un millón de dólares, y aun así se habría quedado. Vivir durante años en un lugar obliga a echar raíces muy hondas, aunque uno no quiera que eso suceda. Un buen día, Ellie me decía que se sentiría más feliz en algún otro sitio, pero en cuanto intentaba marcharse,

descubría que le faltaban fuerzas para dar el paso. Solía decir que había cometido el error más grande de su vida al volver aquí.

No volvió los ojos hacia donde yo estaba, pero yo sabía lo que estaba tratando de hacer: lavarme el cerebro, convenciéndome de que yo no podría subsistir fuera de esta casa, lejos de sus cuidados tiernos y amorosos. Quería comunicarme hasta qué punto necesitaba y quería que yo me quedara, sin decírmelo directamente.

Los múltiples relojes de la casa seguían la marcha del tiempo con su tic-tac, pero ya bien sincronizados.

La llave del agua en la cocina goteaba... y volvía a gotear...

Silvia acabó de comer. Recogió sus prismas y por un instante los colores fulguraron. Luego las campanillas de la cúpula comenzaron con su misterioso tintineo.

Sacudí la cabeza para librarme del hechizo mesmeriano, no sólo de los colores, sino también de los sonidos que me eran tan familiares. Papá había arruinado mi vida por haberme considerado una debilucha incapaz de hacer frente a la verdad, cuando en realidad el que no podía enfrentársele era él. Había ideado todas sus mentiras para lavarse el propio cerebro, tanto como el mío.

También arruinó la vida de Vera al rechazarla desde un principio, porque le provocaba sentimientos de culpabilidad cada vez que veía sus ojos negros, intrigantes, tan parecidos a los suyos. Pero yo iba a demostrarle de qué estaba hecha.

En aquella casa, yo todavía me aferraba a las sombras cercanas a las paredes, aún evitaba los diseños multicolores del piso. Seguía siendo una niña de nueve años. Pero iba a demostrar a papá y a Arden que era capaz de arrancar mis raíces, por mucho que me doliera, y que sabría huir de esa casa. Me forcé a sacar las maletas de los entrepaños del clóset y con una determinación que no quería oír razones empecé a correr de un lado a otro, acomodando atuendos en las maletas ya abiertas sobre mi cama. No me detuve a doblar nada con cuidado, simplemente fui arrojando suéteres, faldas, blusas y ropa para Silvia.

Sin poner cuidado arrojé en la maleta mi ropa interior, medias, zapatos, bolsas de mano, cosméticos... Tal como lo hiciera tía Ellsbeth. El reloj de mi mesita de noche marcaba las diez y diez. Sincronicé con él mi reloj de pulsera. Para el mediodía estaría ya en camino con Silvia.

—Audrina —me pidió Arden, entrando a mi recámara y acercándoseme, haciendo el intento de abrazarme—, no te alejes de mí...

Me atrajo hacia su pecho y trató de sellarme los labios con los suyos. Moví la cabeza para evitar su beso.

—Te amo —aseveró en tono ferviente—. Siempre te he amado. Cosas terribles, peores aún que éstas, suceden a mucha gente y, sin embargo, se mantienen unidos. Vuelven a encontrar felicidad. Date ánimo, Audrina. Sé valiente. Ayúdame. Ayuda a Silvia.

Yo no quería ayudar a nadie, si eso significaba permanecer ahí.



A Arden ya no lo necesitaba. Me había fallado dos veces, y era razón de sobra para esperar que me fallara una tercera... y quizás que me fallara siempre, cuando más necesidad tuviera de él.

En medio de sollozos me desprendí de sus brazos y lo alejé de mí.

—Voy a dejarte, Arden. Creo que no eres mejor que papá. Ustedes dos debieron haber tenido el talento suficiente para comprender que no podían basar mi vida en mentiras.

Ni una palabra de él. No tuvo nada que decir, mientras me veía terminar de empacar. En cuanto una maleta estuvo llena, me esforcé para cerrarla y echarle llave. Una punta de manga de blusa asomaba por un lado, pero no me importó. Arden no hizo nada para ayudarme mientras hacía toda la presión posible para lograr cerrarla. Al fin lo logré. Cerré con llave todas mis maletas... eran cinco. Arden lanzó un profundo suspiro.

—Así que te propones huir, sólo Dios sabe adónde. No me preguntas qué quiero. No te importa lo que pueda querer. No estás dispuesta a escuchar razones o explicaciones. ¿A eso llamas justicia? ¿O más bien lo llamas despecho? ¿O venganza? Tu amor es una cosa caprichosa, Audrina. ¿No sientes deberme un esfuerzo para quedarte y ver si puede salvarse nuestro matrimonio?

No quise mirarlo, pero respondí:

—No puedo dejar a Silvia aquí. Hay algo extraño en esta casa, que conserva todos los recuerdos y los hace parte del futuro. Esta casa encierra demasiadas penas para permitir que nadie aquí goce de la mínima alegría. Regocíjate de que te abandone. Repítete todos los días de tu vida que por un pelo lograste evitar convertirte exactamente en lo que mi padre es: un fraude, un estafador capaz de robar hasta a sus propias hijas.

Me dirigió una mirada larga y dura, se dio media vuelta y caminó hacia la puerta. Desde ahí todavía supo hacer un comentario doloroso:

—Podría decir en este preciso momento que Damian efectivamente trató de ayudarte, pero supongo que es demasiado tarde para expresar semejante testimonio...

Tomé un costoso pisapapel para arrojárselo a la cabeza. No di en el blanco. Él salió, cerrando la puerta de golpe.

Minutos después, la puerta de mi recámara se abrió lentamente. Sin hacer ruido, caminando de puntillas, con el sigilo de un garito, Silvia se escurrió dentro del cuarto y se paró delante de mí, observándome en silencio.

—Sí, Silvia, me voy y te llevo conmigo. He terminado de empacar tu ropa... luego te compraré vestidos nuevos y bonitos, cuando lleguemos al lugar adonde vamos. Ésta no es una casa donde puedas vivir y crecer sana. Quiero que tengas días de escuela, parques donde jugar, amigas de tu edad. Mamá nos dejó a las dos una parte de esta casa, de modo que si en algún momento queríamos irnos, papá tendría que darnos lo que nos corresponde o vender la casa. Así que... digamos con alegría adiós a Whitefern y ¡hola!, a una vida mucho mejor en otra parte.

Sus ojos aguamarina se abrieron a todo su tamaño, mientras retrocedía alejándose de mí. Luego sacudió con violencia la cabeza:

—¡Noooo! —rechazó con respiración anhelante y levantando las manos como quien mantuviera a raya a un enemigo—. Queee—daaar—aquíiii... caaa—saaa.

Volví a darle explicaciones para convencerla de que debía irse conmigo, pero con la misma violencia que antes me dijo en todos los tonos, aunque sin hablar propiamente, que nunca jamás dejaría a papá ni a Whitefern.

Esta vez fui yo la que retrocedí. No permitiría que su devoción a papá debilitara mi determinación de seguir mi propio camino, por primera vez en mi vida. Que se quedara ella con papá... tal vez se merecían bien el uno al otro... después de todo.

—Adiós, papá —le dije una hora después—. Cuídate. Silvia va a necesitarte más aún, cuando yo ya no esté aquí.

Las lágrimas le rodaron en abundancia por la cara, cayendo sobre su pulcra camisa.

Su voz me siguió en mi camino a la puerta. No llevaba más que una maleta pequeña. Ya volvería por las demás.

—Lo único que esperé siempre de la vida fue una mujer que me considerara bueno y noble. Creí que esa mujer serías tú. Audrina, no te vayas. Te daré todo lo que poseo, todo...

—Tienes a Silvia, papá —respondí con una sonrisa forzada—. Sólo recuerda esto cuando yo ya no esté en casa: tú hiciste de Vera lo que fue, así como de mí lo que ahora soy, y también has trazado el destino de Silvia. Sé amable con ella, papá. Ten cuidado de ver bien el camino en que la pones cuando comiences a contarle cuentos. Yo no estoy verdaderamente convencida...

Me mordí la lengua, sintiendo cierta vacilación al ver que Silvia fue a situarse en el vestíbulo, frente a la sala estilo Renacimiento.

El terror iluminó los ojos de papá un segundo. Como si supiera que Silvia me había imitado una vez más de lo debido, y se meció en la fatídica silla muchas veces más de lo que yo permití que él me obligara a hacerlo.

Ahora *ella* era la que tenía el don... cualquiera que fuera... si es que lo había...

—Voy a tomar tu Mercedes, papá. Espero que no te opongas.

Aprobó con un casi mecánico movimiento de la cabeza, y comentó:

—Los coches no significan ya nada para mí. Cuando te vayas, mi vida habrá terminado.

Por encima de mi hombro miró a Silvia, que había ido a instalarse frente a la puerta. Existía algo en aquel modo formidable de ponerse en pie, que me hizo pensar en tía Ellsbeth. En su sonrisa sardónica, apenas esbozada, se hallaba un resabio de mamá.

¡Oh, Dios mío! Empezó a dolerme la cabeza, como temí que me doliera siempre en esta casa de husos, carretes y perillas, con los resplandores de sus piezas de oro y de latón, con sus miríadas de colores que me confundían la mente y me distraían de

otras cosas mucho más importantes.

Todas nosotras somos un grupo extraño, me refiero a las mujeres Whitefern. Tenemos el atrevimiento de ser diferentes, de las maneras más exóticas. Estas palabras se las oí decir a tía Ellsbeth, hablando con mamá y con aquel retrato de la tía Mercy Marie, que había convertido las horas del té de los martes en una ceremonia abominable.

Mientras me disponía a dejar a Arden, para no volver a verlo jamás, papá seguía suplicándome con aquellos ojos suyos tan oscuros, tan oscuros... al mismo tiempo que denegaba a Silvia el derecho a ocupar mi lugar. ¡Qué sufra las consecuencias de haber hecho de ella lo que es! Y..., ¡sólo Dios sabe si era Vera o Silvia la que odiaba más a papá! Yo tenía la sospecha de que, si se me exceptuaba a mí, Silvia destruiría a cualquier mujer que entrara en la vida de papá... (si acaso llegaba a querer a otra mujer), en cuanto yo no estuviera presente.

—Buena suerte y adiós, Silvia. Si alguna vez me necesitas, vendré por ti para llevarte a casa conmigo... dondequiera que esté mi casa.

Volví a inclinar ligeramente la cabeza hacia papá, que permanecía sentado, sumido en el más profundo abatimiento. No quise mirar a Arden, que empezaba a bajar las escaleras, ataviado con ropa de oficina. Volví a agradecerle a Silvia el haber estado presente cuando la necesitaba tanto.

Noté un extraño tinte de sabiduría en su mirada, en el momento en que respondió a mi despedida asintiendo con la cabeza, sin tratar de hablar. Luego se dio vuelta y clavó a papá en su silla con su mirar penetrante. Me estremeció la idea de que papá no gozaría mucho de su hija menor que, con las luces de colores de los prismas, controlaba el destino de los que trataban de ejercer demasiado dominio...

Con mucha repugnancia, y revelando toda su miseria en el semblante, Arden llevó mis maletas al coche y las colocó con esmero en la cajuela, mientras yo me sentaba detrás del volante y me preparaba a partir.

—Adiós, Arden, nunca olvidaré lo que gozamos cuando yo solía creer que me amabas. Aunque no siempre te haya respondido sexualmente como tú querías, yo te amaba a mi manera.

Dio un paso atrás, sacudido por mi indiferencia ante el dolor de la partida, pero luego dijo con amargura:

—Ya volverás... Tú crees poder decir adiós a mí, a Whitefern, a Silvia y a tu padre, pero... ya volverás.

Mis manos se aferraron con fuerza al volante, tanto más cuanto que sentía que era el último y más costoso regalo que papá me hacía. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que la tormenta de tres días había pasado ya y que no quedaba sino un firmamento limpio y brillante. El mundo entero parecía despedir un aroma nuevo, fresco, estimulante. Respiré profundamente y de pronto me sentí muy feliz. ¡Libre, libre al fin!

Libre del rancio pastel de boda que era aquella casa, con su cúpula sin novia y sin

novio. Era la penumbra de aquel edificio lo que hacía que los colores en el interior dominaran tanto. Algún lugar lejano a ése, que yo pudiera llamar mío, era lo que necesitaba para convertirme en una persona real que supiera lo que era.

¿Qué fue lo que me impulsó contra mi voluntad a volver la cabeza y tener dudas acerca de mi partida? ¿Yo no quería quedarme!

Lenta, muy lentamente, mi cabeza se vio obligada a darse vuelta, de suerte que en unos instantes me encontré mirando de frente a la casa. Mis ojos se alzaron hacia aquella ventana del segundo piso, la del cuarto que siempre tuve por *suyo*, y a través del vidrio nebuloso pude distinguir una figurita pálida que miraba hacia afuera... Era una cara que se parecía tanto a la mía, que me dejó sin aliento. Esbozada dentro del marco de un espeso haz de cabellos de color incierto, que podían cambiar y confundirse con el ambiente, la cara lánguida de Silvia se acercaba y se retiraba, se acercaba y se retiraba. Yo podía notar que estaba moviendo los labios, diciendo algo... Tal vez cantaba la canción del cuarto de juego. Mi mano sufrió una sacudida cuando aparté la vista de la ventana y traté de encender el motor. ¿Qué le pasaba a mi mano? ¿No lograba que me obedeciera!

—¡NO! —grité mentalmente, mientras Arden seguía viéndome, como si me hubiese vuelto loca—. *¡No, Silvia, déjame ir!* Ya he hecho por ti lo mejor que podía. Te di años y años de mi vida, ¡sí, años y años! Dame la oportunidad de vivir y de encontrarme a mí misma, ¡por favor!

El sonido de las campanillas de viento iba en *crescendo*, convirtiéndose en un clamor que me producía dolor de cabeza... un dolor tan intenso que me daban ganas de gritar... y gritar... pero no me salía la voz.

En las reconditeces de mi mente relampagueó un presagio: algo horrible iba a sucederle a papá, y cuando aconteciera, encerrarían a Silvia en una institución y no volvería a ver la luz del sol.

Quitó la mano de la llave del motor, abrió la puerta del coche y salió. Corrí hacia Arden, cuyos ojos se iluminaron al abrirse sus brazos para recibirme en estrecho abrazo. Sollozando, su cara se hundió en mi cabellera. Yo lo abrazaba con una fuerza comparable a la que él usaba conmigo. Nos miramos recíprocamente a los ojos, con una mirada larga y profunda. Luego, entre los dos, sacamos de la cajuela del coche mis maletas, que se quedaron en la entrada.

Lo mismo que el amor de papá hacia mí, yo acababa de realizar la obra más noble de mi vida. Yo era la primera Audrina, la mejor, que siempre había puesto el amor y la lealtad por delante. No tenía lugar adonde huir. Encogiendo los hombros y sintiéndome triste, pero más limpia que nunca, desde aquel día lluvioso en los bosques, experimenté cierta disposición a aceptar la paz que se me brindaba, cuando Arden me puso el brazo sobre los hombros. Automáticamente, mi brazo le rodeó la cintura, y juntos nos encaminamos hacia el pórtico, donde papá y Silvia estaban observándonos. En los ojos de ambos pude ver alivio y felicidad.

Arden y yo empezábamos de nuevo en Whitefern, y si esta vez fallábamos,

comenzaríamos una tercera... y si volvíamos a fallar..., una cuarta...



VIRGINIA CLEO ANDREWS (Portsmouth, EE.UU., 1923 - Virginia Beach, EE.UU., 1986). Fue una exitosa novelista americana.

De adolescente sufrió una caída que le produjo lesiones que la obligaron a permanecer el resto de su vida en una silla de ruedas. Gracias a un curso de arte que realizó por correspondencia, ayudó a la economía familiar realizando retratos e ilustraciones. Sin embargo, también dedicó mucho de su tiempo a su verdadera pasión: la escritura. Después de escribir varias novelas cortas y relatos en diferentes revistas, en 1979 consiguió que se publicara su novela más emblemática: *Flores en el ático* de la cual se han vendido más de 40 millones de copias alrededor del mundo.

Los trabajos de Andrews han sido catalogados dentro del género de terror gótico y por lo general cuentan, en una serie de varios libros, la historia de una familia dentro de la cual existen terribles secretos o amores prohibidos.

A pesar de que su nombre está vigente en el ambiente literario, la realidad es que Andrews escribió muy pocas novelas. Víctima de cáncer en el pecho, murió en 1986, sólo 7 años después de la publicación de *Flores en el ático*. Dado el éxito que había tenido, su familia y editores vieron la oportunidad de aprovechar su nombre y contrataron al escritor Andrew Neiderman para completar las novelas que la autora había dejado inconclusas. Gracias al buen recibimiento que tuvo, Neiderman continúa escribiendo los libros que llevan la firma de V. C. Andrews.

*Mi dulce Audrina*, (1982), fue la única novela escrita por la autora que no fue concebida ni formaba parte de una serie. Sin embargo, en 2016, Neiderman decidió

publicar una secuela que tuvo una mala recepción por parte de los seguidores de Andrews.